«Un clásico que ha vendido millones de copias desde su lanzamiento y se ha convertido en la biblia del activismo y la resistencia, más o menos, pacíficos.»
DIDIER JACOB, *Le Nouvel Observateur*

La BANDA de la TENAZA

Edward Abbey

Ilustraciones de Robert Crumb

THE MONKEY WRENCH GANG











Algo que les indigna. Ver el magnífico desierto del Oeste norteamericano desfigurado por las grandes compañías industriales. Por eso, estos cuatro rebeldes deciden plantarle cara a la «gran máquina»: un ex boina verde veterano de Vietnam, adicto a la cerveza y otros peligros; un cirujano madurito pero incendiario; su bravucona amante y asistenta, exiliada del Bronx, y un guía mormón, polígamo y nostálgico que se siente fuera de su comunidad. Con el simple poder de sus tenazas —bueno, y algo más—, comienzan a luchar contra todo aquello que tanto afea su desierto (maquinaria, obras, puentes, tendidos eléctricos…) con un objetivo claro, la maldita presa de Glen Canyon.

Edward Abbey cuenta en esta hilarante joya cómica la conjura de cuatro divertidos "quijotes", nada correctos, que se lanzarán a la persecución de todo aquello que pretendidamente llaman "civilización" y que no hace otra cosa que subvertir "el orden natural" de las cosas.

Sin duda, una denuncia de los excesos del mundo de las corporaciones industriales y del consumismo, un canto a la naturaleza y un himno a la desobediencia civil. Sin duda, una historia tan subversiva como su propio brío tragicómico. Sin duda, toda una larga travesía por el desierto.

«Un clásico que ha vendido millones de copias desde su lanzamiento y que se ha convertido en la biblia del activismo y la resistencia, más o menos, pacíficos», (Didier Jacob, Le Nouvel Observateur).

«¿Cómo hemos podido perdernos durante tanto tiempo este clásico de la contracultura americana? Un libro tan divertido y bizarro, que se mantiene como nuevo gracias a su refrescante ligereza y esa típica vena iconoclasta de los años setenta, que cuenta las aventuras desternillantes de cuatro carajotes envueltos en una empresa de lo más gratificante…», (Jean-Luc Porquet, Le Canard Enchaîné).

«Y estos cuatro Quijotes se lanzan al país de las rocas rojas para

librar la guerra a la tecno-industria. Una mezcla memorable de géneros: spaghetti western remezclado con la Patrulla Loca, la novela cervantina con los disparates de los dibujos Acme», (Robert McFarlane, The Guardian).

«Una obra maestra del anti-capitalismo, una road-movie hilarante que se convirtió en novela de culto para los *hippies*. Un farsa freaky donde la rabia se mezcla con la risa», (Bruno Juffin, Les Inrockuptibles).

«Desde la publicación de The Monkey Wrench Gang, el Sr. Abbey se ha convertido en un héroe de culto underground», (The New York Times).

«Un verdadero revolcón de risa y de la conciencia», (Saturday Review).

«Un triste, divertido y exuberante cuento de hadas… de esos que te hacen salir a volar una presa», (The National Observer).

«Una comedia lacónica que crea un gran espacio abierto, de esos que Abbey ama y conoce tan bien», (Newsweek).

«Tal mezcla de comedia y caos te deja siempre con ganas de más», (The San Francisco Examiner & Chronicle).

«Uno de los mejores escritores del oeste americano. Edward Abbey es un escritor de esos no querrá perderse», (The Washington Post).



Edward Abbey

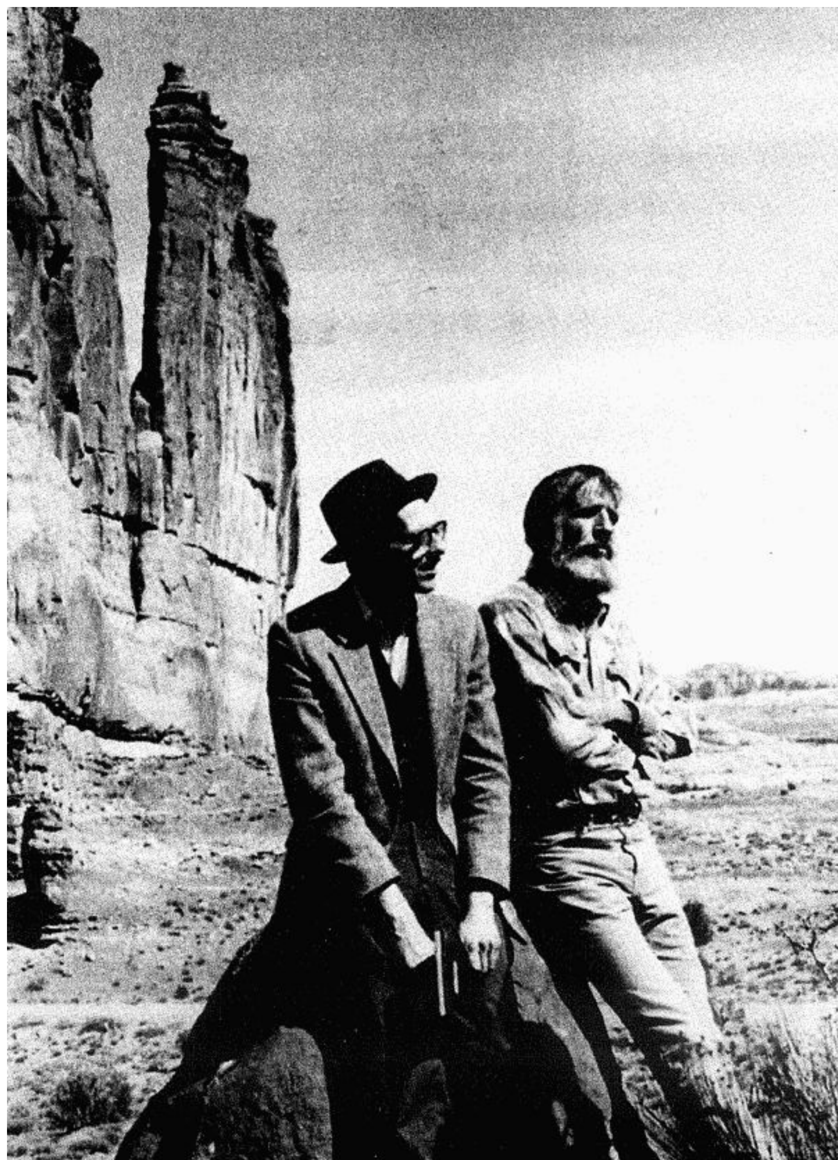
La banda de la tenaza

ePub r1.3
Akhenaton 30.08.14

Título original: *The Monkey Wrech Gang*
Edward Abbey, 1975
Traducción: Juan Bonilla & Teresa Lanero
Ilustraciones: Robert Crumb
Retoque de cubierta: Deculturas, S. Coop. And.

Editor digital: Akhenaton
Corrección de erratas: mozartillo, nixkevan
ePub base r1.1





Eduard Abbey y Robert Crumb (izda.) en Arches National Park, el 24 de marzo de 1985.

Este libro, aunque en forma de ficción, se basa estrictamente en los hechos históricos. Todo en él es real o realmente sucedió. Y todo comenzó hace un año.

Edward Abbey
Wolf Hole, Arizona

***

IN MEMORIAM: Ned Ludd
… un lunático de alrededor de 1779, que en un arrebato de furia destrozó dos cuadros que pertenecían a un "acaparador" de Leicestershire.

The Oxford Universal Dictionary

***

Abajo todos los reyes menos el Rey Ludd.

Byron

… pero, ¡oh mi desierto, la tuya es la única muerte que no puedo soportar!

Richard Shelton

Resistid mucho. Obedeced poco.

Walt Whitman

Ahora o nunca.

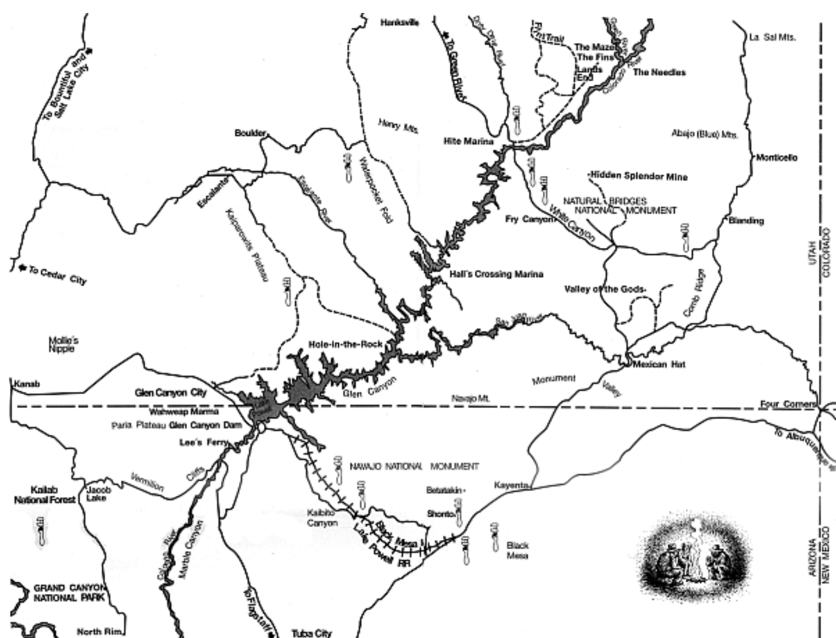
Thoreau

***

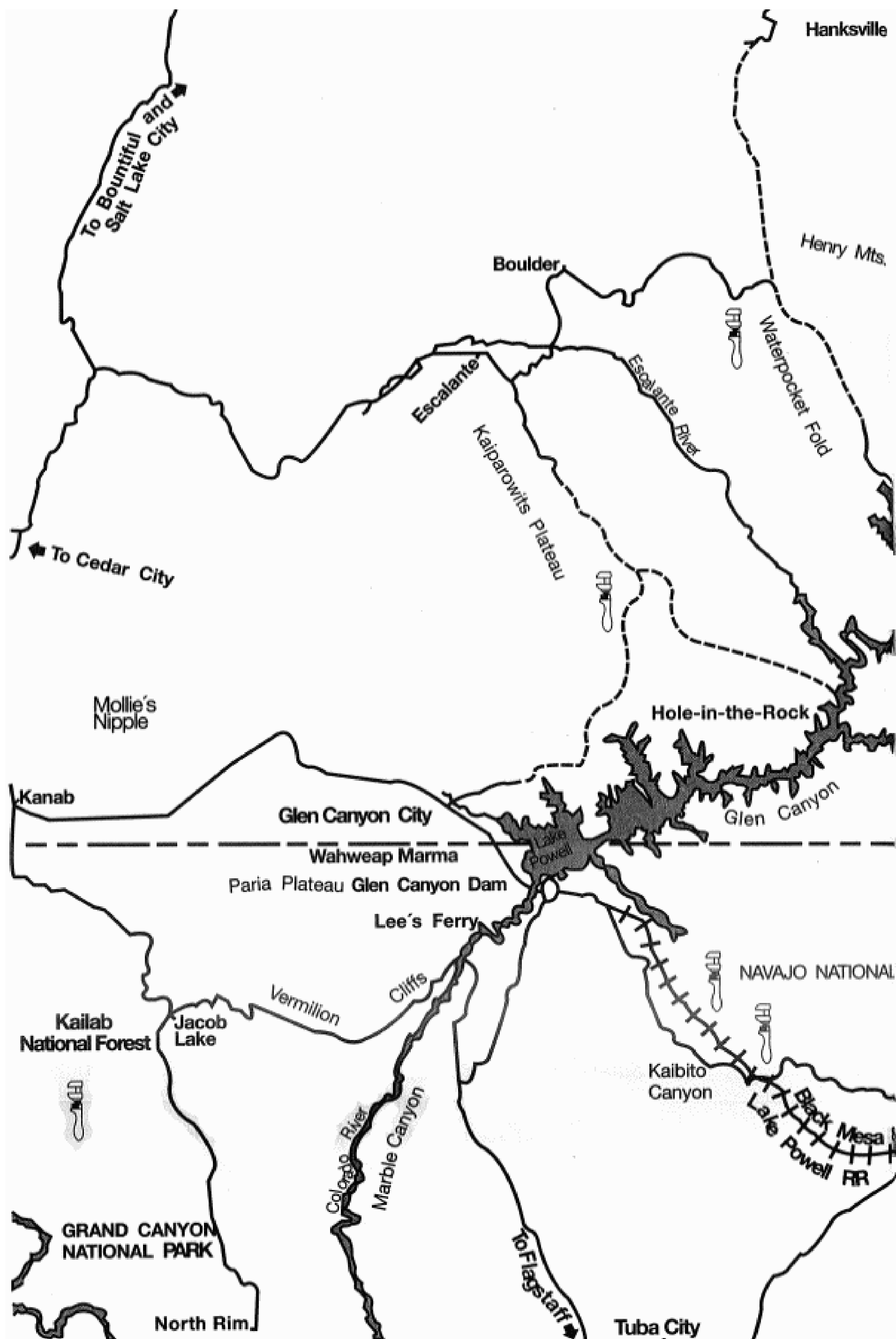
Sabotaje… [del Fr. *sabot*, zapato de madera + -*age*: del daño hecho a la maquinaria con los *sabots*].

Webster's New World Dictionary

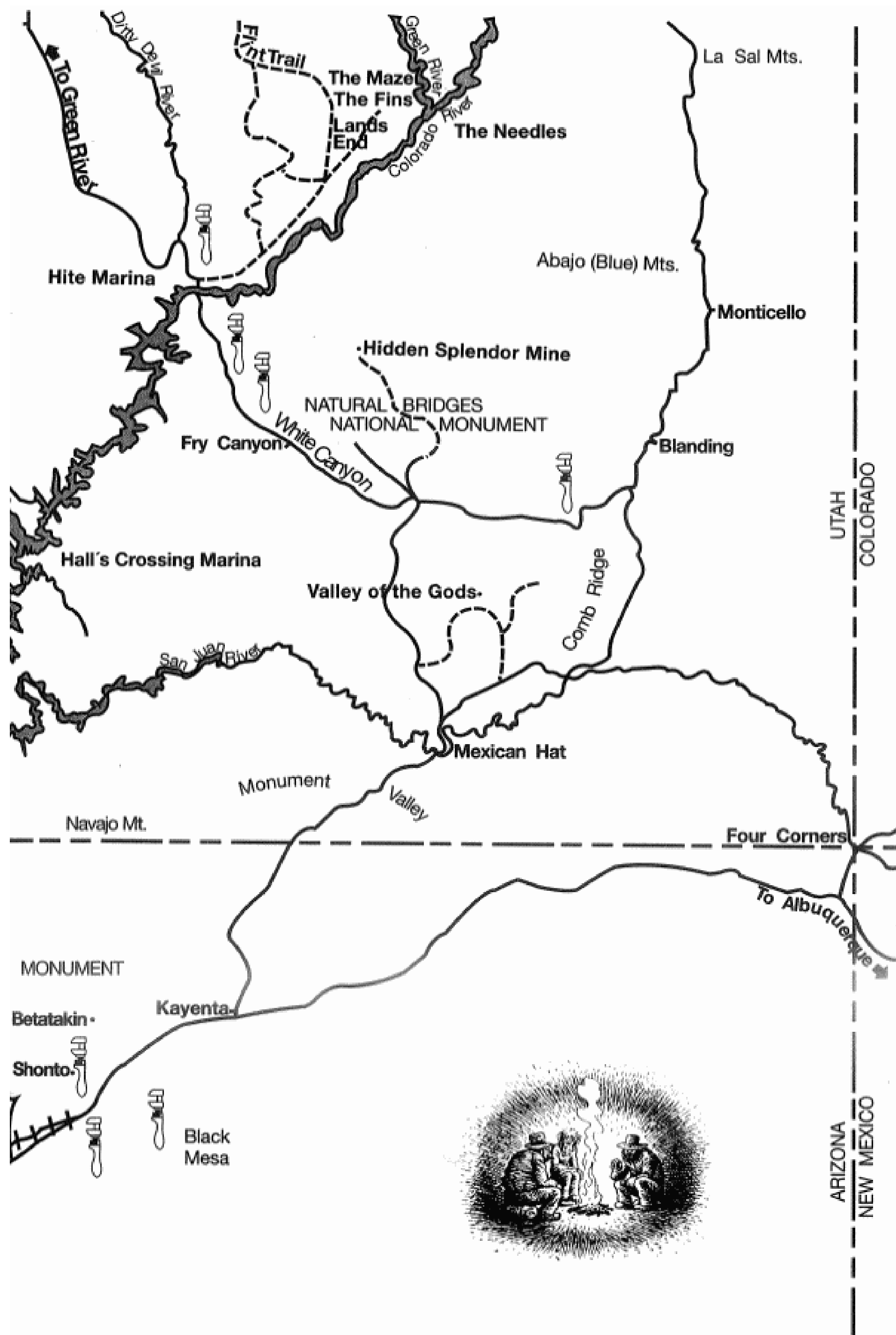
Mapa



Hanksville
To Green River
Henry Mts.
Hite Marina
The Maze
The Fins
Lands End
The Needles
La Sal Mts.
To Bountiful and Salt Lake City
Boulder
Escalante
Waterpocket Fold
Abajo (Blue) Mts.
Monticello
Hidden Splendor Mine
NATURAL BRIDGES NATIONAL MONUMENT
Fry Canyon
White Canyon
Blanding
To Cedar City
Kaiparowits Plateau
Hall's Crossing Marina
Valley of the Gods
Comb Ridge
UTAH
COLORADO
Mollie's Nipple
Hole-in-the-Rock
Mexican Hat
Kanab
Glen Canyon City
Glen Canyon
Monument
Valley
Navajo Mt.
Four Corners
Wahweap Marina
Paria Plateau
Glen Canyon Dam
Lee's Ferry
To Albuquerque
NAVAJO NATIONAL MONUMENT
Vermilion Cliffs
Betatakin
Kayenta
Kaibab National Forest
Jacob Lake
Kaibito Canyon
Shonto
Black Mesa
Lake Powell RR
Black Mesa
ARIZONA
NEW MEXICO
Marble Canyon
GRAND CANYON NATIONAL PARK
To Flagstaff
North Rim
Tuba City



Hanksville
To Bountiful and Salt Lake City
Henry Mts.
Boulder
Waterpocket Fold
Escalante
Escalante River
Kaiparowits Plateau
To Cedar City
Mollie´s Nipple
Hole-in-the-Rock
Kanab
Glen Canyon City
Glen Canyon
Lake Powell
Wahweap Marma
Paria Plateau Glen Canyon Dam
Lee´s Ferry
NAVAJO NATIONAL
Vermilion Cliffs
Kailab National Forest
Jacob Lake
Kaibito Canyon
Black Mesa
Lake Powell RR
Colorado River
Marble Canyon
GRAND CANYON NATIONAL PARK
To Flagstaff
North Rim
Tuba City



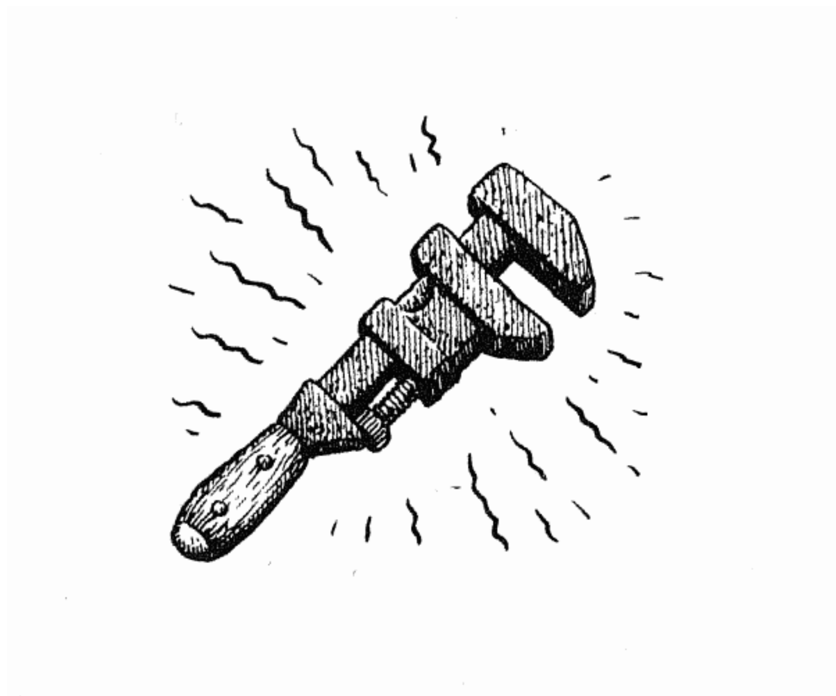
To Green River
Dirty Devil River
Flint Trail
The Maze
The Fins
Lands End
Green River
Colorado River
The Needles
La Sal Mts.
Hite Marina
Abajo (Blue) Mts.
Monticello
Hidden Splendor Mine
NATURAL BRIDGES NATIONAL MONUMENT
Fry Canyon
White Canyon
Blanding
Hall's Crossing Marina
Valley of the Gods
Comb Ridge
UTAH
COLORADO
San Juan River
Mexican Hat
Monument Valley
Navajo Mt.
Four Corners
To Albuquerque
MONUMENT
Kayenta
Betatakin
Shonto
Black Mesa
ARIZONA
NEW MEXICO

Edward Abbey

La Banda de la Tenaza

THE MONKEY WRENCH GANG





Prologo. Las consecuencias

Cuando se termina un nuevo puente entre dos estados soberanos de los Estados Unidos, llega la hora de los discursos. De las banderas, de la banda de música, de la retórica tecnoindustrial amplificada electrónicamente. La hora de la megafonía.

La gente está esperando. El puente, adornado con gallardetes, banderolas y pancartas de día festivo, está listo. Todo aguarda la apertura oficial, la oración final, el corte de la cinta, las limusinas avanzando. No importa que en realidad el puente lleve ya seis meses de abundante uso comercial.

Largas filas de coches se amontonan en las proximidades, una cadena de una milla de largo de norte a sur, vigilados por la policía motorizada, hoscos hombres duros vestidos de cuero, cubiertos con recios cascos antimotines, insignias, armas, porras, radios. Los orgullosos lacayos insensibles de los ricos y los poderosos. Armados y peligrosos.

La gente espera. Sofocados por el resplandor, friéndose en sus coches brillantes como escarabajos bajo el rugido suave del sol. Ese sol del desierto de Utah, Arizona, una infernal albóndiga en llamas por el cielo. Cinco mil personas bostezan en sus coches, intimidados por los *polis* y aburridos de muerte por las cantinelas de los políticos. Sus niños que berrean, luchan en los asientos de atrás, babeando helado Frigid Queen que les llega hasta los codos, produciendo una obra de Jackson Pollock en el cuero de los asientos. Todos lo aguantan, aunque ninguno pueda soportar el estruendo de decibelios que vierte sobre ellos el sistema de megafonía.

El puente en sí es un simple, elegante y compacto arco de hierro y hormigón como una declaración de intenciones, con su correspondiente cinta de asfalto, una pasarela para transeúntes, barandillas, luces de seguridad. Cuatrocientos pies de largo que atraviesan un barranco de setecientos pies de profundidad: Glen Canyon. En el fondo de la garganta fluye, domesticado y manso, el río Colorado, liberándose de la presa adyacente de Glen Canyon. Si

antiguamente las aguas del río, como su nombre indican, eran de un rojo dorado, ahora son frías, claras y verdes, el color de las aguas glaciares.

Un gran río, una presa aun más grande. Desde el puente se ve la cara cóncava de hormigón armado en puro gris de la presa, implacable y muda. Una presa seria, ochocientas mil toneladas de solidez, excavadas en la formación de arenisca de las montañas Navajo, cincuenta millones de años enmendados, de los cimientos a las paredes del cañón. Un tapón, un bloque, una cuña de grasa, y la presa desvía a través de compuertas y turbinas la fuerza de un río ya perplejo.

Una vez fue un río poderoso. Hoy es su fantasma. Los espíritus de las gaviotas y los pelícanos sobrevuelan el delta desecado a miles de millas del mar. Espíritus de castor olfatean aguas arriba la superficie de sedimentos dorados. Grandes garzas azules descendieron una vez, ligeras como mosquitos, con sus largas piernas colgando, a los bancos de arena. El tántalo ululaba en el álamo. El ciervo caminaba por las orillas del cañón. Las garzas anidaban en el tamarisco, sus plumas ondeando en la brisa del río.

La gente espera. Siguen los discursos, muchas bocas y sólo un discurso, y apenas una palabra inteligible. Parece que hay fantasmas en el circuito. Los altavoces, negros como el carbón, achicharran el monte desde los postes de luz de cuello de cisne, a treinta metros del suelo, bramando como marcianos. Un sinsentido, la apoteosis del chillido, el farfullo de un *poltergeist* tecnotrónico, frases estranguladas, párrafos fibrilados, la explosión del hueco estruendo, en toda su gama, de la AUTORIDAD.

> … el orgulloso estado de UTAH (¡bleeeeeeep!) se entusiasma con esta oportunidad (¡ronk!) de participar en la apertura de este majestuoso puente (¡bleeeeeet!) que nos une al gran estado de Arizona, el más rápido crecimiento (¡yiiiiiiiiiiiiiinnnnnnnnnnggg!) para ayudar en el progreso y la continuidad asegurada del desarrollo económico (¡rawk! ¡yawk! ¡yiiiiiiinnnng! ¡nniiiiiiingggg!) que nos darán mayor bienestar, Gobernador, en esta significativa ocasión (¡rawnk!) nuestros dos estados (¡blonk!) por esa gran presa…

Un momento, un momento. Lejos en la cadena de coches, fuera del alcance de los discursos y a salvo de la vigilancia policial, una

bocina se queja. Y vuelve a quejarse. El sonido de una bocina quejándose. Un patrullero se monta en su Harley, con el ceño fruncido, y recorre la cadena. La bocina deja de quejarse.

Los indios también miran y esperan. Reunidos en una ladera abierta sobre la carretera, en el lado de la reserva del río, una informal congregación de indios Ute, Paiute, Hopi y Navajo se reúne en el claro que dejan sus camionetas completamente nuevas. Los hombres y las mujeres beben Tokai, los enjambres de niños Pepsi Cola, todos mastican *sandwiches* con mayonesa de Gonder, Rainbo y Holsum Bread, que sostienen con un kleenex. Nuestros rojos hermanos avistan la ceremonia del puente, pero sus oídos y sus corazones están puestos en Merle Haggard, Johnny Paycheck y Tammy Wynette que suenan a todo volumen en las radios de los camiones de la Estación K-A-O-S —¡Kaos!—, Flagstaff, Arizona.

Los ciudadanos esperan; las voces oficiales zumban en los micrófonos; a través de ondas mágicas salen de los podridos altavoces. Miles de ellos se acurrucan en sus coches al ralentí, cada uno anhelando liberarse y ser el primero en cruzar el arco de acero, ese puente que parece tan ligero y que atraviesa con tanta soltura el abismo del cañón, ese vacío aéreo por el que se deslizan y patinan las golondrinas.

Setecientos pies de profundidad. Es difícil alcanzar a comprender a ciencia cierta lo que significaría una caída. El río se mueve allá abajo, mascullando entre las rocas, y de ese sonido lo que llega es un suspiro. Una brizna de viento aleja ese suspiro.

El puente sigue vacío, excepto para el grupo de notables que ocupa el centro, las personas importantes que se han reunido en torno al micrófono y la simbólica barrera impuesta por los colores rojo y blanco y la cinta azul que se extiende a través del ancho del puente de una pasarela a la otra. Los Cadillacs negros están aparcados en los dos extremos del puente. Más allá de los coches oficiales, hay unas vallas de madera y las patrullas motorizadas que contienen a las masas.

Mucho más allá de la presa del embalse, del río y del puente, de la ciudad de Page, de la carretera, de los indios, del pueblo y de sus líderes, se extiende el desierto rosado. Hace mucho calor allí, bajo el feroz sol de julio la temperatura alcanza a nivel del suelo los 65

grados. Todas las criaturas buscan cobijo en las sombras o esperan que se apague el día en frescas madrigueras bajo tierra. Ni rastro de vida humana en ese erial rosa. No hay nada que retenga al ojo en millas y millas, a través de leguas y leguas de roca y arena que, en cincuenta millas, componen un contorno de fachadas verticales de monte, colinas bajas y meseta.

De vuelta al puente: las bandas de música de los institutos de Kanab, Utah, y Page, Arizona, mustias pero voluntariosas, interpretan ahora una espirituosa versión de «Shall we gather at the River?» seguida de «The Star and Stripes Forever». Una pausa. Discretos aplausos, silbidos, aclamaciones. La fatigada multitud presiente que el final se acerca, que el puente va a ser abierto. Los gobernadores de Arizona y Utah, joviales hombres gruesos con sombreros de *cowboy* y botas puntiagudas, vuelven a salir de nuevo. Cada uno ostenta un par de enormes tijeras doradas que centellean a la luz del sol. Relámpagos de flashes superfluos, cámaras de televisión registrando el momento para la historia. Mientras ellos avanzan, un operario sale precipitado de entre los espectadores, corre hacia la cinta y hace algún ligero pero sin duda algún importante ajuste de última hora. Lleva un gran sombrero amarillo decorado con las calcomanías emblemáticas de su clase: bandera americana, la calavera y los huesos cruzados, la Cruz de Hierro. Cruzando la espalda de su inmundo overol, en vivida tipografía, se imprime la leyenda AMÉRICA: ÁMALA O LÁRGATE. Tras terminar su tarea, vuelve rápidamente a la oscuridad de la multitud a la que pertenece.

Es el momento del clímax. El gentío preparado para desatar una ovación o dos. Los conductores listos en sus coches. El sonido de las máquinas de carrera: motores acelerando, tacómetros fuera.

Palabras finales. Silencio, por favor.

—Vamos allá, viejo amigo. Corta ya este rollo.

—¿Yo?

—Los dos juntos, por favor.

—Pensé que te referías…

—Vale, lo haré yo. Quédate ahí. ¿Así?

La mayor parte de los que forman la multitud en la autopista apenas tuvo una mínima visión de lo que sucedió entonces. Pero los indios congregados en la ladera lo vieron claramente. Asientos de preferencia. Vieron la vaharada de humo negro que emergió tras el corte de la cinta. Vieron las ráfagas de chispas que siguieron a la quema de la cinta, como una mecha, a través del puente. Y cuando los dignatarios precipitadamente huían, los indios vieron la erupción general de unos fuegos artificiales que no estaban en el programa, persiguiéndolos. De debajo de las telas de las banderas llegó una explosión de velas romanas, llameantes ruedas Catherine, petardos chinos y bombas de racimo. Todo el puente, de punta a punta, fue despejado por la explosión de fuegos artificiales que estallaban en las pasarelas. Los cohetes disparados al aire reventaban, despegaron los Saludos de Plata, las bombas aéreas y los M-80. Derviches giratorios de humo y fuego aparecieron y se elevaron, anillos incendiarios escalaban el aire con látigos de humo, rompiéndose y estallando, alcanzando los tacones del gobernador. La multitud lo celebraba, pensando que ese era el punto culminante de la ceremonia.

Pero no lo era. No era el punto culminante. De repente el centro del puente se levantó, como si algo lo golpeara desde abajo, y se rompió en dos a lo largo de una dentada línea zigzagueante. A través de esa absurda fisura, torcida como un relámpago, una cortina de fuego rojo fluyó hacia el cielo, seguida del sonido de una tos grave, una tormentosa tos explosiva que estremeció las monolíticas paredes de piedra del cañón. El puente se partió como una flor, ningún lazo físico unía a sus partes separadas. Fragmentos y pedazos empezaron a colgar, a hundirse, a caer relajadamente al abismo. Objetos sueltos —las tijeras doradas, una llave inglesa, un par de Cadillacs vacíos— se deslizaron por la aterradora inclinación de la carretera rota, lanzándose solos, girando lentamente, al espacio. Les llevó bastante tiempo recorrerlo y cuando por fin se estamparon contra la roca y el río de allá abajo, el sonido del impacto, que tardó en llegar, apenas pudo ser oído incluso por los que con más atención contemplaban aquello.

El puente ya no estaba. Rugosos fragmentos del puente se mantenían en cada uno de sus extremos gracias a los cimientos

excavados en la roca, parecían dedos tendidos el uno hacia el otro, señalando algo que estaba en medio, algo que no podían tocar. El compacto penacho de polvo resultante de la catástrofe se expandió hacia el borde de la montaña, planchas de asfalto y cemento, y trozos de acero y armadura siguieron cayendo en salpicadura setecientos pies hacia el manchado pero perezoso río.

En la parte de Utah del cañón, un gobernador, un alto comisionado y dos oficiales de alto rango del Departamento de Seguridad Pública cruzaron la muchedumbre dirigiéndose hacia sus limusinas. Furiosos, con caras de pocos amigos, conversaban mientras avanzaban.

—Esta es la última payasada, Gobernador, se lo prometo.

—Me parece, Crumbo, que ya he oído antes esa promesa.

—No he trabajado antes en el caso, señor.

—Y entonces, ¿qué estabas haciendo hasta ahora?

—Estamos en la pista, señor. Tenemos una buena idea acerca de quiénes son, cómo operan y qué es lo próximo que planean.

—Pero no dónde están.

—No señor, por el momento no. Pero nos estamos acercando.

—¿Y qué demonios es lo próximo que planean?

—No me creería.

—Ponme a prueba.

El coronel Crumbo señaló con un dedo hacia el este. Le indicaba aquello.

—¿La presa?

—Sí señor.

—La presa no.

—Sí señor, tenemos razones para creerlo.

—La presa de Glen Canyon no.

—Sé que suena idiota. Pero eso es lo que se proponen.

Mientras tanto, arriba, en el cielo, el único buitre visible hace círculos en espiral cada vez más alto, contempla la pacífica escenografía de abajo. Mira la presa perfecta. Mira cómo sale de la

presa la corriente del río vivido y sobre él el embalse azul, esa reserva plácida donde, como chinches acuáticas, unas lanchas juegan. Ve, en este preciso instante, un par de esquís acuáticos con enredados cables de remolque a punto de hundirse en las aguas. Ve el destello del metal y el vidrio en la cinta de asfalto donde una interminable hilera de coches envueltos en humo vuelven a casa a Kanab, Page, Tuba City, Panguitch y lugares todavía más lejanos. Observa al pasar por la oscura garganta del cañón principal, los rotos talones de un puente, el alto pilar amarillo de humo y polvo que aún se levanta, lentamente, de las profundidades de la sima.

Como una solitaria señal de humo, como el silencioso símbolo de la calamidad, como un enorme e inaudible signo de asombrada exclamación que viene a decir ¡sorpresa!, el penacho de polvo se eleva sobre la estéril llanura, señalando arriba al cielo y abajo a la escena de la grieta original, mostrando la herida, el lugar donde no sólo el espacio sino también el mismo tiempo se ha despegado. Ha corrido. Ha ocurrido. Ha transcurrido. Ha concurrido. Y finalmente se ha destruido.

Bajo la mirada del buitre. No significa nada, nada hay que comer. Bajo esa definitiva mirada lejana, el resplandor del plasma va hacia el oeste, más allá de la mezcla de polvo y cielo, más allá…



1. Orígenes I. A.K. Sarvis, M.D.[1]

El doctor Sarvis, con su cúpula calva moteada y su rostro salvaje, cruel y noble como el de Sibelius, estaba una noche dedicándose a un rutinario proyecto de purificación del vecindario, quemando vallas publicitarias a lo largo de la Ruta 66, después de ser devorada por la autopista supraestatal-interestatal. Su procedimiento era sencillo, quirúrgicamente irreprochable. Con una lata de cinco galones de gasolina él empapaba las patas y los soportes de la víctima que había elegido, y luego encendía una cerilla. Todo el mundo tiene un *hobby*.

En el lívido resplandor que seguía, podía vérsele arrastrando los pies de vuelta al Lincoln Continental Mark IV aparcado cerca, con la lata de gasolina vacía golpeando en sus despreocupadas espinillas. Hombre alto y grueso, peludo como un oso, podía arrojar una muy impresionante sombra a la luz de las llamas, en un árido escenario de rotas botellas de *whisky*, chumberas y cactus, neumáticos abandonados y tiras recauchutadas. Al resplandor del fuego sus pequeños ojos enrojecidos ardían con un fiero fuego rojo propio, y encendió la candescente hulla de un cigarro entre sus dientes —tres ardientes y fanáticos bulbos rojos brillando en la oscuridad—. Se detuvo a contemplar su obra:

HOWDY PARDNER
BIENVENIDO A ALBURQUERQUE, NUEVO MÉXICO
EJE DE LA TIERRA DEL ENCANTO

La luz de los faros de los coches que pasaban barría el suelo ante él. Burlonas bocinas bramaban cuando pálidos donceles con testículos sin descendencia pasaban en sus desarrapados Mustangs, Impalas, Stingrays y Escarabajos, cada cual con su amor de exuberantes pestañas y sinuoso movimiento de caderas incrustado en el salpicadero del conductor, así que vistos desde atrás a través de la ventana trasera en silueta recortada contra las faros en dirección contraria, el auto parecía conducido por un solo ocupante con dos cabezas. Otras amantes gritaban al pasar incrustadas hasta

la ingle en los asientos traseros de las *chopper* Kawasaki de 800 cilindros —como el *harakiri*, los *kamikaze*, el *karate* y el cabezón vino *kudzu*, regalo de la buena gente que nos dio (¿os acordáis?) Pearl Harbour— con los tubos de escape petardeando y dejando una estela de chispas y el rugido de un espasmódico demonio técnico a través de la antigua quietud de la noche del suroeste.

Nadie se detuvo. Excepto la Patrulla de Autopista que llegó quince minutos después, dando parte del inexplicable incendio de una valla publicitaria a un despreocupado agente de servicio en el cuartel, y entonces salieron de sus coches, con los extintores en las manos enguantadas, para arrojar sobre las llamas de la pira unos cuantos chorros líquidos de hidrocloridio de sodio («más húmedo que el agua» porque se adhiere mejor, como la espuma de jabón). Inútiles aunque valerosos esfuerzos. Deshidratados por meses, a veces años de viento desértico y aire seco, el pino y el papel de la mayoría de las majestuosas vallas ansiaban con cada una de sus moléculas la rápida combustión, envolviéndose a sí mismas en fuego con una lascivia insensata, la intensidad arrobada de los amantes que se fusionan. Fuego que limpia, llamas purificadoras, ante las cuales el plutónico pirómano de corazón de amianto sólo puede genuflexionarse y rezar.

Para entonces Doc Sarvis, que ya había descendido el montículo de la carretera bajo el resplandor ondulante de su obra, metía la lata de gasolina en el maletero, cerraba la puerta, en la que relucía a la luz del fuego un caduceo de plata, y se dejaba caer en el asiento del copiloto.

—¿Próxima parada? —dice ella.

Él arrojó a la cuneta la colilla de su puro por la ventanilla abierta —la huella del arco de fuego, describiendo la trayectoria del arcoíris, quedó impresa un instante en la retina de la noche, últimas salpicaduras de las chispas de la olla dorada— y desenvolvió otro Marsh-Wheeling sin que su legendaria mano de cirujano revelase el más mínimo atisbo de temblor.

—Vamos a la parte oeste —dice él.

El auto grande se deslizó hacia delante con el motor murmurando, sus ruedas hacían crujir latas y platos de plástico de *picnic*, cojinetes friccionados en la grasa, los pistones bañados en

aceite deslizándose arriba y abajo en la firme, pero elegante, compresión de los cilindros, conectándose con el cigüeñal para impulsar, a través del escroto del diferencial, el eje y darle todo el poder a sus ruedas.

Progresaron. O sea, avanzaban, en pensativo silencio, hacia el neón nervioso, la espástica roca anapéstica, el apopléjico rollo del sábado noche en Alburquerque, Nuevo México. (Para poder ser un americano de sábado noche en el centro de la ciudad, venderías tu alma inmortal). Pasado Glassy Gulch se dirigieron hacia las veinte torres de finanzas que centelleaban como bloques de radio bajo la niebla iluminada.

—Abbzug.

—¿Doc?

—Te quiero, Abbzug.

—Lo sé, Doc.

Pasaron un monumento funerario iluminado en medio de una zona de ladrillos de adobe: Strong-Thorne Mortuary —«Oh Muerte, dónde está tu aguijón?». ¡Inmersión! Bajo el paso elevado del Ferrocarril de Santa Fe. «Vaya a Santa Fe siempre recto».

—Ah —suspiró el doctor—. Me gusta, me gusta…

—Sí, pero interfieres en mi conducción si no te importa.

—*El Mano Negro*[2] golpea de nuevo.

—Sí, Doc, vale, pero vas a conseguir que nos la peguemos y mi madre nos va a demandar.

—Cierto —dice—, pero merece la pena.

Más allá de los moteles de estuco de antes de la guerra y los azulejos españoles de la franja oeste de la ciudad, bajaron hacia un puente largo.

—Para aquí.

Ella detuvo el auto. Doc Sarvis miró abajo hacia el río, el Río Grande, el gran río de Nuevo México, oscuras aguas violentas que brillaban con las brumosas luces de la ciudad.

—Mi río —dice.

—Nuestro río.

—Nuestro río.

—Hagamos ese viaje por el río.

—Pronto, pronto —levantó un dedo—. Escucha.

Escucharon. El río murmuraba algo allá abajo, algo que era como un mensaje: Ven a fluir conmigo, doctor, a través de los desiertos de Nuevo México, a través de los cañones del Big Bend, hacia el mar del Golfo del Caribe, allá donde aquellas jóvenes sirenas tejen guirnaldas de algas marinas para tu cabeza sin pelo, oh Doc. ¿Estás ahí? ¿Doc?

—Vámonos, Bonnie. Este río me agrava la melancolía.

—Ni me hables de tu autocompasión.

—Mi sentido del *déjà vu*.

—Sí.

—*Mein Weltschmerz*[3].

—Tu *Welt-schmaltz*[4]. ¡Cómo te gusta!

—Bueno…

Sacó el encendedor.

—En cuanto a eso, ¿quién lo diría?

—Oh, Doc.

Mirando el río, conduciendo, mirando la carretera, ella le dio unas palmaditas en la rodilla.

—No pienses más en eso.

Doc asintió acercando la roja brasa a su cigarro. El resplandor del encendedor, las suaves luces del panel de dirección, le otorgaban una dignidad bien ganada a su gran y huesuda cabeza calva pero barbada. Se parecía a Jean Sibelius, sólo que con cejas y barbas, en el pleno vigor de sus fructíferos cuarenta. Sibelius vivió noventa y dos años. Doc tenía cuarenta y dos y media vida por venir.

Abbzug lo amaba. No mucho, quizá, pero lo suficiente. Ella era un hueso duro del Bronx pero podía ser dulce como el *apfelstrudel* si hacía falta. La voz natural de Abbzug podía crisparte los nervios algunas veces, cuando su estado de ánimo era de quejumbre, pero sus besos y sus cariños y sus mimos solían endulzar el más agrio de sus tonos urbanos. Su lengua afilada podía volverse más dulce (pensaba él) que el mismísimo Mogen David[5].

Su madre también lo amaba. Por supuesto que a su madre no le quedaba otra. Era el precio que tenía que pagar por haberlo parido.

Su ex lo había amado, más de lo que se merecía, más de lo que exigía el realismo. Con tiempo suficiente ella lo hubiera podido

superar. Los niños ya eran grandes y estaban fuera del continente.

También gustaba a sus pacientes pero no pagaban nunca las facturas. Tenía pocos amigos, algunos colegas de timba de *poker* en el Comité Demócrata del Condado, algunos compañeros de trago en la Medical Arts Clinic, una pareja de vecinos en las Alturas. Ninguno de ellos cercano. Sus pocos amigos cercanos parecían estar siempre fuera, rara vez regresaban, los lazos de su afecto no iban más allá de su correspondencia, con sus refriegas y sus apagones.

De cualquier forma estaba orgulloso y agradecido de tener a su lado esta noche a una cuidadora y colega como la señorita Bonnie Abbzug mientras el auto negro tomaba rumbo al oeste bajo el rosado resplandor que desprendía la personal atmósfera de la ciudad, más allá de las estaciones últimas de Texaco, Arco y Gula, pasado el bar Wagón Wheel, hacia el desierto abierto. Más arriba, en la meseta occidental, cerca de los volcanes apagados, bajo el ardiente y brillante cielo estrellado, pararon entre las indefensas carteleras a la vera de la autopista. Era hora de elegir otro blanco.

Doc Sarvis y Bonnie Abbzug las miraron. Eran tantas, todas ellas tan inocentes y vulnerables, alineadas a lo largo de la carretera en una hilera apretada, viniéndose a los ojos. Difícil elegir. ¿Optarían por el servicio militar?

LOS MARINES
CONSTRUYEN HOMBRES

¿Por qué no construían mujeres?, preguntó Bonnie. ¿Optarían por el editorial de los camioneros?

SI LOS CAMIONES SE PARAN
AMÉRICA SE PARA.

No me amenacéis, hijos de puta. Examinó uno de política:

¿QUÉ HAY DE MALO EN SER BUENOS?
ÚNETE A LA SOCIEDAD JOHN BIRCH.

Pero se decantó por el apolítico:

QUE TENGAS UN BUEN DÍA

El doctor Sarvis los amaba a todos, pero sentía que su pasatiempo pecaba de fútil. En aquellos días lo hacía más por hábito que por convicción. Había un destino más alto reclamándolos a él y a la señorita Abbzug. Ese dedo haciéndole señas en sus sueños.

—¿Bonnie…?

—¿Y bien?

—¿Qué me dices?

—Derribar uno más no te va a hacer mal, Doc. Hemos llegado hasta aquí. No serías feliz si no lo hicieras.

—Buena chica. ¿Por cuál nos decantamos?

Bonnie señaló uno: me gusta aquel.

Doc dijo, «exactamente». Se apeó del auto y fue a la parte trasera. Abrió el maletero y, entre palos de golf, rueda de repuesto, una motosierra, el bote de *spray* de pintura, el gato del auto, la lata vacía de gasolina, sacó la otra lata de gasolina, llena. Doc cerró el maletero. Ocupando toda la anchura de su parachoques trasero una pegatina luminosa proclamaba en rojo, blanco y azul: ¡ORGULLOSO DE SER ARMENIO!

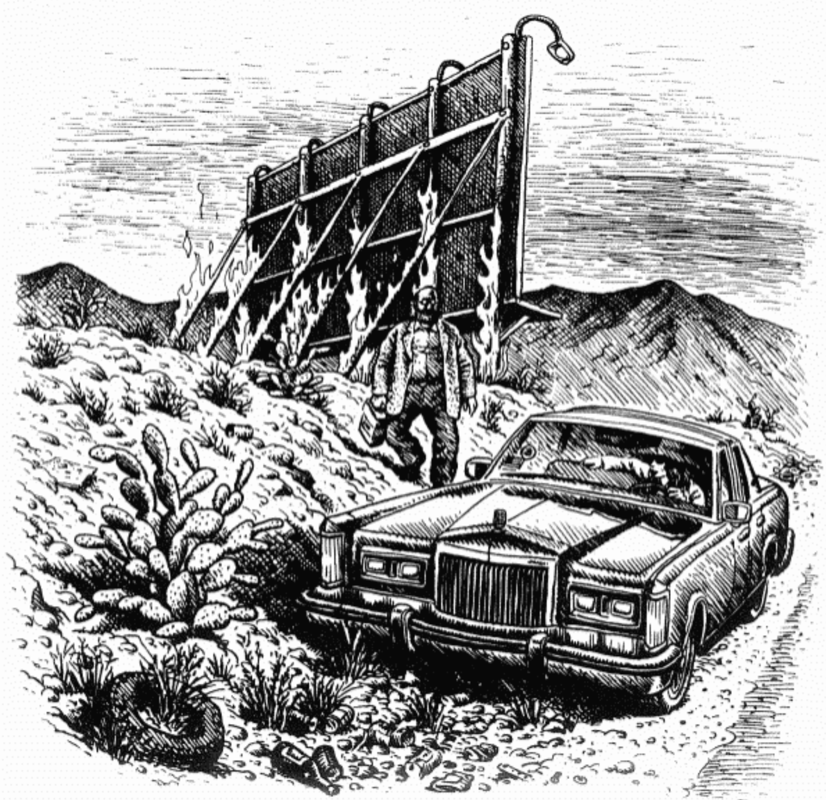
El auto de Doc lucía otras señales supersticiosas para mantener al mal alejado —no en vano, él era un calcomaníaco—: el caduceo de M.D., una bandera americana pegada en cada esquina del parachoques trasero, una bandera de flecos dorados colgando de la antena de la radio, en una esquina del parabrisas una pegatina en la que se lee «Miembro de A.C.M.L Americanos por la Conquista de Leyes Mejores», y en la otra esquina el águila azul de la Asociación Nacional del Rifle con el adagio tradicional, «Controlad a los Comunistas, no las Armas».

Tomando precauciones, mirando a ambos lados, severo y sobrio como un juez, con sus cerillas y su lata de gasolina, el doctor marchó a través de los yerbajos, las botellas rotas, los harapos y las latas de cerveza de la zanja, toda esa trágica y abandonada colección de insignificancias de la carretera americana, y subió el montículo hacia el objeto de su piromanía:

MARAVILLOSO PAN ENRIQUECIDO
TE AYUDA A FORTALECER EL CUERPO
12 REBANADAS

¡Mentirosos!

Abajo, Bonnie lo esperaba al volante del Lincoln, con el motor ya encendido, lista para la huida. Los camiones y los coches aullaban en la autopista y sus luces relampagueaban un instante en la cara de la chica, en sus ojos violetas, en su sonrisa, y en la otra pegatina de Doc, la que se enfrentaba al futuro: DIOS BENDIGA A AMÉRICA. CUÍDALA CUANTO PUEDAS.



En el lívido resplandor que seguía, podía vérsele arrastrando los pies de vuelta al Lincoln Continental Mark IV aparcado cerca, con la lata de gasolina vacía golpeando en sus despreocupadas espinillas.



2. Orígenes II. George W. Hayduke

George Washington Hayduke, Vietnam, Fuerzas Especiales, está resentido. Después de dos años en la selva entregando Montagnard Babies[6] y manejando helicópteros (para aquellos muchachos que tableteaban treinta balas por segundo contra cualquier cosa que se moviese: pollos, búfalos acuáticos, granjeros de arroz, corresponsales de prensa, americanos perdidos, médicos de los Boinas Verdes —cualquier cosa que respirase—) y un año como prisionero del Vietcong, volvió al sudoeste americano, que no había dejado de recordar, sólo para encontrarse con que no había nada de lo que recordaba, ya no el clásico y vacío desierto, incluso el translúcido cielo que él había habitado en sus sueños. Algo o alguien habían estado cambiando las cosas.

La ciudad de Tucson de la que procedía, y a la que volvió, estaba ahora cercada por un círculo de instalaciones del Titán ICBM. Toda vegetación, toda vida, en pleno desierto había sido arrasada por las gigantes *bulldozers* D-9 que le recordaban las apisonadoras que aplanaban Vietnam. El despilfarro maquinista devino en desarrollo real, una escuálida plaga de futuros barrios marginales de casas de dos por cuatro con paneles de fibra seca y techos prefabricados que volaban con el primer viento potente. Todo ello en el hogar de las criaturas libres: sapos astados, ratas del desierto y coyotes. Hasta el cielo, cuya cúpula de profundo azul pareció una vez fuera de todo alcance, empezó a cubrirse con un velo de basura gaseosa procedente de los hornos de fundición de cobre, la inmundicia que Kennecott, Anaconda, Phelps-Dodge y American Smelting & Refining Co arrojaban desde sus sedes al cielo público. Una mancha de aire envenenado cubrió su tierra.

Hayduke veía estúpido todo esto. El ardor de la amargura le calentaba el corazón y los nervios, el fuego lento de la ira le calentaba los huevos, le erizaba el vello. Hayduke se quemaba. Y no era un hombre paciente.

Después de un mes con sus padres, fue a buscar a una chica a Laguna Beach. La encontró, se peleó con ella y la perdió. Volvió al desierto, dirigiéndose al norte por el este del cañón, la franja de Arizona y las tierras salvajes de más allá. Había un lugar que había visto y en el que se quedaría hasta que por fin decidiera qué tenía que hacer.

Tenía en mente Lee’s Ferry, el río Colorado, el Gran Cañón.

Hayduke cubrió millas de asfalto a bordo de su *jeep* de segunda mano, un ojo puesto en la carretera y el otro controlando su alergia al chamizo, ese vegetal exótico de las estepas de Mongolia. Había comprado el *jeep*, un todoterreno azul metalizado, en San Diego, a un grupo de negociantes de coches llamado Square Deal Andy y Top Dollar Johnny. La bomba de gasolina se le rompió primero, cerca de Brawley, y en Yuma, cojeó por la autopista con un pinchazo, lo que le sirvió para descubrir que los de Square Deal le habían vendido (bien es cierto que por sólo 2795 dólares) un *jeep* sin gato. Problema menor: a él le gustaba aquella máquina, agradecía las barras estabilizadoras extra, el tanque auxiliar de gas, las llantas de

gran rodadura de los neumáticos, el Warn y el cabrestante Warn con 150 pies de cableado, el soporte para la lata de cerveza atornillado al tablero de mandos, la pintura libre y natural.

El desierto calmó su vaga cólera. Cerca del polvoriento camino que se alejaba de la autopista y se internaba en el este diez millas hacia las rampas volcánicas de las Kofa Mountains, se detuvo, bien lejos del tráfico, para hacerse el almuerzo. Se sentó sobre una roca caliente al ardiente sol primaveral y comió escabeche y queso y jamón y aros de cebolla, bañándolo todo con cerveza, y sintió a través de los poros y las terminaciones nerviosas cómo se le contagiaba la quietud del desierto de Arizona. Miró alrededor y se dio cuenta de que aún recordaba los nombres de todos los pequeños árboles de la maleza: el mesquite (extraordinario combustible para la cocina y el fuego, frijol para los tiempos duros, sombra para la supervivencia), el paloverde, con sus tallos verdes sin hojas, (la clorofila corre por la corteza), el árbol de humo sutil que flota como un espejismo en el baño de arena.

Hayduke siguió adelante. La caliente furia del viento a 65 millas por hora silbaba al traspasar su ventana abierta, le sacudía la manga, le besaba en el oído mientras él seguía conduciendo más y más, al noroeste, hacia la tierra alta, hacia la buena tierra, hacia la tierra de Dios, la tierra que Dios le había dado a Hayduke. Y era mejor que siguiera así. O Dios tendría un problema.

De veinticinco años, Hayduke es un tipo bajo, corpulento, ancho, bien musculado, con apariencia de luchador. La cara barbuda, muy barbuda, con una boca amplia y buenos dientes, grandes pómulos y una espesa mata de pelo negro azulado. Dentro hay un poco de sangre Shawnee, quizás, en algún sitio, allá en el acervo genético. Sus manos son grandes y poderosas, de pálida blancura bajo el vello negro; se le nota que ha estado en la selva y luego en el hospital durante mucho tiempo.

Se bebió otra cerveza mientras seguía conduciendo. Dos paquetes y medio de seis cervezas hasta Lee’s Ferry. En pleno sudeste, él y sus amigos medían las distancias de carretera en porcentajes de paquetes de seis cervezas. De Los Angeles a Phoenix,

cuatro paquetes de seis cervezas. De Tucson a Flagstaff, tres paquetes. De Phoenix a Nueva York, treinta y cinco paquetes. (El tiempo es relativo, dijo Heráclito hace mucho, y la distancia está en función de la velocidad. Tras los últimos avances del transporte la tecnología es la aniquilación del espacio, la compresión de todo ser en un solo punto, y eso se consigue con la ayuda de los paquetes de seis. La velocidad es la droga definitiva y a los cohetes los propulsa el alcohol. Hayduke había formulado esta teoría por sí mismo).

Sintió que el sol compartía su regocijo, el alcohol corriendo a través de la corriente de su sangre, la satisfacción de su *jeep* avanzando a fondo y bien, sin problemas, gambeteando hacia las rojas colinas de las tierras del cañón, las mesetas púrpuras, las rosadas laderas y los pájaros azules. Todas las lecturas de su complicado sistema nervioso avisaban problemas. Pero siempre lo hacían. Era feliz.

Había un campo especial de las Fuerzas Especiales. Había una señal especial que colgaba, junto a las banderas confederadas, en la puerta de entrada al campo especial. La señal decía:

> Si matas por dinero eres un mercenario.
> Si matas por placer eres un sádico.
> Si matas por las dos cosas, eres un Boina Verde.
> BIENVENIDO.

Hacia las tierras altas. Las montañas de Flagstaff se combaban al frente, los altos picos coronados de nieve. El vapor gris azulado de los aserradoras superaba la bruma de las verdes coníferas del Parque Natural de Coconino, el gran bosque que componía un cinturón verde al norte de Arizona. A través de la ventana abierta se colaban el aire resplandeciente, el aroma a resina, el olor del humo de la madera. El cielo, encumbrando las montañas, al que no manchaba una sola nube, era del profundo azul de los verdaderos deseos.

Haiduke sonrió, se dilataron las aletas de su nariz (yoga isométrico), abrió otra lata de Schlitz, dirigiéndose a Flag, 26.000 habitantes, 6900 pies sobre el nivel del mar, y recordó a un policía de Flagstaff al que siempre le había tenido ganas. Injusta detención, una noche en la trena con veinte navajos vomitando. Algo que se

encona en una esquina de su mente durante tres años, una picazón que no podía rascarse.

Sólo por el placer de hacerlo, pensó ¿por qué no ahora? Era libre. No tenía nada mejor que hacer. ¿Por qué no ahora entonces? Se detuvo a repostar en una estación de autoservicio, llenó el tanque, revisó el aceite, y buscó en una guía telefónica y encontró el nombre y la dirección que buscaba. No tenía problema alguno para recordar el nombre: el nombre en la placa en la camisa, al igual que su tarjeta de identificación y las insignias en la solapa, se abrieron paso ante los ojos de la mente de Hayduke, tan vívidamente como si todo hubiese sucedido la noche antes.

Cenó en un café oscuro, luego se dirigió a la dirección que había anotado y aparcó su *jeep* a media manzana de distancia y luego esperó. Atardecía, el breve crepúsculo del sudoeste, las luces de las farolas encendiéndose. Esperó hasta que se hizo de noche, vigilando el portal de la casa. Esperó, pasando revista a su plan, inventariando las armas que tenía en el *jeep*, sin permiso para tenerlas pero dispuestas para su uso: un cuchillo Buck, el Especial, pulido hasta cobrar la agudeza de filo de una navaja, una pistola .357 Mágnum, cargada a excepción de la recámara vacía, una pequeña ballesta de acero CV con dardos Broadhead, fabricados con los restos de un helicóptero siniestrado, un recuerdo de Dak To (¡*Hoa binh*[7]!), una carabina Winchester modelo 94, el rifle clásico para matar ciervos, empaquetado en una funda de silla de montar, un AK 47 (otro souvenir) con dos presillas de plátano pegadas con cinta adhesiva, cargado, y la pieza principal, columna vertebral de su arsenal, un elemento básico para cualquier kit de la muerte bien equipado, el rifle Remington de repetición .30-06 con un alcance objetivo en la variable Bausch & Lomb de 3x-9x, lo suficientemente preciso para encargarse de cualquier Gook[8], de cualquier Greek[9] o del oído de tu hermano a quinientas yardas (alta velocidad, trayectoria plana). Para completar el kit, pólvora, balas, lo necesario. Como muchos americanos, Hayduke amaba las armas, el tacto del aceite, el olor acre de la pólvora quemada, el gusto del latón, las aleaciones de cobre, las monturas brillantes, todas las cosas bien hechas y letales.

Aunque seguía siendo un amante de las ardillas, los petirrojos y

las niñas, le había cogido el gusto, como otros, a la destrucción metódica, completa y minuciosa. Unido, en su caso, con una pasión por la equidad (estadísticamente rara) y el instinto de conservación justo para no dejar las cosas como estaban, sino como deberían estar, (aún más raro) para dejarlas como eran.

(«¿Chicas?», había preguntado el sargento. «En la oscuridad todas son la misma. ¡A quién le importa un carajo las chicas; tendrías que ver mi colección de pistolas!». Algún sargento, como ese que después del accidente acababa torpemente metido en una bolsa negra, enviado a casa en un estuche de madera, como otros 55.000).

Sentado en la oscuridad, esperando, Hayduke deshojaba sus opciones. Primero, no matar; el castigo debía ajustarse al delito, y el delito en este caso era la injusticia. El oficial, de nombre Hall, le había arrestado y encarcelado por embriaguez pública, lo que constituía una prueba falsa: Hayduke no estaba borracho. Lo que había hecho, a las tres en punto de la mañana a una manzana de su hotel, fue pararse a ver cómo el policía Hall y un compañero no uniformado interrogaban a un transeúnte indio. Hall, no acostumbrado a que le interpelara un civil desconocido, cruzó la calle, irritado, nervioso, exigiendo inmediata identificación. Sus formas hicieron retroceder a Hayduke.

—¿Para qué? —dijo con las manos en los bolsillos.

—Saca las manos de los bolsillos —le exigió el policía.

—¿Para qué? —dijo Hayduke.

La mano de Hall tembló sobre la cacha de su revólver, era un policía joven, neurótico, inseguro. El otro hombre esperaba en el auto de policía, observándolo todo, una escopeta colocada verticalmente entre sus rodillas. Hayduke no se había dado cuenta de la escopeta. De mala gana, se sacó las manos vacías de los bolsillos. Hall lo agarró del cuello, y lo arrastró al otro lado de la calle, lo puso contra el auto, empezó a cachearlo, oliendo su aliento a cerveza. Las siguientes doce horas las pasó Hayduke en un banco de madera, en el barracón para borrachos de la ciudad, el único blanco en un coro de Navajos mareados. De algún modo se sintió molesto.

Por supuesto que no puedo matarle, pensó Hayduke. Todo lo

que quiero es darle un par de tortas, para que su dentista tenga algo de trabajo. Partirle una costilla, quizá. Arruinarle la tarde, nada drástico ni irreparable. El problema es, ¿tendría que identificarme? ¿Tendría que recordarle nuestra breve relación de amistad? ¿O sería mejor dejarle en el suelo preguntándose por culpa de quién y por qué le había pasado todo aquello?

Sabía a ciencia cierta que Hall no sería capaz de reconocerle. ¿Cómo podría un policía que detenía todas las noches a una docena de borrachos, tirados y holgazanes, recordar al bajo, moreno, oscuro y corriente George Hayduke, que, desde entonces, había cambiado considerablemente de aspecto, y era ahora más fuerte, más grande y más peludo?

Un auto de la policía, de la Policía de Flagstaff, se acercó lentamente, las luces se apagaron y se detuvo frente a la casa de Hall. Bien. Un hombre en el auto. Muy bien. El hombre se apeó. Vestía de civil, no llevaba el uniforme. Hayduke lo contempló a través de la penumbra, a media manzana de distancia, sin estar seguro. El hombre se dirigió a la puerta de la casa y entró sin llamar. Tenía que ser Hall. O bien una visita. Más luces se encendieron en el interior de la casa.

Hayduke colocó el revólver en su cinturón, salió del *jeep*, se puso una cazadora para esconder la pistola y fue hasta la casa de Hall. Las cortinas estaban echadas y las persianas bajadas, no podía ver nada del interior. El motor del auto de policía estaba encendido. Hayduke comprobó la puerta del auto: abierta. Caminó hasta la esquina de la manzana, bajo los árboles y las farolas, se internó por un callejón de grava que había detrás de la hilera de casas. Los perros ladraban entre los cubos de basura, los tendederos, los columpios. Contando las puertas vio, a través de la ventana de una cocina, al hombre que estaba buscando. Aún joven, bastante guapo, irlandés, Hall, el policía, sostenía con una mano una taza de café y palmeaba la grupa de su esposa con la otra. Ella parecía feliz, él parecía distraído. Una típica escena doméstica. El corazón de hierro de Hayduke se derretía ligeramente por los bordes.

No tenía mucho tiempo. Encontró una parcela sin cercar entre las casas y corrió de vuelta a la calle. El auto de policía estaba aún allí, con el motor en marcha. En cualquier momento Hall se

terminaría su taza de café y volvería, bastardo satisfecho. Hayduke se deslizó tras el volante del auto y sin encender los faros avanzó tranquilamente calle abajo hacia la primera esquina. El verde ojo único del Motorola del patrullero resplandecía en la oscuridad de la cabina, el altavoz transmitía un tráfico constante de calmas voces masculinas hablando de sangre, restos, desastre. Colisión frontal en Mountain Street. Mejor para Hayduke, la tragedia de la rutina quizá le otorgaría un minuto más antes de que Hall pudiera difundir la voz de alarma. Giró en la esquina y se dirigió al sur por la calle principal hacia los raíles del ferrocarril de Santa Fe, se preparó para el asalto. Hall, seguro, tenía un transmisor de radio de la policía en su casa. Mientras Hayduke hacía sus planes. Cosas que no debes hacer esta noche. Decidió primero que no iba a estrellar el auto de policía en el lobby del City Hall. Segundo…

Se cruzó con otro auto de policía que iba en dirección contraria. El oficial al volante le miró fugazmente y él le miró igualmente. Unos pocos transeúntes en la calle lo vieron avanzar. Se fijó en el espejo retrovisor. El otro auto de policía se había detenido en una intersección, esperando la luz del semáforo.

Hubo una pausa en la radio. Luego la voz de Hall: «A todas las unidades, 10-99, a todas las unidades, 10-99. Auto 12, 10-35, 10-35. Repito: a todas las unidades, 10-99. Auto doce, 10-35. Confirmación, por favor, KB-34».

Buen control, pensó Hayduke. ¿Cómo iba a olvidarse de esa voz? Ese bonito irlandés controlaba la histeria. ¡Buen Dios, pero ahora me odia! U odia a alguien en cualquier caso.

Hubo una amalgama de voces intentando responder a la vez en la radio. Luego silencio. Una voz se impuso entonces clara y alta:

—KB-5, KB-6.

—KB-5.

—Hemos visto al auto doce hace un minuto, se dirigía al sur de la Segunda entre Federal y Mountain.

—Diez-cuatro, KB-6. Todas las unidades móviles excepto auto cuatro diríjanse inmediatamente a esa área: 10-99,10-99, auto doce, Kb-34, Kb-5.

—KB-34, KB-5. Responda por favor.

—KB-34.

—¿Diez-nueve?
—¿Diez-dos?
—¿Diez-nueve?
—¿Qué?
—¿Dónde diablos está Hall?
—KB-34.
—¿Entonces, quién conduce el auto doce?
—No lo sé.

Hayduke cogió el micrófono, presionó el botón de transmisión y dijo:

—Soy yo, pedazos de mierda. Sólo quería divertirme un poco en vuestro pequeño pueblucho, ¿vale? KB-34, corto.

—Diez-cuatro —dijo la radio. Hubo una pausa—. ¿Quién está hablando?

Hayduke se lo pensó un momento.

—Rudolf —dijo—. Ese es el que habla.

Otra pausa.

—KB-5, aquí KB-6.

—Adelante.

—Tenemos al sujeto a la vista. Todavía se dirige al sur.

—Diez-cuatro. Preparado para interceptarlo.

—Diez-cuatro.

—Diez-cuatro los cojones —dijo Hayduke al micrófono de su aparato—. Primero tendréis que cogerme, jodidos cabeza de chorlito.

Lamentó, por un momento, que no hubiera ninguna manera de que pudiera recibir y escuchar sus propias emisiones. Desde luego se estarían grabando en cinta en la comisaría de policía. Pensó por un momento en algo denominado huellas de voz, la analogía en audio a las huellas digitales. Quizá él escucharía sus emisiones, después de todo, algún día. En una sala de juicios de Arizona. Con el solemne jurado reunido. Dios maldiga sus ojos.

La radio de nuevo: «Tenga en cuenta el sujeto que todas las emisiones de radio son controladas por la Comisión Federal de Comunicaciones y que el mal uso o abuso del sistema de transmisiones policiales es un delito federal».

—Que se joda la Comisión Federal de Comunicaciones. Jódete tu

también, maricón de Flagstaff. Me meo en todos vosotros a una altura considerable.

El auto gemía en la oscuridad, avanzando tranquilamente a través de calles casi vacías, mientras Hayduke esperaba una respuesta. No hubo ninguna. Luego se dio cuenta de que todavía mantenía pulsado el botón de transmisión del micro, y eso era lo que impedía que hubiera más comunicaciones en el canal. Dejó el micro y se concentró en la conducción. Se reinició el tráfico de voces en la radio, el ininterrumpido intercambio de calmas, si bien, lacónicas voces masculinas. Diles que vamos a darles una pista, pensó. El ferrocarril de Santa Fe estaba a sólo una manzana. Las sirenas detrás, la destrucción delante.

Las luces rojas parpadeaban en el cruce. Sonó la campana de aviso. Hayduke aminoró el paso. El tren se aproximaba. Las barricadas de madera descendían para impedir el cruce. El auto pasó antes de que cayera del todo la primera, y Hayduke echó el freno dejando el auto en el centro del cruce. Miró a ambos lados y vio a través de la rugiente oscuridad el parpadeo de la luz brillante de la locomotora que se le venía encima, sintió el estruendo de las ruedas de hierro, oyó el rebuzno de la bocina de la máquina. En ese mismo instante escuchó el ulular de las sirenas, las luces intermitentes de color azul aproximándose, a menos de dos cuadras de distancia.

Hayduke dejó el auto de Hall allí, en la cruz del cruce. Antes de dejarlo, de todos modos, cogió una escopeta, un casco y una linterna de seis baterías, y se los llevó consigo en la oscuridad. Cuando se alejaba de la escena del crimen, con los brazos llenos y el corazón latiéndole con alegría, escuchó un chirrido de frenos, un bramido de cláxones, un sólido, metálico crash de lo más satisfactorio, intensamente prolongado.

Miró atrás sobre su hombro. La locomotora, haciendo gemir los frenos, con el respaldo de tres unidades de potencia extra y el peso y el impulso de un tren de carga de 125 coches, rodaba por los raíles empujando con su hocico de hierro el auto policía, hecho un amasijo de hierros que levantaba del suelo una lluvia de chispas. El auto dio una voltereta, se le rompió el tanque de gasolina y combustionó en una llamarada violeta y azafrán, una hoguera que,

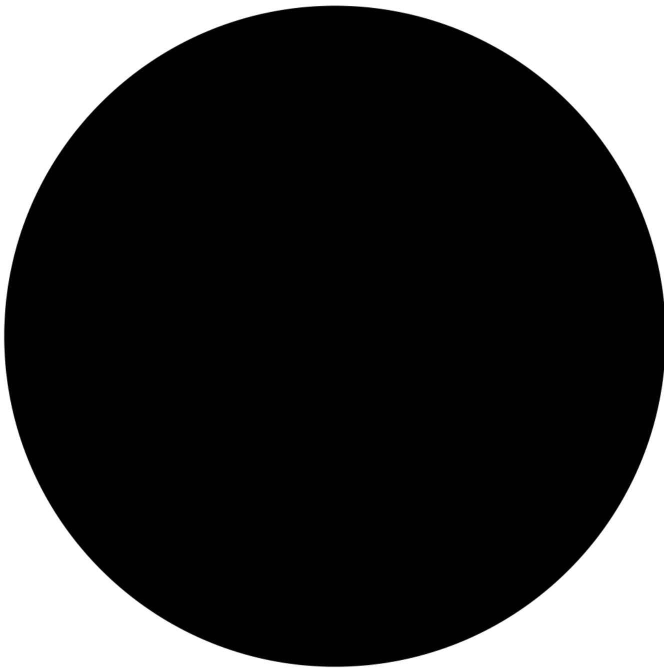
mientras avanzaba, iba iluminando una hilera de vagones que estaban en vía muerta, la parte de atrás del Hotel Moctezuma (habitaciones por 2 $ noche), algunos postes de telégrafo, una valla publicitaria (Bienvenidos a Flagstaff el corazón del Pintoresco Norte) y la obsoleta y anticuada torre del Depósito de Aguas de Flagstaff, Atchinson, Topeka y Santa Fe.

Triunfal, se escabulló por sucios callejones, esquivando el hierro, la ley, los sonidos de los coches policía que como un enjambre de avispas enloquecidas recorrían la ciudad. Alcanzó la seguridad de su *jeep* e, ileso, salió de la ciudad hacia la acogedora oscuridad.

Durmió bien esa noche, en los bosques de pinos cerca de Sunset Cráter, cómodamente metido en su ancho sarcófago, un saco de plumas de ganso, ligero como una pluma, caliente como el útero. Bajo el fulgor de diamante de Orion, el brillo de las Siete Hermanas, mientras las estrellas disparaban lánguidas flamas a través de la troposfera. La dulzura de aquello. La satisfacción del trabajo bien hecho. Cualquiera que fuese. Donde quiera que llevase. De un árbol más verde de lo que pudieras pensar en un cañón rojo como el hierro.

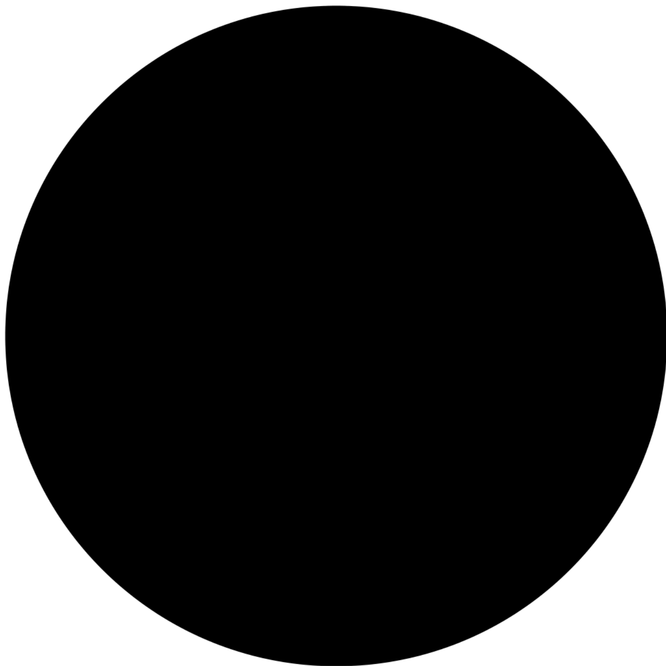
Se levantó antes que el sol, en el amanecer de plata azul, hizo café en el diminuto hornillo Primus. Cantaba, «¡química, química! ¡necesito química!», el mantra matinal de Hayduke. A través de los solitarios pinos vio un círculo de plasmático hidrógeno, demasiado brillante para mirarlo de frente, levantándose apresuradamente sobre las cordilleras escarpadas del desierto Pintado. Música de flauta encantadora flotaba desde ninguna parte: el tordo solitario.

A la carretera, George. Hacia el Norte. Llenó el tanque en su surtidor favorito, la factoría de la Montaña Sagrada, firmó algunas peticiones (Salvemos Black Mesa, Basta ya de minas) y compró una pegatina EL PODER ROJO CREE EN HOPI, que iba a colocar encima de la que llevaba el antiguo dueño de su auto:



QUE

TENGAS UN BUEN DÍA CRETINO



Rodó montaña abajo, hacia el rosado amanecer, hacia la base del río Pequeño Colorado, hacia el rosa pastel y el marrón chocolate y el umbrío beige del desierto Pintado. La tierra petrificada. La tierra de los indios con glaucoma. La tierra de las alfombras de tejidos vegetales teñidos a mano, de los cinturones de concha plateada, de las sobrecargadas cargas sociales. La tierra de los antiguos dinosaurios. La tierra de los dinosaurios modernos. La tierra del cableado eléctrico manchando yardas y yardas a través de unos postes idénticos como patas de un ciempiés monstruoso del espacio exterior que hubiese sido depositado en la llanura del desierto.

Hayduke frunció el ceño mientras abría el primer paquete oficial de seis latas (una y media hasta el Lee's Ferry). No recordaba tantos cables de alta tensión. Avanzaban hacia el horizonte en una hilera interminable, haciendo bucles entre sí al unir sus brillos a los cables de alta tensión que conducía la energía de la presa de Glen Canyon, de la Central Eléctrica Navajo, de las plantas de Tour Cornes y Shiprock, enlazando el sur y el oeste al próspero sudoeste y California; las ardientes megalópolis que devoraban a las indefensas ciudades del interior.

Lanzó su lata vacía por la ventana, y puso rumbo al norte a través de territorio indio. Una tierra arruinada, atravesada por nuevas líneas eléctricas, el cielo empañado con el humo de las plantas de energía, las montañas agujereadas de minas, el pastoreo condenado a muerte, la erosión que seguía imparable. Pueblos miserables con bloques de cemento unidos por una línea de alquitrán en cuyos bordes de vez en cuando aparecían chabolas: la tribu se extendía pletórica como caldo de cultivo: de 9500 en 1890 habían pasado a 125.000 hoy. ¡Fecundidad! ¡Prosperidad! Dulce vino envenenado, nosotros te adoramos.

El verdadero problema con los indios dejados de la mano de Dios, reflexionó Hayduke, es que ellos no son mejor que cualquiera de nosotros. El verdadero problema es que los indios son tan estúpidos y codiciosos y patéticos y cobardes como los blancos.

Dándole vueltas a eso abrió la segunda lata de cerveza. La factoría de Gray Mountain apareció ante él, con indios holgazanes descansando en la zona soleada de la pared. Una piel roja que

llevaba la blusa de pana tradicional se puso en cuclillas entre los hombres, se subió su larga y voluminosa falda y meó sobre el polvo. Ella estaba sonriendo, los hombres se reían.

Nos acercamos al cruce de Grand Canyon.

El tráfico obstruye su avance impaciente. Frente a él una pequeña dama de pelo azul observa a través de su volante la carretera, su cabeza apenas asoma por encima del tablero de mandos. ¿Qué está haciendo esa mujer aquí? Hay un anciano pequeño junto a ella. Matrícula de Indiana en su Oldsmobile. La abuela y el abuelo han salido a ver el país. Conduce prudentemente a 45 por hora. Hayduke gruñe. Muévase, señora, o sálgase de la puta carretera. Dios mío, haces que te preguntes cómo pudieron salir del garaje y poner rumbo al oeste.

A dos millas está la factoría del Cruce. Se paró allí para una cerveza y por casualidad oyó al encargado decirle a un empleado, mientras le mostraba una manta tejida a mano, «Pagué cuarenta dólares por esta pieza, el piel roja se iba a Sing y quería llevarse algo de dinero; la venderemos a doscientos cincuenta».

La carretera se hundía ante él, bajando hacia el valle del río Pequeño Colorado y el desierto Pintado. De los siete mil pies en la cumbre del paso a los tres mil pies en el lecho del río. Le echó un vistazo al altímetro colocado en su salpicadero. El instrumento le dio la razón. Aquí estaba el desvío a South Rim, Grand Canyon. Incluso ahora, en mayo, el tráfico de turistas parecía abundante: una constante corriente de acero, plástico, vidrio y aluminio corriendo hacia el cruce, la mayoría de vuelta al sur hacia Flagstaff, pero una parte de ella se dirigiría al norte, a Utah y Colorado.

Mi dirección, pensó, van en mi dirección, y no pueden hacer eso. Tengo que borrar ese puente. Pronto. Sus puentes. Pronto. Todos ellos. Pronto. Llevan sus coches de hojalata a la tierra sagrada. No pueden hacerlo, no es legal. Hay una ley contra eso. La ley más alta.

Bueno, también tú lo estás haciendo, se reprochó a sí mismo. Sí, pero lo mío son asuntos importantes. Después de todo, soy un elitista. En cualquier caso, la carretera está aquí ahora, para ser utilizada. También he pagado mis impuestos, y sería un imbécil si me apeara y caminara y les dejara a ellos, los turistas, escupir sus gases contaminantes en mi jeta, ¿verdad? ¿No es cierto? Sí, sería un

imbécil. Pero si quisiera ponerme a caminar —y lo haré cuando llegue el momento— qué entonces, caminaría todo el tiempo desde aquí a Hudson Bay y vuelta. Y lo haría sin problemas.

Hayduke pisó a fondo pasado el cruce, escape libre, dirección norte-noroeste pasado The Gap y Cedar Ridge (cobró de nuevo altura) hacia Ecco Cliffs, Ahinumo Altar, Marble Canyon, las Vermilion Cliffs y el río. El Colorado. El río. Hasta que, ascendiendo una pendiente larga, consiguió tener una vista —por fin— de todo el territorio al que se había dirigido, el corazón de la tierra de su corazón, extendida ante y detrás de él exactamente tal y como lo había soñado en los tres años en que anduvo perdido en la selva.

Procedió casi cautelosamente (para lo que solía) bajando la larga y empinada pendiente hacia el río, veinte millas de carretera y cuatro mil pies de descenso. Tenía que vivir al menos una hora más. Marble Canyon se abría a continuación, una grieta negra como la huella de un terremoto que zigzagueaba a través de las coloreadas dunas del desierto. Los acantilados del Eco oscilaban al noroeste hacia la oscura muesca en el monolito de pétrea arena donde el Colorado se extendía desde las profundidades de la meseta. Al norte y al oeste de la muesca se levantaba la meseta de Paria, poco conocida, nadie vivía allí, y los acantilados de Vermilion, de treinta millas de largo.

Regocijado, Hayduke, bebiendo más cerveza, terminándose el pack de seis de Flagstaff, condujo prudentemente, a setenta, hacia el río por la estrecha carretera, tarareando contra el viento una canción incoherente. Era de hecho una amenaza para otros conductores pero podía justificarse diciendo: Si no bebes, no conduces. Si bebes, conduce como te dé la gana. ¿Por qué? Porque es la libertad, no la seguridad, el bien más alto. Porque la gente que conduce debe estar abierta a todo —niños en triciclos, pequeñas damas en Plymouths de la época de Eisenhower, lesbianas homicidas manejando gigantescos tractores Mack. Dejad que no haya favoritismos, nada de licencias, ninguna regla para la carretera. Dejad que todo el mundo haga lo que le venga en gana.

Feliz como un cerdo en la basura, así llega Hayduke a casa. Pronunciadas curvas aproximándose al puente: REDUZCA, 15 MPH. Los neumáticos chillaban como gatos en celo, derrapan todas sus

ruedas en la primera curva. Otro derrapaje. Un aullido de goma, el olor a quemado de los frenos. El puente aparece. Pisa a fondo, los pies bailan en las palancas de freno, embrague y acelerador.

«PROHIBIDO DETENERSE EN EL PUENTE», dice la señal. Él se para en medio del puente. Apaga el motor. Escucha un instante el silencio, el susurro que sube cuatrocientos pies desde el río que corre.

Hayduke se apea del *jeep*, camina por la pasarela del puente y se asoma. El Colorado, el tercer río más largo de América, arranca murmullos en sus riberas, remolinos en las piedras caídas, agrieta las paredes de piedra caliza de Marble Canyon. Aguas arriba, tras la curva, se encuentra el punto del ferry de Lee, que ha quedado obsoleto por el puente en el que está Hayduke. Aguas abajo, a cincuenta millas, está la entrada del río en Grand Canyon. A la izquierda, norte y oeste, los Vermillion Cliffs brillan rosados como una sandía a la luz del sol que trepa cumbre tras cumbre en las perpendiculares laderas de arena, el perfil de cada una de las rocas investido de una nobleza misteriosa, solemne, inhumana.

La vejiga le va a estallar. La carretera es silenciosa y está desierta. Puede que el mundo se haya acabado. Es hora de liberar toda la bebida consumida. Hayduke se baja la cremallera y manda un chorro arqueado de Schlits a cuatrocientos pies de altura, un arco que cruza el espacio hasta la corriente de abajo. No es ningún sacrilegio, sólo un júbilo calmo. Los murciélagos parpadean en las sombras del cañón. Una gran garza azul sobrevuela el río. Estás entre amigos, George.

Olvidándose de cerrarse la bragueta y abandonando el *jeep* en la carretera sin nadie, camina hacia la otra punta del puente y trepa a una loma del cañón, un punto alto desde el que contemplar el desierto. Se pone de rodillas y toma un poco de arena roja. Se la come. (Es buena para el buche, rica en hierro. Buena para la molleja). Vuelve de nuevo la vista al río, las altas colinas, el cielo, la masa flameante del sol bajando como un barco tras un banco de nubes. La polla de Hayduke, flácida, arrugada, olvidada, le cuelga en su abierta bragueta, goteando un poco. Extiende firmemente sus piernas en la roca y levanta los brazos al cielo, las palmas hacia arriba. Una inmensa alegría le recorre todo el cuerpo, fluyendo por

sus huesos, su sangre, sus nervios, sus tejidos, a través de cada una de las células de su cuerpo. Echa atrás la cabeza y respira hondo.

Una garza, un carnero cimarrón arriba en el acantilado, un coyote que se para en la ribera del río y escucha un aullido, la canción del lobo, que se eleva sobre la quietud crepuscular y se multiplica a través del vacío de la noche que cae sobre el desierto. Un largo y prolongado, profundo y peligroso, salvaje y arcaico aullido elevándose y elevándose y elevándose en el aire quieto.



3. Orígenes III. Seldom Seen Smith

Nacido por casualidad en el seno de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (mormones), Smith se había tomado con respecto a su religión un periodo sabático. Era un *jack mormon*. Un *jack mormon* es a un mormón decente lo que una liebre a un conejo. Su conexión con los padres fundadores de su iglesia se pueden consultar en la biblioteca genealógica más grande del mundo, en Salt Lake City. Como alguno de sus correligionarios, Smith practicaba el matrimonio plural. Tenía una esposa en Cedar City, Utah, una segunda en Bountiful, Utah, y una tercera en Green River, Utah —cada una de ellas a una cómoda distancia de un día en auto de la siguiente—. Su nombre legal era Josep Fielding Smith (por un sobrino del mártir fundador), pero sus esposas le habían

puesto el nombre que llevaba, «Seldom Seen» (o sea, «Rara vez visto»).

El mismo día en que George Hayduke condujo desde Flagstaff hasta Lee's Ferry, Seldom Seen Smith se dirigió desde Cedar City (donde Kathy) después de que la noche antes estuviera en Bountiful (donde Sheila), siguiendo su rumbo hacia el mismo destino. Se detuvo en el camino en un almacén donde se hizo con un equipo para un viaje en barco por el Gran Cañón: tres balsas de neopreno, equipos de perforación de carga, remos, bolsas impermeables, y latas de munición bélica, tiendas de campañas, lonas, cuerdas y muchas, muchas, muchas otras cosas, y un asistente para ayudar a remar al hombre. Se enteró de que, en teoría, su ayudante ya se había desplazado al punto de salida en Lee's Ferry. Smith necesitaba también un conductor, alguien que llevase su carro desde Lee's Ferry a Temple Bar en el lago Mead, donde la excursión por el cañón terminaba. La encontró, por preacuerdo, entre las otras apasionadas del río que estaban por el almacén de Expediciones Gran Cañón. Lo cargó todo menos a la chica en la parte trasera de su camioneta, y siguió adelante, hacia Lee's Ferry por el paso de Page.

Se dirigieron al este bajo el cuadrado de cielo perfecto de Utah, rojas colinas bajas, mesetas de piedra blanca y antiguas extrusiones volcánicas —el pezón de Mollie, por ejemplo, visible desde la autopista a treinta millas al este de Kanab—. Muy pocos habían llegado a la cumbre del pezón de Mollie: el Mayor John Wesley Powell fue uno, Seldom Seen Smith, otro. Aquella cúpula azul en el sureste, a cincuenta millas mirando recto, es la Montaña Navajo. Uno de los lugares sagrados de la tierra, el ombligo de Dios, *om* y *omphalos*, sagrado para chamanes, brujas, magos, todo aquel al que se le hubiera ido la olla deificando al sol, procedentes de los santuarios místicos de Keet Seel, Dot Klish, Tuba City y Cambridge, Massachusetts.

Entre Kanab, Utah y Page, Arizona, una distancia de setenta millas, no había ciudad alguna, no había habitación humana en parte alguna, con excepción de un destartalado conjunto de chozas y unos contenedores de hormigón denominado Glen Canyon City. Glen Canyon City se construyó con fe y fantasía. Como decía una

señal en la única tienda del lugar: «Una planta de energía de cuarenta millones se construirá pronto a doce millas de aquí».

Smith y su compañera no se pararon en Glen Canyon City. Nadie se paraba en Glen Canyon City. Llegaría el día en que, como sus fundadores esperaban y sus habitantes soñaban, habría una colmena de industria y avaricia, pero de momento nos atenemos a los hechos: Glen Canyon City (NO ARROJAR BASURAS) se limitaba a pudrirse a un lado de la carretera como un Volkswagen al que le pegaron fuego y olvidaron sin piedad en la maleza abundante de la alcalina tierra de Utah. Muchos pasaban pero ninguno se paraba. Smith y la chica pasaron como abejas en vuelo.

—¿Qué era eso? —dijo la chica.

—Glen Canyon City.

—No, me refiero a eso —y señaló algo atrás.

Él miró por el espejo retrovisor.

—Eso era Glen Canyon City.

Pasaron la desviación a Wahweap Marina. A millas de distancia, tras la pendiente de arena, las dunas, las hierbas de arroz indias, los matojos, se podía ver un grupo de edificios, un recinto para caravanas, carreteras, muelles, y un racimo de barcas en la bahía azul del lago. Lago Powell, la joya del Colorado, 180 millas de depósito amurallado por roca desnuda.

Smith lo llamaba la muerte azul. Como el de Hayduke, su corazón estaba lleno de un odio bien alimentado. Porque Smith también recordaba algo diferente. Él recordaba el río de oro fluyendo hacia el mar. Recordaba un cañón llamado Paso Escondido, otro llamado Salvación, otro llamado Última Oportunidad, y otro llamado Prohibido y otros muchos más, algunos de ellos nunca tuvieron ni siquiera nombre. Él recordaba los extraños y grandes anfiteatros llamados Templo de la Música y Catedral del Desierto. Todo aquello ahora estaba bajo las aguas de la reserva, desapareciendo lentamente bajo capas de sedimentos. ¿Cómo podía olvidarse? Había visto demasiado.

Estaban llegando, en medio de un creciente flujo de coches y camiones, al puente y a la presa de Glen Canyon. Smith aparcó su auto frente al monumento al senador Carl Hayden. Su amiga y él se apearon y caminaron por la pasarela del puente hasta la mitad.

Setecientos pies abajo sonaba lo que quedaba del río original, las verdosas aguas que emergían, a través de la turbina y el túnel, desde la sala de máquinas en la base de la presa. Marañas de cables eléctricos, hechos de hebras que tenían el grosor de un brazo de hombre, escalaban las paredes del cañón en torres de acero fusionados en un laberinto de transformadores que se extendían hacia el sur y hacia el este, hacia Alburquerque, Babilon, Phoenix, Gomorrah, Los Angeles, Sodom, Las Vegas, Nieve, Tucson, las ciudades de la llanura.

Río arriba desde el puente se encontraba el dique, un deslizamiento de hormigón que caía a setecientos pies de profundidad en fachada cóncava desde el borde de la presa a las verdes yerbas que había en el tejado de la siguiente planta de energía.

Ellos se quedaron mirándolo. La presa pedía atención. Una majestuosa masa de cemento. Estadísticas vitales: 792.000 toneladas de hormigón que habían costado 750 millones y la vida de dieciséis (16) trabajadores. Cuatro años de obras, el primer constructor Morrison-Knudsen, Inc, patrocinado por la Oficina de Recuperación de los Estados Unidos, cortesía de los contribuyentes americanos.

—Es demasiado grande —dijo ella.

—Eso es, querida —dijo él—, y ¿qué pasa?

—No puedes.

—Habrá alguna forma.

—¿Cuál?

—No sé. Pero tiene que haber una forma.

Estaban mirando las aguas que caían y la superficie de la cresta de la presa. Esa cresta, lo suficientemente ancha como para que cupieran tres camiones Euclides, era la parte más estrecha de la presa. Desde la cumbre se ensanchaba hacia abajo formando una cuña invertida que bloqueaba el Colorado. Tras la presa las aguas azules brillaban reflejando el cielo en blanco, el feroz ojo del día, y decenas de lanchas aceleraban más y más haciendo deslizar esquíes acuáticos. Lejano zumbido de motores, gritos de algarabía.

—¿Cómo cuál?

—¿Para quién trabajas? —dijo él.

—Para ti.
—Eso es, pues piensa algo entonces.
—Podemos rezar.
—¿Rezar? —dijo Smith—. Mira, una cosa que no se me había ocurrido. Vamos a rezar porque se produzca un preciso terremoto justo aquí.
Y Smith se arrodilló, allí, sobre el cemento de la carretera del puente, la cabeza inclinada, cerrados los ojos, juntas las manos palma con palma, en actitud de rezo, y rezó. Por lo menos sus labios se movían. Rezaba, a plena luz del día, mientras pasaban turistas y tomaban fotografías. Alguno dirigió su cámara hacia Smith. Una guardiana del parque dirigió su atención hacia él, frunciendo el ceño.
—Seldom —murmuró la chica, avergonzada—, estás dando el espectáculo.
—Haz como si no me conocieras —le susurró él—. Y prepárate a correr. La tierra se va a abrir de un momento a otro.
Y volvió a su plegaria.
—Querido Dios —rezó—, tú sabes y yo sé qué había aquí, antes de que esos bastardos de Washington viniesen para arruinarlo todo. ¿Te acuerdas del río, lo grande y dorado que era en junio, cuando la gran corriente bajaba por las Rockies? ¿Te acuerdas de los ciervos en los bancos de arena y de las garzas azules en los sauces, y el bagre tan grande y tan sabroso y cómo ellos lo echaron a perder para comer salami? ¿Recuerdas ese hermoso pez crack que bajaba por el Cañón del Puente y el Cañón Prohibido, qué verde y fresco y claro era? Dios, es suficiente para que un hombre se vuelva loco. Di, ¿recuerdas al viejo Woody Edgell arriba en Hite y el viejo ferry que usaba para cruzar el río? Ese chisme loco colgando de sus cables, ¿te acuerdas de ese trasto? ¿Te acuerdas de las cataratas en el Cañón de las Cuarenta Millas? Bueno, también se cargaron la mitad de ellas. Y parte del Escalante ya no está —Davis Gulch, Willow Canyon, Gregory Natural Bridge, Ten-Mile—. Escúchame, ¿me estás escuchando? Hay algo que puedes hacer por mí, Dios. ¿Qué tal un pequeño y quirúrgico seísmo justo sobre esta presa? ¿De acuerdo? En cualquier momento. Por ejemplo ahora mismo, eso me resultaría muy grato.

Esperó un instante. La vigilante, que no parecía muy contenta, estaba llegando a ellos.

—Seldom, vienen los guardias.

Smith terminó de rezar. «De acuerdo, Dios, veo que no quieres hacerlo por el momento. Bien, de acuerdo, tú mismo, tú eres el que manda, pero no tenemos todo el jodido tiempo del mundo. Hazlo pronto, maldita sea. A-men».

—¡Señor!

Smith se levantó, sonrió a la guardiana.

—Señora.

—Lo siento señor, pero no se puede rezar aquí. Es un sitio público.

—Eso es verdad.

—Propiedad del gobierno de los Estados Unidos.

—Sí, señora.

—Hay treinta iglesias en Page si desea rezar en la iglesia que usted prefiera.

—De acuerdo señora. ¿Hay alguna iglesia paiute?

—¿Cuál?

—Soy paiute, soy un piadoso paiute.

Se subió a la camioneta.

—Seldom —dijo la chica—, vámonos de aquí.

Se dirigieron desde el puente por una pendiente hacia el verde puro de la ciudad gubernamental de Page. Unas pocas millas al sudoeste se encontraban las chimeneas de la planta de carbón Navajo, denominada así en honor a los indios cuyos pulmones la planta castigaba con sulfuro de azufre, el sulfato de hidrógeno, el óxido de nitrato y el monóxido de carbón, el ácido sulfúrico y las cenizas volantes y otras partículas materiales.

Smith y su amiga comieron en el Mom's Café, luego se dirigieron al supermercado de Big Pig y estuvieron de compras. Tenía que comprar comida para catorce días, para sí y para su ayudante y para cuatro clientes. Seldom Seen Smith estaba en el negocio del río. El negocio de la naturaleza. Era un guía profesional, excursiones por el desierto, barquero. Su equipo principal consistía básicamente en los enseres necesarios como botes de goma, kayaks, tiendas para la montaña, chalecos salvavidas, bastones, motores

fuera borda, mapas topográficos, bolsas de lona impermeable, espejos de señales, cuerdas de escalada, un kit para las mordeduras de serpiente, botellas de ron, cañas para la pesca con mosca y sacos de dormir. Y un remolque y un camión de dos toneladas y media, cada uno de ellos luciendo en las puertas pegatinas magnéticas con la leyenda: QUINTO PINO EXPEDICIONES, Jos. Smith, Prop., Hite, Utah.

(Veinte brazas bajo la lechosa luz verde, las cabinas espectrales, los esqueletos de los álamos, las fantasmales gasolineras de Hite, Utah, brillan tenuemente bajo la niebla de las aguas de perfiles y bordes suavizados por el efecto poco definido de los sedimentos acumulados poco a poco. Hite quedó sumergida en el lago Powell hace muchos años, pero Smith no le reconocía el mérito a los poderes foráneos).

Los bienes materiales eran lo de menos. Su capital básico estaba en su cabeza y en sus nervios, un cuerpo sustancioso en conocimientos especiales, herramientas especiales y una actitud especial. Pregúntale a Smith, él te dirá: Hite, Utah, emergerá de nuevo.

Sus emolumentos crecieron el año pasado hasta los 64.521,95 dólares. Total de gastos, sin incluir su propio salario, fue de 44.010,05 dólares. Ganancia neta, 20.511,90 dólares. Difícilmente aceptable para un honesto *jack mormon*, sus tres mujeres, el mantenimiento de tres casas y cinco niños. Nivel de pobreza. Pero se las arreglaban. Smith estaba convencido de que la suya era una buena vida. Su única queja era que el gobierno de los Estados Unidos, el Departamento de Carreteras del Estado de Utah y un consorcio de compañías petrolíferas, compañías mineras y compañías de servicios estaban tratando de destruir su hábitat, echándole a perder el negocio y afeando las vistas.

Smith y su compañera se gastaron 685 dólares en comida, pagó Smith con billetes usados (no creía en los bancos), lo cargaron todo en la camioneta y pusieron rumbo a la ciudad para dirigirse luego a Lee's Ferry, adentrándose en el viento del oeste a través de las arenosas rocas de los páramos del territorio indio.

«BIENVENIDOS A TERRITORIO NAVAJO», decía el cartel en cuyo reverso podía leerse: «ADIÓS, VUELVAN OTRA VEZ».

Y el viento soplaba, las nubes de polvo oscurecían el azul del desierto, pálida arena y rojo polvo flotando sobre las vías de asfalto y los chamizos en los arroyos. Adiós, vuelta otra vez.

La carretera se curvaba hacia una muesca dinamitada en los acantilados del Eco y desde ahí descendía mil doscientos pies hacia la desviación a Bitter Springs. Smith paró como siempre hacía en este punto, se salió de la camioneta y contempló el mundo que tenía delante y debajo. Lo había observado un centenar de veces a lo largo de su vida: sabía que tendría que mirarlo otro centenar más. La chica también se apeó y se colocó a su lado. Él deslizó una mano para abrazarla. Se quedaron así juntos, uno al lado del otro, mirando aquella desolada grandeza.

Smith era un tipo desmadejado, que se inclinaba como un rastrillo, difícil de manejar. Tenía unos brazos largos y peludos, unas manos grandes, enormes pies, planos y sólidos. Su nariz era como un pico, tenía una nuez sobresaliente, las orejas eran como las asas de una jarra, el pelo blanqueado de sol como la cresta de una rata, y una sonrisa amplia y afable. A pesar de sus treinta y cinco años parecía, la mayor parte del tiempo, comportarse como un adolescente. La mirada fija, sin embargo, revelaba que en el interior había un hombre.

Bajaron al desierto, rumbo norte hacia Bitter Springs, siguiendo el rastro de Hayduke, las señales de Hayduke (latas vacías de cerveza en la cuneta de la carretera) hacia la garganta, cerca de un *jeep* aparcado en el puente y hacia Lee’s Ferry. Pararon en una de las salidas para echar un vistazo al río y lo que quedara del viejo cruce.

No mucho. Los campamentos de la ribera del río habían sido destruidos por una cantera de grava. Para administrar, proteger y hacer accesible al público motorizado el encanto, la belleza y la historia de Lee’s Ferry, la Junta del Parque había determinado no sólo un nuevo pavimento para la carretera y la cantera de grava, sino también una estación de aprovisionamiento, un campamento pavimentado, una torre de cien pies de alto de agua rosada, un repetidor de alta tensión, un área de *picnic* pavimentada, un vertedero oficial y una rampa de botes cubierta con techumbre de acero. El área había sido puesta bajo el mando de la administración

de los Servicios del Parque Nacional, por supuesto para proteger al parque del vandalismo y la explotación comercial.

—Supón que oye tu plegaria —dijo la chica interrumpiendo el silencio—. Supón que le llega el terremoto a la presa. ¿Qué le pasaría a toda esta gente?

—Desde la presa hay doce millas a través de la depresión, las doce millas de cañón más alucinantes que jamás hayas visto. El agua tardaría una hora en llegar.

—Se ahogarían.

—Los avisaría por teléfono.

—Supón que Dios oye tus plegarias en mitad de la noche. Supón que todos en la presa mueren y no hay nadie vivo allí para dar el aviso. Entonces, ¿qué?

—Querida, no puedo hacerme responsable de los actos de Dios.

—Es tu plegaria.

Smith gimió.

—Pero es Su seísmo.

Y elevó un dedo pidiendo silencio.

—¿Qué es eso?

Oyeron. Por encima, los acantilados elevados. El silencio de la tarde flotando sobre ellos. Por debajo, las profundidades ocultas en la garganta oscura, el río peleando contra las rocas y haciendo complicados senderos hacia su clímax en el Gran Cañón.

—No escucho nada que no sea el río —dijo ella.

—No, escucha…

Lejos, transmitido por el eco de los acantilados, un gemido sobrenatural se elevaba y luego descendía, lleno de congoja, o quizá de exultación.

—¿Un coyote? —probó ella.

—No…

—¿Un lobo?

—Sí.

—Nunca había oído antes que por aquí hubiera lobos.

Él sonrió.

—Eso es —dijo—, eso es absolutamente cierto. Ellos suponen que aquí no hay lobos en parte alguna, no pueden imaginarse que están aquí.

—¿Estás seguro de que es un lobo?

—Sí —hizo una pausa, escuchó de nuevo. Ahora sólo le llegaba el sonido del río corriendo abajo—. Pero se trata de un lobo poco común.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es uno de esos lobos de dos patas.

Ella lo observó:

—¿Quieres decir humano?

—Más o menos —dijo Smith.

Se dirigieron, pasando la zona de aprovisionamiento, la torre de agua rosa, cruzando el río Paria, a la rampa de lanzamiento en la fangosa ribera del Colorado. Smith aparcó, de espalda al río, y empezó a descargar los botes. La chica le ayudó. Arrastraron los tres botes inflables desde la camioneta, los desenrollaron y esparcieron sobre la arena. Smith cogió una llave de tubo de su caja de herramientas, quitó una bujía del motor y la colocó mediante un adaptador en una manguera de aire. Encendió el motor y los botes de inflaron. La chica y él empujaron los botes al agua, dejando los remos en la orilla, y las ató al sauce más cercano.

El sol caía. Como iban en vaqueros cortos, se estremecieron un poco cuando una brisa fresca empezó a llegarles del cañón sobre las frías aguas verdes del río.

—Vamos a hacer algo de comer antes de que oscurezca del todo —dijo la chica.

—Ya lo creo, querida.

Smith ojeó con sus prismáticos en busca de algo que creyó ver moverse en un promontorio distante sobre la garganta. Encontró su objetivo. Ajustó el foco y a una milla apareció, envuelto por la niebla del crepúsculo, el contorno de un *jeep* azul medio oculto tras el pedestal de una roca. Vio el parpadeo de una pequeña fogata. Algo se movió en el borde de aquel terreno. Giró los prismáticos ligeramente y vio la figura de un hombre, bajo y peludo, ancho y desnudo. El hombre desnudo llevaba una lata de cerveza en una mano, con la otra mano sostenía unos prismáticos que apuntaban justo hacia Smith. Estaba mirando directamente a Smith.

Los dos hombres se estudiaron el uno al otro a través de las lentes binoculares de 7 por 35, que no parpadeaban. Smith levantó

una mano en cauto saludo. El otro hombre levantó su lata de cerveza respondiéndole.

—¿Qué estás mirando? —preguntó la chica.

—Algo así como la piel de un turista.

—Déjame ver —él le pasó los prismáticos, ella miró—. Dios santo, está desnudo —dijo— y me está saludando.

—Lee's Ferry se ha ido al garete —dijo Smith— hurgando en sus suministros. ¿Dónde pusimos el maldito hornillo Coleman?

—Ese tipo me resulta conocido.

—Todos los hombres desnudos te resultarán conocidos, querida. Ahora siéntate aquí y vamos a ver qué puedo encontrar para comer en este desaguisado.

Se sentaron en las cajas de municiones y se hicieron y comieron una cena frugal. El río Colorado seguía fluyendo. De la corriente baja procedía el rugido constante de los rápidos en los que un afluente, el Paria, descargaba sus rocas en el caudal del río desde hacía muchos siglos. Había un olor a barro en el aire, un olor a peces, a álamo, a sauce. Huele bien, a podrido y a fértil, en el corazón del desierto.

No estaban solos. De vez en cuando los ruidos de motores del tráfico les llegaban amortiguados por una yarda de distancia: turistas, navegantes, pescadores que se dirigían al puerto deportivo, a poca distancia de allí.

La pequeña y solitaria fogata que había descubierto en el oeste se había apagado. Mirando hacia allá, Smith no podía descubrir señal alguna ni de amigo ni de enemigo. Se metió entre unos arbustos a orinar, sin dejar de mirar el destello del río oscurecido, sin pensar en nada. Su mente estaba tranquila. Esta noche él y su amiga dormirían en la orilla con los botes y el equipo. Mañana por la mañana, prepararía los botes para la expedición por el río, y la chica conduciría de vuelta hasta Page para recoger a los clientes que tenían prevista su llegada, por aire, desde Alburquerque, a las once.

Nuevos clientes para el Quinto Pino. Un Alexander K. Sarvis, M.D. y una señora —¿o señorita, o señor?— B. Abbzug.



4. Orígenes IV. Sta. B. Abbzug

Nada que ver con el Senador, decía siempre, lo que era, en su mayor parte, cierto. Su primer nombre era Bonnie y ella procedía del Bronx, no de Brooklyn. Aparte de eso, era una medio WASP (blanca, anglosajona, sexy y protestante); el nombre de soltera de su madre era McComb[10], y quizá por ello ella lucía una melena larga, rica, de reflejos cobrizos que le caía en abundancia desde la cima de la cabeza hasta derramarse por su espalda. Abbzug tenía veintiocho años. Bailarina de formación, vino por vez primera al sudoeste hacía siete años, como miembro de una *trouppe* universitaria. Se enamoró —al primer vistazo— de las montañas y del desierto, abandonó a la *trouppe* en Alburquerque, donde siguió con sus estudios universitarios, graduándose con honores y distinciones en

el mundo de las oficinas de parados, de los cupones de comidas y de los apartamentos en los sótanos. Trabajó como camarera, como aprendiz de cajera en un banco, como go-go, como recepcionista en las consultas de unos médicos. Primero en la de un psiquiatra llamado Evilsizer, luego para un urólogo llamado Glasscock, y luego para un cirujano llamado Sarvis.

Sarvis era el mejor en aquel grupo lamentable. Se había quedado con él y después de tres años todavía realizaba para él múltiples tareas de ayudante de oficina, enfermera y chofer (él era incapaz de conducir un auto entre el tráfago urbano, pero se sentía en casa con el bisturí y las pinzas cuando tenía que extirparle la vesícula biliar a un hombre o quitarle a otro un bultito del interior de un párpado). Cuando murió la mujer del doctor en un accidente absurdo —accidente aéreo cuando despegaban de O'Hare Field— ella lo vio en la consulta y en el barrio dando tumbos como un sonámbulo durante ocho días hasta que se volvió hacia ella con una mirada interrogante a los ojos. Tenía veintiún años más que ella. Sus hijos ya se habían hecho grandes y se habían ido.

La señorita Abbzug le ofreció el consuelo que estaba a su alcance, que era mucho, pero rechazó su propuesta de matrimonio que le hizo cuando se cumplió el año del accidente.

Ella prefería (según decía) la relativa independencia (eso creía) de las hembras solteras. Aunque a menudo se quedaba en casa del doctor y le acompañaba en sus viajes, conservó sus propias habitaciones en la zona más pobre de Alburquerque. Sus «habitaciones» se encontraban en un hemisferio de poliuretano petrificado sostenido por un pedazo de barato aluminio geodésico, todo ello descansando como un hongo gigante y pálido en una parcela situada en el sector sudoeste —también llamado la parte mala— de la ciudad.

El interior de la cúpula de Abbzug brillaba como el corazón de una geoda, con plateados colgantes móviles y linternas eléctricas hechas de latas de hojalata perforada que colgaban del techo, y cristalinas hileras de espejos y bolas unidas al azar en el interior curvo. En los días soleados el translúcido muro arrojaba un resplandor unánime que llenaba su espacio interior de alegría. Junto a su cama de agua de tamaño principesco había una

estantería llena con el habitual repertorio bibliográfico e intelectual de la época: las obras completas de J.R. Tolkien, Carlos Castañeda, Herman Hesse, Richard Brautigan, el *Catálogo Completo de la Tierra, el I Ching, el Almanaque de los Antiguos Granjeros* y el *Libro tibetano de los muertos*. Las arañas se arrastraban por la sabiduría de Fritz Perls y el profesor Ricard («Baba Ram Dass») Alpert, Ph.D. Solitarios gusanos exploraban los nudos irracionales de R.D. Laing, los xilófagos se abrían camino comiéndose los fríos lodos de R. Buckminster Fuller. Ella no volvió a abrir ninguno de esos libros nunca más.

La cosa más brillante en los dominios de Abbzug era su cerebro. Era lo bastante sabia como para no permanecer en una moda pasajera demasiado tiempo, aunque las hubiese probado todas. Con una inteligencia demasiado fina para ser violada por las ideas, había aprendido que no estaba buscando algo para transformarse a sí misma (se gustaba a sí misma) sino algo bueno que hacer.

El doctor Sarvis detestaba las cúpulas geodésicas. Demasiado territorio americano había sido ya enquistado con aquellas bolas de golf gigantes hundidas en el terreno. Las despreciaba como estructuras fungoides, abstractas, alienígenas e inorgánicas, síntoma y símbolo de la Plaga del Plástico, la Edad de la Chatarra. Pero a pesar de su habitáculo, amaba a Bonnie Abbzug. La libre y parcial relación que era todo lo que ella habría de darle, la aceptaba con gratitud. No sólo era mucho mejor que nada sino que en algunos aspectos era mejor que todo.

Eso mismo pensaba ella. El tejido, decía, de nuestra estructura social se está deshaciendo por la mucha gente desesperadamente interdependiente que hay. De acuerdo, dijo el doctor Sarvis; nuestra única esperanza es la catástrofe. Por eso estaban juntos, el pequeño desliz de una oscura niña arrogante y el enorme panzón rosado de oso de un hombre, semanas, meses, años… De vez en cuando él le repetía su propuesta matrimonial, tanto por mantener las formas como el amor. ¿Es éste más importante que las otras? Y de vez en cuando ella lo rechazaba, firme y tiernamente, con los brazos abiertos, con besos prolongados, con su suave y moderado amor…

Ámame un poco, ámame mucho…

Otros hombres no eran más que idiotas obscenos. El doctor era

un adolescente con muchos años pero era amable y generoso y la necesitaba y cuando estaba con ella estaba realmente allí, con ella. Al menos la mayor parte del tiempo. Realmente le parecía a ella que nada lo distraía. Pero cuando estaba con ella.

Durante dos años ella había vivido y amado, entrando y saliendo, con el doctor Sarvis. Se trataba de la mera estrategia de dejarse llevar. Millones de personas lo hacían. Algo molestaba a Abbzug que, con su diplomatura en francés, las estupendas condiciones físicas de su joven cuerpo duro, su mente irritable e incansable, no estuviera desempeñando una función más exigente que la de un lacayo de oficina y amante a tiempo parcial de un viudo solitario. Y sin embargo, cuando pensaba en ello, ¿qué quería hacer de veras? ¿O ser? Había dejado de bailar —la danza— porque era demasiado exigente, porque requería una devoción casi total que ella no podía darle. El arte más cruel. Ella, ciertamente, no podría volver jamás al mundo nocturno del cabaret, con tantos detectives antivicio, tantos peritos tasadores, tantos chicos de la fraternidad sentados en la oscuridad, con sus vaqueros, sus cervezas, sus deseos tullidos, forzando la vista, arruinándose la vista con tal de conseguir echarle un buen vistazo a su entrepierna.

¿Entonces qué? El instinto maternal parecía no funcionarle, excepto cuando ejercía su rol de madre con el doctor. Jugaba a ser madre de un hombre lo suficientemente viejo como para ser su padre. ¿La brecha generacional, o viceversa? ¿El asalta cunas? ¿Quién de los dos era un asalta cunas? Yo soy la asalta cunas, él está pasando su segunda infancia.

Ella había levantado la mayor parte de su casa por sí sola, contratando especialistas sólo en lo referente a las tuberías y el cableado. La noche antes de mudarse a la cosa, realizó una ceremonia de consagración de la casa, una «epifanía». Ella y sus amigos formaron un círculo alrededor de una pequeña lámpara de aceite encendida. Doblaron sus largas y torpes piernas americanas con los tobillos haciéndole de asiento al culo, la postura del loto. Luego los seis universitarios de clase media sentados bajo la inflada melcocha de espuma plástica entonaron cánticos del Antiguo

Oriente que habían sido hacía mucho tiempo olvidados por la gente culta de las naciones de las que procedían. OM, entonaron, *Ommmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm, OM mani padma, ommmmmmmmmmmmmmmmmmm*.

O como solía decir Doc Sarvis, «Om sweet om[11]: aunque sea muy humilde…» y en la pared curva colgó un bordado donde se leía: DIOS Bendiga Nuestra Choza Feliz.

Pero rara vez iba allí. Cuando ella no estaba con él, en su casa o en alguno de sus frecuentes viajes, vivía sola en su hongo. Sola con su gato, cuidando sus macetas, su tomatera, grabando cosas, quitándole el polvo a sus libros no leídos e ilegibles, cepillando su maravillosa melena, meditando, haciendo ejercicio, girada su preciosa cara hacia el inaudible canto del sol, se deslizaba a través del tiempo, a través del espacio, a través de todas las concatenadas células de su verdadero ser. ¿Adonde ahora, Abbzug? Tienes veintiocho y medio, Abbzug.

Sólo por divertirse se unió al buen doctor en su beatífico proyecto nocturno en las carreteras, al principio le ayudaba como conductora y vigilante. Cuando se cansaban del fuego, ella hacía prácticas para saber cómo posicionarse al extremo de una sierra de tronzar. Aprendió cómo manejar un hacha y cómo hacer las hendiduras en los sitios precisos para que cayera hacia el lado que quería que cayese.

Cuando el doctor adquirió una sierra ligera McCullosh, ella aprendió a operar con ella, cómo arrancarla, cómo engrasarla, cómo cargarla, cómo ajustar la sierra cuando empezaba a estar demasiado suelta o demasiado apretada. Con esta práctica herramienta estaban capacitados para terminar mucho más trabajo en mucho menos tiempo aunque se enfrentaban a la cuestión ecológica, sea lo que sea lo que eso signifique, ruido y polución del aire, excesivo consumo de metal y energía. Ramificaciones sin fin.

—No —dijo el doctor—. Olvídate de eso. Nuestro deber es destruir las carteleras.

Y procedían, furtivas figuras en la noche, el siniestro Lincoln negro con el caduceo plateado sobre la matrícula, un auto grande

aparcado con el motor en marcha en el lado oscuro de carreteras cercanas a las autopistas, el hombre gordo, la mujer pequeña, escalando vallas, arrastrando sus pies a través de la maleza cargando con su motosierra y su lata de gasolina. Se convirtieron en figuras familiares olfateando el aire como ardillas y ululando como lechuzas, un irritante enigma importante para las agencias de noticias y el equipo de investigaciones especiales del departamento del *sheriff* del Condado de Bernalillo.

Alguien tenía que hacerlo.

La prensa local al principio habló de vandalismo sin porqué. Más tarde, durante un tiempo, los informes sobre cada incidente fueron suprimidos porque darle publicidad hubiera envalentonado a los vándalos. Pero en cuanto los periodistas, las patrullas de las autopistas y los *sheriffs* del condado se dieron cuenta de la repetición de aquellos ataques en propiedades privadas y la singularidad de sus objetivos, los comentarios volvieron a levantar el vuelo.

Las fotos y los relatos empezaron a aparecer en el Journal de Alburquerque, el *New Mexican* de Santa Fe, el *News* de Taos, el *Bugle* de Belen. El *sheriff* del Condado de Bernalillo negó que hubiera asignado a tiempo completo a un detective para investigar el problema. Los reporteros de calle entrevistaban y citaban, hablando de «delincuentes comunes».

Cartas anónimas llegaron a los buzones oficiales de la ciudad y del condado, todos ellos reclamando la autoría de los delitos. Los relatos de los periódicos mencionaban «bandas organizadas de activistas del medio ambiente», una designación que pronto fue abreviada por la más práctica y más dramática de «eco-terroristas». Los fiscales del condado aseguraron que los perpetradores de aquellos actos ilegales, cuando fuesen capturados, serían imputados con toda la gravedad que permitiesen las leyes. Horribles cartas, a favor y en contra, aparecieron en las Cartas al Director de los periódicos.

Doc Sarvis reía dentro de su máscara, suturando el vientre amarillo de un desconocido. El chico sonreía mientras ella leía los periódicos al fuego de la tarde. Era como celebrar Halloween todo el año. Era algo que hacer. Por primera vez en años la señorita

Abbzug sentía que su frío corazón del Bronx se llenaba de esa emoción llamada deleite. Estaba asimilando por vez primera la sólida satisfacción de un trabajo bien hecho.

Los encargados de las vallas publicitarias planeaban, medían costes, probaban nuevos diseños, encargaban nuevos materiales. Se habló de electrificar los montantes, de guardias armados, de pistolas, de recompensas para los vigilantes. Pero había carteleras en cientos de millas de autopista por todo Nuevo México. Dónde y cuándo iban a volver a atacar los criminales no podía saberse, se necesitaría un guarda en cada cartelera. Se aprobó que se hicieran cambios graduales para reforzar el acero de los postes. El coste extra, por supuesto, se podría cargar a los consumidores.

Una noche Bonnie y Doc fueron más allá del norte de la ciudad, a por un objetivo que habían elegido semanas antes. Dejaron el auto en un cruce, lejos del alcance de las miradas de la autopista, y caminaron media milla hacia su objetivo. Las precauciones de siempre. Como siempre llevaban la motosierra, ella iba en cabeza (tenía mejor vista nocturna). Avanzaron en la oscuridad sin necesidad de otra luz que la que les prestaban las estrellas, siguiendo el sendero señalado por las vallas. El silbido del tráfico de los cuatro carriles de la autopista les llegaba frenético y acelerado como siempre, creando un túnel de luz en medio de la oscuridad, olvidados de todo salvo de darse prisa para llegar a algún sitio, hacer algo, en algún lugar, donde sea.

Bonnie y Doc hacían caso omiso de esos motores fanáticos, ignoraban las mentes y los cuerpos de los humanos que iban en ellos, no les prestaban la menor atención, ¿por qué habrían de hacerlo? Estaban trabajando.

Llegaron a su objetivo. Parecía el mismo de antes.

MOUNTAIN VIEW RANCHETTE ESTATES
LA NUEVA FORMA DE VIVIR HOY MISMO EL MAÑANA
HORIZON LAND & DEVELOPMENT CORP

—Hermoso —dijo ella, apoyándose en el jadeante Doc.

—Hermoso —estuvo de acuerdo él. Después de descansar un momento, cogió la McCullosh, se arrodilló, dio al botón de encendido, tiró de la cuerda de arranque. El instantáneo y pequeño

motor cobró vida, la cadena dentada empezó a correr. Doc se puso de pie, la máquina vibrante en sus manos, lista para la destrucción. Pulsó el botón del engrasador, aceleró el motor y se dirigió al más cercano poste del montante de la cartelera.

—Espera —dijo Bonnie. Estaba ahora apoyada en el poste central, dándole golpecitos con sus nudillos—. Espera un minuto.

Él no la escuchaba. Apretando el acelerador lo estaba dirigiendo hacia el poste. La sierra rebotó con un grito de acero, una melena de chispas. Doc quedó atónito por un instante, incapaz de aceptar lo que veía. Luego apagó el motor.

La bendita quietud de la noche. Rostros pálidos en el resplandor, mirándose el uno al otro.

—Doc —dijo ella—, te he dicho que esperaras.

—Acero —dijo él. Con asombro pasó una mano por el poste, luego lo golpeó con su gran puño.

—Eso es lo que es.

Esperaron. Pensaron.

Después de una pausa ella dijo:

—¿Sabes qué quiero para mi cumpleaños?

—¿Qué?

—Quiero un soplete de acetileno, con una visera de protección.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Mañana no es tu cumpleaños.

—¿Y?

La noche siguiente volvieron, mismo lugar, misma señal, pero esta vez equipados en condiciones. El soplete funcionaba a la perfección, la intensa llama azul lamiendo silenciosa y furiosamente el acero, creando una fea herida al rojo vivo. Pero en la oscuridad ese deslumbramiento parecía peligrosamente delator. Doc bajó el soplete a la base del poste central, que emergía del suelo pétreo del desierto, entre los chamizos y matojos. Incluso así la luz de la llama parecía demasiado peligrosa. Bonnie se agachó y se abrió la cazadora extendiendo los brazos, tratando de ocultar la llama a la vista de los conductores. Nadie parecía percatarse de nada. Nadie se detuvo. Los autos distraídos, los camiones que bramaban, todo lo que pasaba por allí con viciados silbidos de caucho, con loco rugido

de motores, se incrustaba en el negro olvido de la noche. Quizá a nadie le importaba lo que estuvieran haciendo.

El soplete era definitivo pero lento. Las moléculas del acero se separaban unas de otras dolorosamente, oponiendo resistencia, sin intención de colaborar. La roja herida se abría de manera lenta, muy lenta, incluso si se diera el caso, como esperaban, de que el poste estuviese hueco por dentro.

El soplete era lento pero definitivo. Doc y la chica trabajaron sin parar, relevándose el uno al otro de vez en cuando. Paciencia, paciencia. La pesada aleación cedía al empuje de la llama. Cada vez era más visible el progreso de sus tareas. Obvio. Concluyente.

Doc apagó el soplete, se quitó la visera, se secó el sudor de la frente. La cómplice oscuridad los rodeaba.

Habían cortado el poste central por completo. Y habían cortado dos terceras partes de cada uno de los postes laterales. El gran cartel se sostenía prácticamente por su propio peso, balanceándose precariamente. Una suave brisa del sur bastaba para noquearlo. Hasta un niño podría tumbarlo. Dentro de su *continuum* espacio-tiempo, el destino del cartel estaba ya decidido, inapelablemente. El arco de su vuelta a la tierra podía haber sido computado con un margen de error de tres milímetros.

Ellos saboreaban el momento. Las virtudes intrínsecas de una empresa libre y digna. El espíritu de Sam Gompers les sonreía[12].

—Túmbalo —dijo él.

—No, hazlo tú, has hecho la mayor parte del trabajo —dijo ella.

—Es tu cumpleaños.

Bonnie colocó sus pequeñas manos morenas en el borde inferior del cartel, por encima de su cabeza, poniéndose de puntillas, y empujó. La cartelera —unas cinco toneladas de acero, madera, pintura, tornillos y tuercas— lanzó un leve gemido de protesta y empezó a inclinarse hacia el suelo. Una ventisca de aire, luego de la colisión del cartel con la tierra, el crujido del metal, levantó una tormenta de polvo, y nada más. El tráfico indiferente siguió corriendo, sin ver nada, sin que le importara nada, sin que nadie se parase.

Ellos lo celebraron en el Skyroom Grill.

—Quiero una cena de Acción de Gracias —dijo ella.

—No es Acción de Gracias.

—Si yo quiero una cena de Acción de Gracias es que tiene que ser Acción de Gracias.

—Tiene lógica.

—Llama al camarero.

—No va a creernos.

—Trata de convencerle.

Le convenció. Llegó la comida, y el vino. Comieron, él lloró, bebieron, la hora se deslizó hacia la eternidad. Doc habló.

—Abbzug —dijo el doctor—, te amo.

—¿Cuánto?

—Demasiado.

—Eso no es suficiente.

Charlie Ray o Ray Charles o alguien a las teclas de marfil, tocando «Love Gets in your eyes» pianísimo. La habitación circular, a diez historias del suelo, girando a 0,5 millas por hora. Toda la noche las luces del Gran Alburquerque, Nuevo México, unas 300.000 almas yaciendo allá abajo, en el reino del neón, los jardines eléctricos de un babilónico esplendor rodeados por el desolado, negro, incorregible desierto que nunca se dejaría dominar. Donde el hambriento coyote se escabullía, escapando de la extinción. La mofeta. La serpiente. La chinche. El gusano.

—Cásate conmigo —dijo él.

—¿Para qué?

—No lo sé. Me gusta la ceremonia.

—¿Por qué estropear una relación perfectamente idónea?

—Porque soy un viejo solitario matasanos de mediana edad. Porque necesito seguridad. Porque me gusta la idea de compromiso.

—Eso es lo que vuelve idiota a la gente. ¿Eres un idiota, Doc?

—No lo sé.

—Vámonos a la cama. Estoy cansada.

—¿Seguirás enamorada de mí cuando sea viejo? —preguntó, llenando su copa de nuevo con el rojo rubí de un La Tache—. ¿Me querrás cuando sea un viejo gordo, calvo e impotente?

—Ya eres viejo, gordo, calvo e impotente.

—Pero soy rico. No olvides eso. ¿Me querrías si fuera pobre?

—Difícilmente.

—En el naufragio de un borracho de whisky, que busca entre los contenedores de basura en la calle Primera Sur, ladrado por pequeños perros rabiosos, acosado por la pasma.

—No.

—¿No? —Él le cogió la mano, la izquierda, que ella había colocado tras la mesa. Un resplandor de plata y turquesa en su delgada muñeca. Les gustaba la joyería india. Se sonreían el uno al otro a la inconstante luz de unas velas en aquella habitación circular que daba vueltas lentamente sobre la ciudad sin mañana.

Viejo Doc bueno. A ella le resultaba familiar cada accidente de su bulbosa cabeza, cada una de las pecas en aquella cúpula tostada por el sol, cada una de las arrugas de aquel mapa que, todas juntas, habían ido diseñando el territorio conocido como cara de Doc Sarvis. Ella entendía su anhelo. Ella le ayudaría en todo lo que pudiese.

Fueron a casa, de vuelta a la vieja pila de Doc en la roca F.L. Wright en las colinas. Doc subió al piso de arriba, ella colocó una pila de discos (discos de ella) en la plataforma del tocadiscos cuadro-fónico (de él). Por los cuatro altavoces emergieron la potente batería, el latido electrónico, las estilizadas voces de cuatro jóvenes degenerados uniéndose en una canción: algunas bandas —los Konks, los Scarababs, los Hateful Dead, los Green Crotch— que habían recaudado dos millones en un año.

Doc bajó en albornoz.

—¿Estás oyendo esa maldita imitación de música negra otra vez?

—Me gusta.

—¿Esa música de esclavos?

—A alguna gente le gusta.

—¿A quién?

—A todo el que yo conozco menos a ti.

—Es mala para las plantas, sabes. Mata a los geranios.

—Oh, Dios, de acuerdo —ella gruñó y cambió su programa.

Se fueron a la cama. De abajo les llegaba el grato, discreto y melancólico sonido de Mozart.

—Eres demasiado mayor para ese ruido —le estaba diciendo él —. Eso es para pandillas de quinceañeros, esa música chiclosa.

Ahora ya eres una chica crecidita.

—Pues me gusta.

—Pues la pones después de que me vaya a trabajar por la mañana, ¿vale? La puedes poner todo el día si quieres, ¿vale?

—Es tu casa, Doc.

—También es tuya. Pero tenemos que tener en cuenta la salud de las macetas.

A través de las puertas correderas de la habitación, a millas de distancia hasta la llanura inclinada del desierto, podían ver el brillo de la gran ciudad. Aviones que hacían lentos círculos, inaudibles, sobre el resplandor metropolitano, quietos como mariposas distantes. Altos reflectores acechaban en la aterciopelada oscuridad horadando las nubes.

Las manos de Doc sobre el cuerpo de ella. Ella se agitó en los brazos de él, esperando. «Hicieron» el amor durante un rato.

—Antes podía hacerlo sin parar toda la noche —dijo Doc— y ahora me lleva toda la noche tratar de hacerlo.

—Eres un poco lento —le dijo ella— pero al final lo consigues.

Descansaron durante un rato.

—¿Y qué tal un viaje por el río? —dijo él.

—Me lo llevas prometiendo meses.

—Esta vez es de verdad.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Qué tienes en mente?

—Oigo la llamada del río.

—Eso es el baño —dijo ella—. La válvula ha vuelto a atascarse.

También le gustaba caminar a la chica. Con botas con suelas de goma, camiseta del ejército, pantalones cortos y sombrero de guardabosques, caminaba y caminaba, sola, a través de las montañas de Alburquerque, el rojo parque de Sandia, o subiendo los volcanes del oeste de la ciudad. No tenía auto propio pero en su bicicleta de diez marchas a menudo pedaleaba hasta cincuenta millas en dirección norte a Santa Fe, la mochila en el estrecho asiento trasero, y desde allí hacia arriba, a las montañas de verdad,

las montañas Sangre de Cristo, hasta el final de la carretera pavimentada, y subía a las cumbres —Baddy, Truchas, Wheeler— y acampaba sola durante dos o tres noches cada vez, con el oso negro resoplando cerca de su pequeña tienda de campaña y los pumas aullando.

Estaba buscando. Estaba a la caza. Ayunaba en los bordes de la meseta, esperando que la alcanzara una visión, y ayunaba más, y después de algún tiempo Dios se le aparecería reencarnado en un plato de pichones asados con papelitos blancos en sus pequeños muslos.

Doc seguía murmurando acerca del río. Acerca del Gran Cañón. Acerca de un lugar llamado Lee’s Ferry y de un tipo llamado Seldom S. Smith.

—Cuando quieras —dijo ella.

Mientras tanto segarían, quemarían, destrozarían, mutilarían carteleras.

—Juego de críos —se quejaba el doctor—. Nosotros estamos llamados a hacer cosas más grandes. ¿Sabías que tenemos la mina más grande de los Estados Unidos, cerca de Shiprock? Aquí, en Nuevo México, la Tierra del Hechizo. ¿Has pensado de dónde viene toda esa humareda que envuelve el valle del río Grande? ¿«El gran río» de Paul Horgan, canalizado, subsidiado, salinizado, goteando hacia los campos de algodón bajo los cielos de sulfuro de Nuevo México? ¿Sabías que hay un consorcio de empresas eléctricas y agencias gubernamentales que conspiran para abrir nuevas minas y construir más plantas de tratamiento del carbón en las cuatro esquinas de esa zona desde la que nos llega toda esa inmundicia? Todo eso más tendidos eléctricos, más carreteras, vías de ferrocarril, tuberías. Todo eso en lo que una vez fue un desierto casi virgen y aún es el paisaje más espectacular de los malditos cuarenta y ocho estados vecinos. ¿Lo sabías?

—Yo una vez fui casi virgen —dijo ella.

—¿Sabías que otras compañías de energía y las mismas agencias gubernamentales están planeando cosas más grandes aún para el área Wyoming-Montana? Minas más grandes que las que devastaron Appalachia. ¿Has pensado en las armas nucleares? ¿Reactores? ¿Estroncio? ¿Plutonio? ¿Sabías que las compañías petrolíferas se

están preparando para horadar inmensas áreas de Utah y Colorado para recuperar el petróleo como esquisto? ¿Te das cuenta de lo que las grandes compañías están haciendo con nuestros parques nacionales? ¿O lo que el Cuerpo de Ingenieros y la Oficina de Recuperación están haciendo con nuestros ríos? ¿Vigilantes y empresarios del juego en nuestra vida salvaje? ¿Te das cuenta de lo que los promotores de suelo están haciendo con nuestros espacios abiertos? ¿Sabías que pronto Alburquerque-Santa Fe-Taos se convertirán en una sola gran ciudad? ¿Que lo mismo pasará con Tucson-Phoenix? ¿Seattle-Portland? ¿De San Diego a Santa Bárbara? ¿De Miami a Saint Agustine? ¿De Baltimore a Boston? ¿De Fort Worth a…?

—Van muy por delante de ti —dijo ella—. Que no te entre el pánico, Doc.

—¿Pánico? —dijo él—. ¿Pandemónium? Pan se volverá a levantar, querida. El gran dios Pan.

—Nietzsche dijo que Dios ha muerto.

—Yo estoy hablando de Pan. Mi Dios.

—Dios está muerto.

—Mi Dios está vivito y coleando. Lo siento por los tuyos.

—Me aburro —dijo ella—. Diviérteme.

—¿Qué tal un viaje por el río?

—¿Qué río?

—Por el río, a través del Barranco de Dios en un bote de goma con los guapos barqueros peludos y sudorosos que ansían tu mano y tu boca.

Bonnie se encogió de hombros:

—¿Y a qué estamos esperando?



5. La conspiración del zueco

Aquel pobre tipo en la playa.

Con mucho pelo por todas partes, bajo, ancho, maléfico, con el carro cargado de armas peligrosas: aquel pobre tipo. No hacía nada, no decía nada, sólo miraba.

Ellos lo ignoraban.

El ayudante de Smith no apareció. Nunca aparecía. Smith llevó su bote solo, masticando cecina. Envió a su amiga a Page para que recogiera a los clientes que llegaban esa mañana por aire.

Aquel holgazán miraba. (En cuanto el trabajo estuviese terminado probablemente preguntaría si había trabajo para él).

El vuelo 96 se retrasó como de costumbre. Finalmente emergió de un cúmulo de nubes, elevó el morro, se inclinó y aterrizó contra

el viento en la pista de Page, estrictamente limitada —limitada en un extremo por una planta eléctrica de alta tensión y en el otro por una colina de trescientos pies—. El avión era un bimotor con aspecto anticuado, podía haber sido fabricado en 1929 (el año del *crash*) y se diría que lo habían repintado muchas veces desde entonces, a la manera de los coches usados que se vuelven a poner a la venta. (Square Deal Andy's. Topo Dollar Johnnys). Alguien lo había pintado recientemente con una gruesa capa de amarillo que, sin embargo, no era lo suficientemente potente como para ocultar del todo la anterior capa verde. Pequeños círculos de vidrio se alineaban en los lados del aparato y a través de ellos podía verse las caras blancas de los pasajeros mirando afuera, santiguándose, moviendo los labios.

El avión recorrió la pista para aproximarse a la zona de desembarco. Los motores echaban humo quejumbrosos, pero aún conservaban el poder suficiente como para empujar al avión hacia el final del viaje.

Los motores se apagaron y el avión se detuvo. El que vendía billetes, controlador aéreo, responsable del aeropuerto y encargado de los equipajes se quitó los cascos de los oídos y bajó de la torre de control a cielo abierto, corriendo la cremallera.

Negras emanaciones salían alrededor del motor de estribor. Hubo ruiditos en el interior del avión, una manivela de puerta, la trampilla deslizándose al suelo para transformarse en una pasarela, la auxiliar de vuelo que aparece, y despide a dos pasajeros.

La primera en apearse fue una mujer joven, guapa, con aspecto arrogante, pelo oscuro y brillante que se derramaba más allá de su cintura. Se había puesto cualquier cosa, una falda corta que revelaba unas excelentes piernas bronceadas. Con ojos hambrientos la siguieron vaqueros, indios, mormones, oficiales del gobierno y unos cuantos holgazanes que estaban allí en la Terminal mano sobre mano. La ciudad de Page, Arizona, con una población de 1400 hombres, tenía unos 800 hombres y sólo de vez en cuando tres o cuatro mujeres guapas.

Tras la mujer joven salió el hombre, mediana edad, aunque su barba poblada y sus gafas de montura de acero le hacían parecer mucho mayor de lo que era realmente. La nariz, irregular,

demasiado grande, resplandecía como un tomate brillante bajo la luz fuerte y blanca del sol del desierto. Llevaba un puro entre los dientes. Iba bien vestido, como un profesor. Parpadeando, se calzó un sombrero de paja, que le hizo sentirse mejor, y junto a la mujer se dirigió caminando a la puerta de la Terminal.

A pesar de que caminaban uno al lado del otro, todos los allí presentes, mujeres incluidas, dedicaban toda su atención a la chica. No había duda de que con aquel sombrero de ala ancha, las grandes gafas negras de cristales opacos, ella se parecía a Greta Garbo. La vieja Garbo. La Garbo joven.

La amiga de Smith les recibió. El hombre grandote le estrechó la mano que desapareció dentro de su pata enorme. La tenía bien agarrada, era un saludo preciso, firme y tierno. De cirujano.

—Muy bien —dijo—, soy el doctor Sarvis. Esta es Bonnie.

Su voz parecía extrañamente baja, suave, melancólica, incoherente con un organismo tan grande (o tan grueso) como el suyo.

—¿Miss Abbzug?

—Miz Abbzug.

—Llámela Bonnie.

Fueron a la furgoneta, echaron al fondo los petates, los sacos de dormir. Se fueron enseguida de Page después de pasar por delante de las trece iglesias de Jesús, por las casas prefabricadas de los obreros de la construcción, por las chabolas oficiales, y ya en las afueras del pueblo, por los tradicionales barrios de pastores de la tierra de los Navajos.

Caballos enfermos vagabundeaban por la carretera buscando algo que comer, hojas de periódico, pañuelos, latas de cerveza, cosas más o menos degradables. El doctor hablaba con la conductora, Abbzug parecía abstraída, permaneció callada la mayor parte del tiempo, aunque en su momento dijo:

—Qué espanto de lugar, ¿quién vive aquí?

—Los indios —dijo Doc.

—Demasiado bueno para ellos.

Pasaron el Desfiladero de la Dinamita y el Manantial Amargo hasta Marble Canyon y bajo las raras almenas nudosas de la era jurásica a Lee’s Ferry, hacia el olor del cálido lodo y los verdosos

sauces del río. Del cielo tan azul como el manto de la Virgen caía un sol de justicia que enfatizaba con su luz extravagante la cruel perfección de los acantilados, del río triunfal, anunciando los preparativos de una gran travesía.

Llegó la hora de una segunda ronda de presentaciones.

—Doctor Sarvis, Miz Abbzug, Seldom Seen Smith…

—Encantado de conocerle, señor, encantado *madam*. Ese de detrás del arbusto es George Hayduke. Es el número 2 de este viaje. Dinos algo George.

El tipo que se parapetaba en aquella barba densa gruñó algo ininteligible. Aplastó una lata de cerveza con la mano, y la lanzó a la basura: falló. Hayduke llevaba unos pantalones cortos harapientos y un sombrero de cuero. Tenía los ojos enrojecidos. Olía a sudor, a sal, a lodo, a cerveza vieja. El doctor Sarvis, erguido y digno, con la barba bien recortada, dedicaba una mirada dubitativa a Hayduke. Era la gente como Hayduke la que conseguía que las barbas estuvieran desprestigiadas.

Con una sonrisa alegre, Smith los contemplaba a todos. Parecía satisfecho de su tripulación y de sus pasajeros. Estaba especialmente feliz con Miz Abbzug, a quien hacía todo lo posible para no mirar fijamente. Porque era una chica increíble, increíble. Smith estaba sintiendo, dentro, en lo hondo, esa picazón, esos pellizcos débiles pero inconfundibles que erizan el vello del escroto y ciertamente significa el preludio del amor. Tan carnales como una carta de amor, no podían ser traducidos de otra manera.

Los demás pasajeros no tardaron en llegar en sus coches: eran dos secretarias de San Diego, viejas conocidas de Smith que habían viajado ya antes por el río con él. El grupo se completó. Después de un almuerzo a base de latas, queso, galletas, cerveza y soda, se pusieron en marcha. Todavía no se había presentado el segundo de a bordo titular, así que Hayduke consiguió el trabajo.

Hosco y callado, Hayduke enrolló la bolina con estilo náutico, empujó la embarcación desde la orilla y saltó a bordo. La embarcación fue transportada por la corriente del río. La embarcación no era más que tres grandes balsas neumáticas bien atadas cada una a las otras. Un aparejo triple, un navío raro, pero perfecto para esquivar las rocas y aprovechar los rápidos, Hayduke

y Smith a los remos, de pie o sentados cada uno a un lado. La conductora contratada por Smith les dijo adiós desde la orilla, parecía anhelante. No volverían a verla hasta dentro de dos semanas.

Los remos de madera crujieron en los escálamos, la embarcación avanzaba con la corriente, que seguiría empujándolos a un promedio de seis a ocho millas por hora durante casi todo el recorrido, multiplicando la velocidad en los rápidos. No remaban como en un bote de remos, sino hacia delante, como gondoleros, empujando con los remos, no sacudiéndolos; así se enfrentaron Hayduke y Smith al río reluciente, al clamor de una corriente rápida que les esperaba tras el primer recodo. Smith se metió un trozo de cecina en la boca.

El sol de la tarde les pegaba en la espalda, como metal amartillado brillaban las aguas veloces, casi broncíneas, y cada una de las caras reflejaba como un espejo el resplandor del cielo. Allá, en el este, por encima de las paredes del cañón, colgando en un firmamento del color del vino tinto, silenciosa brillaba la luna creciente como una especie de respuesta antifonal a la gloria del sol. Delante la luna creciente, la iluminación del sol detrás. Un pájaro cantó en los sauces.

¡*Río abajo*!

Hayduke lo ignoraba todo acerca de la corriente del río. Y Smith sabía que no tenía la más mínima idea. No importaba en absoluto, siempre y cuando los pasajeros no se diesen cuenta. Lo que sí le importaba a Smith era la dimensión de la ancha y poderosa espalda de Hayduke, sus brazos de gorila y sus cortas pero fuertes piernas. Seguro que el tipo iba a aprender lo necesario con la rapidez suficiente.

Se acercaban a los bancos de arena del Paria, bajo la escarpada ribera donde vivían los guardas. Desde el nuevo *camping* metalizado de la colina, los turistas se asomaron a observarles. Smith detuvo un instante la travesía para mejor observar los peñascos que se acercaban, las aguas tumultuosas que estaban esperándoles. No había nada que temer, un pequeño rápido de grado 1 en la escala del barquero. El río verde serpenteando entre unos cuantos colmillos de piedra caliza, y el resplandor de aguas calmas

formando remolinos de espuma. Un ruido atonal, lo que los que saben de acústica denominan «ruido blanco», vibraba en el aire.

Tal y como habían acordado, Hayduke y Smith giraron 90 grados la posición del bote para cargar de costado contra la cristalina puerta de entrada del rápido (la absurda embarcación era más ancha que larga). Se deslizaron por el rápido casi sin salpicar. Hacia el final de las turbulencias maniobraron en dirección a la confluencia donde el Paria (lleno) combinaba sus aguas grises y escurridizas de bentonita con el verde claro del río Colorado salido de la Presa. De 19 millas hora redujeron su velocidad nuevamente a seis u ocho.

Hayduke, relajado, sonreía complaciente. Secó el agua de su barba y sus cejas. Y qué cojones, pensó, esto no es nada. Va a ser que soy por naturaleza un hombre de río.

Pasaron bajo el puente de Marble Canyon. Desde arriba la altura no parecía gran cosa, no tenían escala para determinarla. Pero desde el río, mirar arriba era darse cuenta de lo que significa una vertical de cuatrocientos pies: unas treinta y cinco plantas de rascacielos. El auto que avanzaba por el puente parecía un juguete, los turistas que estaban parados en las pasarelas del puente tenían el tamaño de un insecto.

El puente pareció moverse con ellos durante un rato, hasta que desapareció tras un recodo del cañón. Ahora ya estaban dentro de Marble Gorge, también conocido como Marble Canyon, 97 kilómetros de río a 914 metros bajo el nivel de la tierra que conducía del Gran Cañón a la desembocadura del río Pequeño Colorado.

Seldom Seen Smith sintió que regresaba al pasado. Recordaba el río Colorado auténtico, antes de que lo condenaran, cuando podía correr libremente saltándose el cauce cada vez que los potentes diluvios de mayo y junio, o la nieve derretida, aumentaban su volumen. A su paso hacía crujir las grandes rocas, y el agua retumbaba en la piedra, y algunos trozos caían al agua y eran conducidos por el cauce, y sonaba como el rechinar de muelas de la mandíbula de un gigante. Eso era un río.

Pero no todo estaba perdido, a pesar de todo. La luz bordada de la tarde que caía tras el cañón doraba las rocas y los árboles con

una pátina de *whisky*, y el silencio bendito que caía del cielo era milagroso, una vez liberado el paisaje del imperio solar. Una pausa, y luego otra luz, pálida, de luna nueva, fantasma bondadoso, reina de las hadas, vigilándolos.

Y otra vez el rugido de las aguas vertiginosas. Se acercaban a otro rápido. Seldom les dio a sus compañeros de viaje orden de que se abrocharan los salvavidas. Tomaron una curva y el ruido se multiplicó de forma inquietante, y al mirar abajo todos pudieron ver los salientes de las rocas como dientes que emergían de los bordes de espuma blanca. El río corría en ese punto por debajo de la tierra, desde la balsa no podían ver nada más que el propio rápido por el que avanzaban.

—Badger Crack Rapids —les anunció Smith. Se puso de pie de nuevo. Clase 3, nada grave. Sea como fuere prefería precaverse antes de meterse de lleno. De pie como iba ahora analizaba el río como otros leen las notas de una partitura, puntitos en un radar o los símbolos que desvelan la presencia de una borrasca lejana en un parte meteorológico. Fijó su atención en el remolino grande que escondía un colmillo de piedra, en un ramo picado de pequeñas olas que delataban la presencia de rocas y aguas poco profundas, la sombra en el río de una barrera de grava de seis pulgadas oculta bajo la superficie, los ganchos de troncos sumergidos que podrían desgarrar los fondos de caucho de sus balsas. Leyó con la mirada las motas de espuma que sin parar manaban suavemente bajo la corriente principal, las leves ondas, los pequeños remolinos casi invisibles en las orillas del río.

Smith examinaba el río, y las mujeres lo examinaban a él. No era consciente de ostentar un aspecto cómico y heroico, el hombre del Colorado, alto y delgado y moreno, como el río era antes, inclinado hacia delante con su remo, entornando los ojos hacia la luz, los dientes fuertes e inmaculados brillando en la sonrisa de siempre, el bulto viril tras la cremallera de los viejos Levi's, las orejas grandes atendiendo alertas. Los rápidos ya estaban aquí.

—Todo el mundo al suelo —ordenó Smith—, agarrados a la cuerda.

Un frenético clamor de agua revolcada, la masa del río estrellándose contra los escombros rocosos de la boca del cañón

secundario, Badger. Una vibración honda y átona por todas partes, una bruma de rocío flotando en el aire, pequeños arco-iris suspendidos en la luz solar.

De nuevo viran la nave. Smith empuja con fuerza el remo, toma la proa, dirige el barco directamente a la lengua de los rápidos, la oleada lisa como aceite de la corriente principal que se vierte torrencial hacia el corazón del tumulto. No hay por qué engañar a nadie con esto: es un rápido menor. Pero él va a entusiasmar a sus clientes, para lo que han pagado, van a sentirse más que satisfechos.

Una ola de dos metros se cierne sobre Smith, agachado en la proa. Pero la ola se detiene, espera, no se mueve. En el río, a diferencia de lo que ocurre en el mar, el agua se mueve, pero las olas permanecen. La parte delantera del barco escala la ola empujado por la propulsión de los remeros y el peso apilado atrás. Smith se aferra a los cabos. El barco de tres partes está a punto de replegarse sobre sí mismo, pero después se desliza por la ola y desciende por su espalda, las otras dos partes hacen lo mismo luego. Enseguida, frente a ellos, una roca mojada y reluciente se interpone en su curso. La balsa pasa ante ella. Un montón de agua pega contra la roca, retrocede y se estrella contra la nave. Todos los viajeros quedan empapados al instante. Las mujeres sueltan gritos de alegría, hasta Doc Sarvis se ríe. Smith tira el remo, el barco va ahora a toda velocidad empujado por las aguas de los rápidos, como en una montaña rusa, y se ralentiza en los tramos de agua calma. Smith mira atrás. Ha perdido un remero. Donde debía estar George Hayduke hay sólo un remo sin tripulante meciéndose libremente.

Ahí está. Hayduke, con su chaleco salvavidas anaranjado, es mecido por las olas, sonríe abiertamente con feroz determinación, en posición fetal, las rodillas bajo el mentón, usando pies y piernas como amortiguadores, rebotando de roca en roca. Es una reacción institiva y acertada. Ha perdido el sombrero. No emite sonido alguno.

Luego del rápido, en la tregua de agua calma, consiguen subirlo a bordo otra vez.

—¿Dónde te has metido? —le pregunta Smith.

Hayduke, sonriente y balbuciendo, mueve la cabeza, se sacude el agua de los oídos y daba la impresión a la vez de estar enfadado y

avergonzado.

—Puto río —refunfuña.

—Tenías que agarrar un cabo —le dijo Smith.

—Estaba agarrado a la mierda de remo. Se me atascó en una roca y me pegó en el estómago. —Manoseaba nervioso su enmarañada mata de pelo que chorreaba. Su viejo sombrero Sonora de cuero flotaba entre las olas, a punto de hundirse por tercera vez. Pudieron recuperarlo con un remo.

El río les llevó con alma, a través de la meseta, en el manto Precámbrico de la tierra, hacia las tierras bajas, el delta y el Mar de Cortez, a setecientas millas de distancia.

—Lo próximo son los rápidos del Soap Crick —dijo Smith. Y con toda certeza ellos oían de nuevo el tumulto de la gresca entre el río y las rocas. En la siguiente curva.

—Esto es ridículo —le dijo por lo bajo Abbzug a Doc. Estaban sentados juntos, encorvados, cubiertos sus regazos y sus piernas por una manta mojada. Ella estaba radiante por la emoción. Desde el excesivo ala de su sombrero goteaba el agua. El puro del doctor ardía con coraje en medio de tanta humedad.

—Absolutamente ridículo —dijo—. ¿Te gustan nuestros remeros?

—Una pasada. El alto se parece a Ichabod Ignatz; el bajo parece uno de esos bandidos sacados de una de las viejas *pelis* de Mack Sennett.

—O Caronte o Cerbero —dijo Doc—. Pero trata de no reírte: nuestras vidas están ahora en sus inseguras manos —y volvieron a echarse a reír.

Todos juntos se dirigieron de nuevo a otro *maelstrom*, grado 4 en la escala del jinete de río. Volvían a oírse crujidos del río, olas potentes, el choque de los elementos, la pura e insensata furia de toneladas de agua combatiendo contra toneladas de inamovible limo. Sintieron el encontronazo, oyeron el estruendo, vieron la espuma y la vaharada de rocío y el arcoiris flotando en la niebla mientras ellos cabalgaban sobre el caos hacia la claridad. La adrenalina de la aventura, sin tiempo para el miedo, impulsados hacia las crestas de las olas.

Era el viaje número 45 que Smith hacía a través del Gran Cañón,

y hasta donde él podía calibrarlo, su emoción nunca se había visto perjudicada por la repetición. Y es que no había habido dos viajes que se pareciesen. El río, el cañón, el mundo del desierto estaba en constante cambio, de un momento al siguiente, de un milagro al siguiente, dentro de la firme realidad de la madre tierra. El río, la piedra, el sol, la sangre, el hambre, las alas, el placer: eso es lo real, habría dicho Smith si hubiese querido. Si le diese la gana. Todo lo demás es teosofía andrógina. Todo lo demás es cienciología travestida transaccional transcendental o como quisiera llamarlo la moda del día, el no va más de la semana. Como Doc hubiera dicho, si Smith le hubiese preguntado. Pregúntale al halcón. Pregúntale al león hambriento que arremete contra el famélico antílope. Ellos lo saben.

Así razonaba Smith. Un modesto hombre de negocios, no otra cosa. Ni siquiera fue a la universidad.

En los periodos de calma entre los rápidos, lo que comprendía la mitad del río y la mayor parte del tiempo, Smith y Hayduke abandonaban los remos y dejaban que la canción del reyezuelo del cañón —un claro *glissando* de semicorcheas—: se mezclara con el goteo del agua, el murmullo de los remolinos, los aullidos de las garzas, el susurro de los lagartos en el polvo de la orilla. No había silencio entre los rápidos, pero sí quietud y música. Mientras las paredes del cañón se levantaban lentamente cada vez más altas, 1000, 1500, 2000 pies, y el río descendía, y las sombras se alargaban y el sol volvía a escabullirse.

Lentamente les fue invadiendo un pertinaz escalofrío.

—Ya es hora de acampar, muchachos —les anunció Smith mientras se acercaban a la orilla. Hayduke se puso manos a la obra. A medida que se arrimaron, vislumbraban, por el lado derecho, una montaña de arena rodeada de matorrales de sauces de color cobrizo y árboles de tamarisco con ramas de lavanda que se movían con la brisa. Otra vez Hayduke y Smith oyeron el canto del reyezuelo del cañón, un pequeño pájaro cantor de pico largo que procede del Norte. Un sonido muy melodioso. Y oyeron también, en la distancia, el clamor de otros rápidos que sonaban como el continuado aplauso de una inmensa multitud de gente incansable. El gruñido y el aliento de dos hombres a los remos. La charla parsimoniosa de los

pasajeros de primera clase.

—Qué pasada de sitio, Doc.

—Déjate de jergas técnicas, por favor. Este es un lugar sagrado.

—Ya, pero dime ¿dónde hay una máquina de Coca-cola?

—Por favor, estoy meditando.

La proa chocó contra la arena. Hayduke, el chico para todo, con el agua por los tobillos y llevando una cuerda enrollada en una mano, ató el barco al tronco de un sauce. Todos desembarcaron. Hayduke y Seldom entregaban a cada uno de los pasajeros su equipaje embalado con una película de caucho, lo que les hacía parecer una pequeña caja de munición llena de artículos personales. Los pasajeros deambularon sin rumbo fijo. Doc y Bonnie tiraron para un sitio y las dos mujeres de San Diego para el lado contrario. Smith se había parado un momento para ver la figura de Miz Abbzug bajándose de la balsa.

—Mira, ¿no te parece especial? —dijo Smith—. ¿No te parece realmente especial? —Tenía cerrado un ojo, como si estuviese examinando el cañón de un rifle—. Esa chica es canela pura. Está para chuparse los dedos.

—Todos los coños son iguales —le dijo George Hayduke, un filósofo, sin molestarse en mirar a la muchacha—. ¿Lo desembarcamos todo ahora?

—Casi todo. Déjame que te enseñe.

Descendieron el equipaje pesado, los paquetes llenos de comida, la nevera de hielo, la caja de madera con cazos y sartenes, las hornillas, los cubiertos. Luego lo dispusieron todo sobre la playa. Smith delimitó un área en la arena para instalar la cocina: las hornillas, la mesa plegable, la despensa, la barra, las aceitunas negras y las almejas fritas. Rompió el hielo en pedazos pequeños para todos los que no tardarían en acercarse con sus tazas, y vertió un poco de ron para Hayduke y para sí. Los pasajeros aún estaban entre los arbustos, cambiándose de ropa para precaverse del frío de la noche.

—Aquí tienes, barquero —dijo Smith.

—¡*Hoa binh*! —dijo Hayduke.

Smith encendió un fuego de carbón vegetal, empezó a desenvolver el paquete del carnicero que contenía el plato principal

de la noche —enormes filetes— y los colocó cerca de la parrilla. Hayduke preparó la ensalada y, mientras lo hacía, acompañó el ron con su décima lata de cerveza desde el almuerzo.

—Esa mierda te va a producir piedras en el riñón —dijo Smith.

—Pendejadas.

—Piedras en el riñón. Sé de lo que hablo.

—He bebido cerveza toda mi vida.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Piedras en el riñón —le dijo Smith—. En no más de diez años.

—Pendejadas.

Los pasajeros, secos y recompuestos, fueron llegando dispersos. El primero el doctor. Colocó su vaso de estaño en la barra, echó dentro la miniatura de un iceberg y lo regó con un pelotazo doble de su botella de Wild Turkey.

—Es una noche beatífica, calma y libre —se pronunció.

—Gran verdad —dijo Smith.

—El tiempo sagrado es más silencioso que una monja.

—Así se habla, doctor.

—Llámame Doc.

—Vale Doc.

—Salud.

—Lo mismo para ti, Doc.

Se habló algo sobre el ambiente. Luego sobre otras cosas. La chica llegó, Abbzug, con pantalones largos y un suéter ajustado. Se había quitado el gran sombrero pero a pesar de la luz crepuscular aún llevaba las gafas de sol. Le dio un vistazo a Marble Gorge mientras el doctor decía:

—La razón por la que hay demasiada gente en el río en estos días no es otra que hay demasiada gente en todas partes.

Bonnie se estremeció, buscando refugió en el hueco de su brazo izquierdo:

—¿Por qué no encendemos una hoguera? —dijo.

—El desierto le ofreció una vez a los hombres un modo de vida admirable —dijo el doctor—, pero ahora funciona como refugio psiquiátrico. Y pronto ya no habrá desierto —sorbió su *bourbon* con hielo—. Pronto no habrá lugar al que ir. Entonces se universalizará

la locura. —Otro pensamiento—. Y el universo se volverá loco.

—La haremos —le dijo Smith a Abbzug— después de cenar.

—Llámame Bonnie.

—Miss Bonnie.

—Miz Bonnie —le corrigió.

—Por los clavos de Cristo —murmuró Hayduke que estaba cerca, escuchando sin querer. Abrió otra lata de cerveza. Abbzug lo miró a la cara fríamente, o a lo que podía verse de ella bajo el flequillo negro y entre la barba abundante. Pensó: un patán. Arthur Schopenhauer estaba convencido de que el pelo identifica a las bestias. Hayduke captó la mirada de la chica y puso cara de mosqueo. Ella se volvió hacia los demás.

—Nos tienen atrapados —seguía el doctor— con las maromas de hierro de un gigante tecnológico. Una máquina sin sentido, que en vez de corazón tiene un reactor nuclear.

—Así se habla, Doc —le dijo Seldom Seen Smith. Empezó a colocar cuidadosamente los bistecs en la parrilla, encima del carbón vegetal encendido.

—Una industrialización planetaria —deliró el doctor— se extiende como un cáncer. El crecimiento por el crecimiento. El poder por el poder. Me parece que voy a tener que echar más hielo aquí (¡Clank!). Pruébalo, capitán Smith, te alegra el corazón, te dora el hígado y florece en tus entrañas como una rosa bien abonada.

—No se preocupe por mí, Doc —pero Smith quería saber cómo puede crecer una máquina. Doc se lo explicó: no era fácil.

Entre los arbustos aparecieron sonrientes las dos viajeras de San Diego. Habían desenrollado el saco de dormir de Smith entre los suyos. La más joven llevaba una botella. Hay algo en una expedición por el río que invita siempre a promover el consumo de drogas líquidas. Aunque Abbzug apretaba entre los dedos nerviosos un pequeño cigarrillo enrollado a mano… El olor del cáñamo llenaba el aire que le rodeaba la cabeza (dale a una chica cuerda suficiente y ella se la fumará). Aquel olor le traía a Hayduke recuerdos de días oscuros, de oscuras noches. Murmuraba, ponía la mesa —estilo *buffet* la ensalada, el pan, el maíz y una pila de platos de papel—. Smith se ocupaba de darle la vuelta a los bistecs. Doc

explicaba el mundo.

Había murciélagos con narices de cerdo aleteando en el aire de la noche con sus ruidos de radar, tragando insectos. Río abajo esperaban los rápidos, rechinando los dientes en un alboroto constante y hosco. Desde el borde del cañón resbaló una roca o algo se soltó y fue rebotando por los salientes de la pared en caída libre. La gravedad lo abrazó, borrándolo un momento, siguiendo la alquimia de la mutación, un mero fragmento de flujo universal, hasta que se estrelló como una bomba contra el agua del río. Doc detuvo su monólogo, todos se pararon a oír hasta que se apagaron las últimas reverberaciones del estallido.

—Cojan platos —les dijo Smith a sus clientes— y sírvanse. —Sin vacilación todos se fueron sirviendo. El último de la fila, y sin necesidad de platos, era Hayduke, que había sacado la taza de su cantimplora.

Smith colocó un bistec gigante encima de la taza, que quedó tapada, así como el antebrazo de Hayduke.

—Come —le dijo Smith.

—Bendito-hijo-de-puta —exclamó el remero con reverencia.

Ahora que los pasajeros y su ayudante estaban alimentándose, Smith prendió la fogata con madera que había llegado a la orilla. Cuando lo hizo le llegó el turno de servirse su propio plato. Todos se quedaron observando el fuego mientras la oscuridad aumentaba en el cañón. Pequeñas lenguas de azules y verdes lamían la madera del río, pedazos de pino que procedían de las zonas montañosas, a unas 150 millas de distancia, enebro, pino piñonero, álamos, palos brillantes de árboles de Judea, fresnos. Con la mirada siguieron las chispas que se elevaban y contemplaron el esplendor de las estrellas que giraban en secuencias sucesivas: esmeraldas, zafiros, rubíes, diamantes y ópalos derramados por el mantel del cielo, distribuidos misteriosamente, al azar. Más allá de aquellas galaxias galopantes, o quizá tan presente que era imposible verlo, les acechaba Dios. El gaseoso vertebrado.

Cuando terminaron de cenar, Smith sacó sus instrumentos musicales y tocó algo para la concurrencia. Tocó la armónica (lo que vulgarmente se llama «órgano de la boca»), el arpa judía, o lo que el B'nai B'rith denomina «arpa de la boca», y el kazoo: nada de

ello aportó demasiado al acervo musical de nadie.

Smith y el doctor distribuyeron entonces el aguardiente. Abbzug, que no bebía casi nunca, abrió su botiquín, sacó un tubo de Tampax y un poco de maría, y se lió un pequeño cigarrillo marrón retorciendo el extremo para cerrarlo. Encendió el cigarrillo y lo hizo rular, pero a nadie le apetecía fumar salvo a Hayduke, un poco renuente porque aquello le traía recuerdos.

—¿Ya se terminó la revolución de la hierba? —preguntó.

—Está finiquitada —dijo Doc—. De todas formas, la marihuana nunca fue otra cosa que un placebo.

—Eso es una bobada.

—No más que un chupete para adolescentes con cólico.

—Eso es una tontería.

(La conversación degeneró. Las mujeres de San Diego cantaron «Dead sunk in the Middle of the Road»). La diversión fue decayendo. La fatiga empezó a debilitar miembros y a hacer caer párpados. Se fueron borrando tal y como habían llegado. Primero Abbzug, luego las mujeres de San Diego. Las damas primero. No porque fuesen el sexo débil —no lo eran—, sino sólo porque tenían más sentido común. Los hombres se sentían obligados a quedarse bebiendo hasta el bilioso y vil final, divagando, embarullados, en la niebla, deambulando a gatas hasta vomitar sobre la arena inocente, emporcando la tierra de Dios. Esa era la tradición entre los hombres.

Los tres hombres se encorvaron para arrimarse al fuego menguante. La noche fría trepaba por sus espaldas. Se pasaban la botella de Smith primero, y después circulaba la del doctor. Smith, Hayduke, Sarvis. El capitán, el holgazán y la sanguijuela. Los tres brujos corrían peligro. No tenían opciones. La astuta intimidad los alcanzaba.

—¿Saben señores lo que hay que hacer? —dijo el médico…

Hayduke se había quejado de la cantidad de tendido eléctrico que había visto en el desierto. Smith se apesadumbraba por el modo en que la presa había obstruido el cañón de Glen, había amputado el río, el río de su corazón.

—¿Saben señores lo que hay que hacer? —preguntó el doctor—. Hay que destruir el dique, mandarlo al carajo —(la mala lengua de

Hayduke había contaminado al doctor).

—¿Cómo? —quiso saber Hayduke.

—Eso no es legal —dijo Smith.

—Dijiste que habías rezado porque hubiera un terremoto.

—Sí, pero porque no hay ninguna ley que prohíba los terremotos.

—Pero has rezado con intenciones malignas.

—Eso es verdad. Rezo así siempre.

—O sea, que eres un mal tipo que deseas la destrucción de propiedades del gobierno.

—Eso es verdad.

—Es ilegal.

—¿Muy ilegal?

—Es ilegal.

—¿Cómo? —quiso saber Hayduke.

—Cómo qué.

—¿Cómo mandamos al carajo el dique?

—¿Cuál de ellos?

—El que sea.

—Así se habla. Pero primero el Glen Canyon —dijo Smith.

—Ni idea, el experto en demoliciones eres tú —dijo Doc.

—Puedo destruir un puente si lo pides —dijo Hayduke—, si tengo dinamita suficiente. Pero no sé muy bien cómo se echa abajo un dique. Supongo que necesitaríamos una bomba atómica para hacerlo.

—He estado dándole vueltas al dique desde hace mucho —les dijo Smith—. Y creo que tengo un plan: necesitaríamos tres yates gigantes y unos cuantos delfines.

—¡Espérate! —dijo Doc, levantando una de sus grandes patas. Un momento de silencio. Miró alrededor, hacia la oscuridad que rodeaba la luz del fuego—. Nunca se sabe quién puede estar escuchando entre las sombras.

Buscaron. Las llamas de su pequeño fuego de acampada enviaban una amortiguada iluminación a los arbustos, la balsa medio enterrada en la arena de la playa, las piedras y guijarros, el pulso del río. No podían ver a las mujeres, todas ellas dormidas.

—No hay nadie aquí salvo nuestros bombarderos —dijo Smith.

—¿Quién puede estar seguro? El estado puede haber colocado sensores en cualquier sitio.

—Naaaaaaa —dijo Hayduke—. No espían en los cañones. Por lo menos no todavía. Pero ¿quién ha dicho que tenemos que empezar con las presas? Hay un montón de cosas que se pueden hacer.

—Buenas cosas, cosas constructivas y saludables —dijo el doctor.

—Odio esta presa —dijo Smith—. La presa que jodió el cañón más hermoso de este mundo.

—Lo sabemos —dijo Hayduke—. Sentimos lo mismo que tú. Pero tenemos que pensar en cosas más sencillas de hacer primero. A mí me gustaría cargarme algunos de los postes de electricidad que están por todo el desierto. Y esos nuevos puentes de estaño de Hite. Y la maldita carretera que están haciendo para cruzar todo el territorio del cañón. Podríamos hacerla buena sólo con cargarnos las putas *bulldozers* que utilizan.

—Oíd, oíd —dijo el doctor—, y no hay que olvidarse de las vallas publicitarias. Y de las minas. Y de las tuberías. Y de las vías del nuevo ferrocarril de Black Mesa a Page. Y de las plantas que queman carbón. Y las fundiciones de cobre. Y las minas de uranio. Y la planta nuclear. Y los centros de computación. Y las compañías de ganado vacuno. Y los envenenadores de la vida salvaje. Y la gente que lanza latas de cerveza en las carreteras.

—Yo tiro las latas de cerveza en la puta carretera —dijo Hayduke—. ¿Por qué no puedo tirar las latas de cerveza en la puta carretera?

—Vale, vale, no te pongas a la defensiva.

—Mierda —dijo Smith—. Yo también lo hago. Me trae al pairo cualquier carretera acerca de cuya construcción nadie me ha consultado. Es mi religión.

—Vale pues —dijo el doctor—. No lo había pensado así. Acopio de material de las carreteras. Lanzarlo por la ventana. Bueno… ¿por qué no?

—Doc —dijo Hayduke—, es una liberación.

La noche. Las estrellas. El río. El doctor Sarvis les habla a sus camaradas de un gran hombre inglés llamado Ned. Ned Ludd. Le tienen por un lunático pero él supo ver dónde está el enemigo

claramente. Vio lo que estaba llegando y actuó directamente. Y les habló acerca de los zapatos de madera, *les sabots*. El palo atrancando la rueda. Chanchullos. La rebelión de los mansos. Las viejecitas con sus zuecos de roble.

—¿Sabemos lo que vamos a hacer y por qué?

—No.

—¿Nos importa?

—Lo resolveremos sobre la marcha. Iremos creando nuestra doctrina con la práctica, eso nos garantizará coherencia teórica.

El río en su sublimidad infinita corría suavemente, susurrando el paso del tiempo. Eso lo cura todo, dicen. Pero ¿lo cura? Las estrellas miraban hacia abajo dócilmente. Una mentira. La brisa entre los sauces les sugirió que se fueran a dormir. Pesadillas. Smith colocó más madera de pino en el fuego, y un escorpión, escondido en una grieta profunda de la madera, supo, demasiado tarde, que había llegado su hora. Nadie se fijó en su muda agonía. En la profundidad solemne del cañón, bajo las estrellas, siguió reinando la paz.

—Necesitamos un guía —dijo Doc.

—Me sé el territorio de memoria —dijo Smith.

—Lo que necesitamos es un asesino profesional.

—Ese soy yo —dijo Hayduke—. Matar es mi profesión.

—Cada cual tiene sus debilidades —una pausa—. La mía —añadió Doc— son las chicas de la heladería Bassin-Robbins.

—Un momento —dijo Smith—, creo que me he perdido.

—No hablamos de personas, capitán —dijo Doc—. Hablamos de *bulldozers*. De excavadoras. De dragas. De apisonadoras.

—Máquinas —repitió Hayduke.

Hubo otra pausa.

—¿Seguro que no habrá micrófonos ocultos aquí? —preguntó el médico—. Tengo el presentimiento de que alguien está escuchando cada una de nuestras palabras.

—Conozco esa sensación —dijo Hayduke—, pero ahora no me preocupa eso. Estoy dándole vueltas.

—¿A qué?

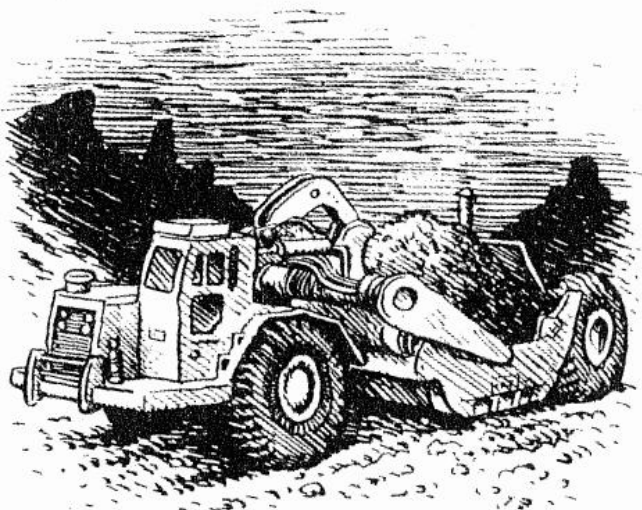
—A por qué razón vamos a confiar los unos en los otros. Nos hemos conocido hoy mismo.

Un silencio. Los tres hombres se quedaron contemplando el

fuego. El voluminoso cirujano. El alto barquero. La bestia de los Boinas Verdes. Un suspiro. Se miraron. Uno pensó: qué cojones. Otro pensó: parecen buena gente. El otro pensó: los hombres no son nuestros enemigos. Ni las mujeres. Ni los jóvenes.

Los tres sonrieron, no sucesivamente sino al unísono. Cada uno de ellos a los otros dos. La botella dio la penúltima vuelta.

—Qué cojones —dijo Smith—. Sólo estamos hablando.



6. El Raid por Comb Wash

Comenzaron con los preparativos.

Primero, según sugerencia del capitán Smith, tenían que distribuir suministros en diversos puntos del terreno de operaciones de su proyecto: el territorio del Cañón, el sudeste de Utah y el norte de Arizona. Los suministros consistían en 1) comida, cosas enlatadas, carnes secas, frutas, guisantes, leche en polvo, agua potable; 2) equipamiento, botiquín médico, lonas y mantas, encendedores, mapas topográficos, moleskin, sacos de dormir, cantimploras, equipos de caza y pesca, hornillos para cocinar, barras de demolición, alicates pesados, corta pernos, tenazas, palas de excavación de zanjas, tubos de sifón, azúcar y sirope, aceite y gasolina, cuñas de acero, detonadores, cordones de detonación,

mecha de seguridad, encendedores de fusibles y la cantidad pertinente de Du Pont corriente y Du Pont Cruz Roja Extra. La mayor parte del trabajo la harían Smith y Hayduke. De vez en cuanto les ayudarían el doctor y la señorita Abbzug, llegados de Alburquerque por aire. Hayduke se opuso durante un rato a la presencia de la chica.

—Nada de putas mujeres —aulló—. Es un trabajo de hombres.

—No hables como un cerdo —dijo Bonnie.

—Vale, vale —dijo el doctor—. Haya paz.

—Pensé que la célula la componían tres tíos —dijo Hayduke—. Nada de chicas.

—No soy una chica —dijo Bonnie—. Soy una mujer ya crecidita. Tengo veintiocho y medio.

Seldom Seen Smith se puso de lado, sonriendo, frotándose una aulaga rubia en su larga mandíbula.

—Habíamos quedado en que éramos sólo los tres —dijo Hayduke.

—Ya, ya —dijo el doctor—, pero lo siento: necesito que Bonnie esté con nosotros. Ella va adonde voy yo, y viceversa. Sin ella, no funciono.

—¿Qué clase de hombre eres tú?

—Un hombre dependiente.

Hayduke se giró hacia Smith:

—¿Qué dices?

—Pues —dijo—, el caso es que la muchacha me gusta, será muy agradable tenerla entre nosotros.

—De acuerdo, en ese caso tiene que hacer un juramento de sangre.

—No soy ninguna niña —protestó Bonnie—, y no pienso hacer ningún juramento de sangre o jugar a ningún juego de críos. Tendréis que confiar en mí, porque de lo contrario os denuncio al Departamento de Interior.

—Nos tiene agarrados de los huevos —dijo Smith.

—Nada de vulgaridades —dijo ella.

—De los testículos —respondió él.

—Primero te agarran de los testículos y luego vienen el corazón y la mente —opinó el doctor.

—No me gusta nada —dijo Hayduke.

—Pues a fastidiarse —dijo Bonnie—. Hay mayoría.

—No me gusta.

—Paz —dijo el doctor—. Te aseguro que nos será de mucha utilidad.

El doctor tenía la última palabra, porque al fin y al cabo la financiación del proyecto corría de su cuenta. Era un ángel, un ángel vengador. Eso lo sabía Hayduke. Y los gastos eran muchos. Noventa dólares un saco de dormir decente. Cuarenta un par de buenas botas. El precio de las judías había subido a 89 centavos la libra. De cualquier manera la mayor parte del presupuesto no iba a irse en suministros, sino en transporte por el terreno accidentado, intrincado del sureste, la gasolina de 49 a 55 centavos el galón y los neumáticos de camión a 55 dólares la unidad. Más los billetes de avión para el doctor y su mujer, Bonnie, 4225 sólo la ida de Alburquerque a Page. Ojalá pudiese desgravar muchos de esos gastos Smith como gastos de empresa, pero aunque fuera así el desembolso inicial era gigantesco. El buen doctor proporcionaba el dinero y tendría que firmar la mayor parte de los cheques, pues Smith estaba siempre seco. Doc los metería en su declaración a Hacienda como gastos de mejora de su rancho de 225 acres y como trabajo de gravamen de labores de minería que acontecían en el mismo sitio.

—Guantes. Apuntad guantes. Que no hagamos ningún tejemaneje de mierda sin los guantes puestos.

Doc les compró guantes, tres pares de los mejores guantes de piel.

—Y crema Sno-Seal para las botas.

Doc compró Sno-Seal.

—Y armas.

—No.

—Unas pistolas.

—Y mantequilla de cacahuete —exigió Bonnie.

—Pistolas y mantequilla de cacahuete.

—Mantequilla sí, pistolas ni hablar.

—Hay que defenderse, joder.

—Pistolas ni hablar. —Doc podía ser muy terco.

—Esos hijos de puta van a dispararnos.

—No habrá violencia alguna.

—Tenemos que defendernos.

—Nada de derramamiento de sangre —el doctor se levantó rápidamente.

De nuevo se rechazó la moción de Hayduke, tres votos a uno. Así que a partir de entonces tendría que llevar ocultas lo mejor que pudiera sus armas, su revólver escondido en un bolsillo interior de su mochila.

Doc compró seis botes de mantequilla de cacahuete Deaf Smith, un producto sin blanquear, no hidrogenado, elaborado con cacahuetes cultivados en suelo abonado y secados al sol sin los beneficios de herbicidas, pesticidas ni otros agentes del condado. Seldom Seen Smith (nada que ver con la mantequilla) y Hayduke los distribuyeron estratégicamente… y los dispersó estratégicamente sobre la Meseta del Colorado, un tarro aquí, otro allá, desde Onion Creak a Pakoon Spring, desde Pucker Pass a Tin Cup Mesa, desde Tavaputs, Utah a Moenkopi, Arizona. Rica y parda mantequilla de cacahuete.

En cierta ocasión, en los primeros momentos de la campaña, estaban llenando sus bidones de gasolina en un surtidor y Doc fue a pagar con su tarjeta de crédito. Hayduke se lo llevó aparte.

—No puedes usar tarjetas de crédito —le dijo.

—¿Nada de tarjetas de crédito?

—Nada de malditas tarjetas de crédito, ¿o es que quieres dejar un maldito reguero de pruebas de una milla de ancha, con tu puta firma en todos los sitios por los que pasamos?

—Ya entiendo —dijo Doc—. Claro que sí, pagaré en efectivo, nada de crédito, nada de prestarle oídos al tambor lejano.

No robaban ni compraban o usaban explosivos al principio. Hayduke quería empezar con ellos de inmediato, estaba entusiasmado con eso, pero los otros tres volvían a estar en contra. El doctor temía la dinamita: la dinamita traía ideales anarquistas y la anarquía no era la respuesta que estaban buscando. Abbzug les dijo que de todas maneras cualquier clase de fuego artificial era ilegal en todos los estados del suroeste, también había oído que cualquier cápsula explosiva podía causar cáncer cervical. El doctor

le recordó a Hayduke que el uso de explosivos con propósitos ilegales —por muy constructivos que fueran— era una felonía y además un delito federal siempre que involucraran a puentes y autopistas, mientras que el vertido de un poco de sirope Karo, en el tanque de combustible del camión de la basura, o echar un poco de arena o polvo en las válvulas de aceite, era un delito menor, poco más que una trastada de Halloween.

Se convirtió en una pugna entre sutiles y sofisticadas técnicas de acoso y el flagrante y descarado sabotaje industrial. Hayduke estaba a favor de lo descarado y flagrante. Los otros de lo contrario. Perdió la votación como de costumbre. Hayduke se enfureció pero al mismo tiempo supo consolarse pensando que las cosas podrían ir en aumento a medida que progresaran las operaciones. Por cada acción una reacción mayor. De una maldita cosa a otra peor. Después de todo era un veterano de Vietnam. Y sabía cómo funcionaba el sistema. El tiempo, contrayéndose y colapsando día tras día, jugaba a su favor.

Cada uno de los escondites para las provisiones fue elegido con el máximo cuidado. Todo lo potable, lo comestible, lo perecedero se transportó en envases de metal. Las herramientas se afilaron, se engrasaron, se enfundaron en estuches o se envolvieron en telas. Todo fue enterrado, cuando eso era posible, o bien cubierto con rocas y vegetación. Se camuflaron los puntos donde se escondieron las cosas y se borraron las huellas. No se consideró adecuada ninguna ubicación hasta que pasaban el examen de Hayduke y Smith, experimentados asesores militares de la ¿Foxpack? ¿Sixpack? ¿Vengadores del Desierto? ¿La banda de los zuecos? No podían ponerse de acuerdo en el nombre. ¿La camarilla de la mantequilla de cacahuete? ¿Los Buscadores del Manto Púrpura? ¿Jóvenes americanos por la Libertad? ¿Congregación por la Tranquilidad de las Mujeres Cristianas? No se ponían de acuerdo. ¿Quién manda aquí? Todos estamos al mando, dijo Bonnie. Nadie está al mando, dijo Doc. Mala manera de empezar la puta revolución, se quejó Hayduke. Padecía la debilidad del autoritarismo, ex sargento George Washington Hayduke.

—Paz, por favor, *pax vobiscum* —dijo Doc. Pero también su emoción iba en aumento. Mirad por ejemplo lo que pasó con el

nuevo Centro Médico Universitario de cincuenta millones de dólares, uno de esos nuevos millonarios edificios clase Bauhaus. El edificio olía a cemento fresco. Las ventanas, altas, escasas y estrechas, parecían troneras en un pastillero. El sistema de aire acondicionado no podía ser de diseño más moderno. Cuando el doctor Sarvis fue a la clase donde le tocaba impartir una lección cierto día —«Polución Industrial y Enfermedades Respiratorias»— se encontró con que la sala estaba supercaldeada, el ambiente muy cargado. Los estudiantes parecían más dormidos de lo habitual, pero como si no fuera con ellos.

Necesitamos algo de aire aquí, gruñó el doctor. Un estudiante se encogió de hombros. Los demás cabecearon, no asintiendo, sino de sueño. Doc se acercó a la ventana más cercana y trató de abrirla, pero qué. No parecía que tuviera pomo o manivela o pestillo o botón. ¿Cómo se abre esta ventana?, preguntó a un estudiante. Ni idea, señor. Otro dijo, no se puede abrir, este es un edificio con refrigeración propia. ¿Pero supongamos que necesitamos aire?, preguntó el doctor, aire libre y sensato. No se pueden abrir las ventanas en un edificio con refrigeración propia, le dijo el estudiante, se cargaría el sistema. Ya veo, dijo Doc, pero el caso es que necesitamos aire fresco. (Fuera, abajo, a la luz del sol, unos pajarillos cantaban en la forsitia, fornicando entre las hortensias). ¿Qué hacemos?, preguntó. Supongo que puede quejarse a la Dirección, dijo otro estudiante, uno que siempre encontraba el momento de bromear. Ya veo, dijo el doctor Sarvis. Sin perder los nervios se encaminó hacia su silla de metal bajo la pizarra, la cogió por el respaldo y el asiento, y la tiró contra con el vidrio de la ventana. Eso fue todo. Los estudiantes se quedaron mirándolo en silenciosa aprobación primero y cuando el doctor terminó le tributaron una ovación. Doc se sacudió las manos. Creo que por hoy nos ahorraremos pasar lista, dijo.

Un precioso día de comienzos de junio, cuando se dirigían al oeste desde Blanding, Utah, en su misión de esconder víveres, la banda se tomó un respiro en Comb Ridge y echó un vistazo al mundo de allá abajo. Iban los cuatro en la ancha cabina del cuatro por cuatro de

Seldom. Era la hora del almuerzo. Se salieron de la polvorienta carretera —la 95 de Utah— y giraron al sur por un camino de cabras que corría paralelo al borde. Comb Rider es una falla que va creciendo gradualmente hacia el este, creando un ángulo cercano a los 90 grados por la parte oeste. La caída desde el borde es de unos quinientos pies, con otros trescientos pies o un poco más de talud de fuerte pendiente desde el acantilado. Como la mayoría de los demás cañones, mesetas y fallas en el sudeste de Utah, Comb Rider es una imponente barrera en la travesía este-oeste. O solía serlo. Así lo quiso Dios.

Smith llevo la camioneta hasta un saliente a unos veinte pies del borde y paró. Todo el mundo se apeó agradecido y caminaron junto a la arista. El sol estaba por encima de las nubes aún, el aire era apacible y cálido. Crecían florecillas en las grietas de las rocas —malvas, berros, chamisas, filias, rosas de acantilado, otras—. Doc estaba encantado.

—Mirad —dijo—. *Arabis pulcra, Fallugia paradoxa, Cowania mexicana*, por Dios.

—¿Qué es eso? —dijo Bonnie señalando unas cosas moradas que veteaban la sombra de un pino piñonero.

—*Pedicularis centrathera*.

—Vale, pero ¿qué es?

—¿Qué es? —Doc hizo una pausa—. Nadie sabe lo que es, la llaman salvia.

—No te las des de listo.

—También se le conoce como boca de dragón. Una vez me preguntó un chaval, ¿qué es una boca de dragón?, y le respondí: quizá sea el pañuelo de Dios.

—A nadie le gustan los listos.

—Ya lo sé.

Smith y Hayduke se quedaron de pie al borde de ciento cincuenta pies de pura gravedad. Ese profundo abismo que induce a los hombres a dormirse. Pero no estaban contemplando la muerte allá abajo, sino la vida, o por lo menos una confusión de polvo y actividad. Chirridos de motores, resoplidos y zumbidos de camiones distantes.

—Es la nueva carretera —explicó Smith.

—Sí —dijo Hayduke levantando los binoculares y escrutando el escenario, a unas cinco millas de distancia—. Gran empresa —farfulló—. Hay volquetes Euclides, excavadoras D-9, camiones, grúas, cargadores, retroexcavadoras, perforadoras. Un trazado perfecto.

Vinieron Doc y Bonnie, con flores en el pelo. La luz del sol estallaba en los vidrios a través del polvo en el distante sur, sacaba brillo del acero.

—¿Qué pasa allá abajo?

—Están trabajando en la nueva carretera —informó Smith.

—¿Qué tiene de malo la antigua?

—El piso está tan gastado —dijo Smith— que se sube y se baja las colinas a paso de tortuga y cuando sale al valle o se mete entre los cañones no hay ni pavimento, y por lo general hace falta un montón de tiempo para llegar a cualquier parte. Con la nueva, la gente ahorrará diez minutos si va de Blanding a Natural Bridges.

—¿Es una carretera del condado?

—Se construyó para beneficiar a algunas compañías del condado, pero es estatal. Lo que pretende es beneficiar a esos pobres dueños de las minas de uranio y a las flotas de camiones y a los puertos deportivos del lago Powell, para eso sirve. También ellos tienen derecho a comer.

—Ya veo —dijo Doc—. ¿Me dejas echar un vistazo, George?

Hayduke le pasó los prismáticos, y Doc se quedó contemplando aquello mucho rato, chupando su Marsh Wheeling.

—Tela, tela, tela —dijo. Le devolvió los binoculares a Hayduke —. Señores, esta noche hay mucho que hacer.

—Y yo también.

—Sí, tú también.

Un agudo chillido les llegó flotando como una pluma desde el cielo cubierto por la plata de las nubes. El halcón. Cola roja, solitario, un halcón pasaba muy por encima del rojo arrecife, por encima de las olas de arena del Triásico, agarrada una serpiente viva en sus patas. La serpiente se retorcía, conducida a un nuevo mundo. La hora del almuerzo.

Después del pequeño parón la banda volvió a la camioneta de Smith y avanzó dos millas entre la roca y a través de los arbustos,

despacio, para alcanzar un punto de observación más alto y directo. Smith dejó el carro a la sombra de un pino piñonero que no era lo suficientemente grande como para cubrirlo del todo.

Redes, pensó Hayduke, necesitamos redes de camuflaje. Lo apuntó en su cuaderno.

Ahora los tres hombres y la chica se apostaron de nuevo junto al borde, asomados a la gran caída. Según su costumbre, Hayduke dejó el camino, avanzó con manos y rodillas, luego, en las últimas yardas, tumbado del todo, sobre su vientre, hasta llegar al punto de observación. ¿Eran necesarias tantas precauciones? Seguramente no, era demasiado pronto aún: el Enemigo, después de todo, ni siquiera era consciente de la existencia de Hayduke y Compañía. El Enemigo, de hecho, todavía consideraba que contaba con la aprobación de todo el público americano, sin excepción alguna.

Incorrecto. Permanecieron tumbados boca abajo sobre la piedra caliente, bajo el suave cielo enjoyado, ante un abismo de setecientos pies verticales y a media milla de distancia de los dinosaurios de hierro que agrietaban con sus punzones la arena. No había aprobación en las mentes y los corazones de Abbzug, Hayduke, Smith y Sarvis. Ninguna simpatía. Pero sí involuntaria admiración por todo aquel poder, toda aquella fuerza suprahumana y controlada.

Su punto de espionaje les permitía hacerse una idea del corazón del proyecto, no de su totalidad. Los equipos topográficos, muy por delante de las grandes máquinas, habían terminado su trabajo semanas antes, pero las pruebas de su obra permanecían a la vista: las cintas festivas, de un rosa impactante, que aún colgaban de las ramas de los enebros que estaban enclavados en la línea de lo que un día sería la carretera, los pasadores de acero sirviendo de puntos de referencia.

Lo que Hayduke y sus amigos pudieron ver eran varias fases de un proyecto de construcción de una carretera que seguía en estudio. Hacia el oeste, más allá de Comb Wash, se apreciaban *bulldozers* desbrozando el camino. En las áreas forestales el trabajo de limpia de terreno precisaba de sierras taladoras, pero en el sudeste de Utah, en la meseta, los pequeños pinos piñoneros no ofrecían resistencia alguna a las *bulldozers*. Los empujaban con facilidad y los

derribaban convirtiéndolos en un montón de maleza rota y supurante, muerta, descompuesta. Nadie sabía a ciencia cierta qué podía sentir un pino piñonero, qué grado de temor o dolor podían alcanzar los organismos de la madera, pero en cualquier caso los constructores de carreteras tenían cosas más apremiantes de las que ocuparse, aunque hubiese sido establecido suficientemente como hecho científico que un árbol vivo, arrancado de la tierra, tarda muchos días en morir por completo.

Tras la primera ola de *bulldozers* llegaba la segunda, sacudiendo la tierra y arrancándole a la roca madre grandes pedazos de tierra. Dado que se trataba de una operación de alisamiento del terreno, a veces había que rellenar y otras agujerear la piedra hasta el nivel especificado por los ingenieros de camino. Viéndolo todo desde su cómoda tribuna, observaron cómo las perforadoras avanzaban por la pista seguidas de tractores que remolcaban compresores de aire. Una vez colocada en posición y unida a los compresores, la taladradora de acero con forma de estrella y punta de carburo rasgaba la piedra arrancándole gimientes trocitos de teconita. El polvo de la piedra flotaba en el aire en cuanto rugían los motores. Las vibraciones resonantes estremecían los huesos de la tierra. Más sufrimiento mudo. Los equipos de perforación se trasladaron desde la colina al siguiente lugar.

Llegó el equipo de demolición. Las cargas se metían en los agujeros y se conectaban a un circuito eléctrico. Los observadores escucharon el silbato del jefe de la operación, los allí congregados se alejaron a una distancia de seguridad, luego un caño de humo y un trueno estallando en cuanto se dio la señal. Vinieron más excavadoras, camiones gigantes de carga que venían a llevarse los escombros.

Abajo, en el centro de operaciones, por debajo de las crestas irregulares, las excavadoras y los camiones capacitados para transportar ochenta toneladas de deshechos, seguían trabajando. Cortar y rellenar, cortar y rellenar, toda la tarde. El objetivo final era una moderna autopista de alta velocidad muy conveniente para la industria del transporte, sin irregularidades de más del ocho por ciento. Pero ese era sólo el objetivo inmediato. El objetivo ideal aguardaba más adelante. El sueño de los ingenieros es conseguir la

perfecta esfericidad del planeta Tierra, una vez sanadas todas sus irregularidades, las carreteras pintadas sobre una superficie tan lisa como el cristal. Por supuesto que los ingenieros tienen aún que conformarse, pero son unos amiguitos tan incansables y opresivos como las termitas en el termitero. El suyo es un trabajo constante y los que ellos creen sus enemigos naturales, son los fallos mecánicos, el tiempo de descanso para los equipos, los problemas con la mano de obra, y que a veces todo falla por la impericia de geólogos y peritos.

El único enemigo en el que el contratista no piensa es en una banda de cuatro idealistas tendidos boca abajo al sol del desierto. Allá abajo rugían los monstruos metálicos, rebotaba el caucho en las grietas que abrían, tiraban sus cargas y subían con estruendo otra vez la colina para cargarse de nuevo. Las verdes bestias de Bucyrus, los brutos amarillos de Caterpillar, bufando como dragones, escupiendo humo negro en el polvo amarillo.

El sol corrió tres grados al oeste, saliéndose de las nubes, más allá de la plata del cielo. Los observadores de la cresta mascaban cecina, bebían a sorbos de sus cantimploras. Empezó a hacer menos calor. Mientras comían conversaban: había más ganas de conversar que de comer. Conversar sobre lo que iban a hacer esa noche. Las máquinas de hierro aún rodaban allá abajo, pero ya se estaba echando encima la hora de dar de mano.

—Lo que hay que tener en cuenta —dijo Hayduke— es el vigilante nocturno. Es probable que algún cabrón esté pendiente de todo esto por la noche. Tal vez lleve un perro. Y si es así, tenemos un problema.

—No habrá vigilancia —le dijo Smith—. Por lo menos no durante toda la noche.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Es así como se trabaja aquí: estamos en plena naturaleza. Nadie vive aquí. Estamos a 24 millas de Blanding. A cinco de la antigua carretera, que nadie coge por la noche de cualquier forma. No creo que haya problemas.

—Quizás algunos de esos estén acampados por aquí —dijo

Hayduke.

—No —le respondió Smith—. No hacen ese tipo de cosas. Esos chavales trabajan tan duro durante el día que de noche sólo quieren regresar a la ciudad. No van a renunciar a sus comodidades. No es gente de campo. A esos tipos no les importa conducir ochenta millas cada mañana para llegar al trabajo. Están completamente locos. Yo he sido uno de ellos.

Doc y Hayduke, con los prismáticos, seguían vigilando. Smith y Bonnie, lentamente, dejaron la cresta sin dejar de mantenerse fuera del alcance de la vista de los de abajo, hasta que estuvieron por debajo de la línea del horizonte. Caminaron hacia la camioneta, montaron el hornillo y empezaron a cocinar la cena. El doctor y Hayduke eran pésimos cocineros, pero se les daba bien lavar los platos. Los cuatro eran buenos tragadores de comida, pero sólo Bonnie y Smith tenían interés en cocinar con un poco de decencia.

Smith llevaba razón. La gente se fue antes de que anocheciera. Cada cual dejó sus herramientas alineadas a un lado de la carretera, en fila, parecía una manada de elefantes de hierro, o sencillamente donde les pillara la hora de dar de mano. Los operarios se dirigían en pequeños grupos hacia los vehículos de vuelta a casa. Arriba, Doc y Hayduke podían escuchar sus voces, sus risas, el traqueteo de sus baldes. Las camionetas que llevaban a hombres de la zona oriental de la obra bajaron por la gran grieta para recoger a los operarios del equipo.

Los hombres se subían, los camiones volvían a subir la colina a través del polvo, se metían en la grieta de nuevo y salían de la vista de los observadores. Durante algún tiempo se oyó el rumor de los motores, se vio la nube de polvo trepando por pinos y enebros, y luego todo se volvió calma. Apareció un camión cisterna cargado de diésel, gimiendo por la pendiente hacia las máquinas, y fue de una en una, el conductor y su ayudante llenaban los tanques de gasolina de cada máquina. Una vez terminada la tarea, el camión cisterna volvió por donde había venido, siguió a los otros, camino del distante resplandor nocturno de la ciudad, en algún punto más allá de la parte este del abultamiento de la meseta.

Ahora la tranquilidad era completa. Los observadores consumían sus cenas en platos de estaño, oyendo el suave zureo de una paloma

que les llegaba de abajo. Se oía el ulular de un búho, los cánticos de pajarillos que se retiraban a dormir en los álamos polvorientos. La gran luz dorada del sol ocultándose llenaba el cielo entero, resplandeciendo sobre nubes y montañas. Todo lo que alcanzaban sus ojos era naturaleza pura, sin carreteras, inhabitada. No sabían si podrían salvar todo aquello, pero sí que había que intentarlo. Mantenerlo como era.

El sol desapareció.

Tácticas, materiales, herramientas, equipo.

Hayduke leía su lista.

—¡Guantes! ¿Tiene todo el mundo sus guantes? Hay que ponérselos. Nadie va a bajar ahí sin sus putos guantes puestos o le corto las manos.

—No has lavado aún ni los platos —le dijo Bonnie.

—Cascos. ¿Tiene todo el mundo su casco? —le echó un vistazo a sus compañeros—. Tú, póntelo.

—No me cabe —dijo ella.

—Pues que te quepa. ¿Puede alguien decirle cómo se ajusta, por Dios santo? —otra ojeada a su lista—. Corta pernos —Hayduke blandió el suyo, un par de palancas cruzadas de mandíbula de acero de 24 pulgadas capaz de cortar cualquier cosa, pernos, barras, alambres, casi cualquier cosa que tuviera una pulgada de diámetro. Todos los demás estaban equipados con tenazas, suficientemente buenas para casi cualquier propósito.

—Vamos con las colocaciones —se dirigió a Bonnie y Doc—. ¿Os sabéis vuestras señales?

—Uno corto y uno largo es la alerta, hora de ponerse a cubierto —dijo Doc, mostrando su silbato metálico—. Uno corto y dos largos, todo bien, reanudar operaciones. Tres largos, petición de ayuda, vengan a ayudarme. Cuatro largos para… ¿para qué eran los cuatro largos?

—Cuatro largos significan trabajo hecho, vuelta al campamento —dijo Bonnie—. Y uno largo significa captado, mensaje recibido.

—No me gusta mucho lo de los silbatos —dijo Smith—, necesitaríamos algo más natural. Más ecológico. Ulular de lechuza, quizá. Cualquiera que oiga un silbato sabrá que hay animales de dos patas rondando por aquí. Dejadme enseñaros cómo ulula una

lechuza.

Hora de entrenamiento. Las manos ahuecadas y cerradas con una pequeña ranura abierta en la que colocar los labios y soplar. Se sopla desde el vientre, profundo, el reclamo flota sobre los cañones, sube por las laderas de las montañas, se expande por todo el valle. Hayduke le enseñó al doctor Sarvis, Smith se ocupó personalmente de Abbzug, le colocó las manos en la postura adecuada, sopló en ellas, y dejó que ella soplara en las suyas. Ella aprendió rápido, a Doc no se le dio tan bien. Rehicieron las señales. Por un momento, en la hora crepuscular, se oyó una intensa conversación de lechuzas. Por fin estaban preparados. Hayduke volvió a su lista.

—Vale, guantes, cascos, linternas, corta cables, señales. Sigamos: sirope Karo, cuatro tarros cada uno. Cerillas. Linternas, cuidado con ellas, la luz sólo para alumbrar vuestras faenas, no se os ocurra iluminar los alrededores, y cuando os mováis de un sitio a otro, hay que apagarlas. ¿Probamos las contraseñas de luz? Naaaa, más tarde. Agua. Tenazas. Cinceladores. Destornilladores, vale, los tengo. ¿Qué más?

—Ya estamos —dijo Smith—. A moverse.

Cargaron sus mochilas. La de Hayduke, que llevaba la mayor parte del peso, pesaba por lo menos el doble que cualquiera de la de los otros, pero no le importaba. Seldom Seen Smith encabezó la expedición a través del resplandor solar. Los otros lo siguieron en fila de a uno, Hayduke en la cola. No había camino. Smith escogió la ruta más rápida entre árboles cubiertos de maleza, las hojas de bayoneta de la yuca, y los desmelenados nogales, a través de pequeñas olas de arena bajo las crestas de la estribación. Mientras pudo mantuvo al grupo en la roca, para no dejar huellas. Guiados por las estrellas iban rumbo al sur, al sur por la brisa nocturna, hacia la luz que derramaban los catorce mundos de la constelación de Escorpio a través del cielo del sur. Las lechuzas ululaban en el bosque pigmeo, los saboteadores hicieron prácticas para responder.

Smith rodeó un hormiguero, una gran construcción asimétrica de tierra rodeada por un área circular en la que no había vegetación alguna. La casa abovedada de las hormigas trilladoras. Smith lo evitó, y también Bonnie, pero Doc tropezó con el hormiguero, y las hormigas rojas salieron y una de ellas le mordió a Doc en la

pantorrilla, y Doc se detuvo y destrozó la construcción a patadas.

—Así es como refuto yo a R. Buckminster Fuller —gruñó—. Así refuto a Paolo Soleri, a B.F. Skinner y al tardío Walter Gropius.

—¿Cómo de tardío? —preguntó Smith.

—Doc odia a las hormigas —explicó Bonnie— y ellas le odian a él.

—El hormiguero —dijo Doc— es emblema, símbolo y síntoma de lo que somos aquí fuera, tropezamos con él en el crepúsculo como tantos trotamundos. Quiero decir que es un modelo en microcosmos de aquello a lo que nos oponemos y contra lo que luchamos. El hormiguero, como el hongo fulleriano, es signo de enfermedad social. Los hormigueros se erigen allí donde reina el apacentamiento. La cúpula plástica es síntoma de la peste del industrialismo galopante, prefigura la tiranía tecnológica y revela la verdadera calidad de nuestras vidas, que va reduciéndose en proporción inversa al crecimiento del Producto Nacional Bruto. Fin del discurso del doctor Sarvis.

—Vale —dijo Bonnie.

—Amén —dijo Smith.

La tarde degeneró en noche, una solución densa y violeta velada por la luz de las estrellas. Y la oscuridad incrustada de energía, cada roca y cada arbusto y cada árbol con un halo de radiación silenciosa. Smith llevaba a los saboteadores por el contorno del terreno hasta que alcanzaron un borde más allá del cual no había nada tangible, a pesar de que no era el borde de la cuesta, sino sólo el borde del corte grande y artificial que se le había hecho a la subida. Debajo, a doscientos pies, lo que quedaba de luz les dejaba ver agazapados en la oscuridad, la amplitud de la nueva calzada y dibujadas las oscuras formas de las máquinas.

Smith y compañía siguieron por la nueva cuesta hasta llegar a un punto donde tenían que trepar por una roca aplastada y cubierta del polvo de la nueva calzada. Hacia el noreste, dirección a Blanding, podía verse una autopista que conducía a través del desierto hasta internarse en el bosque de matorrales, ya fuera de la vista por la oscuridad. Ninguna luz visible, sólo el leve resplandor de la ciudad de veinte millas de distancia. En dirección opuesta la carretera pronunciaba una curva entre las paredes del corte.

Avanzaron por el corte.

Lo primero que encontraron en los arcenes fueron estacas de protección. Hayduke las arrancó y las tiró entre los arbustos.

—Hay que quitar siempre las estacas —dijo Hayduke—. Da igual donde te las encuentres. Siempre, por dios, es la primera regla general en el negocio de la tenaza. Hay que quitar todas las estacas de protección.

Se internaron en el corte, desde allí, si miraban abajo en dirección oeste, podían intuir vagamente Comb Wash, la zona de relleno, los equipos dispersos de demolición de la tierra. Se detuvieron para precisar las acciones.

—Aquí tiene que quedarse el primer centinela —dijo Hayduke.

—¿Doc o Bonnie?

—Yo quiero destrozar algo —dijo Bonnie—. No quiero quedarme sentada aquí en la oscuridad emitiendo señales de lechuza.

—Me quedaré yo —dijo Doc.

Una vez más revisaron las señales. Todo en orden. Doc se puso cómodo en el asiento de una máquina excavadora gigantesca. Se puso a jugar con los mandos.

—Rígidos —dijo—, pero es el transporte.

—¿Por qué no empezamos con esta maldita cosa ahora mismo? —dijo Hayduke, refiriéndose a la máquina de Doc—. Sólo por practicar.

¿Por qué no? Se abrieron las mochilas, se sacaron las linternas y las herramientas. Mientras Doc vigilaba allá arriba en la cabina los tres compañeros se dedicaron a cortar cables, destrozar el tanque, estropear los sostenes hidráulicos de la máquina, una maravilla de 27 toneladas Hyster C-450ª amarilla, con un motor diésel Caterpillar de 330HP de potencia, neumáticos dentados de 29.500 dólares sólo, fabricados por Fob Saginaw, Michigan. Uno de los mejores. Un barco de ensueño.

Trabajaron sin problemas. El sonido de los cascos chocando contra el acero. Las tenazas y las barras arrancando hermosos ¡clunks! y vertiginosos ¡slanks! de los metales tensionados hasta que quedaban cortados. Doc encendió otro puro. Smith se secó una gota de aceite que le cayó en el párpado. El penetrante olor de los

líquidos hidráulicos flotando en el aire, mezclándose desagradablemente con el humo del tabaco de Doc. El aceite regado crepitando en el polvo. Otro sonido les llegó en la distancia, como de un motor. Se detuvieron. Doc echó un vistazo a la oscuridad. Nada. El ruido se desvaneció.

—Todo bien —dijo—, vamos muchachos.

Cuando todos cortaron lo que estaba a su alcance, Hayduke sacó la varilla del motor, no precisamente para comprobar cómo estaba de aceite, y echó un reguero de fina arena en la caja del cigüeñal.

Demasiado lento. Desenroscó el tapón del depósito de aceite, tomó cincel y martillo y practicó un agujero por el que echó más arena. Smith quitó el tapón del depósito de combustible y vació cuatro botellas de medio litro de sirope. Inyectado en los cilindros, el azúcar formaría un manto sólido en las paredes de los cilindros y en los anillos del pistón. Cuando se pusiera en marcha, el motor pesaría como un bloque de hierro. Si es que podían ponerlo en marcha.

¿Qué más? Abbzug, Smith y Hayduke se volvieron a ver la máquina. Estaban impresionados por lo que habían hecho. Matar a una máquina. Deicidio. Todos ellos, Hayduke incluido, estaban un poco aturdidos por la enormidad del crimen. Por el sacrilegio cometido.

—Vamos a arrancar el asiento —dijo Bonnie.

—Eso es vandalismo —dijo Doc—. Estoy contra el vandalismo. Arrancar sillones es de pequeños burgueses.

—Pues vale, vale —dijo Bonnie—, vamos a lo próximo.

—Muy bien, ¿nos encontraremos aquí? —dijo Doc.

—Es la única manera de volver a la cresta —dijo Smith.

—Pero si pasa cualquier mierda —le dijo Hayduke—, no te quedes a esperarnos, nos vemos donde la camioneta.

—No podría encontrar el camino de vuelta ni si mi vida dependiera de ello —dijo Doc—. No en la oscuridad.

Smith tensó su larga mandíbula.

—Mira Doc —le dijo—, si pasa cualquier cosa será mejor que te subas a aquel bancal, por encima de la carretera, y nos esperes. No te olvides de la señal de la lechuza. Así te encontraremos.

Lo dejaron allí en la oscuridad, pertrechado en el asiento de la

mutilada y escacharrada excavadora. La pupila roja de su cigarro era la única señal que veían los que partieron. El plan era que Bonnie se quedara a vigilar en el extremo oeste del campo de operaciones mientras Hayduke y Smith trabajaban en los equipamientos de la obra. Ella se les quejó.

—¿No tendrás miedo de la oscuridad, verdad?

—Por supuesto que me da miedo la oscuridad.

—¿Miedo de quedarte sola?

—Por supuesto que me da miedo quedarme sola.

—¿Quieres decir que no vas a vigilar?

—Claro que vigilaré.

—No es sitio para mujeres —murmuró Hayduke.

—Cállate —le dijo ella—. ¿Me estoy quejando? Vigilaré. Así que calla antes de que yo te cierre el pico.

La oscuridad hacía que Hayduke se sintiese cómodo y seguro. Le gustaba. El Enemigo, si aparecía, se anunciaría con rumor de motores, brillo de faros, y todos los proyectiles y bombas de la Operación Trueno como en Vietnam. Hayduke lo aceptaba. Pero la oscuridad y la naturaleza nos pertenecían. Es territorio comanche. Nuestro territorio. O así lo consideraba él.

Colina abajo, a más o menos una milla, en una gran excavación, la carretera descendía hacia una grieta abierta en Comb Wash. Pronto alcanzaron las primeras máquinas allí apostadas —removedores de tierra, grandes camiones.

Bonnie seguía por su cuenta. Smith la tomó de un brazo un instante:

—Quédate cerca, cariño —le dijo—, sólo concéntrate en mirar y oír: deja que George y yo hagamos el trabajo. Si te quitas el casco oirás mejor, ¿vale?

—Vale —dijo ella—, por el momento vale.

Pero quería que más adelante su papel fuera más relevante. Él estuvo de acuerdo. Compartir y compartir por igual. Le mostró cómo encontrar el camino para alcanzar la cabina abierta de una máquina Euclide de 85 toneladas. Se sentó arriba como un vigía en el nido de un cuervo mientras él y Hayduke se ponían manos a la obra.

Mucho por hacer. Cortar y forzar, forzar y desgarrar. Se pusieron

con un Caterpillar D-9ª, la *bulldozer* más grande del mundo, ídolo de los hacedores de autopistas. Hayduke puso tanta arena en la caja del cigüeñal que no podía reinsertar la varilla. La recortó hasta que fue suficiente. Arena en el depósito de aceite. Subió a la cabina para tratar de abrir el tanque de gasolina. No giraba. Cogió el martillo y el cincel y lo forzó, echó dentro cuatro botellas de energético sirope Karo que se mezcló con el diésel. Reemplazó el tapón. Se quedó sentado un momento en el asiento del conductor y se puso a tontear con las manivelas y botones.

—¿Sabes lo que sería divertido de verdad? —le dijo a Smith, que estaba abajo, escacharrando una manguera hidráulica.

—¿Qué, George?

—Llevar esta mierda hasta allá arriba, ponerla en el borde y hacerla caer al vacío.

—Eso nos llevaría media noche, George.

—Pero seguro que sería divertido.

—De todos modos no podríamos arrancarlo.

—¿Por qué no?

—No hay manilla del rotor en el magneto. Ya lo he revisado. Suelen llevársela cuando dejan estas bestias solas en la carretera.

—¿De veras? —Hayduke sacó su cuaderno de notas y un lápiz del bolsillo de su camisa, lo iluminó con la linterna y apuntó: Manillas de rotor—. ¿Sabes algo que podría ser divertido?

Smith, ocupado en anular la conexión entre las juntas de culatas y las líneas de inyección de combustible, dijo:

—¿Qué?

—Se podría colocar un perno en cada rodadura. Cuando la cosa se moviera, él mismo iría destrozándose al avanzar. Eso sí que les jodería.

—George, este tractor no va a moverse por un milagro. No va a ir a ningún sitio.

—Por un milagro.

—Eso es lo que he dicho.

—Sí, ese es el problema.

Hayduke se apeó de la cabina y se acercó a Smith, allí, bajo la negra luz de las estrellas, haciendo su humilde tarea, el puntito de luz de la linterna fija en un tornillo de ajuste en el motor que

pesaba lo que tres autobuses Volkswagen. El Caterpillar amarillo, enorme en la oscuridad, se cernía sobre los dos hombres con la indiferencia de un dios, sin que en su piel esmaltada se intuyesen los desavíos que había padecido. El coste de aquella pieza podía rondar los 30.000 dólares. ¿Qué fue de los hombres que merecían la pena? ¿En qué análisis racional químico, psíquico o físico? ¿Enana nación de doscientos millones de cuerpos? ¿Cada vez más baratos, como unidades de producción de bajo coste?

—Ese es el problema —repitió—. Todo este rollo de cortar cables va sólo a hacerlos ir más lentos, pero no los va a parar. Pero me-cago-en-la-puta-que-me-parió, Seldom, estamos desperdiciando el tiempo.

—¿Qué pasa, George?

—Que estamos desperdiciando el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo que deberíamos hacer es hacer estallar a esta hija-de-puta. A esta y a todas las demás. Quiero decir meterle fuego. Quemarlas.

—Eso sería incendio provocado.

—Por los clavos del Señor, ¿cuál es la diferencia? ¿Te crees que lo que hacemos ahora es mucho más bonito? Sabes muy bien que si el viejo Morrison-Knudsen estuviera ahora aquí con sus matones, sólo se contentaría después de pegarnos cuatro tiros.

—No van a estar muy felices por esto, eso es cierto. Tampoco van a entendernos.

—Nos entenderán. Y odiarán nuestras malditas entrañas.

—No, no entenderán por qué razón lo hacemos, George. Eso es lo que quiero decir. Quiero decir que seremos unos incomprendidos.

—No, no seremos unos incomprendidos. Sólo seremos unos apestados.

—Quizá tendríamos que explicarnos.

—Quizá tendríamos que hacer lo correcto, nada de estas malditas trastadas de niñita.

Smith se quedó callado.

—Vamos a destrozar a este cabrón.

—No sé —dijo Smith.

—Cocinarlo en su propia grasa. Sólo tengo que sacar un sifón de

mi mochila, sólo hacen falta unas cerillas. Echamos con el sifón un poco de gasolina en el motor y en la cabina y ya no tenemos más que encender una cerilla y dejar que Dios haga el resto…

—Sí, supongo que él se encargaría —estuvo de acuerdo Smith—. Si Dios quisiera que esta *bulldozer* sobreviviese no hubiese permitido que llenasen de gasolina su tanque. Pero, ¿qué pasa con Doc, George?

—¿Qué pasa? ¿Desde cuándo es el jefe?

—Es el que financia toda la operación. Le necesitamos.

—Lo que necesitamos es su dinero.

—Vale, sí, dilo como quieras. Me gusta el viejo Doc. Y me gusta la pequeña mujer del viejo también. Creo que los cuatro juntos hacemos buen equipo. Y creo que no podemos hacer nada que no cuente con la aprobación de los demás. Piensa en ello, George.

—¿Ha terminado el sermón?

—Sí, ha terminado.

Hayduke se quedó un rato en silencio. Trabajaron. Hayduke pensaba. Después de un minuto dijo:

—¿Sabes qué, Seldom? Supongo que tienes razón.

—Una vez pensé que estaba equivocado —dijo Seldom—, pero más tarde me di cuenta de que me equivoqué al pensarlo.

Terminaron con el D-9ª. El sifón y las cerillas se quedaron en la mochila de Hayduke. Por el momento. Hicieron lo que pudieron con arena, con mermelada, mutilando y destrozando la primera *bulldozer*, se dirigieron a la siguiente, la chica se les unió. Smith la rodeó con su brazo.

—Miss Bonnie —dijo—, ¿cómo va el turno de noche?

—Demasiado pacífica. ¿Cuándo me toca romper algo?

—Necesitamos que vigiles.

—Me aburre.

—No te preocupes por nada, cariño. Vamos a tener emociones fuertes antes o después para el resto de nuestras vidas. Si vivimos mucho. ¿Qué estará haciendo Doc en su soledad?

—Estará bien. Vive en el interior de su mollera la mayor parte del tiempo.

Otra máquina gigante se les apareció en la oscuridad. La picaron. Luego la siguiente. Bonnie los veía desde la cabina de un

removedor de tierra cercano. ¡El siguiente! Y los hombres avanzaban.

—Si por lo menos pudiéramos poner en marcha los motores de estas putas. Podríamos drenarles el tanque de aceite, dejar el motor en marcha y seguir. Harían el trabajo ellas solas y terminaríamos enseguida.

—Lo haríamos —consintió Smith—. Drenar el aceite y encender el motor. Se quedarían más secas que el culo de un toro en lo que canta un gallo. Ellos nunca permitirían a ningún bicho abrirlas.

—Podemos darle a cada una, una oportunidad de todos modos. —Y poniéndose al tajo enseguida, Hayduke se puso a los mandos de la gran *bulldozer*—. ¿Cómo se pone en marcha esta bestia?

—Te lo diré si encontramos una que nos deje.

—¿Qué tal cruzando los cables? Quizá podemos encenderlas así. Provocar la ignición.

—No te valdrá esa maña en un tractor Caterpillar. Esto no es un auto, George, ya lo sabes. Esto es equipo industrial pesado, no es el viejo Farmall para volver a casa.

—Vale, estoy listo para la lección.

Hayduke se apeó del asiento del operario. Echaron puñados de suave arena del Triásico en el cárter, cortaron cables, los conductos de gasolina, las mangueras hidráulicas en la proa y en la popa, derramaron en el tanque de gasolina. ¿Por qué Karo en vez de simple azúcar? Smith quería saberlo. Se vierte mejor, le explicó Hayduke; se mezcla más fácilmente con el diésel, no se queda atascado en los filtros. ¿Estás seguro de eso? No.

Hayduke se tumbó bajo la *bulldozer* por localizar el tapón de drenaje en el cárter del aceite. Lo encontró, a través de una abertura practicada en la placa blindada, pero iba a necesitar una llave grande para desenroscarla. Buscaron una caja de herramientas en la cabina. Cerrada. Hayduke rompió la cerradura con martillo y cincel. Dentro había unos cuantos instrumentos normales: una llave de hierro de tres pies, varias llaves inglesas gigantes, una almádena, pernos, tornillos, cables, una llave inglesa de madera labrada.

Hayduke cogió la llave de tres pies que parecía tener el tamaño adecuado y volvió a ponerse bajo la *bulldozer*. Estuvo un rato peleándose con el tapón hasta que consiguió romperlo y el aceite

empezó a derramarse. La gran máquina se desangraba, toda su sangre, con latidos pulsantes, iba cayendo a la tierra y el polvo. Cuando quedó vaciada, Hayduke reemplazó el tapón. ¿Por qué? El vicio de la costumbre: pensaba que lo que había hecho era cambiarle el aceite a su *jeep*.

Hayduke volvió a la superficie, cubierto de polvo, grasa, aceite, frotándose los nudillos magullados.

—Mierda —dijo—, no sé.

—¿Qué pasa?

—¿Lo estamos haciendo bien? Eso es lo que no sé. El operario viene y se monta en esta cosa por la mañana, trata de arrancarlo, y nada. Así que lo primero que va a ver es todos los cables cortados, todos los conductos de fuel cortados. Así que echarle arena al cárter, derramar el aceite, no sirve de nada si el motor no se enciende. Pero cuando el operario vea la escabechina de cables y conductos, verá también todo lo demás, se fijará naturalmente en el nivel de aceite de la máquina, y luego encontrará lo de la arena, y verá que alguien ha drenado el depósito de aceite. Estoy dándole vueltas y creo que todo este negocio de la tenaza, para que sea efectivo, debería dar menos pistas de sus labores. Quiero decir, hacerlo más simple y menos evidente.

—Bueno, George, te recuerdo que hace un minuto eras tú el que quería meterle fuego a todo esto.

—Sí. Pero ahora estoy pensando en otra manera.

—Bueno, es demasiado tarde. Nosotros ya hemos dejado muchas pistas aquí. Deberíamos seguir como lo hemos venido haciendo.

—Pero piénsalo un minuto, Seldom. Llegarán aquí a la misma hora por la mañana. Todo el mundo pondrá en marcha los motores de sus vehículos al mismo tiempo. Algunos descubrirán que hemos cortado los cables: quiero decir, en los vehículos en los que ya hemos cortado los cables. Pero mira, en los otros, si dejamos en paz los cables, si dejamos en paz los conductos, entonces ellos pueden encender los motores, y entonces la arena y el sirope harán su tarea, quiero decir, que al menos tendrán ocasión de hacer su tarea tal como lo planeamos: para arruinarle los motores a las máquinas. ¿Qué me dices a eso?

Estaban dejados caer, hombro por hombro, contra el chasis de

acero de la *bulldozer*, mirándose el uno al otro a través de la suave luz de las estrellas.

—Que me gustaría que todo eso nos lo hubiésemos planteado antes —dijo Smith—. No tenemos toda la noche.

—¿Por qué no tenemos toda la noche?

—Porque tendríamos que estar a cincuenta millas de aquí cuando llegue la mañana, esa es la razón.

—Yo no —dijo Hayduke—, yo me quedo a ver lo que pasa. Quiero una puta satisfacción personal.

Una lechuza ululó desde lo alto del removedor.

—¿Qué pasa ahí abajo? —les dijo Bonnie—. ¿Pensáis que estáis de *picnic* o algo así?

—Vale —dijo Smith—, hagamos lo sencillo. Olvidémonos de cortar cables y centrémonos en los sistemas de aceite y gasolina. Bien sabe dios que nos sobra arena aquí. Hay como diez mil millas cuadradas de arena aquí.

Estuvieron de acuerdo.

Fueron rápida y metódicamente, de máquina a máquina, echando arena en los cárteres y en los bajos, en cada apertura de las partes móviles. Cuando se les acabó el Karo, echaron arena en los tanques de fuel, como medida extra.

Todo el camino, Hayduke y Smith, en medio de la noche, trabajaron alternándose hasta el final. Ahora uno, ahora el otro, relevaban a Bonnie en el puesto de vigía, lo que permitió que ella también participara plenamente en las tareas del campo de operaciones. Trabajo en equipo, eso es lo que hace grande a América: trabajo en equipo e iniciativa, eso es lo que hace que América sea hoy lo que es. Se emplearon a fondo en los Cats, en los removedores de tierra, le dieron lo suyo a los Schraman de aire comprimido, a los compactadores Hyster, a los volquetes Massey, a los tractores Joy Ram, a la excavadora John Deere 690-A, y así estuvieron todo el rato: más que suficiente. Al viejo Morrison Knudsen le sobraba equipamiento, de acuerdo, pero alguien iba a tener un dolor de cabeza del copón por la mañana cuando el sol asomara y se arrancasen los motores y todas aquellas partículas de arena, corrosiva como polvo de esmeril, empezase a vengar a la tierra en los cilindros de los violadores del desierto.

Cuando terminaron en la zona de corte y relleno, en la parte alta de Comb Rider, y por fin llenaron de arena el motor del último de los vehículos, se sentaron bajo un enebro a descansar. Seldom Seen, leyendo las estrellas, estimó que eran las dos de la mañana. Hayduke decía que no eran más de las once y media de la noche. Quería seguir adelante, quitar todas las estacas, señales y banderolas que sabía que estaban esperando ahí delante, en la oscuridad, en la naturaleza semi-virgen que aguardaba. Pero Abbzug tuvo una idea mejor: en vez de destrozar las señales topográficas, sugirió recolocarlas de manera que hicieran un circuito bucle que llevara a todos los vehículos al punto de comienzo, o conducirlos hasta el borde, dijo, a Muley Point, donde los contratistas se encontrarían con una caída de 1200 pies que daba al río San Juan.

—No les des ideas —le dijo Hayduke—, seguro que se les ocurre hacer otro puto puente.

—Hay señales topográficas en veinte millas al oeste —dijo Smith, que estaba en contra de los dos planes.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Me gustaría ir al saco —dijo Smith— a dormir un rato.

—Me gusta esa idea.

—Pero la noche es joven —dijo Hayduke.

—George —le dijo Smith—, no podemos hacerlo todo en una sola noche. Tenemos que regresar a por Doc, regresar a la camioneta, y sacar el culo de aquí. No queremos estar cerca de todo esto cuando llegue la mañana.

—No pueden probar una mierda.

—Eso es lo que el Pretty-Boy Floyd dijo. Eso es lo que Baby-Face Nelson dijo, y lo que dijeron John Dillinger y Butch Cassidy y el otro colega, ¿cómo se llamaba?

—Jesús —gruñó Hayduke.

—Eso es, Jesucristo. Eso es lo que dijeron todos y mira cómo acabaron. Crucificados.

—Esta ha sido nuestra primera gran noche —dijo Hayduke—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. No lo tendremos tan fácil como hoy las próximas veces. La próxima vez ellos van a tener bloqueadas todas las entradas. Puede que incluso pongan cepos. Y

guardianes, con transmisores, y perros.

Pobre Hayduke: sus argumentos ganaban pero él perdía su alma inmortal. Tenía que ceder.

Se fueron por donde habían venido, pasaron por delante de toda aquella maquinaria tergiversada, arruinada, silenciosa. Aquellos enormes dinosaurios de hierro esperarían pacientemente el resto de la noche a que los rosados dedos de la mañana desvelaran la violación que habían padecido. La agonía de los anillos de los cilindros, atascados por los pistones hinchados, debía ser considerada como toda sodomía un crimen contra natura a ojos del *deus ex machina*; quién lo sabe.

Un ululato de lechuza procedía del este, de las sombras de la grieta dinamitada. Uno corto y uno largo, luego una pausa, y otra vez uno corto y uno largo. Un mensaje de advertencia.

—Doc en el tajo —dijo Smith—. Doc nos está avisando.

Los dos hombres y la chica permanecieron en la oscuridad quietos, aguzando el oído, tratando de ver algo. La llamada de advertencia se repitió, dos veces más. La lechuza solitaria hablándoles.

Escucharon. Nerviosos grillos cantaban en la hierba seca bajo los álamos. Unas cuantas palomas se agitaron en las ramas.

Oyeron, débil pero acercándose, el rumor de un motor. Luego lo vieron, al fondo de la grieta, el vuelo de los faros encendidos. Un vehículo apareció, dos ojos iluminados avanzando a baja velocidad.

—Vale —dijo Hayduke—, fuera de la carretera. Cuidado con el terreno, si pasa cualquier mierda, nos dispersamos.

Entendieron. Atrapados como estaban no había sitio por el que huir más que deslizándose por la empalizada de rocas sueltas y cantos con aristas. Allí se pusieron a cubierto, la piel llena de abrasiones.

El camión llegó por la carretera, avanzaba despacio, llegó hasta donde pudo y se detuvo entre las máquinas saboteadas, al final del camino. Una pausa de cinco minutos, el motor y las luces apagadas. El hombre del camión, sentado en la cabina con las ventanas abiertas, sorbió una taza dé café que se sirvió de su termo, y se quedó a escuchar la noche. Encendió un foco y lo dirigió hacia la maquinaria. Por lo que podía ver, todo estaba sin novedad.

Encendió el motor, volvió por donde había venido, pasó por el punto en el que, abajo, estaban los saboteadores escuchando, siguió a través de la grieta y desapareció. Hayduke metió de nuevo su revólver en la mochila, se sonó la nariz con los dedos y escaló al talud de la carretera. Smith y Abbzug emergieron de lo oscuro.

—La próxima vez perros —dijo Hayduke—. Luego pistoleros en helicópteros. Luego el napalm. Y luego los B-52.

Caminaron en la oscuridad, por la alta grada que llevaba a la zona este. Prestaban atención por si la lechuza calva de ojos desorbitados emitía un nuevo mensaje.

—No creo que sea así —dijo Smith—, ellos también son personas, como nosotros. Tenemos que recordar eso, George, si lo olvidamos, nos convertiremos en ellos, y entonces, dónde estaremos.

—No son como nosotros —dijo Hayduke—. Son diferentes. Vienen de la luna. Gastan millones de dólares para asar hasta la muerte a un montón de amarillos.

—Bueno, yo tengo un cuñado en las Fuerzas Aéreas. Es sargento. En el río llevé a la familia de un general una vez. Parecían más o menos humanos, George, como nosotros.

—¿Conociste al general?

—No, a su esposa, era tan dulce como una tarta casera.

Hayduke, silencioso, sonreía avieso en la oscuridad. La pesada carga que transportaba en la espalda, llena con agua, armas y herramientas, daba consistencia real, sólida, efectiva a la empresa. Se sentía potente como una pistola, peligroso como la dinamita, duro y fuerte y lleno de amor por sus compañeros. Y por sus compañeras también, por ejemplo Abbzug, maldita sea, malditos sus ajustados pantalones vaqueros y su suéter de pelo que no podía ocultar el rítmico swing, arriba y abajo, de sus putas tetas apretadas. Por Dios, pensó, necesito trabajar, ¡trabajar!

Doc estaba sentado en el borde de un bancal fumando lo que parecía un inextinguible e interminable cigarro.

—¿Y bien? —dijo.

—Bien, sí —dijo Smith—, juraría que lo hemos dado todo.

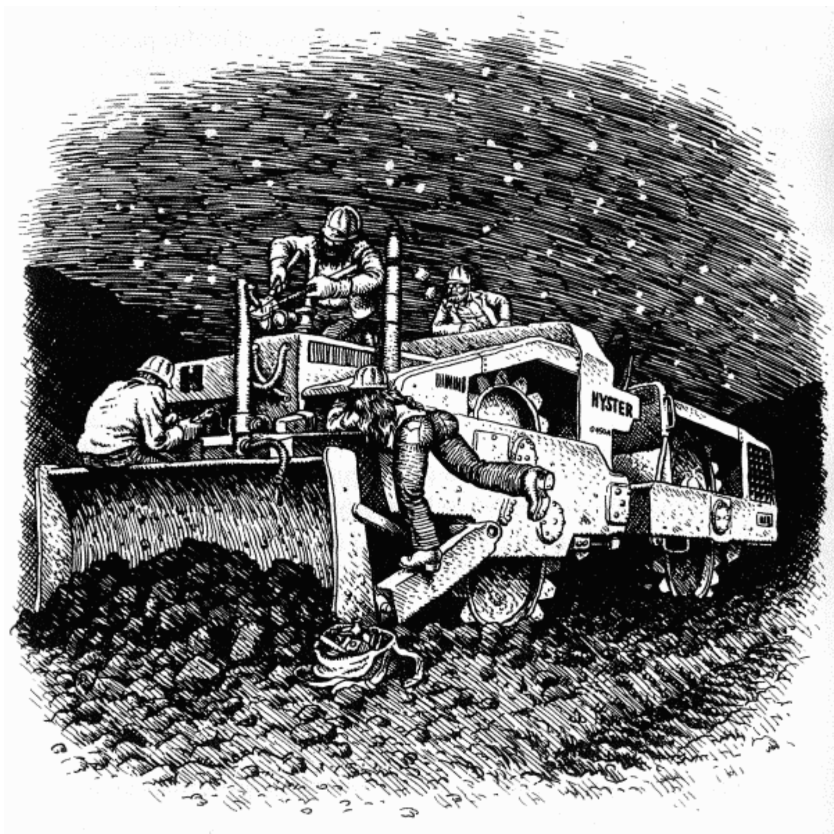
—La guerra ha empezado —dijo Hayduke.

Las estrellas brillaban. La premonición de la vieja luna matizaba

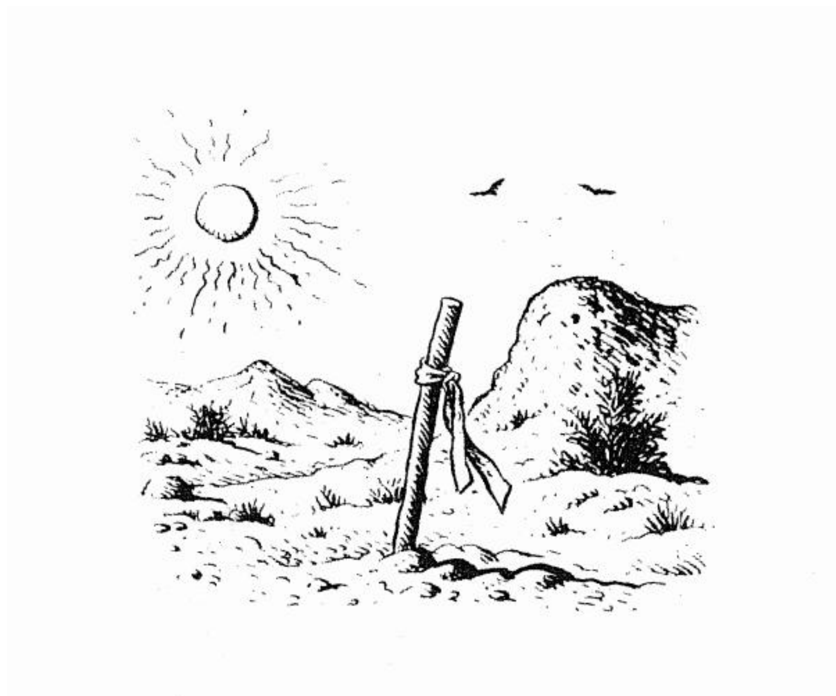
el brillo de los astros orientales. No había viento, ningún sonido que no fuera la vasta transpiración, adelgazada por la distancia, del bosque de la montaña, artemisas, enebros, pinos piñoneros desplegados en cientos de millas a través de la semiárida meseta. El mundo vacilante, a la espera de algo. A la salida de la luna.



—No soy ninguna niña —protestó Bonnie—, y no pienso hacer ningún juramento de sangre o jugar a ningún juego de críos. Tendréis que confiar en mí, porque de lo contrario os denuncio al Departamento de Interior.



Trabajaron sin problemas. El sonido de los cascos chocando contra el acero. Las tenazas y las barras arrancando hermosos ¡clunks! y vertiginosos ¡slanks! de los metales tensionados hasta que quedaban cortados.



7. La marcha nocturna de Hayduke

Hayduke se despertó antes de que amaneciera. Sintió la familiar angustia de la soledad. Los otros se habían ido. Se arrastró fuera del saco de pluma de ganso y buscó un matojo donde comprobó el color de su orina que se desplegó, con un vapor cálido, sobre la fría tierra roja. Para Hayduke el médico nada como esas tonalidades de amarillo. Me-cago-en-diós, pensó, puede que se me esté cristalizando un cálculo renal en mi viejo riñón. ¿Cuántos paquetes de seis habrá de aquí al hospital?

Holgazaneó durante un rato, las huellas de la noche anterior lo mantenían cansado y dolorido, legañoso, aturdido: se dedicó a rascarse su vientre peludo donde, por arte de magia, había aparecido un nuevo pliegue de grasa. La pereza y el

abotargamiento, el abotargamiento y la pereza, arruinan a un hombre más velozmente que las mujeres. ¿Mujeres? Malditas sean. No podía quitárselas de la cabeza. Trabajaba duro para no pensar en ellas. Fracasaba. No las reclamaba, no las deseaba, no las quería, pero la estaca se le levantaba como siempre, totalmente perpendicular a su fantástico reposo, y luchaba con su conciencia. Él… la ignoraba.

Una pausa.

Ningún sonido producía la meada cuando se derramaba por el borde. Hayduke reunió un buen número de palos secos, hizo una fogata y puso sobre las llamas una olla con agua. Las ramas de enebro, secas por el sol, ardían con una intensidad limpia, sin humo, resplandeciente y cálida.

Estaba acampado en una cuenca arenosa bajo la cresta de la montaña, rodeado de enebros y pinos piñoneros, fuera del alcance de la vista de todo el mundo, salvo la de los pájaros. Cerca, sólo las huellas de unos neumáticos en la arena, donde Seldom Seen Smith había dejado su camioneta la noche anterior, a la luz de la vieja luna.

Mientras esperaba que el agua bullese, Hayduke arrancó una rama del enebro más cercano y se dedicó a borrar las huellas de los neumáticos en la arena. Luego distribuyó unas ramitas de pino muerto allá donde había removido la tierra. Era difícil ocultar nada en un terreno como el de aquel maldito desierto. El desierto habla con muchas lenguas, algunas de ellas bífidas.

Los demás le habían explicado la noche pasada las razones por las que convenía separarse. Hayduke había insistido. Quería ver los resultados de su trabajo, si es que había algo que ver. Y eso significaba seguir todo lo que quedaba de camino, todo el camino hasta la próxima intersección, y ver allí qué podía hacer para dificultarle el trabajo a los topógrafos. Hay un tiempo en la vida de un hombre en que tiene que levantar el campamento. Tiene que apagar las luces. Tiene que dejar de contemporizar, y empezar a golpear, a defenderse.

Se sirvió y tomó su humilde desayuno: té con leche en polvo, el papeo de Hayduke —una mezcla particular de cereales, carne seca y una naranja—. Suficiente. En cuclillas, cerca del fuego, sorbió su te.

Química: su mente se despejó.

En la mochila inmensa que tenía tras su saco de dormir llevaba suficiente comida para diez días. Además de una garrafa de agua, y encontraría más en el camino. Tendría que hacerlo. Y mapas topográficos, y algo contra la mordedura de serpiente, pastillas para purificar el agua, un cuchillo, un impermeable, calcetines de repuesto, un espejo para emitir señales, un encendedor, una linterna, una parka, unos binoculares, etcétera, y el revólver y cincuenta cartuchos de munición. La vida regresaba.

Hayduke se acabó su té matinal y buscó el abrigo del enebro. Hizo un hoyo, se puso en cuclillas de nuevo y cagó. Examinó sus excrementos: perfectamente estructurados. Iba a ser un buen día. Se limpió con las ásperas escamas de una hoja de enebro, al estilo Navajo, tapó con arena el hoyo y lo camufló con ramitas. Regresó al fuego, para el que también había confeccionado un hoyo en la arena. Lo apagó y volvió a hacer la misma operación para taparlo.

Limpió sus enseres —la taza y un tarrito ennegrecido— y los guardó con todo lo demás en su mochila, con excepción de sus prismáticos y una cantimplora. Ya estaba preparado para largarse cuanto antes. Lo llevó todo —la mochila, la cantimplora y los prismáticos— a un peñasco situado cerca del borde y lo metió en un agujero en la tierra, oculto por un pino. Luego cogió la escobilla de ramas de enebro que había utilizado antes, borró sus huellas y cualquier señal de su acampada caminando hacia atrás por la arenisca que se extendía muchas millas a lo largo de la cima del Comb Ridge.

Una vez terminadas todas sus tareas, tomó los prismáticos y la cantina y se dirigió a su puesto de vigilancia en el borde. A la sombra de una elevación del acantilado se tendió boca abajo y esperó. El acantilado olía a flores de naranjo. La piedra ya estaba caliente.

Iba a ser un día caluroso. El sol se elevaba sobre un cielo sin nubes. El aire era apacible excepto por un flujo constante de aire caliente que subía hacia el borde donde él estaba esperando. Por la situación del sol dedujo que eran las siete.

Aparecieron las furgonas dando bandazos por la carretera hacia el lugar de trabajo. Descargaron, desaparecieron. A través de sus

prismáticos vio Hayduke cómo los trabajadores se esparcían por el terreno, balanceándose con sus baldes con el almuerzo, los cascos brillando al sol de la mañana, cada uno hacia su vehículo. Ya no hubo más movimientos, sólo alguna ráfaga de humo de diésel aquí o allá. Algunas de las máquinas comenzaron su tarea mientras otras no, no lo harían, ya no lo harían nunca. Hayduke lo comprobó satisfecho: él sabía algo que los trabajadores ignoraban: ellos tenían un problema.

No puedes levantar el capó de un tractor oruga. No tiene capó. Lo que puedes hacer es apearte y avanzar hasta echarle un vistazo, agachándote, al sistema de fijación. Lo que ves, si te llamas Wilbur S. Schmitz en esta mañana brillante en Comb Wash, Utah, es una fuga de gasolina cayendo al aire vacío, un conjunto de cables cortados limpiamente en dos por unas tijeras, el cilindro de inyección destrozado a martillazos, los filtros de aire y de gasolina rotos, los tubos cortados y todo fluido goteando. Lo que no ves es la arena en el cárter, ni el sirope en el tanque de gasolina.

O si tu nombre es J. Robert (Jayjob) Hartung y vas a echar un vistazo al motor situado en la parte trasera de tu GMC Terex de 40 toneladas (al que Abbzug había llegado), lo que verás colgando ante tus ojos es un festón de tubos cortados por los que se derrama el combustible.

A lo largo de toda la columna vertebral de aquel lugar, de norte a sur, la historia se repetía. Todos los sistemas saboteados, la mitad de los equipamientos rotos y el resto condenado. Royendo las sobras de su pobre desayuno, encogiendo con placer los dedos de los pies, Hayduke presenciaba a través de los prismáticos el desastre que tenía lugar allá abajo.

El sol subió deprisa, invadiendo la sombra en la que se cobijaba. Empezaba a aburrirse. Decidió poner tierra de por medio entre él y el potencial linchamiento que se producía abajo en Comb Wash. Por lo que sabía o podía ver ya debía haber una escuadra de aficionados a los tractores y vehículos pesados deslizándose por la ladera este, siguiendo las huellas que él y sus amigos debían haber dejado —podían no ayudar pero las dejaron— la noche antes.

Se arrastró hacia atrás sin levantarse hasta que no se sintió a salvo por debajo de la línea del horizonte. Entre los árboles le dio

un trago a su cantimplora —no suele escatimar el agua cuando el cuerpo la necesita—, la puso en el bolsillo lateral de su mochila y se puso ésta en la espalda camino de la vieja carretera. El plan consistía en cruzar el Comb Wash hasta el otro lado, en el oeste, a la intersección con la autopista. ¿Cinco millas? ¿Diez? No lo sabía.

Hayduke se cuidó, al caminar, de permanecer en la zona de arenisca. No había que dejar señales, ninguna huella. Cuando era necesario atravesar intervalos de tierra o polvo retrocedía lo que hiciera falta, en bien de la confusión, volviendo sobre sus pasos.

La mayor parte del camino pudo permanecer sobre la roca desnuda, lisa, con la superficie ligeramente arrugada por los sedimentos de la arenisca de la formación Wingate. Era una piedra sólida, bien trabada, petrificada y cimentada hacía veinticinco millones de años, según las suposiciones de los geomorfólogos.

No era consciente de que lo estaban siguiendo. En cierto punto, sin embargo, cuando oyó los motores de un avión acercándose, se detuvo y buscó el cobijo de un árbol y unos matojos cercanos, sin mirar arriba, hasta que el avión pasó y salió del alcance de su vista y de su oído. Entonces siguió adelante.

Puto día caluroso, pensó Hayduke, limpiándose el sudor de la nariz, secándose el de la frente, sintiendo cómo se deslizaban gotas de sudor por sus axilas en dirección a sus costillas. Pero le hizo sentirse bien ponerse en marcha de nuevo, el aire caliente y seco olía bien, le gustaba el aspecto de las mesetas tendidas bajo olas de vapor caliente, el resplandor de la luz del sol en la piedra roja, el murmullo de la quietud soplando en sus oídos.

Siguió rumbo al norte por el bulevar de arenisca, entre enebros y pinos que rezumaban su resina masticable, en sentido inverso a través de los bancos de arena y —casi— hacia la red de nidos de agujas de las hojas de las yucas: bayonetas españolas. Evitando ese peligro, tratando de cargarse los talones con un peso más auténtico, volvió a la comodidad de la pendiente y, de nuevo mirando adelante bajo el refugio ambiguo del cielo, avanzó.

Durante algún tiempo. Luego se detuvo a la sombra, se quitó la Gran Piedra —su mochila cargada— y bebió más agua. Sólo le quedaba medio litro.

El sol trepó a lo más alto. Cuando alcanzó un punto desde el que

podía ver la vieja carretera original y polvorienta que iba de Blanding a Hite, se hizo a la sombra de un enebro, un cómodo lecho donde se dejó caer, la mochila puesta como almohada. Se durmió enseguida. Estuvo dormido tres horas, sin que ningún sueño lo perturbase, bajo el calor del mediodía. Habría podido dormir más porque ciertamente estaba muy cansado, pero también sediento, la garganta seca y la lengua pastosa, lo que le hacía estar muy molesto, y cuando vio que se acercaba un camión por la carretera, gimiendo por la larga pendiente, se levantó.

Lo primero que hizo fue beberse medio cuarto de agua. Comió un poco de carne seca, se quedó a la sombra vigilando y esperó a que oscureciese. Cuando empezó a oscurecer volvió a cargar su gran mochila en su espalda y empezó a bajar a través de un atajo en la cresta. A menos que caminara hacia la cima de Comb Wash, un desvío de treinta millas, no había otra manera de descender desde la cresta a la planicie para alcanzar el otro lado. Para deslizarse por la pared del acantilado hubiera necesitado una cuerda de mil pies de largo.

Carretera abajó había pocos lugares donde esconderse en caso de que viniera alguien, pero no apareció nadie. La carretera estaba tan vacía como medio siglo antes. Cuando llegó a la llanura llenó sus cantimploras en una corriente tibia, echó una pastilla purificadora en cada una de ellas y las cargó.

Una vez alcanzada la base de la meseta más allá de Comb Wash, dejó la vieja carretera y se encaminó hacia el sur, sirviéndose de las estrellas como guía. El camino era pedregoso, una superficie irregular cortada por aristas, peñascos y senderos que se dirigían unos hacia el oeste y otros te devolvían a Comb Wash. Hayduke trató de seguir aquel que quedaba entre los dos sistemas de drenaje, cosa que no era fácil de conseguir en la oscuridad y en un trozo de terreno en el que él no había puesto el pie nunca antes.

Supuso que había recorrido unas diez millas esa jornada, y la mayor parte de ellas, subiendo y bajando, con un peso de sesenta libras en la espalda. Estaba cansado de nuevo, aburrido de andar por lo que sería una autopista en el futuro, que no era más que una ruta topográfica, sin ver nada: decidió pararse y esperar a que amaneciera. Encontró un agujero, apiló unas cuantas piedras para

protegerse, se metió en su saco de dormir y durmió el sueño de los justos —justo el de los que están cansados.

La fresca penumbra de la madrugada. Los grajos gimiendo en los pinos. Unas franjas de marfil y perla extendiéndose hacia el este… Hayduke despertó.

Rápido desayuno. Reembalaje. Fuera otra vez. Caminó por salientes de arenisca, sobre los cauces de una docena de cursos de aguas áridas, hacia la autopista en construcción.

Señales topográficas en la tierra. Cintas rosas marcando como serpentinas el camino en las ramas de los árboles. Estacas de taller marcadas con tatuajes se colocaron a intervalos de cien yardas. Se podaron los ramajes de los árboles para facilitar la visión de los inspectores y el paso de los *jeeps*. Las huellas en el suelo, de ida y de vuelta, eran evidentes. El paisaje era el mismo en ambas direcciones. Tendría que ir muy al oeste para ver parte del proyecto de construcción. No oyó ningún sonido de maquinaria en acción: sólo calma, la brisa entre los enebros, el reclamo de una torcaz.

Hayduke aguardó más o menos una hora a la sombra de un pino piñonero, asegurándose que ninguno de sus enemigos estuviera merodeando por la zona. No oyó a nadie. Cuando el sol empezó a asomar por el horizonte se puso a trabajar.

Lo primero que hizo fue esconder su mochila. Luego se dirigió al este, camino del lugar del proyecto, quitando cada una de las estacas con las que se encontraba, cada una de las marcas que señalaban el camino al norte. A la vuelta se encargaría de las que señalaban el camino al sur.

Topó con un montículo que facilitaba la vista sobre la brecha de Comb Ridge. Era un punto de observación muy ventajoso en el que Hayduke se apostó, con los prismáticos en los ojos.

Tal y como esperaba, las labores de reparación se habían puesto en marcha. Hasta donde alcanzaba su vista, a un lado y al otro, había hombres atareados sobre, bajo, en sus máquinas, reemplazando los conductos de fuel saboteados, soldando los cables cortados, cambiando las mangueras hidráulicas. ¿Habrían descubierto también las otras trastadas, el sirope en los tanques de

gasolina, la arena en los cárteres, las perforaciones en los depósitos de aceite? No se podía decir, al menos desde donde estaba. Pero muchas de las máquinas parecían abandonadas, dejadas a su suerte, ofrecían un panorama desalentador y patético.

Hayduke estuvo tentado por un momento de bajar al sitio de la faena como si solicitara trabajo. Pero si te tomas en serio esta cosa de la conspiración del zueco, entonces tendrías que cortarte el pelo, darte un buen baño, afeitarte la barba, ponerte ropa de trabajo y entonces conseguir el trabajo, cualquier tipo de trabajo, dentro de la compañía de construcción. Entonces, actuar desde dentro, como un gusano de noble corazón.

La tentación se desvaneció en cuanto vio, a través de los prismáticos, a un par de tipos uniformados armados hasta los dientes, botas, insignias, camisas militares arremangadas. Los observó con interés.

Deberíamos haber dejado alguna firma para atraer su atención, pensó. Algo así como «Jimmy Hoffa Libre», o «Acuérdate de Hopi» o «Winos por la Paz». Intentó pensar en algo nuevo, algo críptico, una clave profiláctica que no fuera muy evidente, ni obvia, pero diese alguna pista. No pudo, Hayduke era más destructivo que brillante. Se dejó los binoculares colgando en el pecho y le dio un trago a su cantimplora. Dentro de poco habría que preocuparse por el agua otra vez.

Se levantó y volvió hacia la parte sur por una senda paralela a la ruta anterior, y se dedicó a sacar las estacas con las que se encontraba y arrojarlas a la maleza como había hecho antes, y a descolgar las cintas de las ramas y meterlas en los agujeros de los topillos, silbando suavemente mientras trabajaba.

Recuperó su mochila y siguió adelante, con paso pesado, entre la maleza, realizando el mismo trabajo que antes pero con una diferencia: ahora iba en zigzag a través de la senda del camino, dedicándose a ambos lados de la calzada, para quitar todas las señales en un solo trayecto.

Cansado, acalorado, sediento. Los mosquitos bailaban su danza molecular en el aire, a la diseminada sombra de los árboles, picándole a Hayduke en los lóbulos de las orejas, garabateando ante sus ojos, tratando de colarse por el cuello de su camisa. Él los

espantaba, los ignoraba, seguía adelante. El sol trepaba en el cielo golpeando duro sobre la cima de la cabeza de Hayduke, en las anchas espaldas de George Hayduke. Una espalda, le dijo una vez su capitán, con prudencia, que ningún petate podría cubrir nunca por entero. Siguió pues arrancando cintas, desclavando postes, sin olvidarse de vigilarlo todo con ojo vigía, oído atento a cualquier ruido.

Las huellas de un *jeep* viraban en dirección norte, hacia la roca y a través de los arbustos. Pero los postes y las cintas seguían adelante. Hayduke siguió la topografía, paciente, resolutivo, sudoroso hombre haciendo su trabajo.

Llegó de repente al borde pétreo de otro cañón. Un abismo modesto: la pared del cañón caía doscientos pies hasta el talud de tierra de debajo. La otra pared del cañón tenía cuatrocientos pies, y en ella había estacas y banderolas que seguían el camino hacia el noroeste. Por lo tanto, en ese cañón, se había trazado un puente.

Era sólo un pequeño y poco conocido cañón, eso seguro, con una delgada corriente de agua corriendo en el lecho, haciendo meandros en perezosas curvas sobre la tierra, creando piscinas bajo la hojarasca ácida de los álamos, cayendo al borde de las piedras cuenca abajo, agua apenas suficiente, incluso en primavera, para satisfacer a la población residente, compuesta de sapos, libélulas de alas rojas, una serpiente o dos, y unos pocos reyezuelos de cañón. Nada especial. Un cañón bonito pero no un gran cañón. Pero aun así, Hayduke objetó: no quería un puente allí, le gustaba ese cañón humilde que nunca antes había visto, ni siquiera sabía cómo se llamaba, daba lo mismo, allí no hacía falta ningún puente.

Hayduke se arrodilló y escribió un mensaje en la arena dirigido a los constructores de la autopista: IROS A CASA.

Después de pensárselo un poco, añadió: NADA DE PUTOS PUENTES, POR FAVOR.

Después de darle más vueltas, firmó con su nombre secreto: «Rudolf el Rojo».

Después de unos instantes lo borró y escribió: «Caballo Loco». Era mejor no identificarse demasiado.

Quedaban advertidos. Que así sea. Él volvería. Hayduke volvería, con los demás o sin ellos, convenientemente armado la

próxima vez, con casquería suficiente como para echar abajo los cimientos de cualquier puente.

Caminó rumbo al norte hacia la cabecera del cañón, buscando un lugar por el que cruzar. Podía ahorrarse muchas millas de camino si lo encontraba.

Lo consiguió. Pinos piñoneros y enebros en el borde, abajo terrazas contorneadas, el suelo del cañón no caía demasiado —150 en vez de 200 pies—. Hayduke sacó las cuerdas de su mochila —120 pies de cuerda de nylon—, rodeó con un extremo el tronco de un árbol y la anudó. Estabilizándose con la mano izquierda y controlando la caída libre de la cuerda con la derecha, se deslizó por el borde de la cresta del cañón y quedó colgando un instante, disfrutando de la sensación de gravedad neutralizada, luego, suavemente, se fue deslizando hacia el saliente de abajo. La segunda etapa del descenso lo situó a poca distancia del cañón, suficiente como para no necesitar la cuerda. La dejó junto a la mochila en el suelo y a través de las aristas de las rocas fue descendiendo hasta la base de la pared.

Llenó sus cuatro cantimploras en la corriente, que había ido pacientemente esculpiendo unos surcos en el lecho rosado. Tomó un buen sorbo y se quedó a descansar un rato a la sombra, dormitando. El sol se movía, el calor y la luz lo iban envolviendo. Al despertar tomó otro trago, se echó la mochila a la espalda y se subió a un talud en la parte oeste del barranco. Los últimos pasos eran escarpados, difíciles, de unos veinte pies. Se quitó la mochila de la espalda, lo rodeó con la cuerda y el otro extremo de la cuerda se la ató al vientre. Una vez que se hubo alzado, volvió a descansar, antes de marchar hacia el sur a lo largo del borde del cañón, otra vez siguiendo la autopista proyectada.

Siguió su excursión toda la tarde, rumbo noroeste, camino del sol, para anular en un solo día el trabajo de cuatro hombres bien equipados y meticulosos durante todo un mes. Toda la tarde y la noche que vendría siguió quitando estacas y cintas de señalización. Sólo algún avión por encima de él, a millas de distancia, deslizando sus alas de vapor por el cielo, sin nada que ver con Hayduke ni con su trabajo. Sólo algunas aves le miraban, pájaros de pino, un pájaro azul de montaña, un halcón, los pacientes buitres. Sorprendió a una

manada de ciervos —seis, siete, ocho puntas, dos o tres cervatillos— y observó cómo desaparecían en la maleza. También entró en territorio de ganado, donde las reses se dirigieron hacia él, a medias con curiosidad, a medias con amenazas, las partes traseras elevadas y las delanteras escarbando en la tierra, lo que le hizo alejarse al trote. La naturaleza, al menos, daría al pastor recursos suficientes para el tiempo que llegaba.

Cuando las ciudades se borraran y se hubiesen acabado todos los líos, cuando los girasoles llenaran las cintas de asfalto y cemento de las olvidadas carreteras interestatales, cuando el Pentágono y el Kremlin se hubiesen convertido en residencias de ancianos para generales, presidentes y otros cabezas huecas, cuando los rascacielos de vidrio y aluminio de Phoenix Arizona fuesen cubiertos por dunas de arena, entonces, entonces, entonces por Dios puede que por fin hombres libres y mujeres salvajes a caballo, mujeres libres y hombres salvajes a caballo, podrían vagar a gusto entre las artemisas de aquellas tierras —maldita sea— pastoreando el ganado salvaje, y darse atracones de carne cruda y putas vísceras, y danzar toda la noche a la música de violines, y banjos, y guitarras aceradas a la luz de la luna renacida —sí, por Dios, sí—. Hasta —reflexionó amargamente, sobriamente, tristemente—, hasta que llegara la próxima era del hierro y el hielo, y los ingenieros y los granjeros y en general todos los hijos-de-putas volviesen.

Esa era la fantasía de George Hayduke. ¿Creía de veras en la doctrina cíclica de la historia? ¿O era partidario de la teoría lineal? Era difícil que Hayduke quedase convencido en cualquiera de estas cuestiones, él iba de una teoría a otra de vez en cuando, y a quién coño le importa una puta mierda, si él lo que hace es coger la lengüeta de otra lata de Bud, colegui, papi, otra lata de Schlitz. Que los dientes le flotasen en cerveza, que en las tripas estallasen gases de cerveza, que la vejiga se le destensase con cerveza. Era un caso perdido.

Atardecer: una sangrienta puesta de sol primigenia salpicada como una *pizza* a través del oeste. Hayduke se metió otro trozo de carne seca en la boca y al ver que ya no era posible ni vislumbrar los árboles dijo hasta aquí hemos llegado. Había trabajado de sol a sol o, como su viejo solía decir, «desde que puedes ver hasta que

puedas ver».

Debía haber caminado unas veinte millas en total. Al menos, por lo que le dolía el cuerpo y le olían los pies, parecía que realmente las había caminado. Tomó una cena compuesta de cereales de Hayduke y se metió en el saco, oculto en la maleza, pensando, muerto para el resto del mundo.

Durmió hasta muy entrada la mañana siguiente, hasta que el rumor de un auto o un camión que pasaban cerca lo decidieron a levantarse. Supuso que se encontraba a unas cincuenta yardas de la carretera: por un instante no sabía dónde estaba. Se frotó los ojos, se puso los pantalones y las botas, se internó en la arboleda hasta alcanzar la vista del cruce de la carretera. Leyó las señales: Lago Powell, 62; Blanding, 40, Monumento Nacional Natural Bridges 10; Hall's Crossing 45.

Bien. Casi en casa.

Quitó los últimos postes, retiró las últimas cintas, cruzó la carretera y se escabulló por el bosque hacia Natural Bridges. Una vez dentro de ese santuario conocido, siguiendo el Cañón Amstrong y la senda hacia el Puente Natural de Owachomo, esperaba encontrar al resto de la banda esperándolo, disimulados entre las multitudes de turistas en el campamento oficial del monumento nacional. Ese había sido el plan, y Hayduke llevaba veinticuatro horas sobre el horario previsto.

Enterró un manojo último de postes y cintas bajo una roca, se colocó bien la mochila y marchó adelante a buen paso entre los árboles. No llevaba brújula pero confiaba en los mapas de topografía, en su infalible sentido de la orientación y en su imbatible confianza en sí mismo. Justificada. Sobre las cuatro de la tarde de esa tarde ya estaba sentado en el volquete de la camioneta de Smith bebiendo cerveza, engullendo un *sandwich* que le hizo Abbzug y compartiendo relatos con los otros —Hayduke, Sarvis, Abbzug y Smith: podía ser el nombre de un despacho de *brokers*.

—Señores y señorita —dijo Doc—, esto ha sido sólo el comienzo. Nos esperan grandes cosas, el futuro se tiende ante nosotros, como las alas de un águila que corona la colina del Destino.

—Así se habla Doc —le dijo Smith.

—Necesitamos dinamita —murmuró Hayduke sin dejar de masticar su *sandwich*—. Termita, carbón, limaduras de magnesio.

Mientras Abbzug, apartada y encantadora en la parte trasera, lucía su sardónica sonrisa.

—Bla bla bla —dijo— es todo lo que oigo, bla bla bla.



8. Hayduke y Smith de faena

Campamento, Natural Bridges National Monument.

—¿Puedes prestarme los alicates?

El hombre parecía lo suficientemente agradable, un caballero bronceado con zapatos de lona, pantalones y polo.

—No tenemos alicates —dijo Abbzug.

Él la ignoró, hablaba con Smith.

—Tenemos un pequeño problema.

Dirigió la cabeza hacia otro punto del campamento, donde otra camioneta y una caravana estaban aparcados. Matrículas de California.

—Bien —dijo Smith.

—No tenemos alicates —dijo Abbzug de nuevo.

—He visto que eres un profesional —dijo el hombre hablando aún con Smith. Se había girado ahora hacia la camioneta de Smith —: Supuse que tendrías una buena caja de herramientas.

«EXPEDICIONES QUINTO PINO HITE UTAH», se leía en las rojas pegatinas magnéticas de las puertas de la camioneta.

—Sí, pero nada de alicates —dijo Abbzug.

—¿Quizá entonces unos corta pernos?

—Bien, señor —dijo Said—, podríamos alquilárselos…

—Un juego de pinzas —dijo Abbzug.

—… un juego de pinzas.

—Pinzas tengo. Lo que necesito es algo más grande.

—Pruebe en la oficina de los guardas —dijo Abbzug.

—¿Sí? —por fin el hombre condescendió a hablar directamente con ella, como si no la estuviese mirando de reojo todo el rato—. Eso haré —por fin se fue, a través de los enebros y los pinos, a su propia expedición.

—Un menda persistente —dijo Smith.

—Un fisgón, diría yo —dijo—, ¿te fijaste en cómo me miraba? Un cerdo. Debería haberle dejado la huella de mis nudillos en la cara.

Smith estaba recapacitando acerca de sus pegatinas.

—Creo que no deberíamos llamar la atención.

Decidió quitarlas.

Hayduke y Doc regresaron de su caminata por el bosque. Habían preparado una lista de cosas que necesitaban para los próximos raids punitivos, dentro de diez días a partir de hoy. Tan paranoico como de costumbre, Hayduke prefería que se hablasen esas cosas lejos del campamento público.

Sarvis, apretando con los dientes su cigarro, leyó la lista: manguitos de rotor, escamas de óxido de hierro, Du Pont red Cross Extra, encendedores eléctricos, detonador Número 50, cosas de calidad como esas.

Doc se metió el papel en el bolsillo de la camisa.

—No estoy seguro de aprobar esto —dijo.

—¿Quieres derribar un puente o dedicarte sólo a hacer travesuras?

—No estoy seguro.

—Pues piénsatelo.

—Pero es que no voy a poder traer todo esto en un vuelo.

—Seguro que te las arreglas.

—No en un vuelo comercial. ¿Te das cuenta de lo que tengo que pasar para subir a un avión en estos días?

—Un vuelo *charter*, Doc, un vuelo *charter*.

—¿Crees que soy un bastardo millonario, verdad?

—Nunca me he encontrado con un médico que sea pobre, Doc. Mejor aún que un *charter*, cómpranos un avión.

—Ni siquiera puedo conducir un auto.

—Deja que Bonnie dé lecciones de pilotaje.

—Estás lleno de ideas felices, ¿eh?

—Es un día precioso, ¿verdad? Un puto día maravilloso.

El doctor deslizó un brazo por los hombros de Hayduke y comprobó la musculosa dureza de su espalda:

—George —le dijo—, trata de tener un poco de paciencia, sólo un poco.

—Paciencia, mierda.

—George, no sabemos exactamente en lo que nos hemos metido. Si el vandalismo constructivo se vuelve destructivo, entonces ¿qué? Quizá estemos haciendo más daño que bien. Hay quien dice que si atacas al sistema lo único que consigues es que el sistema se fortalezca.

—Sí, y si no lo atacas, entonces el sistema mina las montañas, pone presas en los ríos, se carga el desierto y te mete en la cárcel de todos modos.

—A ti y a mí.

—A mí no. Jamás me van a poner entre rejas. No soy su tipo, Doc. Primero me mato, pero me llevo a diez de los suyos conmigo. A mí no, Doc.

Entraron en el campamento, se unieron a la chica y a Seldom Seen. Hora de comer. El aire sofocante del anubarrado mediodía los oprimía. Hayduke abrió otra lata de cerveza. Siempre estaba abriendo una lata de cerveza. También se estaba meando siempre.

—¿Qué tal una partidita de *poker*? —le dijo Smith a Doc—. Para combatir el calor.

Doc expelió una nube de humo de puro.

—Si te apetece.

—¿No aprendes nunca? —dijo Hayduke—. Este pedo con canas nos ha limpiado dos veces ya.

—Aprendo, pero al parecer me olvido —dijo Smith.

—Nada de partidas de *poker* —dijo Abbzug sin remilgos—. Tenemos que irnos. Si yo no llevo a este supuesto cirujano de vuelta a Alburquerque mañana, nos van a poner unos cuantos pleitos por mala praxis, y eso significará que el dinero se nos va a ir en primas de seguro en vez de en andar divirtiéndonos con estos dos payasos aquí en la encantadora naturaleza salvaje.

Llevaba razón, como de costumbre, así que levantaron el campamento y se dirigieron a la carretera, los cuatro metidos en la cabina de la camioneta de Smith. En la parte de atrás del vehículo, protegido por una lámina de aluminio, iban sus enseres de campamento, sus suministros de comida, la caja de herramientas de Smith, la nevera y otros artilugios de su profesión.

El plan era llevar a Doc y Bonnie hasta Fry Canyon, donde ellos tomarían un avión privado que los dejaría en Farmington, New México, con tiempo suficiente para enlazar con el vuelo nocturno hasta Alburquerque. Era un gran rodeo, caro y cansado, pero aun así, preferible, desde el punto de vista del doctor Sarvis, a desplazarse durante horas —cuatrocientas millas— por el abombado desierto a bordo de las cuatro ruedas de su Continental.

Hayduke y Smith seguirían entonces hasta lo que una vez fue el río y ahora era un brazo alto del lago Powell a examinar su próximo objetivo: tres nuevos puentes. Al día siguiente Smith había ido hasta Hanksville para recoger a un grupo de clientes de los que tendría que encargarse en una expedición de cinco días por las montañas Henry de Utah, la última de las sierras descubiertas y bautizadas de los Estados Unidos.

¿Y Hayduke? No sabía. Debería irse con Smith o debería irse por su cuenta durante algún tiempo. El viejo *jeep*, cargado con todas sus pertenencias, había sido abandonado una semana antes en un aparcadero en Wahweap Marina, cerca de Page, muy cerca del postrero, definitivo, imposible, inexpresable objetivo, la fantasía favorita de Smith, la presa. La presa del Glen Canyon. La presa.

Cómo iba a conseguir Hayduke que su *jeep* llegara hasta él o él

llegara hasta su *jeep* no lo sabía. Siempre podía echarse a andar si hacía falta —¿200 millas? ¿300?, arriba y abajo, en y junto a los más grandes cañones de la naturaleza—. Podía tomar prestada una de las pequeñas balsas de goma de Smith, inflarla y recorrer 150 millas del inactivo lago Powell. O podía esperarse a que Smith pudiera llevarlo.

Lo bueno de su situación era, para Hayduke, que sentía que podía sentirse libre para hacer lo que quisiera en cualquier sitio, a cualquier hora, en medio de la nada, con su mochila a cuestas, un galón de agua, unos cuantos mapas topográficos, alimento para tres días, y sí tío, lo haría, sobreviviría por sí solo. (Toda esas terneras rondando por el camino, toda esa carne de venado que se encontraría entre los cañones, todos esos manantiales de agua dulce bajo los álamos brillantes que distaban unos de otros sólo un día de marcha apacible).

Así que le dio vueltas. Se sintió bien. La sensación de libertad era estimulante, por mucho que la subrayase una sombra de soledad, un punto de pena. El viejo sueño de la completa independencia, de no tener que darle explicaciones a ningún hombre ni mujer, flotaba sobre sus días como el humo de los castillos en el aire, como nubes plateadas de bordes oscuros. Por lo que Hayduke sabía, cuando él se había visto envuelto por ella, la soledad absoluta podía ser perjudicial. Era perjudicial. En algún lugar, en las profundidades de la soledad, más allá de la libertad, estaba escondida la trampa de la locura. Hasta el buitre, ese anarquista de cuello rojo y alas negras, la más indolente y la más arrogante de todas las criaturas del desierto, hasta al buitre le apetecía al caer el día reunirse con sus parientes e intercambiar relatos, descansando en la rama más alta del más muerto de los árboles de la zona, todos encorvados y envueltos en sus túnicas de ala negra, chachareando juntos, como una asamblea de sacerdotes que intrigan. Hasta el buitre —pensamiento fantástico— tiene que pasar por el nido, se aparea, se hace cargo de los huevos, produce nuevos buitres.

El capitán Smith y su tripulación, alegres carretera abajo, dejaron atrás el desvío a Monument en la intersección con Utah 95. Allí vieron un rosario de vehículos de cuatro ruedas —CJ-5, Scouts,

Blazers, Broncos, equipados meticulosamente con focos reflectores, techos rígidos, pistolas de bastidores (cargadas), cabrestantes, ruedas de llanta ancha, radios de onda corta, tapacubos cromados, con todo lo necesario—, aparcados en fila a un lado de la carretera. Cada vehículo tenía en la puerta una pegatina idéntica, una vivaz insignia con su águila, su escudo y su rúbrica:

CONDADO DE SAN JUAN
EQUIPO DE BÚSQUEDA Y RESCATE
BLANDING, UTAH

Un grupo de «Búsqueda y Rescate» se refugiaba a la sombra con Coca-colas, Pepsis, Seven-ups, que sostenían con sus peludas manos. (Estos hombres son feligreses). Algunos de ellos estaban peleándose entre los arbustos en esa que ahora era una ruta sin cintas de señalización, sin postes, de la autopista proyectada. Uno de ellos llamó a Smith: se vio obligado a detenerse.

El que lo había llamado se acercó.

—Qué pasa —dijo con un alarido alegre y salvaje.

—Mira quién me encuentro, el bueno de Smith, cómo te va Smith, cuánto tiempo Smith.

Smith dejó el motor en ralentí y respondió:

—Bien, reverendo Love. Me va tan bien como al pelo de las ranas.

—Qué estás haciendo fuera de las gargantas del bosque.

El hombre, que era tan voluminoso como Doc Sarvis, caminó pesadamente hacia la puerta de la camioneta, apoyó sus grandes y rojas manos en el marco de la ventana abierta y ofreció una sonrisa. Tenía el aspecto de un ranchero: una enorme boca con poderosos y amarillos dientes propios de un caballo, la piel de la cara parecía de cuero, la mitad ensombrecida por el ala de un gran sombrero, la camisa reglamentaria abrochada hasta arriba. Echó una ojeada al interior de la cabina a los tres pasajeros velados por la sombra. (La luz del exterior deslumbraba).

—¿Qué hay colegas?

El doctor asintió; Bonnie ofreció su frígida sonrisa de recepcionista; Hayduke estaba echando una cabezada. Smith no hizo ningún tipo de presentaciones. El reverendo Love volvió a

centrar su atención en Smith:

—Seldom —le dijo—, no te he visto mucho por estos lares últimamente. ¿Cómo va todo?

—No me puedo quejar.

Smith se volvió hacia sus pasajeros asintiendo.

—Me gano la vida, y pago el diezmo.

—Pagando el diezmo, ¿eh? No es eso lo que me han dicho por ahí —el reverendo echó una risotada para demostrar que estaba de broma.

—Pues yo pago el mío a Hacienda. Y por lo que sé, ya es más de lo que usted hace, reverendo.

El reverendo echó un vistazo a su alrededor; amplió su sonrisa:

—No empieces ahora con rumores. Además —agregó guiñando un ojo—, esos impuestos son socialistas y van en contra de la constitución y son un pecado contra el hombre y contra Dios, lo sabes muy bien.

Pausa.

Smith aceleró el motor un instante, y los ojos distraídos del reverendo volvieron a centrar su atención en Smith:

—Escucha, estamos buscando a alguien. Hay un hombre que está por ahí montándola, un peligro público. Es posible que ande perdido.

—¿Qué aspecto tiene?

—Lleva unas botas de un 44 o un 45, con suelas Vibram gastadas.

—Como descripción no nos das mucho, reverendo.

—Lo sé, es todo lo que tenemos, ¿has visto a alguien?

—No.

—No era eso lo que yo esperaba. Bueno, lo encontraremos rápido.

Pausa.

Smith volvió a acelerar el motor.

—Bueno, cuídate Seldom, y escucha, la próxima vez que pases por Blanding te paras un poco y me haces una visita, ¿entendido? Hay unas cuantas cosas de las que tenemos que hablar.

—Ya nos veremos, reverendo.

—Buen chico.

El reverendo agarró a Smith por el hombro, le dio una vigorosa sacudida y luego se retiró de la ventana de la camioneta. Smith se alejó.

—¿Un viejo amigo? —preguntó Bonnie.

—Nop.

—¿Un enemigo antiguo?

—Sip. El viejo Love no tiene mucho que hacer conmigo.

—¿Por qué lo llamas «reverendo»?

—Porque es reverendo de una iglesia.

—¿Ese tipo es reverendo? ¿En una iglesia?

—LDS[13], la Iglesia mormona. Tenemos más reverendos que santos.

Smith sonrió.

—Qué diablos, querida. Yo mismo sería reverendo ahora si hubiera mantenido la nariz limpia y me hubiera apartado de los cañones de la cohabitación y el camino torcido.

—Venga, bah —dijo Bonnie—, habla en cristiano.

Hayduke que sólo había estado fingiendo que dormía, aportó su granito de arena:

—Lo que quiere decir es que si no hubiese estado siguiendo a su polla por toda Utah y Arizona, ahora sería un reverendo gilipollas por derecho propio.

—Nadie te estaba hablando, boca llena de mierda.

—Ya lo sé.

—Entonces cállate.

—Sí, claro.

—Eso es lo que George dijo —replicó Smith.

—Y entonces qué es lo que hace un equipo de Búsqueda y Rescate en una carretera en proyecto.

—Trabajan en estrecha colaboración con el departamento del *sheriff* del condado. Es lo que podría llamarse un grupo de apoyo. En general son hombres de negocios a los que les gusta jugar a las patrullas en su tiempo libre. No tienen ninguna intención de hacerle daño a nadie. Cada otoño sacan a un grupo de cazadores californianos de ciervos a la ventisca, cada verano sacan a un grupo de *boyscouts* deshidratados al Grand Gulch. Intentan hacer el bien. Es su afición.

—Cuando veo a alguien que se me acerca para hacerme el bien —dijo Hayduke—, echo la mano a la pistola.

—Cuando oigo la palabra «cultura» —dijo el doctor Sarvis—, saco el talonario de cheques.

—Esto no es ni una cosa ni otra —dijo Bonnie—. Intentemos mantener nuestra mente en un orden lógico de las cosas.

Ella y sus compañeros se quedaron mirando fijamente por la luna delantera al rojo panorama que había más allá, a los acantilados azules, a los pálidos cañones, a la silueta angulosa de Woodenshoe Butte contra el horizonte al noroeste.

—Lo que me gustaría saber ahora —siguió ella— es quién es este reverendo Love y por qué te odia hasta lo más profundo, capitán Smith. Y si debería o no echarle una maldición.

—Llámame Seldom —le dijo—, y el viejo Love me odia porque la última vez que discutimos, fue él el que salió perdiendo. Es mejor que no sepas más.

—Probablemente no, así que qué pasó.

La camioneta se abrió paso entre el polvo rojo de la carretera de Utah, rodando a veces por surcos y rocas.

—Me parece que llevamos la dirección un poco desviada —dijo Smith.

—Pero, ¿qué pasó? —insistió Bonnie.

—Sólo una pequeña diferencia de opiniones que le costó al reverendo Love casi un millón de dólares. Quería un contrato de arrendamiento de 49 años de un terreno estatal que da al lago Powell. Tenía en mente una especie de proyecto turístico: casas de verano, centro comercial, un aeródromo y esas cosas. Hubo una vista en Salt Lake y un grupo de amigos y yo hablamos con la comisión de terrenos para paralizar su oferta. Hubo que hablar mucho, pero al final los convencimos de que el proyecto del reverendo era un fraude, que lo era, y se ve que todavía no me lo ha perdonado. Ya antes habíamos tenido diferencias de ese tipo unas cuantas veces.

—Pensaba que era reverendo.

—Bueno eso es sólo los domingos. Y los miércoles por la noche, los dedica al estudio. El resto del tiempo está metido hasta el cuello en temas inmobiliarios, negocios de uranio, ganado, petróleo, gas,

turismo, todo aquello que huela a dinero. Ese hombre puede oír cómo cae un billete de un dólar en una alfombra de pelo. Ahora le ha dado por la legislatura estatal. Tenemos a muchos como él en Utah. Se ocupan de las cosas lo mejor que pueden, por Dios y por Jesús, y lo que ellos dos no quieren, tipos como el reverendo Love lo toman. Dicen que es un sagrado arreglo que conviene a las dos partes. Jesucristo se ahorra un 8,5 por ciento al día, y cuando ellos realizan el último depósito van directos al cielo. Ellos y todos los ancestros que puedan excavarse en las bibliotecas genealógicas, son suficiente para que un hombre desee vivir para siempre.

—Diles que ha vuelto Hayduke —dijo Hayduke.

—Eso les calmará.

Hayduke tiró la lata de cerveza por la ventana y abrió otra. Bonnie estudió sus movimientos.

—Pensaba que sólo íbamos a llenar de basura las carreteras pavimentadas —dijo ella—. Esto no es una carretera pavimentada, te lo digo por si tienes los ojos demasiado inyectados en sangre como para darte cuenta.

—Que te follen —y tiró la pequeña anilla de metal por la ventana.

—Oh vaya, eso es lo que yo llamo una réplica brillante —dijo—, de veras brillante, un relámpago de ingenio que se adapta a todas las ocasiones.

—Que te follen.

—*Touché*. Oye Doc, ¿te vas a quedar ahí sentado como un trozo de manteca y vas a dejar que ese cerdo peludo me insulte?

—Bueno… sí —dijo Doc después de pensárselo.

—Haces bien. Ya soy mayorcita, y puedo defenderme yo sola.

Hayduke contemplaba, a través de la ventana, el paisaje, la rutinaria grandeza del territorio del cañón, desolado, espectacular sin excusas. Entre todos aquellos cerros y pináculos que se levantaban rojos contra el cielo, yacía la promesa de algo íntimo —una intimidad remota—. Un secreto y una revelación. Más tarde, pensó, nos enteraremos de cuáles son.

Llegaron a Fry Canyon, que consistía en un agujero en el lecho rocoso de diez pies de ancho por cincuenta de profundo, atravesado por un viejo puente de madera, un bloque de hormigón que

funcionaba como la tienda de Fry Canyon, el surtidor de gasolina, la oficina de correos y el centro social, y una pista de aterrizaje hecha por excavadoras, adoquinada con piedras, manchada de estiércol de vaca, en la que aguardaba un Cessna de cuatro asientos: ese era el aeropuerto de Fry Canyon.

Smith condujo hasta quedar junto al ala de la aeronave y se detuvo. Cuando descargó pasajeros y equipajes, el piloto salió de la tienda bebiéndose una lata de Coca-cola. En los cinco minutos siguientes hubo besos (Smith y Bonnie), apretones de manos, abrazos y despedidas, hasta que Doc Sarvis y Miss Abbzug, aerotransportados de nuevo, volaron rumbo sudeste hacia Nuevo México y casa.

Hayduke y Smith se cargaron de cerveza y marcharon por la senda del sol, hacia abajo, la senda del río, del viento aéreo, hacia el territorio de crestas y rocas rojas del río Colorado, corazón del corazón del Oeste de América. Donde el viento siempre está soplando, y nada crece salvo los enebros enanos, los matojos dispersos, los cactus. Después de las lluvias del invierno, si llueve, y también tras las de primavera, si llueve, puede que se produzca la aparición efímera de algunas florecillas. La precipitación media anual alcanza las cinco pulgadas. Es el tipo de tierra que enferma de horror y repugnancia a los granjeros, a los especuladores. No hay agua, no hay suelo, no hay hierba, no hay árboles, salvo unos cuantos álamos bravíos en las profundidades de los cañones. Nada sino el esqueleto de piedra, la piel de arena y polvo, el silencio, el espacio, el más allá de las montañas.

Hayduke y Smith se internaron en el rojo desierto una vez pasado, sin detenerse —para que a Smith no le perturbaran los recuerdos— en el cruce hacia la vieja carretera que antiguamente llevaba a la aldea de Hite (nada que ver con Hite Marina). Hite fue una vez hogar de Seldom Smith y todavía era el domicilio oficial de sus negocios, y ahora yacía bajo las aguas.

Siguieron adelante, hacia el nuevo puente que cruzaría la garganta de White Canyon, el primero de los tres nuevos puentes en la zona. ¿Tres puentes para cruzar un solo río?

Consultaron el mapa. Cuando la presa de Glen Canyon atascó al río Colorado, las aguas se volvieron hacia Hite, hacia el ferry y en

treinta millas a la redonda río arriba desde el *ferry*. El mejor lugar para hacer un puente sobre el río (ahora Lago Powell) era río arriba en Narrow Cayon. Para alcanzar el puente de Narrow Canyon había que hacer un puente en el este, en White Nayon, y otro en el oeste, en Dirty Devil Canyon. Y así fue cómo se necesitaron tres puentes para un solo río.

Hayduke y Smith se detuvieron a inspeccionar el puente de White Canyon. Como los otros dos, era un arco de proporciones gigantescas, destinado a durar. Las cabezas de los pernos en las partes transversales tenían el tamaño de los dedos de un hombre.

Hayduke dedicó unos cuantos minutos a echarle un vistazo a los pilares, donde los nómadas ya, a pesar de la novedad del puente, habían dejado sus firmas con *spray* en el pálido cemento, y su estiércol y sus meadas en el polvo. Volvió de la expedición meneando la cabeza.

—No sé —dijo—, no sé, es muy grande el cabrón.

—La mitad de grande que el más grande —dijo Smith.

Se asomaron por la barandilla, a doscientos pies de profundidad el hilo sinuoso de la corriente de White Canyon, intermitente, estrictamente estacional. Sus latas de cerveza relampaguearon mientras caían en la penumbra de la garganta. La primera inundación del verano se las llevaría, junto a todos los detritus, hasta el depósito de almacenamiento, el lago Powell, en el que todas las basuras de río arriba encontraban su área de descanso.

En medio del puente.

Estaban bajando, descendiendo, pero es tan grande la escala de las cosas allí, tan complejo el terreno, que ni el río ni el cañón central, se hacen visibles hasta que el viajero se encuentra casi en el borde del cañón. Vieron el primer puente, un doble arco encantador en acero plateado, muy por encima del nivel de su piso. A continuación, se veían las estratificadas paredes del cañón. Smith estacionó su camión, se bajaron y caminaron sobre el puente. Lo primero que se percibía era que el río había dejado de existir allí. Alguien se había cargado el río Colorado. Esto no le cogía de nuevas a Smith, pero sí a Hayduke, que sólo tenía noticias de oídas, y descubrir por sus propios medios que el río había desaparecido le hizo sentir una calambre. En lugar de un río lo que había bajo su

mirada era un cuerpo inmóvil de color verde oscuro de aguas muertas, estancadas, sin lustre, una espuma de aceite flotando en su superficie. En las paredes del cañón una capa de cieno seco y sales minerales, señalaba el punto que había alcanzado la marea. Lake Powell: estanque de almacenamiento, trampa de sedimentos, tanque de evaporación, una incipiente laguna de aguas residuales de 180 kilómetros de longitud. Miraron hacia abajo. Un pez muerto flotando panza arriba sobre la superficie aceitosa entre mondas de naranja y restos de *picnic*. Un árbol anegado, un peligro para la navegación, colgaba suspendido en la estática balsa de agua pútrida.

El olor de la decadencia, débil pero inconfundible, se levantaba a cuatrocientos cincuenta pies de sus fosas nasales. En algún punto, bajo la superficie, bajo el turbio limo sedimentado, todavía estarían de pie algunos álamos ahogados, cubiertas de algas sus ramas muertas, sus viejas raíces hundidas en fango. En algún lugar bajo la carga inmensa de aquella agua estancada, bajo el silencio, las viejas rocas del río estaban aguardando el día de la resurrección. ¿Prometida por quién? Prometida por el capitán Joseph «Seldom Seen» Smith, por el Sargento George Washington Hayduke, por el doctor Sarvis y Miz Bonnie Abbzug. Ellos eran los que lo habían prometido.

Pero, ¿cómo?

Hayduke trepó a unas rocas e inspeccionó los cimientos del puente: mucho cemento. Los pilares debían llegar hasta muy dentro de la roca de las paredes del cañón, enormes vigas atornilladas con tornillos que tenían el tamaño de la cabeza de un hombre, las tuercas grandes como bandejas de la cena. Si un hombre, pensaba Hayduke, tuviese una llave de catorce pulgadas de cabeza, y pudiese manejar una palanca de unos 20 pies, quizá podría soltar esas tuercas.

Se dirigieron al tercer puente, hacia la ahora sumergida boca del río Dirty Devil. Pasaron por una sucia carretera sin señalizar, marcas de *jeep* dirigidas al norte hacia el Laberinto, la Tierra de las Rocas Puestas en Pie, las Aletas, las Rocas de Lagarto, el Fin de la Tierra. Tierra de nadie. Smith lo sabía bien.

El tercer puente, como los otros de construcción de arco, todo

acero y cemento, construido para que soportara camiones de cuarenta toneladas cargados de carnosita, bentonita, carbón bituminoso, tierra de diatomeas, ácido sulfúrico, minerales de cobre, aceite de esquisto, alquitrán de arena, todo aquello que aún pudiera ser extraído de las entrañas de la tierra.

—Vamos a necesitar un vagón de explosivos —dijo George Hayduke—. No son como aquellos viejos puentes de madera que había en Vietnam.

—Bueno, diablos, ¿quién dice que haya que reventarlos los tres? —dijo Smith—. Para dejar fuera de juego a cualquiera de ellos basta con cortar la carretera.

—Simetría —dijo Hayduke—. Un buen trabajo, limpio, en los tres sería mejor. No lo sé. Vamos a pensárnoslo. ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Miraban al sur, sobre la pasarela del puente de Dirty Devil, hacia Hite Marina, donde unos cuantos cruceros flotaban amarrados, y algo más interesante, en la pista de aterrizaje, donde parecía estar pasando algo. Vieron a un cuarto de milla en un claro de tierra una camioneta, un cargador de ruedas, un camión de basura y en el extremo una oruga excavadora D-7. La pista de aterrizaje se expandía a norte y sur en un bancal plano de tierra, por debajo de la carretera y por encima del yacimiento. Uno de los bordes de la pista quedaba a unos cincuenta pies del borde del bancal, que daba mediante una caída vertical de 300 pies a las aguas de verde oscuro del lago Powell.

—Lo veo —dijo por fin Smith de mala gana.

El operador de la máquina, mientras ellos la observaban, se había apeado para meterse en su furgona y dirigirse al puerto. Era la hora del almuerzo.

—Seldom —dijo Hayduke—, ese chaval ha apagado el motor pero seguro que no ha tocado nada.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—Entonces…

—Seldom, ha llegado la hora de que me des una lección sobre operaciones de equipamiento.

—No aquí.

—Justo aquí.
—No a la luz del día.
—¿Por qué no?
Smith buscó una excusa.
—No con los lancheros circulando por todo el puerto.
—A ellos les importa un bledo. Nos ponemos nuestros cascos y nos subimos en tu camioneta y todo el mundo nos va a tomar por obreros de la construcción.
—No pretenderás levantar una ola grande cerca de los muelles.
—Había unas salpicaduras de cojones, ¿verdad?
—No podemos hacer eso.
—Es una cuestión de honor.
Smith se quedó pensando, reflexionando, meditando. Finalmente, los pliegues profundos que le curtían la cara se le relajaron en una expresión sonriente.
—Antes que nada, una cosa.
—¿Qué?
—Tenemos que quitarle la matrícula a mi camioneta.
Hecho.
—Vamos —dijo Smith.
La carretera serpenteaba por la cima de los cañones, subía, bajaba, volvía a subir hacia la explanada por encima del puerto. Giraron y tomaron la pista de aterrizaje. Nadie en los alrededores. Abajo, camino del puerto, a una media milla, unos pocos turistas, pescadores y navegantes descansaban a la sombra. El operario de la Caterpillar había aparcado frente a la cafetería. Olas de vapor caliente trepaban por las paredes de la roca roja. Sólo el rumor del motor de un bote lejos en el lago rompía el silencio de un mundo anestesiado por el calor.
Smith se dirigió a uno de los costados de la *bulldozer*; una bestia de hierro de mediana edad cubierta de polvo. Smith paró el motor y miró a Hayduke.
—Estoy listo —dijo Hayduke.
Se pusieron los cascos y bajaron.
—Primero empezamos con el motor de arranque, ¿vale? —dijo Hayduke—. Para calentar diésel, ¿no?
—Incorrecto. Ya está caliente para nosotros. Primero probamos

los mandos para asegurarnos de que el tractor está en la posición de arranque correcta.

Smith se subió a la cabina del operario y se enfrentó a un montón de mandos y palancas.

—Esta es la palanca de dirección, la bloqueamos —y eso hizo—. Esta es la de velocidad: hay que ponerla en punto muerto.

Hayduke no perdía ojo a todo lo que hacía: trataba de memorizar cada detalle.

—Aquí el gas —dijo.

—Exacto. Es la palanca para marcha adelante y marcha atrás. Aunque esta debe estar escacharrada. Esta es la palanca de control del regulador. La ponemos en esta posición, hasta el fondo. Luego el freno de dirección —el de la derecha— lo pisas hasta bloquearlo —se encendió un interruptor que se encontraba en el suelo de la cabina—. Entonces…

—De esa manera todo está bloqueado y no se puede mover hacia ninguna parte.

—Eso es. Entonces —Smith abandonó el asiento y se dirigió a uno de los portones laterales del motor—, entonces es cuando ponemos en marcha el motor de arranque. Los tractores nuevos son mucho más simples, no necesitan tener un motor de arranque, pero de estos viejos todavía hay un montón en forma. Son capaces de durar cincuenta años si se les trata bien. Esa de ahí es la palanca de control de la transmisión. Para encenderla hay que llevarla a HIGH. Esa lengüeta es para la compresión: la ponemos en START. Entonces desarmamos el embrague del motor —y forzó el mando llevándolo hacia delante hasta bloquearlo.

—Dios santo —murmuró Hayduke.

—Sí, es un poco complicado. Bueno, ¿por dónde íbamos? Apretamos entonces un poco la válvula del carburante, más o menos así. Entonces abrimos el aire. Ponemos la palanca en posición de mínimo. Giramos la chaveta.

—¿La chaveta de ignición del motor de arranque?

—Eso es —Smith la giró, se oyó un crujido. Luego otro.

—Pues no ha pasado nada —dijo Hayduke.

—Oh, me parece que algo sí habrá pasado —dijo Smith—. Hemos concluido el circuito. Si este fuera un tractor de esos viejos

modelos que te digo, lo próximo que habría que hacer es coger la manivela y poner en marcha el motor con ella. Pero este modelo tiene estárter eléctrico. Veamos si funciona.

Smith llevó la mano hasta una palanca situada bajo el embrague y tiró. El motor rugió, tembló y se puso en marcha. Smith movió la palanca del estárter, ajustó la del aire y el motor parecía no tener problemas.

—Bien, esto por lo que respecta al motor de gasolina. Ahora debemos ocuparnos del diésel, ¿no es así? —dijo Hayduke.

—Eso es George, ¿viene alguien?

Hayduke echó un vistazo. Nadie a la vista.

—Bien —el motor de arranque estaba caliente, Smith cerró el aire. El motor tenía suficiente para no apagarse—. Vale, movemos entonces estas dos palancas de aquí —Hayduke observaba de nuevo los movimientos de su compañero con máxima atención—. La de delante es el control de los piñones y la de detrás la del embrague. Así que llevamos al extremo la del embrague —hasta bloquear el motor— y tiramos hacia fuera la de los piñones. Entonces movemos la palanca del mínimo para dejar que el motor de arranque siga girando a la máxima velocidad. Ahora es cuando metemos el embrague del motor de arranque —tiró de la palanca del embrague y el motor se ralentizó, estuvo a punto de apagarse, pero enseguida cobró velocidad. Llevó la palanca de la compresión a la posición de RUN—. Así el motor de arranque está haciendo que arranque el motor diésel contra la compresión —dijo Smith, casi gritando, para imponer su voz a los rugidos que emitía la bestia, que iban en aumento—. Arrancará de inmediato.

Hayduke asintió, sin estar seguro de haberse enterado de todo. El tractor estaba armando mucho escándalo, salían de sus entrañas bocanadas de humo negro que hacían temblar la cubierta de los motores.

—El diésel está marchando —dijo Smith observando orgullosamente el humo. Volvió al asiento del conductor y distendió el embrague del motor de arranque, cerró la válvula del carburante, apagó el interruptor de la ignición y se volvió hacia Hayduke. Sentados uno junto al otro en el largo asiento del operario recubierto de piel.

—Así pues estamos ya listos para hacernos con el negocio —le chilló sonriendo a Hayduke—. ¿Estás todavía interesado o prefieres que nos tomemos una birra?

—Adelante —respondió Hayduke, gritando también. Vigiló los alrededores otra vez para verificar que no hubiese señales de actividad hostil. Todo parecía en orden.

—De acuerdo —dijo Smith. Tiró de una palanca, elevando medio metro del suelo la hoja hidráulica de la excavadora—. Ahora hay que seleccionar la velocidad de marcha. Cinco adelante y cuatro atrás. Dado que eres algo así como un principiante y la escollera está ahí en frente nos limitaremos a seleccionar la velocidad más baja —el tractor se enfrentaba al acantilado. Puso la velocidad en primera y la palanca del sentido de la marcha en posición de adelante. No sucedió nada.

—¿Por qué no pasa nada? —dijo Hayduke, otra vez nervioso.

—Exacto, es lo que tiene que pasar, nada —dijo Smith—, porque no hemos acabado todavía. Vamos a meterle revoluciones al motor —y tiró al máximo de la palanca del gas—. Ahora vamos con el embrague —y tiró hacia atrás la palanca del embrague, y la gigantesca *bulldozer* empezó a temblar mientras los engranajes de la transmisión empezaban a deslizarse. Echó hacia atrás al máximo la palanca del embrague y la dejó en la posición central. De golpe el tractor empezó a moverse: treinta y cinco toneladas de hierro que se arrastrarían hacia St. Louis, Missouri, vía Powell Lake y Narrow Canyon.

—Creo que es ahora cuando tenemos que saltar —dijo Smith incorporándose.

—Espera un minuto —gritó Hayduke—. ¿Cómo se conduce?

—¿Quieres conducirlo, eh? De acuerdo, utiliza las dos palancas del centro. Esa de ahí es la del embrague de mando, una para cada rodamiento. Tira de la palanca de la derecha y suelta el embrague del lado derecho. —Así lo hizo, la *bulldozer* empezó a girar hacia la derecha—. Para girar a la izquierda lo mismo. —Hayduke puso la palanca de la derecha tal como estaba, tiró hacia delante la de la izquierda y la *bulldozer* empezó a girar hacia ese lado—. Si quieres que gire en un ángulo aún más estrecho tienes que accionar y frenar con el embrague de mando —Hayduke pisó sobre el primero y

luego sobre esotro pedal de mando que estaban en el panel del fondo—. ¿Lo has pillado?

—Lo pillo —aulló feliz Hayduke—. Déjame hacer.

Smith volvió a sentarse, dejando que Hayduke cogiese el mando.

—¿Estás seguro de que sabes cómo llevarlo? —preguntó.

—No me distraigas y no te preocupes —le gritó Hayduke, con una gran sonrisa abriéndose bajo su poblada barba.

—De acuerdo pues —Smith bajó por la barra de tracción de la máquina que avanzaba lenta brincando sobre el terreno—. De todas maneras estate atento —gritó.

Hayduke ya no lo oía. Jugando con la palanca de embrague y freno iba arando la tierra con la pala de la máquina por el borde de la pista de aterrizaje. A tres millas por hora la *bulldozer* estrelló su pala contra una topadora, un gigante de metal embestido por otro más pequeño. La pala de la *bulldozer* quedó suelta, pero Hayduke, que se apartó de la pista para encarar el acantilado, la siguió empujando con la fuerza de la máquina, arrastrándola. Se dibujó en su cara un guiño de ferocidad. Nubes de polvos se levantaban al paso del gigante que iba arrancando de la tierra un gemido continuado.

Smith se subió a su camioneta y encendió el motor, preparado para abandonar el campo al primer indicio de peligro. A pesar de los tremendos fastos que estaba montando la *bulldozer*, en ninguna parte parecía surgir una señal de alarma. La *pick up* amarilla seguía aparcada frente a la cafetería. En el puerto un lanchero iba a toda máquina sobre su embarcación. Dos niños pescaban en el fondo del muelle peces gatos. Unos turistas hacían marchar el negocio de la curiosidad asomándose a unas tiendas. Un ejemplar de halcón volaba alto sobre las paredes de rojo irradiado por el sol. Paz…

Con la palanca de mando bien sujeta, Hayduke vio, a través de una nube de polvo, el borde de la explanada que avanzaba hacia sí. Más allá del borde, tras un bello salto, se extendía el lago Powell, la superficie arrugada por las ondas que levantaba un barco de paseo.

Pensó que había llegado el momento de parar.

—Eh —le gritó a Smith—. ¿Cómo se para esto?

Smith estaba apoyado en la portezuela de su camioneta, y se llevó una mano a la oreja y gritó:

—¿Qué dices?

—Que cómo se para esto.

—¿Qué? —ululó Smith.

—CÓMO SE PARA ESTO.

—NO TE OIGO.

La pala, bajo la *bulldozer*, llegó al borde, dio una voltereta, se desvaneció. Y la *bulldozer* la seguía impertérrita, bufando humo negro. Los rodamientos de acero pisaban fuerte sobre el suelo de arenisca, empujando la máquina hacia el espacio vacío. Hayduke saltó. Mientras se avecinaba el punto de no retorno, pareció que la *bulldozer* todavía quería salvarse girando un poco hacia la derecha, como si quisiese seguir el camino del borde buscando material sólido para no perder pie. Era inútil: cualquier tentativa resultó en vano, y la *bulldozer* siguió su curso y se precipitó, cayendo de pico, hacia la superficie casi metálica de la cuenca artificial. Las bandas de rodamiento, en la caída, seguían girando, y el motor no dejó de rugir.

Hayduke se había apeado a tiempo para ver, primero, la forma confusa de la pala cayendo al abismo, y después, cómo el tractor desaparecía de su vista para entregarse al lago. El estruendo del impacto escaló las paredes del cañón con efecto reverberante, similar al de un avión supersónico. La *bulldozer* emergió un momento de las oscuras aguas gélidas a la superficie, con su morro de Caterpillar amarillo destrozado, y después de un segundo tomando aire, se hundió lentamente. Una galaxia de espuma salina emergió a la superficie. Arena y piedras rodaron por el acantilado durante un minuto. Luego todo cesó. No había más actividad que la del cauto avance de una lancha a motor surcando las aguas del lago: algún curioso que quería asomarse al escenario de la calamidad.

—Vámonos de aquí —dijo Smith en cuanto se dio cuenta que en la cafetería del puerto, la *pick up* ya no estaba aparcada.

Hayduke se puso en pie, se sacudió el polvo y trotó hasta Smith con una gran sonrisa siniestra cruzándole la cara.

—Muévete —le dijo Smith. Hayduke empezó a correr.

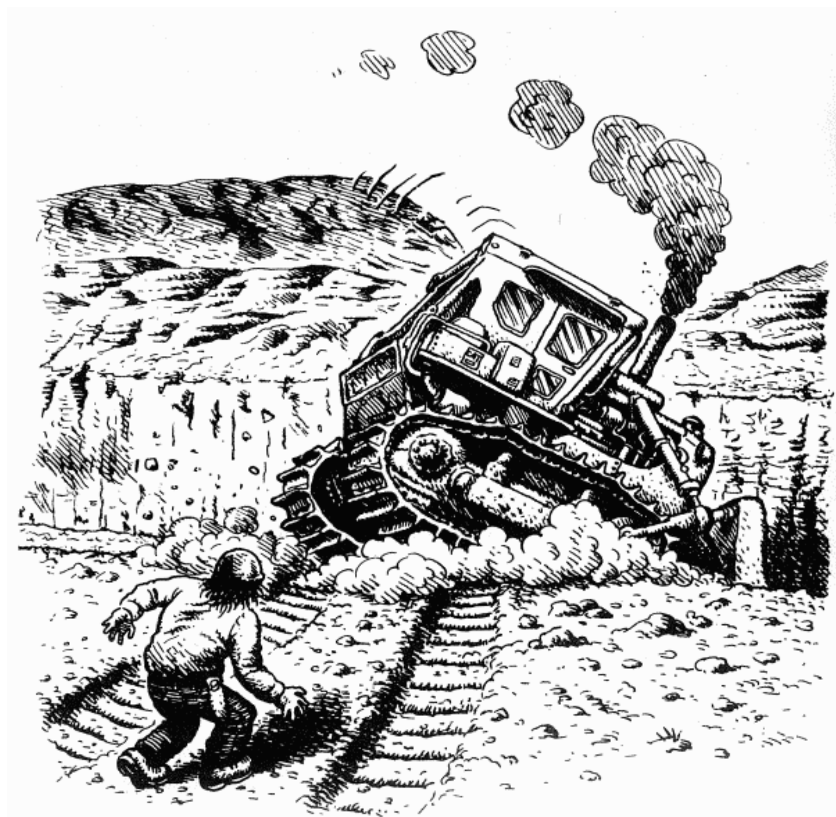
Se alejaron mientras la *pick up* amarilla iba ascendiendo la ladera desde el puerto. Smith volvió sobre el camino por donde

habían venido, pasado el puente sobre el Dirty Devil y hacia el Colorado, pero paró de golpe y antes de llegar al puente central se volvió para tomar la pista de arena hacia el norte, porque había allí una curva que les permitía ocultarse de la visión directa de cualquiera que pasase por la autovía.

¿Ocultos? No del todo, porque una nube de polvo, como la cola de un gallo gigante que se agita en el aire, los iba delatando. Consciente de la polvareda que levantaban, Smith paró la camioneta cuando alcanzaron unas rocas tras las que se colocó. Dejó el motor en punto muerto, por si hacía falta actuar con rapidez.

Esperaron.

Oían el relincho de la *pick up* que se había lanzado a perseguirlos, el sonido penetrante de los neumáticos sobre el asfalto caliente. El ruido fue atenuándose, y gradualmente volvió a ellos la paz y la tranquilidad, la armonía y el gozo.



Mientras se avecinaba el punto de no retorno, pareció que la *bulldozer* todavía quería salvarse girando un poco hacia la derecha, como si quisiese seguir el camino del borde buscando material sólido para no perder pie.



9. «Búsqueda y Rescate» entran en acción

Riéndose Hayduke y Smith se daban palmadas en el hombro y se abrazaban jocosos, y abrieron un paquete de seis frío. ¡Ah el resplandor del hielo! ¡Oh el crujiente sonido de la lengüeta de la lata!

—Ah —rugió Hayduke, saboreando el primer trago hundiéndose en su sangre—. ¡La puta, si que ha sido hermoso! —Pegó un salto y se puso a bailar una especie de tarantela, una suerte de danza del peyote de los Sioux Hunkpapa, dándole vueltas a la furgona. Smith hizo por seguirlo pero antes, por precaución, salió de la cabina y se subió al techo para echar un vistazo a los alrededores. Quién podría sospechar qué estaba planeando el enemigo en aquellos mismos momentos.

Y tenía razón.

—George —dijo—, para de bailar un momento y pásame los binoculares japoneses.

Hayduke le pasó los binoculares. Smith estudió largamente y con atención el escenario que se extendía de este a norte y de norte a este, sobre las jorobadas rocas, tras aquel bonito puente que se alzaba, como un arco de plata, como un arco iris de hierro. Sobre Narrow Canyon y el temporalmente seco Colorado. Hayduke, en tanto, oía los sonidos de la tarde que caía. Parecía no pasar nada. Una calma tensa prevalecía. Incluso el pájaro, el único pájaro que vivía en Narrow Canyon, había interrumpido su cántico.

—Sí, es él, el muy gilipollas vuelve —dijo Smith.

—¿Quién dices?

—Me refiero a mi colega, el reverendo Love. El bueno del viejo J. Dudley. Él y su equipo de Búsqueda y Rescate.

—¿Y qué están haciendo? —con un poco más de sobriedad que antes, Hayduke hizo saltar la lengüeta de otra lata de Schlitz.

—Están hablando en el puente con el tipo de la camioneta amarilla.

—¿Y qué estarán tramando esos capullos?

—No puedo leer en sus labios, pero puedo suponerlo.

—¿Y?

—El reverendo Love le estará diciendo al otro que no ha visto ninguna *pick up* verde con el techo gris por la autopista. Y el otro le está diciendo al reverendo que jura por todos los demonios que esa *pick up* no ha podido cruzarse con él, así que el reverendo le dice que deben haber girado en aquel sendero de arena, y eso es lo que van a ir a ver, si hay huellas, por lo que nosotros tendríamos que habernos borrado de aquí hace cinco minutos.

Smith se bajó del techo de su camioneta y volvió a su asiento.

—Vamos George.

Hayduke estaba pensando: «Debería haberme traído un rifle».

—Entra.

Entró. Rumbo al norte, al bosque de piedra arenisca, a la máxima velocidad que el piso les permitía, veinte millas por hora.

—Oye —le dijo Hayduke—, ellos llevan esos Chevy Blazers. No hay que alarmarse, pero seguro como la mierda que nos van a

pillar. Si es que no llaman primero al 104. Y vienen con napalm.

—Ya lo sé —dijo Smith—. ¿Tienes alguna brillante idea?

—Por supuesto. Primero los detendremos. Le tenderemos una trampa. ¿Qué hay más adelante? ¿Hay algún pequeño puente de madera al que podamos pegarle fuego? ¿Quizá un desfiladero que podamos taponar con un buen pedrusco?

—Ni idea.

—Hay que pensar rápido, Seldom. ¿Qué tal si les disparo a esas vacas y las espanto hasta colocarlas en la carretera para bloquearla? Eso puede que los detenga un minuto.

—Tú eres el boina verde, George, así que piensa en algo. Tenemos sólo unos cinco minutos de ventaja sobre ellos. Y me temo que no vamos a encontrarnos ni con pequeños puentes de madera ni con desfiladeros en las próximas diez millas. Y tú no vas a dispararle a ninguna vaca.

La camioneta de Smith se bamboleaba y sacudía sobre el terreno pedregoso, saliendo y entrando en la pista, el angosto sendero, frenando ahora, reduciendo la marcha para esquivar un barranco, acelerándola cuando se encontraba con un trozo llano, para encontrarse de nuevo con las rocas, y otro barranco. Todo lo que había en la parte trasera —y eso incluía cacerolas, nevera, palas, llantas de ruedas, un motor fuera borda, un horno holandés, cantimploras, cadena de remolque, comida enlatada— danzaba y temblaba, reforzando el estruendo que el camión le arrancaba al suelo. Le seguía una espléndida cola de polvo alzándose hacia la tarde, suspendido en la luz solar, cada mota, cada grano, cada partícula levantada del desierto era aureolada por el sol, subrayada por la capacidad reflectante de las paredes de la meseta. Visibles desde millas de distancia. Un pilar de polvo durante el día, una fogata durante la noche. Una pista involuntaria: pero el polvo también servía para esconderse.

La carretera era imposible, y ahora venía lo peor. Smith se vio obligado a parar y salir de la camioneta para inspeccionar la tracción de su vehículo. Hayduke se apeó también. Estudió el terreno. A unas dos millas de distancia vio las señales de los que les perseguían: eran tres Blazers y una camioneta amarilla que avanzaban sin problemas, listos para entrar en acción, preparados

para matar (por así decirlo). ¿Cómo salimos de esta? ¿Qué brillante idea nos va a librar ahora?

En el este unas dunas de arenisca como lomos de elefante, que se deslizaban hacia un barranco oculto, al oeste los acantilados de dos mil pies de altura, por delante, una estrecha terraza ante ellos, en la que serpeaba un camino rumbo al norte. En toda aquella arena de polvo rojo no crecían más que matorrales de un pie de alto, esqueletos de enebro y unas cuantas yucas en las dunas. No había sitio para esconder la camioneta.

—Vamos, vamos —dijo Smith regresando al asiento del conductor.

Ni siquiera un cañón secundario a la vista. Y si lo hubiera y ellos consiguieran alcanzarlo, sería un callejón sin salida, estarían atrapados. A cualquier sitio al que se dirigiesen, a menos que pudiesen alcanzar la pendiente de rocas, dejarían un rastro en la arena, aplastando matorrales, dispersando piedras. El desierto puro y duro no es buen sitio para esconder secretos.

Smith arrancó.

—Vamos George.

Hayduke subió. Tomaron el camino central, lleno de erizados matojos llenos de espinas que arañaron la grasienta entrepierna General Motors de su camioneta.

—George —dijo Smith—. Ya lo tengo. Tras la próxima curva hay un vallado. La carretera llega hasta un viejo establo de madera para el ganado. Podemos meterle fuego.

—Yo vierto y tú enciendes.

—Vale.

Apareció el vallado, se extendía en ángulo recto con respecto a su trayectoria desde el acantilado al cañón. Había un parapeto en la entrada de la carretera, formado por una hilera de bastidores de dos por cuatro que descansaba sobre un par de traviesas de ferrocarril. Para guardar el ganado. Las ruedas podían traspasarla, las patas de los caballos, las ovejas y las vacas, no. Había un portalón cerrado tras el parapeto a través del cual se conducía al ganado, pero, como gran parte del vallado, se había solidificado por años de amaranto empujado por el viento. Desde lejos el vallado parecía un seto oscuro y enmarañado.

La camioneta pasó la hilera de bastidores. Smith pisó el pedal del freno. Antes incluso de que se detuviese el vehículo, Hayduke ya estaba fuera, inmerso en el polvo, buscando a tientas una lata de gasolina que estaba atrás. Abriéndola salió corriendo hacia la valla, roció generosamente la vieja madera, impregnando los travesaños y los postes, arrojando gasolina a diestro y siniestro, empapando el amaranto solidificado. Mientras corría de vuelta a la camioneta oyó un whoooooooom y el snap y el crack y el pop de la madera cubierta de amaranto prendiéndose. Llegó Smith entonces, corría también, una oscura y sudada silueta dibujada contra la barricada de llamas, bajo un hongo de humo negro maligno y abundante.

—Vámonos de aquí —dijo.

Ya se oía el sonido de los perseguidores.

Smith condujo, Hayduke miró atrás. Vio las llamas, amarillo claro contra el sol, color mandarina contra las sombras del acantilado, y una cortina púrpura de humo de semillas subiendo al cielo. Allá a lo lejos llegaban los cuatro vehículos de los perseguidores. Ralentizaban la marcha, sin duda se detendrían, pues ¿quién iba a estar tan loco como para atravesar una pared de fuego y seguir la pista de unos malhechores contra los que de momento no tenían más que pruebas circunstanciales, quién arriesgaría aquellos nuevos Blazer de 6500 dólares equipados con todos los extras (barra anti-vuelco-embrague de alta resistencia-depósito auxiliar de gas-cinta de acero-cubre radiales doble-repuestos-focos-altímetro-tacómetro-inclinómetro-radio estéreo-aire acondicionado)? ¿Quién?

El reverendo Love. Él sí. J. Dudley Love, el obispo de Blanding, el capitán de la escuadra de Búsqueda y Rescate.

Ahí va ese hijo-de-su-puta-madre cruzando la pared de fuego con su brillante Blazer aparentemente ileso. Pero el chorro de chispas que salió de un pedazo de madera ardiendo, fue suficiente para detener al segundo conductor del grupo de perseguidores un instante. Siguió el recorrido del vallado hacia el este para flanquear el fuego, seguido por los otros vehículos.

—Ahí siguen.

—Ya lo veo —Smith pisó a fondo el acelerador pero el piso era lo suficientemente irregular como para que su camioneta alcanzase

más velocidad—. ¿Hemos ganado algo de terreno?

—Estamos como al principio.

—¿Y entonces?

—Mira, Seldom, me bajo, déjame en aquellas rocas de allá delante. Les disparo con mis balas de punta hueca a las ruedas y echo a correr como un loco y esta noche nos vemos en Hanksville o en cualquier otro sitio sexy.

—Déjame pensar.

—¿Otra cerveza?

—Estoy tratando de pensar, George. Escúchame. Hay un camino que sube a la antigua mina, que lleva al oeste, y que tal vez se abre en la meseta. No estoy seguro de que sea así. Si no, no tenemos salida. Pero si sí, entonces será fácil que nos pierdan de vista en el bosque. Aunque si no, no tendremos salida.

Hayduke miró adelante.

—Estamos perdiendo mucho terreno, así que si no lo probamos tampoco vamos a tener salida —abrió otra lata de cerveza.

—Pues probemos.

Superaron la curva siguiente, trazada ya en la pared rocosa, y siguieron adelante, seguros de que habría una bifurcación, a la derecha todo roca y ramajes, agujeros de agua y piedra erosionada —la carretera principal, la gran arteria— y al otro lado algo todavía peor y más abandonado.

—Allá vamos —dijo Smith tomando el camino de la izquierda.

Hayduke se llevó la lata de cerveza a la boca.

—Mire, capitán Smith, yo lamento haberle metido en este lío en esta jornada que se nos presentaba tranquila y apacible, así que si para este cacharro y me deja bajarme un minuto, puedo arreglar el asunto con ese querido obispo amigo suyo —dijo Hayduke sacando su Mágnum.

—Ten cuidado que las carga el diablo, George. Ya tenemos bastantes problemas.

—En eso tienes toda la razón —dijo Hayduke deslizando el revólver de vuelta a su bolsillo.

El camión de Smith seguía trotando a pocas revoluciones por ese camino de cabras que llevaba al oeste, un camino casi tan antiguo como la Ley Federal de Minas de 1872. El camino zigzagueaba por

la ladera del talud, entre revoltijos de rocas y cantos rodados, al pie de la amurallada meseta. El paisaje era soberbio sin duda, pero dada su precaria situación difícilmente podían disfrutarlo. El enemigo les acechaba, a pocas millas de distancia, no estaban al alcance de su vista aún, pero iban reduciendo la brecha, empujados por el vigor extra que les había reportado la humillación de que les quemaran los bajos de sus vehículos, y a la vuelta de cualquier curva esperaban verlos —Hayduke and Smith, Inc—. trepando aquel inverosímil sendero como un escarabajo lento.

Y el camino se hacía aún más duro. Smith tuvo que hacer uso de la marcha más baja. La camioneta trepaba a dos millas por hora en pos del refugio salvador —si es que el camino llegaba lo suficientemente lejos—. Excavada en la roca a base de décadas de dinamita, la carretera se deslizaba en pendiente hacia abajo y hacia el exterior —el camino equivocado—. La camioneta siguió, peligrosamente, balanceándose sobre el alambre, al borde del abismo. Hayduke, en la parte de atrás, no hubiera tenido ninguna posibilidad de salvarse si la camioneta derrapaba.

—Oye, Seldom, para este cacharro, me quiero bajar.

—¿Para qué?

—Para hacer algo que va a ralentizar la marcha de esos capullos de la escuadra de Búsqueda y Rescate.

Smith le preguntó:

—¿Se les ve ya?

—No, pero se ve la columna de humo y polvo. El reverendo está en camino.

Smith detuvo la camioneta. Hayduke se apeó de un salto, recuperó su mochila y sacó de ella una palanca de hierro. Se dirigió entonces a la ventana de Smith.

Smith le dijo:

—¿Cuál es tu plan?

—Voy a soltar unos cuantos cascotes en la carretera. Me esperas en la cima. O tan lejos como puedas llegar. Pásame ese juguetito que hay en el bolsillo trasero de mi mochila.

—Vale. Te espero arriba. O no más de un par de millas delante. ¿Que te pase qué?

—La pistola. La pistola. No, no pares, sigue lo que puedas, el sol

se pondrá enseguida, tengo fuerzas para hacer veinte millas con un tiempo tan fresco. La pistola y la cantimplora. Y deja mi mochila arriba.

—Nada de armas.

—Si esos capullos del Rescate y la Búsqueda empiezan a dispararme tengo que responderles.

—No, George, no podemos hacer eso. Sabes cuáles son las reglas.

—Escucha, yo sin esa pistola estoy desnudo como un bebé. —Trató de alcanzarla pero Smith le sostuvo el brazo.

—Nanay. Aquí tienes la cantimplora George.

—Vale, por Dios del cielo. Vete ya, ya llegan. Te veo en un rato.

Smith aceleró. Hayduke cogió su palanca de hierro y se fue a trabajar a la roca más cercana. Más abajo, a unas dos millas de distancia, los cuatro vehículos que los perseguían llegaban a la bifurcación. Se convirtieron en insectos: hombres buscando huellas de ruedas. Dieron con la elección de Hayduke en un segundo. Smith en su camioneta encaraba las cuestas más empinadas, el motor quejándose al máximo de revoluciones, la carga chocándose en su lecho de acero. El ruido fluía en ondas concéntricas hacia los perseguidores que iban a encarar la pared. No había sitio para esconderse.

Hayduke, sin camisa, trataba de arrancar una piedra arenisca haciendo palanca. La roca se deslizó un poco hasta quedar en el centro del camino.

Hay que intentarlo con algo más grande. Dirigió su palanca hacia un bloque gigantesco desprendido del acantilado. Después de unos minutos de lucha tuvo éxito: el bloque se había movido, se había desprendido, había rodado y rodado llevándose en su caída muchos cascotes.

Hayduke se deslizó por el barranco, saliéndose del camino. El bloque de piedra rodó hasta el sendero de *jeeps*, lo cruzó, llegó al borde y volvió a deslizarse por la pendiente, saltando de obstáculo en obstáculo, como una liebre buscando una madriguera donde descansar.

Caras pálidas en las sombras de allá abajo miraban lo que pasaba arriba. Pero Hayduke, triunfal, ya estaba buscando un nuevo

misil que lanzarles. Que vengan. Que vengan aquí, los iba a bombardear con metralla de piedras. La primera roca se había detenido, hecha escombros, al pie de la pendiente. Buscaría otras.

El equipo estaba llegando. Los cuatro vehículos en movimiento, optando por el camino de la izquierda, el sendero que rara vez usaba nadie, siguiendo a Hayduke y Smith. Hayduke se empleó a fondo en dos rocas más grandes aún, y ascendió por el terreno, con la cantimplora en una mano y la palanca de hierro en la otra, el corazón palpitando acelerado, su ancha espalda de color marrón y cubierta de pelo brillando bajo una película de sudor. Trabajo duro: su forma física no estaba en su mejor momento. Menos aún para estar en un campo de tiro. Entre sus omóplatos se le estremecieron unas células con un viejo temblor conocido. Siguió adelante, buscando rocas que desprender. Encontró dos más y se detuvo a arrancarlas desde la base para hacerlas rodar hasta el sendero.

El sol se hundía por fin más allá del borde de la meseta. Una sombra gigantesca como el estado de Connecticut cubría la cálida tierra de piedra, el corazón de la tierra de los cañones. Toda acción parece ralentizar sus engranajes: Smith está a unas dos millas más arriba, preocupado, angustiado, tratando de ponerse a salvo; Hayduke está en medio, con su palanca de hierro, arrancando pedruscos que tira abajo; el reverendo Love y su equipo, además del operario de la Caterpillar con su *pick up* amarilla, se siguen acercando. Ninguno de los pedruscos de Hayduke ha conseguido detener al equipo, el hombre de la Caterpillar también lleva una palanca.

La persecución continúa, más arriba, en lentos movimientos, sin disparos, algunos gritos, nada significativo, hasta que Hayduke alcanza una posición estratégica tres curvas en zigzag más arriba de sus perseguidores: allí estaba lo que estaba buscando.

Se trataba de un bloque compacto de piedra Navajo, forma y tamaño como un sarcófago, hermosamente balanceado sobre un pedestal natural. Respirando hondo y sudando como un caballo, Hayduke lo alcanzó, buscó el mejor punto de apoyo, cuando lo encontró metió la palanca allí, puso todo su peso en el extremo libre de la palanca, probó. La piedra se movió, lista para rodar pendiente abajo. Hayduke esperó.

Arriba, pero fuera de su vista, oía la camioneta de Smith trepando la ladera; a unos miles de pies por debajo y a tres curvas de distancia de donde se encontraba, el primero de los Blazer que lo perseguían llegando a una nueva esquina para seguir subiendo. Era el mismísimo reverendo. El objetivo no tardaría en estar a su alcance.

Avistó a los tres Blazers, que gruñían en la ladera, seguidos por la *pick up* amarilla. Hayduke se preparó. El bloque de piedra crujió, tembló un momento, empezó a darse la vuelta y a rodar. Aunque sabía que lo que debía hacer era correr, Hayduke decidió quedarse a mirar.

El pedrusco rodó por el talud, sobre una masa de desechos, un objeto deforme pero formidable. No ganó mucha velocidad —la línea de caída no estaba alisada, la fricción y las interferencias con los accidentes del terreno eran demasiadas—, pero siguió descendiendo, poderoso y tozudo, como una apisonadora, arrancando otras rocas, adquiriendo seguidores en su caída, satélites, acólitos, escoltas, resultando que no fue una sola piedra sino una red de ellas las que se echaron encima y encontraron a la patrulla de Búsqueda y Rescate del Condado de San Juan (El equipo, por cierto, estaba ya fuera de su jurisdicción, dado que habían traspasado la frontera de su condado justo al cruzar el puente sobre Cañón Narrow).

Los hombres de abajo, detenidos por otro obstáculo en el camino, miraron aquel repentino alud de piedras. Algunos fueron a esconderse debajo de sus vehículos, otros se quedaron paralizados. La mayor parte de los pedruscos pasaron sin golpear a nadie. Pero la roca grande, el peñasco de Hayduke, sí que acertó a machacar la parte delantera del vehículo que encabezaba la persecución: el del reverendo Love. Se produjo un angustioso estruendo de acero, el Blazer chorreó sus jugos vitales internos en todas las direcciones —gasolina, grasa, aceite, refrigerantes, líquidos de frenos— y quedó despachurrado por aquel impacto inexplicable, aplastado contra el suelo como un bicho pisoteado, las ruedas salieron despedidas cada cual hacia donde pudo. La roca se mantuvo en su lugar una vez cazada su presa. En reposo.

La persecución tuvo que interrumpirse: el peñasco y el Blazer

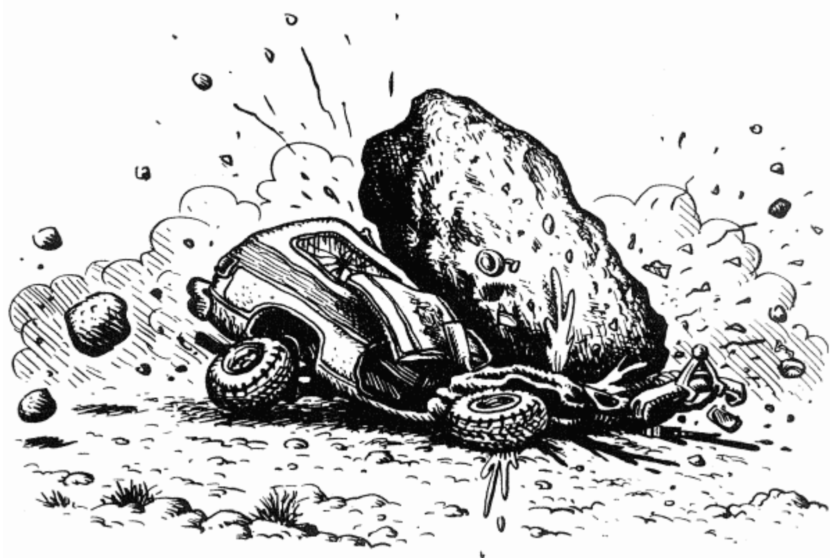
despanzurrado del reverendo bloqueaban el camino a los demás. Hayduke, encantado, observaba a través de una gasa de polvo lo que acontecía abajo, vio el resplandor metálico de unas armas, el fogonazo de unos prismáticos, el movimiento de los hombres a pie.

Huir era lo apropiado. Se agachó para meterse en la parte interna de la carretera, y luego corrió hacia arriba, arrastrando su palanca, hacia el ruido del motor de la camioneta de Smith, sin parar de reírse hasta que alcanzó la cima donde Smith le estaba esperando.

Se sentaron en el borde, las piernas colgando sobre un abismo escarpado de 150 pies, y supervisaron la retirada de la patrulla de Búsqueda y Rescate. Cuando por fin desaparecieron celebraron la victoria con una pinta de Jim Beam que Smith, un mormón reprobable, guardaba para las grandes ocasiones en un compartimiento secreto de su mochila. Luego se hicieron una cena de beicon y guisantes.

Cuando oscureció del todo siguieron su camino guiados por la luz de las estrellas (con los faros apagados para escabullirse de la vigilancia aérea) por los bordes de Orange Cliffs, hacia Happy Canyon, pasado Last's End, y luego hacia el cruce con la carretera de Hanksville.

A medianoche llegaron a Hanksville, una hora y media después Henry Mountains. En algún punto del bosque, decidieron quedarse a pasar la noche y dormir el sueño de los justos. Justo el de los que están simplemente satisfechos.



Se produjo un angustioso estruendo de acero, el Blazer chorreó sus jugos vitales internos en todas las direcciones… y quedó despachurrado por aquel impacto inexplicable, aplastado contra el suelo como un bicho pisoteado.



10. Doc y Bonnie de compras

G. B. Hartung and Sons, Suministros de Minas e Ingeniería. El más joven de los Hartung cargaba Du Pont normal y Du Pont Cruz Roja extra en la nueva furgoneta Buick de Doc. Eran diez cajas enceradas, selladas y lacradas. Detonadores, cables, fusibles de seguridad, mechas, cartuchos. Una carga con aspecto dramático. Estilo. Clase.

—¿Qué va a hacer con todo esto Doc? —quiso saber el chico.

—Fuegos artificiales —le dijo Doc, estampando su firma en el último de los documentos federales—. Lejos del rancho.

—¿En serio?

—Bastante en serio.

Abbzug resopló:

—Tenemos un encargo para explotar una mina —dijo.

—Oh —dijo el chico.

—Treinta encargos.

—He oído que el oro se pone a 180 dólares cuando va a Europa. ¿Piensan exportar sus encargos?

—Así es —dijo Doc—. Ahora métete esto en la boca… quiero decir, en el bolsillo.

El chico miró atentamente el billete.

—Hey, Doc, muchísimas gracias.

—No hay por qué darlas, chaval.

—Vuelve pronto, tan pronto como puedas.

—Lo haremos —dijo Bonnie—. Puto niñato de mierda —añadió cuando ya estuvieron en camino—, he estado a punto de reventarle la boca.

—Vamos, vamos, es sólo un chaval.

—¿Sólo un chaval? ¿Le has visto esa cara llena de granos? Apuesto a que ya tiene la sífilis.

—Eso es más que probable. La mitad de los chavales de este estado ya la tienen. Y la otra mitad tiene gonorrea. Deberíamos tatuar en todos los penes de adolescentes de Nuevo México: Muchachas, examínenlo cuidadosamente antes de introducirlo en la boca.

—No seas vulgar.

—Órganos de la boca —Doc siguió despotricando—. Espiroquetas, gonococos, *Treponema palida*. Consideremos «Syphilis, sive Morbos Gallicus», poema de Girolamo Frascatoro, de alrededor de 1530. El héroe de esta tragedia pastoral en verso era un pastor llamado —no estoy de coña— Syphilus. Como muchos pastores, cayó enfermo de pasión por una oveja de su rebaño, lamento no recordar ahora el nombre. Amo a esta oveja, decía Syphilus, agarrando bien sus patas traseras y colocándolas sobre sus borceguíes, e introduciendo luego su seudópodo en la raja de ella. Los chancros no se hicieron esperar, luego lesiones severas. Murió horriblemente treinta años después. Ese es el origen en la creencia común de cómo la sífilis explotó.

—Quiero un aumento de sueldo.

Doc empezó a cantar:

No necesito chancros que me recuerden,
que soy sólo un prisionero del amor.

—Suenas como si el chancro lo tuvieras en la laringe.

—Cáncer de garganta. Nada por lo que alarmarse. Cuando yo era chaval también quería dedicarme al pastoreo, pero descubrí que las chicas me gustaban más.

—Quiero una transferencia.

—Quiero un beso.

—Te costará caro.

—¿Cuánto?

—Un cono de helado Baskin Robbins con doble de fresa.

—¿Te apetece escuchar mi más perversa fantasía sexual secreta?

—No.

—Me gustaría darle por el culo a una chica Baskin Robbins. Mientras ella sirve la última paletada de chocolate con nueces caramelizadas. Antes del almuerzo.

—Doctor, necesitas un doctor.

—Necesito un trago. Un trago al día te aleja de la psiquiatría. ¿Qué es lo próximo en la lista?

—La tienes en el bolsillo de tu camisa.

—Oh claro, sí. —Doc Sarvis examinó el papel. Bonnie conducía el auto a través del cargado tráfico de Alburquerque. El humo de su puro salía en espirales a través de la ventana abierta de su lado, uniéndose al de la ciudad.

—Manillas de rotor —leyó—, Bosch and Eiseman, tres de cada.

—Las tenemos.

—Abrojos.

—Los tenemos.

—Aluminio en polvo, diez libras. Copos de óxido de hierro, diez libras, magnesio en polvo, peróxido de bario, limpiador Ajax, Tampax… para el alquimista.

—No conozco a ninguno.

—Al farmacéutico. Hay que tomar el Camino de Paracelso, cortar por la calle Fausto cerca de la glorieta Zósimos, para alcanzar la casa de Theofastro Bombastus von Hohenheim.

—Doc, habla en cristiano. Iremos a Walgreen’s.

—Donde le prenden fuego al pobre Bruno el día de Santa Cecilia.

—¿Mejor la droguería de Skagg?

Fueron a Skagg, donde el doctor se prescribió a sí mismo unos supositorios para las termitas, y luego a una ferretería donde compraron los metales en polvo y diez galones de keroseno. (Para el asunto de las vallas publicitarias de carretera). La camioneta estaba cargada hasta los topes de productos químicos («¡Química! ¡Química!», cantaba Hayduke). Doc adquirió una red de camuflaje de 20 por 30 pies en Bob’s Bargain Barn, además de otros artículos de la lista y de una montaña de cosas que ahora le parecían absolutamente indispensables, como un bastón para encender el fuego (en los días de lluvia), unos tirantes de color rojo fuego para sus pantalones, un sombrero de ala ancha de Guatemala para Bonnie, y regalos para Hayduke y Smith: un portalatas térmico y una armónica cromada Hohner. Doc cubrió toda la carga con la red de camuflaje. Luego se llegaron a un negocio de suministros mecánicos y a una copistería, donde compraron los mapas topográficos que les hacían falta.

—¿Ya está todo?

Revisó dos veces la lista.

—Sí. Santa Claus llegó a la ciudad.

Escaparon del calor resplandeciente de la tarde para refugiarse en la fresca y decadente atmósfera de un bar acolchado de vinilo Naugahyde. Hasta las paredes estaban recubiertas: era un encantador manicomio de los viejos tiempos. Velas temblando débilmente dentro de globos rojos. El encargado llevaba una chaqueta color rojo y una pajarita negra. A las cuatro de la tarde estaba lleno de abogados, arquitectos, políticos de la zona. Era exactamente el tipo de lugar que Bonnie detestaba.

—Vaya agujero deprimente —dijo Bonnie.

—Vamos, sólo un trago fresco y nos vamos a casa antes de hora punta.

—No puedes irte a casa. A las cinco tienes que estar en el Centro Médico.

—Exacto. Volvemos a la carnicería.

—Doctor Sarvis —protestó ella con indignación fingida.

—Bueno, querida, así es como me siento a veces —disculpándose—. A veces, querida niña, me pregunto…

—¿Sí? ¿Qué es lo que te preguntas?

Llegó la camarera, con una blusa casi transparente, como si no llevara nada, y una expresión en la cara como si no tuviera expresión. También ella estaba cansada de todo. Trajo las bebidas y se borró, Doc se quedó observando cómo se alejaba. Esos pálidos muslos que adoro.

—¿Sí?

Chocaron los vasos. Doc miró fijamente a los ojos a Bonnie.

—Te amo —mintió. En ese momento su mente estaba a veinte pies de allí. Estaba a miles de millas de allí.

—¿Y qué hay de nuevo en eso?

—Odio esas locuciones *yiddish*.

—Yo odio las declaraciones de amor falsas.

—¿Falsa?

—Y tanto. No estabas pensando en mí cuando lo has dicho. Seguro que estabas pensando en… Dios sabe en qué estarías pensando. En mí no, desde luego.

—Bueno —dijo él—, peleemos pues, es un modo muy delicioso de relajar los nervios antes de una pequeña meniscectomía.

—No sabes cómo me alegro de no ser una paciente tuya.

—Yo también —se tragó de un buche medio *gin tonic*—. De acuerdo, tienes razón. Lo he dicho de una manera demasiado formal, pero en cualquier caso es cierto, te amo, sin ti a mi lado, sería un hombre solo y desesperado.

—Lo has dicho correctamente: a tu lado. Alguien que se dedica a llevar tu agenda y a lavar tus apestosos calcetines. Alguien que se ocupa de que no te metas los pies en la boca y no metas la cabeza en una bolsa de plástico. Alguien que te hace de chofer por la ciudad y que mantiene limpita tu casa y hace una bonita figura luciéndose en la piscina.

—Casémonos —le dijo.

—Esa es tu solución para todo.

—¿Qué hay de malo en casarse?

—Estoy harta de ser tu criada. ¿Te parece que quiero que se haga oficial?

La última observación pareció hacer daño a Doc Sarvis. Se dedicó a sorber cautelosamente lo que quedaba de gin tonic.

—Vale, maldita sea, ¿qué quieres entonces?

—No lo sé.

—Eso me parecía —dijo—, así que mejor te callas.

—Pero sé lo que no quiero —agregó ella.

—Que sea un cerdo, *madam*.

—¿Qué hay de malo en los cerdos? Me gustan los cerdos.

—Me parece que te has enamorado de George.

—No ese tipo de cerdos. No gracias.

—¿Smith? El viejo Seldom Seen, así llamado.

—Bueno, eso es más plausible. Es un hombre dulce. Me gusta. Me parece que sabe tratar a las mujeres. Pero creo que ya está bastante casado.

—Sólo tres esposas. Podrías ser la Esposa Número Cuatro.

—Creo que podría tener cuatro maridos. Y visitarlos una vez al mes.

—Pues ya tienes tres amantes. Hayduke, Smith y el pobre Doc Sarvis. Sin mencionar a todos esos gatitos y pollos y todos los universitarios y *hippies* degenerados que van a verte a ese iglú de plástico que tienes en Sick City.

—Esos son mis amigos. No se parecen a eso que tú llamas mis amantes, aunque supongo que no podrías entenderlo.

—Si tienen las pollas tan poco rectas como sus espinas dorsales puedo entender porqué no se han ganado el estatuto de amantes.

—No sabes nada acerca de ellos.

—Pero los he visto. Todos queriendo ser diferentes de la misma manera. Los antropoides andróginos.

—Lo único que pretenden es tener un modo de seguir su propio estilo de vida. Lo único que pretenden es volver a algo que perdimos hace mucho.

—Porque te pongas un poncho no eres un indio. Que te parezcas a una semilla no te convierte en algo orgánico.

—No le hacen mal a nadie. Me parece que lo que tienes es envidia.

—Estoy cansado de la gente que no le hace mal a nadie. Estoy harto de esa suave pasividad de la gente que no hace nada, que no

emprende nada. Excepto chiquillos.

—Suenas cansado, Doc.

Se encogió de hombros, aclaró la garganta e imitó la voz de George W. Hayduke:

—No me gusta nadie —graznó.

Bonnie sonrió sobre su vaso medio vacío.

—Larguémonos de aquí. Se te hace tarde.

—Vamos —él alargó el brazo, cogió el vaso de ella y se lo acabó. Se levantaron para irse.

—Una cosa más.

—¿Qué?

Doc se arrimó a ella.

—Te amo de todas formas.

—Eso es lo que me gusta de verdad —dijo—. Las ambivalentes declaraciones de amor.

—También soy ambidiestro —dijo Doc, y le hizo una demostración.

—Oh Doc, aquí no, por el amor de Dios.

—¿Cómo que aquí no? ¿Allí entonces?

—Vamos —ella lo empujó fuera de aquel enfermizo manicomio de paredes cubiertas de vinilo hacia el resplandor quemado del frenético tráfico rugiente de Alburquerque.

Hacia el este, más allá de las torres de acero y vidrio y aluminio, las montañas en pie, con su pared de roca desnuda seccionada ahora por un tranvía aéreo y coronada por las espinas de las torretas de televisión. Donde una vez había patrullado a solas el macho cabrío por las peñas, ahora iban y venían los turistas, los niños masticando y dejando el suelo perdido de chicles. Hacia el oeste en el horizonte sombrío, los tres volcanes inactivos, por el momento, se levantaban como verrugas, negras, arrugadas, contra de la bruma de la tarde.

En el *parking* él volvió a asaltarla contra la puerta del auto.

—Dios santo, sí que estás caliente hoy.

—Soy el verdadero unicornio del amor.

Ella lo metió en la camioneta, llena de cosas, maniobró para salir y enseguida estuvo en carretera. Una vez metidos en el tráfico, ella se dejó hacer, las caricias de sus manos grandes y dulces, que,

según se había jactado, demostraron que era ambidiestro. Sin embargo cuando llegaron a la autovía, ella retiró la mano que más abajo había llegado —la tenía entre sus muslos— y pisó a fondo.

—Ahora no —dijo. Doc retiró la mano. Parecía herido.

—Vamos tarde —dijo Bonnie.

—Sólo se trata de una meniscectomía —dijo él—. No es un paro cardíaco. ¿Cómo va a interponerse un menisco entre dos amantes?

Ella se mantuvo en silencio.

—Porque ¿somos todavía amantes, verdad?

Ella no estaba muy segura. Una vaga opresión le nublaba la mente, una sensación de ausencia, de pérdida, de cosas que ya no iba a encontrar.

—Al menos éramos amantes anoche —le recordó él gentilmente.

—Sí, Doc —dijo ella por fin.

Él encendió otro puro. A través de la primera vaharada de humo, que se pegó a la cara interna del parabrisas y el tablero de mandos, contempló, sobriamente, cómo se alzaban, más allá del velo de calima que se extendía desde la ciudad, las murallas de las montañas. Bonnie colocó una mano en una de sus rodillas un instante, y la pellizcó, luego devolvió la mano al volante, para manejar el gran carro con destreza, metiéndolo y sacándolo en un carril o en otro, dependiendo de la gran corriente del tráfico, manteniendo siempre una distancia prudente entre el auto y el que fuera delante. Como diría Hayduke, estaba pensando. Doc no iba a llegar tarde, pero ella tenía mucha prisa. Tenía prisa por perder de vista un rato a Doc.

Pobre Doc: por un instante ella sintió un inmenso cariño por él. Ahora que lo estaba apartando de ella, dejándolo fuera.

No iba a estar mudo mucho tiempo.

—Mira este tráfico —dijo—. Míralos, rodando sobre sus neumáticos de caucho en cacharros que polucionan el aire que respiramos, violando la tierra para darle a sus indolentes culos americanos grasientos un viaje gratis. El seis por ciento de la población mundial consume el cuarenta por ciento del petróleo del mundo. ¡Cerdos! —gritó alzando una mano en la que sólo se veía el dedo corazón extendido, mostrado a los motoristas.

—¿Y qué me dices de nosotros? —preguntó ella.

—Es de lo que estoy hablando.

Lo dejó en el Centro Médico, ala de Neurocirugía, entrada de personal, y luego condujo por calles, rampas y autovía hasta el iglú de plástico en Sick City. Tendría que estar de vuelta para recoger al doctor en cinco horas. De verdad que debería regalarle a este tipo una bicicleta —pensó— pero por supuesto él nunca sabría dónde la había dejado aparcada, por no hablar de que pedalear por aquella ciudad no era algo muy seguro.

Cuando llegó a su casa estaba nerviosa por la tensión de tanto conducir. Entró en sus dominios y descansó un minuto contemplando todo. Todo parecía en orden, silencioso, en su sitio cada cosa, sereno. Om sweet om. Se le acercó su gato con un gemido y se frotó contra su pantorrilla, ronroneando. Lo acarició un rato, luego encendió una barra de incienso y puso algo de Ravi Shankar en el tocadiscos y se sentó sobre la alfombra, las piernas cruzadas en la postura del loto, contemplando el resplandeciente disco dando vueltas a treinta y tres revoluciones por minuto sin cansancio en el bamboleante plato. El sonido del sitar salía de los altavoces y se extendía por toda la estancia sin esquinas. Desde su posición en el suelo el interior de la estancia parecía espaciosa como un planetario; los trozos cristalinos brillaban en la bóveda como estrellas. En las paredes de poliuretano reflejaban la luz del sol de la tarde que caía, radiante e indirecta, llenando la casa con un resplandor de cocaína, suave y difuso.

Cerró los ojos, dejó que la luz radiante se extendiera por su mente. El gato se había tendido entre sus piernas. De fuera le llegaba, transmutado por las paredes, sólo un remoto rumor, el sonido de colmena de la ciudad. Gradualmente fue alejando ese rumor, concentrándose en su propia realidad interior.

La ciudad era ya algo irreal. Doc Sarvis la miraba aún, pero desde la periferia de su consciencia, como si estuviese detrás de una valla, con su nariz roja. Dejó de pensar en él, hasta que quedó convertido en algo nulo, insignificante, vacío. Las últimas vibraciones de la autovía murieron en sus terminaciones nerviosas. Paso a paso fue vaciando su mente, quitando una por una todas las imágenes obtenidas a lo largo del día —las compras, el adolescente lleno de granos, la carga en la camioneta de Doc, la larga mirada

que Doc le echó a las piernas de la camarera, la conversación sin descanso, el viaje al hospital, su tremendo volumen desapareciendo al fin en aquellos corredores sin fin, el pelo del gato frotándose en sus piernas, el sonido del sitar de Shankar, el olor del incienso. Todo fue desvaneciéndose, cayendo hacia la nada mientras se concentraba en sí misma, en su secreto, en su privacidad, en su mantra (a 50 pavos la palabra).

Pero. Una mota, un irritante grano que crecía en una esquina de su consciencia sin esquinas. Los ojos cerrados, las terminaciones nerviosas calmadas, el cerebro en reposo, veía sin parar un atisbo de cabello soleado, un par de ojos verdes mormones y brillantes, un pico de buitre emitiendo hacia ella ondas telepáticas. Detrás del pico, a un lado, un patrón reticulado de puntos danzando que finalmente se resolvería en una imagen, transitoria, pero veraz, de un vagabundo barbudo con ojos como agujeros negros en un banco de nieve que la miraban fijamente.

Bonnie abrió los ojos. El gato se estiró perezosamente. Ella se quedó mirando el disco que seguía dando vueltas en el plato bamboleante —escuchó el mesmérico, lánguido, acentuado, murmurante tema de Ravi Shankar y su sitar hindú, acompañado por el golpeteo de pequeñas manos morenas en la tensada piel de vaca del tambor de un shakti-yoga del Advaita Yedanta. (Bueno, pobre hindú, lo hacía lo mejor que podía).

Bueno, mieeeeerda, pensó la señorita Abbzug. Por Jesús crucificado, pensó. Se levantó. El gato volvió a ronronear frotándose con sus piernas. Ella lo empujó, no muy fuerte, hacia un montón de cojines. La-madre-que-me-parió, pensó Bonnie, estoy aburrida, me aburro, me aburro, dijeron sus labios.

—Necesito acción —dijo suavemente en la serena estancia-útero.

No hubo inmediata respuesta.

En voz más alta, definitiva, desafiante, dijo:

—Ya es hora de un volver al puto trabajo.



11. De vuelta al trabajo

Lo más sensato parecía abandonar Utah durante algún tiempo. Cuando Smith terminó su excursión por las montañas Henry, él y Hayduke se dirigieron al oeste por la noche desde Hanksville, tomando la parte oeste de las montañas, y la polvorienta carretera sur de Waterpocket Fold. Nadie vivía por allí. Alcanzaron Burr Pass y treparon en zigzag a mil quinientos pies de altura, hasta la cima del Fold. Mediada la subida toparon con una indefensa *bulldozer* del Departamento de Carreteras, una Cat D-9, aparcada a un lado del camino. Se detuvieron a descansar y refrescarse.

Tardaron unos minutos tan solo. El trabajo se desarrolló de manera rutinaria. Mientras Smith echaba un vistazo desde la cima de la colina, Hayduke ponía en práctica para perfeccionar todo lo

que había aprendido sobre sabotaje en Comb Wash, añadiendo algo de su propia cosecha: sacar el fuel del tanque y meterlo en una lata, esparcirlo luego sobre el bloque del motor, sobre la carrocería y sobre el asiento del operario, meterle fuego a la máquina.

Smith no aprobaba del todo ese último paso.

—Eso es darle pistas a cualquier hijo-puta que esté vigilando en el cielo en su avioneta —se quejaba.

Miró arriba, a las amables estrellas que miraban abajo. Una cápsula espacial llena de astronautas y otros materiales cruzaba el campo de las estrellas, se incrustaba en la sombra de la tierra y desaparecía. Un jet de la TWA a 29.000 pies de altura, de Los Ángeles a Chicago, pasaba por la franja sur del cielo, visible sólo por sus luces de posición. Ninguna cosa más sobrevolaría esa zona en toda la noche. La ciudad más cercana era Boulder, Utah, 150 almas, treinta y cinco millas al oeste. Nadie vivía más cerca.

—Después de todo —siguió Smith— tampoco consigues mucho. Todo lo que haces es quemarle la pintura.

—Bueno, mierda —protestó Hayduke, demasiado excitado para discutir—. Yo sólo… mierda… ah… una especie de… limpiar un poco…

El «piromántico».

Del feraz resplandor de la máquina moribunda, un caso terminal, les llegó el estruendo de una pequeña explosión. Luego otra. Una fuente de chispazos y partículas de grasa llameante se elevó en el aire de la noche.

Smith se encogió de hombros.

—Vámonos de aquí.

Atravesaron la aldea de Boulder a medianoche. Los que dormían se despertaron por el sonido de la camioneta, pero nadie se asomó a verlos. Giraron hacia el sur y tomaron la carretera de la cadena montañosa tras la bifurcación del río Escalante, que se metía en un cañón de pálida cúpula, unos cien pies de alto, con las características estratificaciones en cruz. La antigua duna se había convertido en roca unos años antes. A unas millas al este de la ciudad de Escalante, Smith tomó un camino a la izquierda de Hole-in-the Rock.

—¿Adonde vamos por aquí?

—Es un atajo para Glen Canyon. Nos llevará al corazón de Kaiparowits Plateau.

—No tenía idea de que hubiera un camino aquí.

—Puedes llamarlo así.

Las luces de las torres de perforación brillaban en la distancia, más allá de las inhabitadas inmensidades de las terrazas de Escalante. De vez en cuando pasaban por señales de metal que indicaban las bifurcaciones a lo largo de la carretera, nombres que les resultaban familiares: Conoco, Arco, Texaco, Gula, Exxon, ciudades de servicio.

—Esos bastardos están en todas partes —gruñó Hayduke—. Vamos a ocuparnos un poco de aquellas torretas.

—Aquello está lleno de trabajadores. Unos esclavos que están en pie desde las cuatro de la mañana para garantizarnos aceite y gasolina para nuestra camioneta y para que nosotros podamos dedicarnos a sabotear la máquina del planeta. Muestra un poco de gratitud.

La luz del amanecer los encontró rodando rumbo al sudeste por la fachada de Fifty Miles Cliffs. Hole-in-the-Rock era una tierra impracticable para los vehículos de motor, pero ellos siguieron su trayecto por una vía para *jeeps* que atravesaba la meseta.

Hayduke vio los geófonos sobre la carretera.

—¡Para!

Smith paró. Hayduke se apeó y se dirigió al geófono más cercano, siguiendo el cable que lo conectaba a los demás. El geófono indicaba la actividad de prospección geológica, la búsqueda de depósitos minerales mediante el análisis del registro de vibraciones sísmicas provocadas por las cargas explosivas en la superficie de la roca, por las explosiones en las bases de las perforaciones. Hayduke aseguró el cable anudándolo al parachoques posterior de la camioneta y volvió a subirse.

—Vale —abrió una cerveza—. ¡Por Jesucristo!, tengo hambre.

Smith arrancó. Cuando la camioneta empezó a avanzar el cable se tensó tras ella y los geófonos empezaron a saltar, arrancados de la tierra, y a correr tras la camioneta, danzando en el polvo que ésta levantaba. Decenas de pequeños instrumentos caros, que quedaron destrozados.

—En cuanto asome el sol nos meteremos algo entre los dientes —dijo Smith—. Deja que lleguemos al bosque y escapemos de este espacio abierto.

Siguieron la pista de *jeeps* y tomaron luego un camino a la derecha, al sur, hacia los altos acantilados. Hayduke vio algo más.

—¡Para!

Smith paró de mala gana. En el frío azul de la amanecida vieron, con creciente curiosidad, a través de media milla de bruma, lo que aparentaba ser una torre de perforación abandonada. Ningún vehículo, ningún movimiento, ninguna luz. Hayduke buscó a tientas los binoculares, los encontró y echó un vistazo para hacerse una idea del panorama.

—Seldom, ahí no hay nadie. Nadie.

Smith miró al este. Las nubes de aquella franja empezaban a tintarse de color salmón rosado.

—George, estamos en campo abierto. Si llegase alguien…

—Seldom, hay trabajo que hacer.

—No me gusta demasiado. No tenemos cobertura alguna si pasa algo.

—Es nuestra obligación.

—Nuestra primera obligación es mantenernos a salvo.

Hayduke le dio vueltas. Era verdad. Había una gran verdad en aquella aseveración, «pero es demasiado hermoso como para dejarlo pasar, mira esa cosa, una preciosa torre de perforación de petróleo y ni un alma en diez millas a la redonda».

—Puede llegar un auto en cualquier momento.

—Seldom. Tengo que hacerlo. Me bajo aquí, y me voy a pie. Tú lleva la camioneta hacia el cañón, escóndela, ponte a hacer el desayuno, mucho café, estaré contigo en menos de una hora.

—George.

—A pie me será fácil escapar. Si cualquiera viniese me escondo entre los matorrales y esperaré hasta que llegue la noche. Si no te alcanzo en un par de horas, te vas al bosque y allí me esperas. Deja alguna señal en cada bifurcación para que sepa por dónde andas. Cogeré mi mochila.

—Vale, George, maldita sea…

—No te preocupes.

Hayduke cogió de la parte de atrás de la camioneta su mochila con comida, agua, herramientas, el saco de dormir —todo empaquetado y listo—. Desde la parte trasera, si miraba atrás, podía verse en media milla unos veinte mil dólares en geófonos esparcidos por la tierra polvorienta, a la espera de ser retirados.

—Los geófonos y el cable —dijo.

—Me ocuparé de ellos —respondió Smith.

Hayduke se internó en la maleza que le llegaba a la cintura. Smith se puso en camino y recogió todo el equipo de la compañía petrolífera que habían dejado tirados en la carretera. Una suave niebla de polvo se levantó en el aire, flotando como perlas de oro contra la luz.

A mitad de camino de su objetivo Hayduke tomó el trazado de camiones que llevaba a la torreta. Imprimió más velocidad a sus pasos, la mochila bien sujeta a sus espaldas. Estaba cansado, hambriento, demasiada cerveza en la barriga enferma que le había plantado un punto de luz en la cabeza, pero la adrenalina y la emoción y los altos y nobles propósitos lo mantenían alerta.

La torre de perforación. No había nadie. Subió a la pasarela de hierro de la plataforma. Bastidores de seis pulgadas de tubería puestas en pie estaban en una esquina de la torre. Las pinzas de las tuberías estaban atadas con cadenas. El agujero de la perforación estaba a la vista, cubierto apenas por una malla metálica que Hayduke retiró. Echó un vistazo abajo a la negrura del agujero. Algunos de aquellos hoyos, lo sabía bien, entraban hasta seis millas en las entrañas de la tierra, unos 30.000 pies, más profundos que alto es el Everest. Alcanzó su próximo objetivo, una llave de dos pies de alto, y la arrojó al agujero.

Pegó el oído al agujero y escuchó. La caída de la llave producía un agudo silbido que iba creciendo paulatinamente hasta cobrar la intensidad de un grito. Imaginó, sin quererlo, la caída de una criatura viva en aquel tubo, con los pies por delante, mirando allá arriba aquel punto de luz que significaba esperanza y aire y espacio y vida. No oyó o no pudo oír el sonido de la llave pegando contra el fondo del agujero.

Hayduke buscó otros misiles. Había llaves, cadenas, brocas, trozos de tubería, pernos, barras de hierro, escalpelos de acero. Lo

fue lanzando todo al agujero negro. Todo lo que encontrara fue a parar al tubo sin fondo. Incluso trató de descolgar una de las tenazas encadenadas y luchó por soltarla pero era demasiado trabajo para un solo hombre. Hubiera necesitado al encargado de la torre, en el pequeño pasadizo a ochenta pies de altura, para que se ocupara del otro extremo.

Harto ya de lanzar cosas al interior del agujero, volvió su atención al gran motor diésel Gardner Denver que alimentaba la unidad de perforación rotatoria. Rompió la caja de herramientas de la perforadora, encontró la llave que necesitaba, se tiró al suelo, practicó un agujero en cada depósito para drenar el aceite. Luego puso en marcha el motor y el aceite empezó a derramarse.

No había mucho más que pudiera hacer con sólo sus manos. Con unos explosivos podría haberle prendido fuego a las patas de la torre, podría hacerla estallar. Pero no tenía.

Hayduke dejó su firma en la arena: NEMO. Le dio un sorbo a su cantimplora y echó un vistazo afuera. El desierto vacío de toda presencia humana que no fuera la suya. Gorriones de cuello negro cantaban en la artemisa. Filos de sol llameaban en los bordes de Hole-in-the Rock. Un país sagrado por el que él tenía que hacer exactamente lo que estaba haciendo. Porque alguien tenía que hacerlo.

Caminó hacia el cañón y los acantilados, dirigiéndose hacia la carretera que había tomado Smith. El motor del equipo de perforación se lamentaba allá atrás, muriéndose. Mientras avanzaba se agachaba de vez en cuando a coger unas hojas de salvia y hacerlas polvo entre sus dedos, azul plateado y verde grisáceo. Le encantaba la fragancia de especia de la salvia, ese olor raro que evocaba en su interior el mundo entero del cañón, la meseta y el interior de las montañas, lleno de luz de sol y panoramas visionarios.

Vale pies grandes, de acuerdo capullo enterado, aquí está la pista de *jeep*, ahora vamos a la vagina del cañón hasta el útero de la meseta y ¿dónde estará nuestro colega capullo Seldom Smith?

La respuesta apareció tras la siguiente curva: los geófonos arrancados en media milla de geófonos, propiedad de Standard Oil of California, tendidos en el polvo y las rocas. Los fue recogiendo

conforme avanzaba siguiendo la cadena que llevaba a un bosque de pinos donde estaba la camioneta. No había nadie allí. Pero el olor del café del *cowboy* recién hervido y expandiendo su amarga esencia, el olor del beicon friéndose, le proporcionó la localización de Smith.

—Has olvidado algo —dijo Hayduke, echando el inmenso cúmulo de cables y geófonos al suelo.

Smith se levantó del suelo. El beicon crepitaba. El café humeaba.

—Por los clavos de Cristo. Un olvido bastante patético —dijo.

Escondieron todo aquello bajo unas rocas de un barranco donde la próxima riada las enterraría del todo bajo toneladas de arena y grava.

Después del desayuno, sin sentirse aún del todo inmunes al descubrimiento y la interrogación, se dirigieron a la cima de la meseta, un bosque de pinos amarillos y robles, alto y fresco. Dejaron la carretera principal y tomaron un camino sin salida, en el que borraron sus huellas con rastrojos y escoba. Se tendieron a la luz del sol que les llegaba filtrado por las ramas de los pinos, indiferentes a las hormigas, las ardillas que escarbaban, las galaxias de mosquitos que danzaban en los rayos de sol. Se durmieron.

Se levantaron a mediodía, almorzaron queso fundido y galletas, mojando las galletas en una cerveza barata. Nada de Coors. En camino de nuevo, avanzando por los bosques, se atiborraron de manzanas para el desierto.

Hayduke, que nunca había estado en Kaiparowits Plateau antes, que nunca antes la había visto sino desde detrás del sistema de cañones, quedó sorprendido al descubrir una vasta, amable, fragante y forestada isla de tierra. Sin embargo, protegido sólo por la ramita más débil del Departamento de Interior de los Estados Unidos, era una zona codiciada por varios consorcios de compañías petrolíferas, compañías eléctricas, empresas carboníferas, constructores de carreteras, especuladores de terreno: Kaiparowits Plateau, como Black Mesa, como las altas planicies de Wyoming y Montana, arrostraba el mismo ataque que había devastado Appalachia.

Hacia otras partes. Las nubes pasaban, como frases y párrafos, como incomprensibles mensajes en un idioma inquietante, a través

de las crestas boscosas, por encima de los acantilados sin escala, más allá de los deshabitados campos de las mesetas, seguidas por sus fieles sombras que fluían sin esfuerzo, sin pararse en las grietas por las que cruzaban, las hendiduras, los pliegues, las peñas de la tierra de Utah.

—¿Todavía estamos en Utah?

—Así es, camarada.

—Otra cerveza pues.

—No hasta que crucemos la frontera de Arizona.

La carretera se aferraba a la columna vertebral de la cordillera, haciendo eses en bucles sinuosos hacia los humos azules de Smoky Mountain donde estaban los depósitos de carbón, incendiados por la iluminación de algún interminable mediodía estival de mil —¿diez mil?— años antes, humeando en el interior de la superficie de los hombros de la montaña.

Tenían la impresión de que nadie les seguía. ¿Por qué habrían de tener otra impresión? No habían hecho nada mal, todo lo que habían hecho lo hicieron correctamente.

Abajo, en el terreno alcalino donde sólo crecía la cholla y el chamizo, se encontraron con un pequeño rebaño de vacas deambulando hacia tierras más altas. Carne vagabunda buscando problemas. Lo que Smith solía llamar, alces lentos, recordándolos con satisfacción como suministro de carne en el que se podía confiar en los tiempos más duros. ¿Cómo podía sobrevivir ese ganado en este erial? Pues porque ese ganado era el que había convertido todo esto en un erial. Hayduke y Smith coquetearon varias veces para sacar las viejas tenazas y cortar las alambradas.

—Nunca puedes equivocarte cuando cortas una alambrada —diría Smith—, especialmente las alambradas de las ovejas (¡Clunk!). Pero tampoco con las de las vacas. Ninguna alambrada.

—¿Quién inventaría el alambre de púas? —preguntó Hayduke (¡Plunk!).

—Un tío llamado J.F. Tilden lo hizo, lo patentó en 1874.

Un éxito inmediato el alambre de púas. Ahora los antílopes morían a miles, el macho cabrío caía a cientos cada invierno desde Alberta a Arizona, dado que los cercados le impedían escapar cuando llegaban las tormentas de nieve o las sequías. Y los coyotes

también, y las águilas doradas, y los soldados paletos que se enganchaban en el alambre de púas, víctimas del mismo mal que se expandía por el mundo entero, colgando de aquel acero con tétanos y púas.

—No puedes hacer ningún mal si te cargas una alambrada —repetía Smith, empleándose a fondo en su tarea (¡Ping!)—. Hay que cortar todas las alambradas. Esa es la ley en el oeste del meridiano. En el este eso no le preocupa a nadie. De todas maneras allí todo está perdido. Pero en el oeste, cortar alambradas. (¡Plang!).

Llegaron a Glen Canyon City, población de 45 habitantes contando los perros. La única tienda del pueblo estaba cerrada, y el esperanzador cartel colgaba ahora de un clavo oxidado en la puerta, tambaleándose con el viento. No tardaría en caerse. Sólo la cafetería y el surtidor de gasolina seguían abiertos. Smith y Hayduke pararon a echar gasolina.

—¿Cuándo se termina de construir esa planta de cuarenta millones, Jefe? —le preguntó Hayduke al tipo de la manguera (Texaco, 55 centavos por galón, una estafa a mitad de precio). El viejo, de mandíbula floja y mirada flemática, lo observó con desconfianza. Hayduke con su aspecto de oso salvaje, cubierto de pelo, el ancho sombrero de cuero: suficiente para inspirar sospechas en cualquiera.

—No lo sé con exactitud —respondió el viejo—. Esos malditos colegas ecologistas están alargándolo lo que pueden.

—Porque no quieren que se les degrade el puto aire, ¿es ese el problema?

—Porque son unos ignorantes hijos-de-puta. ¿No tenemos aquí más aire del que podamos respirar? —alzó una mano hacia el cielo—. Mire arriba, más aire del que quepa en los pulmones de quien sea. ¿Cuánto?

—Lleno.

El viejo llevaba puesto su uniforme verde y blanco con la insignia de Texaco. El original, la última vez que parecía haberse lavado fue durante las lluvias de agosto de 1972. En las mangas llevaba la estrella roja de la Texas Company, y en letras rojas, bordadas sobre el bolsillo de la camisa su nombre: J. Calvin Garn. (Siempre puedes reconocer a un capullo por esa inicial inicial). Los

pantalones le colgaban amplios y huecos en esa parte donde deberían haber estado las nalgas. Calvin parecía no tener. Un viejo, amargado, al que no le preocupaba carecer de culo. Puedes confiarle tu auto al hombre que lleve la estrella según decía el eslogan, siempre y cuando tuviera un culo.

—Claaaro, pero quizás esté bien conservar algo de ese aire para toda esa gente del este y de California.

—Bueno, de eso no sé nada —dijo el viejo. Los ojos legañosos se le encogían con el vapor de la gasolina—. Lo que hay aquí es aire nuestro y me parece que sabemos mejor que nadie lo que podemos hacer con él. Lo que no queremos es a los sabihondos del Sahara Club diciéndonos lo que tenemos que hacer con nuestro aire.

—Vale, pero míralo de este modo, Calvin, si mantienes tu jodido aire aquí la mitad de limpio, lo podrás vender a los tipos de la ciudad como agua potable.

—Eso ya lo pensamos, y no hay suficiente dinero en ese negocio.

—Se lo puedes meter por las narices en cuanto crucen la frontera del estado.

—Ya lo probamos y no había dinero en eso. Había un montón de costes y todos los permisos que tenías que pagarle al puto Estado. ¿Quiere que le mire el aceite?

Fueron hasta Wahweap Marina, cruzaron la frontera de Arizona, y recogieron el *jeep* que Hayduke había dejado allí semanas antes. Había decidido que ahora lo quería, especialmente lo que había dentro. Lo arrancó y siguió a Smith hasta el puente de Glen Canyon. Aparcaron, se apearon y caminaron hacia el centro del puente para rezar.

—Vale, Dios, he vuelto —empezó Seldom, arrodillado, con la cabeza inclinada—. Soy yo otra vez, y ya veo que no has hecho nada para acabar con la presa. Y sabes tan bien como yo que si esos malditos tipos del Gobierno llenan esa presa de agua van a cargarse otros cañones, van a ahogar más árboles, van a anegar otras poblaciones y sumergir a otros vecindarios. ¿Cómo va a correr el agua libremente bajo el Rainbow Bridge si tú dejas que esos hijos de puta llenen la presa? ¿Vas a dejarles hacerlo?

Algunos turistas se detuvieron a mirar a Smith, uno de ellos llevaba una cámara. Hayduke, que se mantenía en guardia, colocó

una mano sobre el pomo de su cuchillo y los miró. Ellos se fueron deprisa. La vigilante no apareció esta vez.

—¿Qué me dices, mi Dios? —preguntó Smith. Hizo una pausa, abriendo un ojo y dirigiéndolo al cielo donde una procesión de nubes, en perfecta formación, como una armada de galeones, flotaba hacia el este empujada por la brisa, lejos del alcance de los rayos de sol que empezaban a despedirse trayendo la noche.

No hubo una respuesta inmediata. Smith inclinó la cabeza y siguió con su súplica, las rodillas en el frío cemento, sus manos oscuras formando un templete dirigido hacia el cielo.

—Todo lo que necesitamos ahora, Dios, es un seísmo preciso y pequeño. Sólo una grieta quirúrgica. Lo puedes hacer ahora mismo, en este preciso instante, a George y a mí no nos importa caer con este puente y con todos esos extraños que vienen aquí desde cualquier punto de la Union para admirar esta gran obra del hombre. ¿Qué me dices?

Ninguna respuesta al menos que alcanzase su ojo, su oído o cualquier otro de sus sentidos.

Después de otro minuto de espera Smith detuvo su plegaria mormona y se puso en pie. Se asomó al parapeto del puente junto a Hayduke y echó un vistazo a la cóncava inmensidad de la fachada de la presa. Después de unos minutos de meditación habló Hayduke:

—Sabes, Seldom —le dijo—, si pudiéramos llegar al corazón de esa hija-de-puta.

—Esa presa no tiene corazón.

—De acuerdo. Si pudiésemos alcanzar sus entrañas. Si me diese un corte de pelo y un afeitado y me pusiera un traje y una corbata y llevase un cartabón y me pusiera un casco amarillo como los que llevan los ingenieros de reparaciones, quién sabe, a lo mejor podría llegar hasta la sala de control cargado de buena mierda, TNT o algo así…

—No puedes hacer eso, George. Tienen vigilantes. Mantienen cada una de sus puertas bien custodiadas. Tendrías que conseguir una tarjeta de identificación. Tienen que conocerte, la seguridad es alta. E incluso si consiguieras colarte y llegar, una pequeña sacudida de dinamita tampoco le iba a hacer mucho daño a ese

monstruo.

—Pienso en el centro de control. Tiene que haber un modo de llegar. Y una vez allí se trata de abrir las compuertas y dejar salir todo el agua y sellarlas para que no puedan pararlo.

Smith sonrió tristemente:

—Es una hermosa idea, George, pero servirá de poco, volverán a llenar la presa. Lo que necesitamos son tres yates, grandes como *jumbos*, cincuenta o sesenta pies de eslora, como los que usan los millonarios. Los llenamos de fertilizantes y carburante diésel. Luego cruzamos el lago tranquilamente, a plena luz del día, con esa novia tuya, Miz Abbzug, tomando el sol en cubierta con su minúsculo bikini negro.

—Sí, la chica en el yate con sus grandes tetas.

—Esa es la idea. Que parezca lo más natural. Nos vamos acercando como sin querer la cosa a aquel cable de allí, se ve bien desde aquí, que tiene el propósito de mantener lejos las embarcaciones de la presa, y lo cortamos. A plena luz del día.

—¿Y cómo vamos a cortarlo?

—Maldita sea, no lo sé, eres tú el Boina Verde, cortar ese cable es competencia tuya. Luego dirigimos la embarcación a la presa, y una vez colocada a la distancia justa pisamos a fondo de manera que la embarcación se estrelle contra la base de la presa, y bajo el agua la seguimos moviendo hasta que choque contra el hormigón.

—Ya, y si lo hacemos qué pasa con Bonnie y su minúsculo bikini negro, qué pasa con nosotros.

—Nos escapamos remando en canoa, mientras desenrollamos el cable de conexión al detonador de la carga.

—A plena luz del día.

—Lo podemos hacer a las dos de la mañana, en una noche tempestuosa. Así llegaríamos a la ribera, conectamos el cable de la casa flotante a un detonador eléctrico y hacemos explotar la carga en la base de la presa.

—Y la carga liberará un millón de toneladas de agua.

—Eso es George. Hasta luego presa de Glen Canyon. Bienvenido Glen Canyon, bienvenido viejo río Colorado.

—Hermoso, capitán Smith.

—Gracias, George.

—Pero no funcionará.

—Probablemente no.

Volvieron a sus vehículos y subieron la colina para llegar al supermercado donde abastecerse de provisiones. Eso hicieron, carne y verduras en paquetes congelados, pararon a tomarse un trago rápido en el bar más cercano. Estaban festivos, encantadores, alegres. No había nadie salvo obreros de la construcción con sus cascos puestos, algunos conductores de camión con sus camisetas sudadas, un buen número de *cowboys* con sus sombreros sudados.

Hayduke se metió de un golpe un viaje de Jim Beam y lo acompañó con una jarra de Coors. Se limpió la barba y miró a la multitud, de espaldas al bar, junto a su viejo amigo Seldom Seen. Cuando paró la música del *jukebox* un momento —Tenesse Ernie Ford, Engelbert Humperdink, Hank Williams Jr., Merle Haggard, Johnny Cash, Johnny Paychek y por el estilo—, Hayduke habló, dirigiéndose al dueño del bar en voz alta:

—Hola. Me llamo Hayduke. Soy un *hippie*.

Smith se puso rígido, mirándose en el espejo de detrás de la barra.

Unos cuantos *cowboys*, camioneros y obreros de la construcción se quedaron contemplando a Hayduke y luego volvieron a sus apacibles conversaciones. Hayduke pidió que le sirvieran otra jarra. Se la bebió. Cuando el *jukebox* volvió a hacer una pausa entre dos canciones, Hayduke volvió a hablar. Claramente.

—Mi nombre es Hayduke —gritó—, y soy una maricona. Voy descalzo en verano. Mi madre estafa a la seguridad social y quiero deciros chicos que estoy feliz de estar aquí, porque si no fuese por hombres como vosotros yo tendría que trabajar para vivir. Todo lo que hago es leer libros sucios, drogarme y perseguir niñitas.

Smith buscó rápidamente con la mirada la salida más cercana.

Hayduke esperó. Hubo unas cuantas sonrisas, unas cuantas miradas contemplativas, pero ninguna respuesta significativa, directa, profunda. Los camioneros, los *cowboys*, los obreros de la construcción, incluso el dueño del bar, cada pequeña pandilla allí congregada, lo ignoró. A él, George Washington Hayduke, *hippie* marica gritón.

—Fui sargento de los Boinas Verdes —explicó—, y puedo

patearle el culo a cualquier chupapollas de este sitio.

Este anuncio produjo unos segundos de respetuoso silencio, y algunas miradas escandalizadas. Hayduke paseó su mirada por los rostros del lugar, listo para seguir, pero otra vez el *jukebox* lo interrumpió, rompiéndole el discurso.

Smith le cogió del brazo:

—Vale, George, lo has hecho bien. Ahora vámonos de aquí. Cagando leches.

—De acuerdo, maldita sea —dijo Hayduke—, pero primero tengo que mear.

Se volvió, vio el pequeño letrero que decía «TOROS», en una puerta junto a la que había otra con el cartel «VACAS», encontró el pomo de la puerta y se encerró en el cubículo de luz úrica. El urinario color riñón resplandecía ante él —apaciblemente— como una fuente de agua bendita. Meó con entusiasmo —o ese éxtasis liberador, esa descarga mística— y leyó la etiqueta de la máquina expendedora atornillada a la pared:

¡Mejore su vida personal!
Embárquese en una Nueva Aventura
con SAMOA
El exótico profiláctico nuevo
en colores de los Mares del Sur.
Rojo Ocaso, Negro Medianoche,
Amanecer Dorado, Mañana Azul,
Verde Siesta Nueva Sensación y nuevo Placer
Especialmente Lubricado
¡Los colores no se borran por mucho que los frote!
Ayude a erradicar enfermedades venéreas.

Una vez fuera, al resplandor de la luz del sol, a través de los vapores de calor que flotaban en planos sobre el asfalto y el hormigón, Hayduke de nuevo se quejaba. Smith condescendía:

—Es esa nueva revolución sexual, George —le explicó—. Ha llegado también a Arizona. Ahora hasta los camioneros y los obreros de la construcción pueden follarse un culo cuando quieran.

—Pues vaya mierda.

—Hasta los *cowboys* pueden echar un polvo.

—Mierda.

—Ahí está tu auto, George. Ese *jeep*. No entres por la ventana. Abre la puerta.

—La puerta no se abre —se encaramó al *jeep* por la parte de la ventana, y asomó su espantosa cabeza—. No me gusta un pelo —dijo.

—Pues así es como es, George. No quieren meterse en peleas nunca más. Están guardando todas sus fuerzas para la marcha de la noche.

—¿Ah sí? Mierda. ¿Dónde vamos pues?

—Sígueme.

—Sí, quizá sea lo que yo necesito.

—La veremos mañana, George. Quizá podamos llevarla a que se bañe en alguna alberca de los Navajo con su bikini negro minúsculo.

—¿Y a quién le importa eso? —dijo Hayduke, filósofo y mentiroso.

Se estrecharon las manos una vez más, a la manera de los alpinistas, un apretón fuerte cogiendo la muñeca peluda del otro, empalmando huesos, tendones, venas y músculos. Luego, Hayduke dio con su *jeep* una vuelta completa en el supermercado antes de coger la carretera y marchar al sur, tras Smith, las gomas chirriando sobre las estilosas rayas blancas del asfalto quemado.

Para salir de la ciudad tuvieron que dejar atrás la calle en forma de media luna de Jesus Row, donde las trece iglesias ecuménicas (todas cristianas, obviamente) de Page se alineaban hombro con hombro, sin que las interrumpieran ningún objeto más secular que los coches abandonados en los *parkings* donde los borrachos y marginados navajos estaban tendidos entre los yerbajos y las botellas de vino rotas.

Page, Arizona: trece iglesias, cuatro bares. Cualquier ciudad que tenga más iglesias que bares, tiene un problema. Esa ciudad se está buscando problemas. Y allí estaban tratando de separar a los cristianos de los indios. Como si a los indios no les fuese ya suficientemente mal.

A unas veinte millas de la ciudad ellos se salieron de la autopista para acampar y hacer noche y prepararse la cena con el fuego limpio que le procuraran unas ramas de junípero. Solos, en la

extensión dorada del desierto navajo, lejos de cualquier hogar, de cualquier poblado indio, se comieron sus judías iluminados por la flama de uno de los mejores ocasos servidos por Dios en Arizona.

Mañana se reencontrarían con Doc y Bonnie. Luego irían a Black Mesa para tener una charlita con la Peabody Coal Company y la Black Mesa and Lake Powell Railroad. ¿Y luego? Era mejor no especular. Mearon, eructaron, se tiraron pedos, se rascaron, gruñeron, se cepillaron los dientes, desenrollaron sus sacos de dormir en el piso de arena y se dispusieron a pasar la noche.

Smith se despertó pasada media noche, con Escorpio ya desvanecido y Orion elevándose. Lo despertaron los quejidos que procedían del saco vecino. Levantó la cabeza, miró en la oscuridad a través de la luz que emitían las estrellas, y vio que Hayduke tenía espasmos, parecía buscar a tientas, lo oyó llorar:

—¡No! ¡No! ¡No!

—Hey, George.

—¡No!

—George…

—¡No!, ¡no!

Atrapado en una pesadilla, Hayduke temblaba, gemía, no paraba de moverse en el interior de aquel saco de momia procedente del ejército. Smith, incapaz de alcanzarlo sin salir de su propio saco, se arrastró fuera, golpeó a Hayduke en el hombro. Instantáneamente los gemidos se detuvieron. Los ojos se adaptaron a la escasez de luz, Smith vio el brillo apagado del cañón cilíndrico de la Mágnum 357 de Hayduke, repentinamente saliendo del saco de dormir. El hocico del arma se volvió hacia él, buscando un objetivo.

—George, soy yo.

—¿Quién eres?

—Yo, Smith.

—¿Quién?

—Por Dios santo, George, despierta.

Hayduke se quedó callado un instante.

—Estoy despierto.

—Estabas teniendo una pesadilla.

—Lo sé.

—Deja de apuntarme con esa maldita pistola.

—Alguien tiró algo.

—Fui yo, estaba tratando de despertarte.

—Ya, vale —Hayduke ocultó el arma.

—Te estaba haciendo un favor —dijo Smith.

—Sí, vale, joder.

—Vuelve a dormir.

—Sí, vale. Sólo que… Seldom, no vuelvas a despertarme así.

—¿Por qué no?

—No es seguro.

—Y cómo se supone que tengo que despertarte.

No hubo una inmediata respuesta por parte de George Hayduke.

—¿Cómo se supone que es la manera segura de despertarte? —dijo Smith.

Hayduke se quedó pensando un rato.

—No hay ninguna manera segura de hacerlo.

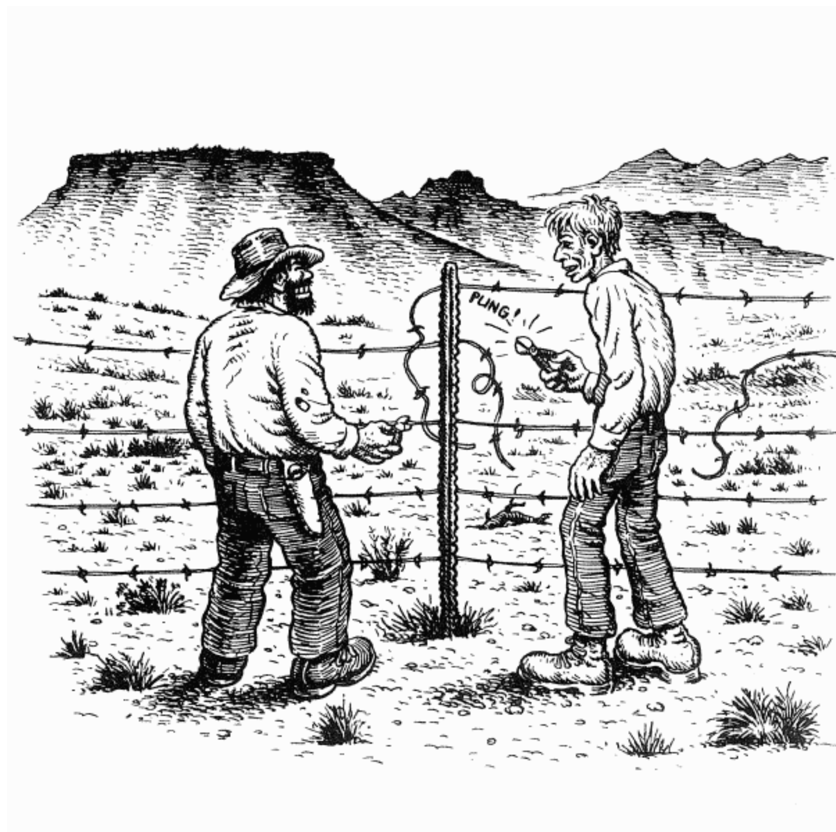
—¿Qué?

—No hay ninguna jodida manera segura de despertarme.

—De acuerdo —dijo Smith—. La próxima vez me limitaré a partirte la cabeza con una piedra.

Hayduke se quedó pensando.

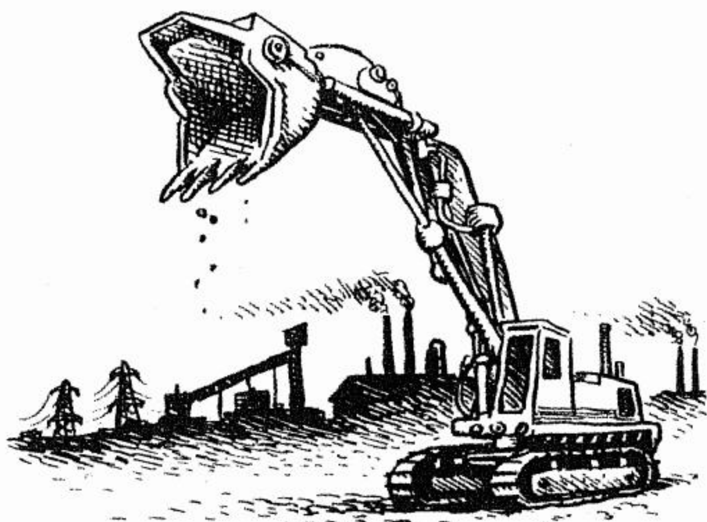
—Sí, puede que esa sea la única manera segura.



—No puedes hacer ningún mal si te cargas una alambrada —repetía Smith, empleándose a fondo en su tarea (¡Ping!)—. Hay que cortar todas las alambradas. Esa es la ley en el oeste del meridiano.



Algunos turistas se detuvieron a mirar a Smith, uno de ellos llevaba una cámara. Hayduke, que se mantenía en guardia, colocó una mano sobre el pomo de su cuchillo y los miró. Ellos se fueron deprisa.



12. El brazo del Kraken

Inspeccionando el objetivo, los cuatro magníficos se dirigieron desde el altiplano de Betatakin, más allá de los bosques de juníperos y de las dunas de arena, a la autopista que los llevaba al cruce con Black Mesa. La señorita Abbzug iba al volante: confiaba en que nadie más condujese la extravagante furgoneta Buick de 9955 dólares (menudo carro, Doc, le dijo Smith. Doc se encogió de hombros: es sólo un medio de transporte). Aparcaron en la cafetería del cruce —a pesar de las objeciones de Bonnie— para tomar café y refrescarse intelectualmente.

Abbzug pensaba que no era muy sensato dejarse ver en un lugar público que estaba tan cerca del escenario de su próximo objetivo.

—Somos criminales ahora —dijo—, y debemos empezar a

comportarnos como criminales.

—Eso es verdad —dijo Doc, encendiendo el segundo puro del día—. Pero George necesita su sustento químico.

—Mierda —dijo Hayduke—. Lo principal es que hagamos el jodido trabajo y nos larguemos de una puta vez.

Bonnie se quedó mirándolo a través del humo de su cigarrillo. Estaba especialmente hermosa esa mañana: lucía fresca como una rosa, los grandes ojos violetas brillaban con exuberancia y buen humor, la melena fragante y rica tenía el tono de las castañas caramelizadas, proyectaba reflejos cobrizos de whisky escocés.

—¿Por qué? —dijo ella, dirigiéndose a Hayduke con severa indiferencia, con una de sus miradas láser—. ¿Por qué lo haces? —le arrojó un anillo de humo a la cara—. ¿Es que no puedes terminar una sola frase sin soltar una palabrota?

Smith se echó a reír.

Hayduke, bajo el pelo y la cara quemada por el sol, pareció contrariado. Tenía expresión de disgusto.

—Bueno, mierda —dijo—, joder, no lo sé, supongo… bueno, mierda, si no digo palabrotas no puedo hablar.

Una pausa.

—No puedo pensar en serio si no digo tacos.

—Eso es exactamente lo que creía —dijo Bonnie—. Eres un tullido verbal. Usas las obscenidades como muleta. La obscenidad es una muleta para los tullidos mentales.

—Joder —dijo Hayduke.

—Exactamente.

—Que te jodan.

—¿Lo ves?

—Vale, vale —dijo Doc—. Haya paz. Tenemos trabajo que hacer, amigos, y la mañana se nos marcha —llamó a la camarera, le trajeron la cuenta, buscó en su cartera y sacó la tarjeta de crédito.

—Metálico —murmuró Hayduke—, paga en metálico.

—Vale —dijo Doc.

Fuera, se abrieron paso entre manadas de ajetreados turistas genuinos y entre genuinos y nada ajetreados indios hacia el gran auto negro con matrícula de California. ¿California? Por la mañana temprano, Hayduke y Bonnie habían «tomado prestadas» las placas

de las matrículas de automóviles de turistas en tres diferentes estados y las habían colocado —temporalmente— en sus propios vehículos. Asumiendo, por supuesto, que los que habían perdido las placas no lo notarían en cientos de millas.

Bonnie conducía, fueron por la carretera hasta el borde de Black Mesa. Desde un punto alto cercano a la carretera, con los binoculares, inspeccionaron el esquema del sistema de transmisión carbonífero.

Hacia el este, más allá de las crestas onduladas de la superficie de la meseta, se extendían en continua expansión las minas a cielo abierto de la Peabody Coal Company. Cuatro mil acres que antes fueron tierras de ovejas y de vacas, y que ahora habían sido evisceradas: otros cuarenta mil acres ya habían sido entregados en concesión. (Los había cedido la Nación Navajo, representada por el Departamento de Asuntos Indios bajo la jurisdicción del Gobierno de los Estados Unidos). El carbón era excavado con gigantescas palas eléctricas y máquinas dragadoras, la más grande de las cuales tenía una capacidad de 3600 pies cúbicos. Se cargaban camiones con el carbón extraído, los camiones recorrían una pequeña distancia hasta el depósito de procesado, de donde salía, lavado y empaquetado, una parte del cual iba hacia la central eléctrica que estaba cerca del lago Mohave, Nevada, y el resto se transportaba en un convoy a las torres de almacenaje de la empresa ferroviaria BM & LP, que a su vez se encargaba de llevar el carbón ochenta millas más allá, a la Central Navajo, cerca de la ciudad de Page.

Smith y Hayduke, Abbzug y Sarvis estaban especialmente interesados en el tren de mercancías, que parecía el eslabón más débil de todo el sistema. Había noventa millas desde la mina hasta el punto al que llegaba el ferrocarril. En la mayor parte de esa distancia, el convoy era vulnerable, corría pegado al suelo, apenas escondido por juníperos y pinos piñoneros, desprotegido. Desde el borde de la meseta descendía al nivel de la autopista donde se elevaba otra vez, sobre la autopista y hacia la cima de los cuatro silos de almacenamiento. La cinta corriendo sobre los rodillos, todo el aparataje accionado eléctricamente.

Se sentaron y contemplaron aquel potente motor en acción que transfería una media de 50.000 toneladas de carbón diarias

haciéndolo atravesar la meseta, bajar a la llanura y subir a las torres. Cincuenta mil toneladas. Todos los días. Durante treinta, cuarenta, cincuenta años. Todo para alimentar la central eléctrica de Page.

—Me parece —dijo Doc— que ésta es gente seria.

—No es gente —dijo Smith—, sólo un animal mecánico.

—Ahora lo pillas —estuvo de acuerdo Doc—. No estamos luchando contra seres humanos. Estamos luchando contra megamáquinas. Una megalomaníaca megamáquina.

—No hay problemas —intervino Hayduke—. Todo está listo para nosotros. Usaremos ese puto convoy para hacer saltar las torres de carga. Nada puede ser más sencillo. Mira, es tan fácil que me pongo hasta nervioso. Dejaremos nuestra mierda en el bosque, cerca de la cinta. La ponemos en la cinta, encendemos la mecha, la cubrimos con un poco de carbón, y ella sola pasa por la autopista y entrará en la torre. Y kataplán.

—¿Y cómo haces para calcular el tiempo justo?

—Esa es la parte matemática. Tenemos que imaginar la velocidad de esa cosa, medir nuestra distancia hasta las torres, calcular cuánta mecha vamos a necesitar. Simple.

—Supón —dijo Doc— que hay alguien trabajando en esas torres de carga.

—Ese es un puto riesgo que tendremos que correr —dijo Hayduke.

—¿Tenemos que correrlo?

—Vale, no habrá nadie trabajando en esas torres pero de todos modos telefonearemos a la compañía, les damos diez minutos para que despejen el sitio. Es lo correcto.

Hubo un silencio. El más ligero de los céfiros acariciaba la hierba seca a sus pies. Había un olor en el aire, cierto olor… un fuerte aroma metálico.

—No lo tengo nada claro —dijo Smith.

—A mí tampoco me gusta —dijo Hayduke—. Yo me olvidaría del puto asunto y me iría volando a pescar a West Horse Creek. Olvidémonos de Black Mesa. Dejemos a la compañía de carbón que siga a lo suyo. ¿A quién cojones le importa si en cinco años se han cargado quince millas de Grand Canyon porque han jodido todo el

aire con esa central hija-de-puta? Y en cualquier caso prefiero estar recogiendo aguileñas en las montañas sobre Telluride. ¿Por qué cojones iba a preocuparnos nada de esto?

—Ya lo sé, pero no me gusta nada que juguemos con los explosivos —dijo Smith—. Alguien puede resultar herido.

—Nadie va a resultar herido. Siempre y cuando no empiecen a dispararme.

—Volar las cosas es un delito y puede que sea un crimen federal, ¿me equivoco, Doc?

—Así es —confirmó Doc—. Por otra parte —no dejaba de dar chupadas a su largo Marsh Wheeling, y miraba a través de la nube de humo primero a Hayduke y después a Smith y otra vez a Hayduke—, es impopular. Malas relaciones públicas. La anarquía no es la respuesta.

—Doc tiene razón —dijo Smith.

—Maldito mormón —murmuró Hayduke—. ¿Por qué no te vuelves a tu casita? A tu puto *LSD*. Lameculos todo el Santo Día.

—Puedes insultar mi religión —dijo Smith, mosqueado—. Pero no hay modo de hacerlo. Lo que digo es que no creo que sea una buena idea, o sea, lo de usar dinamita, quiero decir.

—Es peligroso —dijo Doc—. Podemos matar a alguien. Podemos hasta matarnos nosotros. No son buenas relaciones públicas.

—Ellos lo intentaron todo —se impacientó Hayduke—. Lo intentaron por la vía legal, lo intentaron con putas grandes Campañas publicitarias, con políticos.

—¿Quiénes son ellos?

—Me refiero a los ancianos Hopi, los del Movimiento Indio Americano, el Comité de Defensa de Black Mesa, todos esos tipos de gran corazón.

—Para el carro —dijo Smith—. No estoy diciendo que lo dejemos. Sólo digo que no estoy muy seguro de que vaya a servirnos esa mierda que llevas bajo los sacos de dormir. Lo que digo es que podemos hacer descarrilar el convoy con unas cuñas de acero. Podemos cortar las alambradas y dejar que pasen los caballos y las ovejas y se queden sobre los raíles. Podemos coger la sierra McCulloch de Doc y segar todos los palos de la línea eléctrica a lo largo de la vía férrea. Con eso los pararemos. ¿Necesitan

electricidad, verdad? Podemos cortar la electricidad de la mina a cielo abierto, y esas excavadoras también necesitan la electricidad. Podemos hacer agujeros en sus transformadores con la pistola del viejo George, y cargarnos sus acondicionadores de aire. Podemos pegar cepos en las cintas de rodadura del convoy y ver cómo se hacen mermelada. No me gusta la dinamita. No la necesitamos.

—Vamos a votar —dijo Hayduke—. ¿Qué dices, Doc?

—Nada de votaciones —dijo Doc—. No vamos a permitir la tiranía de las mayorías en esta organización. Procederemos según el principio de unanimidad. Lo que hagamos lo haremos porque todos lo queremos hacer o no lo haremos. Esta es una hermandad, no una asamblea legislativa.

Hayduke miró a Bonnie en busca de apoyo. Era su última esperanza. Sus ojos inmóviles resistieron su mirada, le dio una calada a su cigarrillo sin dejar de mirarle.

—No he dicho que esté absolutamente en contra, sólo que no estoy seguro —siguió Smith.

—Mierda —dijo Hayduke, volviéndose hacia Smith—. Lo que estás diciendo es que queremos cometer delitos pero no estás seguro de si lo haremos de forma correcta, eso es lo que estás diciendo, Seldom.

—No, George, lo que estoy diciendo es que tenemos que tener mucho cuidado con cómo hacemos lo que hacemos. No podemos hacer las cosas bien si las hacemos mal.

Hayduke se encogió de hombros, disgustado con el rumbo de la discusión. Oyeron el creciente rumor del convoy de carbón, el estruendo del tráfico en la autopista, el lejano clamor del ferrocarril eléctrico. Al este, a unas diez millas, el polvo de las minas se levantaba hacia el cielo oscureciendo el sol de la mañana con un inmenso velo de polvo de carbón y partículas marrones de tierra. La pausa amenazó con convertirse en parálisis. Así que Bonnie tomó la palabra.

—Hombres —empezó—, porque eso es lo que sois…

—Por-el-mismísimo-y-jodido-Cristo —aulló Hayduke.

—Eso es lo que sois, estamos en esto juntos, para lo bueno y para lo malo. Ya hemos hecho lo bastante como para que nos encierren de por vida si nos cogen. Así que lo que digo es: adelante.

Utilicemos cualquier cosa que necesitemos y cualquier cosa que tengamos.

Smith sonrió, algo triste, a aquellas mejillas sonrosadas, ojos brillantes, pechuga deliciosa, perdida aquí, para siempre exiliada desde su lejano Bronx. Con los ajustados vaqueros que llevaba, aquellos pantalones desgastados que se amoldaban suavemente como una segunda piel a cada una de sus comestibles curvas. Demasiado. Las chicas, pensó Smith, oh las colegialas, un día ellas llevan miniblusas y muestran sus ingles y al día siguiente caderas bajas para mostrarte sus vientres. Maldita sea, demasiado para que un hombre pueda soportarlo. Mejor vuélvete a Bountiful. Cedar City. Green River. Vuelve allá adonde pertenecen tus cojones.

—Bonnie —dijo, escapando de sus imaginaciones—, ¿quieres decir dinamita?

Bonnie lo bendijo con una de sus dulces sonrisas.

—Lo que te venga bien a ti.

Smith, a punto de derretirse, dijo:

—Querida, yo estoy contigo en todo, estoy con Abbzug de la A a la Z.

—Vale, por los clavos de Cristo —dijo el impaciente Hayduke—. Ahora estamos hablando de negocios. ¿Doc?

—Amigos —dijo Doc—, no creo en la regla de las mayorías. Lo sabéis. Tampoco creo en que las minorías lleven razón. Estoy contra toda forma de gobierno, incluyendo el buen gobierno. Me quedo con el consenso de la comunidad. Sea cual sea. Y sea adonde sea adonde nos lleve. Eso sí, siempre que no quebrante nuestra regla cardinal: no violencia contra seres humanos. Mirad la *Verbesina encelioides* florecida allí, bajo el *Juniperus osteosperma*.

—¿Qué semilla es esa?

—¿Quieres decir *J. monosperma*, Doc? —dijo Smith—. Échale otro vistazo.

Doc Sarvis se bajó las gafas y echó otro vistazo:

—Claro, claro, *monosperma*, muy bien. El follaje no es tan arracimado. Las bayas grandes y marrones.

—Vamos a movernos —dijo Hayduke, dándole un toque en el hombro, no muy amistoso, a Bonnie.

Condujeron hacia el este por la maleza para observar las

operaciones de la mina a cielo abierto. Rodaron por el cauce y fuera de él, cruzaron más terrazas llenas de matojos, pasaron los suburbios navajos donde estos estaban en sus puertas de entrada mirando al sol de la mañana, atravesaron un rebaño de ovejas dirigido por un chaval a caballo, y pusieron rumbo hacia la nube de polvo contra la luz que levantaba aquella danza macabra de las grandes máquinas.

Lo primero que vieron fue un montón de crestas de tierra volcada, bancos de despojos en perfecta formación paralela, hileras de roca y tierra sacada que no volvería a alimentar las raíces de los arbustos, de los árboles ni de la hierba (al menos durante el tiempo que durase la venta de la engañada y traicionada Nación Navajo).

Lo siguiente que vieron fue un removedor de tierra Euclides con el brazo mecánico de unos veinte pies de alto inclinado hacia ellos, las luces encendidas, echando bocanadas de diésel, la bocina bramando como un dinosaurio herido. Al volante, disfrutando de la dirección asistida, iba, mirándolos a través de sus opacas gafas de protección, con un sucio respirador colgado al cuello, un polvoriento granjero desarraigado de Oklahoma o el este de Texas. Bonnie sacó el gran auto fuera de la carretera a tiempo de salvar sus vidas. Aparcaron a la sombra, ocultándose entre unos pinos, y desde allí la banda se dirigió pie a una loma cercana, armados con prismáticos.

La vista desde la loma era difícil de describir en cualquier idioma terrícola conocido. Bonnie tuvo la impresión de que aquello era una invasión de marcianos, la *Guerra de los Mundos*. El capitán Smith se acordó de la mina a cielo abierto de Kennecott (la más grande del mundo), cerca de Magna, Utah. Doc Sarvis pensó en una llanura de fuego y en los oligarcas y los oligopolios que había detrás: la Peabody Coal era sólo un brazo de la Anaconda Copper, la Anaconda sólo una pierna de la United States Steel, la U.S. Steel mantenía una relación incestuosa con el Pentágono, la TVA, la Standard Oil, General Dynamics, Dutch Shell, las industrias Farben. Todo aquel conglomerado empresarial se esparcía por el planeta entero como un kraken global (el mítico monstruo marino de las costas noruegas), tentacular, mirada de piedra y discurso de loro, su cerebro un banco de computadores procesando datos, su sangre, el

flujo del dinero, su corazón, una dinamo radiactiva, su idioma, el monólogo tecnotrónico de los números que se imprimían en las cintas magnéticas.

Pero George Washington Hayduke tuvo la visión más clara y la más simple: Hayduke pensó en Vietnam.

Mirando a través del polvo, a través del alboroto y el movimiento, pudieron ver un agujero de unos doscientos pies de profundidad, cuatrocientos de ancho, una milla de largo, uno de los lados amurallado por una pared de carbón, donde las palas mecánicas de diez pisos de altura, como decía Smith, estragaban la tierra, sacaban la roca fósil de su matriz de tierra y arena rocosa y echaban lo que extraían a los lechos de los remolques de los camiones. Más allá de la primera máquina, en un pozo más lejano, vieron la parte de arriba de otro monstruo, cables y polea de otro invasor alienígena en pleno trabajo, excavando todavía más hondo, casi fuera de su vista. Hacia el sur vieron una tercera máquina, más grande aun que las otras. No tenía ruedas como los camiones ni rodillos sin fin como los tractores, «caminaba» con un pie después del otro, hacia su objetivo. Los pies eran unas bases de acero que parecían pontones, cada uno de ellos tan grande como un barco, elevaba uno y luego el otro, con engranajes excéntricos que giraban hacia delante deslizando a la máquina, luego el otro, y luego el ciclo se repetía. Avanzando, como un pato, la enorme estructura eléctrica, con su cabina de control, su chasis, su superestructura, su cráneo, cables y su cubo de extracción de mineral. Como una industria andante. La máquina se alimentaba eléctricamente: un grupo de hombres fuera de ella se ocupaba de la línea de alimentación mediante un cable tan grueso como el muslo de un hombre a través del que palpitaba el voltaje que conectaba los motores con la sala de máquinas —jugo suficiente, según presumían sus constructores, para dar luz a 90.000 almas—. La tripulación del cable, cuatro hombres en un camión, lo mantenía en tensión y se ocupaba además de arrastrar, a la par que la excavadora, en un trineo de hierro, la unidad del transformador. Removedor de tierra gigante: la Gema de Arizona.

Somos demasiado pequeños. Ellos son demasiado grandes, pensó Bonnie.

—¿Qué tiene eso que ver? —masculló Hayduke, los colmillos blancos brillando a través del polvo.

¿Por qué tendrá tanta intuición este bruto?, pensó ella agradablemente sorprendida. Imaginación. Tiene intuición. ¿O es que lo he dicho en voz alta?

Volvieron a las vías de tren, a través de nubes de polvo por la bacheada carretera, siguiendo la serpiente inmóvil de intestino peristáltico —el sistema de transporte del carbón, la cinta sin fin—. Hayduke observaba cada recodo, cada curva, cada quebrada, cada barranco, cada bosquecillo de enebro, cada matorral a lo largo del curso, e hizo sus planes.

Doc iba pensando: todo este fantástico esfuerzo —máquinas gigantes, red de carreteras, minas al aire libre, cinta transportadora, chimeneas, torres de carga, raíles, tren eléctrico, planta de manufacturación de carbón de millones de dólares, diez mil millas de torres de alta tensión y centrales de alto voltaje, la devastación del paisaje, la destrucción del hogar de los indios y de los pastos de los rebaños de los indios, de los terrenos sagrados de los indios, de sus cementerios, el envenenamiento de las últimas reservas de aire limpio que quedaban en los cuarenta y ocho estados de la Unión, la exacerbación del precio de los suministros de agua, todo ello una tarea ciclópea, extremadamente cara y un insulto descarado al paisaje y al cielo y al corazón humano—, todo ello, ¿para qué? ¿Para qué todo? Para que las farolas de los suburbios de Phoenix que aún no se han construido tengan luz, para que funcione el aire acondicionado en San Diego y Los Ángeles, para iluminar a las dos de la mañana un montón de *parkings* de centros comerciales, para proveer las centrales de aluminio, las de magnesio, las fábricas de cloruro de vinilo y las fundiciones de cobre, para que se enciendan los tubos de neón que hacen que Las Vegas sea Las Vegas, y Alburquerque, Tucson, Salt Lake City, el amalgamado *metrópoli* del sur de California, para mantener vivas esas fosforescentes y putrefactas glorias (toda la gloria que queda) llamadas Down Town, Night Time, Wonderville, U.S.A.

Aparcaron un momento junto a la vía del tren. Los raíles se curvaban en un gran arco cruzando la tierra de los Navajo hasta perderse camino de la central de Page, setenta millas más allá del

horizonte. Los raíles, sujetos a traviesas de cemento, se habían colocado sobre un lecho de piedra triturada… De arriba colgaba una especie de línea de tranvía de alta tensión sujeta a los postes de madera. Palas mecánicas, línea de transporte, ferrocarril: todo ello necesitaba de la electricidad. Ninguna maravilla (pensó Bonnie) tener que construir una nueva central eléctrica para alimentar de energía la central eléctrica que era la misma central eléctrica que la central eléctrica que la abastecía: ¡la magia de los ingenieros!

—¿Veis lo que digo? —dijo Hayduke—. Simple como la mierda. Colocamos una carga aquí, otra carga allí, desenrollamos unos cientos de yardas de cable, lo conectamos al detonador y ponemos las blancas manos de Bonnie sobre el émbolo.

—No hables de eso —le avisó Doc—. Hay sensores…

A solo media milla de distancia rugía una multitud de turistas veraniegos en sus caravanas de dos toneladas, en sus cruceros remolcados, en sus *jeeps* con llantas Mágnum, sus *buggies*, en sus Winnebagos en los que portaban sus motos Kawasaki, sus coches con botes en las bacas. El cuarteto los saludó. Mujeres de pelo azul con gafas de sol de monturas doradas respondieron al saludo mostrando el resplandor de sus sonrisas.

De vuelta al campamento en el Monumento Nacional Navajo, bajo los pinos agitados por la brisa, desplegaron el mapa sobre la mesa de *picnic* y comenzaron a hacer planes. La llama de unas ramas de junípero alimentaba el fuego que mantenía caliente el café. Dulce y sutil fragancia a bosque mezclado con el aroma del café y el olor a algo más: Hayduke volvía a oler a hierba.

Miró a Abbzug:

—Tira eso al fuego.

—Tú estás bebiendo cerveza.

—Siempre bebo cerveza. Tengo una jodida alta tolerancia a la cerveza. No me afecta al juicio. Además, es legal. Todo lo que necesitamos es que nos cojan por tu maría. Cada minuto pasa uno de esos *ranger*, y todos ellos pueden oler tu hierba a media milla de aquí.

Bonnie se encogió de hombros.

—Oye Doc, ¿es que no tienes ningún control sobre esta mujer? Dile que tire su maldita hierba al fuego.

—Ya vale, ya vale, vale ya. —Bonnie apagó su pequeño petardo en la madera de la mesa y escondió lo que quedaba en el tubito de un Tampax —tamaño pequeño—. Dios santo, estás neurótico, ¿qué demonios pasa contigo?

—No, ¿qué pasa contigo? —le dijo Hayduke.

Doc se quedó mirando pensativamente los árboles del atardecer. Smith inspeccionó sus uñas. Bonnie miraba hacia la mesa.

—Tengo miedo —dijo ella.

Un momento de embarazoso silencio.

—Bueno, joder, yo también tengo miedo —dijo Hayduke—. Por eso es por lo que tenemos que tener mucho mucho, mucho, cuidado.

—De acuerdo —dijo Doc Sarvis—. Ya es suficiente. Vamos a hacer planes para esta noche.

—El sol se está ocultando —dijo Smith—, y la vieja luna aparecerá a eso de medianoche.

—Esa es la señal —dijo Hayduke.

Suavemente empezó a cantar Doc una pieza de «The wearing of the Green».

> Oh, te digo, Sean O'Farrell,
> estate preparado rápido y pronto,
> nuestras picas deben estar juntas
> cuando aparezca la luna…

—Eso es. Voy a poner estas lentes azules en las linternas.

—¿Y eso para qué?

—Para que las luces de las linternas se mezclen con la de la luna. ¿No es evidente? Pásame el mapa, Doc.

De nuevo revisaron los posibles planes. Hayduke, queriendo tomar ventaja sobre todos los demás —sorpresa— urgió a que hicieran lo que denominaba un Grand Slam: cargarse las vías, el tren del carbón, las palas mecánicas, las torres de almacenamiento y el convoy todo de una vez, todo junto, cuando saliese la luna. Nunca iban a tener una oportunidad como aquella, argüía, de ahí en adelante todo el sistema iba a estar controlado y supervisado, hombres armados patrullarían los caminos, los helicópteros surcarían los cielos. Nunca tendrían una ocasión tan brillante. Los

otros plantearon objeciones, sugirieron alternativas: Hayduke, despiadado, las aplastaba todas.

—Mirad —dijo—, es muy simple. Minamos el puente sobre Kaibito Canyon. Abbzug no tiene que sentarse allí por su cuenta toda la noche. Una mina de liberación: cuando la locomotora silbe su bloooooooeeeeee. De una sola carga derribamos el puente, las vías y el tren. Además de que también nos cargamos probablemente la línea eléctrica: si no, lo hacemos más tarde con la puta motosierra que Doc vio, como Seldom dijo. Eso por un lado, yo entretanto voy y pongo unas cuantas cargas en los motores de esas dragadoras y ¡ka-blaam!, fuera de servicio durante meses. Mientras yo hago eso, el viejo Doc y nuestros muchachos Abbzug y Smith meten en la cinta transportadora una carga de Red Cross Extra y en cinco minutos llega a las torres y ¡kataplum!, vuelta al campamento. Unos días de descanso, hacemos turismo, vemos Keet Seel, Betatakin. Luego nos vamos tranquilamente. Sin llamar la atención. Cuidado con los polis que van disfrazados de *hippies* Navajo. Manteneos limpios. Nada de hierba en el auto. Comportaos como turistas. Abbzug, ponte un vestidito por el amor de los cielos. Doc —bueno, no tenemos que preocuparnos por Doc, incluso aunque se pusiera un mono no llamaría la atención—. (Doc lo miró severamente). Deshaceos de la matrícula de California. Sonreíd amablemente al hermoso policía que os detenga. Tratad de recordar que ese policía es vuestro amigo. Sed correctos con el hijo-de-puta. Nos reuniremos todos de nuevo en un mes, después de que las aguas se hayan calmado. En la parte alta de la tierra de los cañones. Hay putas cosas importantes que hacer allí. ¿Alguna pregunta?

—Toda esa violencia —dijo Doc—. Nosotros somos respetuosos con la ley.

—¿Qué es más americano que la violencia? —quiso saber Hayduke—. La violencia es tan americana como la *pizza* rápida.

—El *chop suey* —dijo Bonnie.

—Chile con carne.

—*Bagels* de salmón.

—No me gusta andar con dinamita —dijo Smith—. ¿Quién va a llevar la carga para las torres de almacenaje mientras tú estás a diecinueve millas al este cargándote todas esas excavadoras?

—Yo fijaré la carga. Todo lo que tenéis que hacer Doc y tú es cargarla en la cinta y encender la mecha. Mientras, Abbzug vigila. Luego al auto y hasta luego. Estaréis a dos millas de allí cuando la cosa estalle, de vuelta al campamento. Sólo aseguraos de que la mecha se enciende.

Hayduke los miró. El fuego crepitaba en susurros. El crepúsculo de nuevo.

—George, te entusiasmas tanto que me asustas —dijo Doc.

Hayduke le ofreció su sonrisa de bárbaro, tomándolo como un cumplido.

—Me doy miedo hasta yo —dijo.

—Sí, pero no has pensado en todo —dijo Bonnie—. Porque, ¿qué hay de esto, Lawrence de Arabia, cuando…?

—Llámame Rudolf el Rojo…

—¿… cuando los trenes se muevan, Rudolf? ¿Cuánta gente habrá tripulándolos? ¿Qué pasa con ellos? Y si el tren estalla en ese puente antes de que nosotros llevemos a cabo el resto del plan, entonces ¿qué? Adiós a tu elemento sorpresa.

—He hecho mis deberes. Los trenes de carga dejan Black Mesa dos veces al día, a las 06:00 horas y a las 18:00 horas. Los que salen de Page lo hacen al amanecer y a medianoche, de donde cabe deducir que los trenes se cruzan en algún punto cada seis horas. El puente de Kaibito Canyon se encuentra a mitad de camino de las dos estaciones. Los trenes de carga se cruzan alrededor de las 08:00 y las 20:00 horas.

—Habla en cristiano.

—Las ocho de la mañana y las ocho de la tarde. Así que nos podemos sentar por allí a las ocho, ver cómo sale el tren de carga y plantar nuestra mina. Tenemos seis horas antes de que el tren de Page regrese de Page. Volvemos deprisa aquí, con todo ya listo, para que empiecen los fuegos artificiales a las dos de la mañana, justo el tiempo de que el tren vacío se estrelle en el cañón. Tres incidentes separados en ubicaciones muy distantes una de otra: los federales pensarán que han sido los indios. De hecho…

—Vamos a echarle la culpa a los indios —dijo Doc—. Todo el mundo ama a los indios, ahora que han sido domesticados. Así que daremos pistas aquí y allá. Botellas de Tokay. Cómics. Botellas de

brandy de melocotón. *Graffitis* de *Ya-ta-hay* en el puente. Los medios de comunicación se encargarán de amplificarlo y media docena de organizaciones indias se apresurarán a reclamar su crédito.

—Pero no has respondido a todas mis preguntas —dijo Bonnie —. ¿Qué pasa con los hombres que vayan en el tren?

—De acuerdo —dijo Hayduke—, esa es la parte que más gustará a los pacifistas. Esos trenes de carbón son automáticos. No llevan tripulación. No hay nadie a bordo.

Una pausa.

—¿Estas completamente seguro de eso? —preguntó Doc.

—Leo los periódicos.

—¿Y has leído eso en un periódico?

—Oye, la compañía lleva un año jactándose de cómo funcionan sus trenes. Computerizados. Ni una mano humana en los controles. El primer tren automático cien por cien del mundo entero.

—¿No llevan ni un vigilante a bordo?

Hayduke se impacientaba.

—Puede que lo hubiera, un vigilante en la cabina del piloto — dijo—. Pero ya no. Llevan operando más de un año sin un solo altercado. Hasta que llegamos nosotros.

Una pausa.

—No me gusta —dijo Smith.

—Dios santo, es que tendremos que planearlo todo desde el principio otra vez.

Silencio.

Un chotacabras empezó a canturrear en la copa de un pino.

—Sabes lo que me gustaría —dijo Bonnie—. Me gustaría tener un cono de helado Baskins Robbins con doble extra de caramelo y nueces ahora mismo.

—¿Y sabes qué me gustaría a mí? —dijo Doc Sarvis—. Me gustaría…

—Ya, ya, lo sabemos —dijo Bonnie.

—Claro. Lo imagináis. Con *brackets* en sus dientes, agachándose a por la vainilla francesa, o por la frambuesa silvestre.

—Nada es más predecible que un libertino senil. Nada más fácil de reconocer. Siempre se olvidan de cerrarse la bragueta.

Una pausa significativa.

Tres hombres, en la oscuridad, bajo la mesa de *picnic*, tocándose furtivamente la parte delantera de sus pantalones. Después se oyó el sonido de una cremallera cerrándose.

De la plaza ocupada más cercana en el campamento —había otras tres vacías en medio— llegaba el sonido de un hacha ejercitándose. Y el canto del pájaro en el árbol.

—Una cosa más, machotes míos, y esta es seria —les dijo Bonnie —. Y la cosa es, ¿qué puto sentido puede tener, en el nombre de la santísima madre de nuestro jodidísimo señor Jesucristo, el hecho de volar un puente y cargarnos un tren de carbón si nosotros no estaremos allí para ver cómo sucede? ¿Eh? Respondedme alguno de vosotros, genios del valle.

—Bien dicho —dijo Doc Sarvis.



13. Duetos

—Doc —dijo Seldom Seen Smith—, lo que me gustaría saber, confidencialmente, es: ¿qué sabes exactamente de este chaval Hayduke?

—No más de lo que sabes tú.

—Parece un tipo duro, Doc. Quiere cargarse todo lo que está al alcance de su vista. ¿Crees que puede ser uno de esos —no sé si se les llama así— agentes provocadores?

Doc lo consideró un instante.

—Seldom —le dijo—, podemos confiar en George. Es honesto. —Hizo una pausa—. Habla como habla porque… bueno, porque está comido por la ira. George está quemado, pero quemado del modo correcto. Le necesitamos, Seldom.

Smith le dio vuelta a esas palabras. Luego, avergonzado, dijo:

—Doc, no me importa decirte que también me hago la misma pregunta acerca de ti. Eres mayor que todos los demás y a la vista está que eres mucho más rico y encima eres doctor. No se supone que los doctores actúen como tú lo haces.

Doc Sarvis volvió a meditarlo. Y después de meditarlo dijo:

—No pises la *Cryptantha*. Tiene un tallo espinoso. —Se detuvo para echar un vistazo más detenido: Arizonica.

—*Arizonica* —dijo Smith. Y siguieron adelante.

—En cuanto a tu pregunta: he visto mucho tejido maltrecho en el microscopio. Todas esas primitivas células de sangre multiplicándose como una plaga. Plaquetas carcomidas. Jóvenes criaturas en la flor de la edad, como Hayduke, como Bonnie, sangrando hasta morirse sin una sola herida. Leucemia aguda en aumento. Cáncer de pulmón. Creo que el mal está en la comida, en el ruido, en la multitud, en el estrés, en el agua, en el aire. He visto demasiado de todo eso, Seldom. Y va a ir a peor si permitimos que sigan con sus planes. Esas son mis razones.

—¿Por eso estás aquí?

—Exactamente.

Hayduke a Abbzug:

—¿Qué me dices de Smith?

—¿Qué le pasa?

—¿Cómo es que siempre quiere echar abajo mis planes?

—¿Tus planes? ¿Cómo que tus planes?, arrogante egocéntrico, cabeza de chorlito. ¡Tus planes! ¡Qué pasa con los demás!

—No estoy seguro de poder confiar en él.

—Así que no te fías de él. Escúchame bien, Hayduke, es la única persona decente en este grupo de enfermos. Es de hecho el único de aquí en el que puedo confiar.

—¿Qué me dices de Doc?

—Doc es un niño chico. Un completo ingenuo. Está convencido de que forma parte de una especie de cruzada.

Hayduke la miró severo.

—Y lo estamos. ¿Qué otra cosa si no? ¿Por qué estás tú aquí,

Bonnie?

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre de pila.

—Polladas.

—Es verdad. Es la primera vez.

—Bueno, mierda, trataré de ser más cuidadoso en el futuro.

—Si es que lo hay.

—Sí, joder, si es que lo hay.

—Todavía creo que deberíamos librarnos de esta rompecojones de tía.

—Estás loco, George, ella es lo único que hace que esta locura de críos comunistas se convierta de veras en un asunto de hombres de verdad.

—Los dos están locos, Doc.

—Vale, vale.

—Son un par de *frikis*. Anacrónicos. Excéntricos. Pirados. Tocapelotas.

—Bueno, bueno, son buenos chavales. Un poco raros, pero buenos chicos. Mira al capitán Smith, fuerte y robusto, sólido como un… como un…

—Cagadero público.

—En cuanto a Hayduke, todo fuego y pasión, una psicopatía muy saludable.

—Sí, el monstruo del Lago de Aguas Residuales.

—Lo sé, lo sé, Bonnie, pero tenemos que ser pacientes con ellos, probablemente son los únicos amigos que tenemos.

—Con amigos así, quién necesita un enema.

—Bien dicho. Pero tenemos que hacerle entender que nosotros no somos como los demás.

—Sí, estoy segura de que eso ya lo ha escuchado antes. ¿Y en cuanto al capitán Smith?

—Buen tipo, de lo mejor, un ejemplo de lo que es un gran americano.

—Un poco racista lo tuyo, ¿no? Es pelirrojo, rural, un predicador mormón.

—Los mejores hombres crecen en las colinas. Déjame mejorar

este apotegma: los mejores hombres, como lo mejores vinos, se crían en las colinas.

—Y además sexista. ¿De dónde vienen las mejores mujeres?

—De Dios.

—Vaya mierda.

—Vienen del Bronx. No lo sé, supongo que vienen de la alcoba y de la cocina. No lo sé. Quién sabe. Qué más dará. Estoy cansado de esa vieja disputa.

—Pues harás bien en acostumbrarte. Vamos a estar cerca un buen rato.

—Bonnie, mi pequeña y dura nuez, no sabes cómo me alegra oír eso. Es mejor un mundo frío y amargo junto a una mujer que el Paraíso lejos de ella. Date la vuelta.

—Eso es exactamente a lo que me refiero.

—Date la vuelta.

—Vete al diablo, date la vuelta tú.

—Ha vuelto el sátiro.

—El sátiro se la puede menear en la luna.

—Vamos, Bonnie.

—Doc, vas a tener que cambiar de postura.

—¿Quieres decir que hay otra postura?

—No, no es eso lo que quiero decir. ¿Es que no me escuchas nunca?

—Siempre te escucho.

—¿Y qué te he dicho?

—Algo que siempre me dices.

—Ya veo. Doc, tengo algo importante que decirte.

—No estoy seguro de querer escucharlo.

—Seldom, eres un puto buen cocinero. Pero por amor del cielo, no podrías echar algo de jodida carne en las jodidas judías.

—George, las judías son un alimento básico. ¿Qué pasa, tienes delicado el estómago? Pues si no, calla y cómete las judías.

—Cuándo inventarán unas judías que no den gases.

—Están en ello.

—Pero ellos lo tienen todo. Tienen la organización y el control, tienen las comunicaciones y el ejército y la policía y la policía secreta. Tienen grandes máquinas. Tienen la ley, y drogas y cárceles, y tribunales y jueces y celdas. Son demasiado fuertes. Y nosotros muy pequeños.

—Son dinosaurios. Dinosaurios de hierro. No tienen la menor posibilidad contra nosotros.

—Somos cuatro. Ellos cuatro millones, contando la Fuerza Aérea. ¿Te vale como respuesta?

—Bonnie, ¿es que crees que estamos solos? Apuesto, escucha lo que te digo, apuesto que ahí fuera, en la oscuridad, hay tipos que están haciendo exactamente lo mismo que hacemos nosotros, por todo el país, peñas de dos o tres chavales que están en la lucha.

—¿Te refieres a un movimiento nacional bien organizado?

—No, nada de eso. Nada de organización. Ninguno de nosotros conocemos a ninguno de los de las demás pequeñas bandas. Por eso no podemos detenernos los unos a los otros.

—¿Y por qué nunca hemos oído hablar de ellos?

—Por el factor sorpresa, por eso, nadie quiere que la voz empiece a circular.

—Habló el ex Boina Verde. Y dime Hayduke, ¿cómo sabemos que no eres un infiltrado?

—No lo sabéis.

—¿Y lo eres?

—Puede.

—¿Y cómo sabes que yo no lo soy?

—Te he observado.

—Supón que te equivocas.

—Por eso llevo este cuchillo.

—¿Te gustaría besarme?

—Joder, sí.

—¿Y bien?

—¿Sí?

—¿A qué estás esperando?

—Bueno, mierda… Eres la mujer de Doc.

—Y una mierda. Yo soy mi propia mujer.

—¿Sí? Bueno, no sé.

—Pues yo sí lo sé, así que bésame, feo bastardo.

—¿Sí? Supongo que mejor no.

—¿Por qué no?

—Primero tengo que hablarlo con Doc.

—Puedes irte al carajo, George.

—Ya he estado allí antes.

—Eres un cobarde.

—Soy un cobarde.

—Tuviste tu oportunidad, George, y la desaprovechaste. Así que ahora vas a sudarla.

—¿A sudar? En mi vida he sudado yo por una mujer. En mi vida he conocido a una mujer por la que merezca la pena meterse en problemas. Hay un montón de jodidas cosas más importantes que las mujeres, no sé si lo sabes.

—Si no fuese por las mujeres ni siquiera existirías.

—No digo que no seáis útiles. Digo que hay cosas más importantes. Como las pistolas. Como una buena llave dinamométrica. Como un cabrestante que funcione.

—Dios santo, un buen montón de cosas, sí. Estoy rodeada de auténticos idiotas. Los tres quieren ser *cowboys*. Cerdos del siglo XIX. Anacronismos del XVIII. Proscritos del XVII. Absolutamente superados. Completamente fuera de la época. Fuera de lugar, fuera de todo. Estás obsoleto, Hayduke.

—Como una regulación de las válvulas bien hecha. Como un decente —bueno, quiero decir—, como un buen perro de caza, como una cabaña en el bosque donde un hombre pueda hacer pis desde el porche —espera un momento—, donde un hombre pueda mear desde el porche delantero siempre que por Dios santo él lo necesite.

—Completamente superado, superado por completo.

Hayduke dejó de pensar en cosas indispensables, incapaz de encontrar más símiles.

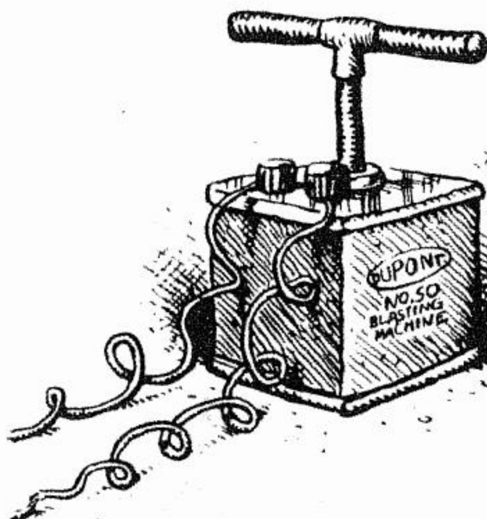
Abbzug le dedicó su sonrisa especial, la sonrisa de desprecio.

—La Historia ha pasado de ti, Hayduke.

Con un golpe de su preciosa melena le dio la espalda. Aplastado y mudo, él miró cómo se alejaba.

Más tarde, metiéndose en su grasiento saco de pedos bajo la

fiera luz de las estrellas, se le ocurrió (demasiado tarde) la réplica correcta: Lo que está superado hoy mañana puede ser insuperable, nena.



14. Trabajando en el ferrocarril

Hayduke se movía con precaución en la oscuridad, en la luz de apagado azul.

—Todo el mundo en pie, vamos, todo el mundo arriba, guárdense las pollas y pónganse los calcetines. Moved el culo, en pie…

La vieja luna colgaba en el oeste.

—Dios santo, este hombre esta loco —pensó ella—. Realmente es un psicópata.

—¿Qué hora es? —murmuró alguien, Doc metido en su saco de dormir.

—Las cuatro según las estrellas —respondió Hayduke—. Una hora para el amanecer.

Ella se dio la vuelta y abrió los ojos. Vio al capitán Smith acuclillado junto a la cocina de acampada Coleman, sintió el crepitar de las salchichas en la sartén, el aroma del café del *cowboy*.

Hayduke, con una taza humeante en una mano, estaba dándole con la punta de hierro de su bota de escalar en el hombro a Doc:

—Vamos, Doc, mueve el culo.

—Déjalo en paz —le dijo ella—, ya me ocupo yo.

Bonnie se salió de su propio saco, se puso los pantalones y las botas, se llegó al saco de Doc. Bien envuelto en su lujoso saco de plumas de oca (que podía quedar unido mediante una cremallera al de Bonnie para formar un saco de matrimonio, aunque esta vez no lo habían hecho así) no parecía tener la más mínima intención de levantarse, de afrontar la realidad. Bonnie sabía por qué.

Abrió la capucha de nylon del saco. Él la miró a ella a la luz de las estrellas. Los ojos inyectados en sangre parecían más pequeños y opacos sin el amparo de los vidrios de las gafas. La nariz había perdido su brillo. Pero aun así sonreía.

Ella posó un beso cariñoso en sus labios, le pellizcó la nariz, le dio un mordisquito en el lóbulo de una oreja.

—Vamos, Doc, te quiero aún, no seas tonto, te querré siempre, supongo. ¿Cómo podría dejar de hacerlo?

—Toda niñita necesita de un papá.

Sus palabras se transformaron en vapor en el aire gélido. Sacó uno de sus brazos del saco y la abrazó.

Consciente de que Hayduke y Smith los estaban mirando, ella le devolvió el abrazo y le volvió a besar.

—Levántate ya, Doc —le susurró al oído—, no podemos volar ningún puente sin ti.

Salió por fin del saco, gateando lenta, pesada, torpemente, sosteniendo con una mano una gran erección.

—Sería una vergüenza desaprovechar esto —dijo. Se puso en pie al fin, balanceándose un poco sobre sus ancas, un abultado oso hecho hombre en calzoncillos térmicos.

—Más tarde.

—Puede que no haya un más tarde.

—Oh, venga ya. Ponte los pantalones.

—Una vez más en vuestros pantalones, amigos —los encontró,

se los puso, y fue a orinar, descalzo sobre la arena fría. Bonnie sorbió su café en la mesa de *picnic*, con escalofríos a pesar de que llevaba puesto el suéter. Hayduke y Smith estaban ocupados volviendo a cargar el vehículo, acomodando el equipaje y la carga. El plan, de momento, parecía necesitar que tanto la furgona de Doc como el *jeep* de Hayduke se desplazaran al lugar del objetivo. La camioneta de Smith se quedaría allí, cargada y lista.

El capitán Smith, el viejo Seldom Seen, no parecía el mismo tipo jovial de siempre. Parecía pensativo, con una expresión tras la que resultaba difícil reconocerle. Pero Bonnie lo conocía: sabía a qué se debía. Como Doc, Smith tendía a padecer escrúpulos. Eso no resultaba demasiado útil en trabajos como el que iban a llevar a cabo. Bonnie quería estar cerca de él, como había hecho con Doc, y susurrarle al oído para tranquilizarlo.

En cuanto a George Hayduke, a Bonnie le bastaba mirar a ese gorila peludo para que se le revolviese el estómago. Treinta minutos más tarde ella iba alegre, conduciendo en la oscuridad con Doc y Smith a su lado, y consciente de que Hayduke, en su *jeep*, estaba siguiéndolos, comiéndose su estela de polvo.

Echó un vistazo al firmamento adelantando la cara hasta el volante para ver una estrella, sola y brillante, sobre el terciopelo violeta del sudeste. Las palabras le llegaron de ningún sitio: «Qué extraño el valor que me das, estrella solitaria».

—Toma el cruce donde diga Kaibito —dijo Smith. Lo hizo. Tomaron la nueva vía de asfalto a ochenta por hora, dejando bastante atrás él *jeep* de Hayduke. Sólo las luces amarillas de sus faros disminuyéndose, vistos por el espejo retrovisor, les avisaban de su presencia. Pronto lo perderían. Estaban solos a las cinco de la mañana en una autovía del desierto, dirigiéndose al oeste a través de la oscuridad.

No tenemos por qué hacerlo, pensó ella. Podríamos escapar de ese lunático de atrás, volver a una vida decente, respetuosa con la ley y con algún tipo de futuro. El viento soplaba suavemente: el gran auto perforaba silenciosamente el telón de la noche, guiado por la cuádruple luz de sus potentes faros. Tras ellos, sobre el borde de Black Mesa, apareció el primer vestigio opalescente del amanecer, anunciado por el deslizamiento de un meteoro que caía

entre llamas y vapor a través de un cielo fatídico.

Siguieron adelante, en dirección a sus problemas. Las luces del tablero de instrumentos iluminaban tres rostros somnolientos y solemnes: la cara torva de Doc, pensó ella, barbuda, con los ojos rojos y la frente llena de arrugas; la cara de Seldom Seen Smith, domésticamente hogareña e incorregiblemente bucólica, y la mía propia en estos perfiles *très élégants*, la clásica grandeza que suele sacar a los hombres de quicio. Sí, seguro.

—Todo recto de nuevo, querida, una milla más —murmuró Smith—. Cuidado con aquellos caballos.

—¿Caballos? ¿Qué caballos?

Frenazo. La estridencia de los neumáticos. Dos toneladas de armadura férrea, carne y dinamita zigzagueando como una sombra en el asfalto para esquivar a una manada de ponis. Asombrados ojos grandes brillaban en la oscuridad: ponis de camuflaje, puras sangres indios desnutridos que pastaban en la poca hierba, entre latas y matojos de conejo.

Doc suspiró, Smith se quejó.

—Espero no haber asustado a nadie —dijo ella.

—Joder no —dijo Smith— sólo se me ha subido el agujero del culo al estómago, eso es todo.

—Es que no ves a esos animales hasta que los tienes encima —explicó ella.

—Eso es —dijo Smith—, quizá por eso han puesto en las últimas dos millas tantas señales de *Atención a los Animales en las Próximas Veinte Millas*.

—Estoy conduciendo bastante bien —dijo ella.

—Malditos salvajes pieles rojas —dijo Doc—. Demasiado tacaños para hacer gasto en vallas. ¿Por qué tenemos que pagarles subvenciones? No puedes esperar que esos aborígenes hagan nada a derechas.

—Eso es —dijo Smith—. Tuerce allí, en ese camino de arena donde pone «Shonto, 35 millas».

Cogieron por el camino de arena cuyo piso era como el de una tabla de lavar. Diminutas luces azules aparecían en el horizonte: las vías del ferrocarril todo automatizado eléctricamente de BM & LP.

La oscuridad aún los rodeaba. No podían ver mucho pero la

carretera seguía, rodeada de matojos, unas pocas estrellas y las luces azules. Algo parecido a un túnel apareció ante ellos.

—Bueno, esas son las vías. Enseguida que cruces el paso a nivel, gira a la izquierda.

Eso es lo que hizo, dejó la carretera de Shonto y se metió por un sendero arenoso.

—Pisa a fondo, aquí la arena es profunda —dijo Smith.

El auto gimió, las ruedas giraron velozmente resbalando y hundiéndose en la arena, salpicando arena al avanzar costosamente, olas de arena que acababan a los pies de los cactus y de la maleza.

—Bien hecho, querida —dijo Smith—. Sigue así todo lo que puedas, eso es, ahora allá delante, ¿ves aquella bifurcación?, para allí, desde allí es desde donde tenemos que empezar a caminar.

Lo hizo. Apagó las luces, calló el motor (un olor a motor recalentado en el aire) se bajaron y contemplaron el amanecer arrojándose sobre ellos, iluminadas nubes violetas que se elevaban en el este.

—¿Dónde estamos?

—A una milla del puente. Señalamos este punto el otro día. El auto queda fuera de la vista de las vías del tren y no hay una chabola en cinco millas. No hay nadie por los alrededores salvo las ratas canguro y los lagartos de desierto.

Pausa. En el silencio del desierto, bajo el cielo aún tachonado de estrellas y tintado con los rayos del sol inminente, se miraron —tres pequeños y temerosos mortales— los unos a los otros. El monstruo aún no había aparecido. Todavía quedaba tiempo para una reflexión sobria, ordenada, decorosa, sana, todas las cosas buenas y decentes, ¡por el amor de Cristo!

Se observaron unos a otros, sonrisas temblorosas en sus labios. Cada cual esperaba que alguno de los otros dijese algo sensato. Pero ninguno quiso ser el primero.

Doc Sarvis sonrió ampliamente y abrió de par en par sus gordos brazos.

—*Abrazo, compañeros*[14]. Venid a mí.

Se le acercaron y fueron abrazados ambos —la exiliada judía, el mormón paria— por aquellos vastos tentáculos episcopalianos libertarios anarcosindicalistas.

—Arriba ese ánimo —le susurró—. Vamos a enfrentarnos al Poder Eléctrico y vamos a destrozarle las zarpas. Seremos héroes y alcanzaremos la gloria.

Ella se apoyó contra su inmenso pecho caliente:

—Sí —le dijo, luchando contra el frío y el miedo—, estás en lo cierto.

—¿Por qué cojones no? —dijo el capitán Smith.

A trabajar. Smith y Sarvis llevaron cada uno una carga del mejor Du Pont sobre sus hombros y se dirigieron al oeste por la arena. Bonnie los seguía con las cantimploras, el pico y la pala, tocada por el sombrero de ala ancha de la Garbo.

De algún recodo de la oscuridad, sobre la duna, les llegó el lamento del *jeep* del demonio que les seguía. Los alcanzó cerca del puente.

—¡Camaradas *Ya-ta-Hay*!

Sonriendo como un chiquillo en la noche de Halloween, Hayduke se unió al grupo. Llevaba todo lo necesario: los cargadores, bobinas de cable, el detonador (Du Pont número 50, el más fiable caballo ganador, con la manivela que había que empujar hacia abajo). Moviéndose pesadamente sobre la arena a la luz crepuscular del amanecer, se detuvo donde los demás se habían detenido y los cuatro se quedaron mirando su primer objetivo.

El puente tenía una estructura muy básica, cuarenta pies de largo, con soportes de acero revestido de cemento, apoyado en una de las paredes del cañón por uno de sus extremos: desde el puente había un salto de unos doscientos pies. Abajo, en el frío y la oscuridad del fondo, entre las rocas esparcidas y sobre las esponjosas arenas movedizas, un manchón de agua brillaba como una lata, reflejando los rayos últimos de las estrellas. Allí crecían unos sauces, unos álamos raquíticos y unas melenas de hierbajos y berros. Nada se movía allá abajo, ningún signo de vida animal, aunque el hedor de las ovejas resultaba inconfundible.

Más allá del puente las vías hacían una curva desapareciendo de la vista a través de un profundo corte en la cresta. Desde allí la banda apenas podía ver media milla de camino en aquella dirección.

—Bueno, mirones —dijo Hayduke—. Bonnie, te subes a aquel

bancal —y lo señaló—, en el otro lado, llévate estos binoculares. Doc…

Bonnie dijo:

—Dijiste que el tren no llegaría hasta las ocho.

—Aha, eso es, ¿pero has pensado en eso? Puede que un equipo de la empresa vaya delante con una vagoneta, ruidosos hijos de puta, por delante del tren, vigilando, ¿no? Tendremos que avistarlos, así que allá te subes, y no te duermas. Doc, ¿por qué no te vas tú hacia el otro lado y te acomodas a gusto bajo un cedro? El capitán Smith y yo nos ocuparemos del trabajo sucio.

—Siempre os toca a vosotros el trabajo sucio —masculló Bonnie.

Hayduke sonrió como un puma.

—No empieces a lamentarte, Abbzug. Tengo para ti preparada una tarea especial, maldita sea, aquí en mis brazos. —Puso en el suelo el detonador.

—¿Por qué estaremos haciendo esto? —preguntó algo. No fue Doc. No fue Smith.

—No te olvides de los *sprays* de pintura —él le alcanzó las latas.

—¿Por qué? —preguntó ella de nuevo.

—Porque —explicó pacientemente Hayduke una vez más—, porque alguien tiene que hacerlo. Esa es la razón.

Silencio. El sol siguió su curso.

Doc se dirigió a su colina, dejando huellas en la arena de la duna como si estuviese caminando por la nieve. Bonnie trepó el alambrado público y se dirigió con sus *sprays* a las vigas del puente, en su trayecto hacia el otro lado.

Hayduke y Smith se quedaron escuchando el silencio de la mañana. Vieron cómo crecía la intensidad de la luz por la parte oriental del cielo. Un lagarto se escurrió entre la maleza de un roble cercano, el único sonido. Cuando los otros dos alcanzaron sus posiciones y emitieron sus señales, Hayduke y Smith cogieron tenazas, pico y pala, y se fueron a trabajar. Habiendo inspeccionado el objetivo dos días antes, tenían una idea bastante clara de lo que tenían que hacer.

Primero cortaron la alambrada. Luego cavaron en la piedra acumulada bajo la traviesa más cercana al puente, por el lado por el que estaba previsto que viniera el tren. Cuando consiguieron tener

un agujero en el que cabía una caja de manzanas, Hayduke consultó su guía de instrucción de demoliciones (GTA 1-10-9), un ejemplar manejable, de bolsillo, envuelto en plástico que se había traído, material curricular previo, de las Fuerzas Especiales. Revisó la fórmula: un kilo es igual a 2,20 libras, si queremos tres cargas de 1,25 kilos necesitamos tres libras por cada carga para ir sobre seguro.

—Vale Seldom —dijo—, la excavación ya es suficientemente grande, cava otra cinco traviesas más allá. Yo meteré la carga aquí.

Hayduke bajó de la zona de raíles, de vuelta a las cajas que esperaban en la duna. Abrió la primera de ellas —Du Pont normal, 60 por ciento de nitroglicerina, velocidad de 18.200 pies por segundo, acción rápida—. Retiró seis cartuchos, unos palos entubados de ocho pulgadas de largo y ocho onzas de peso, envueltos en papel vegetal. Practicó un agujero en uno con el mango —material aislante— de sus tenazas, e insertó una carga explosiva (eléctrica) en el agujero, y luego anudó los hilos de la parte baja de la cápsula. Luego unió los seis tubos en un racimo, dejando en el centro el primer cartucho. La carga estaba lista. La colocó solemnemente en el agujero bajo la primera traviesa, agregando el cable de conexión a la parte baja (todos los cables aislados) y volvió a llenar el agujero con las piedras, cubriéndolo, escondiendo la carga. Sólo los cables estaban a la intemperie, enroscados en sus fundas rojas y amarillas, brillando en el lecho de las vías. Los fue metiendo bajo los raíles donde sólo un observador atento que fuera a pie podría descubrirlos.

Miró a los vigías. Bonnie seguía en la parte occidental del puente, mirando la curva de las vías hacia oeste y norte. Él miró al este, donde Doc estaba apoyado en el tronco del cedro encima del bancal, fumándose su cigarro, y asintiendo con tranquilidad. Todo despejado.

Hayduke preparó la segunda carga tal y como había hecho con la primera, y la llevó hasta el segundo agujero que Seldom Seen ya había terminado. Juntos hicieron el tercer agujero, diez traviesas más allá del puente.

—¿Por qué no nos limitamos a volar el puente? —dijo Smith.

—Lo haremos —dijo Hayduke—. Pero los puentes son difíciles,

lleva mucho tiempo, un montón de energía. Creo que lo que nos conviene es asegurar lo del tren primero.

—¿El tren viene de allí?

—Eso es. Baja la colina desde Black Mesa, cargado con el carbón. Ochenta vagones con cien toneladas cada uno. Volamos el camino justo delante de la locomotora y toda la carga se va donde las latas al fondo del cañón, con el puente o sin él.

—¿Toda ella?

—Probablemente. Por lo menos nos aseguramos de cargarnos el motor, eso es lo más caro. Eso les joderá bastante, a la Pacific Gas and Electric, a la vieja Arizona Public Service, van a quedar muy jodidos. Nuestro nombre será maldecido en los circuitos eléctricos.

—Ese es un buen nombre para sus circuitos.

El sol se elevó, un perfecto asterisco de fuego. Hayduke y Smith estaban ya sudando. Tercer agujero terminado. Hayduke se encargó de colocar la tercera carga, de cubrirla y esconderla. Un momento de descanso, se sonrieron el uno al otro, blancas sonrisas sobre rostros sudorosos.

—¿Qué coño te hace sonreír ahora, Seldom?

—Estoy cagado de miedo. Y tú ¿de qué coño te ríes tú?

—Por lo mismo, *compadre*[15]. ¿No has oído una lechuza?

La cara de Bonnie Abbzug se había girado en dirección a ellos, movía los brazos. Doc Sarvis también había hecho saltar la alarma.

—Deponed las armas. Todo el mundo fuera.

Hayduke colocó el cableado de la tercera carga fuera de la vista mientras Smith acarreaba pala y pico hacia las dunas. Hayduke revisó su trabajo, buscando algún fallo, pero todo parecía perfectamente oculto. Cargó con sus herramientas, dejando huellas de grasa por todas partes. No podían ayudarle. Se echó al suelo y esperó, aguzando el oído hasta escuchar el zumbido de un auto eléctrico que llegaba por la grada. Hayduke echó un vistazo, vio la cabina amarilla sobre ruedas, ventanas abiertas, tres hombres sentados dentro, uno de ellos estaba asomado revisando los raíles.

Bonnie y Doc se habían agazapado tras unos arbustos. Bonnie, con el vientre en la arena, vio el auto ir en su dirección, cruzando el puente, se detuvo en mitad del puente un momento y reemprendió la marcha de nuevo pasando por el profundo corte que había bajo

ella (sonidos de risas) y tomando la curva, arrancando chispas eléctricas de las vías de la intersección, hasta que el motor se fue apagando en el silencio, fuera de su vista, fuera de su oído. Se habían ido.

La tripulación de los de la máquina se había detenido en el puente, ella se dio cuenta enseguida, al mirar los *graffiti* de estilo *art-nouveau* que había estampado en el cemento de los pilares, escritura decorativa en letras rojas y negras que decían: «CUSTER LLEVA UNA CAMISA DE FLECHA. PODER ROJO».

Ella se desabotonó el suéter cuando el sol empezó a apretar, se puso las gafas de sol y se ajustó su enorme sombrero. Garbo en el turno de guardia. Vio que Hayduke salía de la zona oculta, llevando algo que parecía un gran carrete de metal. Rechoncho y poderoso parecía más que nunca un mono antropoide. Darwin llevaba razón. Seldom Seen Smith se le unió, delgado y alto. Mutación: la vastedad de la piscina genética, las infinitas variables de combinación y permutación. ¿Quién, se preguntó vagamente, será el padre de mis hijos? No vio en las proximidades ningún candidato apetecible.

Vio a Hayduke arrodillado sobre las vías, vio el resplandor fulgurante de la hoja de su cuchillo en su mano, lo vio cortar y armar la conexión de los cables desenvainados. Hayduke empalmaba las puntas de los cables de las cápsulas explosivas al cableado de ignición, creando un circuito cerrado con cuatro cargas independientes. Luego procedió a desenrollar el cable de alimentación desde el puente, a lo largo del cañón hasta algún lugar lo suficientemente lejano del punto de explosión, tras una roca. Dejó allí la bobina y siguió el camino de los cables de vuelta a las vías, para ocultarlos a la vista —a la vista de cualquiera que viniera del este—. En las vías fue escondiendo los cables expuestos, atándolos a la parte interior de la barandilla.

Ella lo vio hablando con Smith, vio que Smith le golpeaba sin mucha fuerza las costillas, vio cómo se agarraban de los hombros, como dos luchadores de sumo. Había algo en la manera que tenían de sonreírse uno al otro, en la manera en que se trataban, que la ofendía y le resultaba insoportable. Todos los hombres, de corazón, pensó ella, o debería decir de culo, son en el fondo unos maricas. El modo en que los jugadores de baloncesto se palmean el culo los

unos a los otros, corriendo por el campo o cuando se agrupan en los tiempos muertos. El *quarterback* griego y el central nervioso. Maricones como palomos cojos. Aunque por supuesto ninguno de ellos iba a tener nunca la decencia, la honestidad o el valor de admitirlo. Y por supuesto que todos ellos harían piña contra las mujeres. Cerdos. ¿Quién los necesitaba? Miró atentamente a los dos patanes de allá abajo, examinándolos uno por uno. Un par de payasos. Más maricones que las almejas. Al menos Doc tenía algo de dignidad. No demasiada. Y por cierto, ¿dónde estaba Doc? Ella lo buscó, lo buscó bastante rato, hasta que por fin dio con él a la sombra de un árbol, la cabeza gacha, dormido de pie. Jesucristo, pensó ella, esto de ser anarquista criminal es un aburrimiento.

Su nombre surgió a la luz del sol. Rostros que la miraban. Ese temblor bisilábico alzándose en el aire, esparciéndose: ¡Bonnie!

Hayduke, Doc y Bonnie reunidos en torno a la bobina del cable. Smith trababa en el puente. Hayduke cortaba los cables mientras Doc y Bonnie miraban, había que pelar dos pulgadas de plástico aislante de los brillantes hilos de cobre.

—Estos cabrones —explicaba—. Van aquí —los colocó en las dos terminales del detonador—. Este pequeño cabrón —llevó el extremo de los cables hacia el mango del detonador—, van aquí, así —los enrolló hasta el final—. Cuando los cables estén conectados a las terminales y tú aprietes fuerte, tan fuerte como puedas, no temas cargarte la máquina, no vas a cargártela, sólo trata de llevar la manivela hasta el fondo del todo, enviarás una corriente a través del circuito, y ese jugo pondrá en marcha las cápsulas. Las cápsulas detonarán a los cebadores y los cebadores detonarán las cápsulas y, bueno, ya lo verás. Pero tienes que apretar fuerte, hasta el fondo, como si estuvieras arrancando de la pared un teléfono pasado de moda. Si no empujas lo suficientemente fuerte no estarás enviando ninguna señal.

Miró a Bonnie.

—¿Me estás escuchando, Abbzug?

—Sí, Hayduke, te estoy escuchando.

—¿Qué he dicho?

—Oye, Hayduke, tengo un máster en literatura francesa. Nunca me expulsaron de la universidad como a alguna gente de por aquí

cuyos nombres podría mencionar aunque no voy a mencionarlos, aunque ellos estuvieran a tiro de piedra.

—Vale pues, inténtalo —desatornilló las cápsulas de los terminales de la máquina y puso las yemas de los dedos en su lugar —. Vamos, aprieta todo lo que puedas, dame una descarga.

Bonnie cogió la manivela y empujó hacia abajo, hasta que la manivela llegó hasta la caja de madera.

—He sentido un hormigueo —dijo Hayduke—. Un hormigueo sólo. Inténtalo de nuevo. Golpea hacia abajo, hasta el fondo.

Ella subió la manivela, tomó aire y empujó hacia abajo. Cuando la manivela llegó a la caja la mano de Hayduke se retiró de inmediato expulsada por un galvánico reflejo.

—Eso está mejor. Lo he sentido esta vez. Vale, Bonnie, ¿estás segura de que quieres ser la artificiera de esta operación?

—Alguien tiene que hacerlo.

—Doc puede quedarse aquí, comprobar que todo va bien, ayudarte. Yo estaré donde pueda ver cómo llega el tren. Cuando esté en el punto justo te haré una señal, así —elevó un brazo y se quedó quieto—. Cuando alce el brazo te colocas sobre la manivela del detonador. No dejes de mirarme. Cuando baje el brazo —entonces dejó caer el brazo—, empujas hacia abajo, ¡fuerte!

—¿Y entonces qué?

—Entonces nos iremos cagando leches de aquí. Tú y Doc os montáis en la furgona, Smith y yo cogeremos el *jeep*. Tendremos que estar a una hora de aquí cuando manden los aviones, así que durante una hora conduce como si te persiguiera el demonio, entonces párate debajo de un árbol donde sea y espera que llegue la tarde. Coge la vieja carretera a Shonto. Esta noche nos encontramos en Betatakin para celebrar nuestra victoria. Ni miréis los aviones del cielo. Las caras blancas se ven perfectamente desde el aire. Os tenéis que comportar como si nada, mantened la calma, si alguien os dirige la palabra sois turistas. Doc, tú ponte tus bermudas.

—No las he traído, George, pero me las arreglaré.

—Y tú déjate puestas las gafas de sol, no dejes que los indios vean cualquier perturbación en esa mirada.

—Tranquilo —dijo Bonnie—. ¿Dónde está el baño? —y desapareció rumbo a unas dunas.

Doc parecía abatido mientras ella se alejaba.

—¿Algo va mal? —preguntó Hayduke.

—Nada.

—Pareces enfermo, Doc.

Doc sonrió, se encogió de hombros.

—Una pequeña rosa negra me está complicando la vida.

—¿Te refieres a ella? ¿Quieres que hablemos de eso ahora?

—Quizá más tarde —dijo Doc. Y regresó a su puesto de vigilante.

Hayduke se unió a Smith en el puente, trabajando con el pico y la pala en los pilares.

—Esto es trabajo de esclavos, George.

—Lo sé —dijo Hayduke—. Necesitaríamos un martillo neumático y un compresor como tiene todo el mundo. Debemos estudiar mejor el proyecto. —Se apoyaron en sus herramientas y contemplaron el resultado de su trabajo. Parecía, en aquel momento, que harían falta dos semanas de duro trabajo para cavar hoyos lo suficientemente grandes entre los pilares y la pared del cañón. Hayduke decidió intentar una táctica más simple si bien menos certera.

—Trataremos de cortar las vigas —dijo—. Justo allí donde están las juntas. Olvidémonos de los pilares, no tenemos tiempo —le echó un vistazo a su reloj—. Nos queda aún media hora si el tren no viene adelantado —miró arriba, donde estaba Doc, sin novedad—. ¿Dónde estaba Bonnie?, ¿de vuelta a la máquina detonadora, practicando? ¿Y quién sabía cuánta corriente parásita —ponte a calcularlo— podría correr por estos raíles? Todo era eléctrico. Cincuenta mil voltios sobre sus cabezas. Aire iónico. ¡Jesucristo! Deberíamos haber usado una combustión lenta. Pero hubiéramos necesitado de más tiempo. Sigamos con el plan.

Sabía que había dejado los cables del detonador desenganchados de éste, pero hasta un niño podía volver a engancharlos, no digamos Bonnie. ¿Dónde se había metido esa maldita mujer?

Nervios, nervios. Se subió a las vías y desconectó la conducción del cableado interrumpiendo el circuito. Eso lo hizo sentir un poco mejor. Había tres vidas humanas en los alrededores. Cuatro si contaba la suya y la metía en la cuenta. Tendría que haberse

encargado de todo aquello él solo, con Smith como máximo. Doc y Bonnie, dos cándidos… Haberlos traído, ese había sido el gran error.

Era mejor darse prisa.

—¿Cuántas? —le estaba diciendo Smith.

¿Cuántas? Ah sí, las vigas. Por lo menos dos pies de alto en la red. Tendrían que haber pensado en todo esto antes. Una pulgada de espesor. Lo consultó con su cuaderno: 9,0 libras. Las bridas de un pie de ancho y de —bajó corriendo del puente y las midió con la regla que venía impresa en su cuaderno— setenta y ocho pulgadas exactas de espesor. Volvió a consultar la tabla impresa: 9,0 de la red más 8,0 de las dos bridas dan un total de 17,0 libras de TNT. Para cada viga. Tenemos tres vigas. Eso significa una caja entera y algo más, o, vamos a ver, a menos que yo haya calculado mal y haya metido la pata en alguna parte, vamos a ver, Smith estaba allí esperando, mirándolo, preocupado, Doc preocupado, y la tal Abbzug retozando quién sabe dónde, puta mierda, debería haber usado un limitador de presión, 51,0 libras. TNT. Y un diez por ciento de dinamita. Dinamita normal. 56,1.

—Mejor si traemos dos cajas —dijo.

Fueron a por ellas, las trajeron, las colocaron en el cemento bajo el puente. Hayduke rompió la cinta de sellado, quitó la tapa de la caja y abrió la protección de polietileno. Los cartuchos, elegantes y gruesos en sus envolturas de cera roja, cuidadosamente empaquetados, 102-106 por caja, parecían —sí, definitivamente— lo suficientemente potentes, sensibles a golpes y fricciones, altamente inflamables. Las manos de Hayduke temblaron ligeramente al sacar los cartuchos, en haces, de la caja. Smith se ocupó de abrir la otra caja.

—No me gusta este asunto, George.

—Ya te irás acostumbrando —mintió Hayduke.

—No estoy seguro de querer hacerlo.

—No te culpo por ello. Es peligroso acostumbrarse. Déjame fijar las cargas. Puedes traerte las bolsas del *jeep*. —Contó las cargas de dinamita, treinta y cuatro en un manojo, más otros cinco para que no fallara la suerte, y los lió todos juntos.

—¿Qué bolsas?

—Hay una docena de bolsas de yute en la parte de delante del *jeep*, bajo el asiento del copiloto. Las llenaremos de arena para tapar las cargas. ¿Dónde está la caja de cartuchos?

—Está aquí, George —Smith se levantó y desapareció.

Hayduke preparó el primer paquete, atándolo con un nudo en el centro, luego lo pegó a la viga dejando que los extremos de los cables quedasen sueltos. Preparó y colocó la segunda y la tercera cargas. Luego unió a los extremos de los cables los extremos de los cables de explosión. El circuito de nuevo se había completado, salvo por las conexiones finales con la máquina detonadora. Todas las cargas en su sitio. Smith volvió con los sacos. Los llenaron de arena y ocultaron las cargas.

—Listos para explotar —dijo Hayduke.

Bonnie llegó hasta ellos. Smith bajó la voz para decirle:

—¿Estas seguro de que quieres que ella empuje la manivela?

Hayduke vaciló, echándole un vistazo a Bonnie antes de devolverle la mirada a Smith. Sudaba, estaba temblando por la fatiga de los nervios, miraba a uno y a otro. El olor de sus sobacos llenos de pelos en el aire. El olor del miedo.

—Seldom —dijo—, llamémosle democracia.

Smith elevó las cejas.

—¿A quién?

—Democracia. Ya sabes… Participación. Tenemos que darle un papel en esto a Bonnie.

Smith lo miró sin estar seguro de entenderle. El sudor le hacía brillar la parte superior del labio de arriba.

—Bueno —dijo—, no sé.

—Complicidad —añadió Hayduke—. ¿Vale? No podemos arriesgarnos a que haya alguien inocente entre nosotros, ¿lo pillas?

Smith estudió a Hayduke.

—No confías en nadie, eh, colega.

—No todavía. No tan rápido.

Abbzug llegó a ellos como la brisa, el sombrero colgado en la espalda, un halo de sol iluminándole de frente el cabello de color caoba.

—Bueno, vamos allá, hay trabajo que hacer aquí.

—¿No llevas nada en la cabeza? —le preguntó Hayduke.

—Te refieres a esto —dijo Abbzug mostrándole la espalda, donde le colgaba el sombrero.

—¡Tu casco!

—No pierdas los estribos Hayduke. ¿Qué te pasa a ti, qué eres, una especie de paranoide maniaco? ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al psiquiatra? Apuesto a que mi psiquiatra le puede al tuyo.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Smith se arrodilló, puso las manos y la oreja en un raíl. Vibraciones solemnes de hierro.

—Hay algo que está llegando, George, seguro, y algo bastante grande.

Un solitario ululato de lechuza les llamó. Miraron a la cresta del bancal donde estaba la silueta de Doc recortada contra el sol de la mañana. Sus dos brazos se habían extendido hacia arriba, las manos se movían como frenéticos pájaros. Los binoculares le colgaban del cuello, y dio la alarma:

—¡Tren!

—¿Lejos? —le gritó Hayduke.

Doc se puso los binoculares, reajustó el foco y estudió el escenario del este. Bajó los prismáticos de nuevo:

—Cinco millas aproximadamente —gritó.

—Vale, vamos allá. Tú —Hayduke le dijo a Bonnie—, ponte esto en la maldita cabeza —le dio su propio casco. Ella se lo puso, le tapaba las orejas—. Vuelve al detonador. Pero no se te ocurra tocarlo hasta que yo no te dé la señal. Y no te salgas de allí hasta que yo te diga que ya es seguro.

Ella lo miró atentamente, los ojos le brillaban de pánico y emoción, una cínica sonrisa en los labios.

—¿Y bien? No te quedes como un pasmarote. Dale.

—Vale, vale, vale, no te excites.

Ella se fue hacia el borde del cañón.

En tanto Seldom estaba juntando todas las herramientas y cargando en sus hombros la dinamita que había sobrado. La caja de cartuchos, los trozos de cable, el rollo de cuerda, los alicates todavía estaban tirados en el hormigón bajo el puente, contra el pilar donde Bonnie había escrito con *spray*, en vistoso rojo con bordes de negro

carbón, la leyenda: «HOKA HEY. HOSKININI CABALGA DE NUEVO».

Una vibración creciente en los raíles, acercándose.

—Vamos.

Doc Sarvis estaba aún en la colina, mirándolos.

—El tren llega —aullaba.

—Baja ya, Doc —le gritó Smith—. Vamos a estallar.

Doc descendió la pendiente con paso pesado, con amplias zancadas a través de la arena, su sombra matutina se alargaba veinte pies, proyectándose libremente sobre robles, nogales y otros organismos vegetales. Una corona de luz ardiente le brillaba tras la cabeza protegida por el casco. Accidente. Dio con la cara en el suelo, botas y pies confundidos, traicionado por un inocente matojo —los demás oyeron una maldición tranquila—. Doc luchó con sus pies de nuevo, vamos, arriba, digno, imperturbable ante el mero contratiempo de casualidad y gravitación.

—*Fallugia paradoxa* —explicó, limpiándose la arena de sus gafas —. ¿Todo listo?

Por supuesto que no habían elegido el punto adecuado de vigilancia para Hayduke. Así que decidió subirse allí donde Doc había estado —lo hizo rápidamente—. Doc y Smith se unieron a Bonnie en el punto del detonador, Smith para enganchar los cables de ignición y transmitir las señales de Hayduke, Doc para supervisar a Bonnie en los controles.

Bajo la pendiente del borde del cañón, Smith fue cogiendo los extremos de los cables y uniéndolos para que quedaran conectados a la caja, lo hizo rápido, los empalmó rápidamente y quedaron unidos a la terminal.

—Válgame el cielo, Bonnie, todo conectado ya.

—Así es.

—Bien, por la mismísima Holy Moroni, estamos los tres a menos de diez pies de unas cientos de libras de dinamita.

—¿Y?

Hayduke al mismo tiempo estaba avizorando desde arriba de la colina, resbalando y deslizándose por la arena, agarrándose al roble espinoso, al peral lleno de hojas. Consiguió alcanzar la cima gateando como un perro, y miró al este el amplio morro de ojos

ciegos y mugido creciente que se encontraba a unas doscientas yardas, avanzando no muy rápido pero firme, por el paso que quedaba bajo él y camino de las primeras tres cargas y del puente.

Miró en dirección a los encargados del detonador, y no vio a nadie. Oh, puta mierda. Entonces Smith emergió detrás de un montículo de arena y le dio la señal de que estaban listos. Hayduke asintió. El tren automático avanzaba, ciego, brutal, poderoso, meciéndose ya en las vías de la curva. Relampagueaban arcos eléctricos mientras que la locomotora tomaba la corriente, subiendo y bajando con acción de resorte sobre la arqueta del motor, recibiendo las sinapsis de la línea eléctrica. Tras el motor venía la masa principal, ochenta vagones cargados de carbón, que iban a entrar en la historia de Page a cuarenta y cinco millas por hora. Lentificado al tomar la curva. Hayduke alzó su brazo.

Los ojos fijos en las quince traviesas del puente, el brazo arriba en posición de guillotina, oyó, olió y sintió al tren pasar bajo él. Cuando vio que el motor llegaba al punto previsto para la explosión, agitó la mano y bajó el brazo, un gesto vigoroso e inconfundible.

Y vio, en el momento en que su mano baja hasta su costado, la cara de un hombre en la ventana abierta en la cabina de la locomotora, un hombre que lo estaba mirando, un joven con un rostro bronceado, alegre, suave, buenos dientes, ojos claros, con una camisa de sarga marrón, uniforme de trabajo, con el cuello desabotonado. Condescendiente con la tradición, como un bravo maquinista, el joven le devuelve a Hayduke su saludo.

El corazón a punto de infarto, el cerebro bloqueado, Hayduke se echó a tierra con las manos sujetándose el cráneo, preparado para que la tierra se moviese, le llegase una ola de arena, proyectiles diversos silbasen cerca de sus oídos, los aromas de la nitroglicerina le ensuciasen la nariz, aguardando el grito que iba a comenzar. La cólera, más que el horror, le había adormecido la mente.

—Mintieron —se dijo—, esos hijos de puta mintieron.

—¿Qué estás esperando?

—No puedo hacerlo —gimió ella.

Smith, veinte yardas más allá, donde no podía ayudarles, los miró, Bonnie parada ante la máquina infernal, Doc Sarvis quieto junto a ella. Ella tenía las garras de la manivela levantada, los nudillos blancos sobre ellas. Sus ojos estaban fuertemente cerrados, apretados de tal manera que en la comisura de cada ojo brillaba como una joya una lágrima.

—Bonnie, aprieta.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—No lo sé, sólo sé que no puedo.

Doc había vislumbrado el atronador motor pasando por el puente, cruzando la luz del sol que allí pegaba, seguido monótonamente por los oscuros vagones cargados de carbón. Polvillo negro que se elevaba al aire limpio, mientras las vagonetas iban moliendo el acero de los raíles, y un olor a plancha quemada se apropiaba de aquel campo abierto del buen Dios, derrotado por la industria. Doc Sarvis sintió cómo la ira creciente se le atragantaba en el buche.

—¿Vas a poner esa cosa abajo, Bonnie? —su voz se tensaba por la cólera.

—No puedo hacerlo —gimió ella, las lágrimas corriéndole por las mejillas. Él se colocó justo detrás de ella, ella sintió sus ingles y su vientre presionando en su espalda. Él la rodeó, envolviéndola con sus grandes y sensibles manos de cirujano, que quedaron colocadas sobre las manos de ella, llevándolas a la manivela de la máquina detonadora, y forzándola a empujar hasta el fondo con él, y empujaron el émbolo a través de las bobinas de resistencia hacia el cuello del útero en el vientre mismo de la caja acolchada y… ¡Whaaaam! y ¡BLAAAM!, así permanecieron.

¡Oh no!, ella se dio cuenta, un poco tarde, mientras fragmentos y pedazos y astillas de fuel fósil y materia inorgánica trazaban hiperbólicas parábolas, con fiereza y elegancia, a través del techo celeste sobre sus cabezas: fue siempre su postura favorita.

—Gracias, *madam*.

Mientras tanto, Hayduke había estado esperando. Vio que nada

sucedía. Sus ojos se levantaron primero, y luego su cabeza, buscando la locomotora en pos del puente minado, entrando en la grieta, seguido de su tren de vagones. Suspirando con alivio, empezó a levantarse.

En ese momento las cargas explosionaron. El tren se levantó de los raíles, grandes bolas de hongos de fuego bajo su vientre. Hayduke se cubrió de nuevo mientras trozos de acero, cemento, roca carbón y cable silbaban en sus oídos y ascendían a los cielos. Al mismo tiempo los vagones cargados de carbón, completaban su salto y se tiraban del puente roto. Las vigas cedieron, el puente se hundió como si fuera de plástico fundido y los vagones fueron cayendo uno tras otro —unidos como salchichas— desapareciendo en un rugido de polvo hacia el caos de la garganta.

¿Qué pasaba en el otro lado del puente?

Problemas. Nada sino problemas. La electricidad se había venido abajo y la locomotora no había podido seguir adelante. Ahora iba hacia atrás, impotente, con los frenos bloqueados, hacia un desastre de miles de millones de dólares. Todavía unida a los vagones, la locomotora estaba siendo arrastrada por el peso de todos los vagones que estaban cayendo al cañón.

Hayduke vio al joven, al conductor, ingeniero, monitor lo que fuera, colocándose en la portezuela de la cabina, saliéndose al bordillo que había a un lado de la máquina y saltando. Aterrizó bien, dio unos cuantos pasos para colocarse en el terraplén, y se quedó quieto en la cuneta. Se puso de pie, las manos en las caderas, y fue testigo, como Hayduke, de la destrucción de su tren.

La locomotora se deslizó con las ruedas rígidas chillando por el puente hecho añicos, derribado y caído. Cayó fuera de la vista de los testigos. Hubo un momento de silencio, y luego se escuchó el estruendo de su choque contra el fondo elevándose al cielo.

El cuerpo principal del tren seguía rodando por la grada, fuera de las pistas deformadas, a través de los restos del puente, coche tras coche, repetitivos como una producción en masa, cayendo en el dolor y la confusión del abismo. Nada podía hacerse y ninguno se salvó. Cada vagón, como si fueran ovejas que uno cuenta para dormirse, llegaba hasta el filo y se desvanecía.

Hayduke avanzó a través de la maleza con las manos y de

rodillas, se dejó caer por la pendiente de la duna para alcanzar a sus compañeros. Los encontró junto al detonador, paralizados, aturdidos por el estruendo de los carros de carbón y la magnitud de su obra. Hayduke los despertó: había que irse. Recogiendo todo el equipamiento, se apresuraron los cuatro hacia el *jeep*, se montaron y rodaron hasta donde habían dejado la furgona de Doc. Se separaron como habían planeado.

Todo el camino de vuelta hasta el campamento Doc y Bonnie estuvieron cantando viejas canciones, entre ellas la favorita de todo el mundo últimamente: «I've Been Working on the Railroad».

George y Seldom hicieron lo mismo.



15. Descanso y relax

El amable *ranger* tenía unas cuantas preguntas.

—Amigos, ¿disfrutan de su estancia en el Monumento Nacional Navajo?

La hoguera alumbraba su honesta, atractiva cara juvenil, perfectamente afeitada. Parecía lo que debe parecer un guardia de parque: alto, delgado, capaz y no demasiado listo.

—Excelente —dijo Doc Sarvis—. Excelente.

—¿De dónde son, si es que puedo preguntarles?

Doc pensó raudo:

—California.

—Tenemos un montón de gente de California últimamente. ¿De qué parte de California?

—De la parte sur —dijo Bonnie.

—¿Le apetece un trago? —dijo Doc.

—Gracias señor, pero no puedo beber de servicio. Es muy amable de su parte ofrecérmelo. Me he dado cuenta de que su auto tiene matrícula de Nuevo México, y por eso les pregunto. Fui a la escuela en Nuevo México.

—¿De veras? —dijo Bonnie—. Mi marido y yo vivimos allí ahora.

—¿Su marido es doctor?

—Así es, sí, eso es —dijo Bonnie.

—He visto el caduceo en el auto. Yo quise hacer bioquímica pero era demasiado para mí, así que me tuve que dedicar al negocio de la naturaleza y ahora, ya me ven, de guardia del parque.

—Eso está bien —dijo Doc—, hay un sitio para cada uno, por humilde que sea, en el orden de las cosas.

—¿De qué parte de Nuevo México?

—De la parte sur.

—Pensé que habían dicho de la parte sur de California, perdónenme.

—Dije que éramos de California. Aquí mi abuelo —Doc frunció el ceño—, es de California. Mi marido es de Nuevo México.

—¿Es mexicano?

—Es de Nuevo México. No nos gustan los términos racistas. Podemos llamarlos hispanos, americanos con nombres españoles o hablantes de español, pero mexicano es un insulto en Nuevo México.

—Es gente orgullosa y sensible —dijo Sarvis—, con mucha tradición y una gloriosa historia detrás.

—Bastante atrás —dijo Bonnie.

—Su marido debe ser el joven con las barbas. Conduce un *jeep* azul con cabrestante y matrícula de Idaho.

Otra breve pausa.

—Ese es mi hermano —dijo Bonnie.

—¿Lo han visto hoy?

—Va de camino a la Baja California. Puede que ya vaya por Caborca.

El guarda jugueteó con el filo bañado en hierro del ala de su

sombrero de guardabosques.

—Caborca, por lo general, se encuentra en el estado de Sonora.

Sonrió dulcemente, tenía los dientes muy blancos, las encías rosas y saludables. La parpadeante luz del fuego bailaba en su corbata firmemente anudada, su insignia de bronce, su placa de guardabosques bañada en oro, el pin con su nombre colocado en el bolsillo de su pecho: Edwin P. Abbot, Jr.

Doc Sarvis empezó a cantar, suavemente, esa canción de «Vente conmigo a St. Louis, Luis», «Vente conmigo a Caborca, Lorca…».

—¿Qué pasó con su otro amigo? —dijo el *ranger*, dirigiéndose a Bonnie.

—¿Qué otro amigo?

—El propietario de aquel vehículo de allí —apuntó hacia la camioneta de Smith situada en la oscuridad cercana, apenas visible por el resplandor de la hoguera. Por supuesto las placas de la matrícula no estaban. El gran Seldom Seen, dónde se habría metido. ¿De vuelta al más allá? ¿Afuera en las afueras? ¿Entregado y ocupado con sus esposas?

—De veras que no puedo decirle —dijo Doc.

—¿No puede decirme?

—Quiere decir que no sabemos exactamente dónde para —dijo Bonnie—. Dijo que se iba a dar una caminata hacia algún sitio y que estaría de vuelta en cinco días.

—¿Cómo se llama?

Un momento de vacilación.

—Smith —dijo Bonnie—, Joe Smith.

El *ranger* volvió a sonreír.

—Claro. Joe Smith. ¿Les gusta Page?

—¿Page?

—¿Black Mesa?

—¿Black qué?

—¿Han oído las noticias de esta noche?

—Algo.

—¿Y qué opinan de la crisis energética?

—Estoy cansado —dijo Doc—, creo que me voy a acostar.

—Estamos en contra —dijo Bonnie.

—Yo a favor —dijo Doc después de pensarlo un momento.

—¿Dónde estaban la noche pasada?

—No puedo decirle —dijo Doc.

—Estábamos aquí, justo ante esta hoguera… ¿Dónde estaba usted?

—Se fueron pronto esta mañana.

—Eso es cierto —dijo Bonnie—. Y qué. Mi hermano quería salir temprano y nosotros lo acompañamos y despedimos, eso es todo. ¿Hay alguna ley contra eso?

—Vale, vale —dijo Doc.

—Lo siento, señorita —dijo el *ranger*—, no quiero entrometerme en sus asuntos. Es sólo curiosidad. ¿Les importa que le eche un vistazo al interior de su auto?

No hubo respuesta.

—¿Qué opinan de las noticias? —preguntó el *ranger*.

Bonnie y Doc permanecieron en silencio, mirando el fuego. El joven *ranger*, todavía de pie, todavía dándole vueltas a su sombrero con sus dedos, los miraba a ellos.

—Me refiero al tren, claro —dijo el *ranger*.

Doc suspiró tristemente y cambió su Marsh-Wheeling al otro lado de la boca.

—Bueno —dijo.

—Lo hemos oído —dijo Bonnie— y nos parece deplorable.

—Lo he dicho antes y lo volveré a decir —dijo Doc—: La anarquía no es la respuesta.

—¿La respuesta a qué? —dijo el *ranger*.

—¿Señor?

—¿La respuesta a qué?

—¿Cuál es la pregunta?

—Oímos que es un tren automatizado —dijo Bonnie—, así que al menos no ha habido víctimas, supongo.

—Automatizado, claro que sí —dijo el *ranger*—, pero había un operario a bordo. Ha tenido suerte.

—¿Qué sucedió?

—Según las noticias hubo algún tipo de accidente en el puente de Kaibito Canyon. —El *ranger* los miró. No hubo respuesta—. Pero desde luego ya han oído las noticias.

—Yo solía comer en un restaurante todo automatizado —dijo

Doc Sarvis—. Era demasiado arriesgado. Recuerdo un Autómata en Amsterdam con la 114 cuando yo era estudiante en Columbia. Cucarachas automáticas. Grandes, listas, agresivas *Blatella germanica*. Criaturas aterradoras.

—¿Qué le pasó al operario? —preguntó Bonnie.

—¿No lo ha oído?

—No exactamente.

—Bueno, al parecer una parte del tren cruzó el puente antes de que el puente se viniera abajo. El operario tuvo tiempo para saltar de la locomotora antes de que ésta se fuese al fondo del cañón arrastrada por la carga que caía. Dicen las noticias que el tren entero, locomotora y ochenta vagones de carbón, acabaron al fondo del Cañón Kaibito.

—¿Y por qué el operario o el ingeniero o quien sea que estuviera a los mandos no piso a fondo o revolucionó el motor o lo que sea para sacarlo de allí?

—No había corriente —dijo el *ranger*—, se trata de un tren eléctrico, cuando el puente se vino abajo toda la línea eléctrica se fue al garete.

—Deplorable.

—Electrocutaron a algunas ovejas antes de que cortaran la corriente. Esos indios están locos.

—¿A quién?

—¿A quién? A quienquiera que cortase la alambrada.

Una pausa. La madera de junípero se abrasaba procurando un hermoso fuego. El frío de la noche se hacía más profundo. Las estrellas brillaban en el cielo. Bonnie se puso la capucha de su parka. Doc masticó la punta de su cigarro apagado. El *ranger* esperó, dado que nadie decía nada siguió.

—Desde luego que deben haber sido los indios los que cortaron la alambrada.

—Es gente irresponsable —dijo Doc.

—Según la radio los daños causados en el ferrocarril se elevan a dos millones de dólares. La central tendrá que cerrar durante semanas.

—¿Semanas?

—Eso es lo que dice la radio. Hasta que hayan reparado el

puente. Por supuesto que la planta tiene un stock suficiente de carbón a mano. ¿Puedo registrar su auto?

—Sólo unas semanas —murmuró Bonnie, mirando las llamas.

—Adelante, joven, adelante —dijo el doctor.

—Gracias señor.

Bonnie despertó de su ensueño:

—¡Qué! Un momento, enséñeme su orden de registro, compañero, tenemos derechos.

—Desde luego —dijo el *ranger*—, sólo estoy echando un vistazo —añadió suavemente—. Si prefiere que no vea lo que tenga usted ahí…

—Necesita una orden de registro. Firmada por un juez.

—Parece muy familiarizada con estos tecnicismos legales, señorita.

—Señora para ti, colega.

—Señora, perdón, ¿señora qué?

—Abbzug, ese es el qué.

—Lo siento, pensé que estaba casada con un mexicano.

—De Nuevo México, ya se lo he dicho.

—Pancho Abbzug —explicó Doc.

—Se lo puede creer —dijo Bonnie.

El *ranger* sacó un radioteléfono con batería portátil del estuche que llevaba en su cinturón, donde además llevaba su porra y una linterna de cinco celdas (no muy aconsejable para los riñones, pensó Doc).

—Si lo prefiere pido una orden de registro. Claro que entonces les tengo que mantener detenidos mientras esperamos —extendió la antena del aparato.

—¿Y dónde va a conseguir ahora una orden? —preguntó Doc.

—Dado que esto es propiedad del Gobierno de los Estados Unidos estamos bajo la jurisdicción de la más cercana corte federal, que resulta que está en Phoenix.

—¿Y va a despertar a un juez?

—Le pagamos cuarenta mil al año.

—Pensé que esto era un parque nacional —dijo Bonnie.

—Estrictamente es un monumento nacional. Como el Valle de la Muerte o Organ Pipe. Hay una diferencia técnica.

—Pero de todos modos es propiedad de todos los americanos —dijo Bonnie.

El *ranger* vaciló.

—Técnicamente hablando, eso es correcto.

—Así que —siguió Bonnie— el lugar es de veras un parque público. Y usted quiere registrarnos el auto en un parque público.

—No, no es un parque público, es un parque nacional.

—Debería avergonzarse de sí mismo.

El *ranger* resopló. Luego él añadió lamentándose:

—Lo siento mucho pero es mi obligación. Dado que no me dan permiso para registrar su auto me veo obligado a conseguir una orden de registro —llevó el *walkie talkie* a sus labios.

—Espere un momento —dijo Doc. El *ranger* esperó. Doc dijo—: ¿Cuánto tiempo puede tardar?

—¿Cuánto? —el *ranger* hizo algunos cálculos mentales—. Si traen la orden en auto tardarán unas ocho horas, si el juez está en casa. Un par de horas sólo si la traen en avión.

—¿Y tenemos que esperar todo ese tiempo?

—Si la traen esta noche. Pero lo más seguro es que tengan que esperar hasta mañana.

—¿Puedo preguntarle —dijo Doc— cuál es el propósito de este registro sin orden previa?

—Se trata sólo de una investigación rutinaria. No me llevará ni un minuto.

Doc Sarvis miró a Bonnie. Ella le devolvió la mirada:

—Bueno, Bonnie…

Ella parpadeó y se encogió de hombros.

—Vale —dijo Doc. Se llevó lo que quedaba de puro a la boca y suspiró profundo—. Adelante, registre el auto.

—Gracias.

El *ranger* apagó la radio, no apagó su linterna y se dirigió cautelosamente hacia el auto. Bonnie lo siguió. Doc se quedó sentado en su hamaca junto al fuego, sorbiendo su *bourbon*, con la mirada perdida.

Bonnie abrió la puerta trasera de la furgoneta. Una cascada de arena roja y de limo harinoso goteó en las botas brillantes del *ranger*.

—Hemos estado dando tumbos por las carreteras secundarias, ¿eh? —dijo. Bonnie guardó silencio. El *ranger* apuntó con su linterna para una comprobación más minuciosa en el montón de cajas que había apiladas en el compartimiento de carga. Cajas pesadas, enceradas de tamaño similar, perfectamente dispuestas. Leyó la etiqueta. Luego se acercó un poco más para leerla de nuevo. Era difícil confundir ese nombre famoso en su ovalada insignia. Difícil no recordar el famoso eslogan: «Las mejores cosas para vivir mejor». Difícil ignorar la pertinente y descriptiva composición en cada una de ellas: 50 libras… 60 por ciento de potencia, 1 ½ x 8, etc. etc. etc.

Era el turno para que el *ranger* suspirase. De nuevo sacó su pequeño Motorola mientras Bonnie lo miraba hoscamente.

Doc Sarvis se acabó su trago y se levantó de su sillón junto al fuego.

—¡Señor! —le gritó el *ranger* abruptamente. Doc se dirigía hacia la oscuridad de los árboles—. Eh, usted.

Doc se detuvo, miró al *ranger*:

—¿Sí?

—Quédese en su sillón, por favor. Sólo quédese donde estaba.

El *ranger*, como se ha dicho, estaba armado sólo con su porra, y el buen doctor estaba a cincuenta pies de él, fuera de su alcance. Pero la firme autoridad del tono del joven consiguió que un delincuente de mediana edad como Doc Sarvis no desease arriesgarse a tener una confrontación directa. Volvió a sentarse. Murmurando pero obediente.

El *ranger*, manteniendo vigilada con un ojo a la chica que estaba a su lado y con el otro al doctor Sarvis —ninguna hazaña pues el *ranger* estaba entre los dos—, habló tranquila pero claramente en el micro de su radio teléfono:

—JB-3, aquí JB-5.

Soltó el botón de transmisión y del aparato llegó la rápida respuesta:

—Aquí JB-3, adelante.

—Necesito ayuda en el Campo 10, el Viejo Campamento: 10-78, 10-78.

—10-4. Ed, estamos en camino. JB-3.

—JB-5, copiado.

El *ranger* se giró hacia Bonnie. Un tono completamente distinto al que había usado hasta ahora apareció en su voz.

—Muy bien, señorita.

—Señora.

—De acuerdo, señora.

Su tono se rebajaba ahora al gruñido. Sobre su labio superior, perfectamente afeitado, se dibujó un pliegue desagradable. Todo aquel metal y aquel cuero y la piel de castor en los ojos del *ranger* Abbott, en su corazón. Guarda del parque, pincho de cactus, esbirro de las plantas.

Puso la caja superior de la columna en el suelo.

—Abra esa caja.

—Dijo que sólo quería echar un vistazo dentro de la furgoneta.

—¡Abra esa caja!

—Protesto.

—Usted… abra… esa… caja.

Doc lo observaba todo desde el hosco resplandor que llegaba a su silla, la luz de la hoguera bailando en su nariz, en la calva corona de su cráneo inmenso. Volvió a sorber su vaso y esperó el desenmascaramiento.

Bonnie quitó la tapa de la cubierta. De nuevo vaciló.

—Ábrala.

Ella se encogió de hombros, la mandíbula tensa (unos rizos castaños se derramaron por la curva de su mejilla brillante, las largas pestañas y oscuras se cerraron) y sacó al fin la tapa de la caja.

El *ranger* miró dentro. Vio lo que parecían ser un montón de tapas de tarros y tarros. Raro. Sacó uno de los tarros y leyó en la etiqueta: Deaf Smith Brand, Mantequilla de Cacahuete clásica. Muy raro. Desenroscó la tapa. Dentro del tarro un líquido aceitoso. Olió, metió un dedo, lo sacó cubierto de una oleaginosa sustancia marrón.

—Mierda —murmuró sin dar crédito.

—No, mantequilla de cacahuete —dijo Bonnie.

Se limpió el dedo sobre la caja.

—Pruébelo —dijo Bonnie—, le va a gustar.

Cerró el tarro y embistió de nuevo.

—Abra la siguiente caja.

Bonnie la abrió, tomándose su tiempo. Y la siguiente. Dos *rangers* más llegaron. Abrió todas las cajas mientras el *ranger* Abbott y sus refuerzos la vigilaban, serios y en silencio. Ella les mostró la mantequilla de cacahuetes, las judías enlatadas, los copos de maíz Green Giant Sweet, el dulce Aunt Jemima, el atún en lata, las almejas, las ostras en lata, las latas de conservas, las bolsas de azúcar y de harina, el sirope Karo, los utensilios de cocina y los de baño, sus libros de jardinería, los libros de cocina y el ejemplar autografiado, de incalculable valor, de la primera edición de *Solipsismo Desierto*, sus preciosos bikinis y los calcetines de Doc, etc., etc… todo perfectamente empaquetado y almacenado en aquellas cajas compactas, duras, resistentes de dinamita.

—¿Dónde consiguió estas cajas? —preguntó el jefe de los *ranger*.

—Déjenla en paz —dijo Doc desde el fuego, débilmente.

—Cállese. ¿Dónde consiguió estas cajas?

—Las encontramos en vuestros contenedores de basura —dijo Bonnie—, allí —y apuntó vagamente, con una mano incierta, hacia alguna de las zonas vacías del campamento cercano.

Los *rangers* se miraron los unos a los otros, conjeturando.

—Fueron ellos —dijo el jefe y chasqueó los dedos—. Esos malditos indios «chochones».

—Querrá decir shoshoni.

—Shoshoni, eso es, esos bastardos de melenas. Vámonos de aquí. Ed, llama al *sheriff* y nosotros daremos parte al Departamento de Seguridad.

Los tres hombres se sumergieron en la noche camino de sus vehículos de patrulla, hablando rápido y bajo, diciendo algo sobre el MIA, el Movimiento de los Indios Americanos, los Perros Locos, la tribu de los «chochones» y la reconstituida Iglesia de los Nativos Americanos de la Cabeza de Shinolá de los Últimos Días.

—Poder rojo —gritó Bonnie tras ello, levantando el dedo corazón de una de sus manos por encima de la mantequilla de cacahuete, pero los *rangers*, desplegándose ya en todas direcciones, no la oyeron.

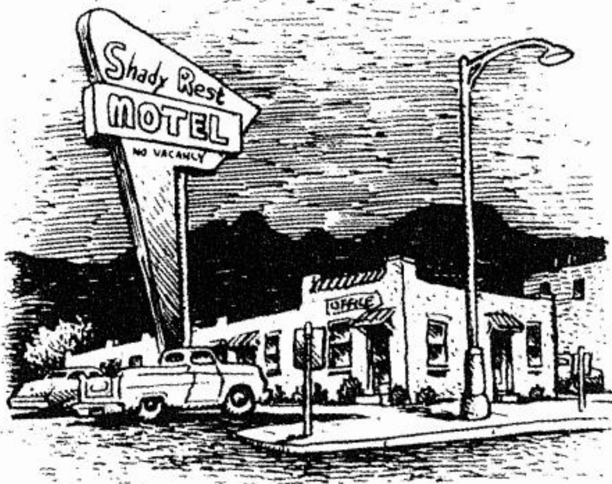
Una pausa.

Dos tipos ásperos salieron de las sombras con las ropas cubiertas de polvo, sonrisas tímidas en las caras, sosteniendo cada cual una lata de cerveza.

—¿Se han ido? —dijo Seldom Seen.

—Se fueron —dijo Bonnie.

—Te has tomado tu tiempo —dijo Hayduke.



16. Sábado noche en América

Hora de maniobras logísticas. Todos estuvieron de acuerdo —incluido Doc— que Doc debía volver a Alburquerque y atender a sus pacientes un tiempo, cobrar sus cheques —los cheques de los pacientes— y reforzar la columna de abastecimiento.

Bonnie no quería volver a la oficina y quién podría culparla. Quería quedarse con Smith y Hayduke para la siguiente aventura. Cualquiera que fuese.

Pero Doc no podía conducir un auto, o decía que no podía, o no deseaba conducir un auto. Se necesitaba, pues, que lo llevaran al aeropuerto más cercano —Page, en este caso— para el vuelo de vuelta a Nuevo México. Parecía quejoso, había bebido mucho, los ojos humedecidos y sentimentales, abrazando a sus tres camaradas

por turnos. El primero Smith.

—Smith —le dijo—. Mi viejo Seldom Seen, cuento con que me vigilarás a estos dos críos. Los dos son bobos, lo sabes, inocentes y absolutamente indefensos. Eres el mayor en este menaje. Cuídamelos.

Smith palmeó la espalda de Doc.

—No te preocupes Doc, no tienes por qué preocuparte de nada.

—Intenta que George no se mate.

—Lo haré, colega.

—Y vigila de cerca de Bonnie, me parece que está cogiendo la Enfermedad de Hayduke.

—Tendré los dos ojos puestos en ella, no te preocupes.

—Buen chico. Recuerda esto: aunque el camino es duro, la dureza es el camino. Nuestra causa es justa (sólo una maldita cosa tras otra) y Dios está de nuestra parte. O viceversa. Luchamos contra la máquina de la locura, Seldom, con los allana montañas y los devora hombres. Alguien tiene que intentar pararlos. Y somos nosotros, especialmente tú.

—Puedes apostarlo, Doc. Consigue algo de dinero y vuelve pronto —Smith sonrió—. No te olvides de los yates y los delfines de entrenamiento.

—Dios santo —dijo Doc—, estás loco. El siguiente.

George Washington Hayduke, *muy hombre, muy macho pendejo*[16], dio un paso adelante. Doc Sarvis lo separó de los demás.

—George —le dijo—, ven aquí un momento.

—De acuerdo, Doc, ya sé lo que vas a decirme. —Hayduke, tan corpulento como un barril de cerveza, apestando como siempre a sudor, a polvo y a cerveza, parecía casi… bueno, ansioso.

—Óyeme, Doc…

—No, óyeme tú.

—No, oye, no fue idea mía. No quería que ella estuviera en primera línea. Ella no trae más que problemas.

Doc sonrió, su brazo sobre las musculosas espaldas de Hayduke. Como un fornido defensa. El oso y el búfalo, en la intimidad.

—George —le dijo—, óyeme bien. Tengo cuarenta y nueve y pico. Ya estoy de vuelta. Bonnie lo sabe. Vete con ella. Es tu turno.

—No la quiero.

—No me mientas, George. Ve con ella. Si puedes, claro. Si eres lo suficientemente hombre. Vete con ella y mis bendiciones para los dos. No me des explicaciones.

Hayduke miró al suelo, mudo por un instante, avergonzado de verdad.

—Es Seldom, él es quien la desea de verdad.

—Smith tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Es un hombre con gusto y buen sentido. No es un loco como tú. Déjale que él se vaya con ella pues. Haz esa cagada.

Hayduke resopló.

—Ten por seguro como la mierda que no voy a pelear por ella. Tengo cosas más interesantes que hacer.

—No hay nada más interesante que una mujer, George. No en este mundo.

Siguieron adelante en un segundo círculo pequeño mientras el avión de Doc llenaba sus tanques de gasolina, se probaban los turbocompresores, se miraban los cables de la cola y los alerones.

El sol de verano de Arizona brillaba sobre todo: sobre el aeropuerto, sobre la central eléctrica, sobre el avión, sobre los ciudadanos de Page, sobre los pasajeros, sobre los coches aparcados, y de todo aquello lo que más brillaba con diferencia era la Srta. B. Abbzug, Bonnie.

Doc Sarvis lo sabía, sabía lo que significaba ese tesoro. Porque cualquier hombre en su sano juicio debía arrodillarse ante aquel resplandor sagrado, gimiendo como un perro enfermo, y lamer con la lengua y abyecta adoración la punta rosada de los dedos de sus pies.

Smith lo sabía: se estaba derritiendo como un helado. Como solía decir su padre, podrías comértela con una cuchara. Los indios lo sabían, tirados en la sombra, la miraban con ojos de conejo hambriento, riéndose, soltando sus chistes del Pleistoceno (los mejores). Sólo Hayduke, estúpido y tozudo, parecía no estar en presencia del Más Elevado Conocimiento.

—De acuerdo pues, todo arreglado —dijo Doc—. Voy a despedirme de Bonnie.

Ella lloró un poco.

—Vamos, vamos, mi dulce niña, se te va a correr el maquillaje,

no me llores.

Él había temido que no lo hiciera, desde luego. Acarició su cabello, la suave curva de los glúteos y las caderas. Los indios se reían. Que les den por culo, salvajes de la Edad de Piedra que van en *pick up*, que comen Pan Rainbo y Hostess Twinkies, se ponían corbatas, veían todas las putas tardes en la televisión la serie Mister Rogers' Neighborhood.

—No estoy llorando —dijo, sus lágrimas caían en el hombro del chaleco de gamuza de Doc.

—Estaré de vuelta en un par de semanas —dijo—. Cuida a esos mamones, asegúrate que toman sus vitaminas y se cepillan los dientes después de cenar. No dejes que George beba hasta matarse. Procura que Seldom Seen vuelva sano con sus esposas.

—Claro, Doc. —Ella sorbiendo entre las solapas de él, el pecho apretado contra su barriga imponente.

—Ten cuidado. No le digas a George que necesitaste ayuda con el detonador. No lo sabe. Haz que esos maníacos se moderen. No llores, querida. Te quiero. ¿Me estás escuchando?

Ella asintió entre sus brazos, sin dejar de llorar.

—Vale. No te metas en líos hasta que yo vuelva. Haz tu trabajo pero sin que nadie resulte herido. Y sobre todo, no dejes que te pillen.

Ella asintió. El piloto hizo girar las hélices del motor. El ruido se extendió en ondas hacia Tower Butte, Vermilion Cliffs, Lone Rock y más allá, un estruendo loco de lunáticos pistones. Los pasajeros fueron enfilando la puerta, *cowboys* con maletines, *hippies* ricos con más collares que los Ute o los Paiute, siguiendo su ruta hacia las orillas del Ganges donde encontrar un nuevo guru, agentes de la Oficina de «Desastreclamación» de los Estados Unidos con las cabezas como nabos y ojillos como bolitas de veneno para ratas, que se agarraban los sombreros para que no se les volara con el viento de las hélices, adorables viejecitas que iban directas a Phoenix para cuidar de sus nietecitos (otro divorcio a la vista de su Phoebe Sue), la mitad de los habitantes de Page parecían irse aquel día a cualquier otra parte, y quién podía echárselo en cara. A cualquier lugar que tuviera más Baptistas que indios. Con más bebedores de cerveza que bebedores de vino. Con más lanchas a

motor que canoas. Con más sol que sensibilidad…

—Bueno, es mejor que me vaya.

Él besó su cara arrasada de lágrimas, la boca fragante, las duras pestañas de sus ojos cerrados.

—Doc…

—¿Sí?

—Todavía te quiero, Doc, sabes…

—Claro, Bonnie…

—Mira…

—Claro…

Doc Sarvis, cartera, periódico y sombrero en la mano, se apresuró por la pasarela buscando su boleto a medida que avanzaba. Teatralmente se detuvo en lo alto de la escalera, volvió a despedirse de sus amigos y camaradas —no un adiós sino un hasta pronto—. Bonnie, apoyada en el delgado costado de Seldom Seen, se limpiaba las mejillas con un pañuelo rojo y le devolvió el saludo a Doc.

Vieron cómo el avión se iba a la pista de despegue, los motores aullaban como bestias muertas de miedo, vieron la magia de un despegue una vez más, las ruedas levantándose del asfalto y plegándose entre las alas mientras el morro del aparato se elevaba sobre las líneas de alta tensión —por un pelo— virando luego hacia el ciego faro del sol.

Sintiendo vagamente que les habían amputado algo, se retiraron a un bar de Page a plantear las próximas actuaciones. Era la hora feliz: el antro estaba lleno de hombres sedientos, y entre ellos, en una mesa, seis *cowboys* con la piel de la cara como de cuero y sus novias gritonas. Bonnie metió una moneda en el *jukebox*, eligió una de sus canciones favoritas —antes que nada un poco de rock duro de una banda inglesa de nuevos ricos—. Lo soportaron con paciencia. Luego vino otro grupo de rock, en el que destacaban las estridencias histéricas de una imitación afro de la vocalista, una Janis Joplin de martirizada memoria. Era demasiado. El *cowboy* que andaba más cerca se puso en pie —un tipo de más de metro noventa al que le costó lo suyo poner en pie tanta altura— dio dos zancadas hasta el *jukebox* y lo pateó, con todas sus fuerzas, y como no funcionó volvió a patearlo otra vez, más fuerte. Funcionó. La

aguja se salió del surco del disco de vinilo, rayándolo y produciendo una insoportable estridencia amplificada electrónicamente que resultó como un aguijonazo para los oídos, el cerebro, el sistema nervioso de todos los presentes. Hasta los hombres más rudos hicieron un gesto de dolor. Los reflejos de la máquina, activados, se movieron suavemente hacia el mecanismo automático: el brazo volvió a capturar el disco odioso y lo volvió a colocar en la plataforma muda. El *cowboy* metió una moneda y por un instante sonó esa preciosa melodía: la del silencio.

Fue sólo un momento.

—Eh —gritó Bonnie Abbzug abusando de su acento del Bronx— lo que has pateado era mi disco, zambo hijo-de-puta.

Educadamente el *cowboy* pasó de ella. Con calma examinaba la consola, le dio al botón de Merle Haggard, al de Hanj Snow y (por Dios Santo) al de Andy Williams. Metió otra moneda en la máquina.

Bonnie se fue hacia él.

—Ya puedes poner a mi Janis otra vez.

Ignorándola, el *cowboy* siguió buscando tres canciones más para seleccionarlas. Bonnie se inclinó hacia él, lo sacudió de los hombros. Él le dio un empujón.

Hayduke se levantó. Llevaba en el gaznate tres chupitos de Beam y una jarra de Coors. Sentía que había llegado la hora. El *cowboy* le sacaba una cabeza, pero llegó hasta él, le tocó en el hombro y el *cowboy* se giró.

—Buenas —le dijo Hayduke, sonriéndole—. Soy un *hippie* —Y le soltó un mazazo en el estómago, el *cowboy* se estampó contra la pared. Hayduke arrostró a los otros cinco *cowboys* (y sus consortes) en la mesa. Se habían levantado todos, todos sonreían. Hayduke empezó su número.

—Mi nombre es Hayduke —graznó—, George Hayduke, y soy un *hippie* y estoy aquí. He oído que la revolución sexual ha llegado por fin a Page, Arizona, capital de mierda del Condado de Coconino. Todo lo que tengo que decir es que estos son tiempos muy jodidos. Porque he oído decir que hasta los *cowboys* pueden follar ya. He oído…

Bueno. Mierda. Esta vez se había equivocado de *cowboys*.

Hayduke volvió en sí lenta, temerosamente, a través de sueños y recuerdos, un racimo de pesadillas y alucinaciones en medio de un ensordecedor dolor de cabeza, hasta encontrarse en lo que parecía ser (¡santo cielo!) una habitación de motel. Unas manos suaves sobre su cabeza y su cara, aplicando un trapo humedecido con agua tibia sobre sus heridas. Su cara, dulce y amable era la de un ángel, y estaba mirándolo a través de la rosada mezcla de daño y dolor…

—Idiota —parecía decir—, podían haberte matado. Eran seis, y nosotros sólo tres.

¿Quiénes éramos tres? ¿Quiénes seis?

—Pobre Seldom —dijo Bonnie—. La tomaron con él por querer sacarte del embolado. Querían matarlo.

—¿Quién? —Trató de incorporarse. Ella lo ayudó, colocando su espalda sobre las almohadas.

—Relájate, no he terminado. —Extrajo un fragmento de cristal de la herida que tenía en la cabeza—. Aquí habrá que dar algún punto de sutura.

—¿Dónde está Seldom? —gruñó Hayduke.

—En el baño, está curándose. Está bien, no hay que preocuparse por él. El que peor parado ha salido eres tú. Te machacaron la cabeza contra la esquina del *jukebox*.

¿*Jukebox? Jukebox*… ¡Ahhhhh!, ahora empezaba a acordarse. El disco de Janis «Golpin». Una gresca en un bar. *Cowboys* muy altos con los ojos como halcones sobrevolándole. Sí. Se equivocó de *cowboys*. Eran como dieciocho, puede que cuarenta. Todos en aquel antro.

Seldom Seen Smith salió del baño, una toalla le envolvía el torso delgado, algo así como una sonrisa torcida en el rostro, un ojo morado y el tabique nasal aparentemente roto. Las fosas nasales, taponadas con algodón empapado de sangre. Sus piernas avanzaban lentas, parecía extenuado, como alguna especie de pájaro —un carroñero parlante—, quizá, un buitre rubio de los bordes del cañón.

—¿Qué película ponen los lunes por la noche? —preguntó poniendo la televisión.

—La película del sábado noche —dijo Bonnie.

Pasaron la tarde allí en la caja de estuco del Shady Rest Model,

un local muy económico (sin piscina), orgullo de Page. El aire acondicionado retumbaba, el televisor barbullaba sin descanso. Smith curó la herida de la cabeza de Hayduke y la vendó con una compresa. Bonnie y él le curaron las heridas menores y lo ayudaron a desplazarse para que tomase un baño caliente. Smith fue a por cerveza y comida. Con tiernas manos Bonnie bañó a Hayduke y cuando su pene se levantara majestuoso, como seguramente haría, ella se cuidaría de él con dedos amantes, diciéndole palabras cariñosas. Él se recobró rápidamente. Hayduke sabía, a pesar de su vapuleado estupor, que había sido el elegido. No podía hacer nada. Golpeado pero agradecido, se rindió.

Smith volvió. Comieron. Hombre con tacto, Smith se borró cuando terminó la película, volvió al desierto con su camioneta y su saco de dormir, durmió bajo las estrellas, sobre la arena con tarántulas y crótalos por compañía, y soñó sin preocuparse de sus olvidadas esposas.

Abbzug y Hayduke, solos por fin, chocaron el uno contra el otro como vagones que tenían que acoplarse en la vía. Nadie llevó la cuenta aquella noche pero el desvencijado lecho de la habitación de motel golpeó contra la pared más veces de las que se considera correcto, y los gemidos y gritos de Bonnie a través de la oscuridad, a intervalos impredecibles pero frecuentes, causaron comentarios muy desfavorables en las habitaciones vecinas.

Tarde, a la mañana siguiente, a la hora del *check out*, después de un apoteósico fin de fiesta, una llena y el otro vacío, yacían ambos inertes como algas en la arena húmeda de una playa, escucharon bastante tiempo sin moverse, los nudillos de Smith tocando en la puerta de madera hueca. La puerta donde estaba colgado el cartel con un aviso impreso:

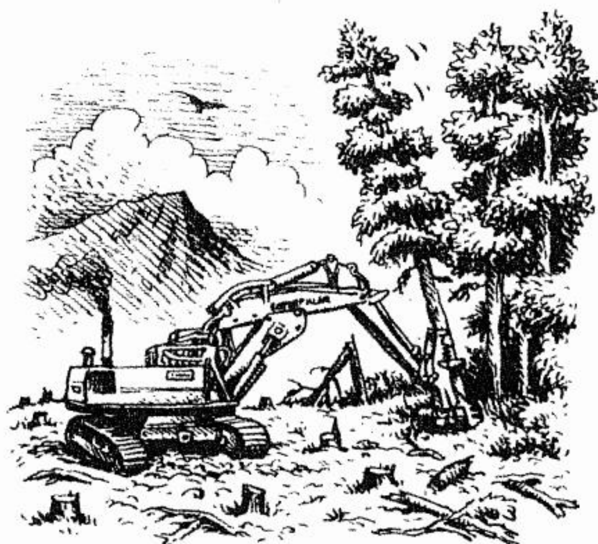
> SE INFORMA
> Que el *check out* es a las 10 A.M.
> Todo lo que hay en la habitación
> Está inventariado
> Antes de que usted la alquilase.
> Su nombre, su dirección &
> La matrícula de su auto
> Quedan registrados
> De forma permanente

En nuestros archivos.
Disfrute de su estancia
Y VUELVA DE NUEVO

La dirección
Shady Rest Motel



—Buenas —le dijo Hayduke, sonriéndole—. Soy un *hippie* —Y le soltó un mazazo en el estómago, el *cowboy* se estampó contra la pared. Hayduke arrostró a los otros cinco *cowboys* (y sus consortes) en la mesa. Se habían levantado todos, todos sonreían.



17. La industria de la explotación forestal en América: planes y problemas

Dijo que se iba a casa por un tiempo. Dijo que había estado dándole muchas vueltas durante la noche y había decidido que realmente tenía que visitar a sus esposas y niños, revisar el correo y ocuparse de sus negocios y reorganizar algunas excursiones en barco por el Green antes de reunirse de nuevo con ellos. Además de eso, tenía miedo de que el reverendo Love y el equipo de Búsqueda y Rescate todavía estuviesen buscándolo en los condados de San Juan y Gardfield. Les pidió a Abbzug y Hayduke que retrasasen la siguiente operación al menos una semana.

Los tres estaban desayunando juntos en Mom's Café, un comedor

económico (nada bueno para comer) y uno de los mejores de Page. Bebían la naranjada con cloro, comían tartas prefabricadas y congeladas de pegamento y algodón y las salsas de nitrato de sodio y nitrito de sodio y bebían el café carbólico. El desayuno típico de Page, en eso estaban de acuerdo y en que no era «ni medio malo». Era malo del todo. Se pusieron de acuerdo en los contenidos del futuro cercano.

Smith quería hacer sus cuatrocientas millas de su circuito conyugal por toda Utah, ocupándose de sus asuntos domésticos. Así que se reunirían para el proyectado ataque contra el Utah State Highway Department y posteriores tareas.

¿Y Bonnie y George? Bueno, George aceptaba que tenía planes de una prematura luna de miel prematrimonial en las frías alturas de los bosques de Borth Rim sobre el Gran Cañón, un declive que Bonnie deseaba probar desde arriba. Además, él quería investigar las actividades ordinarias de los servicios forestales y las compañías madereras en Kaibab Plateau.

Los hombres se saludaron tomándose de las muñecas, a lo Mallory e Irving en el Everest, año 24. Bonnie abrazó a Smith. Se fueron, Smith en su camioneta rumbo a Cedar City, Bountiful y Green River; George y Bonnie en el *jeep* que cruzó Page hacia los acantilados Echo, Marble Canyon y lugares que estaban más allá.

Bonnie recordaba la última vez que había tomado esa ruta, llegando hasta Lee’s Ferry y el ahora histórico viaje en bote por el río a través del cañón. ¿Cómo olvidar al vagabundo barbudo de la playa, los rápidos, la conspiración ante la hoguera que se había ido espesando día tras día, noche tras noche, en los intestinos de la tierra precámbrica, todo el camino desde Lee’s Ferry hasta Temple Bar? En la playa junto a Separation Wash los hombres juraron el compromiso de la eterna camaradería, sellando el pacto con *bourbon* y con la sangre de los cortes que el cuchillo carnicero de Hayduke realizó en las palmas extendidas de sus manos. Bonnie, distante en su empírica maleza, sonreía a la ceremonia pero estaba tácitamente incluida a pesar de todo. Junto a la hoguera, bajo estrellas que estaban a tres mil pies de la cima de la Shiwits Plateau, la Banda de la Tenaza había nacido.

Los amantes entraron en la muesca, un camino duro hasta Bitter

Springs, más veloz rumbo al norte hacia el borde de «Adiós Vuelva a Visitarnos» de la tierra de los Navajos hasta el puente de Marble Canyon («éste también caerá, algún día», musitó Hayduke) y a través de la franja de Arizona. Rumbo al este en el *jeep* de Hayduke, bajo la fachada de Paria Plateau y Vermilion Cliffs, pasaron Cliff Dwellers Lodge hasta Houserock Valley, a través de infernal piedra roja y olas de vapor caliente, pasaron la puerta del Buffalo Ranch y subieron el bulto de piedra caliza (como una ballena varada en pleno desierto) de East Kaibab Monocline. Ahí el *jeep* trepó laboriosamente los cuatrocientos pies que llevaban a los pinos amarillos y las praderas cubiertas de hierba del parque nacional de Kaibab.

Se pararon como buenos turistas en el lago Jacob a repostar gasolina, tomar un café con tarta y comprar cerveza. El aire era limpio y agradable, olía a luz de sol, resina de pino y pastos, fresco a pesar del horrible calor del desierto que les esperaba. Las hojas translúcidas de los álamos brillaban en la luz, los delgados troncos de blanca corteza de este árbol ponían el punto femenino contra el follaje oscuro de las coníferas.

En el lago Jacob viraron al sur por la carretera que terminaba en el borde norte de Grand Canyon. Bonnie tenía amor y paisaje y una cabaña entre los pinos en la mente; Hayduke, también un romántico y un soñador, atestaba su cabeza de maquinaria masoquista, acero retorciéndose, hierro en torsión, múltiples imágenes de lo que él llamaba «destrucción creativa». De un modo o de otro tenían que frenar sino parar del todo el avance de la tecnocracia, el crecimiento del Crecimiento, la expansión de la ideología de las células cancerígenas.

—He jurado sobre el altar de Dios —mugió Hayduke contra el viento (habían quitado la capota del *jeep*) medio cerrados los ojos, tratando de recordar las palabras de Jefferson— hostilidad eterna contra cualquier puta forma de tiranía —introduciendo una errata ligera pero entendible— sobre la vida de un hombre.

—¿Y qué pasa con la vida de la mujer? —gritó Abbzug.

—¡A follarla! —aulló Hayduke jocosamente—. Y a propósito… Y a propósito —añadió, saliéndose de la autopista para ingresar en un estrecho sendero en los bosques, bajo pinos y álamos que

campanilleaban, lejos de ojos indiscretos y hacia el borde de un prado soleado punteado de estiércol de vaca—, vamos a ello.

Detuvo el *jeep*, apagó el motor, se abalanzó sobre ella y la tiró sobre la hierba. Ella se resistió con vigor, tirándole del pelo, desgarrándole la camisa, tratando de interponer sus rodillas entre las piernas de él.

—Vamos puta —gritó—, voy a follarte.

—¿Sí? —dijo ella—. Inténtalo, bastardo degenerado.

Rodaron y rodaron sobre la hierba del prado sucia de estiércol de vaca, sobre las hojas caídas, sobre las agujas de pino, sobre las neuróticas hormigas muertas de miedo.

Casi se escapa. Pero él la atrapó, la puso en el suelo de nuevo, la sujetó con sus grandes brazos, enterró sus ojos, su boca, su rostro en la fragancia del pelo de ella, le mordió en el cogote, le hizo sangre, le mordisqueó el lóbulo de la oreja…

—Maldita puta gorda judía…

—Cerdo pagano incircunciso…

—Maldita puta…

—Te echaron de la universidad. Parapléjico verbal. Veterano en paro.

—Te quiero.

—Eres malo en el Scrabble.

—¡Basta ya!

—Vale, así ya vale —pero ella estaba arriba—. Tu cabeza es una pila de caca de vaca, lo sabes. No te importa. Por supuesto que no. De acuerdo. Vale. ¿Dónde está? No puedo encontrarla. ¿Esto? ¿Te refieres a esto? Hola, Mami, ¿eres tú? Soy Sylvia, sí. Óyeme, Mami, no voy a ser capaz de ir por Hanukah. Sí, eso es lo que he dicho. Resulta que mi novio —te acuerdas de Ichabod Ignatz— ha hecho estallar el aeropuerto. Es una especie de —¡ooooh!— maníaco…

Él se la metió. Ella se la envainó. El viento soplaba a través de los pinos amarillos, de los estremecidos álamos, las hojas danzando con un sonido como de cascada pequeña. El discreto canto de los pajarillos, el ladrido de un zorro gris, el lejano rumor de los neumáticos en la carretera asfaltada, todos esos sonidos moderados fueron barridos hacia el borde del mundo, perdiéndose entre sus embestidas.

Arriba y abajo, dentro y fuera del bosque y del prado, por pozos y cráteres en la meseta calcárea (agujereada como una esponja con un sistema infinito de cavernas), él pilotaba el *jeep*, hacia el sur, hacia la industria de la tala forestal, con esperanza y temor. Ella iba apoyada sobre él, el largo cabello ondeando como una bandera al viento.

Se detuvieron una vez más, en el borde norte del prado, en el lugar llamado Pleasant Valley, para corregir y embellecer un cartel oficial de la U.S. Forest Service Smokey Bear. El cartel era un simulacro a tamaño natural del famoso oso vestido, con sombrero de *ranger*, vaqueros y pala. Y decía lo de siempre, si se podía leer tras la suciedad, decía: «Sólo tú puedes prevenir los incendios forestales».

Fuera, las pinturas de nuevo. Agregaron un bigote amarillo que ciertamente mejoró la boca suave de Smokey, y pintaron sus ojos con unas líneas rojas que evidenciaban una resaca. Empezó a parecerse a Robert Redford interpretando a Sundance Kid. Bonnie le desabotonó la mosca a Smokey, pictóricamente hablando, y pinto sobre la entrepierna una polla pequeña con huevos peludos pero arrugados. Sobre la homilía de Smokey para la prevención de fuegos Hayduke añadió un asterisco y una nota a pie de página: «El Oso Smokey está lleno de mierda» (la mayoría de los incendios son causados por ese vaporoso antropomorfo que mora en los cielos, Dios, camuflado de rayos).

Muy divertido. Pero, en 1968, el Congreso de los Estados Unidos promulgó una ley federal contra quien profanase, mutilase o incluso mejorase cualquier representación oficial del oso Smokey. Consciente de la legislación, Bonnie metió en el *jeep* a Hayduke y pidió que se largaran de allí antes de que él sintiera la tentación de agarrar a Smokey por el cuello y llevarlo a cualquier árbol, como el *Pinus ponderosa*, y tenerlo colgado hasta que el pene del oso pasara de estar flácido a la erección que tienen los ahorcados.

—Ya es suficiente —dijo Abbzug, y llevaba razón como era costumbre.

Cuatro millas al norte de la entrada del North Rim District Grand Canyon Nacional Park llegaron a una intersección. La señal decía: «Cuidado con los camiones». Hayduke giró a la izquierda en

aquel punto, hacia una carretera sin pavimentar pero plana que llevaba, rumbo al este, al bosque y a un nuevo paisaje.

Durante las cuarenta millas que llevaban desde el lago Jacob no habían visto más que verdes praderas decoradas con rebaños de ganado y algunos ciervos, y más allá de los prados los álamos, los pinos, los abetos de lo que en apariencia era, intacto y sin talar, un bosque nacional público. Pura fachada. Detrás de ese falso frontal de árboles intactos, una franja de crecimiento virgen de un cuarto de milla de profundidad, estaba el verdadero negocio del bosque nacional: plantaciones de madera, granjas de leña, factorías para la industria de los tableros, el cartón, la pasta de papel, la madera contrachapada.

Bonnie estaba sorprendida. Nunca antes había visto una operación de tala semejante.

—¿Qué pasa con los árboles?

—¿Qué árboles? —dijo Hayduke.

—A eso es a lo que me refiero.

Pararon el *jeep*. En silencio contemplaron la escena de la devastación. En un área de media milla el bosque había sido aniquilado, no había árbol ni pequeño ni grande, ni sano ni enfermo, ni joven ni viejo. Todo había sido arrancado, no quedaban más que las sobras. Donde había árboles ahora sólo quedaban restos de maleza esperando a ser quemadas cuando llegasen las nieves del invierno. Una red de camiones y *bulldozers* se encargarían de completar la amputación.

—Explícamelo —pidió ella—. ¿Qué pasa allí?

Él intentó explicárselo. La explicación no era fácil.

Haciendo claros en el bosque te cargas lo que la industria llama «árboles infestados» y en su lugar plantan otras especies de árboles meramente funcionales, los plantan como si fueran maíz, sorgo, remolacha azucarera o cualquier otro producto agrícola. Luego les echan unos fertilizantes químicos para reemplazar el humus de los árboles talados, se inyectan las raíces con hormonas de crecimiento rápido, los protegen con repelentes de ciervos y así levantan una masa uniforme de árboles, todos idénticos. Cuando los árboles alcanzan cierto peso previamente especificado —no la madurez, eso tardaría demasiado— mandas que vengan una flota de máquinas

taladoras y los cortas a ras de suelo. A todos ellos. Queman entonces el área cubierta de detritus de vegetación talada, la vuelven a inseminar y fertilizar, todo en un ciclo que se repite sin solución de continuidad, siempre más deprisa más deprisa, hasta que como en la fábula malasia del Pájaro Concéntrico que vuela cada vez en círculos más pequeños hasta que desaparece por su propio agujero del culo.

—¿Lo entiendes? —preguntó él.

—Sí y no —dijo ella—, excepto que, como si esto… —ella levantó la mano y luego apuntó al erial que tenían delante—. Quiero decir que si esto es un bosque nacional —un bosque nacional— entonces nos pertenece, ¿no?

—Incorrecto.

—Pero has dicho…

—¿No puedes entender nada? Maldita chupapollas marxista liberal neoyorquina.

—No soy una marxista liberal neoyorquina.

Hayduke condujo hasta pasar el área del claro. Aunque quedaban aún pequeñas señales de bosque natural en Kaibab parecía aún un bosque. El claro sólo había empezado a extenderse. Aunque se había perdido ya mucho, quedaba aún mucho —pero se había perdido ya mucho.

Todavía sin entenderlo, Bonnie preguntó:

—Ellos pagan por nuestros árboles, ¿verdad?

—Seguro, pagan por tener derecho a deforestar una parte del parque. El que gana la subasta le extiende un cheque al Tesoro de los Estados Unidos. El Servicio Forestal coge su dinero, nuestro dinero, y se lo gasta construyendo nuevas carreteras para los deforestadores, como esta, para que puedan hacer sus jueguitos de caza, a ver cuántos ciervos, cuántos turistas, cuántas ardillas pueden tumbar. Un venado son diez puntos, una ardilla cinco, un turista uno.

—¿Dónde están los madereros ahora?

—Es domingo. De descanso.

—Pero América necesita la madera. La gente necesita algún tipo de techo.

—Claro, sí —dijo Hayduke—, la gente necesita techos —lo dijo a

regañadientes—. Dejemos que construyan sus casas con piedras, por dios, con fango y con bastoncillos como los papagayos. Con ladrillos o bloques de cemento. Con cajas de embalaje o latas de Karo como mis amigos en Dak Tho. Dejémosle que construyan casas que resistan un poco, digamos cien años, como la cabaña del bisabuelo en Pensilvania. Y entonces no tendremos que deforestar los bosques.

—¿Eso es lo que le estás pidiendo a la revolución contraindustrial?

—Exacto, eso es todo.

—¿Y qué propones que hagamos?

Hayduke se lo pensó un momento. Deseó que Doc estuviese allí. Su cerebro funcionaba como un motor engripado en un día de invierno. Como la prosa del Jefe Mao. Hayduke era un saboteador de mucho ímpetu pero poco cerebro. El *jeep* mientras tanto se hundía en lo más profundo del bosque, mientras caía la tarde. Los pinos se elevaban contra el polvo de los rayos solares, los árboles transpiraban, los zorzales ermitaños cantaban y se volvían al cielo (no les quedaba otro remedio), florecidos con los colores que les prestaba el ocaso, dorado y azul.

Hayduke pensaba. Por fin tuvo una idea. Dijo:

—Mi trabajo es salvar la puta naturaleza. No sé de nada más que merezca ser salvado. Eso está claro, ¿no?

—Una mente muy básica —dijo ella.

—Suficiente para mí.

Llegaron al lugar que Hayduke había estado buscando. Era un claro que crecía por la acción de máquinas taladoras que estaban allí, sin nada que hacer, a la luz del crepúsculo. *Bulldozers*, cargadores, tractores de arrastre, todos estaban esperando pero no había operarios, ellos habían realizado la última carga de la meseta al aserradero el pasado viernes.

—¿Dónde está el vigilante?

—No necesitan vigilante —dijo Hayduke—. No hay nadie más que nosotros.

—Bueno, si no te importa me gustaría asegurarme.

—Adelante.

Subieron y bajaron las pistas de arrastre, a través del barro, los detritus, junto a troncos apilados, junto a los mutilados restos de los

árboles. Una masacre de pinos, no quedaba un árbol en pie en un área de doscientos acres.

Encontraron la oficina del lugar, una pequeña casa tráiler cerrada y oscura, nadie en casa. «GEORGIA-PACIFIC CORP. SEATTLE. WASH», decía la señal de hojalata en la puerta. Un largo viaje de vuelta a casa para esos muchachos por lo que parece, pensó Hayduke.

Se bajó. Golpeó en la puerta, sacudió el cerrojo. Nadie respondió, nada respondió. Una ardilla parloteaba, un arrendajo azul chillaba fuera de los árboles, más allá de los tocones, pero cerca de ellos no se movía nada. Hasta el viento se había parado y el bosque estaba tranquilo como el lugar muerto que lo rodeaba. Bonnie pensó en los Viajeros. Decirles que volviesen. Decirles que recordasen, etc… Hayduke regresó.

—¿Y bien?

—Te lo dije. No hay nadie aquí. Se han ido todos a la ciudad a pasar el fin de semana.

Ella volvió la cabeza, contempló de nuevo el campo de batalla bajo las inertes pero poderosas máquinas, los indefensos árboles más allá del claro. Luego regresó a las máquinas.

—Debe haber equipamiento por valor de un millón de dólares aquí.

Hayduke estudió las máquinas con ojos evaluadores.

—Unos dos millones y medio.

Una suposición era tan válida como la otra. Estuvieron en silencio un minuto.

—¿Qué hacer? —dijo ella, sintiendo el frío de la noche.

Él sonrió. Los colmillos brillaron en la oscuridad. Elevó los puños grandes, los pulgares hacia arriba.

—Es hora de hacer los deberes.



18. El doctor Sarvis en casa

Un día duro en la consulta. En primer lugar una cirugía torácica: una delicada lobectomía en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo de un adolescente que había llegado al suroeste diez años tarde, después de que el pensamiento científico moderno hubiera sustituido el anticuado aire del siglo XIX y de que hubiera contraído una neumonitis agravada por cicatrices de bronquiectasia (poco común en los mamíferos jóvenes), empeorada a su vez, algunos años más tarde, por la dolencia más típica del suroeste, la coccidioidomicosis o fiebre del valle. Esta infección, causada por un hongo, se asocia a las tierras alcalinas; el viento la transporta a lo largo y ancho del territorio, allá donde el desierto deja paso a la agricultura, la minería o la construcción. Esta enfermedad de fácil

expansión acarreó, como era de esperar, graves hemorragias al muchacho; no había otra alternativa que extirpar, suturar los bronquios y coser la piel del chaval.

En segundo lugar, para relajarse, Doc había llevado a cabo una hemorroidectomía, una operación sencilla —como quitarle el corazón a una manzana— de la que siempre disfrutaba, especialmente cuando el paciente era W.W. Dingledine, un cateto puritano con el culo blanco perseguidor de bailarinas de *striptease* (¿no será el auténtico W.W. Dingledine? Sí, señor, ¡el mismo!), fiscal del distrito de Bernal County, Nuevo México. Los honorarios de Doc por los diez minutos de perforación rectal fueron, en este caso, una cantidad fija de 500 dólares. ¿Desorbitado? Por supuesto. Claro que era desorbitado; pero, en fin, al fiscal del distrito ya le habían advertido: «Ojo por ojo, ano por ano».

Cuando terminó, dejó caer la bata salpicada de sangre, pellizcó la nalga derecha de la enfermera equivocada y salió al callejón por la puerta lateral arrastrando los pies, con piernas temblorosas, a través del resplandor fotoquímico del sol tenue pero implacable de Alburquerque, y bajó los escalones hacia la oscuridad cómoda y acogedora del bar más cercano.

La camarera iba y venía una y otra vez y, con una sonrisa incorpórea, se deslizaba por la penumbra. Doc dio un sorbo a su martini y pensó en el chico al que ahora le ardería la incisión ya cosida de seis pulgadas bajo el omoplato izquierdo. Antaño, el suroeste había sido el lugar adonde los médicos del este enviaban los casos respiratorios más graves. Ya no; los agentes de desarrollo —banqueros, empresarios, promotores, constructores de autopistas y directores de empresas de servicios públicos— habían conseguido, en menos de treinta años, que el aire de las ciudades del suroeste alcanzara un nivel estándar, es decir, que estuviera tan viciado como cualquier otro.

Doc pensó que sabía de dónde provenía el veneno que había atacado los pulmones del chico, el mismo veneno que corroía las membranas mucosas de varios millones de habitantes, incluyéndole a él mismo. Desde la mala visión a la irritación ocular, desde las alergias al asma, pasando por el enfisema o la astenia general, había un largo etcétera, siempre patógeno. A los escolares que antes

pasaban las tardes cerca de allí, en Alburquerque, se les prohibió jugar al aire libre, pues respirar profundamente suponía un peligro mayor que el de los pederastas.

Pidió un segundo martini, mientras miraba fijamente el movimiento de los muslos de estructura perfecta de la chica, que se replegaba con un serpenteo sinuoso entre las mesas, de vuelta a la barra cromada del bar. Pensó, mientras ella caminaba, en aquellas superficies internas que se acariciaban la una a la otra con una fricción íntima, en cómo se movían, dónde y por qué. Pensó, con una punzada tan dolorosa como los sueños matutinos, en Bonnie.

Basta ya. Ya era suficiente.

Doc se topó con la inverosímil luz del sol, con el creciente estruendo involuntario del tráfico, con la existencia irreal de la ciudad. Encontró su bicicleta, que en realidad era de Bonnie, donde la había aparcado (algo torcida) en la estructura situada cerca de la entrada de la sala de operaciones. Tambaleándose al principio, el doctor Sarvis pilotó en primera su nave de diez velocidades para subir la prolongada cuesta de Iron Avenue. («Usando las piernas —como los chicos de campo decían— para mover un poco el culo»).

Conductores enloquecidos en arrogantes carros de acero le adelantaban peligrosamente, casi rozándole. Él seguía abriéndose camino, heroico y solitario, ralentizando el tráfico. Un trabajador al mando de una descomunal hormigonera tocó el claxon justo detrás de él y casi le manda a la cuneta. Doc no claudicó; mientras pedaleaba alzó una mano y extendió el dedo multiusos.

—¡*Chinga*[17]! —dijo como réplica.

El camionero pasó por su lado y le adelantó, alejándose de forma temeraria de la parte derecha de la cabina para asomar el antebrazo fornido y sacar el puño y el dedo.

—¡*Chinga tu madre*[18]!

Doc contestó con el conocido doble ataque napolitano: el meñique y el índice extendidos como los dientes de un tenedor de carne.

—¡*Chinga stugatz*[19]! —una obscenidad forzada e intraducible.

¡Oh, oh! Se había pasado. Esta vez había llegado demasiado lejos.

El camionero viró la hormigonera hacia la cuneta con un

chirriar de frenos, abrió la puerta del lado del conductor y se lanzó al exterior. Doc saltó de nuevo al asfalto y pedaleó con suavidad por la derecha, sentado de manera erguida, como un caballero. Cambió a tercera. El camionero corrió unos cuantos pasos tras él, paró y regresó a su cabina, mientras un coro de bocinas empezó a sonar, *tutti fortissima*, detrás del camión.

Siguió por Iron Avenue, la carretera que mejor le venía durante una milla más, cuando se dio cuenta de que le seguían. Con un vistazo por encima del hombro vio que la hormigonera estaba remontando, cerniéndose como Goliat. Con el corazón a todo trapo, masticando compulsivamente su cigarro, trazó un plan. La esquina que tenía en mente, una manzana más adelante, mostraba un solar vacío con una enorme valla publicitaria de vigas de acero que se elevaba a dos caras.

Doc ralentizó un poco el ritmo de la bicicleta, pedaleando lo más cerca de la cuneta que pudo, y permitió que pasara un par de coches. La hormigonera estaba ahora justo detrás de él. Doc echó otra ojeada y le soltó al camionero otros dos insultos calabreses indescriptibles haciendo los cuernos con los dedos. El claxon del camión contestó con un rebuzno de furia. Doc aumentó la velocidad y cambió a sexta mientras la hormigonera tronaba tras él. La esquina estaba cerca, se concentró en la abertura estrecha de la acera donde un carril sin asfaltar conducía a las vallas. (Doc y Bonnie ya habían eliminado carteles así anteriormente). Doc señaló cortésmente el giro oblicuo hacia la derecha que estaba a punto de tomar, dando al camionero una muestra de deportividad. Con el dedo extendido, claro.

El momento llegó. Doc dio el giro con soltura, sin dejar de pedalear ni un momento. Raudo y veloz, sentado reposadamente sobre el pequeño sillín de la bicicleta, pasó entre los postes de acero y bajo el borde inferior de la doble valla. La parte de arriba de su gorra evitó por seis pulgadas el acero del poste transversal. La hormigonera lo siguió.

Cuando oyó la colisión, Doc aminoró y comenzó a dar vueltas, sopesando los daños: espectacular, pero nada grave. Ambas vallas estaban tiradas, desperdigadas sobre la cabina y la mezcladora de cemento de la hormigonera. Del medio de la maraña de escombros

emergía un chorro de humo, silbando como un géiser, desde el radiador reventado de la hormigonera n.° 17 de la Compañía Reddy-Mix Cement & Gravel de Duke City.

Doc observó cómo el conductor se deslizaba desde la cabina hacia los restos de las vallas. Excepto nariz sangrante, varias contusiones leves, cortes y estado de *shock*, el hombre no parecía estar herido de gravedad. Los gemidos dopplerianos de las sirenas que se acercaban llegaron y dejaron de sonar con los portazos de los coches. La policía se hizo cargo de la situación. Satisfecho, Doc se alejó pedaleando sin un rasguño.

La cena no era cosa fácil. Al doctor Sarvis le encantaba comer pero odiaba cocinar. Después de enredar durante un rato por la cocina con un paquete de chuletas de cerdo duras como rocas tras cuatro semanas en el congelador, se conformó —dónde diablos estará mi Bonnie— con una lata de judías verdes, algunos restos de ensalada de pollo Abbzug y una botella de cerveza. Encendió la televisión para ver las noticias de la tarde con Walter Cronkite y sus amigos. Se sentó junto a la mesa y estudió una vez más la postal que había encontrado en el buzón.

> Querido papá Doc estoy pasándolo muy bien aquí en el bosque *cojiendo* flores viendo a los *cierbos* y el General Havick nos sigue a todas partes te echamos todos de menos ¿nos vemos en Page o en Fry Canyon? ¿Dentro de una semana o dos, no? Te llamaremos un beso Butch y Bonnie y Seldom Seen Slim.

El matasellos de la postal era de Jacob Lake (Arizona) y la imagen mostraba una panorámica de una pradera, un venado y unos álamos color verde estival.

Comió su cena de soltero solitario; se sentía tan frío y abatido como la ensalada de pollo. Echaba de menos a la banda. Echaba de menos el aire intenso, los páramos, las florecitas amarillas, el olor del humo de enebro, el tacto de la arena y la grava en sus manos. (Colabora con los Eco-Riders de tu localidad). Pero a quien más echaba de menos era a su Bonnie. La Abbzug más hermosa que haya existido jamás.

Vio las noticias. Lo mismo del día anterior. La crisis general llegaba. Nada nuevo excepto los anuncios llenos de arte encubierto

y ecoporno. Escenas de los pantanos de Luisiana, de pájaros extraños volando a cámara lenta, de cipreses con barbas de musgo negro. Sobre la imagen primigenia hablaba la voz del Poder, con una sinceridad fétida, deshaciéndose en elogios hacia sí misma, la Exxon Oil Company: su pulcritud, su exigente cuidado por lo salvaje, su preocupación por las necesidades humanas.

Al volver de la nevera, con la segunda cerveza en la mano, Doc se detuvo un momento frente a la pantalla de la televisión. Un plano largo de una plataforma petrolífera en el mar. La música elevándose al terminar la frase. Las palabras «Pensábamos que te gustaría saber» pasando por la pantalla. Demasiado para él. De repente todo aquello era demasiado. Hizo retroceder su enorme bota derecha y dio una patada al cuadrado de la imagen, que implosionó-explosionó con un sonido parecido al estallido de una bombilla gigante. La cocina se cubrió de un resplandor azul que se extinguió justo después de aparecer. Por las paredes se deslizaron fragmentos de cristal fluorescente.

Doc se paró a contemplar lo espantoso que era lo que había hecho.

—Así es como contradigo a McLuhan —murmuró.

Se sentó de nuevo junto a la mesa. El olor a sulfuro de zinc flotaba en el ambiente. Se terminó la cena y volcó los platos sobre la pila de cacharros sucios del lavavajillas que ya rebosaba. Los empujó hacia abajo, inclinándolos con fuerza bajo la tapa. Se oyó un crujido de cristal roto. Dio de comer al gato de Bonnie y luego lo echó; se fue de la cocina, se sentó en el salón y encendió un cigarro, mientras miraba por el ventanal del oeste la adusta magnificencia de la ciudad, como si fuera un lecho de brasas. Encima de la ciudad y más allá del Río Grande, la luna creciente pendía del cielo del atardecer, pálida como el platino, alumbrando la ciudad, el río y la llanura del desierto.

Doc pensó en sus amigos, que estarían en algún lugar allí fuera, lejos, hacia el norte y el oeste, entre las rocas, bajo esa luz sencilla, haciendo los trabajos necesarios mientras él dejaba pasar sus años de madurez. El diablo, cuando no tiene nada que hacer, mata moscas con el rabo. Doc Sarvis alcanzó el periódico. Vio la publicidad a toda página de la contraportada. Regata, pista de

hielo, Duke City. Pensó que debería ir a echar un vistazo a las nuevas casas flotantes. Al día siguiente, o al otro. Pronto.



19. Extraños en la noche

Hayduke ocultó el *jeep* entre los pinos, cerca del área de explotación y situó a Bonnie sobre el capó con instrucciones de tener los ojos bien abiertos y de aguzar el oído. Ella asintió impaciente.

Se puso el casco, el mono, la pistola con el cinturón, los guantes de trabajo, cogió una pequeña linterna y las otras herramientas y se alejó de donde estaba Bonnie hacia el interior del terreno deforestado, desvaneciéndose como una sombra entre las máquinas gigantescas. Ella quiso leer, pero ya estaba demasiado oscuro. Se puso a cantar canciones durante un rato, en voz baja, y escuchó los chillidos de unos pájaros, desconocidos e invisibles, allá en el bosque, que regresaban a sus nidos para pasar la noche con la

cabeza acurrucada bajo el pliegue del ala, y sumergirse así en los sueños sencillos e inocentes de las aves (los pájaros no tienen cerebro).

El bosque parecía eterno. El viento había cesado hacía tiempo y la quietud, una vez que los pájaros se habían callado, se hizo más sutil y profunda. Bonnie era consciente de los altos seres de su alrededor: los cavilantes pinos amarillos, las personalidades greñudas y sombrías de las píceas de Engelmann, sus altas copas como agujas de catedrales, apuntando en ángulos divergentes (todo lo que se eleva debe divergir) hacia esa espléndida bola de fuego dividida en estrellas de primera magnitud que adornan al iluminar, lo mejor que pueden, el inmenso interior de nuestro universo en expansión. Bonnie creyó haber visto eso antes. Se lió un porro y lo encendió.

Mientras tanto, bajo las tripas de una *bulldozer*, George W. Hayduke tiraba de una enorme llave inglesa intentando abrir el tapón de drenaje del cárter de una Allis-Chalmers HD-41, el tractor más grande que fabrica Allis-Chalmers. La llave era de tres pies de largo —la había sacado de la caja de herramientas del tractor— pero no conseguía girar aquella tuerca cuadrada. Cogió su llave tubular, un tubo de acero de una longitud de tres pies, la ajustó como una funda al final del mango de la llave y tiró de nuevo. Esta vez la tuerca cuadrada cedió una fracción de milímetro. Justo lo que necesitaba; Hayduke volvió a tirar y la tuerca comenzó a girar.

Hasta aquí no había hecho nada espectacular, simplemente seguir procedimientos rutinarios. En la medida de lo posible, como en el caso de esa HD-41, decidió vaciar el aceite del cárter con la idea de encender el motor justo antes de marcharse (el factor de ruido). No tenía las llaves, pero supuso que encontraría lo necesario forzando la caseta de obra.

Otro giro de tuerca más y el aceite comenzaría a verterse. Hayduke se retiró con cuidado y volvió a agarrar la llave tubular. Entonces, se quedó helado.

—¿Qué tal, amigo? —dijo la voz de un hombre, lentamente, a no más de veinte pies de distancia.

Hayduke se echó la mano al arma.

—No, no hagas eso. —El hombre apretó un botón y dirigió

directamente el haz de luz de una potente linterna hacia los ojos de Hayduke—. Tengo esto —aclaró, empujando hacia la luz el cañón de lo que parecía una escopeta de calibre doce, para que Hayduke pudiera verla—. Sí, está cargada —añadió—, está amartillada y es sensible como una serpiente de cascabel.

El hombre se detuvo. Hayduke esperó.

—De acuerdo —continuó—, sigue y termina con lo que estás haciendo ahí abajo.

—¿Qué termine?

—Vamos, sigue.

—Estaba buscando una cosa —replicó Hayduke.

El hombre se echó a reír, con una risa cómoda, agradable, pero amenazadora.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Y qué diablos estás buscando bajo el cárter de una maldita *bulldozer* en la oscuridad?

Hayduke meditó. Sí que era una buena pregunta.

—Bueno —dijo. Y dudó.

—Piénsatelo, tómate tu tiempo.

—Bueno…

—Debe de ser algo bastante bueno.

—Sí. Bueno, estaba buscando… en fin, estoy escribiendo un libro sobre *bulldozers* y he pensado que debería ver cómo son. Por debajo.

—Eso no suena muy bien. ¿Y cómo son?

—Grasientas.

—Te diría, amigo, que te ahorres todo ese rollo. ¿Para qué es esa llave de tres pies de largo que tienes en las manos? ¿Con eso es con lo que escribes tus libros?

Hayduke no dijo nada.

—Vale —siguió el hombre—, continúa, termina tu trabajo.

Hayduke vaciló.

—En serio. Quita ese tapón. Deja que salga el aceite.

Hayduke hizo lo que le ordenó. Después de todo, la escopeta estaba apuntando hacia su cara, igual que la linterna. Una escopeta a una distancia corta es un argumento poderoso. Procedió a aflojar el tapón, el aceite comenzó a fluir libremente, brillante y profuso, sobre la tierra removida.

—Ahora —dijo el hombre—, suelta la llave inglesa, ponte las manos detrás de la cabeza y sal de ahí arrastrándote sobre la espalda.

Hayduke obedeció. No era fácil avanzar serpenteando por debajo de un tractor sin usar las manos. Pero lo hizo.

—Ahora ponte boca abajo.

De nuevo le hizo caso. El hombre, que estaba en cuclillas, se puso de pie, se acercó más, desenfundó la pistola de Hayduke, retrocedió y se volvió a agachar.

—Muy bien —indicó—, ya puedes darte la vuelta y sentarte.

Examinó el arma de Hayduke.

—Ruger 375 Mágnum. Poderosa, sí señor.

Hayduke se puso frente a él.

—No hace falta que me apuntes a los ojos con la luz.

—Tienes razón, amigo. —El desconocido la apagó—. Lo siento.

Estaban frente a frente, en la repentina oscuridad, quizás preguntándose cuál de los dos tendría la visión nocturna más rápida y mejor. Pero el desconocido mantenía el índice en el gatillo de su escopeta. Con la luz de las estrellas de la elevada meseta podían verse lo suficientemente bien. Durante unos instantes, ninguno de los dos se movió.

El desconocido carraspeó.

—Sí que trabajas despacio —protestó—, llevo observándote alrededor de una hora.

Hayduke continuó callado.

—Pero veo que has hecho un buen trabajo. Meticuloso. Me gusta.

El hombre escupió en el suelo.

—No como algunos de los chapuceros que he visto en Powder River. O como los muchachos de Tucson. O los que descarrilaron… ¿Cómo te llamas?

Hayduke abrió la boca. ¿Henry Lightcap? —pensó—, ¿Joe Smith? Tal vez…

—Da igual —espetó—, no quiero saberlo.

Hayduke miró atentamente el rostro que se encontraba frente a él, a diez pies de distancia bajo la luz de las estrellas, que cada vez veía de una manera más nítida. Vio que el desconocido llevaba una

máscara. No era un pasamontañas negro hasta los ojos, sino simplemente un pañuelo puesto sobre la nariz, la boca y las mejillas, al estilo de los bandidos. Sobre el pañuelo se le veía el ojo derecho oscuro, ligeramente brillante, que le miraba desde debajo del ala inclinada de un sombrero negro. El otro ojo permanecía cerrado en una especie de guiño permanente. Hayduke por fin se dio cuenta de que el globo ocular izquierdo del hombre no estaba ahí desde hacía tiempo, que lo habría perdido y olvidado en alguna antigua pelea de bar o en alguna guerra legendaria.

—¿Quién eres? —preguntó Hayduke.

El hombre enmascarado habló con un tono entre sorprendido y molesto:

—No quieras saberlo. Esa pregunta no es muy amable.

Silencio. Se miraron fijamente. El desconocido soltó una carcajada.

—Apuesto a que creías que era el vigilante nocturno, ¿verdad? Te he hecho sudar un poco, ¿eh?

—¿Dónde está el vigilante?

—Allí dentro.

El desconocido sacudió el pulgar hacia una caseta de obra cercana, donde estaba aparcada una camioneta con pegatinas de la compañía en las puertas.

—¿Qué está haciendo?

—Nada, lo tengo atado y amordazado. Está bien. Estará así hasta el lunes por la mañana, que volverán los leñadores y lo soltarán.

—El lunes por la mañana es mañana por la mañana.

—Sí, parece que debería irme largando de aquí.

—¿Cómo has venido?

—Me gusta usar el caballo para trabajos de este tipo. Quizás no sea muy rápido, pero es más silencioso.

Otra pausa.

—¿A qué te refieres —preguntó Hayduke— con «trabajos de este tipo»?

—Lo mismo que haces tú. Cuántas preguntas haces. ¿Quieres ver mi caballo?

—No, quiero que me devuelvas la pistola.

—De acuerdo. —El desconocido se la devolvió—. Mejor será que

la próxima vez te mantengas cerca de tu vigía.

—¿Dónde está? —Hayduke enfundó la pistola.

—En el mismo *jeep* donde la dejaste, dándole caladas a uno de esos cigarritos de maría. O así estaba antes.

El desconocido hizo una pausa para observar la oscuridad circundante y luego volvió a girarse hacia Hayduke.

—También hay algo más que quieres —añadió rebuscando en sus bolsillos, y sacó un manojo de llaves—. Ahora puedes encender el motor y griparlo bien.

Hayduke agitó las llaves y miró hacia la caseta de obra.

—¿Seguro que el vigilante está bien atado?

—Lo tengo esposado, atado de pies y manos, amordazado, borracho como una cuba y encerrado.

—¿Borracho como una cuba?

—Estaba medio borracho cuando llegué. Cuando ya le tenía le hice terminarse la pinta de *bourbon* que se estaba tomando. Cayó inconsciente, asustado y contento.

—Por eso nadie gritó cuando golpeé la puerta. —Hayduke miró al desconocido enmascarado, que arrastraba los pies, aparentemente listo para marcharse.

Una voz aguda, crispada y aterrorizada salió de la oscuridad.

—George, ¿estás bien?

—Estoy bien —gritó—. Quédate ahí, Natalie. Sigue vigilando. Además, me llamo Leopold.

—Vale, Leopold.

Hayduke hizo sonar las llaves, mirando la mole de tractor que estaba a su lado.

—No estoy seguro de saber cómo ponerlo en marcha —declaró.

El hombre enmascarado le respondió:

—Te echaré una mano. Tampoco tengo tanta prisa.

Fuera, en algún lugar del bosque, un caballo se revolvía, pisoteando y relinchando. El hombre escuchó mientras giraba la cabeza en aquella dirección.

—Tranquila, Rosie. Voy a por ti en un minuto. —Se volvió hacia Hayduke—. Vamos.

Treparon hasta el asiento del conductor del enorme tractor. El desconocido volvió a tomar las llaves, eligió una de ellas y abrió la

tapa de detrás de los pedales de freno en el suelo de la cabina. Mostró a Hayduke la llave maestra y la puso en marcha. A diferencia de la anticuada Caterpillar de Hite Marina, esta máquina se ponía en funcionamiento mediante la energía de una serie de baterías.

—De acuerdo —dijo el tuerto—, ahora pulsa el botoncito que está junto al selector de velocidad.

Hayduke apretó el botón. El selenoide puso en contacto el piñón del motor de arranque con la corona del volante de inercia; los doce cilindros de cuatro tiempos del Cummins diésel comenzaron a sonar: 1710 pulgadas cúbicas de energía de pistón acumulada. Hayduke estaba encantado. Retiró la palanca del acelerador y el motor se revolucionó con suavidad, listo para trabajar (aunque se calentaría rápido).

—Voy a hacer algo con esta máquina —comentó al extraño.

—Sí, ¿qué?

—Me refiero a que voy a mover cosas por aquí.

—Entonces date prisa. Sólo aguantará unos minutos.

El desconocido echó un vistazo al tablero de mandos: presión de aceite a cero, temperatura del motor subiendo. Ahora se oía un ruido extraño y poco saludable, como el aullido de un perro enfermo.

Hayduke quitó la palanca de bloqueo y apretó la palanca de velocidad. El tractor arremetió con la pala inferior, y empujó una tonelada de barro y dos tocones de pino amarillo hacia el lado de la caseta de Georgia-Pacific.

—¡Hacia allá no! —gritó el desconocido—, hay un hombre ahí dentro.

—De acuerdo.

Hayduke paró la maquina, y dejó la carga apilada junto a la pared de la caseta. Puso marcha atrás y el tractor chocó contra la camioneta de Georgia-Pacific, que se reventó como una lata de cerveza. Hizo girar la *bulldozer* hacia ella mientras aplastaba los escombros contra el estiércol.

¿Lo siguiente? Hayduke miró alrededor bajo la luz de las estrellas buscando otro objetivo.

—Veamos qué se puede hacer con esa cargadora Clark nueva

que está ahí —sugirió el hombre enmascarado.

—Mira.

Hayduke elevó la pala, giró el tractor y cargó a toda velocidad (cinco millas por hora) contra la maquina. Esta se abolló emitiendo un gratificante crujido de acero y hierro. Pivotó el tractor 200 grados y lo dirigió hacia un camión cisterna lleno de gasoil.

Alguien le estaba gritando. Algo le estaba gritando.

Pisó a fondo. El tractor dio unas cuantas sacudidas al girar las ruedas dentadas y se detuvo. El bloque del motor se partió. Un chorro de vapor salía disparado, pitando con urgencia. El motor luchaba por sobrevivir. Algo explotó dentro del colector y un borbotón de llamas azules comenzó a brotar de la chimenea exhausta, y empezó a lanzar chispas abrasadoras hacia las estrellas. Encasquillados dentro de sus cámaras, los doce pistones se hicieron una sola pieza, unidos para siempre a los cilindros y el bloque. Una inamovible masa molecular unificada, entrópica, caldeada y blanca. Todo era uno. Los gritos continuaban. Cincuenta y una toneladas de tractor gritando en la noche.

—Se va a pique —explicó el hombre enmascarado—. Ya no hay nada que hacer.

Descendió por la parte de atrás, bajo las ocho toneladas destripadas.

—Vámonos —gritó—. ¡Alguien viene!

Y se escabulló en la oscuridad.

Hayduke se calmó y bajó del tractor. Todavía oía que alguien le gritaba. Bonnie.

Ella le tiró de la manga, señalando hacia el bosque.

—¿Es que no lo ves? —chilló—. ¡Luces! ¡Luces! ¿Qué te pasa?

Hayduke miró y agarró a Bonnie por el brazo.

—¡Por aquí!

Corrieron a través del claro entre los tocones de los árboles hacia el abrigo del bosque, mientras un camión se acercaba ruidosamente hacia el área abierta. Los faros resplandecían, un foco barrió el terreno y por muy poco los descubre.

Pero no. Ahora estaban en el bosque, entre los aliados árboles. A tientas a través de la oscuridad, en la dirección que él creía que era la correcta para llegar al *jeep*, Hayduke oyó el tronar de unos

cascos. Alguien a caballo galopaba a toda prisa. Del camión, que se había parado junto a la *bulldozer* que seguía silbando, comenzaron a salir varios hombres: uno, dos, tres…, imposible contarlos en la oscuridad. Hayduke y Abbzug vieron que un foco rastreaba el claro y los árboles, en busca del caballo.

Demasiado tarde, una vez más: cuando vislumbraron al jinete ya había desaparecido por el bosque hacia la carretera, cabalgando en la madrugada. Una pistola aulló inútilmente a modo de queja una vez, dos veces y luego cesó. El ruido de cascos se desvaneció. Los hombres del camión acudieron para ayudar a alguien que estaba dentro de la caseta de obra y que daba patadas a las paredes. Tardarían un buen rato en sacarle con esa montaña de escombros que estaba colocada atascando la puerta.

Bonnie y George se montaron en el *jeep*.

—Por Dios santo, ¿quién era ese? —preguntó Bonnie.

—El vigilante, creo.

—No, quiero decir el hombre del caballo.

—No lo sé.

—Pues estabas con él.

—No sé nada de él. Cierra la puerta y larguémonos de aquí.

—Nos van a oír.

—No, con los bramidos de la *bulldozer* no podrán.

Condujo fuera de la arboleda con las estrellas como única luz, lentamente, por la carretera principal del bosque, regresando hacia la autopista y North Rim. Cuando tuvo la impresión de que ya había recorrido una distancia suficiente, encendió las luces y pisó el acelerador. El *jeep*, que estaba puesto a punto, ronroneó suavemente.

—¿De verdad no sabes quién era ese hombre?

—No lo sé, cielo. Lo único que sé es lo que ya te he dicho. Llámalo «Kemosabe».

—¿Qué nombre es ese?

—Es una palabra paiute.

—¿Y qué significa?

—«Idiota».

—Eso lo explica. Encaja. Tengo hambre. Dame algo de comer.

—Espera hasta que nos hayamos alejado unas cuantas millas

más del terreno talado.

—¿Quién estaba en el camión?

—Ni lo sé ni he querido quedarme por allí para averiguarlo. ¿Tú sí? —Decidió darle un poco de caña—. ¿Tú sí, mi maravillosa vigilante?

—Mira —respondió ella—, no me des la tabarra con eso. Querías que me quedara en el *jeep* y eso es lo que he hecho. Estaba vigilando la carretera, como tú querías.

—De acuerdo —dijo.

—Así que cierra el pico.

—De acuerdo.

—Y entretenme, me aburro.

—Está bien. Este va por ti. Un acertijo de verdad. ¿Cuál es la diferencia entre el Llanero Solitario y Dios?

Bonnie lo estuvo pensando mientras el *jeep* les zarandeaba a través del bosque. Lió un cigarrillo y siguió dándole vueltas.

Al final, concluyó:

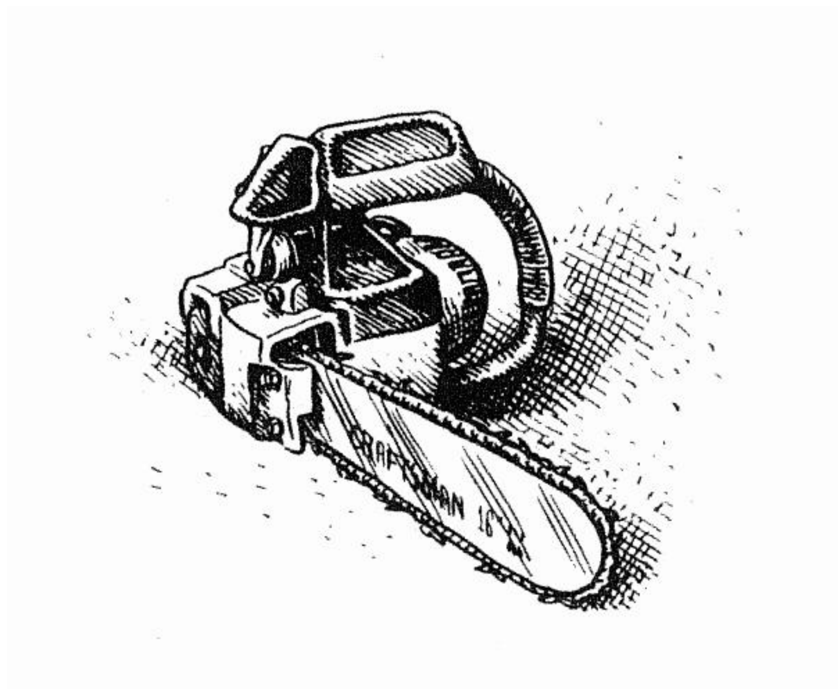
—Vaya mierda de acertijo. Me rindo.

—Los llaneros solitarios existen de verdad —dijo Hayduke.

—No lo entiendo.

Se estiró, la agarró y la apretó contra él.

—Olvídalo.



20. El regreso a la escena del crimen

Hayduke y Abbzug acamparon ilegalmente (ni siquiera estaba permitido hacer fuego) en contra de todas las normativas, lejos del asfalto, descendiendo por un cortafuegos bajo los álamos.

Se despertaron tarde y tomaron el desayuno acostados.

Los pájaros cantaban, la luz del sol brillaba, etcétera.

Más tarde, ella dijo:

—Ahora quiero comer algo.

Hayduke la llevó a North Rim Lodge a tomar un *brunch*: zumo de naranja, gofres de nueces, huevos fritos, croquetas de patata, jamón, tostadas, leche, café y café irlandés, acompañado de una ramita de perejil para cada uno. Todo maravilloso. Él la condujo a la terraza del local y le mostró las vistas desde el borde del Gran

Cañón del Colorado.

—Genial —afirmó ella.

—Cuando has visto un gran cañón ya los has visto todos —convino él.

La llevó a Cape Royal, Point Imperial y finalmente a Point Sublime, donde acamparon ilegalmente por segunda noche consecutiva. Mientras el sol se ponía legalmente (por el oeste) ellos miraban hacia las profundidades del abismo, seis mil pies hacia abajo.

—Este abismo me abisma —Hayduke bromeó.

—Tengo sueño —dijo ella.

—Madre mía, pero si aún no se ha puesto el sol. ¿Qué te pasa?

—No lo sé. Descansemos un rato antes de irnos a dormir.

Había sido un fin de semana movido. Se volvieron a tumbar para descansar un poco más.

Desde muy, muy, muy abajo, conducido por el viento, llegaba el aplauso de Boucher Rapids. Los tallos secos y las cáscaras vacías de las semillas de las yucas repiqueteaban con la brisa, sobre el borde del precipicio, bajo las estrellas. Los murciélagos se lanzaban en picado y zigzagueaban, chillando y persiguiendo insectos que efectuaban piruetas evasivas para salvar sus vidas. Más allá, en la oscuridad del bosque, un pájaro nocturno graznaba. Los atajacaminos se elevaban hacia la colorida puesta de sol, planeando y volando en círculos y arrojándose de repente en busca de bichos; luego, con un ruido de alas parecido al bramido de un toro lejano, remontaban el vuelo tras la bajada en picado. Toros-murciélago. De vuelta al bosque, desde las profundidades de la penumbra de los pinos, un tordo ermitaño reclamaba —¿a quién reclamaba?— con notas aflautadas. El poeta melancólico entre los pinos. Otro pájaro le respondía de inmediato: el pájaro payaso, el cuervo o la polluela de Kaibab, con un ruido parecido al de un ranchero sonándose la nariz.

Se pasaban el placebo de Bonnie una y otra vez a una velocidad lenta, muy lenta. La locura de los porros. Te quiero, Mari Juana.

—Escucha —murmuró George W. Hayduke, con el corazón corrompido y el cerebro dañado por tal cantidad de belleza, amor, ternura, costo, coño, puesta de sol, paisaje del cañón y notas

musicales del bosque.

—¿Sabes una cosa, Bonnie?

—¿Qué?

—¿Sabes que no tenemos que seguir así, como hasta ahora? ¿Lo sabes?

Ella abrió sus ojos pesados.

—¿Que no tenemos que seguir cómo?

—No tenemos que seguir jugándonos el tipo. Nos van a coger. Me matarán. Tendrán que hacerlo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿De quién hablas?

—Si seguimos. Podríamos ir a Oregón. He oído que hay seres humanos por allí. Podríamos ir a Nueva Zelanda, criar ovejas.

Ella se levantó sobre los codos.

—¿Me estás hablando a mí? ¿Has perdido la cabeza? ¿Estás enfermo o qué, George? ¿Cuántos…? —dame el porro—. Pero, ¿quién eres tú?

Los ojos drogados de Hayduke la miraron desde una distancia de cuarenta millas, las pupilas marrones oscuras dilatadas como fichas de damas. Fichas de *poker*. Setas. Colmenillas mágicas. Lentamente la gran sonrisa reluciente y diabólica apareció, malvada como la de un lobo en el crepúsculo gris azulado.

—Los hombres me llaman… —dijo con la lengua espesa y entumecida como un zapato—. Hombres…

—¿Unos hombres te llaman? —preguntó ella.

Él lo volvió a intentar:

—Me llaman… hay personas que me llaman… —Se puso un dedo sobre los labios adormecidos—. Shhhhh… Kemo… sabe…

—¿Imbécil?

—Eso es —añadió él, asintiendo con la cabeza pesada como una piedra y sonriendo feliz. Se echó a reír y se dejó caer otra vez junto a ella. Se desplomaron juntos, mientras reían desparramados sobre sus sacos de plumas unidos por la cremallera.

Por la mañana, él ya se había repuesto, volvió a su ser normal, endiablado y vehemente a pesar del destructivo dolor de cabeza de la marihuana.

—Volvemos al trabajo —gruñó para que ella se apresurara—. Esta semana tenemos que ocuparnos de tres puentes, un ferrocarril, una mina, una central eléctrica, dos presas, un reactor nuclear, un centro de datos, seis proyectos de autopista y un mirador de la BLM. Vamos, vamos, vamos. Haz café, me cago en la puta, o te mando de vuelta al Bronx.

—¿Tú y cuántos más como tú, tío?

Se dirigieron hacia el norte, fuera del parque, hacia el bosque nacional. Propiedad de todos los americanos administrada para ti por (la Asociación Forestal Americana) nuestros simpáticos guardas forestales. El cartel del oso Smokey lo habían quitado. En Jacob Lake pararon para repostar, repusieron la cesta con cervezas (de vuelta a la normalidad, dice Hayduke) y enviaron unas cuantas postales incriminatorias con fotos. Adelante. Hayduke tomó la bifurcación derecha hacia fuera del bosque, en dirección este, bajando por el pliegue monoclinal hacia el desierto rojo marciano, flotando entre los reflejos provocados por el calor de Houserock Valley. Satisfechos con ellos mismos y con el mundo, condujeron a través del desierto, subieron la meseta Kaibito y se dirigieron hacia el sureste más allá de Page para ver cómo seguía el ferrocarril Black Mesa & Lake Powell Railroad. Ocultaron el *jeep* fuera de la carretera cerca del cruce de Kaibito Canyon y caminaron hacia el norte durante un par de millas en medio del psicodélico atardecer navajo. Vieron el ferrocarril desde la distancia. Correctamente orientados, siguieron su camino hacia un punto elevado de las rocas de arenisca desde donde, mediante los prismáticos, podían realizar el seguimiento de los trabajos de reparación en el puente de Kaibito Canyon.

—La electricidad ha vuelto.

—Déjame ver.

Ella vio a través de los prismáticos las vías, el tren reparado, una gran grúa Bucyrus-Erie que levantaba vigas en I desde un vagón abierto, giraba sobre su base y bajaba las vigas hacia los contrafuertes del puente reconstruido. Ingenieros, técnicos y peones pululaban como hormigas sobre la zona de trabajo. La línea eléctrica, empalmada y de nuevo levantada, colgaba a lo largo del hueco del cañón aportando energía de alto voltaje para lo que

hiciera falta. Abajo en las sombras, los vagones de carbón se apilaban unos contra otros como escombros de chatarra y esperaban ser rescatados.

—Una organización con decisión —comentó Bonnie. «Ahora ya sabemos —pensó— cómo se construyeron las pirámides, cómo llegó a existir la Gran Muralla China y por qué».

—La central eléctrica quiere ese carbón —dijo George—, y lo quiere desesperadamente. Pacific Gas and Electricity necesita sus caramelitos. Vamos a tener que detenerlos de nuevo, Abbzug.

Volvieron a la autopista a través de los arrecifes de arenisca, caminando con esfuerzo por las dunas. Llegaron al lugar en el que se encontraba el *jeep* camuflado, entre los árboles del desierto, donde una bandada de arrendajos se arremolinaba levantando el vuelo como confeti a su paso.

—Herramientas, guantes y cascos.

—¿Qué herramientas?

—Tenazas. Motosierra.

Armados y equipados, masticando cecina de ternera, galletas de higo y manzanas, marcharon hacia las vías del ferrocarril, esta vez por otro camino. Tumbados boca abajo en una duna, vieron cómo un tren de trabajo pasaba traqueteando de regreso a Page en busca de más suministros. El tren desapareció al dar una curva. Bonnie siguió vigilando con los prismáticos en la mano, bajo la sombra de un enebro, mientras Hayduke se fue a trabajar.

Caminó pesadamente por la arena hasta la vía, cortó la valla metálica, empujó hacia un lado una maraña de rastrojos en forma de bola y se dirigió hacia el poste eléctrico más cercano. Al igual que los demás, el poste estaba anclado al suelo. Dirigió la mirada hacia donde se encontraba Bonnie. Ella le dio la señal de adelante. Encendió la motosierra y, lentamente aunque con mucho ruido, hizo una profunda muesca en la base del poste. Apagó la sierra, miró a Bonnie y prestó atención. Ella le dio la señal de todo despejado.

Hayduke corrió hacia el siguiente poste e hizo otro corte similar. Cuando terminó, paró el motor y confirmó la situación con su vigía. Todo correcto. Hizo cortes en otros tres postes. Ahora sólo estaban sujetos por los cables de anclaje. Estaba a punto de empezar con el

sexto poste cuando se dio cuenta de que Bonnie, que estaba demasiado lejos para haberla oído con los chirridos de la sierra, hacía señales frenéticas con los brazos. En ese mismo instante sintió, antes incluso de haberlo oído, el odiado y temido «tucu tucu tucu tucu» de un helicóptero. Detuvo la sierra y se arrojó al borde del asfalto, entre la gran masa de matojos amontonados en la cuneta que le llegaban a la altura de la cintura. Con ganas de ser invisible, se hizo un ovillo, desenfundó su revólver y esperó que llegara su muerte.

El helicóptero se acercó a la cresta y el sonido se hizo de repente mucho más fuerte, terrible, enloquecedor. Al pasar la máquina a unos cien pies de altura, el aire vibró, estrepitoso como un *pteranodon*. El movimiento turbulento empujó a Hayduke contra el suelo. Pensó que estaba muerto, pero aquella cosa siguió volando. Echó un vistazo entre los matorrales y vio cómo el helicóptero bajaba hacia el camino de acceso, siguiendo la convergencia de las vías hacia el este. Los postes serrados se balancearon ligeramente, pero no se cayeron.

El helicóptero se había ido. Esperó. Ningún rastro de Bonnie; también ella tenía que haberse escondido de alguna manera. Esperó hasta que la última vibración imperceptible del aparato hubo desaparecido. El pánico le abandonó y en su lugar apareció la antigua indignación inútil e insaciable.

—Los odio —se dijo George Hayduke bajo el sol de Arizona—, los odio a todos. —En el momento en que oyó el sonido de ese dragón entrometido le había venido a la mente un recuerdo: una carretera polvorienta de Camboya, los cuerpos de una mujer y su hijo calcinados juntos en una masa negra de napalm.

Se levantó. El helicóptero se había ido. Hizo señales a Bonnie, que salía de detrás del árbol.

—Vete —indicó con un gesto.

Ella no parecía comprender.

—Vete —gritó—, regresa al *jeep*.

Bonnie estaba sacudiendo la cabeza.

Hayduke desistió. Salió como pudo del montón de matojos y volvió al asfalto, al siguiente poste de la luz. Tiró de la cuerda que encendía la motosierra; el motor empezó a rugir. Situó la hoja

contra el poste, pulsó el botón del gasoil y apretó la palanca de encendido. La motosierra maulló como un gato; los dientes cromados se hundieron en la madera blanda. Primero un corte inclinado a 45 grados, luego un corte horizontal que cruzaba a medio camino con el anterior en el centro del poste. Ocho segundos. Apagó el motor y sacó la sierra. Una cuña de madera de pino salió disparada.

Continuó con el siguiente. Y con el siguiente. Hizo una pausa para observar y escuchar. Nada. Nadie a la vista excepto Bonnie, en lo alto de la cresta sobre las vías, a quinientas yardas de distancia, donde casi no podía oírla. Hayduke cortó tres postes más. Volvió a detenerse para escuchar. Ningún ruido, salvo el sonido de su respiración, del sudor que le caía, del canto de los pájaros en sus oídos. Una vez más hizo gestos a Bonnie para que se fuera. Y ella de nuevo los ignoró. «Vale —pensó—, ahora. Para abajo».

Había hecho incisiones en once postes. Deberían de ser suficientes. Era hora de desacoplar los cables de anclaje. Escondió la sierra debajo del enebro más cercano y sacó los alicates. Usándolos como si fueran una manivela, desenroscó los tensores que mantenían cada poste anclado al suelo. Fue soltándolos uno a uno. Al llegar al número nueve todo el conjunto comenzó a inclinarse. Al llegar al décimo los postes cayeron.

Cayeron hacia adentro, sobre las vías, empujados por el peso de la línea eléctrica voladiza. Un instante antes del estruendo, Hayduke vio una chispa azul de 50.000 voltios que pasaba con fuerza por el espacio entre el cable y la vía. Pensó en Dios. Y seguidamente el ¡clanc! de la colisión, como ochenta y ocho pianos de cola suicidándose al mismo tiempo. El olor del ozono.

Toda la electricidad cortada. Trepó por la ladera escarpada, pasó a través de la valla metálica y corrió dirección sur hacia las rocas de arenisca entre los contemplativos enebros. Con la mano derecha agarraba la sierra eléctrica, con la izquierda las tenazas. De vez en cuando se paraba al abrigo de los árboles para prestar atención. En algún lugar tenía que estar alguien ya en contacto por radio con el helicóptero, dando la voz de alarma. Alarma general.

¿Y dónde estaba Bonnie? Miró pero no logró verla. Si estuviera la mitad de asustada que él ya estaría a mitad de camino de regreso

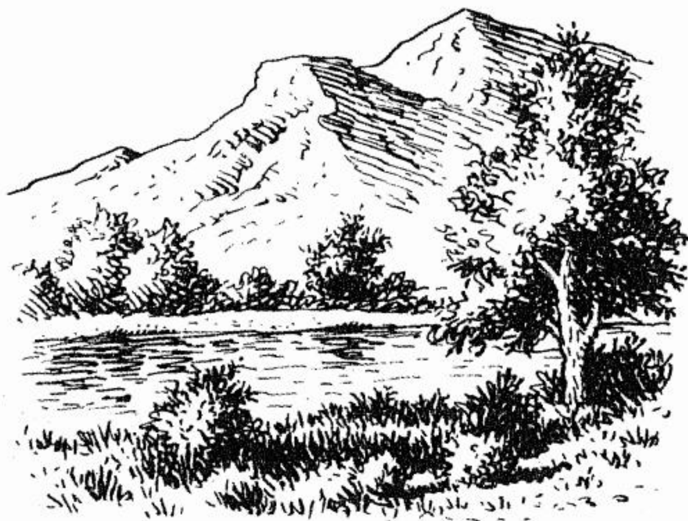
al *jeep*.

Asustado, sí, y feliz también. Asustado pero feliz, piensa Hayduke, jadeando como un perro, con la lengua colgando. Siguió corriendo, rápido como un rayo por los sitios por donde quedaba expuesto, más despacio cuando pasaba bajo los árboles, parándose a descansar, coger aire y escuchar los sonidos del cielo. Lleno de orgullo, paró de nuevo para tomar aliento. Un gran pájaro negro con una enorme boca comenzó a cantar:

Van a pillarte, Jawge Hayduke.
Te están pisando el culo, tío.
No te puedes esconder, no puedes largarte de aquí. No puedes hacer nada que ellos no sepan.
Están en la carretera, buscándote.
Están bajando por las vías del ferrocarril, buscándote.
Están siguiendo tu rastro con sus bancos de datos.
Están arriba, en el cielo, buscándote.
Estás acabado, Jawge Hayduke. El trasero te echa humo.
Estás jodido, colega. Sí.

Lanzó una piedra al pájaro bocazas que echó a volar, mientras cotorreaba como un idiota. Batía las alas pesadamente por el aire, haciendo «tucu tucu tucu tucu», sonando con fuerza, fuerte, fuerte…

Tucu tucu tucu tucu
Tucu tucu tucu tucu
TUCU TUCU TUCU TUCU TUCU TUCU TUCU
Están arriba en el cielo.
Te están buscando.



21. Seldom Seen en casa

Green River, Utah. Casa de Susan. El rancho de las sandías. A una cómoda distancia en auto desde la casa de Sheila, en Bountiful, que a su vez estaba a una cómoda distancia en auto de la casa de Kathy, cerca de Cedar City. Así es como lo había planeado todo, por supuesto desde el principio. Seldom Seen Smith seguía la palabra del profeta Brigham: era polígamo como un conejo.

Eran las tres de la mañana y la habitación estaba llena de sueños. ¡Oh, Perla de Gran Precio! Por las ventanas abiertas entraba el olor de las sandías maduras y el dulce aroma de la alfalfa cortada (segunda cosecha del verano), además de los olores conmovedores e irrevocables de los manzanos, la caca de caballo y los espárragos silvestres de las acequias. Desde el muro de contención, a solo un

campo de distancia, llegaba el sonido susurrante del sauce y el ¡chap! de la cola de un castor chocando contra el agua del río.

Ese río. Aquel río, el dorado Río Verde, que brota desde las nieves de la cordillera Wind River, a través de Flaming Gorge y Echo Park, Split Mountain y Gates of Lodore, baja las colinas de Ow-Wi-Yu-Kuts, desde el río Yampa, Bitter Creek y Sweetwater, por el cañón llamado Desolation a través de la meseta Tavaputs para aparecer por los precipicios de Book Cliffs —según John Wesley Powell «una de las fachadas más maravillosas del mundo»— y desde allí bajar a través del desierto Río Verde hacia otro mundo lleno de cañones, donde el río pasa por el cañón de Labyrinth y por el de Stillwater y confluye con el Río Grande, bajo el borde del Laberinto y hacia las ruidosas profundidades del cañón Cataract…

Smith estaba tumbado en la cama junto a su tercera mujer y tuvo ese molesto sueño. Le perseguían de nuevo. Habían identificado su camioneta. Había llegado demasiado lejos con las rocas. El equipo de Búsqueda y Rescate estaba como loco. En el condado de San Juan se había extendido una orden de arresto en su contra. El obispo de Blanding rabiaba por media Utah como un toro estreñido. Smith huía a través de interminables pasillos de hormigón humedecido. Bajo la presa. Otra vez atrapado por la pesadilla recurrente de aquella presa.

Dentro las entrañas frías y húmedas de la Oficina de Recuperación, los ingenieros se deslizaban en monopatines con carpetas en las manos. Los paneles neumáticos se abrían a su paso y luego se cerraban, y acercaban a Smith cada vez más hacia el interior del generador central del Enemigo. Unas redes magnéticas lo empujaron hacia la Oficina Interna, donde el director esperaba, le esperaba a él. Smith sabía que iba a recibir su castigo, al igual que Doc, Bonnie y George, que también se encontraban encerrados en algún lugar de allí.

La última puerta se abrió. Smith fue arrastrado dentro. La puerta se cerró deslizándose y se selló sola. De nuevo se encontraba ante el ojo último. En su presencia.

El director miraba a Smith desde el centro de un conjunto de esferas indicadoras de medidas, detectores de variaciones del nivel de refracción del aire, pantallas indicadoras de vibraciones,

visógrafos y sensores. Había rollos de cinta que zumbaban mientras daban vueltas, en contraposición al silencioso murmullo del procesamiento electrónico.

El director sólo tenía un ojo. El haz rojo de luz que emanaba de su ojo de cíclope sin párpado actuaba sobre la cara de Seldom Seen, escaneando su cerebro, sus nervios, su alma. Smith aguardaba indefenso como un bebé, paralizado por ese rayo hipnótico.

El director habló. Su voz se asemejaba al chirrido agudo de un violín eléctrico en *do* sostenido, la misma nota interna que volvió loco al sordo Smetana.

—Smith —comenzó a decir la voz—, sabemos por qué estás aquí.

Smith tragó saliva.

—¿Dónde está George? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué le habéis hecho a Bonnie?

—Eso no importa.

El haz rojo se dirigió un momento hacia un lado furtivamente, suspendido de su caparazón. Los rollos de cinta paraban, rebobinaban, paraban y volvían a avanzar mientras lo grababan todo. Mensajes cifrados parpadeaban con un flujo eléctrico brillante, transmitido por un transistor a través de diez mil millas de circuito impreso. El generador seguía ronroneando bajo la superestructura, murmurando el mensaje básico: Poder… provecho… prestigio… placer… provecho… prestigio… placer… poder…

—Seldom Seen Smith —dijo el director, ahora con la voz sintonizada con una entonación humana (modelada parecería la voz de un cantante de baladas para adolescentes cuyo rostro, asexuado y mal afeitado, había aparecido en la portada de la revista Rolling Stone diecisiete veces desde 1964)—, ¿dónde están tus pantalones?

—¿Pantalones? —Seldom bajó la vista—. ¡Por Dios Todopoderoso!

El haz volvió a escanear la cara de Smith.

—Acércate, amigo —ordenó la voz.

Smith vaciló.

—Acércate, Joseph Fielding Smith, conocido como Seldom Seen, nacido en Salt Lake City, Utah, estúpida capital de la región

intermontañosa del oeste, ¿por fortuna no sois vos aquel a quién se le predijo en «El Primer Libro de Nefi» 2:1-4, del *Libro de Mormón*, lo siguiente: «El Señor le ordenó, en un sueño, que tomara a su familia y partiera hacia el desierto»? ¿Con provisiones suficientes tales como mantequilla de cacahuete orgánica, y con su familia, conocidos como un tal Doc Sarvis, un tal George W. Hayduke y una tal señorita B. Abbzug?

Una lengua que provenía de un mundo más elevado contestó por Smith, con palabras que él no conocía: «Datsame, jefe».

—Bien. Pero por desgracia para ti, amigo, la profecía no se puede cumplir. No podemos permitirlo. Hemos decretado que tú, Smith, te conviertas en uno de los nuestros.

—¿Cómo?

Cuatro bombillas verdes guiñaban en el lóbulo frontal del director. La voz cambió una vez más, volviéndose entrecortada y críptica, claramente oxoniense.

—Agárrenle.

De pronto, Smith se vio inmovilizado por unas cadenas rígidas aunque invisibles.

—¡Ehh! —se resistió débilmente.

—Bien. Fijen los electrodos. Insértenle el ánodo en el pene. Eso es. El cátodo va por el recto. Medio metro. Sí, hasta el final. No sean remilgados.

El director daba las órdenes a ayudantes invisibles, que trajinaban con el cuerpo paralizado de Smith.

—De acuerdo. Sellen los circuitos biestables en el canal semicircular. Por debajo del tímpano. Muy bien. Cinco mil voltios deberían bastar. Adhiéranle cables sensores en el cóccix mediante ventosas de estroncio. Firmemente. Enchufen el adaptador de alto voltaje a las tomas frontales de su nódulo receptor. ¡La cabeza, idiotas, la cabeza! Sí… justo encima de los orificios nasales. Con firmeza. Aprieten fuerte. Así. Muy bien. Ahora cierren los circuitos diferenciales. Rápido. Gracias.

Horrorizado, Smith intentó protestar. Pero su lengua, al igual que sus extremidades, parecían presas de una parálisis infantil y absoluta. Estaba desencajado por el terror que le provocaban aquellos cables que le unían la cabeza y el cuerpo al ordenador que

tenía delante.

—De acuerdo Smith —dijo el director—, ¿o debería llamarle (je, je) Seldom Scanned? ¿Está listo para el programa? ¿Qué es eso? Ahora, ahora, ¡levante ese ánimo! Buen chico. No tiene nada que temer si pasa esta sencilla prueba que le hemos preparado. Vamos a grabar, por favor. Bien. Introduzcan la cinta magnética. ¿No hay ranura para la cinta? Entonces hagan una. Entre los puntos de unión del ánodo y el cátodo, por supuesto. Arriba, hacia el periné. Exacto. No se preocupen por la sangre, tenemos a George que la limpiará más tarde. ¿Listos? Inserten la cinta. Hasta el final. Sujétenle el otro pie. ¿Qué? ¡Pues entonces clávenselo! Bien. Así.

El único ojo del director apuntó hacia la glándula pineal de Smith.

—Ahora, Smith, las instrucciones. Queremos que expanda la función exponencial simple $y = e^x$ en una serie infinita. Proceda del siguiente modo: *Bn*: transferir contenidos del lugar de almacenamiento *n* al registro de trabajo; *tn*: transferir los contenidos del registro de trabajo a la ubicación *n*; $+n$: sumar contenidos de la ubicación *n* a los contenidos del registro de trabajo; *xn*: multiplicar los contenidos del registro de trabajo por los contenidos de la ubicación *n*; $\div n$: dividir los contenido del registro de trabajo entre los contenidos de ubicación *n*; *V*: señalar los contenidos del registro de trabajo positivos; *Pn*: transferir dirección *n* al acumulador si los contenidos del trabajo de registro son positivos; *Rn*: transferir dirección en ubicación *n* al acumulador; *Z*: detener el programa. ¿Está claro, Smith?

Inmóvil como la novocaína, Seldom no podía hablar.

—Bien. Estamos listos. Tienes 0,000012 milisegundos para efectuar esta operación básica. Si te equivocas, no tendremos elección, trasplantaremos tus órganos vitales a especímenes más adaptables y reciclaremos tus residuos en crisoles de termita. ¿Preparado? Buen chico. Que te diviertas. Ajusten el tiempo, por favor. Atención, Smith. Cuenta atrás desde cinco. Vamos allá. ¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Cero! ¡PULSEN EL MALDITO INTERRUPTOR!

—¡Ahhhhhhhhh…! —Smith se incorporó en la cama, empapado en sudor frío, se giró y agarró a su mujer como si se

estuviera ahogando—. Sheila —gimió mientras luchaba al borde de la consciencia—, ¡por Dios Santo…!

—¡Seldom! —Ella despertó de inmediato—. ¡Despierta, Seldom!

—Sheila, Sheila…

—Aquí nadie se llama Sheila. Despiértate.

—Oh, Señor.

Palpó en la oscuridad y tocó un cadera cálida, una barriga suave.

—¿Kathy?

—La otra noche estuviste en casa de Kathy. Tienes un último intento, y será mejor que no te equivoques.

Tanteó un poco más arriba y acarició sus pechos. El derecho. El izquierdo. Los dos.

—¿Susan?

—Eso está mejor.

Cuando se acostumbró a la oscuridad iluminada por las estrellas, la vio sonriendo mientras le agarraba con ambos brazos en la calidez de la legítima cama conyugal. Su sonrisa, como sus dulces ojos, como su abundante pecho, estaba llena de amor. Él suspiró aliviado.

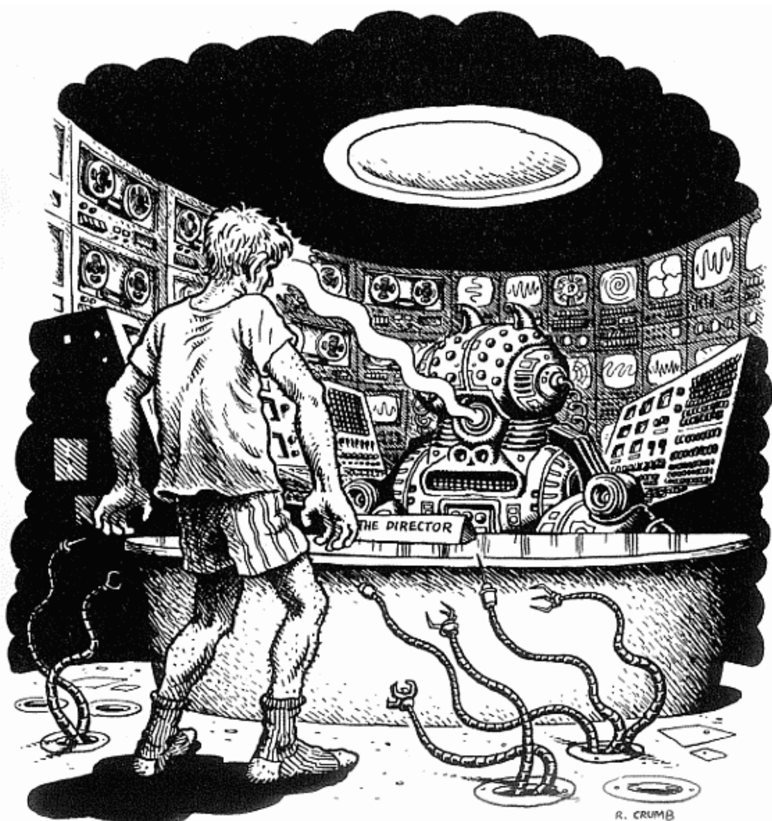
—Susan…

—Seldom, eres un caso. Eres tremendo. Quién lo diría.

Entonces ella consoló, acarició y amó a su afligido y tembloroso hombre.

Mientras, fuera, en los campos del desierto veraniego, los melones maduraban ociosos en sus lechos de enredadera y un gallo inquieto, posado en el tejado del corral, lanzaba su eyaculación precoz a la luna menguante. Y, en los pastos, los caballos levantaban sus nobles cabezas romanas para mirar en la noche algo que los humanos no pueden ver.

Lejos, en una granja de Utah, a orillas de un río dorado llamado Río Verde.



El director sólo tenía un ojo. El haz rojo de luz que emanaba de su ojo de cíclope sin párpado actuaba sobre la cara de Seldom Seen, escaneando su cerebro, sus nervios, su alma. Smith aguardaba indefenso como un bebé, paralizado por ese rayo hipnótico.



22. George y Bonnie continúan

Advirtió el helicóptero de inmediato. No obstante, no le estaba siguiendo a él. Todavía. Media milla hacia el este, volando en círculos sobre algo que le interesaba en tierra, tenía puesta la atención en Bonnie Abbzug.

Se arrastró hasta la cima de una duna de arena y observó. Bonnie corría hacia una hendidura o barranco en las rocas de arenisca que comunicaba, por una especie de túnel sin techo, con un barranco más profundo y desde ahí con el cañón de Kaibito. Él comprendió cuál era su plan de huida.

El helicóptero aterrizó a cincuenta yardas del barranco en el área abierta disponible más cercana. El motor se apagó. Dos hombres saltaron de la cabina de mando de plexiglás, se agacharon

bajo los brazos del rotor que se seguía moviendo y salieron corriendo tras Bonnie. Uno de ellos llevaba una carabina.

Pero Bonnie (¡buena chica!) ya se había ido, estaba fuera de su vista corriendo por el barranco erosionado, sin titubear, hacia el cañón. Uno de los dos hombres descendió al barranco. El otro, con la carabina, corría por el borde intentando alcanzarla. Hayduke lo vio tropezar, caerse de bruces y quedarse aturdido un momento, allí tumbado. Lentamente se puso en pie, recogió el arma y empezó de nuevo a correr. En unos minutos lo perdió de vista.

El helicóptero vacío esperaba tras ellos, con el gran rotor girando cada vez más despacio.

Hayduke desenfundó el revólver, abrió el tambor e introdujo el sexto cartucho en la cámara que, por seguridad, solía dejar vacía. Tras dejar la motosierra y las tenazas debajo de un enebro, escaló la duna, bajó de tres saltos por la falda de sotavento y echó a correr hacia el helicóptero.

Oyó a los hombres que gritaban a lo lejos, más allá de donde llegaba su vista. Corrió directo a su objetivo. Cuando lo alcanzó, cinco minutos más tarde, lo primero que hizo fue apoyar la punta de la pistola contra el radiotransmisor del helicóptero. Estaba a punto de apretar el gatillo, cuando lo reconsideró y eligió un instrumento menos ruidoso, un extintor. Lo arrancó del soporte y destrozó la radio. Quizás fuera una acción inútil, ya que otro helicóptero podría estar en camino en ese momento.

¿Qué otra opción le quedaba? Tenía que sacar a Bonnie de aquello. Hayduke miró alrededor en busca de un lugar para ocultarse. No había gran cosa. Desde luego ni dentro del helicóptero ni junto a él: una máquina esquelética con una cabina transparente para tres personas y sin fuselaje alguno, que se levantaba del suelo con sus patines de acero. Cerca estaban los habituales grupos de enebros; pero un enebro, aunque puede ocultar a un hombre de la visión aérea, no sirve para tapar a nivel terrestre en distancias cortas. Tiene el tronco demasiado pequeño, el follaje demasiado escaso y las ramas demasiado estrechas para esconderse. Sin bosque no hay emboscada. Como no le quedaba otra alternativa, descendió al mismo barranco que había tomado Bonnie, se metió a gatas bajo una cornisa, recogió un montón de matojos para camuflarse y

esperó.

Polvo. Telas de araña. Los alergénicos cardos rusos delante de su cara. Bajo su barriga, el suelo estaba cubierto de una capa de ramitas de enebro y pedazos de cactus salpicados de cagarrutas. Alguna rata, años atrás, las habría dejado allí. Mientras esperaba impaciente, con las palmas de las manos sudorosas y el estómago encogido por el miedo, Hayduke observó cómo un par de hormigas subían por el cañón de su revólver. ¿De dónde habían salido? Las hormigas se encaramaron al punto de mira. Antes de que pudiera sacudirlas, se metieron por dentro y desaparecieron. Así que allí estaba su escondite. ¿Qué harían con las ranuras helicoidales y los abultamientos de plomo de la bala de punta hueca que bloqueaban el final del túnel?

Hayduke se secó las manos húmedas en la camisa de una en una para evitar el contacto del revólver con el suelo. Carraspeó, como si fuera a hablar, y empuñó firmemente el arma sólida y robusta, cuya presencia resultaba reconfortante.

Unas voces masculinas se aproximaron. Dio la vuelta al sucio pañuelo que llevaba en el cuello y se lo subió casi hasta los ojos. ¿Qué era lo que le gustaba siempre decir a Doc? A la pregunta de por qué podía a alguien gustarle el desierto, Doc siempre respondía: «Nos gusta el sabor de la libertad, compañeros. Nos gusta el olor del peligro». «Pero —pensó Hayduke—, ¿qué pasaba con el olor del miedo, viejo?». Enmascarado como un forajido en la frontera, lleno de pavor, esperaba la llegada del próximo gran momento.

Ahí estaban.

Los tres se aproximaban en fila por el estrecho barranco. Hayduke era capaz de oler su sudor a una distancia de cincuenta pies y sentir su cansancio. En la cabecera se encontraba el piloto del helicóptero, un hombre joven de cara colorada y gran bigote que llevaba ropa verde de estilo militar, una gorra de visera larga y unas botas de goma. Como los pilotos de combate, portaba una pistola debajo del brazo izquierdo dentro de una funda sujeta al hombro.

Al final, caminaba el hombre de la carabina, que ahora llevaba un brazo en cabestrillo. Vestía el uniforme de guardia de seguridad de Burns Agency: camisa estrecha con una insignia de latón y un parche en el hombro, sombrero de *cowboy* de paja, pantalones

ajustados y botas puntiagudas estilo *cowboy* de tacón alto, no muy adecuadas para ejercicios en el desierto. Este parecía de más edad, más grande y más musculoso que el piloto, pero estaba igual de cansado. Cojeaba. Ambos estaban sudando a chorros. Bonnie les había hecho dar una buena carrera.

Entre los dos iba la prisionera, no muy orgullosa, con un aspecto huraño; asustada y hermosa. No llevaba el sombrero y la melena le colgaba sobre la mitad de la cara colorada por el calor. Tenía las manos sobre la barriga, con esposas en las muñecas.

Hayduke sólo tenía una leve idea de lo que podría pasar a continuación. ¿Deberíamos empezar a disparar? ¿Disparar a matar o disparar para inmovilizar? Con ese cañón que tenía en las manos sería difícil inmovilizar simplemente; un disparo cualquiera ocasionaría un daño importante. Ni Doc ni Smith ni Bonnie lo aprobarían. Bueno, ¿y qué? Los tenía a tiro. Tenía la sartén por el mango. ¿Debía detenerles inmediatamente o esperar hasta que comenzaran a trepar por las resbaladizas piedras de arenisca hacia la parte de arriba?

El trío se acercaba. El piloto fruncía el ceño.

—Está bien, niña —dijo buscando el camino para salir del barranco—, no tienes que decirle nada. Tu nombre, rango y medidas, eso es todo.

—Me importa una mierda cómo se llama —dijo el guarda—, pero tiene que enseñarme su identificación de sexo. Creo que sé cuales son mis derechos constitucionales. ¿Verdad, nena?

Atizó el trasero de la chica con dos dedos tiesos. Bonnie se apartó bruscamente.

—Quítame las manos de encima.

El guarda tropezó y se hizo daño en la pierna que cojeaba.

—¡Mierda! —gimió.

El piloto se detuvo y miró hacia atrás.

—Déjala tranquila. Déjala tranquila.

El guarda se sentó en el suelo para masajearse el tobillo.

—Dios, cómo duele. ¿Llevas una venda elástica en tu botiquín?

—Puede que sí y puede que no. Deja tranquila a la chica.

El piloto echó un vistazo a su alrededor: hacia la sombra oscura de la cornisa donde Hayduke permanecía agazapado veinte pies

más allá, hacia el cauce seco que tenían enfrente, en el montículo redondo de arenisca que se alzaba sobre su cabeza.

—¿No es por aquí por dónde bajaste?

Las rocas de arenisca, bastante fáciles de bajar pero no tan fáciles de subir, se elevaban doce pies sobre el fondo del barranco.

—¿Y por ahí?

—No lo sé.

Ella miraba fijamente al suelo.

—Bueno, por ahí creo que está bien. No veo que haya otro sitio a no ser que volvamos donde «el gran amante»… —señaló al guarda con el pulgar— por donde él bajó.

Sonrisa forzada del guarda de la Burns.

El piloto lo intentó. La roca estaba inclinada hacia arriba en un ángulo de unos 30 grados. Había huecos lo bastante grandes como para poner las manos y los pies. Las suelas de cuero de sus botas no le proporcionaban mucho agarre pero él era ágil. Usando piernas y brazos, había conseguido escalar la mitad de la cara de la roca cuando oyó —todos oyeron— alto y claro, que alguien amartillaba un revólver. Un primer ¡clic! hasta la mitad; un segundo ¡clic! hasta el final.

El piloto, colgado de manera incómoda y apoyado sobre pies y manos, se detuvo y miró hacia abajo. El guarda de seguridad, aunque sorprendido, reaccionó alzando la mano para descolgar la carabina. Hayduke disparó un tiro por encima de su cabeza, más cerca de lo que pretendía. La bala rozó la copa del sombrero del guarda. Dos hormigas emprendieron un vuelo balístico hacia el ancho cielo.

La descarga provocó una terrible explosión que sobresaltó a todos, incluyendo a Hayduke, que estaba familiarizado con el rugido de una Mágnum 357. No hubo eco. En el aire del desierto, con una humedad del uno por ciento, el sonido desaparece casi tan rápido como la bala. Un golpe de martillo sobre el yunque y de nuevo el silencio.

Aunque todos miraron hacia la sombra oscura de la cornisa nadie se movió.

Hayduke trató de pensar qué era lo próximo que iba a hacer. El piloto, que hacía equilibrios en la roca, de momento estaba

inmovilizado. Faltaba el hombre de la carabina.

—Bonnie —susurró.

Sonó como el crujido de una hoja seca. Se aclaró la garganta.

—Bonnie —dijo con voz ronca—, coge la carabina.

Bonnie miraba hacia aquella voz oculta.

—¿La carabina? —preguntó—. ¿La carabina?

El guarda estaba atento. Su mano furtiva empezó otra vez a moverse. Hayduke volvió a amartillar el revólver, firme y metódicamente. La mano se detuvo.

—Coge el arma de ese tipo —Hayduke ordenó.

Miró al piloto del helicóptero encaramado a la roca. Un par de ojos azul intenso lo fulminaba con la mirada a través de su oscuro escondite de matojos.

Bonnie se aproximó al hombro del guarda y extendió sus manos esposadas hacia el guardamanos de la carabina. Las manos del hombre, apoyadas en el suelo, hacían un nervioso movimiento con los dedos.

—No te sitúes entre él y yo.

Bonnie tragó saliva.

—De acuerdo.

Mientras se movía por detrás del guarda le pisó, no necesariamente adrede, la mano con la bota de suela de tacos.

—¡Dios!

—Perdón.

Le quitó el arma del hombro y retrocedió. El guardia frunció el ceño al ver la huella de sandwichera que se le había quedado grabada en el anverso de la mano.

Hayduke se deslizó por debajo de la cornisa, se puso de rodillas y apuntó con el revólver hacia la entrepierna del piloto.

—Muy bien. Ahora tú. Desabrocha la funda de la pistola.

—No puedo soltarme. Me voy a resbalar.

—Pues resbálate.

—Vale, vale. Espera un momento.

El piloto levantó una mano y trasteó con la hebilla torpemente.

—Amigo… —suspiró, mientras sus músculos se estremecían y las pantorrillas empezaban a temblarle de la tensión.

Funda, correa y arma se deslizaron por la roca. Hayduke se puso

en pie tambaleándose, desenfundó la pistola y se la metió en el cinturón.

—Bo… eh… Gertrude, ponte aquí, detrás de mí.

Esperó. Ella le hizo caso.

—Muy bien. Ahora vuelve abajo.

Amenazó al piloto agitando hacia él la pistola. El piloto se dejó caer. Los dos hombres se encontraban frente a Hayduke. ¿Y ahora qué?

—Creo que os voy a matar a los dos —dijo.

—Espera un momento, amigo… —comenzó a decir el piloto.

—Está bromeando —intervino Bonnie, que parecía estar más asustada que los hombres.

—Bueno, maldita sea, no sé por qué no —respondió Hayduke.

La embriaguez de poder absoluto sobre la vida y la muerte se estaba apoderando de él. A pesar de haber pasado doce meses con los habitantes de las tierras altas de Vietnam, a pesar de su acreditación como especialista en demoliciones dentro de los Boinas Verdes y de las Fuerzas Especiales, George Hayduke nunca había matado a un hombre. Ni siquiera a un hombre vietnamita. Ni a una mujer vietnamita. Ni a un niño vietnamita. Al menos, no que él supiera.

La furia y la frustración de aquellos años le bullían como burbujas de biogás, como el metano maléfico, hacia la superficie de su conciencia. Y ahí tenía a su merced un piloto de helicóptero, el más despreciable de todos, un piloto de helicóptero de verdad, probablemente de Vietnam. La edad coincidía; parecía un veterano de guerra. ¿Por qué no matar a ese malvado hijo de puta? Hayduke, al igual que otros muchos hombres, sentía una añoranza no tan secreta por hacer al menos una muesca en la culata de su pistola. Él también deseaba tener un pasado trágico. A expensas de otro hombre.

Siempre y cuando, claro está, pudiera escapar. Siempre y cuando, por supuesto, fuera un «homicidio en defensa propia».

—¿Por qué no matar a este hijo de puta? —gritó.

—No vas a matarle —dijo su amada, sujetándolo por el brazo derecho.

Él no hizo caso al gesto restrictivo de las manos de Bonnie. Se

cambió el revólver de mano, a la izquierda, sin dejar de apuntar al piloto.

—Tú, siéntate junto a tu amigo. Sí, muy bien. Siéntate ahí, en las rocas.

Cogió la carabina que tenía Bonnie y comprobó su funcionamiento. Una en la recámara y peine cargado. Como tenía las dos manos ocupadas, volvió a enfundar el revólver y niveló la carabina a la altura de la cadera, a quemarropa, hacia los dos seres humanos que estaban allí sentados, a veinte pies de distancia, vivos y coleando al aire libre, bajo la alegre luz del sol del gran suroeste americano. Un pájaro cantaba (un rascador pinto oscuro) en algún lugar del barranco, y la vida en general parecía ir bien. Era también un buen día para morir, sin duda, pero todos los allí presentes estaban dispuestos a dejar para mañana lo que no tenían que hacer hoy.

—Qué tal si… —comenzó a decir Bonnie.

—¿Por qué diablos no debería hacerlo? —Hayduke estaba bañado en sudor, con la pequeña carabina temblando en sus manos velludas de nudillos blancos.

—No seas chalado —respondió ella—, no me han hecho daño. Ahora quítame esta cosa.

Él reaccionó al ver las esposas: dos pulseras de plástico negro, unidas por una banda de doce pulgadas del mismo material.

—¿Dónde está la llave? —Giró la cara enmascarada y sus ojos rojos miraron desde la sombra de la visera del casco hacia el guardia de seguridad—. ¿Dónde está la llave? —gritó.

—No hay llave —murmuró el hombre—, tienes que cortarlas.

—Mentiroso …

—No, no, tiene razón. —Las manos de Bonnie le sujetaban de nuevo el brazo—. Son desechables de plástico. Saca el cuchillo.

—¿No ves que estoy ocupado?

—Por favor, saca el cuchillo.

Los dos hombres lo examinaron detenidamente. El piloto, de gran bigote colgante, esbozó una sonrisa nerviosa con sus ojos azules brillantes y alertas. Un chico guapo, típico de los carteles de reclutamiento. Es probable que tuviera una madre y una hermana pequeña en Homer City, Pensilvania. Daba igual que, en la febril

imaginación de Hayduke, fuera además un asesino de masas, un calcinador de cabañas, un asador de niños.

—Vale, Leopold —dijo Hayduke levemente confundido—. Tú también, amigo; los dos, tumbaos. Boca abajo. Sí. Con las manos detrás de la cabeza. Muy bien. Quedaos así, no os mováis.

Hayduke se puso la carabina entre los muslos, sacó su navaja y cortó las esposas de Abbzug.

—Vámonos de aquí —susurró—. Rápido, antes de que mate a alguien.

—Dame la pistola.

—No.

—Dámela.

—No. Escala por allí. Te echaré una mano.

Bonnie se arrancó las esposas.

—De acuerdo.

Puso los labios cerca de la mugrienta oreja de Hayduke, mordió el lóbulo y le susurró:

—Te quiero, loco cabrón.

—Sube por ahí.

Ella trepó con facilidad por la pendiente de piedra, agarrándose a la superficie con sus suelas Vibram como si fueran almohadillas de lagarto.

Hayduke le pasó la carabina.

—Sigue cubriéndolos.

Sacó su revólver y lo amartilló.

—De acuerdo, muchachos, daos la vuelta. Así. Ahora quitaos las botas. Eso es. Ahora arrojádselas a… a Thelma. —Ellos obedecieron —. Muy bien.

Los dos hombres esperaban, observándolo atentamente, sin quitarle un ojo de encima; del mismo modo en que lo haría cualquiera que estuviera en su sano juicio y que se encontrara frente al oscuro agujero sin fondo, profundo como el olvido, de una Mágnum 357 empuñada por la mano temblorosa de un lunático.

—¿Los mato ahora o luego?

—Quitaos los pantalones.

Esta orden le acarreó protestas. El guarda, con una risa débil, quizás en un intento de frivolizar, dijo:

—Hay una dama delante.

Hayduke levantó la pistola y pegó un tiro que pasó dos pies por encima de la cabeza del guarda y levantó un trozo de piedra de la pared. Un dardo en llamas, el estrépito de ondas sísmicas rompiendo el aire. La bala invisible, como un asteroide de plomo destrozado, rebotó en la roca y zigzagueó barranco abajo. Una cascada de arenisca pulverizada golpeteó el ala del sombrero del guarda y el cuello de su camisa.

Hayduke volvió a amartillar el arma.

Skinner tenía razón; el refuerzo persuasivo funciona. Ambos se quitaron los pantalones, rápidos como el rayo. El piloto llevaba debajo un elegante *slip* morado que le hubiera gustado enseñar a Bonnie, que observaba desde lo alto. El guarda, de más edad y más conservador, probablemente republicano, llevaba los calzoncillos manchados de pis típicos del americano medio. Él sí tenía derecho a oponerse.

—De acuerdo —continuó Hayduke—, ahora sacad vuestras billeteras o lo que sea, quedáoslas, y lanzad los pantalones arriba.

Obedecieron, a pesar de que el guarda tuvo que tirar los pantalones dos veces para conseguir que se quedaran en el borde.

—Ahora tumbaos de nuevo, boca abajo, como antes, con las manos en la nuca. Bien. Quedaos así, por favor, u os envío a los dos, pareja de comepollas, directos a la eternidad.

La majestuosa frase le gustó tanto que la repitió:

—¡Comepollas, directos a la eternidad! —gritó.

Enfundó la pistola y escaló la pared de piedra.

En el borde del barranco mantuvieron un rápido debate. Luego, Hayduke se dirigió al helicóptero con el montón de pantalones y botas entre los brazos. Bonnie se quedó donde estaba, sosteniendo entre sus brazos esbeltos la carabina, mientras vigilaba a los prisioneros. Al sol, que surcaba el cielo en dirección oeste, sólo le quedaba una pulgada para alcanzar el horizonte.

Hayduke, junto al helicóptero, lanzó la ropa al interior de la cabina. Echó un vistazo a la radio destrozada y lamentó haberse precipitado. Estaría bien conocer los mensajes que estaban yendo y viniendo en ese momento a través de las ondas cortas. Examinó por un momento los controles de la máquina. «Me preguntó… No, no,

no había tiempo para eso. Aunque podía volver, coger al piloto y hacer que él… ¡No! No hay tiempo suficiente; tenemos que largarnos de aquí. Rápido».

Se extrajo del cinturón el arma automática del piloto y disparó al tablero de mandos. Un desastre. Se volvió hacia la cabeza del rotor y disparó al plato oscilante, las bisagras de batimiento, las aspas del rotor y hacia los putos rodamientos. Sólo le quedaban tres o cuatro disparos y no quería desperdiciar su propia munición. Lanzó los dos últimos disparos a los depósitos de combustible, montados en placas cruzadas sobre el motor, cerca de la parte trasera de la cabina. La gasolina de aviación de alto octanaje se vertió sobre el mecanismo del aparato.

Encontró unos mapas de vuelo en la cabina, los estrujó, les prendió fuego con una cerilla y arrojó la bola de fuego a la arena bajo el motor. Se alejó. La bola de papel ardía y entonces, al derramarse los primeros hilos de combustible, se alzó en un chorro de llamas amarillo intenso.

Hayduke tiró la pistola del piloto a la fogata, se dio la vuelta y se marchó rápidamente, mientras el fuego se extendía sobre el motor y alcanzaba el depósito de combustible. Una explosión en forma de hongo sacudió el aire —¡buuum!— y el fuego se elevó, proyectó un violento resplandor sobre la puesta de sol, se detuvo en su punto álgido y volvió a hundirse sobre el helicóptero. Toda la máquina, desde la cabina al rotor de la cola, quedó envuelta en una capa de llamas pegajosas, invasivas y enérgicas.

Bueno —conjeturó Hayduke sintiéndose por fin satisfecho—, calculo que este ya no da para más. Está frito. Este cabrón hijo de puta se ha jodido.

Lleno de buena voluntad, se giró hacia dónde estaba Bonnie.

—Vamos.

—¿Y qué pasa con ellos?

—Pues dispárales, dales un beso, ¿qué más me da? —gritó alegremente—. Venga, vamos.

Bonnie miró a Hayduke y luego a los dos prisioneros. Dudó.

—Aquí tienes tu arma —dijo ella y la lanzó hacia la penumbra del barranco.

La pequeña y manejable arma de fuego (ejército estadounidense,

calibre 30 semiautomática) cayó contra las rocas violentamente y se rompió.

—Lo siento. Tenemos que irnos ya. Podéis…

—¡Vamos! —bramó Hayduke, agitando el brazo.

—Podéis calentaros junto al fuego cuando nos vayamos.

Se marchó tras su amante.

Pasaron corriendo uno al lado del otro por delante del helicóptero derretido entre las sombras de los enebros.

—¿Dónde está la carabina?

—Se la he devuelto.

—¿Que quéeee?

—Era suya.

—Por el amor de Dios…

Hayduke paró para mirar hacia atrás. Todavía nadie había empezado a surgir de la grieta oscura de la roca de arenisca. Bonnie también se detuvo.

—Sigue tú. Yo luego te alcanzo.

Sacó su revólver y lanzó un disparo seco hacia el borde del barranco, para que el ambiente ahí abajo siguiera siendo de respeto y silencio. Nadie contestó. Siguieron corriendo. El sol se puso.

—¿Qué pasa con tus… huellas digitales? —dijo él, jadeando.

—¿Qué huellas digitales?

—Las que hay en la carabina.

—No les servirán… de mucho.

—¿Ah, no? Pueden… seguir el rastro de cualquiera… Por Dios.

—El mío no. —Bonnie corría, con su soberbia cabellera al viento, respirando de manera profunda y constante—. Nunca me han… tomado las huellas… en toda… mi vida.

Hayduke estaba impresionado. Bueno, me ha dejado planchado —pensó.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera una vez?

—No, ni siquiera una vez.

Todo iba bien. El sol se había puesto, el repentino crepúsculo del desierto dio paso a la noche oscura. El cielo, como un colador violeta, dejaba pasar puntos de luz de las estrellas desde la esfera en llamas situada más allá. No apareció ningún avión. Hayduke recuperó las tenazas y la motosierra (propiedad Doc Sarvis).

Caminaron en la noche de vuelta al *jeep*, que encontraron intacto bajo su red de camuflaje vietnamita después de varios intentos fallidos.

Mientras estaban quitando, doblando y guardando la red, oyeron las sirenas ya inútiles y vieron las tardías luces rojas giratorias de una furgoneta de la Policía Tribal Navaja, lanzándose autopista abajo hacia la fogata del helicóptero. Sentada en el capó del *jeep* mientras Hayduke guardaba las cosas, Bonnie vio como la furgoneta de la policía paró, dio media vuelta y pasó por una alambrada de púas a través de las dunas hacia el fuego. La furgoneta avanzó unas cien yardas antes de quedarse atascada en la arena. Vio, a pesar de la tenue luz de las estrellas, que la parte de atrás del vehículo se hundía cada vez más mientras el hombre que estaba al volante (el agente Nokai Begay) continuaba acelerando testarudamente a la vez que su ayudante (el agente Alvin T. Peshlakai) permanecía fuera agitando una linterna ante sus ojos y dando instrucciones a gritos. Las ruedas todavía seguían girando, el motor rugiendo y las voces chillando cuando Hayduke deslizó su auto en silencio, con las luces apagadas, hacia la autopista.

¿Estaría la autopista plagada de *les flics*[20]. Efectivamente. Hayduke mantuvo las luces apagadas y, cuando aparecieron los primeros faros en su camino, giraron hacia la carretera secundaria paralela a la autopista. Se detuvieron y esperaron. Pasó un auto de paisano de la policía, seguido inmediatamente por otro.

Volvieron a la autopista y continuaron por ella durante otras diez millas más con las luces apagadas. ¿Peligroso? Quizás. Pero no imposible. Hayduke no tenía mucha dificultad en seguir la carretera. Bonnie Abbzug se mordía los nudillos ansiosamente y daba gran cantidad de consejos no solicitados, como «Por Dios, enciende las luces. ¿Quieres que nos matemos?». Su única preocupación inmediata eran los caballos. Era muy difícil ver los caballos por la noche, aun con las luces encendidas.

Llegaron al camino de tierra que llevaba por el noreste hacia Shonto y Betatakin. Hayduke giró y, una vez que estuvieron bien lejos de la carretera estatal, encendió las luces. Se dieron bastante prisa y no pararon más que en un lugar solitario del desierto, entre dos enebros muertos plateados arrancados por el viento. Allí

recogieron las cosas que, guardadas en pesadas bolsas de viaje de lona, la banda había escondido tras la operación del puente del ferrocarril. Había sido idea de Hayduke: quería que la dinamita estuviera en las bolsas por razones «de higiene» y para un posterior transporte más cómodo. Bonnie había recuperado las cajas vacías; esa había sido idea suya.

Cuando Hayduke llevó las dos bolsas abultadas a la parte de atrás, ella protestó otra vez:

—No voy a ir en el mismo auto que eso.

Pero, una vez más, fue desautorizada:

—¡Entonces ve andando!

Siguieron avanzando lentamente. Se estaban quedando sin gasolina. Hayduke paró cerca del conocido campamento Park Service, en Betatakin. Buscó a tientas bajo los asientos hasta que encontró su tarjeta de crédito de Oklahoma y un trozo de tubería de neopreno («Mi pequeña manguera de goma, señor», como la llamaba cariñosamente), y desapareció en la oscuridad con el sifón y dos latas de gasolina.

Bonnie esperó, repitiéndose una vez más las mismas preguntas tediosas sobre su propia cordura. Sin entrar en cuestiones relacionadas con su compañero, el guía fluvial *jack mormon* y polígamo o el pobre chiflado de Doc. Pero, ¿qué estoy haciendo aquí? Yo, una agradable chica judía, con una licenciatura en literatura clásica francesa (¡puaj!). Con una madre preocupada por mi y un padre que gana 40.000 al año. ¿Cuarenta mil qué? Cuarenta mil fajas de señora, y todo eso. Yo, Abbzug. Una mujer fornida y prudente con una *keppela* sobre los hombros, correteando con estos *goyim* locos por medio de Arabia. Nunca nos saldremos con la nuestra. Ellos tienen leyes.

Hayduke regresó con las dos latas llenas colgando de los brazos. Buscó de nuevo bajo los asientos —aprovechó para toquetear entre los muslos de Bonnie—, encontró el embudo y vertió diez galones en el depósito. Comenzó a alejarse otra vez con las latas vacías.

—¿Dónde vas ahora?

—Tengo que llenar el depósito auxiliar.

¡Dios! Se fue. Ella esperó, maldiciéndose a sí misma, queriendo dormir y casi sin poder, dando cabezadas y despertándose entre

pesadillas.

Sonido y olor a gasolina. Estaban de nuevo en marcha, en medio de la noche, corriendo como más le gustaba a Hayduke, a tope. Con matrículas manipuladas tanto delante como detrás.

—Esta noche somos de Dakota del Sur —explicó él.

Bonnie gruñó.

—Relájate —dijo—, ya mismo cruzamos el río. Nos estamos alejando de este puto pueblo indio superdesarrollado e hipercivilizado. Volvemos a los cañones a los que pertenece la gente como nosotros. No nos encontrarán ni en un millón de años.

—Hay que llamar a Doc —murmuró ella.

—Lo llamaremos. Tan pronto como lleguemos a Kayenta. Pararemos en el Holiday Inn para tomar café y pastel.

Aquel pensamiento animó a Bonnie durante un momento. La imagen de las luces brillantes. Las mesas con tableros de formica, la calefacción central, los ciudadanos americanos de pleno derecho, reales y normales, ¡afeitados!, ¡y con el pelo cortado!, que comen solomillos de ternera acompañado de dos verduras, ensalada, panecillos calientes envueltos con un paño, media botella de vino —¡no!, ¡sí!— evocaban el hogar, la decencia, la esperanza.

La carretera atravesaba un túnel por debajo del ferrocarril de Black Mesa & Lake Powell. Hayduke paró.

—¿Ahora qué?

—Sólo será un minuto.

—No —gritó ella—, no, estoy cansada, tengo hambre, la policía está por todas partes de la reserva y estoy asustada.

—Sólo será un minuto.

Ella se puso las manos en la cara y lloró un poco, luego se adormeció. En sueños oía el chasquido de unas tenazas cortando una alambrada, el feroz rugido de algo parecido a un tigre en la jungla de la noche, hundiendo los dientes en carne indefensa. Le despertó un sonido estrepitoso, certero, y el tintineo cacofónico del alambre al caer.

Hayduke volvió apresurado, respirando con fuerza, frunciendo el ceño con placer mal reprimido. Se metió, pisó el acelerador y salió a toda pastilla, giró a la izquierda en la autopista y condujo dirección norte hacia Kayenta, Monument Valley, Mexican Hat, los cañones

sin senderos de Utah: huida.

Al pasar por el cruce de Black Mesa en un pequeño atasco de turistas veraniegos, furgonetas de navajos y policía estatal, vieron que las luces del almacén de carga brillaban intensamente. Fuente de alimentación independiente. La cinta transportadora de carbón, que pasaba por encima de la autopista a cuarenta pies de sus cabezas, también se estaba moviendo. Tras aminorar la marcha del *jeep*, Hayduke miró fijamente hacia ese punto crítico del complejo eléctrico.

—Continúa —dijo ella.

—De acuerdo —respondió él—, por supuesto.

Pero una milla más adelante tuvo que parar. Se apartó a una carretera secundaria, apagó las luces y cortó el motor. Miró la cara pálida de Bonnie en la oscuridad.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó, despertándose totalmente.

—Tengo que ir —murmuró él.

—¿Ir a qué?

—A hacer pis.

—¿Y qué más?

—A terminar el trabajo.

—Eso pensaba. Lo sabía. Bueno, escúchame, George Hayduke, no vas a ir.

—Tengo que terminar el trabajo.

—Pues yo no voy contigo. Estoy cansada. Necesito descansar. Ya he tenido suficientes explosiones, fuegos, demoliciones y pistolas. Estoy harta de todo eso. Harta. Harta. Simplemente, harta de todo.

—Lo sé.

Y cuando sacó su mochila y la llenó con la comida y el agua y las herramientas que iba a necesitar, dio a su chica las ordenes de trabajo. Ella seguiría conduciendo y le esperaría en el Holiday Inn en Keyenta, ¿quién podría imaginar un lugar más seguro? ¿Cuánto dinero tenía? Unos cuarenta dólares. Podía usar la tarjeta Gulf Oil de su padre, que valía para los Holiday Inns. Crédito y credibilidad. No importaba el riesgo. Ya era demasiado tarde. Date un baño caliente. Llama a Doc y a Smith, arregla un encuentro en la mina abandonada de Hidden Splendor, en Deer Fiat, cerca de Woodenshoe Butte. Si él, Hayduke, no llegaba a Kayenta en dos

noches, ella tendría que dejar allí el *jeep* e irse a Hidden Splendor con Doc y Seldom. Dile a Doc que no se olvide del magnesio. Muy importante. ¿Qué más? Sacó una de las bolsas de lona del *jeep*, la motosierra, el afilador y la lata de combustible.

—Me gustaría que no lo hicieras —dijo ella—. Tú también necesitas descansar.

—No te preocupes, mañana me pondré debajo de un árbol en alguna parte y dormiré durante todo el día.

—No has comido nada decente desde mediodía.

—Tengo en la mochila barritas de cereales y cecina como para una semana. Además tenemos un alijo por aquí cerca. Vete.

—Dime lo qué vas a hacer.

—Mejor que no lo sepas. Ya lo verás en los periódicos.

Ella suspiró:

—Dame un beso.

Él le dio un beso impaciente.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

Él dijo que sí.

—¿Cuánto? —quiso saber ella.

—¿Te vas a ir de aquí de una puta vez? —gritó él.

—Vale, vale, no hace falta que chilles.

Sentada ahora frente al volante del *jeep*, encendió el motor. Sus ojos húmedos brillaron con la tenue luz del salpicadero. A él le dio igual. Ella pasó el nudillo de su dedo índice por sus mejillas para eliminar los escapes preliminares. Se cambió el casco por el sombrero de cuero escarchado, pero él ni se dio cuenta. Ella encendió el motor.

—¿Me puedes prestar atención un momento?

—¿Sí?

Hayduke se estaba poniendo los guantes y miraba hacia las luces brillantes de las torres de carga.

—Sólo quiero decirte una cosa, Hayduke, antes de irme. Por si no te vuelvo a ver.

Él miraba hacia todas partes menos a ella.

—Intenta que sea rápido.

—Cabrón. Hijo de perra. Lo que quería decirte es que te quiero, asqueroso hijo de perra.

—Muy bien.
—¿Me has oído?
—Sí.
—¿Qué he dicho?
—Que me quieres, y yo me alegro. Ahora lárgate de aquí.
—Adiós.
—¡Adiós!

Condujo con los ojos borrosos. Bonnie Abbzug reincidió en el dulce lujo del llanto, sola, zumbando por el camino de asfalto hasta Kayenta, con el corazón en un puño y los pistones subiendo y bajando como locos. Era difícil ver la carretera. Encendió los limpiaparabrisas, pero no sirvieron de mucho.

Solo, por fin (Dios mío, qué alivio), Hayduke se desabrochó los botones de la bragueta, hurgó dentro y vació con orgullo, como un semental, las latas de cerveza y las botellas de refrescos, el aluminio aplastado y los cristales rotos, los paquetes de plástico de seis envases y las jarras de *Navajoland*, USA. (Dios mío, qué alivio más grande). Mientras meaba vio imágenes de partículas de estrellas a cientos de miles de años luz de nuestro sistema solar que parpadeaban sin pausa pero sin prisa en los espejos temblorosos de su rocío dorado. Caviló durante un momento sobre la unidad oceánica de las cosas. Como dicen los hechiceros, todos somos uno. ¿Un qué? ¿Qué más da?

La grandiosidad de estas reflexiones le sirvió de consuelo mientras se inclinaba para continuar con sus tareas solitarias y mal recompensadas. Ya restablecido, con la motosierra en una mano, la bolsa de lona cargada en la otra mano y la mochila de ochenta libras de peso sobre su ancha espalda, George W. Hayduke marchó pesadamente —con una fuerza incondicional e implacable— hacia la maquinaria ruidosa, hacia los ojos rojos e impenetrables, hacia las mandíbulas acorazadas, hacia las altas torres iluminadas y desvergonzadas de… del Enemigo. ¿Su Enemigo? ¿El Enemigo de quién? El Enemigo.



23. En Hidden Splendor

Bonnie levantó su palo del carbón de enebro e inspeccionó la nube de golosina que había pinchado en la punta. La sacó con los dientes y se la tragó de un bocado, como una ostra quemada.

—Siempre pensé que sólo los niños pequeños comían cosas de esas —dijo Smith.

—Bueno, me gustan —dijo Bonnie—, y soy una vieja bruja de veintiocho años. Doc, pásame unas cuantas más.

Él le lanzó la bolsa entera y Bonnie puso otra golosina en el palo. El sol se estaba poniendo tras las montañas de Henry Mountains. Unas sombras frescas se extendían desde Elk Ridge. Más abajo, las rocas desnudas del Natural Bridges National Monument reflejaban un leve brillo dorado bajo la decreciente luz de la tarde,

a mil pies de profundidad y a cinco millas hacia el sur en línea recta.

La espera.

Ella suspiró.

—Déjame ver esos periódicos.

Mientras seguía masticando las nubes negras y crujientes, leyó por cuarta vez —¿o era la décima?— la explicación, en la página once, de los últimos saqueos en el área de Black Mesa.

> Las autoridades revelan que el sabotaje es generalizado. El tren del carbón descarrila por segunda vez. Se han encontrado cuñas de acero cerca de las vías. Una misteriosa explosión ha volado las torres de carga y almacenamiento. Un nombre garabateado en la arena: «Rudolf el Rojo, el Vengador Nativo». Continúan las investigaciones. La policía sospecha de una banda organizada a gran escala conocida como los «Perros Locos», un clan renegado de la tribu de Shoshoni. La cinta transportadora de carbón ha sido destruida mediante explosivos colocados en cuatro lugares diferentes. La Gema de Arizona, la excavadora dragalina más grande del mundo, ha quedado parcialmente destrozada por un incendio en la estructura del motor. Se estima que los daños ascienden a un millón y medio de dólares. La única pista: «Rudolf lo sabe». La línea eléctrica que llega a la mina se corta por segunda noche consecutiva. Un mensaje escrito en la arena: «Rudolf el Rojo lo sabe». Las aletas de refrigeración acribilladas por agujeros de bala; el transformador de 80.000 voltios ha quedado destrozado. Los instaladores de tuberías en huelga por tercera semana consecutiva. La línea de ferrocarril y las líneas eléctricas están siendo vigiladas por aviones. Los directivos de la compañía de carbón están desconcertados y enfadados ante la ola de vandalismo «obra de unos idiotas», como afirma el coordinador medioambiental de la Compañía de Servicio Público de Arizona. Se instala un aparato de vigilancia secreto en la cinta transportadora de carbón. El sindicato de instaladores de tuberías niega las acusaciones de sabotaje industrial. «Recuerden Fort Sumner; Rudolf». El Consejo Tribal promete que hará averiguaciones sobre el grupo secreto disidente navajo conocido como Ch’indy Begays (Hijos del Diablo). «Recuerden Wounded Knee; Rudolf el Rojo». El Movimiento Indio Americano niega haber tenido cualquier tipo de conocimiento sobre los incidentes de Black Mesa. El Departamento de Seguridad Pública de Arizona, la Policía Tribal Navaja y la Oficina del Sheriff de Coconino County solicitan la intervención del FBI.

Bonnie dobló el periódico con indignación.

—No sé por qué nos tienen que desterrar a las últimas páginas. Hemos trabajado duro. —Extendió la mano hacia Doc—. Déjame ver ese otro periódico. No, el antiguo, el de la semana pasada.

Abrió el periódico de la semana anterior (el Arizona Republic, de Phoenix) por la página diecisiete y miró de nuevo su foto, una «recreación artística» basada en las descripciones verbales del piloto de helicóptero y del guarda de seguridad de la Burns. «Un parecido bastante pobre» —pensó ella—. El pelo demasiado oscuro, el pecho bastante más prominente.

—¿Por qué tienen que hacer que me parezca a Liz Taylor? —protestó.

—¿Y qué tiene eso de malo? —contestó Doc.

—Que no es exacto, eso es lo que tiene de malo. Liz Taylor es una señora de mediana edad con sobrepeso y papada. Yo soy una joven pequeñita de belleza despampanante.

—Yo diría que el dibujo es una idealización.

—Pues dilo.

Ella miró la foto de Hayduke. El dibujo solamente mostraba la cabeza y los hombros fornidos de un hombre con un casco de trabajador de la construcción y un pañuelo que le tapaba toda la cara excepto los ojos.

> Incendian un helicóptero. El saboteador y su acompañante femenina asaltaron y robaron al piloto y al guarda —vaya, acompañante femenina—. La chica salió huyendo al ser descubierta cerca del lugar del sabotaje de la línea eléctrica cuando intentaron acercarse para interrogarla. El piloto y el guarda de seguridad la capturaron y un trabajador de la construcción enmascarado con un pañuelo los secuestró a punta de pistola. Ambos están siendo buscados por las autoridades para ser interrogado. —¡Secuestrados!—. Van armados y son peligrosos. Los instaladores de tuberías niegan estar involucrados en el asunto. El Jefe Tribal Navajo afirma que Rudolf el Rojo no es indio. Rudolf el Rojo sí que es indio, insiste Jack «Nariz-Rota» Watahomagie, autoproclamado «jefe de guerra» de los Perros Locos de «Chochones». Proliferan las especulaciones. Sea indio o no, estos saqueos no son resultado del trabajo de un solo hombre, sino de una conspiración bien organizada y de gran escala, según han revelado en privado fuentes bien informadas. La compañía de carbón posee un largo historial de problemas laborales.

Bonnie volvió a doblar el periódico.

—Qué basura. —Hizo como si lo fuera a arrojar al fuego—. ¿Vamos a seguir necesitando esto?

—Guárdaselo a George —dijo Doc—, va a quedarse alucinado con él.

—No eches nada más al fuego —pidió Smith—. Ya se está haciendo muy de noche. Hay que dejar que el fuego se extinga. No queremos que el viejo J. Dudley Love nos vea desde allá abajo, ¿verdad?

—¿Nos está buscando a todos, eh? —dijo Doc.

—Bueno, como ellos dicen, «nos están buscando para ser interrogados».

—¿Cómo ha sabido mi nombre?

—Me imagino que lo habrá sacado de aquel piloto que te recogió en Fry Canyon aquella vez.

—Ese piloto es amigo mío.

—Sin comentarios.

Bonnie observó su reloj en la oscuridad.

—Este George —dijo—, lleva exactamente cuatro días y cinco horas de retraso.

Nadie dijo nada. Miraron el fuego que se iba apagando y cada uno se sumió en sus propios pensamientos. Y el pensamiento secreto de cada uno de ellos era el mismo: «Quizás nos hayamos pasado. Quizás George haya ido demasiado lejos. Quizás haya llegado el momento de parar». Pero sólo Doc confesó estas ideas.

—¿Sabéis lo que he estado pensando? —dijo.

Los demás esperaron. Dio una calada a su cigarro, saboreó el humo y lo expulsó en una estrecha bocanada azul. Los chotacabras piaban desde los robles. Los murciélagos se reunían y se dispersaban, cazando bajo el cielo azul y dorado.

—He estado pensando que después de acabar el trabajo del puente… —si George vuelve, pensó, aunque no lo dijo— quizás deberíamos, en fin, tomarnos unas vacaciones. Por lo menos varios meses. Sólo unos cuantos meses —añadió rápidamente al darse cuenta de que Bonnie parecía ponerse tensa—. Luego, cuando las cosas vuelvan a estar tranquilas y la zona no esté tan caldeada, podemos volver a hablarlo.

Hubo una pausa prolongada después de los comentarios de Doc Sarvis y consideraron la propuesta en silencio. Las ascuas de la hoguera seguían encendidas. La oleada de oscuridad se movía en dirección oeste hacia las mesetas. Los atajacaminos patrullaban en busca de su cena.

—No vamos a decidir nada hasta que llegue George —espetó Bonnie y se quedó mirando los restos del fuego con la barbilla firme y los labios apretados.

—Por supuesto —dijo Doc—. Pero los demás tenemos igualmente que establecer planes alternativos.

—Doc, ¿sabes lo que encontré ayer en las obras de la mina? —preguntó Smith—. ¿Ves ese depósito grande que está encima de la carretera, sobre un armazón de madera? Eso está medio lleno de combustible diésel. Sí, señor. Debe de haber unos quinientos galones de diésel dentro de esa cosa.

Doc rehusó contestar.

—Imagina lo que podríamos hacer con eso, Doc.

Doc lo imaginó.

—Ya veo. Pero déjame que te diga una cosa, Seldom Seen Smith. El tipo de casa flotante que quieres me costaría por lo menos cuarenta y cinco mil dólares. La semana pasada fui a la exposición náutica.

—Necesitamos cuatro. Cuatro de sesenta pies —añadió Smith.

—Eso son sólo ciento ochenta mil dólares —calculó Bonnie—. Doc puede permitirse esa cantidad, ¿verdad, Doc?

Doc sonrió levemente curvando sus labios alrededor del cigarro.

—De acuerdo, Doc —continuó Smith—, te voy a hacer ahorrar alrededor de ciento setenta y nueve mil seiscientos dólares, aquí y ahora.

Doc esperó en silencio.

—No tenemos que comprar ninguna casa flotante. Las alquilamos en Wahweap Marina por cien dólares al día. Las llevamos por Wahweap Bay más allá de Lone Rock, vaciamos las cabinas y las llenamos con nitrato de amonio. Se trata de un potente fertilizante, Doc. Tengo todo el que necesitamos en el rancho de sandías. Luego echamos el diésel, sellamos bien las ventanas y nuestro chico, George, dónde quiera que esté, pone la carga detonadora. Más tarde, por la noche, descendemos por la bahía, atravesamos el canal, cortamos el cable articulado a través del agua y entonces la presa ya es nuestra.

—Ya veo —dijo Doc—. Se supone que voy a la oficina del puerto deportivo y le digo al empleado: «Verás, chico, quiero alquilar

cuatro casas flotantes durante un día; voy a llevarme esas grandes de ahí, cuatro, por favor, esa, esa, esa y esa». ¿Eso es lo que se supone que voy a hacer?

Seldom sonrió.

—Iremos todos contigo, Doc, los cuatro juntos, y tú puedes decir: «Necesito una casa flotante para mis amigos y otra para la chica, de las de sesenta pies, por favor». El hombre de la oficina se sorprenderá pero se sentirá agradecido. Esa gente hace cualquier cosa por dinero. Te sorprenderías. No son como nosotros, Doc. Son cristianos.

—Estáis locos los dos —dijo Bonnie.

—Bueno —continuó Smith—, podríamos ir a cuatro puertos deportivos diferentes, Wahweap, Bullfrog, Rainbow Bridge y Halls Crossing. Tardaremos unos cuantos días más, pero podríamos hacerlo de ese modo. Luego damos media vuelta y bajamos por el lago.

—Alquilar una casa flotante de cuarenta y cinco mil dólares no es tan simple como alquilar un auto —replicó Doc.

—Y entonces —concluyó Smith—, nos tomamos esas vacaciones. Podemos ir a Florida y ver los caimanes. Mi Susan siempre ha querido ver cómo son de escamosos esos cabrones. Por el camino pararíamos en Atlanta —Seldom sonrió de oreja a oreja—, y plantaríamos semillas de sandía sobre la tumba de Martin Luther King.

—Madre mía —refunfuñó Bonnie, levantando la cabeza hacia el cielo aterciopelado, la noche azul lavanda, las primeras estrellas apenas visibles—, ¿qué estoy haciendo aquí? —Miró el reloj.

—Intenta relajarte —dijo Doc—, bébete tu Ovaltine y deja de quejarte.

Hubo una pausa.

Bonnie se levantó.

—Me voy a dar un paseo.

—Date un paseo largo —dijo Doc.

—Justo eso es lo que creo que voy a hacer.

Y se fue.

Smith dijo:

—La pobre nenita está enamorada, Doc. Está muy preocupada,

por eso está tan susceptible.

—Seldom, eres un atento observador de la naturaleza humana. Y yo, ¿por qué estoy yo tan susceptible?

—Tú eres el doctor, Doc.

Se quedaron mirando el fuego agonizante. Un pequeño lecho de carbón casi consumido, como las luces de una ciudad solitaria en el desierto después del anochecer, perdida entre los deshechos del gran suroeste. Doc pensó en Nuevo México, en su casa vacía. Smith pensó en Green River, Utah.

—Cambio de tema, doctor.

—Primero la construcción del puente —dijo Smith—, luego quizás la presa. Después lo dejamos por un tiempo. Da igual lo que George diga.

—¿Crees que podemos arreglar lo de las casas flotantes?

—Todo lo que necesitamos es hacerle una grieta, Doc. Una grieta en la presa y la naturaleza se ocupará del resto. La naturaleza y Dios.

—¿De parte de quién está Dios?

—Eso es algo que quiero averiguar.

Lejos de allí, más abajo, en la penumbra púrpura, un par de faros formaban una luz convergente en la oscuridad, delgada como el haz de una linterna lápiz: sin duda unos turistas que llegan tarde y buscan el *camping*. Observaron cómo la luz se movía despacio por un camino de curvas, desaparecía tras los árboles, reaparecía, se desvanecía de nuevo, hasta que se apagó definitivamente.

Al noreste, hacia arriba, en la ladera de North Woodenshoe Butte, un coyote ladraba al sol que se ocultaba. El último ladrido, modulado con elegancia, *andante sostenuto*, se convirtió en un arcaico y anárquico aullido. El lobo del desierto con su serenata, con su nocturno.

Esperaron.

Doc se quitó de los dientes el extremo masticado de su cigarro. Lo miró. El cigarro Conestoga, liado a mano en el asiento de la furgoneta con dirección oeste. Lo echó a las brasas.

—¿Crees que lo hará?

Smith le dio vueltas a la pregunta antes de responder. Después de las debidas consideraciones dijo:

—Lo hará. Nada puede parar a ese chico, salvo él mismo.

—Ahí es donde reside la dificultad. —Doc asintió.

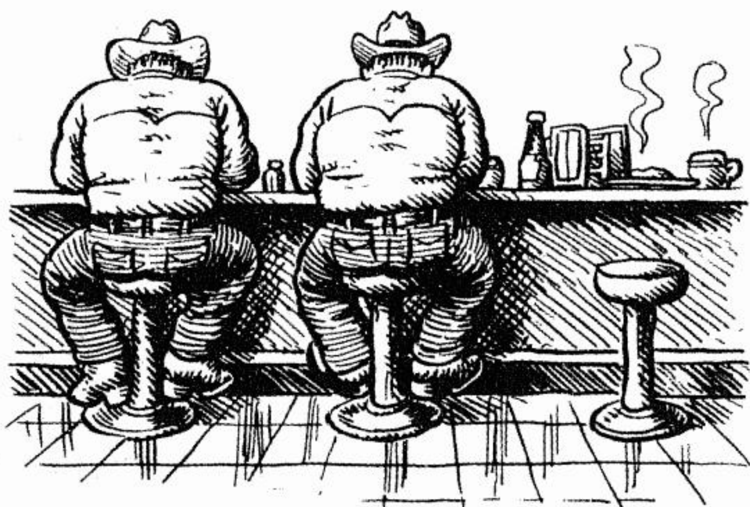
Ese es el problema, pensaba ella. Algo carente en su instinto de supervivencia. Sin mí a su lado para aconsejarle es como un niño. Un niño impetuoso, chiflado y demasiado emocional. El típico hiperactivo. De manera subconsciente quiere autodestruirse y todo eso, lo de siempre. No me creo toda esa palabrería de la revista *Psychology Today*. Participantes de reuniones de grupo y fans de Esalen. Sí, te lo crees. No, no me lo creo.

Caminó entre las casuchas destruidas por el viento y comidas por el sol. Dos décadas atrás habían vivido allí los mineros de uranio, no se sabe cómo, en este banco carente de agua bajo la cresta de la montaña, sobre el ramaje arbóreo de los cañones. Bidones oxidados dispuestos contra los muros inclinados. Colchones del color de la carnotita, de la orina, del óxido de uranio, vaciados por las ratas, estropeados por las ardillas y los ratones, tirados en el suelo podrido. Jardines en bancales caducos en la parte trasera de las casas. Un viejo neumático de auto colgado de un cable de alambre de la rama de un pino piñonero, donde una vez jugaron los niños. Cubos de basura como si fueran residuos de la mina esparcidos por toda la cima de roca, en una enorme confusión de metal, plástico, contrachapado, placas de escayola, mallas de alambre, botes de ketchup, zapatos, botes de detergente Clorox enteros y llantas desgastadas.

Más abajo de la escarpada carretera de camiones por la que caminaba, bajo las laderas del barranco, antiguos cubos de almacenamiento, depósitos de agua, depósitos de combustible. Olor a azufre, a diésel, a madera podrida, a excrementos de murciélago, a vigas barnizadas y hierro oxidado. Desde las bocas negras de las galerías de las minas surgían nubes espectrales de gases desconocidos —¿radón?, ¿dióxido de carbono?— que emanaban como el humo pero sin ningún olor, más pesados que el aire, y se arrastraban por el suelo con languidez. Hidden Splendor. Un lugar precioso el que escogiste para una cita, George Hayduke. Con lo cerdo que eres. Sabandija. Sapo. Sapo cornudo. (Puede que tenga

cuernos, George contestaría, pero no soy un sapo). Avanzó cautelosamente hacia las lenguas nebulosas, aquellos dedos deslizantes de gas, y siguió por la vía estrecha, oxidada y torcida que comunicaba las asquerosas fauces de la mina con los vertederos de desechos a través de la carretera.

Se sentó sobre la soldadura de acero de un auto de mina y miró fijamente hacia lo lejos, al sur, a través del velo del atardecer, navegando un centenar de millas con el pensamiento, sobre Owachomo Natural Bridge, sobre Grand Gulch, Muley Point y los meandros del río San Juan; pasando por Organ Rock, Monument Valley, el casco volcánico de Agathalan; sobre Monument Upwarp y más allá del límite del mundo visible, Kayenta, el Holiday Inn y el abollado *jeep* azul que seguía esperando.



24. La huida del boicoteador

Hayduke comió una lata de fiambre de ternera brasileña, con su nitrito de sodio y todo eso (estos cabrones fascistas hacen bien el fiambre de ternera) y bebió dos latas enteras de piña cortada en daditos, incluyendo los daditos, que fueron el postre. Descansó un rato, luego guardó las latas de comida en la caja de almacenamiento e introdujo de nuevo la caja en el hoyo. Desmontó la motosierra, engrasó todas las piezas, las puso en la bolsa de lona y guardó la bolsa junto a la comida. Cubrió el alijo con tierra, rocas y palos; parecía estar bien oculto, al menos bajo la luz de las estrellas. Lo demás lo metió en la mochila y se la volvió a colgar a la espalda.

Se puso el sombrero y miró hacia las estrellas. La osa mayor estaba al revés desde su ángulo de visión, a la una en punto

aproximadamente. Hayduke bajó por el talud de la ladera y se dirigió al norte en línea recta a través del campo, hacia las luces de Kayenta.

Se sentía bien. La carga parecía ligera después del peso de los últimos días, tenía los pies en forma y el corazón y la cabeza colmados por el dulce placer del éxito.

Tardó poco tiempo, a pesar de que tuvo que dar un rodeo por culpa de los perros que le ladraban desde todas las cabañas indígenas y del control policial previsto en la autopista sur del cruce de Kayenta. Cuando comenzaba a amanecer llegó al cruce y al complejo de moteles, gasolineras y tiendas de curiosidades. Escondió la mochila entre unos arbustos —no hay nada más sospechoso a ojos de los habitantes de las ciudades que un hombre barbudo a pie con una mochila a la espalda, ya tenga este la piel roja o blanca— y exploró los alrededores del aparcamiento del Holiday Inn.

El *jeep* todavía estaba allí, junto a la llave oculta y a una nota.

> Sam, te he esperado durante tres días. El Santo de los Últimos Días vino y nos fuimos a recoger a su Señoría al aeropuerto internacional de Mexican Hat. Nos vemos en el Plaza, como habíamos quedado. Por favor, date prisa, que no me gusta esperar. Basta del negocio de las tenazas. Y ayuda a embellecer América: date un baño. Tu amiga y asesora legal,
>
> Thelma.

No había nadie alrededor, salvo unos cuantos aborígenes apoyados contra un muro rodeados de unas cuantas botellas vacías. Hayduke arrancó el *jeep*, recuperó la mochila y condujo dirección norte por Kayenta hacia el río San Juan y el pueblo de Mexican Hat. El sol estaba saliendo cuando pasó traqueteando por encima del puente. Otra vez en Utah, otra vez en la tierra de los cañones locos, se sentía mejor, más seguro, más como en casa. Qué bueno era estar de nuevo en el viejo San Juan.

Vio que el café estaba abierto y se detuvo, aunque sabía que era un error y que tenía que alejarse lo antes posible de las ciudades y carreteras asfaltadas. Estaba sufriendo un ansia irresistible por un desayuno de huevos fritos con jamón y una taza de café. La culpa era de los cinco días a base de pasas, nueces, pipas de girasol y galletas de chocolate, solamente con leche en polvo y Granola,

mantequilla de cacahuete y ternera en fiambre de lata.

Aparcó su *jeep* a dos manzanas del café, detrás del restaurante Frigid Queen Drive-In, (cerrado hasta mediodía), fue caminando y se sentó sobre un taburete en la barra. Le tomó nota una chica india ute con acné pero con una estructura facial como la de las princesas mongolas del cine. Entró en el servicio de caballeros para echarse un poco de agua en la cara e intentar humedecerse y arreglarse la melena greñuda.

Mientras orinaba, leyó, como siempre, los escritos en las paredes, la voz de la gente: «El amor libre, decían, tiene su precio. La gravedad no existe, la tierra nos chupa. Colabora con la liberación de la mujer; libera a una esta noche. Hombre blanco, te dimos el maíz y tú nos diste un aplauso». Otro mensaje decía: «¿Qué estás buscando aquí, estúpido? Te estás meando en los zapatos».

Hayduke volvió al comedor y se encontró con dos anchas espaldas con camisas ajustadas de *cowboy* que se sentaban justo al lado de sus huevos con jamón, sus croquetas de patata y su café. Dos sombreros de *cowboy* gris plata y dos culos gordos envueltos en tela de gabardina. Los divisó al instante, la clase de hombres que llevan corbatas de cordón, disparan a las palomas y comen salchichas de lata cuando salen a pescar. La clase de tíos que hacen que América sea lo que es hoy.

—Buenos días —saludó Hayduke, mientras se sentaba frente a su comida.

El ala ancha y caída de su sombrero protegería, imaginó él, la parte de arriba de su cara, la parte peligrosa (aquellos bordes rojos de los globos oculares, que le habían mirado con cansancio, como un lémur en una jaula, desde el espejo partido del servicio de caballeros). En el mismo momento en que se sentó se dio cuenta de que había cometido un grave error. Desde el rabillo del ojo izquierdo vio el Chevrolet Blazer amarillo chillón aparcado fuera contra el madero que servía de barrera, con la gran pegatina oficial en la puerta. Estaba más cansado de lo que creía. Las sinapsis del cerebro se habían llevado a cabo mal o quizás no se habían realizado en absoluto. No estaba rápido de reflejos. Sabía que estaba cansado pero no sabía (o no lo había sabido hasta entonces) que lo estaba tanto como para no ver.

Qué coño. Vamos a comer como sea y ya haremos algo después. Las mandíbulas musculosas y morenas situadas junto a la suya dejaron de masticar un momento. El rostro que parecía de cuero se giró y unos ojos azul claro como bayas de enebro, rodeados de arrugas provocadas por toda una vida guiñando los ojos ante el deslumbramiento del desierto, se clavaron en la cara hostil y peluda de Hayduke.

—¿Cómo está mi viejo amigo Seldom Seen? —preguntó el reverendo, con una mirada dura.

Consternado, pero demasiado agotado para preocuparse, Hayduke devolvió la mirada, al mismo tiempo que pensaba: «George, ¿has visto alguna vez un culo de caballo en una cara? Pues ahora lo vas a ver».

—No lo conozco —murmuró con la boca llena.

—¿Es eso cierto? —Las enormes manos rojas del reverendo, más grandes que las de Doc pero ni la mitad de amables, continuaron meneando la comida—. Bueno, él sí te conoce, chico.

El hombre que estaba a la derecha del reverendo, que parecía su hermano pequeño, dejó de comer un momento y, mirando hacia su plato, esperó la respuesta de Hayduke.

Hayduke apenas dudó:

—No conozco a nadie con ese nombre.

Y añadió mucho más azúcar al café: energía rápida.

—¿Estás seguro?

—Nunca he oído hablar de él.

Los tres siguieron comiendo sin detenerse. Hayduke los huevos con jamón, el obispo de Blanding también huevos con jamón y el pequeño Love salchichas (cuatro piezas) y huevos revueltos. Ruidos de masticación masculina. La princesa ute se dirigió desde la cocina al mostrador arrastrando sus zapatos con lengüetas de estilo años cuarenta. La puerta de tela metálica volvió a sonar al cerrarse. Dos navajos de cabezas recauchutadas, que parecían administrativos de escuela o burócratas tribales se sentaron en la mesa que estaba junto a la puerta y dejaron sus maletines en el suelo. También ellos llevaban corbatas de cordón. Hayduke empezó a tener la sensación de agobio, de aglomeración.

¡Tengo que irme de aquí!

El reverendo siguió hablando:

—Bueno, chico, te vi con él aquel día en Bridges. Y yo nunca olvido una cara. Sobre todo una cara como la tuya. Estabais tú y él con aquella joven de voz potente y con el hombre gordo y calvo de la barbita negra. Nos paramos para preguntaros por los saqueos de la construcción de la carretera. Alguien dejó huellas de botas, de la talla cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco, por todo el camino desde Comb Wash hasta el cruce de Hall’s Crossing. Si no fuiste tú tuvo que ser tu hermano gemelo.

El hermano del reverendo se echó hacia atrás en el taburete para mirar el calzado de Hayduke.

Hayduke encogió los dedos de los pies dentro de sus botas de montaña con suelas dentadas.

—Tuvo que ser mi hermano gemelo —dijo, mientras rebañaba lo que quedaba de yema con la última rebanada de pan.

Dios mío. Levantó la taza hacia donde estaba la princesa:

—¿Más café?

Al rellenarle la taza, ella le sonrió tímidamente, una sonrisa que en circunstancias normales se habría grabado durante dos meses en la memoria de Hayduke. Las gónadas del hombre nunca descansan.

—¿No te acuerdas de nada de eso?

Hayduke echó más azúcar al café.

—No —respondió.

—Eres un mentiroso, chico.

Hayduke dio un sorbo al café, luego otro. Sentía cómo el sudor le caía por las axilas y resbalaba, gota a gota, por los surcos de sus costillas. La camisa que llevaba desde hacía cinco días ya apestaba lo suficiente antes de aquel añadido extra. Ah, qué hacer, qué hacer, la eterna pregunta. Por supuesto que tenía la 357 en su cinturón, oculta bajo la chaqueta, pero difícilmente podría sacarla y abatir a los dos queridos hermanos Love delante de tantos testigos. ¿Y si arrojaba el café caliente a la cara del reverendo? ¿Y si corría hacia la puerta? Los problemas, como las rosas, siempre vienen en ramos.

—¿Me has oído, chico?

Tuvo una idea. Hacerse el sordomudo.

—¿Perdón señor? —dijo, y con una sonrisa se dirigió a la camarera—. ¿La cuenta, señorita?

La chica sacó el papelito verde de la comanda.

—¿Todo en la misma cuenta? —preguntó mirando a Hayduke y a los otros dos caballeros. La conversación entre ellos la había confundido.

Hayduke pensó en las palabras de Nuestro Señor en la última cena cuando le dijo al camarero: «Cuentas separadas, por favor». Qué bonita era la chica. Confusa pero bonita. Con esos pómulos y esos ojos aztecas. Pero ahora tenía cosas más importantes en las que pensar.

—Separadas —contestó—. Tengo que irme.

—Tú no te vas a ninguna parte —dijo el obispo en voz baja—. Todavía no. Tenemos varias cosas de las que hablar.

—¿Perdone? —Buscó torpemente el dinero hasta que consiguió sacarlo.

—Sí, señor. Por ejemplo de una *bulldozer* que saltó sola al lago Powell. De alguien que empujó unas rocas hacia mi otro Blazer. Del paradero de un tal Seldom Seen Smith. Y de alguna otra cosilla por el estilo, chico.

El reverendo y su hermano siguieron engullendo la comida pero ahora apoyaban los pies en el suelo, listos para moverse con rapidez. Sus ojos sombríos y ligeramente divertidos no se despegaban ni un momento de la cara de Hayduke.

Seguía sentado en la barra. Pagó la cuenta dejando una generosa propina y se dispuso a salir. ¿Pero cómo? Todavía tenía la esperanza de marcharse con dignidad, con serenidad y elegancia.

—Bueno, padre —dijo—, me ha confundido con otro, sólo puedo decirle eso.

Y empezó a levantarse.

El reverendo lo agarró con su pesada mano y le dio un tirón.

—Siéntate.

El hermano pequeño del reverendo le sonrió.

—Nos vamos todos juntos —explicó.

Un estado de pánico invadió la cabeza de Hayduke. Odiaba las cárceles. Le daban claustrofobia, encerraban los sentimientos.

Suspiró y dijo:

—Bueno, en ese caso supongo que necesitaré otra taza de café.

Tendió la taza de café a la camarera, que la rellenó al mismo

tiempo que estabilizaba la mano temblorosa de Hayduke con el roce de la suya.

—Gracias.

El vapor ascendía desde el café como una espiral, dibujando la forma, efímera pero clara, de un signo de interrogación. La pregunta no era la más práctica —¿van armados?— ya que si lo iban llevarían las armas escondidas. En el caso de Hayduke, ilegalmente; sin embargo, no cabía duda de que los hermanos gozaban de privilegios como ayudantes del *sheriff*. La pregunta era: ¿Se mantendrá el esfínter cerrado hasta que salga de aquí libre de cargos? El enigma del esfínter. Esa era la cuestión.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el obispo.

—Herman Smith.

—No me pareces muy americano. ¿Seguro que no eres Rudolf?

—¿Quién?

—Rudolf el Rojo.

Hayduke arrojó el contenido de su taza de café a la cara del reverendo y fue a toda prisa hacia la puerta de salida. Los dos maletines de los navajos, tan grandes como cargas explosivas, le obstruían el paso. Saltó por encima de ellos y atravesó la puerta de tela metálica rompiéndola.

—Que tenga un buen día —la camarera chilló a sus espaldas haciendo caso de las ordenes recibidas desde la dirección—, hasta pronto.

Hayduke echó a correr al pasar por delante del nuevo V-8 Blazer del reverendo y lamentó no haber tenido tiempo suficiente para robar las llaves o pinchar los neumáticos. Sólo pudo ver fugazmente las armas de Love dentro y la banderola en la antena antes de doblar la esquina y galopar calle arriba hacia el restaurante Frigid Queen. Una energía que jamás supo que corría por sus venas se descargaba en sus nervios y electrificaba sus músculos. Pies, no me falléis ahora. Detrás de él, a no mucha distancia, gritos de furia, el abrir y cerrar de una puerta, protestas, chillidos, el ruido de unos pies que corren. ¿Miro atrás? Todavía no.

El restaurante. Giró la esquina y se deslizó frente al volante. Al encender el motor se permitió echar un vistazo hacia atrás. El pequeño de los Love, que corría a toda velocidad hacia él, había

recorrido ya la mitad de la distancia. Era grande, pero no rápido. El reverendo Love, que se secaba la cara con una toalla, estaba estupefacto delante de la puerta del café, dio unos gritos a su hermano y se acercó como pudo a la puerta del Blazer.

Con las ruedas girando a toda velocidad y despidiendo gravilla a su paso, Hayduke se escabulló hacia la autovía como un pez. El más joven de los Love se apoyó jadeante en el muro del Frigid Queen. Luego, giró sobre sus propios talones y volvió de manera obtusa con su vociferante hermano.

El plan de Hayduke: salir pitando de allí. Consiguió poner su quejoso *jeep* a la máxima velocidad, pero no era suficiente. A lo mejor podría obtener una ventaja de una milla mientras los hermanos Love discutían sobre quién conducía, arrancaban, daban la vuelta y comenzaban a seguir su rastro. Tampoco era suficiente. La única oportunidad que Hayduke tenía era dejar a un lado el asfalto y meterse entre los arbustos. ¿Qué arbustos? Iba por el desierto de San Juan River, un páramo de rocas rojas y conglomerado púrpura donde no crecía nada, salvo gutierrezias, ambrosías tormentosas y otros matojos parecidos. La meseta alta donde podía refugiarse se encontraba a diez millas al norte. Y cuesta arriba. Jamás lo conseguiría. Piensa en algo más, tío.

El único cementerio de coches de Mexican Hat apareció frente a sus ojos, una extensión de automóviles viejos, destrozados, abandonados y despiezados. Hayduke miró por el espejo retrovisor. Todavía no se divisaba el Blazer amarillo. Echó el *jeep* a un lado de la autopista, por un hueco de la valla y lo situó en medio de la chatarra. Paró y esperó. Medio minuto más tarde los hermanos Love llegaron por la colina y pasaron a toda prisa, a no más de cincuenta yardas de distancia de las narices de Hayduke. Por el sonido del motor seguían en segunda velocidad, dándole caña. El obispo conducía; su hermano llevaba una escopeta en posición vertical entre sus rodillas.

Hayduke les concedió una ventaja de una milla y luego continuó. No había alternativa. No podía ir en dirección contraria, hacia el sur, y volver a Arizona. Ya no le quedaban amigos por allí. Tenía que subir a esa meseta y adentrarse en el bosque para encontrarse con sus compañeros en Hidden Splendor. Así que ahora

él seguía a sus persecutores.

A tres millas de Mexican Hat la autopista se bifurcaba. La carretera principal conducía dirección este hacia Bluff y Blanding. La bifurcación de la izquierda, que sólo estaba asfaltada parcialmente, llevaba dirección norte hacia las tierras altas, los cañones, libertad, sexo y cerveza gratis.

El reverendo, que seguía a un fugitivo al que no veía, tenía que elegir la primera opción. ¿Sería tan tonto de escoger la bifurcación del este y dejarle abierta a Hayduke una vía de escape tan ancha? ¿O tomaría la carretera de la izquierda, y a la vez se comunicaría con Bluff y Blanding por radio para alertar a la patrulla de la autopista de Utah, a la oficina del *sheriff* y al resto del equipo de Búsqueda y Rescate del Condado de San Juan? El reverendo Love, a pesar de estar lleno de rabia y de no ser un intelectual, cogió la bifurcación de la izquierda.

Hayduke, rezagado mucho más atrás, vio cuál era la elección del obispo y tomó el camino de la derecha. ¿Directo a los brazos expectantes de «la autoridad»? Puede que sí y, de nuevo, puede que no. Aunque no estaba tan familiarizado con esa zona como lo estaban Seldom Seen y, con total seguridad, el reverendo, Hayduke había estudiado los mapas lo suficiente como para recordar que varias millas más adelante había una carretera de tierra que comunicaba la autopista por la izquierda con algo que la Cámara de Comercio había llamado Valle de los Dioses. ¿Tenía salida esa carretera? ¿Subía hacia la meseta? ¿Daba un rodeo y volvía a la autopista? Hayduke no lo sabía y no tenía tiempo de hacer averiguaciones locales. En pocos minutos el reverendo se iba a dar cuenta de que su presa de alguna manera había vuelto sobre sus pasos y se encontraba detrás, y no delante de él.

Fue quemando la autopista mientras subía un pliegue monoclinal totalmente despoblado de árboles, buscando el camino de tierra, hasta que lo encontró, se desvió a la izquierda y redujo la marcha. Fue saltando los baches a través del cauce de un río, salpicando una fina manta de agua de seis pulgadas que iba extendiendo a su paso por la base rocosa. Siguió la carretera hacia el otro lado, que era malo pero podía haber sido peor. Alguna vez, en un pasado reciente, alguien había trabajado la carretera con una

niveladora para intentar hacer accesible el camino al tráfico turista. Hayduke siguió adelante mientras levantaba una nube de polvo a lo largo de la llanura del amplio desierto. Si el reverendo no veía aquello es que de verdad estaba ciego por la rabia.

La carretera avanzaba hacia el norte principalmente, siguiendo los contornos del paisaje. Delante, un grupo de monolitos apuntaba al cielo, vestigio erosionado de rocas desnudas con los perfiles de deidades egipcias. Más allá se encontraba la pared roja de la meseta que se levantaba mil quinientos pies sobre el desierto, formando unos precipicios rectos que jamás habían sido escalados, inexpugnables tal vez. Hayduke tenía que encontrar el camino hacia la parte superior de la meseta si quería reunirse con sus amigos en el punto de encuentro.

El *jeep* estaba levantando demasiado polvo. Hayduke paró para mirar a su alrededor y descansó unos minutos. Estaba empezando a creer que podía haber escapado ya. Se colgó del cuello los prismáticos y escaló hacia el punto más alto de una colina cercana.

Todo lo que se veía era naturaleza salvaje. Mexican Hat, el único lugar habitable en un radio de veinte millas, quedaba fuera de visión bajo la subida del pliegue. Sólo se divisaba desierto en todas direcciones, roca roja salpicada de matorrales y algunos álamos abajo en la cañada. El horizonte quedaba amurallado por montañas y mesetas que flotaban sobre olas de calor.

Unas nubes de polvo se aproximaban desde el sur y el oeste. Se acercó los prismáticos a los ojos. En la carretera del oeste, más allá de los cuellos volcánicos y los pináculos situados en primer plano, vio un objeto metálico brillante que se acercaba rápidamente. Sí, un Chevrolet Blazer amarillo rebotando por los surcos y las rocas, con su banderín escarlata ondeando en la punta de la antena de radio. Desde el sur, Hayduke vio cómo se acercaba por carretera otro Blazer, y luego otro, ambos avanzando a toda velocidad, con las antenas relucientes, y todo el equipamiento brillando bajo la luz del sol. Hayduke siguió las dos carreteras con los prismáticos y halló el lugar en el que se unían, a pocas millas de distancia, en dirección oeste, entre los mismísimos dioses de la Cámara de Comercio. Los equipos de «Búsqueda y Rescate» le tenían acorralado y cada vez estaban más cerca. A no más de diez o quince minutos de distancia.

—Pero yo no me he perdido —dijo Hayduke—. No quiero que me rescaten.

Por un momento fue presa del pánico: tira la mochila y corre. Siéntate y échate a llorar. Ríndete, cierra los ojos, abandona.

Pero contuvo el pánico (sujeción de esfínter), dio la espalda a sus persecutores y estudió el terreno que se extendía hacia el norte y el noreste. Hacia el norte no encontró nada más que la pared de la meseta; al noreste, sin embargo, el rastro de un carril serpenteaba entre los dioses, se metía por un barranco y desaparecía, para reaparecer en una cresta cubierta de enebros que daba a un punto de bajada. ¿Tendría continuación? Desde donde estaba no podía decirlo.

Hayduke saltó del montículo y se montó en el *jeep*. Encendió el motor, volvió a salir para desactivar los cubos de bloqueo de las ruedas delanteras y para quitar algunos matojos que se habían quedado atrapados en el cabrestante. Volvió a meterse, metió primera y se alejó. Inmediatamente empezó a levantar la estela de polvo, mostrando cual era su posición. No podía evitarlo.

Mientras zumbaba a la máxima velocidad posible, iba escrutando el terreno en busca del carril que había visto desde el montículo. A pesar de que no era difícil de ver desde allí, ahora era invisible. Pedazos de piedra de arenisca quemada por el sol dispuesta en bancales le bloqueaban la visión. Un enebro aislado quedaba a su izquierda. Lo recordaba; el carril se desviaba cerca de allí. A pesar de que los segundos eran vitales otra vez, tuvo que parar y subirse sobre el capó del *jeep*. Inspeccionó el desbarajuste de rocas que se extendía frente al radiador y avistó las huellas paralelas que arañaban la superficie de arena a través de una cañada y que subían por la colina en dirección este.

De nuevo sobre ruedas, Hayduke redujo a primera, cambió a *low-range* y pasó surcando la arena y por encima de las rocas. Cuando llegó a lo más alto paró para mirar atrás. Tres nubes de polvo se acercaban desde dos direcciones diferentes, formando un triángulo de diez millas del que él era el vértice.

Se apresuró. La carretera se retorcía entre macizos de asteráceas y matorrales espinosos, y se desviaba para rodear los pedestales de monumentos de quinientos pies de altura. A pesar de las pequeñas

variaciones el carril seguía ascendiendo. La aguja del altímetro subió otros quinientos pies y unos cuantos enebros más aparecieron. Hayduke se dio cuenta de que estaba subiendo por la escarpa que había visto desde el punto de observación de su primera parada: los enebros cada vez eran más grandes y más numerosos mientras la carretera serpenteaba hacia el horizonte en dirección este. Ahora conducía sobre rocas principalmente, por lo que el vehículo ya no iba formando un embudo de polvo. Pero eso tampoco era de mucha ayuda. Desde tres millas más atrás (que no aumentaban) el reverendo y su equipo podían divisar el *jeep* de Hayduke a simple vista.

¿Qué esperaba encontrar Hayduke al final del camino de subida entre rocas de arenisca y enebros? No lo sabía, tampoco tenía ningún plan. Tan sólo tenía esperanzas y continuaba ascendiendo.

Un enebro alto y de apariencia saludable, bien anclado en la piedra tal y como sus ramas esculpidas por el viento demostraban, se elevaba hacia el cielo con una silueta fotogénica. Más adelante, en apariencia, se extendía el vacío. Con aquel árbol como meta, a falta de nada mejor, Hayduke siguió conduciendo hacia arriba. Ya no estaba siguiendo nada que se pareciera a un camino. La carretera se había extinguido entre las rocas de arenisca media milla atrás.

Condujo hasta el árbol y después tuvo que detenerse. El terreno terminaba. Quince pies más adelante del árbol estaba el borde, el filo del barranco, el vértice del abismo. Hayduke bajó del *jeep*, miró y se vio a sí mismo al borde del precipicio. Más que ser un precipicio vertical se trataba de un precipicio que sobresalía, como un saliente proyectado. Por esa razón Hayduke era incapaz de ver lo que había más abajo de la unión de la cara del precipicio con el saliente de piedra. ¿A qué distancia estaba? Estimó que la caída era de unos cien pies.

La cornisa más baja se volcaba sobre una cañada arenosa que a su vez se comunicaba, a través de cárcavas, colinas prominentes y torretas de piedra erosionada, con una vía más ancha de arena, gris verdosa por la salvia y sombreada por bosquecillos de álamos, llamada Comb Wash. Comb Wash se extendía cincuenta millas de norte a sur debajo de la pared de Comb Ridge. Unas cuarenta millas hacia el norte desde ese punto se situaba el proyecto de la

autopista. Más allá estaba la vieja carretera hacia Natural Bridges, Fry Canyon y Hite. Y después, en un ramal (abandonado) en dirección norte, los restos de la mina de uranio de Hidden Splendor, a sesenta y cinco millas de distancia.

Una caminata larga y Hayduke llegaría a su reunión con cuatro días de retraso. Podría escapar a pie, incluso desde allí —en algún lugar de ese risco debía de haber un sitio por el que descender con una cuerda desde el borde— pero eso significaba renunciar a su preciado *jeep* con barras antivuelco, cabrestante, depósito auxiliar de combustible, portalatas de cerveza con medidor de inclinación, pegatina del gurú Maharaji, pegatina «Piensa en Hopi», ruedas anchas, armas especiales, herramientas, equipo de acampada y escalada, mapas topográficos, una biblia de Gedeón y el *Libro de Mormón* (ambos robados del motel Page) y otros tesoros para la tropa de vigilantes que le perseguía. Ni pensarlo. No si podía evitarlo. Pero, ¿podía? Miró desde el borde del precipicio otra vez. Era una caída que sobresalía de verdad. Realmente eran cien pies, por lo menos. Recordó el apotegma favorito de Doc Sarvis: «Cuando la situación es desesperada no hay de qué preocuparse».

Volvió a considerar la persecución. El reverendo y su equipo estaban a dos millas, acercándose sin prisa pero sin pausa por el terreno escarpado. En la quietud del ambiente oía, a pesar de la distancia, el estruendo ronco de los motores de los grandes V-8. Consumen mucho pero son potentes. Hayduke calculó que disponía de unos diez minutos.

El reverendo Love era un hombre paciente. Paciente, metódico y meticuloso. Aunque la cara y el cuello todavía le quemaban por el café ardiendo, él no permitiría que el odio interfiriera en su sensatez, en su cautela y en el interés que sentía por ese hombre. El gentil peludo, aunque todavía lejos, estaba claramente atrapado, así que llamó por radio para consultar y se detuvo. Mientras esperaba a los demás, bajó del auto y estudió la situación a través de los prismáticos. Al enfocar, vio la piedra prominente, los árboles diseminados y las yucas sobre parches de tierra orgánica y, más alejado, al final de la formación geológica, la mancha azul desteñida por el sol que delataba la posición del *jeep*, camuflado de un modo lamentable detrás del enebro grande, que además era el

último.

Love sabía lo que había más allá del borde de roca. Él mismo había sido pionero explorador de ese camino, décadas atrás, cuando había cercado sus concesiones territoriales durante la primera gran fiebre del uranio en el año 52. «Tú, pagano hijo de perra —pensó el reverendo sonriendo para sus adentros—, ya te tenemos». Al divisar la posición del joven criminal detectó movimientos furtivos detrás del árbol. Ten cuidado —se recordó a sí mismo—. Se cree que va armado y que es peligroso.

Sus hombres llegaron y se unieron a él. Discutían. El reverendo Love aconsejó avanzar con los vehículos una milla más y parar justo cuando tuvieran alcance con los rifles. Desde ahí podrían continuar a pie, por supuesto armados, en una amplia línea de ataque, con un hombre abriendo cada flanco para prevenir la posible huida del fugitivo por la parte alta de la roca. ¿De acuerdo? La búsqueda de consenso por parte del reverendo Love era por pura cortesía; en realidad, sus sugerencias dentro de la firme jerarquía de la Iglesia llevaban implícita la autoridad de las órdenes. Sus compañeros, todos ellos hombres adultos con negocios de su propiedad, asintieron como buenos soldados. Todos menos el hermano pequeño del reverendo que era, aunque dé pena decirlo, *jack mormon* sólo en parte.

—Y tened cuidado —concluyó el reverendo—. Este bastardo sin lavar podría tener una pistola. Y podría estar tan loco como para disparar.

—Está bien —dijo su hermano—; quizás deberíamos avisar por radio al *sheriff*. A lo mejor sería buena idea contar con algo de apoyo aéreo, en caso de que ese granuja consiga deslizarse por las rocas, ¿no?

El reverendo, con sus cincuenta y cinco años, miró a su hermano pequeño de cuarenta y ocho con una mueca cómica de ojos bizcos y un atisbo de sonrisa sarcástica.

—¿Crees que necesitamos ayuda, Sam? ¿Somos seis contra uno y tú crees que necesitamos ayuda?

—Sería mucho más fácil divisarlo desde el aire.

—¿Y cómo va a bajar ese precipicio de allí?

—No lo sé.

—¿Quizás debiéramos llamar a la policía estatal también? ¿Tal vez a la Guardia Nacional Aérea? ¿Helicópteros, quizás? ¿A Puff, el dragón mágico[21]? ¿A lo mejor a un tanque?

Los demás se reían entre dientes y arrastraban los pies avergonzados. Eran grandes, fuertes, competentes y astutos; dos de ellos dirigían gasolineras y talleres de reparación de coches en Blanding; otro era propietario y gerente de un motel en el pueblo de Bluff; otro administraba un criadero de ganado y un rancho de seiscientos acres de judías pintas en las áridas tierras altas cerca de Monticello; el hermano del reverendo trabajaba como ingeniero jefe en la estación de bombeo de la Compañía de Gas Natural El Paso en Aneth, al sureste de Blanding (un puesto de mucha responsabilidad).

Búsqueda y Rescate era sólo un pasatiempo para ellos, al igual que para el reverendo Love. Él no era sólo el obispo de la Iglesia, sino que además era el presidente de la comisión del condado, tenía planeado ascender a la Asamblea del Estado de Utah y a un puesto superior más tarde, era propietario de la agencia de Chevrolet en Blanding y de varias minas de uranio activas e inactivas (incluyendo la vieja mina de Deer Fiat encima de Natural Bridges), y poseía la mitad de las acciones del complejo del puerto deportivo en Hall's Crossing. Y ocho hijos. Era un hombre ocupado; quizás demasiado ocupado. Su médico le aconsejaba dos veces al año, mientras fruncía el ceño frente a los cardiogramas, que bajara un poco el ritmo. El reverendo contestaba que lo haría cuando tuviera tiempo.

—De acuerdo, Dudley —dijo el hermano menor—, haz un chiste de esto. Pero igualmente tenemos que llamar a la Oficina del Sheriff.

—No necesito ayuda —respondió el obispo— tengo competencias como ayudante del *sheriff* y las pienso utilizar. Me voy a ocupar de ese pequeño vándalo peludo que está ahí arriba, y lo haré yo solo si es necesario. Vosotros, amigos, os podéis ir a casa si es lo que queréis.

—Pare, reverendo —dijo el gerente del motel—, no saque las uñas. Todos vamos con usted.

—Eso es —afirmó el administrador del rancho de alubias.

—¿Y qué es lo que tienes en mente hacer cuando le cojamos, Dudley? —preguntó su hermano.

El obispo sonrió y, de manera suave y cautelosa, y se tocó la cara achicharrada.

—Bueno, primero agarraré los alicates y le extraeré un par de uñas de los pies. Luego, las muelas. Después le voy a preguntar donde está Seldom Seen y ese doctor Sarvis, y también la pequeña furcia que llevan con ellos. Podríamos tenerlos a los cuatro bajo la Ley Mann[22], ahora que lo pienso: han cruzado la frontera estatal con propósitos inmorales. Entonces entregaremos a todo el grupo y no habremos necesitado ni departamento del *sheriff* ni policía estatal. Yo hoy no tengo otra cosa que hacer. ¿Estáis conmigo, amigos?

Todos asintieron con la cabeza, excepto su hermano.

—¿Tú qué dices?

—Yo voy —dijo—. Alguien tiene que controlarte, J. Dudley, o lo próximo que sabremos es que te ascienden a gobernador.

Todos sonrieron, incluido el mismo reverendo.

—Para eso ya habrá tiempo. Ahora hagamos salir al conejo de detrás de su mata.

Volvieron a montar en sus vehículos y avanzaron tal y como habían planeado. Cuando estaban a una milla de su objetivo, Love paró y salió del auto. Los demás hicieron lo mismo. Todos iban bien armados: llevaban pistolas, carabinas y escopetas. Love dio sus ordenes y el equipo se dispersó lateralmente hacia las los laderas de la cresta. Se acercó los prismáticos para controlar a la presa pero la elevación del terreno impedía la observación directa. Miró a los lados; sus hombres estaban listos, y le prestaban atención. Hizo un movimiento hacia delante con el brazo derecho, la señal del jefe de grupo para avanzar. Todos comenzaron a caminar agachados, manteniéndose a cubierto tras los enebros y pinos mientras portaban sus armas delante con ambos brazos. Sam, el hermano del reverendo, se mantenía junto a él: donde iba uno iba otro.

Un mediodía con un calor de justicia en el Condado de San Juan. En la parte sudeste del cielo, unas nubes tronaban y no sólo eran decorativas, la luz del sol resplandecía sobre la piedra, los árboles y las hojas con forma de bayoneta de las yucas. Ninguno de

ellos se fijaba en las caléndulas del desierto, las *Aster purpura*, los girasoles «oreja de burro» en flor por todas partes, sobre las cuencas arenosas de las rocas. El equipo tenía cosas mejores que hacer.

—¿Te has tomado la digitalina hoy, Dudley?

—Sí, me he tomado la digestina hoy, Sam.

—Sólo he preguntado.

—Vale. Pues cállate ya.

El reverendo Love introdujo un cartucho en la recámara de su carabina y bajó el martillo. Se estaba divirtiendo; no se sentía tan bien desde las operaciones de limpieza en Okinawa. Por entonces él era el teniente Love, jefe de sección, estrella de bronce, y se forjaba un buen historial de guerra que después le sería útil. Con el corazón dilatado, el obispo casi sintió por un momento un atisbo de compasión por el japo atrapado, ese perdedor que estaba ahí arriba donde la tierra termina, encogido de miedo tras su *jeep*, con el pantalón cagado del miedo.

El equipo de Búsqueda y Rescate avanzaba tácticamente, con dos de sus miembros adelantados y el resto listo para proporcionar fuego de cobertura si era necesario. Pero desde la posición del fugitivo no hubo disparos. El equipo avanzaba agachándose, la cresta se encontraba a menos de cuatrocientas yardas y los arboles estaban diseminados. Los seis hombres se iban deslizando sin perderse de vista unos a otros, paraban, esperaban, escuchaban.

—He oído un motor —dijo el hermano.

—Eso no es posible, Sam —replicó el obispo. Quería utilizar sus prismáticos, pero estaba tan cerca del enemigo que dudó en bajar el arma—. Yo no oigo nada.

Escucharon con atención. No había sonido alguno, absolutamente nada salvo la leve brisa que acariciaba las ramas de los enebros y el gorjeo ocasional e irrelevante de los pájaros.

—Yo creo que lo he oído —insistió el hermano—. ¿Dices que está detrás de ese último árbol?

—Eso es.

—No veo el *jeep*.

—Está allí. No te preocupes por eso.

El reverendo miró a sus hombres a izquierda y derecha. Ellos esperaban, observándolo. Todos sudaban, todos tenían caras

enrojecidas y decididas. El obispo se giró hacia la punta de la cresta, el último enebro, que se ocultaba entre los demás árboles y que era poco visible desde donde se encontraba. Se ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Eh, ahí arriba! Rudolf o como quiera que te llames, ¿me oyes?

No hubo más respuesta que el aire pasajero, el rumor distante de los arrendajos piñoneros y el suave ululato de un búho cornudo abajo, más allá de la cresta.

El reverendo chilló de nuevo.

—Será mejor que vengas aquí abajo, Rudolf. Somos seis. Contesta o disparamos.

Esperó.

No hubo respuesta, excepto una segunda burla inútil del búho.

El reverendo amartilló su arma y dirigió un gesto afirmativo con la cabeza a sus hombres. Apuntaron y dispararon, todos menos el hermano, hacia la zona del enebro alto, que se sacudió de manera evidente con las ráfagas de casquillos y balas.

El reverendo levantó la mano.

—¡Alto el fuego!

El eco de la artillería se iba alejando, rodando por el pliegue monoclinal y cruzando el Valle de los Dioses y se extinguía contra los muros y promontorios de la meseta a cinco, diez, veinte millas de distancia.

—¿Rudolf? —gritó el reverendo—. ¿Vas a bajar?

Esperó. Ninguna respuesta, sólo los pájaros.

—Cúbreme —ordenó a su hermano—. Voy a arrancar a ese demonio de ahí.

—Voy contigo.

—Quédate aquí.

Y susurró:

—Es una orden.

—No me vengas con gilipolleces, Dudley. Voy contigo.

El reverendo Love escupió al suelo.

—De acuerdo, Sam. Vas a conseguir que te maten.

—Cubridnos —gritó a los otros cuatro—. ¡Vamos! —dijo a su hermano.

Se fueron ocultando de árbol en árbol por la última pendiente y se pusieron a cubierto tumbados tras una roca desde la que se veía el último árbol, la cresta del barranco.

Ahí no había nadie.

No se sabía cómo, pero se había ido. Rudolf había desaparecido. El *jeep* también había desaparecido. No quedaba nada más que el enebro solitario, una placa de arenisca quebrada cerca de su base, unas cuantas manchas de grasa y algunas astillas de acero esparcidas por el suelo.

—Aquí no está —dijo el hermano.

—No es posible.

—Ni siquiera está el *jeep*.

—Ya lo veo. No estoy ciego, maldita sea.

El reverendo Love se levantó sobre las rodillas y se quedó mirando hacia la categórica, definida, casi tangible y casi palpable presencia de nada. El sudor le chorreaba por la nariz.

—Pero no es posible.

Caminaron hasta el borde y miraron más allá. Lo único que veían era lo que ahí había: el banco de piedra desnuda unos cien pies más abajo, las tierras baldías corroídas, los barrancos, los cauces que drenan sus áridos lechos de arena y escombros hacia Comb Wash, más allá la elevada y escarpada fachada de Comb Ridge y tras ella las montañas.

Sam sonrió a su hermano.

—Bueno, ¿gobernador…?

—Cállate. Estoy intentando pensar.

—Siempre hay una primera vez.

—Cállate. Agáchate aquí en la sombra y averigüemos qué ha pasado.

—A lo mejor ahora llamarás al *sheriff*.

El obispo Love arrancó una brizna de hierba y se la puso entre los dientes. De cuclillas sobre sus muslos gordos, arañaba el suelo con un palo.

—Llamaré al *sheriff* cuando pille a ese bastardo —dijo—. A él y a su malvada pandilla. Será entonces cuando llame al *sheriff*, y no antes.

—Vale, muy bien. Atrapémosles. ¿Cómo?

El reverendo entrecerró los ojos por el sol, frunció el ceño hacia su hermano, volvió a mirar el árbol y de nuevo al suelo pedregoso bajo sus pies. Masticaba, arañaba y pensaba.

—Estoy en ello.



El vapor ascendía desde el café como una espiral, dibujando la forma, efímera pero clara, de un signo de interrogación. La pregunta no era la más práctica —¿van armados?—. La pregunta era: ¿Se mantendrá el esfínter cerrado hasta que salga de aquí libre de cargos?



25. Una parada para descansar

—!Caramba! ¿Entonces qué pasó?

Ella lo miraba con ojos de fascinación y con la boca abierta en gesto de asombro.

—Estabas ahí —dijo Doc— atrapado en el borde de un barranco a cien pies…

—Ahí estaba.

—Con el reverendo y sus fanáticos secuaces yendo hacia ti, armados hasta los dientes y con sed de venganza…

—Eso es.

George tiró de la anilla de la cuarta lata de Schlitz de los últimos treinta minutos.

—Sin manera alguna de bajar ni de salir.

—Así es.
—Seis contra uno.
—Seis contra mí. Sí. Mierda.
Inclinó la lata hacia su hocico mugriento. Oyeron los horribles sorbidos y observaron la barbuda nuez subiendo y bajando. Smith giró la varilla en la que estaba pinchada la cena y sonrió pensativo mientras miraba las llamas fijamente. El doctor Sarvis daba sorbos a su *bourbon* Wild Turkey con agua de pozo mientras Bonnie Abbzug se fumaba su «Ovaltine».
Detrás, entre las sombras de la noche y bajo los claroscuros de la red de camuflaje colocada entre los pinos piñoneros, se encontraba aparcada la camioneta de Smith; y a su lado el *jeep* azul desteñido y abollado, con el capó, el techo, el asiento y la lona cubiertos por una fina capa de polvo caoba. Tenía en el parabrisas un agujero irregular, con forma de estrella del tamaño de una pelota de fútbol.
—¿Entonces?
—Entonces… joder.
—Entonces, ¿qué hiciste?
—¿Cuándo?
—Venga, George.
George bajó la lata de cerveza. Smith estaba mirándolo, y él le guiñó. Miró a Bonnie y a Doc.
—Oh, Dios mío, es una historia complicada. No vais a querer oírla entera. Digamos sólo que bajé de allí y conduje por Comb Wash, me puse en camino y qué coño, aquí estoy. Dame una calada de eso.
Lo miraron en silencio. Bonnie le pasó el porro. Doc encendió un cigarro Marsh-Wheeling fresco. Seldom Seen dio la vuelta a la varilla.
—De acuerdo —dijo Bonnie—, olvídalo. Hablemos de otra cosa. ¿De qué podemos hablar?
—Bueno, si insistís…
—No, no importa.
—Si insistís…
—Lo bajaste con el cabrestante —supuso Smith.
—Claro. ¿Cómo, si no?
George les sonrió orgulloso y en esa breve pausa se acercó la

cerveza a la boca otra vez. Tenía un aspecto demacrado, mugriento y famélico, sus ojos inyectados en sangre a causa de los destellos del sol y de forzar la vista estaban rodeados, como los de un mapache, por unos círculos negros de agotamiento. No obstante, aún no estaba listo para irse a dormir. Estaba demasiado cansado para eso, según había explicado.

—¿Qué es eso del cable estante?

Quiso saber Bonnie.

—El cabrestante —corrigió Hayduke—. Esa cosa de delante. Hay un cable de ciento cincuenta pies ahí. Es muy fácil.

—Espera un segundo —intervino Doc—. ¿Estás contándonos que bajaste ese *jeep* por el barranco con el cabrestante?

—Sí.

—¿El barranco con el saliente?

—No fue sencillo.

—Eso es lo que los escaladores llamamos *rappel* libre —comentó Smith.

—¿*Rappel* libre? —preguntó Doc—. ¿Qué es eso de *rappel* libre?

—*Rappel, rappel. Rappel de corde* —explicó Bonnie—, *c'est un moyen de descendre une roche verticale avec une corde double, récupérable ensuite*.

—Exacto —dijo Hayduke.

—Eso lo hacemos mucho —añadió Smith—, sólo que normalmente no con un *jeep*. De hecho nadie lo había hecho con un *jeep* antes, que yo sepa, y si no supiera que George es un hombre sincero me inclinaría a sospechar que quizás estuviera exagerando un poquito. No mintiendo, no, nunca sospecharía algo así de George, pero quizás, estuviera…

—Simplificando la verdad —sugirió Bonnie.

—Eso es, o quizás sobresimplificándola un poco.

—Sí —dijo Hayduke—, vale, coño, no me creáis si no queréis. Pero ahí está el *jeep*, delante de vuestros malditos ojos.

Devolvió a Bonnie el cigarrito liado a mano.

—Parece el mismo *jeep* —admitió Smith—, pero no tiene por qué serlo. Podría tratarse de uno de esos parecidos razonables que dicen. Peso no estoy diciendo que no sea posible. Yo he subido y bajado mi camioneta con el cabrestante por pendientes bastante

inclinadas. Pero tengo que admitir que nunca he hecho *rappel* libre con ella.

—Muy bien —dijo Doc—, vamos a suponer que George, para variar, no está mintiendo. Pero tengo unas cuantas preguntas técnicas. No sabía, en primer lugar, que un cabrestante funcionaba al revés.

—No serviría de mucho si no —contestó Hayduke.

—¿Y anclaste el cable al enebro?

—Eso es.

—Pero… —interrumpió Bonnie.

Hayduke dejó la lata de cerveza, que ya estaba vacía, en el suelo y cogió otra.

—A ver —continuó—, ¿queréis oír la historia completa o no? Vale, entonces callaos y os contaré exactamente lo que hice. Cuando vi que el reverendo y sus hombres me iban a dejar tiempo suficiente, lo primero que hice fue sacar la cuerda de escalar y medir la caída. Mi cuerda es de ciento veinte pies de largo. La caída era de unos ciento diez pies. Eso suponía un problema. Si hubiera sido de setenta y cinco pies o menos podría haber hecho un verdadero *rappel* con el *jeep*. Recordad que en el cabrestante hay ciento cincuenta pies de cable. Podría haber doblado el cable alrededor del enebro, enganchar el extremo al bastidor y llevar el auto hasta el fondo del barranco.

—Y cortar el árbol —añadió Smith.

—Sí, puede que sí. Y cuando hubiera llegado abajo hubiera desenganchado el extremo del cable y lo hubiera recuperado sin ninguna dificultad. Pero era mucha distancia. Eso significaba que tenía que dejar el extremo del cable enganchado alrededor del árbol ahí arriba. Por tanto tenía que buscar otra manera de bajar el cable una vez estuviera abajo el *jeep*.

—¿Por qué no podías extraer luego el cable del cabrestante —preguntó Doc—, después de haber llegado abajo?

—No pensé que tuviera tiempo suficiente. Además, va en contra de la ética de los escaladores dejar puestos sistemas de ayuda después de acabar el descenso. Tampoco quería que el reverendo Love supiera dónde estaba, cómo había bajado o si había bajado siquiera. Quería darle algo en lo que pensar durante los próximos

años. Así que tenía que quitar el cable del árbol y recuperarlo. La única pregunta era cómo. Mientras lo estaba pensando aseguré todo bien fuerte y coloqué el *jeep* entre el árbol y el borde, con la parte trasera hacia el barranco. Durante todo ese tiempo el reverendo y el equipo se aproximaban, pero tuve la impresión de que todavía contaba por lo menos con cinco minutos. Se estaban tomando su tiempo. Entonces pararon como a una milla de distancia, salieron, discutieron un rato y comenzaron a caminar hacia la cresta con un despliegue de combate, aunque no muy bueno; los podría haber matado a todos si hubiera querido. Pero —pásame ese canuto otra vez— ya sabéis… malas Relaciones Públicas.

—Termina la puñetera historia —dijo Bonnie— y vamos a comer.

—Así que me daba tiempo. Enganché el cable del cabrestante alrededor de la base del árbol. Até un extremo de mi cuerda al gancho del cable, que es un mosquetón grande, si os fijáis en él, ya que no me creéis.

—No divagues.

Bonnie le sonreía con los ojos llenos de amor mal disimulado mientras deshacía la colilla y guardaba los restos en el tubo de Tampax.

—Continúa.

—De acuerdo. Puse el *jeep* en punto muerto, encendí el motor y lo empujé hacia el filo, lo bastante lejos como para tensar el cable, unos cuatro pasos. El cabrestante estaba bloqueado en ese momento y el *jeep* se quedó colgado así, con las ruedas delanteras en la roca firme y el motor a ralentí. Entonces puse el cabrestante marcha atrás y lo bajé.

—¿Lo bajaste? —dijo Doc.

—Eso es.

—¿Que bajaste el *jeep*? ¿Por el aire?

—Sí.

—¿Y que hubieras hecho si el cabrestante hubiera fallado?

—No falló.

—Pero supón que sí.

—Hubiera bajado por la cuerda.

Silencio.

—Muy bien —dijo Doc—, o eso parece. ¿Cuánto pesa tu *jeep*, Hayduke?

—Unas tres mil quinientas libras de peso con todo ese equipamiento y con la gasolina.

—¿Y el cabrestante aguantó?

—Es un buen cabrestante. Un Warn. Claro que dimos muchas vueltas cuando íbamos descendiendo y eso fue lo que más me preocupó. Temía que el cable se partiera en dos. Pero no fue así.

Smith giró la brocheta (filete, tomate en rodajas, pimiento morrón, tomates cherry, cebolla… todo es poco para la gente de los zuecos) y alejó la vista hacia las crestas de los cañones, la meseta boscosa, la lejana carretera que llegaba desde el este.

—George —dijo—, eres un caso.

Hayduke abrió otra cerveza. *La penúltima*[23]. Todas las cervezas son la *penúltima*.

—Estaba muy nervioso —dijo—, no me importa admitirlo. Al llegar al suelo nos dimos un golpe bastante grande, pero no se rompió nada. Puse el freno y dejé que el cabrestante se siguiera desenrollando lo suficiente como para que se aflojara el cable, di un buen tirón de la cuerda, solté el gancho y saqué la cuerda. El cable bajó como una losa, y después la cuerda. El gancho cayó en el parabrisas y machacó algunas cosas pero no puedo quejarme. Quizás tendría que haber puesto el *jeep* bajo el saliente del barranco primero, pero no se puede estar en todo. De todas formas me sentí de puta madre. Después de que el cable cayera conduje el *jeep* hacia debajo del saliente para esconderlo y recogí el cable. Entonces esperamos. Tuvimos que esperar mucho.

—¿Quiénes «tuvimos»?

—Pues mi *jeep* y yo.

Smith comenzó a sacar la cena de la varilla.

—Agarrad vuestros platos, socios.

—Había un hueco en el barranco. Como una cueva. No había manera de que pudieran verme o ver el *jeep* desde arriba. Podía oírles discutir, J. Dudley era quien llevaba la voz cantante, claro. Mi principal problema entonces fue cómo aguantar la risa. Se fueron hacia el principio de la noche. Oí que se alejaban conduciendo. Esperé hasta media noche para asegurarme de que se habían ido.

Entonces enrollé el cable en el cabrestante y tomé un camino hacia Comb Wash. Eso me llevó el resto de la noche. Por la mañana me oculté bajo los álamos. Por la tarde, cuando vi que no aparecía nadie vine hacia acá. Vamos a comer.

—George —dijo Doc.

—¿Sí?

—George…

—¿Sí?

—George, ¿de verdad esperas que alguien se crea esa historia?

Hayduke sonrió.

—No, joder. Vamos a comer. Pero la próxima vez que veas al reverendo, pregúntale qué pasó con Rudolf el Rojo.

—*Deux ex machina* —concluyó Bonnie.

Comieron, bebieron y vieron la puesta de sol que estallaba y luego se apagaba. Doc Sarvis dio su famoso discurso de la megamáquina. El fuego parpadeaba abajo. El engreído Hayduke, victorioso, miraba fijamente las brasas de carbón de enebro que ardían lentamente y pensaba para sus adentros en la cara del reverendo. ¿Había arriesgado su vida por reírse? Sí, y mereció la pena. Mientras tanto, Seldom Seen, alerta y en silencio, tranquilo pero atento, miraba la suave puesta de sol en el oeste, los cañones crepusculares en el sur, la noche paulatina en el este y, al norte, en los cuellos volcánicos, Elk Ridge y la sierra de Abajo. Ni preocupado ni inquieto; simplemente consciente.

No me gusta esto. Demasiado bueno —pensó.

Hayduke bostezó, por fin se relajaba. Bonnie le abrió otra cerveza.

—Ya es hora de que descanses un poco, fiera.

Doc Sarvis se secó las manos con un trapo y contempló el cálido cielo rojizo y dorado medio cubierto de nubes.

—Bien hecho, Yahvé.

—El tiempo está cambiando —comentó Smith siguiéndole la mirada al doctor. Se humedeció el dedo y lo extendió al aire—. El viento es correcto. Pueden caer unas cuantas gotas esta noche. Por otra parte puede que no. En esta zona no se puede depender del tiempo, como decía mi padre cuando no se le ocurría otra cosa que decir, que era muy a menudo.

—Me voy al sobre —dijo Hayduke.

—Y como yo también digo —continuó Smith— creo que a partir de ahora tendríamos que ir haciendo guardias. Yo haré la primera.

—Despiértame a media noche —dijo Hayduke—, y yo te relevaré.

—George, tú mejor duerme. Despertaré a Doc.

—¿Y qué tal una partidilla entre amigos? —preguntó Doc—. ¿Nos jugamos unas monedas? ¿Límite de la apuesta? ¿*Pot limit*?

No hubo respuesta.

—Doc está borracho —dijo Bonnie—, despiértame a mí.

—George y tú podéis vigilar mañana por la noche.

Bonnie llevó a Hayduke al nido de amor que había preparado: los dos sacos de dormir unidos mediante sus respectivas cremalleras sobre un par de pieles de cordero en la cima de la meseta, bajo la dulce brisa de los pinos piñoneros.

—No sé —dijo Hayduke.

—¿No sabes qué?

—Si deberíamos. Esta noche.

La voz de Bonnie se hizo de hielo:

—¿Y por qué no?

Hayduke dudó.

—Bueno… Doc está aquí.

—¿Y?

—Pues que no le va a… quiero decir, Doc todavía está enamorado de ti, ¿no? Quiero decir… ¡Dios!

Bonnie lo miró con desdén, sus ojos a dos palmos de distancia de los de Hayduke y a un palmo de altura más abajo. Él podía sentir el olor de su colonia del desierto; ¿cómo la llamaba ella? *L’Air du Temps*. La fragancia que significaba North Rim, Cape Royal, Point Sublime:

—Qué delicado —dijo ella. Lo agarró del frente de la camisa con fuerza—. Escucha, Hayduke, bicho raro, cabeza de alcornoque. Doc no es como tú. Doc es adulto. Él acepta el hecho de que tú y yo seamos amantes. No tenemos nada que esconder.

—¿A él no le importa?

—¿Importar? A él le importo yo y le importas tú. Es un hombre con educación. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé. ¿No está celoso?

—No, no está celoso. Y ahora, ¿vas a acostarte conmigo o te vas a quedar aquí toda la noche discutiendo mientras yo me acuesto sola? Aclárate rápido porque no soy una mujer con paciencia y detesto a los hombres tiquismiquis.

Hayduke consideró detenidamente la cuestión durante dos segundos y medio. Su cara ancha e hirsuta se suavizó con una sonrisa avergonzada.

—Bueno, mierda… Estoy algo cansado.

Más tarde, mientras Doc hacía la guardia junto a la cafetera que hervía a fuego lento sobre las cenizas calientes de la hoguera, a Hayduke le despertaron ligeramente unas cuantas gotas de lluvia que cayeron sobre su cara. Salió de un sueño movido (soñaba que caía) y se vio a sí mismo mirando hacia el cielo negro y profundo. No había estrellas. Durante un momento el terror lo paralizó. Luego sintió la calidez del cuerpo suave de Bonnie que se movía levemente a su lado y volvió la tranquilidad, la paz y la seguridad, y las ganas de reírse.

—¿Qué pasa, Rudolf?

—Está lloviendo.

—Estás como una cabra. No está lloviendo. Duérmete.

—Si que lo está. Lo he sentido.

Ella sacó la cabeza de la capucha del saco.

—Oscuro, vale… pero no llueve.

—Pues llovía hace un minuto. Sé que llovía.

—Estabas soñando.

—¿Soy Rudolf el Rojo o no?

—¿Y qué?

—Maldita sea, Rudolf el Rojo conoce la lluvia, cariño.

—¿Puedes repetir eso?

Por la mañana temprano, sobre el nublado amanecer, oyeron un avión.

—No os mováis —dijo Smith.

Todos excepto Hayduke estaban desayunando bajo los árboles, debajo de una de las esquinas de la red de camuflaje.

—Y no miréis hacia arriba. ¿Dónde está George?

—Está dormido todavía.

—¿Está a cubierto?

—Sí.

Smith miró las cenizas del fuego del día anterior. Estaban frías y apagadas. Habían preparado el desayuno en la hornilla. El avión pasó haciendo ruido, despacio, no muy alto, en dirección oeste. Mientras continuaba hacia Hite Marina, en el lago Powell, Smith lo analizó con los prismáticos.

—¿Alguien conocido? —preguntó Doc.

Pensó en sensores de calor, en espectrógrafos por infrarrojos. No es posible esconderse de la tecno-tiranía.

—No puedo leer los letreros, pero no es de la policía estatal ni de la oficina del Sheriff. Posiblemente uno de los chicos de Búsqueda y Rescate. Eldon pilota un avión. Y el mismo Love también, ahora que lo pienso.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Bonnie.

—Nos quedamos todo el día debajo de los árboles y vigilamos la carretera de abajo. Y escuchamos si hay aviones.

—Yo diría que necesitamos un entretenimiento para pasar el rato —dijo Doc—. ¿Qué tal una partida amistosa de *stud-poker* a cinco cartas? —Ninguna respuesta por parte de sus víctimas—. ¿Con un límite bajo? Da la casualidad de que tengo aquí esta baraja…

Smith suspiró.

—Mi padre intentó enseñarme tres cosas. «Hijo», decía siempre, «recuerda estos tres preceptos y nunca te equivocarás. Uno, nunca comas en un sitio que se llame "de Mamá". Dos, Nunca juegues a las cartas con un hombre que se llame Doc». —Se detuvo—. Repárteme.

—Eso son sólo dos —dijo Bonnie.

—Nunca consigo recordar el tercero, y eso es lo que me preocupa.

—Seldom, menos hablar y más apoquinar.

Doc barajó las cartas. Sonaban como hojas secas, como la cortina de cuentas de un burdel español, como el cierre de las persianas venecianas los viernes por la noche en Tonopah o como el murmullo de un arroyo; cosas, todas ellas, dulces e inocentes.

—Necesitamos otro jugador.

—Dejemos al niño que duerma. Vamos a jugar al *stud-poker* hasta que se despierte.

Diez minutos más tarde el avión volvió a aparecer y pasó volando lentamente a dos millas hacia el norte. Despareció por Elle Ridge con rumbo a Blanding o Monticello. Después, la mañana fue silenciosa. El juego siguió, en medio del calor del día húmedo, a la sombra de los árboles, bajo el cielo solemne, en el llano boscoso más allá del final de la carretera hacia Hidden Splendor. Hayduke se unió a ellos a mediodía.

—¿Dónde está el magnesio?

—Enterrado.

—¿Quién reparte?

—Doc.

—Repárteme, de todas formas.

El avión (u otro avión) dio otra pasada y regresó, a dos y cuatro millas al sur.

—¿Cuántas veces ha pasado el puto avión?

—Paso. Cuatro veces.

—Que sean diez centavos.

—Subo otros diez, socio.

—Las veo. ¿Qué tienes?

—Pareja de ases.

—Color. ¿Quién está vigilando la carretera?

—Desde aquí la veo. Reparte.

—¿Cartas?

—Tres.

—Tres.

—Una.

—El que reparte coge dos.

—Mira ese cabrón. Te toca, Abbzug.

—No me metáis prisa que me pongo nerviosa.

Resultado: Abbzug perdió su última ficha.

—Este es un juego retorcido, aburrido y bobo —dijo ella— y si tuviera aquí mi juego de Scrabble os enseñaría lo que es acción de verdad, queridos.

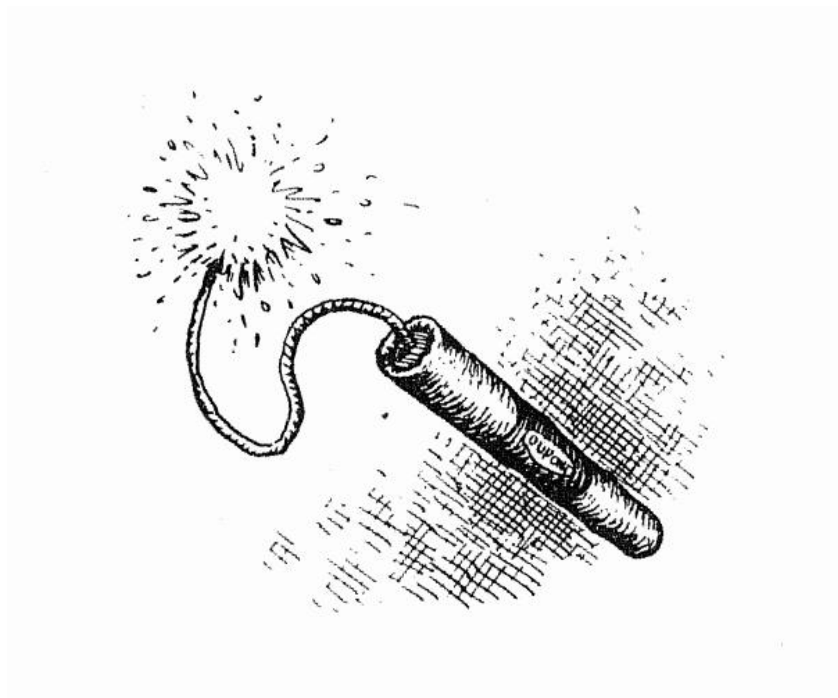
Hayduke fue el siguiente en ser abatido. Hora de la siesta.

Todo se echaron a dormir menos Smith, que escaló hasta un

lugar elevado al este del campamento, por encima de la mina, se sentó en una placa de piedra a la sombra de los pinos con los prismáticos en la mano y se quedó vigilando.

Alcanzaba a ver unas cien millas. Aunque el cielo estaba cubierto de gruesas nubes, no había viento. El aire era claro; la quietud, impresionante. Los rayos del sol se filtraban hacia la tierra extraña y el reflejo producido por el calor, resplandeciente como el agua, flotaba por encima de los cañones. La temperatura ahí abajo debía rondar los 45 grados a la sombra. Pudo ver Shiprock, Ute Mountain, Monument Valley, Navajo Mountain, Kaiparowits, las paredes rojas de Narrow Canyon, el desfiladero oscuro del río Dirty Devil. También veía los cinco picos de Henrys —Ellsworth, Holmes, Hillers, Pennell y Ellen— que se alzaban por detrás del laberinto de cañones, más allá de las cimas de arenisca y los picos de roca de Glen Canyon.

Un sitio terrible para perder una vaca[24]. Un sitio terrible para perder el corazón. Un sitio terrible, pensó Seldom Seen, para perder. Punto.



26. El trabajo en el puente. Prolegómeno a la persecución final

—Vale, vale, vamos a ponernos manos a la obra de una puta vez. Vamos, Doc. Mueve el culo y levántate. Quítate de la sombra y ven al sol. Venga, Abbzug, tú ponnos algo de cena. ¿Dónde está Smith?

—Prepáratela tú si tienes tanta prisa.

—Me cago en… ¿Dónde está Smith?

—Arriba, en el monte. Ya viene.

—El abatimiento y la pereza, la pereza y el abatimiento; el sol se está yendo.

—¿Y qué quieres que yo haga? ¿Tirarme desde lo alto de una

montaña, o qué?

—Pues sí.

Hayduke, que ha vuelto a la vida febrilmente después de veinticuatro horas de recuperación, abre la válvula de la hornilla y enciende los quemadores. Mira dentro de la gran cafetera comunitaria azul abollada, vacía los posos y el resto del café y saca un ratón ahogado, empapado y lustroso.

—¿Cómo ha entrado ahí? No se lo digas a Bonnie —comenta a la figura que está a su izquierda.

—Soy Bonnie.

—Pues no se lo digas. —Pone dentro ocho cucharaditas de café, la llena de agua y la deja en la hornilla—. Química, química, necesito química.

—¿Ni siquiera vas a enjuagar la cafetera?

—¿Por qué?

—Había un ratón muerto dentro.

—Lo he sacado, al muy cabrón. Tú me has visto. ¿Qué te preocupa? Estaba muerto. Empieza a cortar patatas. Abre cuatro latas de chili. Vamos a comer ya, por Dios.

Saca de la funda su bélico cuchillo Buck y corta un trozo de dos libras de beicon en tiras gruesas y las extiende unas encima de otras sobre la sartén de *camping* de hierro fundido. De inmediato empiezan a crepitar.

—¿Quién se va a comer todo eso?

—Yo. Tú. Nosotros. Tenemos una larga noche de trabajo por delante. —Empieza a abrir cuatro latas de alubias—. ¿Vas a abrir el chili o tengo que hacer yo todas las putas cosas aquí? Y hierve unos huevos. Eres una mujer; tú entiendes de huevos.

—¿Por qué estás de tan mala leche?

—Estoy nervioso. Siempre me pongo así cuando estoy nervioso.

—Me estas poniendo nerviosa a mí. Por no decir histérica.

—Lo siento.

—¿Lo siento? Creo que es la primera vez que te oigo decir eso. ¿Eso es todo lo que puedes decir?

—Lo retiro.

Doc Sarvis y Seldom Seen Smith se unen a ellos. Comienza la merienda-cena. Los cuatro discuten el plan. El plan es, para

Hayduke y Smith, trabajar en el puente o en los puentes, dependiendo del tiempo disponible, los materiales y las «condiciones locales». Para Abbzug y Sarvis es hacer de centinelas, uno en cada punta de la obra. ¿Cuál de los tres puentes se va a reestructurar primero? Coinciden en que el más pequeño: el puente de White Canyon. El segundo, si el tiempo lo permite, será el puente de Dirty Devil. Con los dos puentes de acceso fuera de combate, el puente central sobre Narrow Canyon, Lake Powell, río Colorado, resultará inútil. Un puente sin accesos. Con o sin él, la carretera —la autopista estatal 95 de Utah que une Hanksville con Blanding, las orillas este y oeste del lago Powell y la tierra de cañones del este con la del oeste— estará cortada a efectos prácticos. Escindida. Rota. Al menos durante meses. Quizás durante años. Quizás para siempre.

—Pero, ¿y si la gente quiere la carretera? —pregunta Bonnie.

—Los únicos tíos que quieren esta carretera —contesta Smith— son las compañías mineras, las petroleras y gente como el reverendo Love. Y el Departamento de Autopistas, cuya religión es la construcción de carreteras. Nadie más está de acuerdo.

—Era sólo por preguntar —dice Bonnie.

—¿Hemos terminado de filosofar de una puta vez? —dice Hayduke—. De acuerdo. Ahora vamos a trabajar. Doc y Bonnie, a ver si podéis encontrar algo con lo que hacer carteles. Vamos a necesitar dos grandes en los que ponga:

CARRETERA CORTADA. PUENTE FUERA DE SERVICIO

No queremos que se caiga en picado al Dirty Devil ningún turista en autocaravana. No nos gustaría tener al equipo de Búsqueda y Rescate volando como posesos por White Canyon, ¿no? ¿O sí? ¿Tenéis suficiente pintura?

—¿Por qué siempre me tocan las tareas sosas y aburridas? —se lamenta Bonnie.

—Tenemos una caja llena de pintura fluorescente en *spray* —responde Smith.

—Bien. Seldom y yo trabajaremos en la fundición de la termita. Vamos a necesitar, veamos, alrededor de…

—¿Por qué? —se lamenta ella.

—Porque eres una mujer. Alrededor de cuatro bidones de cartón, puede que seis. ¿Dónde están?

—En el alijo.

—Justo lo que pensaba —replica Bonnie.

—Mira —dice pacientemente Hayduke—, ¿preferirías arrastrarte por debajo de los puentes? ¿Por ahí abajo, con las ratas, las serpientes de cascabel y los escorpiones?

—Pintaré los carteles.

—Entonces cállate y ponte a trabajar.

—Pero no voy a callarme.

—Vale, ¿quién va a lavar los platos?

—Al final siempre llegamos a lo mismo —dice Doc—. Yo lavo los platos. Un cirujano tiene que tener siempre las manos limpias… de un modo u otro.

—Vamos a limpiar este campamento —continúa Hayduke—. Nadie sabrá nunca que hemos estado aquí.

—¿Qué vehículo usamos?

Hayduke piensa.

—Mejor cogemos los dos. Así podemos dividirnos si nos pillan. O contar con apoyo si uno se estropea. Vamos a tener que transportar un montón de cosas.

Orden tras el caos. Todos manos a la obra, empaquetaron sus equipos en la furgoneta de Smith y dejaron la red gigante de camuflaje para el final. Quemaron y aplastaron las latas y las arrojaron a un hoyo junto con los demás restos (beneficioso para la tierra). Enterraron en el mismo hoyo las cenizas del fuego, lo taparon y barrieron la zona del hoyo y de la hoguera con ramas de enebro. Tiraron por el monte las piedras ennegrecidas con las que habían formado la hoguera.

Bonnie y Doc se marcharon hacia el antiguo campamento minero con el martillo y la pintura en *spray*. Allí encontraron láminas de contrachapado y de madera conglomerada e hicieron los carteles, grandes, de seis pies por diez, que decían:

PELIGRO
CARRETERA CORTADA
PUENTE FUERA DE SERVICIO

También rescataron algunos de dos por cuatro, los apuntalaron para mantener las señales rectas y las amarraron a las barras antivuelco del *jeep* de Hayduke.

Hayduke y Smith desenterraron los materiales para la termita del alijo que se encontraba bajo los árboles: 45 libras de óxido de hierro en copos, 30 libras de polvo de aluminio, 10 libras de peróxido de bario y 2 libras y media de magnesio en polvo, todo empaquetado en contenedores cilíndricos de cartón con tapas metálicas.

—¿Esto es todo lo que hay? —pregunta Hayduke.

—¿No es suficiente?

—Espero que sí.

—¿Qué quieres decir con que esperas que sí?

—Me refiero a que realmente no sé cuánto hará falta para fundir esas piezas de los puentes.

—¿Por qué no los volamos?

—Necesitaríamos diez veces más dinamita de la que tenemos. —Hayduke coge dos de las cajas—. Vamos a llevar esto al *jeep*. Necesitaremos una especie de bidón grande con tapa para mezclarlo todo.

—Los contenedores del alijo servirán, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no lo mezclamos aquí?

—Es más seguro mezclarlo sobre la marcha —responde Hayduke.

Cargaron todo lo que cupo en el *jeep* de Hayduke —los materiales de la termita y el resto de dinamita que quedaba— y lo demás en la parte de atrás de la camioneta de Smith. El sol se había ido y había dejado tras de sí un cielo nublado, gris y apagado. Quitaron la red de camuflaje. Hayduke tomó la escoba de enebro y barrió las últimas huellas.

—Vámonos —dijo.

Smith y Doc fueron delante en la camioneta, condujeron muy despacio sin luces por las diez millas de vías hasta la autopista. Hayduke y Bonnie les siguieron en el sobrecargado *jeep*. Las

comunicaciones habían sido acordadas de antemano. Si cualquiera de los dos grupos tenía problemas avisaría al otro mediante señales luminosas.

Bonnie sintió que el fatalismo profundo volvía, ese sentimiento parecido a una gripe en el corazón, en el estómago. Estaba contenta, excesivamente contenta, de que el ataque de esa noche fuera el último por un tiempo prolongado. Sólo le temo al peligro[25], citó para ella misma. Miró hacia un lado y pilló a Hayduke en el acto reflejo de lanzar una lata de cerveza por la ventana y oyó el tintineo del aluminio contra el asfalto. «Guarro —pensó—, asqueroso, cerdo malhablado». Se acordó de la noche anterior y de esa misma mañana, cuando estaban en los sacos unidos por las cremalleras; eran otras sensaciones. ¿Me he tomado hoy la píldora? ¡Dios! ¡Dios! Breve instante de pánico. Lo único que necesitamos ahora es un fallo técnico. Comenzó a hurgar en su neceser bordado de las medicinas, encontró el blister, lo apretó directamente sobre la boca haciendo caer dentro una pequeña bolita y cogió la lata de cerveza fresca que él ya había abierto. La mano de Hayduke, como la planta de la mimosa púdica, cedió la lata de mala gana.

—¿Qué te has tomado? —preguntó con recelo.

—Mis vitaminas.

—Estarás de broma.

—No te preocupes.

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

Fanático malvado. Nadie le había contado a George el plan completo. La idea de suspender las operaciones después del ataque de esa noche; no de finalizar, sino de suspender. Nadie se había atrevido. Y ese no era el momento, desde luego.

También estaba la cuestión de las relaciones interpersonales. Bonnie no podía evitarlo, con píldora o sin píldora. Pensaba en los días, semanas e incluso meses y años venideros. Algo en su interior, muy adentro, anhelaba el sentido de lo que estaba por venir, la gestación de algo parecido a un hogar, aunque sólo fuera en su cabeza. Pero, con quién. ¿Con quién? A Abbzug le gustaba vivir sola, en parte, pero nunca imaginó ni por un momento que pudiera pasar el resto de su vida exiliada de ese modo inconcebible.

Estamos solos. Estoy sola, pensó. Sólo sus necesidades y su amor mantenían a raya esa soledad: la oscuridad que rodea un campamento en el bosque, la amarga tristeza de la pérdida. George… ojalá hablara conmigo el muy cabrón.

—Di algo —dijo ella.

—Devuélveme la cerveza.

Enormes paredes de arenisca se alzaban por su izquierda, al sur de la carretera. El asfalto terminó; conducían tras el polvo de la camioneta de Smith, siguiéndolo en dirección oeste a lo largo de las cuarenta millas de carretera de tierra que llevaba a los tres puentes. No había tráfico esa noche en ese camino solitario, aunque los transportistas de minerales de las minas de uranio habían dejado la superficie sacudida y ondulada como si fuera una tabla de lavar. El ruido del *jeep* y las vibraciones de la carga hacían que hablar fuera difícil pero, como no había conversación ninguna, ella sabía que a él no le importaba, al malhumorado melancólico hijo de perra.

Al pasar por delante de la gasolinera y la tienda de alimentación de Fry Canyon se vieron inundados por el macabro brillo azul de las luces de seguridad de vapor de mercurio. No había nadie. Siguieron adelante por la llanura serpenteante de matorrales y arena hacia Glen Canyon y Narrow Canyon, el desierto de roca de arenisca.

Aparecieron estrellas, sólo algunas, borrosas tras el velo de nubes. Ella apenas podía ver la carretera.

—¿No deberías encender las luces?

Él la ignoró o no la oyó. Hayduke estaba mirando fijamente algo que había delante, fuera de la carretera. Unas siluetas negras y voluminosas de acero que contrastaban con el brillo verde de la puesta de sol que se prolongaba sobre el cielo. Encendió y apagó las luces cuatro veces. Señal de parada. Apartó el *jeep* fuera de la carretera y lo aparcó entre un grupo de árboles. Cuando apagó el motor ella oyó, de pronto, el lúgubre canto de un chotacabras.

—¿Ahora qué? —dijo ella.

—*Bulldozers*. —De nuevo vivo y animado, su mal humor había desaparecido—. Hay dos. Bien grandes.

—¿Y?

—Será mejor echarles un vistazo.

—Oh, no. Ahora no, George. ¿Qué pasa con los puentes?

—Pueden esperar. Esto no va a llevar mucho tiempo.

—Siempre dices lo mismo. Y luego desapareces durante siete días. Mierda.

—*Bulldozers* —murmuró con voz ronca y ojos brillantes mientras se inclinaba hacia ella apestando a Schlitz—. Es nuestro deber. Empujó las cajas con las manillas de rotor por debajo del asiento, la besó en la boca y salió rápidamente.

—¡George!

—Vuelvo ahora.

Ella esperó furiosa y desesperada mientras observaba la luz azul de linterna moviéndose por la cabina de una *bulldozer* que parecía tener unos cuarenta palmos de alto. El tiranosaurio de hierro.

Smith se acercó.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló con la cabeza hacia las *bulldozers*.

—Eso pensaba —dijo Smith—. Esperaba que…

El ruido de un Cummins turbo-diésel de doce cilindros arrancando lo interrumpió.

—Perdona.

Smith desaparece. Bonnie oye una discusión: dos hombres gritándose el uno al otro bajo la furia del potente motor. Smith desciende del tractor de Hayduke y se dirige al otro. Luego ve cómo parpadea brevemente su linterna cerca del tablero de mandos y oye cómo se pone en marcha el segundo motor.

Al cabo de un minuto ambos tractores retumban en la oscuridad haciendo recorridos paralelos. Están a una distancia de unos cincuenta pies el uno del otro. Entre ellos hay un camión cisterna, una valla publicitaria de BLM Relaciones Públicas sobre unos postes y una especie de cobertizo metálico sobre un trineo. Aquellos objetos de repente cobran vida y comienzan a moverse por acción de una fuerza oculta y se alejan entre los dos tractores como si unas cadenas invisibles tiraran de ellos. La valla se cae, el cobertizo se balancea y el camión se vuelca hacia un lado, mientras todo se va alejando hacia el borde (como luego ella sabría) del cercano Armstrong Canyon.

Siluetas en la penumbra, borrosas por el polvo. Hayduke y Smith se mantienen a los mandos de los tractores, uno frente al otro.

Entonces muy rápidamente descienden. Los tractores continúan sin manos humanas, haciendo ruidos metálicos hacia el cañón como si fueran tanques, y desaparecen de la vista repentinamente. El camión cisterna, el cobertizo y la valla les siguen.

Pausa para la aceleración gravitatoria.

Se desencadena una brillante explosión más allá del borde del barranco, luego una segunda y una tercera. Bonnie oye la descarga atronadora de la avalancha de hierro, árboles arrancados y trozos de roca empujados por la gravedad, que caen en la base del cañón. Por el borde empiezan a brotar nubes de polvo, iluminadas en refulgentes tonalidades de rojo y amarillo por las llamas crecientes desde más abajo.

Hayduke vuelve al *jeep*, sus ojos ahumados radiantes de felicidad. Sobre la cabeza lleva una gorra de visera de sarga amarilla con una inocente inscripción bordada en la parte delantera: CAT DIESEL POWER.

—¡Yo la quiero! —Agarra la gorra y se la prueba. Se le cae sobre los ojos.

Hayduke abre otra cerveza.

—Ajusta la correa de detrás.

Él pone en marcha el motor, regresa a la carretera y conduce por la serena oscuridad.

—De acuerdo —dice ella—, y ¿qué estaba pasando ahí afuera? ¿Dónde está Seldom?

Hayduke se lo explicó. Se habían topado con un trabajo de encadenamiento a un árbol. Habían unido a las dos *bulldozers* mediante una cadena de ancla de cincuenta pies de largo, lo bastante fuerte como para arrancar árboles. Mediante este simple procedimiento el gobierno estaba barriendo cientos de miles de acres de bosques de enebros en el oeste. Con la misma cadena y mediante el mismo método, Hayduke y Smith sencillamente habían llevado hasta el barranco el equipamiento que habían dispuesto por protección y comodidad entre las dos *bulldozers*. En cuanto a Seldom, se encontraba delante, en su camioneta.

—De acuerdo —dice Bonnie— pero no estoy segura de que esa proeza fuera tan inteligente.

Mira hacia atrás. Una masa de fuego arde bajo el borde del

cañón, haciéndose más brillante a medida que cae la noche.

—Cualquiera puede ver el fuego desde cincuenta millas. Seguro que ahora atraerás sobre nosotros al equipo.

—Naa… —responde Hayduke—. Estarán muy ocupados investigando el incendio. Y, mientras ellos están entretenidos con eso, nosotros estamos a treinta millas, en la laguna negra[26], derritiendo sus puentes delante de sus narices.

Llegaron al primer puente. Por fin. Smith y Doc los esperaban en la oscuridad. Bajo el puente estaba la garganta aparentemente sin fondo de White Canyon. Asomada al parapeto de acero Bonnie oía el agua que borboteaba abajo, aunque no podía ver nada. Cogió una roca y la arrastró con las dos manos hasta la baranda y dejó que se tambaleara y cayera. Prestó atención y sólo oyó el agua que se agitaba. Estaba a punto de darse la vuelta cuando desde el fondo de la garganta le llegó el sonido del choque de la roca contra el agua, que salpicaba al deshacerse en pequeños fragmentos de arenisca. Propensa a la acrofobia, Bonnie sintió escalofríos.

—¡Abbzug!

Una luz azul pululaba tras ella, haciendo ochos fosforescentes en la profunda oscuridad. Giró la cabeza hacia un lado, parpadeando para borrar la imagen que, grabada en sus retinas, persistía como una mancha de color que palidece.

—¿Sí?

—Échanos una mano, muchacha.

Encontró a Hayduke y Smith mezclando los polvos, dándoles vueltas una y otra vez en un bote grande cerrado: tres partes de óxido de hierro y dos partes de aluminio pulverizado forman la termita. Luego la mezcla inflamable: dos partes de peróxido de bario y una parte de polvo de magnesio. Una receta potente. Doc Sarvis se encontraba cerca, con su cigarro encendido entre los dientes. Bonnie estaba consternada ante este alarde de insensata despreocupación. Sus chicos parecían no tener conciencia del peligro, borrachos por su delirio de poder.

—¿Quién está vigilando? —preguntó Bonnie.

—Te estaba esperando, cariño —dice Doc—. Eres el agente catalítico de esta *mélange* impredecible. Esta amalgama de productos químicos disidentes.

—Entonces pongámonos las pilas —dice ella—. ¿Quién coloca los carteles en la carretera?

—Nosotros —responde Doc—. Tú y yo. Pero, un momento, por favor. Estoy viendo trabajar al doctor Fausto.

—Hemos terminado con esta tanda —informa Hayduke—. Ahora necesito a los centinelas fuera. Voy a explosionar un par de agujeros en la carretera sobre el arco principal del puente, uno a cada lado. La idea es: primero ponemos los arcos al descubierto, colocamos los recipientes de la termita sobre los agujeros, encendemos la termita y dejamos que fluya hacia el acero. Debería arder a través de él, si tenemos bastante mezcla. Va a haber algo de ensayo-error en todo esto, así que atención.

—¿No estás seguro de que vaya a funcionar?

—No estoy seguro de lo que pasará. Pero va a haber ruido y esto va a estar al rojo vivo.

—¿Pero a qué temperatura arde?

—A tres mil grados centígrados. Unos seis mil grados Fahrenheit, ¿verdad, Doc?

—Negativo —corrige Doc—. La fórmula de equivalencia funciona así: los grados Fahrenheit equivalen a nueve partido cinco grados centígrados más treinta y dos. Tres mil grados centígrados, por tanto, son unos, veamos, cinco mil cuatrocientos treinta y dos grados Fahrenheit.

—Muy bien —dice Hayduke—. Quiero seguridad en todo el perímetro. Vigilantes, colocad las señales en la carretera.

El equipo empieza a funcionar. Doc y Bonnie cogen dos de las señales de carretera del *jeep* de Hayduke y las cargan en la camioneta de Smith. Hayduke coge lo que necesita —dinamita, detonadores, mecha de seguridad— del *jeep* antes de que Smith se lo lleve hacia el oeste. Doc y Bonnie conducen durante una milla hacia el este del puente en la camioneta y colocan la primera señal, y un cuarto de milla más adelante la segunda. Esperan. Suenan tres silbidos rotundos: alerta. Un momento después oyen el disparo, el intenso golpazo sordo —bien comprimido— del explosivo detonante que cumple con su función.

—¿Ahora qué? —pregunta Doc—. ¿Quiere eso decir que el puente ya está liquidado? ¿Cómo regresamos?

Una vez más Bonnie explica el procedimiento. Doc y ella van a permanecer de guardia en ese punto, desde donde pueden ver el valle del desierto en una extensión de diez millas. Esperarán la señal de regreso de Hayduke, que significa que tiene el crisol de la termita preparado y listo para la ignición. Entre tanto Smith estará haciendo lo mismo en el lado oeste del puente. Después…

Sonido de la segunda explosión.

—Después —continúa Bonnie—, recogemos las señales de aviso del lado oeste del puente y las llevamos al otro lado del puente central y del puente del Dirty Devil y las colocamos de nuevo en el lado oeste del Dirty Devil. Entonces George se ocupa del puente del Dirty Devil.

—Sencillo —dice Doc.

—Sencillo.

—¿Qué es el puente central?

—El que pasa por encima del río Colorado.

—Creo que George dijo que el río Colorado lo habían desviado temporalmente.

El ojo encendido de Doc, el cigarro ardiente, se aviva y luego se atenúa mientras lanza hacia las estrellas una nube de humo.

—El río sigue ahí aunque ahora fluye en función del embalse.

—¿Qué quieres decir?

Silencio.

—Bonnie, pequeña, ¿qué estamos haciendo aquí?

Silencio. Miran juntos hacia arriba de la carretera, un carril de tierra pálido y serpenteante bajo la luz de las estrellas, hacia el oscuro contorno de la mesa, el cuello volcánico, la meseta y la montaña. La luna menguante más tarde que nunca. Ni una sola luz humana. Ni una señal. Ni un sonido. Incluso los chotacabras se han tomado un descanso. Nada más que el susurro de la brisa nocturna acariciando la roca sobrecalentada. Y el lejano murmullo de los motores de reacción en el cielo a 29.000 pies por la ruta aérea del norte. Imposible librarse de ese sonido. Bonnie busca la fuente de tal sonido y descubre unas lucecitas móviles que trazan un recorrido en dirección oeste a través de los brazos de Casiopea. Rumbo a San Francisco, quizás, o a Los Ángeles. ¡Civilización! Siente una punzada de nostalgia.

Silbidos. Uno largo, uno corto, uno largo. Hora de volver.

Bonnie y Doc dejan las señales rectas en su lugar, se meten en la camioneta y conducen de vuelta al puente de White Canyon, con Bonnie al volante. Se encuentran con escombros de hormigón diseminados a lo largo de la carretera, por todas partes, lo que obliga a Bonnie a tener que andarse con cuidado y conducir en marchas cortas.

Se detiene en medio del puente para mirar los dos nidos de brujas con barras de refuerzo de acero abiertas hacia arriba como si se tratara de pelos electrificados: negros, torcidos, humeantes y calientes, apestando a nitratos y a pulpa de madera vaporizada. Dentro de esos cráteres, quedan a la vista las piezas de sostén del puente: las grandes vigas de chapa de acero estructural diseñadas para durar siglos.

Ahí mismo ha puesto Hayduke los crisoles, los botes de cinco galones apoyados sobre tableros rectangulares de madera, encima de los agujeros. Cada bote contiene dos tercios de termita; encima de la termita hay una capa de dos pulgadas de preparado inflamable. Enterrado en el centro de ese preparado se encuentra el extremo de una cuerda de mecha, pegada al borde del bote para que no se pueda desplazar por accidente. Las mechas se pliegan por encima de los laterales de los botes y se extienden de manera separada sobre los escombros hacia el extremo oeste del puente, donde George está agitando arriba y abajo su linterna, haciendo la señal de «seguid adelante» a esos dos idiotas que están parados en medio de su puente. Tiene en la mano un encendedor de mechas ardiendo que chispea como una bengala del 4 de julio.

—¿Dónde está George? —dice Doc, buscándolo con la mirada a través de sus gafas.

—Puede que sea aquel que agita la linterna hacia nosotros.

—¿Qué quiere?

—¡Vamos! —brama Hayduke—. ¡Quitaos de ahí de una puta vez!

—Ese es George —dice Bonnie, nerviosa. Mete primera y aprieta el embrague demasiado deprisa. La camioneta da unas cuantas sacudidas hacia delante y se cala.

—¡Venga! —vuelve a gritar Hayduke, el hombre bomba que

despotrica. Detrás de él, en algún lugar de la oscuridad, Seldom Seen Smith está esperando, observando y escuchando.

—Querida Bonnie —dice Doc compasivo.

Bonnie pone la camioneta en marcha y pasa por los escombros retumbando. Paran a unos pocos pies, más allá de donde se encuentra Hayduke, para ver cómo se encienden la mechas.

—Seguid —dice él.

—Queremos ver.

—¡Seguid!

—¡No!

—¡Está bien, Dios santo!

Hayduke acerca el encendedor a la primera mecha y luego a la segunda. De cada punta emana una espiral de humo denso. La pólvora que hay dentro de la cubierta protectora arde con rapidez hacia su objetivo.

—¿Qué ocurre después? —pregunta Bonnie—. ¿Explotará?

Hayduke se encoge de hombros.

—¿No has usado termita antes?

Hayduke frunce el ceño sin responder. Doc le da una calada al cigarro. Bonnie se retuerce los dedos. Los tres se quedan de pie mirando las dos cubas pálidas de termita en la carretera en el centro del puente. Las mechas no se ven y lo único que indica el progreso de la detonación es el leve rastro de cera ardiendo en el aire.

Los labios de Hayduke se mueven. Está contando los segundos.

—Ahora —dice.

Un resplandor aparece en el primer recipiente; luego otro en el segundo. Se oye un siseo. El resplandor se hace más brillante y se convierte en una luz blanca intensa, violenta como una soldadura por arco, dolorosa para la vista. La extensión completa del puente se ilumina con fuerza. Oyen un suave sonido sordo seguido de otro, a la vez que las tapas metálicas se salen de los bidones. Un flujo de metal fundido puro y brillante como la luz del sol mana hacia los cráteres de la carretera y se vierten sobre las vigas de acero. Por debajo, el interior de la garganta está iluminada y se puede apreciar cada detalle de la roca, los peñascos y las fisuras hasta las charcas de agua del fondo del cañón. Bocanadas y gotas de escoria ardiendo caen al vacío; al caer se avivan por la aceleración y salpican en el

agua con un chisporroteo humeante. A continuación caen fragmentos de acero soldado al rojo vivo y de hormigón tostado.

Las masas fundidas y apiñadas como horribles tumores en las vigas del puente comienzan a enfriarse de manera evidente al disminuir la incandescencia. Se vuelve a hacer la oscuridad por todas partes. Las estrellas se pueden ver de nuevo.

El puente todavía se mantiene intacto, aparentemente, con su forma de arco sobre el cauce, por encima de la zanja del cañón ensombrecido.

Un resplandor rojo permanece, como la colilla del cigarro de Doc, bajo el arco del puente, brillando como dos ojos rojos a través de los huecos de la carretera. Se oyen sonidos de chispas y leves pitidos, chirridos y crujidos a medida que se van produciendo los ajustes moleculares, acompañados del chapoteo de los trozos que caen ardiendo en el agua.

Quietud. El puente sigue ahí. Los tres contemplan el espectáculo de luz fallido.

—Bueno —dice Doc aspirando el humo del cigarro; durante un momento en los cristales de sus gafas se reflejan los dos puntos de fuego—, ¿qué opinas, George? ¿Lo hemos conseguido o no?

Hayduke pone mala cara.

—Tengo la impresión de que la hemos cagado. Vamos a echar un vistazo.

—No vayáis allí.

—¿Por qué no?

—¿Cómo sabes que no está a punto de caerse todo?

—Eso es lo que quiero averiguar.

Hayduke se dirige al puente con rapidez, camina hasta el centro que arde, mira dentro de uno de sus brillantes volcanes artesanales y su cara se ilumina con un color rosa intenso.

Bonnie va detrás. Doc les sigue lentamente.

—¿Y bien?

Lejos, en el oeste, una luz verde sube trazando una curva, desciende y desaparece.

—Una estrella fugaz —dice Bonnie. «Cómo desearía…», piensa.

Se quedan mirando como niños.

—Más bien una bengala —dice Hayduke—. Me pregunto… Qué

coño, veamos qué tenemos aquí…

Miran en uno de los agujeros el goterón rojo mate de calor y acero y ven lo que parece una bola de chicle incandescente de tamaño gigante pegada al arco del puente.

—No lo ha cortado —murmura Hayduke—. No lo ha partido.

Comprueba el otro agujero.

—Sólo le hemos cogido dos putos puntos de sutura a la jodida viga. Creo que a lo mejor hago esta mierda más potente que antes.

Hayduke da una patada a una barra humeante.

—Bueno, bueno —dice Doc—, no seas demasiado rápido. El comportamiento de ese acero ya no volverá a ser el mismo. ¿Imaginas que alguien intentara cruzar con un tráiler por aquí? ¿O con una *bulldozer*?

Hayduke lo considera.

—No creo. Lo dudo. Hace falta explosivo plástico, maldita sea. Unas doscientas libras de explosivo plástico.

—¿Y más termita? ¿Cuánta queda?

—He usado exactamente la mitad. Estaba guardando la otra mitad para el otro puente.

Bonnie, que mira en dirección oeste hacia el río, el embalse, la mole negra de la meseta de Dirty Devil, ve un par de faros que se deslizan por la carretera, a una distancia de cinco millas o más.

—Aquí viene Seldom.

—Bueno —continúa Doc—, ¿por qué no le damos una segunda aplicación a una de esas vigas? ¿El proceso de termita completo? Mejor tener un puente que ninguno. Hagamos pasar un tráiler grande por encima. O una niveladora, quizás. Lo que nos encontremos hacia Hite.

—Lo intentaremos —dice Hayduke mirando las luces que se acercan—. Ese no es mi *jeep*.

Tres ululatos de búho provenientes del puesto de vigilancia de Smith flotan en el aire, acompañados de señales de alerta de su linterna azul, como un desesperado cartel de peligro en la oscuridad.

Al primer par de luces le sigue un segundo y un tercero.

—Vámonos —dice Hayduke.

—¿Por dónde? —pregunta Bonnie—. También viene alguien por

el otro camino.

Se dan la vuelta y miran. Dos pares de focos se van balanceando por el campo de roca roja desde el este.

—Creí que dijiste que nunca había tráfico por esta carretera de noche —dice Doc a Hayduke, que está mirando fijamente las luces.

—Creo que será mejor que nos vayamos de aquí —dice Hayduke, y toca la culata del revólver que lleva en el cinturón con el dedo—. Mi opinión es que es mejor que nos vayamos.

Y comienza a correr hacia la camioneta.

—¿Por dónde? —chilla Bonnie mirando por encima del hombro a la vez que corre y tropieza con un trozo de hormigón levantado.

Doc corre por la parte de atrás, agarrándose el sombrero, el cigarro y las gafas y dando zapatazos por el asfalto.

—Que no cunda el pánico, que no cunda el pánico.

Hayduke y Bonnie se meten en la camioneta. Hayduke acelera mientras espera. Doc sube y da un portazo.

—¿Por dónde?

—Le preguntaremos a Seldom —responde Hayduke mientras conduce sin luces por la oscuridad en dirección a las señales azules de la linterna de Smith.

Se lo encuentran de pie en la carretera junto al *jeep* apagado con una sonrisa en la cara aguileña.

—¿Cómo está el puente?

—Ahí sigue.

—Pero debilitado —insiste Doc—. Con la estructura dañada y a punto de colapsar.

—Puede ser —dice Hayduke—, pero lo dudo.

—Esa gente está llegando —señala Bonnie—. Discutamos sobre el puente más tarde.

—¿Cuál es el plan de huida? —pregunta Hayduke a Smith.

Smith sonríe.

—¿Plan de huida? —dice—. Creía que Bonnie era la encargada de los planes de huida.

—Vamos a dejarnos de gracias —dice Abbzug bruscamente—. ¿Por qué camino salimos de aquí, Smith?

—Bueno, no os pongáis tan nerviosos. —Mira hacia la carretera al oeste. Las luces, que parpadean a cierta distancia, están

avanzando despacio—. Todavía disponemos de un par de minutos, así que vamos a ir hacia esa curva abandonada y esperaremos a que el grupo pase. Luego iremos hacia la carretera y nos dirigiremos al Laberinto y al área de Robbers' Roost. Podemos escondernos durante diez años allí si hiciera falta, a menos que prefiráis que nos escondamos en otro sitio. O quizás podríamos dividirnos en la mitad del puente y la mitad de nosotros coger prestado un barco en Hite y bajar a la laguna de aguas residuales.

Mira hacia más luces que se aproximan por el este.

—Maldita sea, es como si la brigada completa de misioneros retornados hubiera salido esta noche. Ese reverendo Love está empeñado en ser gobernador, el muy hijo de perra. ¿Qué decías, Bonnie?

—Decía que nos vayamos ya. Y yo no quiero que nos dividamos.

—Sería más inteligente —opina Hayduke.

—¿Tú que dices, Doc? —pregunta Smith.

Doc Sarvis se saca el cigarro un momento.

—Sigamos juntos, amigos.

Smith sonríe alegremente.

—Me parece bien. Ahora seguidme. Y luces fuera.

Se monta en el *jeep* y lo conduce hasta la curva sin salida de la carretera original. Hayduke va detrás. Quinientas yardas más adelante, en una cañada profunda, Smith se detiene. Hayduke se detiene. Todos aguardan en la oscuridad, con los ojos como platos, el corazón en un puño y los motores apagados.

—Mejor que apagues el cigarro, Doc.

—Claro que sí.

Las luces vienen por la colina y toman la curva las primeras, luego las segundas. Por el este del puente el otro grupo se aproxima también, pero lentamente, tras haber pasado la primera de las señales de peligro. Todavía puede verse un brillo rosado en la mitad del puente. Casi imperceptible, enfriándose, apagándose: 5432 °C de termita fundida para nada, un salpicón de magma en la noche y nada más.

Faros y luces traseras pasan por la carretera. El interior de los coches está iluminado levemente donde están sentados los hombres, con las escopetas y rifles entre las rodillas y la mirada hacia el

frente. Ruido de pistones que golpean, válvulas que saltan, neumáticos de bloques anchos, surcos profundos y llantas de acero que esparcen arena a su paso. Focos que apuntan hacia el puente y hacia las laderas por encima de sus cabezas.

El tercer vehículo no sigue a los otros dos. Se separa de la carretera principal hacia la izquierda por alguna ruta alternativa. Avanza despacio pero firme por su camino. Desaparece.

—¡Vaya! ¡Jo! —murmura Smith, que se ha bajado del *jeep* y está inclinado sobre el guardabarros delantero de la camioneta.

Hayduke saca su pistola. Cargada, naturalmente.

—¿Qué es lo que va mal?

—El tercero en discordia se cree muy listo. Guárdate el arma donde estaba. Está viniendo por esta carretera.

—Creo que tendremos que machacarle la cabeza y pisarlo como a una uva.

Smith mira en la oscuridad, con sus ojos de coyote sensato y con arrugas, escrutando el terreno más inmediato.

—Esto es lo que haremos. Tiene que venir por ese montículo de enfrente, por lo que no nos verá hasta que esté encima de nosotros. Pero entonces tampoco nos verá, porque en ese momento encenderemos las luces y pasaremos delante de él por allí, por la izquierda, a través de los matorrales, antes de que pueda darse cuenta de quiénes somos.

—¿Qué arbustos?

—Esos de ahí. Tú sígueme, George, amigo. Acciona los cubos de bloqueo, pon las cuatro ruedas, enciende el foco sobre él y mantenlo frente a sus ojos hasta que ambos pasemos. Luego nos largamos a los cañones de los dibujos animados[27]. Tú sígueme.

Smith vuelve al *jeep*.

Hayduke se baja y bloquea los cubos de las ruedas delanteras, vuelve a montarse, conecta la tracción a las cuatro ruedas y enciende el motor.

—¿Qué foco? —pregunta Bonnie—. ¿Éste?

—Esa es la palanca de cambios. —Le enseña como apuntar con él hacia delante—. Dirígelo hacia el hombre que esté al lado del conductor. Ese será el que esté disparando.

—¿Y yo qué hago? —pregunta Doc.

—Toma esto. —Hayduke le ofrece la Mágnum 357.

—No.

—Cógela, Doc. Tú vas a estar en el lado más peligroso.

—Hace mucho tiempo acordamos —dice Doc— que no habría violencia física.

—Yo lo haré —dice Bonnie.

—No, no lo harás —dice Doc.

—Agarraos —ordena Hayduke—, estamos listos.

—¡Los abrojos! —grita Doc.

—¿Qué?

—Están en la parte de atrás. Eso es lo que puedo hacer: arrojar los abrojos. —La camioneta ya está en movimiento—. ¡Déjame salir!

—Usa el agujero para pasar hacia atrás, Doc.

—¿El qué?

—Da igual.

Smith, que está delante, ha encendido las luces del *jeep* y está subiendo por la otra orilla de la cañada. Hayduke le sigue a través del remolino de polvo y enciende también sus luces.

—Enciende el foco, Bonnie.

Ella acciona el interruptor. El potente haz de luz apunta hacia la nuca de Smith.

—Apártalo de él. Una pizca hacia la derecha.

Bonnie nivela la luz de modo que apunte más allá del *jeep*, directamente entre las dos luces que vienen del otro lado.

Alcanzan la parte más alta. Las luces brillan en sus caras. Hayduke vira la camioneta hacia la izquierda, fuera del camino del vehículo que viene en dirección contraria. El foco ciega al conductor —Hayduke vislumbra la cara malhumorada del obispo Love— y al hombre que va junto a él con un sombrero calado hasta los ojos. Crujidos de matorrales que se aplastan, traqueteo de piedras contra el cubre-cárter. Love ha detenido el Blazer, incapaz de ver.

—¡Bajad las malditas luces! —grita el reverendo mientras ellos pasan como un rayo junto a él.

Destello del metal de un arma, palabrotas y maldiciones, chasquidos de llaves de cañón. Y por encima del chirrido de los motores y de los ruidos secos de las ramas rotas, Hayduke oye y

reconoce ese leve pero inequívoco ruido.

—¡Todo el mundo abajo! —grita.

Algo caliente, denso y feroz, Mágnum de punta hueca, vuela por el espacio de la cabina de la camioneta y deja a su paso un par de impactos con forma de estrella en la ventana trasera y en el parabrisas, y un agujero irregular en la lona que separa la parte de atrás. Un microsegundo después le sucede el estrépito de la explosión: el sonido del disparo.

—Mantened las cabezas agachadas.

Hayduke alcanza el control del foco y gira el haz de luz 180 grados hacia los ojos de los hombres que van detrás. Una segunda estrella aparece como un milagro en el cristal de seguridad del parabrisas, esta vez a seis pulgadas de la oreja derecha de Hayduke. La telaraña que forman las fisuras en los cristales se unen con las del disparo anterior. Hayduke cambia a segunda, embraga, pisa el acelerador hasta el suelo y casi adelanta al *jeep* extenuado de Smith.

Mira por el espejo retrovisor y ve, a través de la densa nube de polvo que flota a lo largo del haz del foco, las luces del vehículo del obispo que retroceden intentando dar la vuelta, maniobrando hacia delante y hacia atrás en la estrecha carretera.

Bueno —piensa Hayduke—, vienen detrás de nosotros. Claro. Con las radios echando chispas. Están corriendo la voz a la manada que va por el puente, que vienen hacia acá. Desde luego. ¿Qué más? Así que la persecución comienza. Comienza de nuevo. ¿Qué esperabas? ¿Flores, galones, medallas? Doc dijo algo sobre abrojos. ¿Abrojos?



27. A pie. Comienza la persecución.

Sí, abrojos. Armas medievales, de la Edad de la Fe. Doc Sarvis intenta explicar de qué está hablando a George Hayduke, pero desiste y se desliza hacia la parte trasera. Su cabeza desaparece; luego los hombros, el tronco, el culo ancho; las piernas, las botas. Oyen cómo hurga en la parte de atrás de la camioneta mientras el vehículo se sacude, se balancea, retumba y vibra por la carretera de tierra, justo detrás del *jeep* donde va Smith.

Una ojeada por el espejo. Hayduke ve al equipo de Búsqueda y Rescate al completo que les pisa los talones: ocho pares de faros resplandecientes a no más de media milla de distancia. Pisa con fuerza el acelerador pero, casi inmediatamente, tiene que disminuir la velocidad para evitar chocarse contra el *jeep*. Quizás debería

empujarlo de alguna forma. Se arrima, pone el morro de la camioneta en la parte de atrás del *jeep* y acelera, venciendo la resistencia. Smith, en el *jeep*, siente la elevación del fondo, como si él se estuviera lanzando en marcha directa, extendiendo las alas, despegando.

La cabeza brillante de Doc reaparece a través del agujero de la cubierta de separación.

—Necesito una luz.

—Lo que quiera que sea eso mejor será que lo encuentre pronto —dice Hayduke mientras mira las luces largas deslumbrantes por el espejo.

—No te oye —dice Bonnie.

—Mantén el foco apuntando al auto que está justo detrás —dice Hayduke—. Deja ciegos a esos cabrones.

—Ya lo hago, pero de todas maneras siguen adelante.

Hayduke tiende su revólver a la chica.

—Si se acercan demasiado usa esto.

Ella lo coge.

—Pero no quiero matar a nadie. No creo que lo haga.

Le da la vuelta entre sus manos y mira dentro de la boca de la pistola.

—¿Está cargada?

—Claro que está cargada. ¿Para qué coño sirve una pistola si no está cargada? ¿Qué estás haciendo? ¡No hagas eso! Joder. Apunta hacia las luces. Dispara a las ruedas.

El *jeep* y la camioneta que lo empuja rebotan en las curvas, por los surcos y baches, por encima de las rocas, a través de las cañadas entre montones de arena fina. Los parachoques suenan, chocan, se enganchan y se bloquean. Hayduke se da cuenta rápidamente, con gran pesar, de que los dos vehículos ahora están unidos. Una pieza. Eso zanja la cuestión de dividirse en el Dirty Devil.

Sus perseguidores se están acercando, cada vez más, entre la niebla de polvo, por la pendiente prolongada antes del descenso a la garganta del Colorado.

Bonnie saca la pistola por su ventanilla, apunta más o menos hacia las montañas e intenta apretar el gatillo. No sucede nada. No puede apretarlo.

—¿Qué le pasa a esta pistola? —grita—. No funciona.

La mete dentro del auto de nuevo con el pesado cañón inclinado hacia la ingle de Hayduke.

—No le pasa nada y, por el amor de Dios, apunta hacia fuera.

—No puedo apretar el gatillo, ¿ves?

—Es de acción simple, joder. Primero tienes que echar el martillo hacia atrás.

—¿Martillo? ¿Qué martillo?

—Dame eso. —Hayduke le arrebata el arma—. Aquí, olvídate de esto, pasa por encima de mí. Tú conduces.

En ese momento la carretera de tierra termina y comienza el asfalto. Se están aproximando al puente del Colorado. De repente cesa el traqueteo, el ruido y los golpes producidos por el zarandeo de los equipos. Ya no hay polvo, no hay estrépito de máquinas… y no hay posibilidad de escapar.

—¡Date prisa! —ordena Hayduke.

—¡Ya voy!

—¡Espera!

Hayduke se da cuenta de que la puerta trasera está abierta y de que Doc, un bulto oscuro que contrasta con las luces del equipo, está lanzando puñados de algo que parecen piezas con forma de estrella de algún juego infantil. Parece un hombre que estuviera dando pan a las palomas en el parque. Cierra la puerta, pasa por encima del revoltijo caótico de equipamiento de todo tipo, remos de canoa, mantequilla de cacahuete, detonadores y asoma la cabeza hacia la cabina. Desde el ángulo de visión de Hayduke, el doctor aparece como si se tratara de una cabeza sin cuerpo, calva, sudorosa, barbuda y con dientes y gafas que destellan; una aparición que sólo la confianza hace que sea soportable.

—Creo que los he parado —dice.

Miran. Las luces todavía siguen ahí atrás y continúan acercándose.

—Pues no lo parece —dice Bonnie.

—Un momento. Ten paciencia.

Doc vuelve la cabeza para mirar a través de la ventana destrozada por la bala de la parte de atrás.

Enseguida, pasados unos segundos, se hace obvio que el equipo

efectivamente se está quedando atrás. Las luces comienzan a tambalearse hacia los lados erráticamente, hacia el arcén. Hay una confusión de luces agrupadas —blancas, rojas, ámbar—, unidas en medio de la carretera. Es evidente que sus perseguidores se han detenido, y parece que se reúnen para discutir.

Hayduke y Smith, en la camioneta y en el *jeep* respectivamente, enganchados por los parachoques, van retumbando juntos sobre el asfalto como gemelos siameses entre los grandes arcos del puente central. No se paran, sino que continúan durante una milla más por el desvío en dirección norte, hacia el Laberinto y lo que haya por delante. A poca distancia fuera del asfalto, Hayduke para el camioneta, de modo que obliga a Smith a parar también. Apagan las luces, salen para darse relevo y observar, y miran la colección de faros detrás del puente, donde el equipo al completo se ha detenido por alguna razón.

—No pueden haberse quedado sin gasolina todos al mismo tiempo —dice Smith. Se gira hacia Hayduke con desconfianza—. ¿Has disparado tú a esos chicos, George?

—Pinchazos —dice el doctor—. Todos han pinchado.

—¿Qué?

—Ruedas pinchadas.

Doc desenvuelve un Marsh-Wheeling fresco y mira con satisfacción los estragos que ha causado.

—¿Quieres decir que todos han pinchado a la vez?

—Justamente. —Da una vuelta al puro que está en su boca, muerde la punta, escupe y lo enciende—. Puede que no todos.

—¿Cómo puede ser?

—Abrojos.

Doc se busca en el bolsillo y saca un objeto del tamaño de una pelota de golf con cuatro puntas salientes. Corona de espinas, estrella de mar. Se lo da a Smith.

—Un artefacto antiguo, tan viejo como la guerra. Un arma anticaballería. Tírala al suelo. Eso es. Os daréis cuenta de que, caiga del modo en que caiga, uno de los pinchos siempre apunta hacia arriba. Eso perfora cualquier tipo de neumático, aunque tenga más de diez capas, llantas de acero o lo que sea.

—¿De dónde los has sacado?

Doc sonríe.

—Se los encargué hacer a un amigo desalmado.

—Estacas punji —dice Hayduke—. Vamos a desenganchar estos putos parachoques, tíos, y nos largamos de aquí.

Bonnie y el doctor saltan sobre el parachoques del *jeep* mientras que Hayduke y Smith levantan el otro. Los vehículos son liberados de su unión antinatural. Hacen un cambio de conductores; Hayduke vuelve a tomar el control de su *jeep*, Smith vuelve a la camioneta para alivio de Sarvis, que le acompañará. Bonnie se monta con Hayduke.

—Ese chico a veces me pone nervioso —admite Doc dirigiéndose a Smith.

—George está un poco loco —coincide Smith—, de eso no cabe duda. Pero, a fin de cuentas, me alegra enormemente, ya que está de nuestra parte y no de la del reverendo. Aunque mirando este asunto desde un punto de vista eminentemente práctico, sería mejor alejarse de ambos lo máximo posible. Mejor abróchate el cinturón, Doc; el camino va a estar lleno de baches.

—Un exceso desesperado de… gallardía.

—Exacto, Doc. ¿A qué está esperando?

Smith mira hacia el puente. Dos pares de luces se han separado del grupo inmóvil y se acercan.

—Sal ya, George —dice Smith con suavidad mientras revoluciona el motor provocando un gran estruendo.

Hayduke pone el *jeep* en marcha. Sin luces, siguen la senda del camino pálido ayudados por la luz de las estrellas y los dos vehículos avanzan hacia el norte, despacio y con cautela por la oscuridad, por una carretera que hace que la anterior de tierra parezca un camino de rosas.

—¿Va a funcionar esto? ¿Por qué no encendemos las luces y vamos lo más rápido que podamos?

—Puede que funcione y es probable que no —responde Seldom —. El viejo Love parará, encontrará nuestras huellas en el desvío y lo tendremos pisándonos de nuevo los talones en cinco minutos. Pero de todos modos no se puede conducir por esta carretera mucho más deprisa de lo que vamos.

—¿Qué carretera? Yo no veo ninguna carretera.

—Bueno, ni yo, Doc, pero sé que está aquí.

—¿Has estado antes aquí?

—Unas cuantas veces. Hace sólo tres semanas, como recordarás, George y yo trajimos hasta aquí a nuestro amigo Love. Cuando George hizo rodar la roca sobre él y destrozó su Blazer, que se quedó más plano que una tabla. Por lo que he oído eso todavía le hierve la sangre a Love. Ese reverendo no tiene ningún sentido del humor. Es hostil como un perro guardián cuando pasas por su lado. ¡Cuidado!

Bajo la luz de las estrellas se ven unas nubes de polvo; Hayduke y su *jeep* han caído en un bache profundo de la carretera. Smith se ve obligado a pisar el pedal de freno un momento, lo que provoca una señal luminosa en la oscuridad. Hayduke apaga el motor para hablar.

—¿Se ha roto algo? —pregunta Smith.

—Creo que no. ¿Ves ya alguna luz detrás de nosotros?

—Todavía no. Love probablemente haya ido al puerto deportivo a buscar unos parches para las ruedas de sus chicos. Pero sabe que vamos por este camino. Es estúpido, pero no es ni de cerca tan estúpido como nosotros.

—¿Y si intentamos ir por esa vieja carretera de mina que cogimos la última vez?

—No, a menos que quieras pasar la mitad de la noche quitando de ella tus rocas. Además, tú querías esconderte en el Laberinto.

—Vale. De acuerdo. Pero, ¿cómo sabemos que el obispo no ha enviado a un pelotón de policías estatales y ayudantes del *sheriff* para buscarnos por Flint Trail? ¿O a una pareja de entusiastas guardas forestales desde Land's End?

—No sabemos, George, pero es la opción que tenemos. Todos menos los del Servicio de Parques Nacionales tendrán que venir desde Green River o Hanksville, por lo que llegaremos antes que ellos al desvío del Laberinto, a menos que los muy hijos de puta vayan en sus malditos helicópteros. Además, el viejo Love es demasiado arrogante como para pedir ayuda; quiere atraparnos él solo, si no me equivoco y conozco a ese cabeza de chorlito como creo. ¿A qué estamos esperando?

—¿Dónde está la nevera portátil?

—¿Por qué?

—Necesito una cerveza. Necesito dos cervezas. ¿A qué distancia está el Laberinto?

—A unas treinta millas por aire y unas cuarenta y cinco por carretera.

—Veo luces —dice Bonnie.

—Yo también, cielo, y creo que eso mismo es lo que deberíamos usar para poder seguir el camino.

Hayduke comienza a avanzar. Enciende los faros y Smith sigue las luces traseras del *jeep* que parpadean, como dos ojos inyectados en sangre, cada vez que Hayduke pisa suavemente el freno.

A medida que avanzan, la carretera va siendo peor. Arena. Roca. Maleza. Agujero, zanja, cañada, badén, surco, rambla, barranco. ¿Cincuenta y cinco millas con todo esto? —piensa Doc—. Tras la fácil victoria de los abrojos, ahora siente que el cansancio se está adueñando de sus párpados, de sus células cerebrales y de su columna vertebral. Smith habla…

—¿Qué pasa? —pregunta Doc.

—Decía —contesta Seldom Seen—, que estuvo bien que pasáramos un día tranquilo a la sombra en Deer Fiat. ¿Qué hora calculas que será, Doc?

Doc consulta el reloj que lleva en la muñeca. Marca las 14:35, hora estándar de Rocky Mountain. Esto no puede estar bien. Se lo acerca al oído. Claro, ha vuelto a olvidarse de darle cuerda. Regalo de cumpleaños de Bonnie; la chica debe de haber ahorrado un mes de sueldo entero para comprar esta baratija. Le da cuerda.

—No lo sé —responde a Smith.

Smith asoma la cabeza por la ventanilla y mira el brillo de la luna que va a salir.

—Alrededor de medianoche —dice.

Mira hacia atrás.

—Esos tíos siguen ahí. ¿Tienes más abrojos de esos?

—No.

—Podríamos haber usado unos cuantos más…

Esto es de locos —piensa el doctor—. Un delirio, un sueño demente. Pellízcate, Doc. Soy yo, Sarvis, Doctor en Medicina, socio del Colegio Americano de Cirujanos. Miembro conocido, aunque no

muy querido, de la comunidad médica. Residente tolerado aunque poco fiable del distrito veintidós de Duke City, Nuevo México. Un viudo de luto con dos hijos adultos e independientes. Ambos adinerados, disolutos y endiablados. Como su padre, «el viejo verde». Cuando sea viejo, calvo, gordo e impotente ¿me seguirás queriendo, cuchi-cuchi? Pero eso ya está claramente resuelto ¿verdad?

Doc mira la parte trasera cubierta de polvo del *jeep* de Hayduke que avanza con dificultad, con el chico y la chica ocultos por el montón de equipaje cubierto por una lona que lo ciñe. Mira hacia un lado, a través de la ventana y ve grupos furtivos de matorrales y matojos que pasan lentamente en medio de una oscura extensión de roca, polvo y arena. Mira hacia atrás y ve dos pares de faros, uno delante del otro, que brillan levemente como luciérnagas a través del polvo, lejos pero avanzando, sin ganar ni perder distancia.

¿Y qué? Se dice Doc a sí mismo. ¿De qué tengo miedo? Si la muerte fuera de verdad lo peor que puede pasarle a un hombre no habría nada que temer. Pero la muerte no es lo peor.

Se adormece, se despierta, se vuelve a adormecer y a despertar.

Siguen con el traqueteo, milla tras milla, por las piedras y los surcos. Su adversario los sigue a una distancia discreta, lejos pero sin que apenas lo pierdan de vista. Smith, al observar las luces persistentes por el espejo retrovisor dice:

—¿Sabes qué, Doc? Creo que esos tíos ahora no están intentando atraparnos. Creo que lo único que quieren es no perdernos de vista. Quizás tengan a alguien que viene a buscarnos desde Flint Trail. Lo que significa que no me sorprendería mucho que nos encontráramos con alguien más adelante cuando amanezca.

—Dijiste que llegaríamos antes que ellos al desvío del Laberinto.

—Eso es, pero ellos no creen que estemos yendo al Laberinto.

—¿Por qué no?

—Porque el Laberinto es un callejón sin salida, Doc. El final de la carretera. Un salto al vacío. Nunca va nadie al Laberinto.

—¿Y por eso vamos?

—Doc, lo has entendido.

—¿Y por qué nunca va nadie al Laberinto?

—Bueno, porque allí no hay gasolina ni carreteras ni gente ni

comida, la mayoría de las veces tampoco hay agua y no tiene salida, por eso. Como te he dicho, es una callejón sin salida.

Precioso —piensa el doctor—. Y ahí es donde vamos a escondernos durante los próximos diez años.

—Pero tenemos algo de comida —continúa Smith—. Escondimos un poco de Lizard Rock y otro poco por Frenchy's Spring. Estaremos bien si conseguimos llegar antes de que el equipo nos atrape. Podemos tener algún problema en encontrar agua inmediatamente, aunque si llueve esta noche o mañana (y huele a lluvia) estaremos bien durante unos cuantos días. Si el equipo no nos presiona mucho.

No está mal —pensó Doc—. Nada mal. Somos cuatro tontos totalmente aislados. Temo que esta noche nunca acabe. Temo que sí lo haga. Doc mira al este, hacia la luna que está saliendo, menguante, enferma, achatada y gibosa. No hay mucha esperanza allí. Ve una liebre por la carretera que se escabulle entre las luminosas columnas de polvo de los faros. Smith da un volantazo para esquivarla. Doc se da cuenta de que hace muchas millas que no ve ganado ni caballos. ¿Por qué? Pregunta.

—No hay agua —responde Smith.

—¿No hay agua? Pero el río Colorado está por allí, a nuestra derecha, en algún lugar. No puede estar a más de un par de millas hacia el este.

—Doc, el río está allá abajo pero a menos que fueras una mariposa o un águila ratonera no podrías llegar a él. A menos que te apetezca dar un salto de dos mil pies desde el borde del barranco.

—Ya. No hay ninguna manera de bajar.

—Casi ninguna, Doc. Conozco un viejo sendero que baja desde Lizard Rock hacia Spanish Bottom, pero nunca he encontrado ningún otro. —Smith mira por el espejo retrovisor de nuevo—. Aún nos pisan los talones. Estos tíos no abandonan con facilidad. Pienso que quizás deberíamos esconder los vehículos y continuar a pie.

Doc se gira sobre el asiento y echa una ojeada hacia la parte de atrás a través del agujero y de la ventana trasera destrozada por la bala. A una milla, quizás cinco —imposible calcular la distancia de noche— viene un par de faros, subiendo y bajando por la carretera rocosa. Está a punto de volverse hacia delante de nuevo cuando ve

un relámpago de fuego verde que brilla arriba, cada vez más alto, alcanza un punto máximo y luego vuelve hacia la tierra trazando una estela de brasas fosforescentes que se van apagando lentamente.

—¿Has visto eso?

—Lo he visto, Doc. Están haciendo señales a alguien otra vez. Mejor que echemos un vistazo.

Smith hace parpadear sus luces. Hayduke para y apaga las luces, aunque no el motor. Smith hace lo mismo. Los cuatro se bajan.

—¿Qué pasa? —dice Abbzug.

—Están disparando bengalas otra vez.

—¿Pero dónde coño estamos? —pregunta Hayduke. Parece cansado y deprimido, con los ojos inyectados en sangre y las manos temblorosas—. Necesito una cerveza.

—Yo también estoy seco —dice Smith mientras mira hacia delante, a las oscuras paredes de la meseta y luego hacia atrás, a sus perseguidores. Las luces han parado por el momento—. Dame una también, George. —Mira el cielo poniéndose las manos por encima de los ojos, hacia el norte, noreste, este—. Ahí está. Olvida la cerveza, George, no tenemos tiempo.

—¿Qué has visto?

—Un avión, creo.

Siguen la línea hacia donde apuntan su brazo y su dedo. Una lucecita roja que parpadea en la noche morada pasa por el asa de la Osa Mayor. Atraviesa el cielo del noreste, todavía demasiado lejos para que se oiga.

—Es un helicóptero —dice Hayduke—. Siento sus vibraciones. Vendrá para acá en un minuto. Lo vais a oír.

—¿Entonces qué hacemos?

—Yo, tomarme una cerveza —dice Hayduke abriendo la parte trasera de la furgoneta.

Coge un paquete de seis latas tibias de la nevera. No hay hielo desde hace días.

—¿Alguien quiere?

Una segunda bengala se eleva hacia el cielo desde el enemigo en retaguardia a una distancia indeterminada, alcanza el cénit, titubea y se hunde en una elegante parábola de llama verde. Todos

observan paralizados momentáneamente.

—¿Por qué bengalas? ¿Por qué no usan las radios?

—No sé, encanto. Tendrán frecuencias diferentes, quizás.

Suena la lata al abrirse. Una fuente de Schlitz templada se eleva encima de la camioneta, como imitando a la bengala, y salpica a Doc, Bonnie y Smith con un *spray* fino y difuso. Hayduke corta el chorro palpitante de cerveza poniendo la boca en el agujero de la lata. Suena la intensa succión.

—Bueno —dice Bonnie—, vamos a hacer algo. —Silencio—. Lo que sea.

—Se me ocurre… —comienza a decir Doc.

Tucu, tucu, tucu, tucu… Aspas rotatorias cortan el aire. Por ahí viene, camaradas.

—Será mejor que sigamos a pie —dice Smith.

Busca a tientas con los dos brazos entre el equipaje revuelto de la camioneta y saca mochilas, bolsas, paquetes, todo cargado con comida y equipamiento variado. Alguien pensó en eso (Abbzug); al menos esta vez ha hecho una cosa bien. Deja caer las cantimploras, media docena de ellas, prácticamente llenas. Encuentra una bota de escalar pequeña y se la lanza a Bonnie.

—Aquí está tu bota, encanto.

—Tengo dos pies.

—Aquí está la otra.

Hayduke se queda mirando boquiabierto cómo Bonnie se sienta para ponerse las botas, cómo Doc se pelea con su mochila de sesenta libras de peso y cómo Smith cierra el maletero de la camioneta. Hayduke agarra su lata espumosa de cerveza con una mano, mientras con la otra sostiene las otras cinco, unidas mediante un plástico. ¿Qué hacer? Para funcionar tiene que dejar la cerveza. Pero también para funcionar tiene que beberse la cerveza. Un cruel aprieto. Inclina la cerveza abierta hacia su boca, se la bebe entera de un trago e intenta meterse las cinco restantes en la parte de arriba de la mochila. No se puede. No caben. Las ata por fuera.

—Tenemos que esconder los vehículos —dice a Smith.

—Lo sé. Pero, ¿dónde?

Hayduke señala de manera indefinida hacia el golfo negro de Cataract Canyon.

—Por ahí.

Smith mira hacia el helicóptero que ahora traza un gran círculo en el cielo a unos minutos hacia el norte. Está buscando a alguien.

—No sé si tenemos tiempo, George.

—Pero tenemos que hacerlo. Con todas las mierdas que tenemos ahí: pistolas, dinamita, productos químicos, mantequilla de cacahuete… Necesitamos todo eso.

Smith mira otra vez hacia el helicóptero que da vueltas y desciende hacia la carretera a pocas millas hacia el norte y ve las luces que se aproximan desde la dirección opuesta, ahora a menos de dos o tres millas de distancia. Emboscada en preparación: las pinzas se cierran.

—Bueno, pongámoslos tan lejos de la carretera como podamos Por ese camino, por encima de la roca de arenisca para no dejar huellas. Quizás podamos encontrar un barranco profundo donde podamos meterlos.

—De acuerdo, vamos. —Hayduke estruja la lata de cerveza con la mano—. Tú y Bonnie esperad aquí —dice a Doc.

—Permaneceremos juntos —dice Bonnie.

Hayduke lanza la lata de cerveza abollada a la carretera, donde el reverendo Love puede recogerla con facilidad.

—Entonces vuelve a la camioneta, rápido.

—Que no cunda el pánico —dice Doc, que ya está sudando—, que no cunda el pánico.

Todos se vuelven a montar. Smith se pone delante con la camioneta, rodeando al *jeep* de Hayduke por fuera de la carretera, sobre las rocas y los macizos de arbustos, hacia la superficie abierta de arenisca. Hayduke lo sigue. Avanzan sin luces, conduciendo cuesta abajo hacia las simas oscuras más allá del borde del cañón. Bajo la tenue luz de la luna, la distancia y la profundidad se vuelven ambiguas, engañosas, y ofrecen sombras y oscuridad pero poco cobijo, poca seguridad.

No hay con qué cubrirse —piensa Hayduke mirando el helicóptero— estamos atrapados bajo el cielo abierto, otra vez. Ahora viene el napalm. Smith reduce la marcha para detenerse frente a él. Reticente a pisar el pedal de freno y lanzar una señal luminosa roja al enemigo, Hayduke acciona el freno de mano y deja

que el *jeep* golpee con cuidado la parte trasera de la camioneta de Smith.

Smith se baja para examinar el terreno. Mira, vuelve, sigue conduciendo. Hayduke lo sigue de cerca, avanzando en primera con esfuerzo. Se arrastran hacia algún lugar donde esconderse. Al parecer, el helicóptero ha descendido a la carretera con las luces apagadas y ya no se le ve.

Bien —piensa Hayduke—. Nos están esperando allí arriba. Bien. Que esperen los hijos de puta. Con una sola mano abre otra lata de Schlitz. Cuando te quedes sin Schlitz, te quedaste sin Schlitz. Hay un largo y seco camino por delante y hay que fortalecer el cálculo renal, no podemos dejar que se disuelva en una mezcla de sudor y agua de charco.

¿Qué más? Hace un inventario rápido en su cabeza. Qué llevar: mochilas; la 357 con veinte balas en el cinturón de la pistola; la .30-06 con mira telescópica variable —para los ciervos, claro, (anticipándose así a la pregunta de Bonnie y a las objeciones de Doc)— colgada a la espalda debajo de la mochila Kelty; el cuchillo Buck Special en el cinturón; mosquetones, cuerda, fisureros… ¿Qué más? ¿Qué más? Y, sobre todo, no hay que olvidar algo esencial. La cuestión que ahora se avecina es la supervivencia. Sobrevivir con honor, por supuesto. El puto honor a toda costa. ¿Qué más?

Smith se detiene otra vez. De nuevo Hayduke acciona el freno de mano y golpea el parachoques. Deja el motor en punto muerto, se baja y camina hacia el brazo que se apoya en el lado del conductor de la camioneta. Seis ojos y un cigarro rojo le hacen frente desde el interior oscuro de la camioneta de Smith.

—¿Sí?

Smith señala.

—Por allí abajo, amigo.

Hayduke mira hacia donde le indica Seldom. Otro barranco divide la roca de arenisca, en esta ocasión puede que tenga diez o treinta pies de profundidad, difícil de decir bajo la luz de la luna. Suelo arenoso. Maleza abundante: matorrales, enebros y salvia. Una pared saliente en la parte de fuera de la curva, una pendiente redondeada en esta parte. Puede funcionar —piensa Hayduke—, puede que sí.

—¿Crees que podemos esconderlos allí abajo?

—Sí.

Pausa. En el silencio sólo oyen… más silencio. No se ven luces por ninguna parte. Todos los *jeeps*, Blazers, camionetas y helicópteros se han parado y han apagado las luces. Esta vez no será fácil superar la táctica del equipo. Allí en la oscuridad, en aquellas sombras bajo la pared de la meseta, los de Búsqueda y Rescate están esperando. O no esperan; puede que ya hayan enviado al grupo de exploración, hacia arriba y hacia debajo de la carretera, mirando, escuchando.

—Demasiada tranquilidad —dice Bonnie.

—Todavía están a una milla de distancia, por lo menos —dice Hayduke.

—O eso esperas.

—Eso espero.

—Eso esperamos —dice Doc, con su ojo rojo encendido.

—Muy bien —dice Hayduke—, bajémoslos por el barranco. ¿Quieres que te ayude a descender con el cabrestante?

—No —dice Smith— no podemos poner a funcionar ningún motor ahora, podrían oírnos. Lo bajaré frenando.

—Usa el freno de mano.

—Está demasiado empinado. No me fío.

—Las luces de freno se van a notar —añade Hayduke.

—Destrózalas.

Listo. Smith baja la camioneta cuidadosamente por un saliente de roca, veinte pasos hasta el fondo arenoso, y la hace avanzar poco a poco hacia las sombras bajo la maleza de robles y enebros. Hayduke va detrás con el *jeep*. La tenue luz de la luna cae por la parte más elevada de la pared, esa creciente curvatura de piedra manchada por óxido de manganeso y hierro, pero la parte de abajo, bajo el saliente, está totalmente oscura. Extienden la red de camuflaje, la estiran por encima de los árboles y la atan; de este modo la camioneta y el *jeep* quedan escondidos de la visión aérea. Hayduke guarda sus otras armas y las esconde en una gruta en la pared, más arriba de la línea de crecida del agua.

¿Inundaciones? La arena es polvo seco, los cimientos de la rambla son áridos como el hierro. Sin embargo, es un canal de

drenaje.

—No vamos a estar de suerte si este puto sitio se inunda —dice Hayduke.

—Tendríamos algunas pérdidas —dice Smith—, y ojalá tuviéramos tiempo de encontrar un sitio mejor para escondernos. Segurísimo que va a llover.

—Está bastante despejado.

—Se está fraguando. ¿Ves ese aro alrededor de la luna? Mañana por la noche verás que está el cielo cubierto. Al día siguiente lloverá.

—¿Ese es el parte meteorológico? —pregunta Bonnie.

—Bueno —dice Smith para evitar contestar—, como ya os habréis dado cuenta hay dos cosas que no dependen de las personas. Una es el tiempo y la otra no voy a decir cuál es.

Tres ululatos de búho desde el puesto de vigilancia de Doc.

—Creo que será mejor que nos vayamos, George —sugiere Smith mientras se echa la mochila a la espalda y se abrocha la correa de la cintura.

Hayduke se cruza el rifle en la espalda y se pone la mochila encima de él. El rifle es ligero, un modelo recortado y deportivo, pero es una carga incómoda apretada entre sus clavículas y el armazón de la mochila. Podría colgárselo en el hombro, y después lo hará, pero ahora necesita las dos manos libres para trepar por la roca de arenisca. Piensa: Bueno, pues listo, supongo, si es que alguna vez un hombre está listo para algo.

Llegan los refuerzos para el equipo. Tres pares más de luces de color ámbar se mueven desde el sur entre el polvo. Ya han arreglado los pinchazos. Los demás vehículos permanecen callados, invisibles y sus tripulantes ocultos. Lo mismo sucede con el helicóptero.

—Yo diría que se están diseminando —dice Smith—. Mejor tomemos este barranco y luego giremos hacia el norte, en fila india si sois tan amables. Mantened los pies sobre roca para no dejar huellas y estaremos bien, al menos mientras se extienda esta roca de arenisca, que no será todo el camino, como es lógico. ¿Eh?

—Y yo digo —interviene Bonnie—, ¿a qué distancia está el Laberinto?

—No está lejos. Ten cuidado con esta chumbera, cielo.

—¿A qué distancia?

—Bueno, Bonnie, yo diría que estamos a unas dos millas solamente, tres millas como máximo, del desvío.

—¿Quieres decir del desvío hacia el Laberinto?

—Eso es.

—Vale. Entonces, ¿qué distancia hay desde el desvío hasta el Laberinto? En millas.

—Bueno, es una buena caminata, pero hace una noche estupenda.

—¿Qué distancia?

—El Laberinto es una superficie de terreno inmensa, Bonnie, y hay una diferencia considerable si nos referimos al límite más cercano o al extremo más alejado, sin contar las subidas y las bajadas.

—¿Las subidas y las bajadas por dónde?

—Por las paredes de los cañones. Las llamadas aletas.

—¿De qué estás hablando exactamente?

—Quiero decir que este terreno en su mayoría está formado por precipicios, cielo. Por algunos de ellos se puede pasar, pero casi todos son rectos, hacia arriba o hacia abajo. Es fácil quedarse encajado entre ellos o sin poder bajar. Lo que significa que rodearlo es el camino más corto. Normalmente el único.

—¿Qué distancia?

—Hay que caminar unas diez millas para avanzar una milla, no sé si sabes a qué me refiero.

—¿Distancia?

—Treinta y cinco millas hasta Lizard Rock, donde escondimos agua. Podríamos coger atajos si hubiera alguno. No hay ninguno, que yo sepa. Pero es un terreno complicado y nunca sabes lo que te vas a encontrar.

—¿Entonces no llegaremos allí esta noche?

—Ni siquiera lo intentaremos.

Hayduke, que está al final de la fila, se detiene para quitarse la mochila y volver a colgarse el rifle. En la mochila lleva comida, seis cuartos de galón de agua, munición y demasiadas cosas más. Además del rifle en el hombro, el cinturón con el revólver en su

funda, el cuchillo envainado en la cadera. Un arsenal andante que duele; pero es demasiado obstinado para dejar atrás nada más.

Caminan con paso suave bajo la vaga luz de la luna, por la roca sólida mientras bordean el filo oscuro de la garganta de su derecha. Smith se para a menudo para ver y escuchar y luego continúa. No hay señal alguna de su enemigo; sin embargo el enemigo espera allá afuera en alguna parte, en aquellas sombras bajo los precipicios de mil quinientos pies, entre los enebros que respiran tranquilamente.

La cabeza de Bonnie está llena de preguntas. ¿Quién ha enviado el helicóptero: la Policía estatal, la Oficina del Sheriff, el Servicio de Parques u otro miembro del equipo de Búsqueda y Rescate? Si no llegamos al Laberinto esta noche, ¿qué hacemos cuando salga el sol? Además, tengo hambre van a empezar a dolerme los pies de un momento a otro y ¿quién ha puesto arrabio en mi mochila?

—Tengo hambre —dice.

Smith se detiene y la hace callar:

—Esos tíos están por ahí, Bonnie. Nos estamos acercando. Esperad aquí un minuto —susurra.

Deja la mochila y se desliza hacia la carretera como un fantasma, una sombra, un paiute, a través del mar ondulado de dunas petrificadas. Bonnie observa cómo su figura desgarbada se retira de la luz de la luna y se desvanece entre las sombras de manera paulatina. Ahora lo ves, ahora no. Seldom se convierte en Never Seen, «el Nunca Visto». Bonnie y los demás se quitan las mochilas. Ella abre la cremallera del bolsillo lateral y saca una bolsa llena de su mezcla personal de pasas, nueces, M&M’s y pipas de girasol. Doc mastica una tira de cecina. Hayduke permanece de pie y espera, mirando fijamente a Smith. Se descuelga el rifle, y apoya sobre su bota la culata de plástico.

—¿Por qué la pistola? —susurra Bonnie.

—¿Esto? —Hayduke la mira—. Es un rifle. —Sonríe—. Ésta sí que es mi pistola.

—No seas vulgar.

—Entonces no hagas preguntas tontas.

—¿Por qué has traído esa pistola?

Doc interviene como moderador:

—Bueno, bueno, bajemos la voz.

Durante más o menos un minuto se quedan en silencio, escuchando.

En el desierto, a una distancia indefinida, un búho reclama. Una vez. El gran búho cornudo. Oyen un segundo reclamo.

—¿Dos ululatos? —dice Bonnie—. ¿Qué significa eso? No me acuerdo.

—Espera…

De nuevo, desde lejos, o no tan lejos pero desde una dirección opuesta, llega el sonido de otro gran búho cornudo, que ulula con suavidad en la noche bajo la luz de la luna. El segundo búho reclama tres veces. Significa peligro, en guardia; significa socorro, problemas, necesito ayuda. O en el lenguaje de los búhos: eh, tú, pequeño conejito que se esconde tras los arbustos, sé que estás ahí, tú sabes que yo estoy aquí y ambos sabemos que tu culo es mío. Ven.

¿Qué reclamo es verdadero? ¿Cuál es falso? ¿Ninguno? ¿Ambos? No tenían planeado que hubiera ululatos reales.

Un rumor de pasos ligeros sobre la roca. Seldom Seen emerge de la luz. Con los ojos brillantes, dientes, orejas, piel, cabello, respirando ligeramente más fuerte de lo normal, dice en voz muy baja:

—Vámonos.

Suenan crujidos cuando se vuelven a poner las mochilas.

—¿Qué has visto? —pregunta Hayduke.

—Los de Búsqueda y Rescate están por todas partes y no van a esperar a que salga el sol para venir a encontrarnos. He visto a seis de ellos en la carretera y no sé cuántos más vienen en ese maldito helicóptero infernal de ahí arriba. Todos los hombres que he visto tienen una escopeta o una carabina y llevan pequeños *walkie-talkies* y se están desperdigando para formar una escaramuza. Como si batieran los arbustos en busca de conejos.

—Nosotros somos los conejos.

—Somos los conejos. No podemos volver a la carretera, así que vamos e encontrar un camino que atraviese este barranco. Seguidme.

Smith retrocede una corta distancia por el camino por el que habían venido, encuentra una pendiente en el barranco y

desaparece. Los otros, con Hayduke en la retaguardia, descienden también y encuentran a Smith más adelante en la cañada de arena, que está dejando rastro. No se puede evitar. A cada uno de los lados las paredes son casi perpendiculares y tienen de veinte a cuarenta pies de alto. Dan trompicones entre las sombras siguiendo a ciegas a su guía.

Después de un rato Smith encuentra una abertura en la pared, el cauce de un afluente. Van cauce arriba por la arena seca y al cabo de cien yardas encuentran una salida, una colina inclinada de piedra en el interior de una curva. Trepan como monos, ayudados de pies y manos, Doc resoplando un poco, y llegan a una zona abierta iluminada por la luna. Smith toma dirección noreste, hacia el contorno nítidamente definido de unas lomas y picos. Camina como los hombres anteriores a la guerra y los indios de antaño que no iban en camioneta, corriendo con zancadas largas y constantes, con los pies apuntando hacia el frente, perfectamente paralelos. Los demás se apresuran para seguir el ritmo.

—¿Cuántos… cañoncitos más… quedan como este? —dice Bonnie jadeando—. Desde aquí y… o sea… ¿hacia dónde estamos yendo?

—Setenta y cinco, tal vez doscientos. Ahorra el aliento, cielo.

La larga caminata ya ha empezado. Cada cien pasos o así Smith se detiene a mirar, a oír, a comprobar las corrientes de aire, a sentir las vibraciones. Hayduke, al final de la fila, sigue su ritmo, alterna las paradas de Smith con las suyas y se detiene cuando los demás caminan para dar una ojeada extra a su alrededor. Está pensando en aquel helicóptero: qué buen golpe daría. Ojalá pudiera escabullirse media hora.

Hayduke se queda atrás al parar para vaciar la vejiga. Absorto y complacido, contempla con gusto el constante tamborileo sobre la piedra. La Schlitz purificada que brilla bajo la luna. Gracias a Dios que soy un hombre. La roca es plana. Se salpica las botas. Sacude para intentar que caiga esa última gota que inevitablemente le chorreará por la pierna de todas maneras. Está a punto de recoger y cerrar la cremallera cuando oye un sonido. Un ruido exterior, ajeno a la paz del desierto. Unos chasquidos metálicos.

Un potente rayo de luz barre la superficie de arenisca —¿desde

un foco del helicóptero?— que atraviesa a Smith y a Abbzug. Por un momento se quedan helados, clavados con aquella lanza blanca, y empiezan a correr entre los enebros. El haz de luz los sigue, los atrapa, los pierde, atrapa a Doc Sarvis que se ha quedado rezagado.

Hayduke saca su revólver. Se arrodilla, se sujeta la mano del arma con la izquierda y apunta hacia la luz giratoria. Disparos. La ráfaga destructora de la boca de la pistola lo deja aturdido un segundo, como siempre. Objetivo fallido también, por supuesto. La luz incorpórea, como un gran ojo que deslumbra, vuelve en busca de Hayduke, que dispara y vuelve a fallar. Debería descolgarse el rifle, pero no tiene tiempo. Está a punto de disparar su tercer tiro cuando la luz desaparece. Quien quiera que la estuviera dirigiendo se ha dado cuenta de repente de que está muy cerca del objetivo. Que él es el objetivo.

Hayduke corre con torpeza detrás de los demás, con la enorme mochila sobre la espalda. De atrás viene el sonido de pasos que corren, gritos, un espasmo de disparos simbólicos. Hayduke de detiene el tiempo suficiente como para tirar tres veces más, sin apuntar hacia nada en particular; bajo la luz imprecisa y traicionera de la luna no ve que haya nada particular a lo que poder disparar, e incluso, si lo hubiera, no atinaría con ese cañón agitándose en su mano. Pero el ruido ralentiza a los perseguidores y les hace ser más prudentes. Los gritos se difuminan; el equipo está ocupado con sus radios. Las transmisiones codificadas atestan el aire, las voces nerviosas se contrarrestan entre ellas.

Hayduke corre con la incómoda carga sobre la espalda y alcanza a Doc, que resopla como un motor de vapor muy por detrás de Smith y Abbzug, que ahora son figuras borrosas que suben trotando por la pendiente. Hayduke ve que se han despojado de sus grandes mochilas. En la retaguardia se reanudan los gritos, las órdenes, las instrucciones, los golpes de las botas corriendo. El foco está en movimiento otra vez. Dos focos.

—Tenemos que… tirar las mochilas —le dice a Doc.

—¡Sí, sí!

—Aquí no, espera.

Alcanzan el borde de otro cañón incipiente, el típico tajo en la piedra de roca de arenisca con paredes sobresalientes y suelo

inaccesible: una grieta demasiado ancha para saltarla y demasiado profunda para descenderla.

—Por aquí —dice Hayduke parándose.

Doc se detiene tras él, soplando como un caballo.

—Las arrojaremos por aquí —añade Hayduke— bajo esta pared. Más tarde regresaremos para cogerlas.

Se quita la mochila, saca una cuerda enrollada, luego busca más adentro la caja de munición del rifle. No la encuentra inmediatamente debido a las sesenta libras de peso de otros materiales que abarrotan el bolsillo. El sonido de la persecución se acerca, las pesadas botas están corriendo. Demasiado cerca. Hayduke baja la mochila y el armazón por el borde, allá van: caen desde quince pies de altura sobre algo duro. ¡Clone! Su preciosa Kelty nueva. Apego a los bienes materiales. ¡Sí! Se cuelga el rollo de cuerda cruzado por la espalda y lleva el rifle en la mano.

—Date prisa, Doc.

Doc Sarvis está luchando con algo de su mochila e intenta sacar una bolsa de piel negra que está atascada en el centro.

—Vamos, ¡vamos! ¿Qué estás haciendo?

—Un momento, George. Tengo que sacar mi… bolsa de aquí.

—¡Tírala!

—No puedo irme sin la bolsa, George.

—¿Pero qué coño es?

—Mi maletín médico.

—Por Dios santo, no necesitamos eso. Vamos.

—Un momento.

Doc saca por fin la cartera y arroja el resto de la mochila por el borde.

—Estoy listo.

Hayduke mira hacia atrás. Unas sombras corretean por la roca, revolotean entre los enebros, se aproximan con rapidez. ¿A qué distancia? ¿A cien, doscientas, trescientas yardas? Bajo la locura de la luz de la luna apenas se puede adivinar. Un foco portátil se mueve veloz con su haz brillante buscando su presa.

—Huye, Doc.

Corren pesadamente por el suelo pedregoso por donde vislumbraron por última vez a Bonnie y a Smith. Y los encuentran

esperando al otro lado. Llevan consigo sólo un par de cantimploras.

—Están justo detrás —grita Hayduke entrecortadamente—, seguid.

Todos continúan sin decir ni una palabra. Smith se aparta para correr al lado de Hayduke.

—George —le dice—, usemos la cuerda… antes de que… quedemos… atrapados.

—De acuerdo.

Doc se retrasa de nuevo, respirando con dificultad, con la cartera que golpea su tobillo a cada paso. Bonnie la agarra y prosigue.

Corren a lo largo del filo del pequeño cañón. Hayduke busca un árbol, una mata, una roca, una protuberancia de piedra, cualquier clase de saliente por el que pasar la cuerda alrededor. Hora de descender en *rappel*, de nuevo. Pero no se ve nada que puedan utilizar. ¿Qué profundidad habrá? ¿Diez pies? ¿Treinta? ¿Cien?

Hayduke se para en un punto en el que la pared ni sobresale ni es vertical, sino que se abulta hacia fuera, inclinándose un poco, no mucho, hacia el fondo. Abajo hay oscuridad y silencio, apenas se perciben las formas de los arbustos y enebros.

—Por aquí.

Desenrolla la cuerda, la sacude y, cuando Doc y Bonnie se acercan, jadeando desesperadamente, con la cara colorada y brillante de sudor, los estrecha sin decir una palabra en un gran abrazo, mientras pasa un extremo de la cuerda alrededor de ellos y la ata de manera ceñida con un nudo bolina no corredizo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Bonnie.

—Vamos a bajar el cañón. Doc y tú primero.

Bonnie mira por el borde.

—Tú estás loco.

—No te preocupes, estáis amarrados. No os pasará nada. Seldom, échame una mano. Muy bien, ahí vais. Bajad por el borde.

—Nos vamos a matar.

—No. Os tenemos sujetos. Bajad por el borde. Inclinaos hacia atrás. Inclinaos hacia atrás, maldita sea. Los dos. Mantened los pies pegados a la roca. Eso es, así está mejor. Ahora caminad hacia atrás, de espaldas. No intentéis arrastraros, no se puede. Y no agarréis la

cuerda tan fuerte, eso no ayuda. Inclinaos. ¡Que os inclinéis, joder, que si no os mato! Pies pegados a la roca. Usad la cuerda sólo para mantener el equilibrio. Caminad hacia abajo. Fácil, ¿lo veis? Así está mejor. Seguid. Seguid. Me cago en la puta. Vale. Bien. ¿Dónde estáis? ¿Estáis abajo?

Quejidos apagados procedentes de las sombras de abajo. Chasquidos de arbustos, maraña de pies enzarzados.

Hayduke mira detenidamente hacia la penumbra.

—Desata el nudo, Bonnie. Deja la cuerda suelta. ¡Deprisa!

La cuerda se afloja. La sube.

—Muy bien, Seldom. Tu turno.

—¿Cómo vas a bajar tú, George? ¿Quién te va a agarrar?

—Bajaré, no te preocupes.

—¿Cómo?

Smith se prepara para descender colocando la cuerda doble entre las piernas, la pasa por un lateral y la cruza hacia el hombro opuesto.

—Ya lo verás.

Hayduke se descuelga el rifle.

—Bájame esto. Espera un momento.

Mira hacia el camino por el que han llegado para intentar localizar a sus perseguidores. La pálida luz de la luna se dispersa débilmente sobre la piedra y la arena, sobre enebros, yucas y arbustos, y sobre los precipicios que hay más allá, con una iluminación furtiva y engañosa. Se pueden oír voces de hombres y el ruido de grandes pisadas sobre la arenisca.

—¿Los ves, Seldom?

Smith mira en la misma dirección entrecerrando los ojos para protegerse de la luna.

—Veo a dos de ellos, George. Y detrás hay tres más.

—Debería hacer sonar otro disparo para ralentizarlos otra vez.

—No lo hagas, George.

—Sacarles a esos cristianos el santo que llevan dentro. Que sientan en sus entrañas el miedo a Rudolf Hayduke. Un disparo de rifle les haría pararse a pensar.

—Dame el rifle, George.

—Dispararé sobre las cabezas de esos hijos de puta.

—Sería más seguro si les apuntaras a ellos.

—Esos hijos de puta nos estaban disparando. Disparaban para matarnos o malherirnos.

Smith retira con cuidado el rifle de las manos de Hayduke y se lo cuelga del hombro que tiene libre.

—Sostenme, George.

Se pone de espaldas al borde.

—Comprueba la sujeción, George.

Hayduke tensa la cuerda, coloca los pies en el suelo y la cuerda alrededor de la cadera.

—De acuerdo. Estás asegurado.

Smith baja de espaldas por el borde y desaparece. Hayduke agarra la cuerda con ligereza mientras Smith baja rápidamente por la pendiente. El peso de Smith se transmite a través de la cuerda hacia la pelvis y las piernas de Hayduke, que lo soportan. En un momento siente que la cuerda se afloja; la voz de Smith se eleva desde la oscuridad de abajo.

—Vale, George, ya me he desatado.

Hayduke mira hacia atrás. El enemigo se está moviendo más cerca. Y ahora el foco portátil está encendido y el haz deslumbrante se dirige de repente hacia él. Pura mala suerte. No hay escapatoria.

No hay dónde ir. Nada más que aire por el que descender.

—¿Qué altura hay? —pregunta Hayduke con voz ronca.

—Unos treinta pies, creo —contesta Smith.

Hayduke deja que la cuerda, que ahora le resulta inútil, caiga por el cañón.

El haz de luz hace un barrido sobre él, pasa por delante. Una nueva ojeada por parte del deslumbrante ojo de Cíclope. El haz se detiene con brusquedad y se queda fijo sobre la figura en cuclillas de Hayduke, abrasándole los ojos, cegándolo.

—Eh, tú —grita alguien; una voz vagamente familiar, amplificada majestuosamente por un megáfono—. Quédate ahí. No hagas un solo movimiento, hijo.

Hayduke se tira al suelo boca abajo al borde de la roca. La luz sigue sobre él. Algo cruel, silencioso, veloz como un rayo, puntiagudo como una aguja y afilado como una serpiente azota la manga de su camisa, y hace que escueza la carne que hay debajo.

Desenfunda la pistola; la luz se va. En ese mismo instante oye el estruendo de un segundo tiro de rifle. Y al este el estruendo del amanecer.

—¿Hay un enebro debajo de mí? —pregunta a los demás.

—Sí —responde la voz cálida y acogedora de Smith—, pero yo no lo intentaría si…

Sus palabras se debilitan por la duda.

Hayduke enfunda el revólver y se arrastra boca abajo por el borde, mirando hacia la pared y sintiendo la curvatura rígida y fresca de piedra contra su pecho y sus muslos. Por un momento se cuelga del último lugar donde es posible agarrarse. Descenso por fricción —piensa— lo que llaman un puto descenso por fricción. Mira hacia abajo y lo único que ve son sombras, pero no el fondo.

—Cambio de idea —dice desesperadamente, de manera inaudible (perdiendo el agarre), sin hablar a nadie en particular (y quién lo iba a oír)—. No voy a hacer esto. Es una locura.

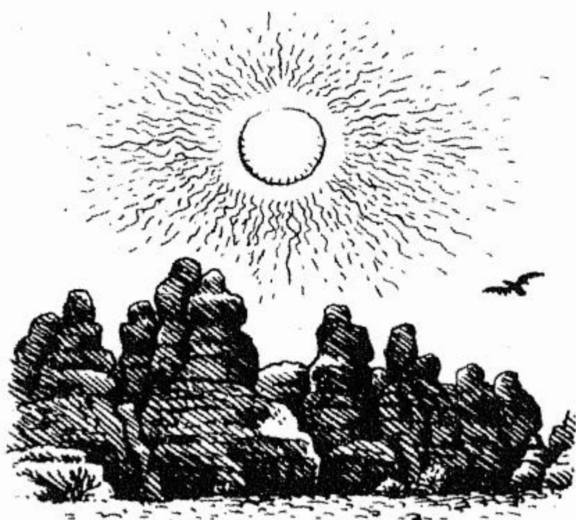
Pero sus manos sudorosas son más sensatas. Lo dejan caer.

¡Abajo!, grita. Cree que grita. Las palabras no salen jamás de su boca.

—Estoy en ello.



Un potente rayo de luz barre la superficie de arenisca que atraviesa a Smith y a Abbzug. Por un momento se quedan helados, clavados con aquella lanza blanca, y empiezan a correr entre los enebros.



28. El ambiente se caldea: continúa la persecución

Este buitre planea sobre Las Aletas, la tierra de Standing Rocks. Planear es su vida, la muerte es su cena. Maligno carroñero de los muertos y moribundos, negro y nauseabundo, su cabeza roja calva y desplumada —la más apropiada para introducir su ansioso pico en las entrañas de su presa— se alimenta de putrefacción. *Cathartes aura*, su nombre en latín, deriva del griego *katharsis*, que significa «purificación», y de aura, palabra griega para aire, emanación o vapor. El purificador etéreo.

Ave del sol. El contemplativo. El único pájaro filósofo que se conoce, de ahí su serena e insufrible placidez. Mientras se mece con

ligereza con sus alas negras como el carbón, observa una libélula metálica que rastrea una y otra vez, de manera metódica, Las Aletas, por encima de Standing Rocks, provocando un ruido inadecuado y violento.

El buitre vuela más alto trazando círculos e inclina su cabeza arrugada para observar con mayor interés, desde tres mil pies de altura, el movimiento de cuatro bípedos minúsculos sin alas que corretean, como ratones dentro de un laberinto sin techo, por un pasillo serpenteante entre altísimas paredes rojas de piedra. Sigilosamente, se cobijan de sombra en sombra, como si la arena estuviera demasiado caliente para sus pies, como si se escondieran de las llamaradas del sol o de otros ojos que rastrean desde el cielo.

Hay algo mustio y dubitativo en el modo de andar de dos de esas criaturas que le sugiere al buitre la idea de almuerzo, que le evoca el recuerdo de la carne. A pesar de que los cuatro parecen seguir vivos y activos, es una verdad bien sabida que donde hay vida hay también muerte, es decir, esperanza. Vuelve a dar círculos para ver mejor.

Pero ya se han ido.

—No sabía que pudieran volar con esas malditas máquinas por un cañón tan pequeño como este —dice—; es más, debería existir una ley que lo prohibiera. Es malo para el sistema nervioso. Me crispa los nervios.

—Tengo hambre —dice ella— y me duelen los pies.

—Como lo vuelvan a intentar los tumbo —dice Hayduke.

Sostiene el rifle con los brazos. Bendita arma. La culata de madera de nogal, brillante por el sudor, pulida a mano; la mira telescópica azul grisácea; el cerrojo, la recámara y el cañón que brillan con suavidad. Gatillo, guardamontes, empuñadura diamantada, la rigurosa precisión de acción al abrir el cerrojo; revisa la cámara de compresión, la cierra de golpe y aprieta el gatillo. ¡Clac! Cámara vacía; siete balas en la recámara.

—Tengo sed, hambre, me duelen los pies y me aburro. Esto ya no es divertido.

—Bueno, yo sólo espero que no hayan encontrado nuestro rastro. ¿Pueden bajar esa cosa hasta aquí?

Smith, que se ha quitado el sombrero y tiene el pelo aplastado

por el sudor, mira desde debajo del saliente, desde la sombra, hacia el calor deslumbrante y la piedra quemada por el sol de las paredes rojas e inclinadas del desfiladero.

—Porque pienso que si pueden bajar tenemos que encontrar otro agujero con rapidez. Quizás con mucha rapidez. —Se seca la cara, brillante y sin afeitar, con un pañuelo rojo que está ya oscuro y grasiento por el sudor—. ¿Qué te parece, George?

—Por aquí no. Pero tal vez arriba del cañón, después de la curva. O debajo del cañón. Estos cabrones podrían estar ahora acercándose sigilosamente. Con sus escopetas cargadas con cartuchos de plomo.

—Si es que nos han visto.

—Nos vieron. Y si no, nos verán la próxima vez.

—¿Cuántos hombres caben dentro de eso?

—Tres, en ese modelo concreto.

—Nosotros somos cuatro.

Hayduke sonríe con amargura:

—Sí, cuatro. Con una pistola y un rifle. —Se vuelve hacia el somnoliento Doc Sarvis—. A menos que Doc lleve una pistola en su bolsa.

Doc gruñe, una respuesta vaga pero negativa.

—Quizás —añade Hayduke—, les podamos disparar con una de las agujas de Doc. Meterles a cada uno un pinchazo de Demerol en el culo.

Se frota los miembros magullados y los arañazos con las palmas de las manos laceradas.

—Tú eres el que necesita otro pinchazo —dice Bonnie.

—Ahora no —responde Hayduke—. Eso me atonta demasiado. Ahora tengo que estar despierto.

Pausa.

—De todas formas, qué os apostáis a que, si nos han visto, han avisado al equipo por radio. Todo el grupo al completo estará viniendo hacia acá en una hora.

Otra pausa.

—Tenemos que marcharnos de aquí. —Se pasa el arma del antebrazo a la mano derecha—. No podemos esperar a que se ponga el sol.

—Llevaré yo el rifle un rato —dice Smith.

—Lo sigo llevando yo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Bonnie a Hayduke.

Hayduke murmura algo como respuesta. Mientras, la propia Bonnie parece estar al borde de la deshidratación. Tiene la cara roja, empapada en sudor, la mirada un poco perdida. Pero tiene mejor aspecto que el maltrecho Hayduke, con la ropa hecha jirones y los codos y rodillas vendados que hacen que parezca, cuando anda, un hombre prefabricado, el monstruo creado por el doctor Sarvis.

—George —dice ella—, deja que te pinche otra vez.

—No —dice modificando el gruñido—. Ahora no. Espera a que encontremos un agujero mejor. —Mira a Doc—. ¿Doc?

No responde; el doctor está tumbado boca arriba con los ojos cerrados en la esquina más profunda y fresca del hueco que hay bajo el precipicio.

—Deja que descanse —dice ella.

—Deberíamos irnos.

—Déjalo diez minutos más.

Hayduke mira a Smith. Smith asiente. Ambos levantan la vista hacia la estrecha franja azul entre las paredes del cañón. El sol llega al punto más alto del mediodía. Volutas y líneas de vapor cuelgan sobre la superficie caliente. Uno de estos días va a llover. Uno de estos día tiene que llover.

—No estoy dormido —dice Doc con los ojos cerrados—. Me levanto en un minuto. —Suspira—. Háblanos de la guerra, George.

—¿Qué guerra?

—La tuya.

—¿Esa guerra? —Hayduke sonríe—. No vais a querer oír todo eso. Seldom, ¿dónde estamos, de todas maneras?

—Bueno, no estoy seguro. Pero, si estamos en el cañón que creo, entonces nos encontramos en medio de lo que llaman Las Aletas.

—Pensaba que estábamos en el Laberinto —dice Bonnie.

—Todavía no. El Laberinto es diferente.

—¿Por qué?

—Es peor.

—Esa guerra —dice George Hayduke a nadie en particular y a

todos en general— la quieren olvidar. Pero no voy a dejarles. Nunca voy a dejar que esos cabrones olviden la guerra.

Habla como alguien que sueña, un sonámbulo que no habla consigo mismo con el silencio pétreo del desierto.

—Nunca —repite.

Silencio.

—Nunca.

Los demás esperan. Cuando Hayduke deja de hablar, Bonnie pregunta a Smith:

—¿Crees que encontraremos agua? ¿Pronto?

—Bonnie, cielo, ahora no está demasiado lejos. Encontraremos agua en algunos lugares de ahí arriba. Y si no, la tenemos esperándonos en la parte sombría de Lizard Rock. Agua y comida.

—¿Qué distancia hay?

—¿Hasta dónde?

—¿Qué distancia hay hasta Lizard Rock?

—Bueno, si quieres saberlo en millas, es difícil de decir por la manera en que estos cañones serpentean. Además, no estoy totalmente seguro de que podamos salir de este cañón por el otro extremo porque a lo mejor está cortado. Puede que tengamos que dar un poco marcha atrás para intentar encontrar una salida por los laterales.

—¿Llegaremos esta noche?

—No —dice Hayduke, mirando fijamente a la arena entre sus rodillas gruesas y blancas, cubiertas por capas de gasa mugrienta—. Nunca. —Se rasca la entrepierna—. Nunca.

Smith está en silencio. Bonnie lo mira, esperando una respuesta. Él entorna los ojos, frunce el ceño, hace una mueca, se rasca el cuello quemado por el sol y alza los ojos hacia la pared del cañón.

—Pues… —dice. Se oye el piar de un pájaro.

—¿Qué?

—Que no quiero mentirte, Bonnie.

—Pues no lo hagas.

—No vamos a llegar esta noche.

—Ya veo.

—Quizás mañana por la noche.

—Pero, ¿encontraremos agua? Pronto, quiero decir. En este

cañón.

Smith se relaja un poco.

—Muy probablemente —le ofrece su cantimplora—. Toma unos cuantos tragos de aquí. Queda mucha.

—No, gracias.

—Adelante.

Desenrosca el tapón y se la pone en las manos. Bonnie bebe y se la devuelve.

—Deberíamos de haber conservado las mochilas.

—Puede —dice Smith—. Y si lo hubiéramos hecho ahora podríamos estar también en la nevera del reverendo Love de Fry Canyon, esperando el furgón del *sheriff*. Y Love, ese loco hijo de perra, habría dado un paso más hacia la mansión del gobernador, como si ese hijo de puta que está ahora dentro y que está vendiendo el territorio ilegalmente lo más rápido que puede no hubiera hecho ya suficiente daño.

—¿A qué te refieres?

—A que esa gente como Love y el gobernador no tienen conciencia. Venderían a sus propias madres a Exxon & Peabody Coal si pensaran que pueden sacar dinero; entregarían a las pobres señoras a cambio de petróleo. Esos son la clase de tipos que tenemos dirigiendo este estado, cielo: cristianos, tíos como yo.

—Sólo que no les dejaremos —murmura Hayduke—, no les dejaré.

Smith se empieza a mover y coge su sombrero.

—Tenemos que levantarnos, amigos, y ponernos en marcha hacia el norte.

—Fui un prisionero de guerra —murmura Hayduke.

Doc abre los ojos un momento y suspira.

—Fui prisionero del Vietcong —Hayduke continúa—. Catorce meses en la jungla, siempre de aquí para allá. Me encadenaban a un árbol de noche excepto cuando veían aviones. Yo suponía mayor peligro para esos pequeños orientales que un corresponsal de prensa francés. Me alimentaba de arroz mohoso, serpientes, ratas, gatos, perros, lianas, brotes de bambú o de cualquier cosa que encontráramos. Era incluso peor de lo que ellos mismos comían. Catorce meses. Yo era la unidad médica de esos bastardos amarillos.

Cuando venían los B-52 nos abrazábamos dentro de los búnkeres, encogidos unos sobre otros como si fuéramos unos putos gatitos. Parecía que servía para amortiguar los impactos. Siempre nos avisaban cuando venían pero nunca los oíamos de lo alto que volaban. Sólo las bombas. Nosotros estábamos a diez, a veces veinte pies de profundidad, pero luego siempre había chicos corriendo por allí con sangre que les salía por las orejas por la conmoción cerebral. Algunos se volvían locos. Niños, la mayoría de ellos. Adolescentes. Querían que los ayudara a planear sus ataques. Cargas explosivas y cosas por el estilo. Yo quería, pero no podía hacerlo. Eso no. Así que me hicieron encargado de primeros auxilios. Menudo encargado de primeros auxilios. Estaba enfermo la mitad del tiempo. Una vez vi cómo derribaban a un helicóptero con una de esas ballestas de acero de veinte pies que harían a partir de helicópteros abatidos. Todos vitorearon cuando el hijo de puta se estrelló. Yo quería animarme a mi mismo. Pero tampoco pude. Esa noche hicimos una fiesta, raciones C y Budweiser para mi y para todos los «Charlies». Las alubias con jamón les sentaron mal. Después de catorce meses me echaron: dijeron que era una carga para ellos. Esos robots comunistas enanos y desagradecidos. Dijeron que comía demasiado. Dijeron que añoraba mi casa. Y era verdad. Todas las noches me sentaba en aquella selva podrida y, mientras jugaba con mi cadena, en lo único que podía pensar era en mi hogar. Y no me refiero a Tucson. Tenía que pensar en algo limpio y decente o me volvía loco, así que pensaba en los cañones. Pensaba en el desierto de la Costa del Golfo. Pensaba en las montañas, desde Flagstaff hasta Wind Rivers. Entonces me soltaron. Después vinieron seis meses en salas del Psiquiátrico del ejército: Manila, Honolulú, Seattle. Mis padres necesitaron dos abogados y un senador para poder sacarme. El ejército pensaba que no estaba preparado para llevar una vida de civil. ¿Estoy loco, Doc?

—Totalmente —contesta Doc—. Un demente psicópata como no he visto otro igual.

—También recibo una pensión. Veinticinco por ciento de discapacidad. Chalado. Un loco de remate. En casa de mi viejo tienen que estar esperando a que regrese al menos una docena de cheques. En el ejército no querían dejar que me marchara. Decían

que tenían que procesarme y rehabilitarme. Dijeron que no podía llevar la insignia de la bandera de Vietcong en mi boina verde. Al final lo pillé y dije lo que se suponía que debía decir, el senador movió hilos en el Pentágono y más o menos cuando estábamos listos para el juicio dejaron que me fuera. Me dieron el alta médica. Ellos querían juzgarme en un consejo de guerra pero mi madre no lo toleró. En cualquier caso, cuando por fin me liberaron de esos hospitales-cárceles y me enteré de que en el oeste estaban intentando hacer lo mismo que ya habían hecho en ese estado, me volví loco otra vez. —Hayduke sonríe como un león—. Así que aquí estoy.

Silencio. Un silencio absoluto. Demasiado claro, demasiado tranquilo, demasiado perfecto. Seldom Seen cambia su habitual posición en cuclillas y se pone de rodillas con la gran oreja pegada al suelo. Bonnie abre la boca; él levanta una mano como advertencia. Los demás esperan.

—¿Qué has oído?

—Nada… —Mira fijamente hacia arriba del cañón, al cielo—. Pero estoy seguro de que he sentido algo.

—¿Como qué?

—No lo sé. Algo, simplemente. Levantemos el campo y vayámonos de aquí.

Doc, que todavía está tumbado en la esquina más fresca de la sombra, suspira otra vez y dice:

—Oigo un *koto*. Un *koto*, una flauta de bambú y un tambor. Por allí, en el corazón del desierto. Bajo un enebro centenario. Los *izum-kai* están tocando *haru-no-kyoku*, no muy bien. —Se seca su amplia y sudorosa fisonomía con un pañuelo—. Pero con absoluta despreocupación. Es decir, como merecen la ocasión y el lugar.

—Doc está colapsado —explica Bonnie.

—Es el calor —dice Doc.

Smith mira hacia el cañón.

—Será mejor que caminemos, amigos.

Se cuelga la cantimplora de un hombro y la cuerda enrollada de Hayduke del otro.

Todos se levantan, el último Doc, con su preciada bolsa negra, y se ponen a caminar arrastrándose por la luz deslumbrante, en el

mediodía abrasador, bajo el rugido implacable del sol. Smith va al frente en la subida por el cañón, caminando sobre piedra cuando es posible. Hay poca sombra, a pesar de que las paredes del cañón tienen cientos de pies de altura y a menudo presentan salientes. Demasiado árido para los álamos. Las únicas plantas que se ven son una mata de datura con flores marchitas, un pino piñonero muerto, algunos arbustos y líquenes sobre las rocas.

El cañón se curva hacia la derecha y asciende gradualmente hacia —eso esperan— un manantial escondido, una filtración desconocida por la que el agua rezume, fresca aunque alcalina, de los poros de la piedra de arenisca y que luego corra a través de jardines colgantes de hiedra, aquilegia, lycophita y mimulus hacia un lugar accesible. Hasta un pitorro de una lata de estaño, hasta la boca de una cantimplora. Anhelan el tintineo de las gotas de agua cuando caen, el sonido más dulce de todos en este pasillo sobrecalentado de paredes rojas gigantes.

Smith señala hacia un hueco en el muro del cañón, cincuenta pies por encima de sus cabezas. Se paran y lo miran con atención.

—Yo no veo nada —dice Bonnie.

—Cielo, ¿no ves esa pared con unas vigas que sobresalen y un agujerito cuadrado en medio?

—¿Es una ventana?

—Más bien una puerta. Una de esas puertas por las que para pasar tienes que ponerte a cuatro patas.

Están mirando los restos de una vivienda anasazi[28], abandonada hace setecientos años pero bien conservada en la aridez del desierto. Allí, en la cueva, esperan polvo y vasijas, mazorcas quemadas y techos ennegrecidos por el humo y huesos muy antiguos.

Los cuatro deambulan por los lechos inclinados de arenisca, a través de las rocas y la gravilla del cauce del río seco, a través de la arena infinita, a través del calor.

—Quizás allí es donde yo debería vivir —reflexiona Hayduke en voz alta—. Arriba, en esa cueva, con los fantasmas.

—No es mi estilo de vida —dice Smith.

Nadie responde. Todos siguen caminando con dificultad.

—Los granjeros nunca fueron necesarios —continúa Smith.

Camina y camina.

—Y eso incluye a los cultivadores de melones. Antes de que se inventaran las granjas éramos todos cazadores o ganaderos. Vivíamos al aire libre y cada hombre poseía al menos diez millas cuadradas. Luego inventaron la agricultura y la raza humana dio un gran paso hacia atrás. De cazadores y rancheros a granjeros, fue un enorme descenso. Y lo peor está por llegar. No es de extrañar que Caín matara a ese recolector de tomates que era Abel. Ese hijo de perra se la buscó por lo que hizo.

—Tonterías —refunfuña Doc, pero tiene demasiada sed y está demasiado cansado y demasiado resignado como para pronunciar su famoso discurso sobre la civilización y el nacimiento de la razón (¡oh, excepcionales y dulces flores de la historia!).

Ningún sonido salvo el de los ocho pies arrastrándose.

—Aquí hay arena húmeda —dice Smith—. Ahí arriba hay agua, en algún lugar.

Da una vuelta, al frente de la columna, por la arena reveladora y por encima de un montón de rocas, y pasa por delante de la boca de un cañón lateral.

Hayduke, a la retaguardia, se detiene para mirar dentro de la bifurcación lateral. Es estrecha y sinuosa, de suelo plano y arenoso desprovisto de cualquier tipo de vegetación y tiene paredes perpendiculares que se levantan quinientos pies hacia el cielo, parece el recibidor del laberinto del Minotauro. Arriba, el cielo se reduce a una franja estrecha azul nublada que termina cuando las paredes se curvan.

—¿Dónde va éste? —pregunta.

Smith se detiene y mira hacia atrás.

—A algún lugar de Las Aletas. Es todo lo que puedo decirte.

—¿No es allí dónde queremos ir?

—Sí, pero este cañón es mucho mayor, también debe conducir allí y no es tan probable que nos quedemos encajados en él. Si no me equivoco, ese pequeño barranco es un cajón, he visto unos pocos así. Una trampa sin salida, seguro. Si caminas doscientas yardas por él me apuesto lo que sea que llegas a una pendiente de cien pies.

Hayduke duda mientras mira el cañón lateral y el sofocante calor y los giros serpenteantes del cañón grande.

—A lo mejor en este también.

—A lo mejor —dice Smith—, pero este es más grande y además nos lleva al agua.

—¿Por qué estás tan seguro?

Seldom Seen alza su nariz aguileña hacia las corrientes de aire.

—Porque la huelo.

Señala de nuevo la suave extensión de arena húmeda cerca de la confluencia de los dos cañones.

—La mayor parte de esa filtración viene de esta parte.

—Podríamos cavar en busca del agua aquí mismo —sugiere Hayduke.

—De ahí sacarías muy poca. Quizás suficiente como para dar un trago. Pero te pasarías una hora cavando. Hay agua superficial en esta dirección. La huelo y la siento.

—Vamos, George —dice Bonnie—, si no conseguimos agua pronto creo que Doc va a desplomarse. Y yo con él.

Agua. En lo único que pueden pensar es en agua. Aunque están rodeados de ella. Gruesas nubes montañosas cargadas de lluvia en forma de vapor cuelgan por encima de sus cabezas. Cargamentos de agua. Sobre las llanuras de las mesetas a tres mil pies en Land's End y por encima de toda la tierra de los cañones flotan nubes grandes y densas que arrastran serpentinas de lluvia, aunque es cierto que se evaporan antes de llegar a la tierra. Dos mil pies más abajo y tan sólo a unas cuantas millas de distancia, mientras un pájaro vuela por la zanja de Cataract Canyon, el río Verde y el Colorado vierten de manera común sus aguas en los rápidos, rugiendo a toneladas por segundo, suficiente agua para saciar toda la sed y para ahogar cualquier pesar. Si se pudiera alcanzar.

Hayduke cede ante Smith y ante la razón. La banda sigue hacia delante, por la roca y los guijarros, la arena y la grava, las terrazas de arenisca lisa y resbaladiza. Pasan por otra curva pronunciada del cañón. Smith se detiene para mirar. Los demás se apiñan detrás de él.

Trescientas yardas más adelante, en la siguiente curva del cañón, ven un montón de pedruscos, tan grandes como casas, amontonados en el suelo del cañón en un desorden caótico. En la otra parte de ese cúmulo de rocas, a un nivel más alto entre la

penumbra (aquí las paredes son tan altas que cuando pasan dos horas del mediodía los rayos del sol no llegan al fondo), se encuentra un estupendo álamo de un verde suave que es evidente que está vivo. En este laberinto rojo ese es el árbol de la vida. Brotes de álamos, de sauces y de tamariscos, con sus penachos lavanda ocultan un curso de agua que se encuentra más adelante. Una tímida fragancia flota en el aire. La luz en el cañón, aunque indirecta, es dorada y cálida, reflejada y refractada desde la parte alta de las paredes monolíticas, donde revolotean las golondrinas más abajo del borde del precipicio.

—Los griegos —dice Doc Sarvis con voz ronca, de manera desesperada, con la garganta reseca y la lengua como un trapo— fueron los primeros en tener plena consciencia…

Intenta aclararse la garganta.

Smith levanta la mano.

—Doc —dice tan suavemente que los demás tienen que esforzarse para oírlo—, ¿oyes lo mismo que yo?

Todos escuchan. El cañón parece estar inmerso en una tranquilidad absoluta. Una inmaculada, cristalina y eterna perfección. Excepto por un leve defecto, que exagera el silencio y lo subraya sin contradecirlo. El sonido de alguien o de algo punteando la cuerda de una viola baja, mal tocada. Un croar rítmico.

—¿Qué es? —pregunta Bonnie.

Smith sonríe el fin.

—Eso de ahí es el sonido del agua, cielo. Arriba, en las rocas, detrás del álamo.

—Suena más como una rana.

—Donde hay ranas hay agua.

Todos admiran el maravilloso verde del árbol.

—Bueno, vamos —dice Bonnie—. ¿A qué estamos esperando?

Da un paso al frente. Doc se inclina hacia delante.

—Esperad —susurra Hayduke.

—¿Qué?

—No subáis allí.

Algo en su voz, su postura, deja congelados a los demás. De nuevo prestan atención. Ahora el silencio es completo. La rana, la viola baja ha cesado, e incluso las delicadas hojas del gran árbol

han dejado de temblar.

—¿Qué oyes?

—Nada.

—¿Ves algo?

—No.

—Entonces, ¿por qué…?

—No me gusta —susurra Hayduke—. No va bien. Algo se ha movido allí. Creo que están detrás de la curva, viendo el manantial.

—¿Ellos?

—Los hombres del helicóptero. Alguien. Será mejor que volvamos.

Bonnie mira al álamo expectante, los tamariscos y los sauces amantes del agua, el firme reposo en tensión de las rocas, que esperan sin prisas las deliberaciones del tiempo y la geología, la próxima catástrofe. Gira la vista hacia Smith, que ahora está mirando el camino por el que han venido.

—¿Qué dices tú, Seldom?

—Algo ha asustado a esa rana. George tiene razón.

En la hermosa cara de Bonnie aparece un gesto de angustia.

—Pero estamos sedientos —gime, y aparece la primera lágrima.

—Es sólo una especie de retirada estratégica —dice Smith en voz baja mientras vuelve encabezando el grupo, por las rocas quemadas y blanqueadas del cauce del arroyo, que parece que no haya visto agua en setenta años—. Encontraremos agua, no te preocupes, cielo. Ahora aléjate de la arena. No podemos permitirnos dejar huellas aquí. Lo siento mucho, amigos, pero tengo la misma sensación que George tuvo cuando esa rana cerró el pico. Y no es sólo por la rana. Algo va mal allí, y que yo sepa no hay ninguna razón para que no pudieran haber aterrizado detrás de la siguiente curva.

Bonnie mira hacia atrás.

—¿Por qué no nos están persiguiendo?

—Quizás saben que no tienen que hacerlo.

—No lo pillo.

—Quizás ya hemos caído en la trampa.

—Oh. Oh, no.

Smith va por delante con paso enérgico, entre trotando y dando zancadas, con sus enormes pies (talla 46) dispuestos en líneas

perfectamente paralelas, dando contragolpes sincronizados, sin desperdiciar ni un centímetro de distancia. Bonnie y Doc arrastran los pies tras él a ciegas, Bonnie sorbiéndose la nariz y Doc murmurando como un loco con voz monótona cosas sobre Pitágoras, las proporciones, la medida áurea, los *quarterbacks* griegos, los centros nerviosos y los puestos de perritos calientes de Coney Island, con la mente puesta en otro lugar, en cualquier lugar. Hayduke vigila la retaguardia con el rifle delante del cuerpo y se para cada pocos pasos para mirar hacia atrás y escuchar. Su gorra amarilla de CAT está oscura por el sudor.

Le damos la espalda al agua —piensa Bonnie. H_2O líquida de verdad a menos de media manzana de distancia. He visto el árbol. Un árbol vivo. El primero que vemos en todo el día. Un árbol con hojitas verdes como los de los libros ilustrados. Con una rana verde en un estanque verde. Dios mío, se me está yendo la cabeza. ¿Es eso lo primero que ocurre? Mi lengua está como… tengo que decirlo, como si tuviera una rana en el estómago. Una rana llamada Pierre. Dios santo, me estoy volviendo loca. ¿Te imaginas que la lengua se te pone negra, como dicen? ¿O morada? Los dientes se te caen, los ojos se te hunden, los gusanos se arrastran por tu piel morada, etcétera, y estoy cansada de esta mierda y si no me dan un buen vaso de té helado ahora mismito, con hielo picado y una rodaja de limón, me pongo a gritar.

Pero no lo hace. Sólo el sol grita, a noventa y tres millones de millas de distancia, ese grito incesante y demencial del inferno de hidrógeno que nunca, nunca, nunca oímos porque —sueña Doc— hemos nacido con ese zumbido de horror en los oídos. Y cuando al final se detenga tampoco oiremos el silencio solar. Entonces estaremos… en otra parte. Nunca lo sabremos. ¿Qué es lo que sabemos? ¿Qué sabemos de verdad? Se pasa la lengua por los labios agrietados. Sabemos que tenemos esta apodíctica roca bajo nuestros pies. Ese sol dogmático sobre nuestras cabezas. El mundo de los sueños, la agonía del amor y el conocimiento previo de la muerte. Eso es todo lo que sabemos. ¿Y todo lo que necesitamos saber? Cuestiona esa afirmación. Yo cuestiono esa afirmación. ¿Con qué? No lo sé.

No me importa —piensa Hayduke—. Dejad que lo intenten.

Dejad que esos cerdos cabrones intenten hacer algo. Sea lo que sea me llevo a siete de ellos conmigo al infierno, lo siento mucho, tíos, pero son las normas. —Acaricia la madera de nogal pulida de la empuñadura de la culata, que se adapta a su mano como un guante —. ¿Quién necesita su repugnante ley? ¿Quién necesita su agua contaminada y sucia? Beberé sangre si la necesito. Dejad que intenten algo, esos hijos de puta. Nunca dejaré que lo olviden. Nunca dejaré que hagan lo mismo aquí. Este es mi país. Mío, de Seldom y de Doc —vale, de ella también—. Dejad que lo intenten y que jodan a cualquiera de estos y tendrán un problema. Un problema de verdad, los hijos de puta. En algún momento hay que poner el límite y podríamos ponerlo en Comb Ridge, en Monument Upwarp y en Book Cliffs.

Mientras tanto Smith, concentrado en su cometido, piensa sobre todo en los tres inocentes que lo siguen y dependen de él para encontrar un camino a través del laberinto de Las Aletas, para encontrar agua, para encontrar una ruta hacia Lizard Rock, comida y víveres frescos, y para encontrar desde allí un camino hacia el laberinto del Laberinto, y seguridad, libertad y un final feliz.

Se detiene. De repente. Doc y Bonnie, con las cabezas gachas, y Hayduke, que va mirando hacia atrás, se chocan contra él como tres payasos en una película muda, como Los tres chiflados. Todos se paran de nuevo. Nadie habla.

Smith pasa por delante de la boca del cañón lateral de su derecha, y mira hacia la primera curva del cañón principal, a quinientos años de distancia. Escucha atentamente con la misma concentración de un ciervo en temporada de caza. El silencio, excepto por el canto burlón de un pajarillo que está posado en un punto alto de la pared, parece tan perfecto como antes, un equilibrio impecable que se mantiene en el calor paralizante y estancado.

Pero Smith vuelve a oír ese sonido. O, más bien, vuelve a sentirlo. Pies. Muchos pies. Muchos pies grandes que caminan por la roca y se arrastran por la arena. ¿Será el eco, quizás? ¿Será la respuesta al sonido de sus propias pisadas, retrasado por alguna propiedad acústica peculiar de ese lugar grotesco? No es probable.

—Todavía vienen —murmura.

—¿Quiénes?

—Los otros tíos.

—¿Qué?

—El equipo.

Mientras susurra, Smith señala la zona de arena firme oscurecida por la filtración que tienen delante.

—Observad lo que hago —dice— y haced todos lo mismo que yo.

Mira a Bonnie, que tiene la cara roja y los ojos preocupados, y le da un apretón en el hombro. Mira a Doc, que está intentando fijar la vista en algo que no es visual, y a Hayduke, que mira a su alrededor, tenso como un puma.

—¿Me habéis entendido?

Bonnie asiente. Doc también. Hayduke gruñe:

—Date prisa. —Y vuelve a mirar hacia atrás por encima de su hombro.

—Muy bien, pues ahí voy.

Smith se da la vuelta y camina hacia atrás, de frente a ellos, por encima del tramo de arena húmeda. En cada paso hace un esfuerzo añadido por presionar con el talón de la bota y lo hunde profundamente para que la huella parezca la de un hombre que camina de manera normal. Va hacia atrás trazando una curva a través de la arena hacia la boca del cañón lateral y luego regresa a la piedra. Allí se para y espera a los demás.

Los otros hacen lo mismo.

—Daos prisa —susurra Hayduke.

Doc camina arrastrando pesadamente, de espaldas, mirándose los pies. Bonnie le sigue e invierte sus huellas con esmero. El último es Hayduke, que se une a sus amigos. Los cuatro, de pie sobre la roca, admiran por un momento el rastro que han inventado. Se ve claramente que cuatro personas han salido del cañón lateral.

—¿Crees que un truco como este engañará a un grupo de hombres adultos? —pregunta Bonnie.

A Seldom se le escapa una sonrisa prudente.

—Bueno, cielo, si Love estuviera solo yo diría que no, a él no se le engaña tan fácilmente. Pero con el equipo es diferente. Un hombre solo a veces puede ser bastante tonto pero cuando

hablamos de estupidez genuina y auténtica, no hay nada que iguale a la del trabajo en equipo. —Se calla y escucha de nuevo—. ¿Los oís? —susurra.

Ahora incluso Doc oye las pisadas de botas detrás de la curva, el sonido hueco de voces ininteligibles pero humanas que se acercan atravesando esa caja de resonancia de piedra.

—Son ellos —dice Smith—. Vamos a movernos, compañeros.

Se apresuran por la arenisca desnuda, entre sol y sombra, caminando con dificultad por una pesadilla de arena y pasando por encima de placas de piedra esquirladas. Siguen avanzando por el estéril cañón secundario, que se va elevando por una pendiente progresiva y se estrecha súbitamente en lo que parece un callejón sin salida. La trampa dentro de la trampa. Las paredes son lisas y verticales a ambos lados y presentan menos agujeros y puntos de apoyo para trepar que la fachada de un edificio de oficinas. En cada curva del cañón Smith examina las paredes buscando una salida, alguna manera de subir. Espera tener al menos diez minutos para encontrar un camino para huir, diez minutos antes de que Love y el equipo decidan dar una segunda ojeada a las huellas de zapato que salen de manera inexplicable de donde, por lógica, deberían entrar. Ni siquiera un hombre que quiere ser gobernador puede ser tan tonto.

El cañón gira y vuelve a girar, curvándose una y otra vez en meandros cerrados. En la parte exterior de las curvas las paredes se arquean por encima del suelo del cañón y forman unos huecos semicirculares más grandes que el Hollywood Bowl. En el interior de las curvas las paredes presentan una disposición opuesta: lisas y redondeadas, se alzan desde el suelo tan bruscamente que Smith no ve forma humana de plantarle cara a aquellas superficies pulidas y difíciles. Quizás un hombre mosca. Quizás un hombre Hayduke…

De repente, sin ningún indicio previo, llegan al final del pasillo. El precipicio previsible bloquea su avance: una almena de piedra erosionada de sesenta pies de alto se curva por encima de sus cabezas, con un pico o drenaje en el corte, por donde la siguiente inundación repentina, que todavía está preparándose en la meseta alta, bajará estrepitosamente con un esplendor turgente, lleno de polvo de arcilla, barro, pizarra, árboles arrancados, cantos rodados

y láminas del barranco desmenuzadas. Para sortear este obstáculo un hombre tendría que ascender primero a 90 grados, luego agarrarse boca arriba por el saliente como una araña, con los pies y las manos adheridos a las facetas angulosas de la piedra, desafiando con el cuerpo no sólo a la gravedad, sino también a la realidad. Eso está hecho.

Hayduke evalúa la pendiente.

—Yo puedo subir por ahí —dice— pero necesitaré tiempo. Es complicado. Necesitaré ascendedores, escaleras de estribos, fisureros, anclajes, ganchos, martillo, burilador y pernos de expansión, todo cosas que no tenemos.

—¿Eso de ahí es agua? —pregunta Bonnie, con la cantimplora en la mano mientras se arrodilla al borde de una poza con forma de cuenco que se encuentra a los pies del barranco. La arena húmeda sobre la que se pone de rodillas es arena movediza que se va desplazando lentamente por debajo de ella, aunque todavía no se da cuenta. En el centro del cuenco hay una charca de dieciocho pulgadas de profundidad llena de algo que parece un caldo turbio y que huele a podrido. Unas cuantas moscas y pulgas merodean por encima de la sopa; algunos gusanos y larvas de mosquito culebrean en ella; en el fondo del pequeño cuenco, apenas visible, se encuentra el indefectible cadáver blanquecino de un ciempiés de ocho pulgadas de largo.

—¿Podemos beber esta cosa? —pregunta.

—Yo claro que puedo —dice Smith— es más, estoy seguro de que me la voy a beber. Vamos, llena tu cantimplora, cielo, y la filtraremos con la mía.

—Dios mío, hay un ciempiés muerto ahí dentro. Además, me estoy hundiendo en este fango. ¿Seldom…? —Las arenas movedizas tiemblan como gelatina, se escurren y borbotean—. ¿Qué es esto?

—No pasa nada —dice—, te ayudaremos a salir. Llena la cantimplora.

Mientras Bonnie llena la cantimplora, Hayduke coge la cuerda del hombro de Smith y se retira un poco hacia atrás por el camino por el que han llegado. Ha advertido una escisión en la pared, una grieta que se extiende hacia arriba lo suficiente como para hacer posible el acceso a la bóveda ligeramente curvada de más arriba,

por donde la fricción de la suela de la bota puede bastar para seguir ascendiendo. A cien pies por encima de su cabeza el muro desaparece de su línea de visión. Lo que haya más arriba lo tendrá que averiguar cuando haya conseguido llegar hasta allí.

Se coloca el rollo de cuerda entre los hombros, deja caer el cinturón de la pistola y suelta el rifle para estudiar la roca. La pared es vertical en su base, pero la grieta es lo suficientemente ancha para que le quepan las manos, una sobre la otra, y la punta del pie girada de lado. Se sitúa oponiendo presión en la roca con los dedos, pues no hay nada de lo que agarrarse, e inserta la punta de su bota izquierda, con cuidado, dentro de la hendidura a la altura de su rodilla. Apretando lateralmente con las yemas de los dedos consigue tener suficiente agarre como para subir. El pie derecho le cuelga inútilmente, ya que no tiene dónde ponerlo. Desliza los dedos hacia arriba por el borde de la grieta, utilizando la fuerza lateral otra vez, saca el pie izquierdo, lo sitúa más alto y lo vuelve a insertar. Esto le permite ascender a una distancia de otros dos pies más. Una vez más desliza los dedos hacia arriba, primero uno, luego otro, mientras intuye un nuevo punto de agarre.

Debería haber desenrollado la cuerda y habérsela atado; el grueso rollo interfiere en sus movimientos y hace peligrar su equilibrio. Ya es demasiado tarde. Levanta la bota izquierda lo más alto que puede y la coloca dentro. Apenas hace suficiente presión como para soportar el peso de su cuerpo. Repite la técnica de los dedos y se estira. Una y otra vez.

Ahora está a unos quince pies del suelo y la arenisca comienza a redondearse una pizca, un grado cada vez, del plano vertical. Escala. Veinte pies. Treinta. La escisión llega a su fin más arriba y se desvanece hacia su matriz, la pared monolítica, pero el grado de curvatura favorable aumenta. Hayduke descubre que puede obtener un poco de apoyo con el pie derecho. Se atreve con dos deslizamientos más de manos por la grieta hasta que se estrecha tanto que no cabe siquiera la punta de un dedo.

Llega el momento de probar la parte abierta de la pared, que se curva hacia adentro como la cúpula de un capitolio, en un ángulo de unos cincuenta grados. No hay alternativa. Hayduke tantea hacia el exterior, con los dedos caminando sobre la piedra, buscando algo

de dónde agarrarse, un bulto, una escisión, una fisura, un ángulo o el más minúsculo de los agujeros. Nada. Nada por ahí fuera salvo la indiferente pared áspera de textura granulada. Bueno, entonces esto va a consistir en rozamiento y nada más. Ojalá tuviera mis fisureros, un gancho, un empotrador con forma de chapa, un desatascador y un par de tetas grandes en los codos. Pero no los tienes. Tienes fe en el rozamiento. Llegó el momento de sacar el pie izquierdo de la grieta.

Hayduke duda. Naturalmente. Mira hacia abajo. Un error natural. Tres caras pálidas protegidas del sol por sombreros, tres pequeñas figuras lo miran con atención. Parecen estar muy abajo. Muy, muy, muy abajo. Llevan cantimploras, ahora llenas de agua turbia. Ninguno habla. Están esperando a que se resbale, se caiga, se golpee y se espachurre contra las piedras rotas de abajo. Ninguno habla; un solo suspiro podría hacer que se soltara. La palabra es exposición.

Durante un momento Hayduke siente ese pánico enfermizo del escalador que no está atado ni tiene ayuda. La nausea y el terror. Imposible continuar, imposible descender, imposible permanecer tal y como está. Los músculos de su pantorrilla izquierda están empezando a temblar y el sudor le cae, gota a gota, a través de las cejas hasta los ojos. Con la mejilla y la oreja pegada a los cimientos de la tierra de los cañones, oye y comparte el latido de un corazón macizo, un murmullo pesado enterrado bajo las montañas, tan antiguas como el mesozoico. Su propio corazón. Un sonido subterráneo, pesado, marcado y remoto. El miedo.

Doctor Sarvis —dice alguien, a años de distancia; una voz fantasmal, como el bramido del Minotauro alrededor de las numerosas curvas de los cañones que se hunden dentro de este laberinto de piedra roja—. Doctor…

Hayduke levanta la mano, inclina el cuerpo hacia fuera de la bóveda y deposita todo el peso únicamente sobre la bota con suela de tacos del pie derecho, que a su vez se apoya en la roca curvada. Suavemente saca el pie izquierdo, lo estira y lo coloca junto al otro, de manera que los dos pies, grandes y fuertes, se encuentran sobre la superficie del plano curvilíneo. Se pone derecho. El rozamiento funciona. Está yendo hacia arriba, hacia ninguna parte. Se oye el

sonido de un helicóptero que se eleva —tucu, tucu, tucu, tucu— entre las paredes, las cimas, las aletas y los picos. Da igual. Eso puede esperar. Camina hacia arriba, paso a paso, mientras piensa: Vamos a vivir para siempre. O a saber la razón por la que no.

Ya está bien. Seguridad. Ahora necesitamos un punto de apoyo. Lo encuentra al instante: una cornisa estrecha pero sólida que se mete en la línea de descenso de la curva de la pared (en el sentido correcto) donde hace un siglo o dos un trozo cedió y se desprendió, para después caer en el montón de escombros sobre el que se encuentran ahora sus amigos. Mira hacia arriba. Allí le espera una gran pendiente de piedra cubierta por rocas con forma de hamburguesa sobre pedestales, algunos bancos de grava, unos cuantos arbustos: purshias, yucas, enebros nudosos y retorcidos, medio muertos aunque también medio vivos. El camino lleva hacia los misterios pétreos de Las Aletas, luego (eso espera) a Lizard Rock y finalmente al Laberinto.

—¡Siguiente! —grita Hayduke mientras se coloca un extremo de la cuerda alrededor de la cintura y arroja el otro al vacío, que llega hasta donde están los demás, noventa pies más abajo. Sobran treinta pies de cuerda.

Los neófitos se muestran algo reticentes, pero finalmente Smith y Bonnie consiguen intimidar a Doc para que haga el ascenso. Smith tensa la cuerda entre el gran pecho de Doc y la barriga, le cuelga el kit médico del cinturón y lo empuja hacia arriba para que de los primeros pasos. Doc está aterrorizado, por supuesto, pero también restablecido después de haber conseguido algo de agua, aunque sea caliente y nauseabunda, para su tejido celular esponjoso. Al principio intenta arrastrarse por la roca al estilo ameba, de pseudópodo en pseudópodo, pero resulta inútil. Lo convencen para que se incline hacia fuera y hacia atrás, en contra del más mínimo sentido común y del instinto, y para que camine por la pared permitiendo que Hayduke tire de él con todo el peso en la cuerda. Lo consigue, no se sabe cómo, se sienta a los pies de Hayduke y se seca la cara.

La siguiente es Bonnie, cargada con las cantimploras que gorgotean.

—Esto es ridículo —dice— totalmente ridículo, y si dejas que me

caiga, George Hayduke, so cerdo, no te volveré a hablar en la vida.

Pálida y algo temblorosa, se sienta junto a Doc.

Suena un helicóptero que ronda por los alrededores entre las agujas, torrecillas, y cúpulas, buscando algo, cualquier cosa, aunque sea un sitio donde bajar para no encontrar nada más que un paisaje sobrenatural de rocas que se elevan e hileras paralelas de placas de piedra de trescientos pies de altura que disminuyen gradualmente colocadas de canto: Las Aletas. Pero al menos no es el Laberinto, piensa el piloto y piensa Hayduke, que tampoco está familiarizado con la región. Al menos él, Hayduke, tiene los dos pies sobre la tierra: piedra sólida. Además de un cordón umbilical resistente y flexible alrededor de las caderas que lo conectan con Seldom Seen Smith, que espera fuera de su ángulo de visión por debajo de la semiesfera de piedra.

—No te olvides mis armas —le grita Hayduke.

Doctor Sarvis —grita alguien con una voz megafónica parecida a la de un toro, grotescamente amplificada, que hace retumbar el cañón desde un lugar oculto, mucho más cerca que antes, y que se está aproximando—. Doctor, le necesitamos…

Doc, que está sentado al lado de Hayduke, se seca la frente, todavía pálido por el riesgo y el miedo, tirita como un caballo cojo. Con dedos temblorosos, intenta volverse a encender el cigarro, pero no atina. En su lugar, se quema los dedos.

—¡Dios santo!

Doctor Sarvis… señor… ¿dónde está?

Nadie presta mucha atención a la voz incorpórea. ¿Para qué? ¿Quién puede creerlo? Cada uno piensa para sí mismo que se está volviendo loco.

Bonnie enciende una cerilla y le da fuego al doctor.

—Pobre Doc.

Los dos acrófobos se apoyan el uno en el otro.

—Gracias, enfermera —masculla mientras recupera la firmeza—. Madre mía, qué lugar más extraño. —Mira a su alrededor—. Roca desnuda, nada más que roca desnuda, por todas partes. Un mundo onírico surrealista, ¿verdad, enfermera? Dalí. Tanguy. Sí, un paisaje de Yves Tanguy. ¿Qué está haciendo ahí George con esa cuerda? Como no tenga cuidado alguien va a tirar de ella y va a perder el

equilibrio.

—Está esperando a Seldom, mi amor. Toma otro sorbo de agua.

—Smith —grita Hayduke—, ¿a qué coño estás esperando?

—Ya voy, ya voy. ¿Estoy asegurado?

—Asegurado, joder.

Hayduke está preparado y espera.

—Probando la cuerda.

Fuerte tirón. Hayduke se mantiene firme.

—Ténsala.

—Ahí va.

Smith sube caminando por la pared, agarrando la cuerda con ambas manos y con los pies pegados a la piedra, llega donde están los demás y se quita la cuerda. Respira con dificultad pero parece aliviado.

—¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —pregunta Hayduke.

—Tenía que mear.

«DOCTOR SARVIS, POR FAVOR, DOCTOR SARVIS».

—¿Qué demonios es eso? —dice Hayduke.

—Suena como si fuera Dios —contesta Bonnie—, pero con acento del oeste americano. Justo lo que siempre he temido.

—Dame el rifle —dice Hayduke— y el cañón.

Smith se los da de mala gana.

—Los demás empezad a subir por la pendiente.

George se abrocha el cinturón con la pistola.

—Mira, George…

—¡Continuad!

«¡DOCTOR SARVIS!».

Nadie se mueve. Miran fijamente hacia abajo del cañón, hacia la dirección de la que proviene el potente llamamiento. Se oye el sonido de unas botas pesadas que caminan trabajosamente por la arena y la grava, y pisan sobre arbustos.

«¡EH, DOC SARVIS!».

—Alguien con un megáfono —farfulla Hayduke—. Algún truco de los del obispo.

—Sólo que no suena como el reverendo.

—Vigila detrás de nosotros. Nos están intentando engañar. Todos atrás.

Hayduke coge el rifle y apunta hacia abajo; nervioso, abre el cerrojo, inserta un cartucho en la cámara y cierra el cerrojo.

Esperan. Miran hacia la curvatura de la pared del cañón mientras las pisadas se van acercando. Aparece un hombre, grande, pesado, de doscientas libras de peso y seis pies de altura, sudando como un cerdo, sin afeitar, con la cara roja y aspecto preocupado. Con una gran cantimplora colgada del hombro. Se detiene, mientras agarra con una mano el megáfono a pilas y con la otra un palo del que cuelga una camiseta blanca sucia y mira fijamente el cajón cerrado del cañón, ajeno a la banda que está mirándolo a noventa pies de altura. El hombre se parece un poco al reverendo Love. Pero no tanto. No va armado.

—¿Qué quiere ese hijo de puta? —susurra Hayduke.

—Ese no es el reverendo —dice Smith—, es su hermano pequeño, Sam.

Sus susurros llegan hasta el hombre, que mira hacia arriba, primero a la izquierda, el lado incorrecto, ya que lo que oye no son los sonidos originales sino su eco. En esa parte sólo ve el techo del majestuoso hueco que se curva sobre su cabeza, a doscientos pies de altura.

—Estamos aquí arriba, Sam —dice Smith—. ¿Qué estás haciendo? ¿Estás perdido?

Sam los divisa y alza la sucia camiseta interior con un gesto cansado, bien de rendición, bien de parlamento. Parlamento: se acerca el megáfono a la boca.

Smith levanta la mano:

—Podemos oírte sin esa maldita cosa. ¿Qué te preocupa, Sam?

—Necesitamos al doctor —dice el hermano.

—Lo sabía —farfulla Hayduke ferozmente.

—¿Para qué? —dice Smith.

—Todo el tiempo he sabido que era una trampa. Vigila por detrás, Bonnie.

Bonnie le ignora.

—Al reverendo le ha dado un infarto. O algún otro tipo de ataque. No sé exactamente qué es, pero creo que es un ataque al corazón.

Doc levanta la cabeza con interés.

—Llamad a vuestro helicóptero —dice Smith—, llevadle al hospital.

—El helicóptero ha venido pero no puede aterrizar a menos de una milla de distancia y necesitamos al médico inmediatamente.

—Describe los síntomas —farfulla Doc, mientras trata de agarrar su bolsa negra.

Bonnie le pone una mano en el hombro.

—No, no lo hagas.

El hombre que está abajo se dirige directamente al doctor Sarvis:

—Doctor —grita—, ¿puede bajar de ahí? Le necesitamos de verdad.

—Por supuesto —masculla Doc parpadeando y buscando a tientas su bolsa.

La lleva atada por detrás y no logra soltarla.

—Voy para allá.

—¡No! —grita Bonnie—. Diles que no hace visitas a domicilio, sólo en la consulta —grita a Sam.

—Ahora vuelvo —murmura Doc, mientras busca con los pies un punto de apoyo. Se empuja la bolsa hacia un lado, ahora con los ojos más claros—. George, ¿la cuerda?

—Es una trampa —grita Hayduke, estupefacto.

—¿La cuerda, George?

Doc coge el extremo que cuelga y comienza a atársela alrededor de la cintura con un nudo llano. Las manos todavía le tiemblan. Da una calada a su cigarro.

—Bajo enseguida —murmura hacia el hombre que está abajo, que no le oye.

—¡Doc!

—Doctor Sarvis —chilla el hombre.

—Bajo enseguida. Que alguien se lo diga. George, échame una mano con esto. Necesitamos una sutura no corrediza, ¿no? No recuerdo cómo te hiciste tú la tuya.

—Dios —George se acerca, deshace el nudo llano y hace un nudo bolina—. Escúchame atentamente, Doc —comienza—, no pueden probar que tú estuvieras metido en esto.

—Por supuesto que no.

—No, escúchame —interrumpe Bonnie—. Esto no está bien. Te

meterán en la cárcel. No voy a dejar que lo hagas. Lo que tenemos que hacer es —Bonnie señala frenéticamente hacia la roca silenciosa que está arriba y a los desagradables y amenazadores monumentos de piedra; la ciudad muerta, esa morgue jurásica— subir allí. Como sea. Luego ir al Laberinto. Seldom dice que nunca nos encontrarán una vez hayamos llegado allí.

—Bueno, bueno, Bonnie —dice mientras la abraza—. Tengo un buen abogado. Caro pero muy bueno. Nos reuniremos más tarde. De todos modos no puedo seguir mucho más así. Por otro lado está —«¡Bajo en un minuto!», grita al hombre que le está esperando—, ya sabes, mi juramento y toda esa porquería. No se puede ser un hipócrita hipocrático, ¿a que no? Estoy listo, George. Bájame.

—Está bien —dice Hayduke preparándose para aguantarle—, pero no cuentes nada a esos hijos de puta, Doc. No admitas absolutamente nada. Haz que lo demuestren.

—Sí, sí, claro. Siento que no haya tiempo para una apropiada, bueno, ya sabéis… —Doc dirige un movimiento de cabeza a Smith —. Hombre de bien, no dejes que estos imbéciles se metan en líos. Cuidaos, George, Bonnie…

—¡No te vas a ir!

Doc sonríe, cierra los ojos, se inclina hacia fuera y se pone de espaldas al borde. Baja la pared con dificultad, con la bolsa enganchada en el cinturón y agarrándose con las manos desesperadamente a la cuerda y con los nudillos blancos manteniendo los ojos cerrados mientras Hayduke repite las instrucciones rutinarias:

—Inclínate. Seldom, será mejor que me ayudes. Inclínate, Doc. Inclínate hacia atrás. Los pies pegados a la roca. No aprietes la puta cuerda así. Relájate. Disfruta. Eso es. Sigue. Sigue, Doc. Así.

Bonnie mira llena de asombro.

—Doc… —gime.

Doc llega al final de la pared (o, mejor dicho, lo bajan). Sam Love desata la bolsa médica, desata la cuerda de escalada y ayuda al doctor a bajar por los escombros hasta el suelo del cañón. Doc dice adiós con la mano a sus camaradas, luego zigzaguea por el cañón al lado de Sam, que lleva la bolsa.

—Te veremos pronto, Doc —grita Smith—. Ten cuidado,

ocúpate del hijo de puta del reverendo y asegúrate de que te paga en efectivo. No admitas cheques.

Doc vuelve a saludar sin mirar atrás.

—Larguémonos de aquí. —Hayduke empieza a enrollar la cuerda, tirando de ella hacia arriba.

—Espera un momento —dice Bonnie—, yo también voy a bajar.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Vaya. Mierda. Vaya, me cago en la puta.

—Sin groserías, por favor. Sólo sujétame bien.

—Vaya, mierda, espera a que suba la cuerda.

—No tienes que bajarme como si fuera un bebé. Bajaré haciendo *rappel*.

Bonnie se pone algo —un pañuelo doblado a modo de almohadilla— en el culo de los vaqueros y se coloca a horcajadas sobre la cuerda (esa cuerda afortunada, piensa Smith).

—Tú sujétame bien y cierra el pico.

Se pasa la cuerda entre las piernas, se la cruza por la espalda y por encima del hombro.

—Sujétame, caray.

—Así no puedes. No tienes la cuerda bien puesta. De todas maneras, ¿dónde coño te crees que vas?

—¿Dónde crees que voy?

—Ahora tú eres mi mujer —Hayduke suelta un gallo haciendo que su voz parezca el balido de un amante—. Mierda —gruñe, mientras se recupera con rapidez—, ¿qué coño te pasa?

Bonnie se gira hacia donde está Smith.

—Seldom —ordena—, sujétame.

Smith duda mientras Hayduke tira de la cuerda que ahora está enrollada alrededor de la frágil figura de Abbzug.

—Caray, Bonnie… —dice Smith, y carraspea.

—Bueno, bueno —dice Bonnie— menudo par de niñatos tiquismiquis blandengues estáis hechos, de verdad.

Bonnie se pone de espaldas al precipicio con la cuerda colocada correctamente en posición de *rappel*, todavía con un extremo alrededor de la cintura de Hayduke.

—Si no me sujetas bien haré que bajes conmigo.

—¡Joder! —resopla Hayduke, dando un paso atrás hacia la cornisa de apoyo y colocando las botas firmemente—. Un momento, ¡no lo hagas! —Le lanza una mirada fulminante.

—De verdad, no sé cómo vais a sobrevivir vosotros dos sin mi. O cómo voy a sobrevivir yo sin la brillante, refinada, tierna y elegante conversación de George. —Pausa —¡Patán! ¡Me voy con Doc!

—¡Ni lo sueñes! —tira de la cuerda.

—¡Claro que me voy! —retrocede.

—George —habla Smith—, deja que se vaya.

—Tú no te metas en esto.

—Deja que se vaya.

—No te metas, Seldom —dice Bonnie—, puedo ocuparme de este gamberro yo sola.

Tira de la cuerda.

—¡Comprobando sujeción!

—¡Sujeción lista! —contesta Hayduke, reanimándose automáticamente. La mitad de la cuerda está enrollada a sus pies.

Bonnie comienza a bajar por la cúpula de arenisca, con la cuerda que le raspa los vaqueros y la camiseta y que le aprieta tanto que llega a doler. Noventa pies de descenso. Ochenta. Setenta. Desde la posición de Hayduke sólo se le ve el sombrero, la cara y los hombros. Luego sólo el sombrero, Luego nada. Desaparece.

—¡Más cuerda! —se eleva una vocecilla aterrorizada.

Hayduke suelta más cuerda.

—Debería dejarla ahí colgada. Pequeña zorra testaruda. Nada más que problemas me ha traído. Joder, Seldom, ¿no dije al principio que no necesitábamos ninguna maldita niña en esta puta organización? ¿No lo dije? Claro que lo dije. Nada más que problemas y desgracias.

La cuerda vibra en su mano como la de un arco, una línea recta euclidiana que va desde el hueso de su cadera hasta el borde de la pared del cañón.

—¿Dónde estás ahora? —grita.

No hay respuesta.

—Seldom, ¿puedes ver lo que está haciendo esa furcia loca ahí abajo?

Un grito débil y lastimero suena desde abajo:

—Fin de la cuerda. Dame más cuerda, cabrón.

Smith se asoma al borde.

—Está cerca de todas formas, George. Deja que baje otros veinte pies.

—Dios —Hayduke continúa, con lágrimas que le caen por las mejillas hirsutas y que se deslizan como perlas derretidas por las aletas de su nariz hacia la maleza de su mandíbula—, piensa en todo lo que hemos hecho por ella, maldita sea, y justo cuando estamos a punto ella tiene que escabullirse así, sólo porque siente lástima de Doc. Que se vaya al infierno, es todo lo que puedo decir. Al infierno, Seldom, seguiremos sin ella, eso es todo. Al infierno con ella.

La cuerda se afloja entre sus manos pero él parece no darse cuenta.

—Ya está abajo, George —dice Smith—. Recoge la cuerda, ya se ha desatado. ¡Hasta pronto, cielo! —grita, mientras Bonnie camina hacia el suelo del centro del cañón, apresurándose para alcanzar al desaparecido Doc.

Bonnie se detiene y manda un beso a Seldom, con gran sonrisa triunfante en su preciosa cara. Está radiante. Con los ojos brillantes y el sol reflejándose en su pelo saluda a George con la mano.

—Adiós.

Él enrolla la cuerda, parece huraño. No le responde. Los psicópatas maniacodepresivos son difíciles de contentar. Ni siquiera la mira.

—A ti también, gilipollas —ella grita alegremente y envía a Hayduke un beso esperanzador.

Él se encoge de hombros y sigue recogiendo su preciada cuerda. Bonnie Abbzug se ríe, se da la vuelta y se aleja corriendo.

Silencio. Más silencio.

—Ahora recuerdo el tercer precepto —dice Smith sonriendo a un sombrío, apesadumbrado y mugriento Hayduke—. Nunca te acuestes con una tía que tenga más problemas que tú.

La cara de Hayduke se relaja con una sonrisa reticente pero amplia.

O con casi los mismos, añade Seldom para sus adentros.

¡Tucu, tucu, tucu, tucu!

El sol destella en el rotor que gira y se refleja en la burbuja de plexiglás, mientras que el helicóptero de reconocimiento pasa velozmente, como un pensamiento tardío, visible sólo por un momento, a través del trozo de cielo nublado entre dos altísimas paredes de un cañón, a una milla de distancia. Las vibraciones llegan hasta ellos, los círculos se van acercando y cerrando, un bucle vítreo desde el cielo.

Smith coge la cantimplora, Hayduke se cuelga el rifle. Suben gateando la pendiente pedregosa, diminutas figuras sobre un enorme rostro sin ojos de arenisca esculpida, dos pequeños seres humanos perdidos en un gigantesco reino de torres, paredes, calles vacías y *metrópolis* abandonadas de roca, más roca y nada más que roca, silenciosas y deshabitadas durante treinta millones de años. Se pueden oír sus voces en ese resto estéril de una alianza lejana, mientras encogen y menguan, abajo a lo lejos, como pequeños bichos metomentodo, desde el punto de vista del buitre.

George *—dice una vocecita, increíblemente remota pero clara—, madre mía, George, sabes que no pensaba que pudieras hacerlo, cuando se trataba de ir al grano. Estaba seguro de que te arrugarías como una criadilla, que te doblarías con la cola gacha y te mearías encima como una serpiente enferma*.

Vaya, Seldom Seen, mormón hijo de puta con cara de águila ratonera, puedo hacer lo que quiera si quiero, es más, lo haré, es más, ellos nunca, y digo nunca, nunca jamás van a cogerme. No. Nunca. Ni a ti, si puedo evitarlo.

Las microvoces se debilitan pero no desaparecen: el parloteo y la risa continúan, y continúan, y continúan durante millas…

El buitre sonríe con su sonrisa encorvada.

—Está detenido, doctor Sarvis. Supongo que debo decírselo antes de que vea a Dudley.

Doc. Se encoge de hombros y le devuelve la cantimplora a Sam.

—Por supuesto. ¿Dónde está el paciente?

—Lo tenemos debajo de ese álamo donde están aquellos hombres. Usted también, hermana.

¿Hermana? Bonnie reflexiona, aunque sólo un momento.

—No me llame hermana, hermano, a no ser que lo sea. Además, tengo sed, mucha hambre y solicito que respeten mis derechos legales como delincuente común y si no, no os causaré más que problemas.

—Tranquila.

—No descansaréis en absoluto.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Sólo preocupaciones.

—Está bien. Aquí está, Doc.

El paciente está sentado contra el tronco de un árbol, un hombre grande y grueso de rostro cuadrado de apuesto ganadero anglosajón. J. Dudley Love, obispo de Blanding. Los ojos le relucen, su piel tiene un matiz de semicocida, parece entusiasmado, nervioso, un poco ausente.

—Hola, Doc. ¿Dónde demonios has estado? Sam —dice dirigiéndose a su hermano—, ¿qué te dije? Te dije que vendría. ¿Voy a ser gobernador del gran estado de Utah conocido como «la gran colmena», o no? Industria, doctor, ese es nuestro lema de estado, y nuestro símbolo de estado es la colmena de oro, una maldita colmena maciza de cuarenta quilates, y Dios sabe que nosotros somos pequeñas abejas laboriosas, ¿verdad, Sam? ¿Quién es esta chica? ¿Voy a ser gobernador o no?

—Vas a ser gobernador.

—¿Voy a ser el gobernador de este maldito estado o no?

—Seguro que sí, Dud.

—De acuerdo. ¿Y dónde están los demás muchachos? Los quiero a todos, en especial al veleta renegado de Smith. ¿Lo tenéis?

—Todavía no, Dudley. Pero estamos consiguiendo ayuda. Hemos contactado con el Departamento de Seguridad Pública, con la Oficina del Sheriff y con el FBI, y con todos aquellos que tienen competencias aquí, excepto con el Servicio de Parques.

—No, Sam. No quiero ayuda. Puedo atrapar a esos chicos yo solo. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

El futuro gobernador de Utah mira absorto mientras Bonnie, con el estetoscopio colgando del cuello, le sube la manga y le abrocha la solapa de la manga del tensiómetro ajustándolo alrededor del brazo. Por los agujeros de la nariz del reverendo sale sangre. Doc pone a

contraluz una reluciente jeringuilla hipodérmica y clava la aguja en una ampolla.

—Eres una joven muy bonita. ¿Eres también médico? ¿Cómo te llamas? Me duele el brazo izquierdo. Hasta los dedos. Y lo último que queremos es ver a los guardas del parque husmeando por aquí. Ni siquiera pertenecen a esto. Vamos a transferir todo este supuesto Parque Natural al estado tan pronto como yo esté ahí, ya verás, Sam. ¿Qué es lo que estáis mirando tan anonadados, amigos? Fuera de aquí. Encontrad a Smith; decidle que mejor será que aparezca en la próxima reunión de la Asociación para el Perfeccionamiento Mutuo o revisaremos su genealogía. Lo único peor que un gentil es un maldito *jack mormon*. ¿Eres tú una gentil, joven?

—Soy judía —murmura mientras se coloca los cuernos del estetoscopio en los oídos y comprueba el tensiómetro. Sístole, diástole, mercurio y milímetro—. Ciento sesenta sobre ochenta y cinco —dice a Doc.

Él asiente. Ella desabrocha la solapa.

—Aunque seas una gentil, no pareces judía. Te pareces a Liz Taylor. Quiero decir cuando era joven, como tú.

—Qué amable es usted, reverendo. Ahora relájese.

Doc se acerca con la aguja y extiende una mano grande firme y tranquilizadora sobre su frente húmeda.

—Esto va a doler un poco, gobernador.

—Todavía no soy gobernador, ahora soy sólo un obispo. Pero pronto lo seré. ¿Eres tú el (¡uf!)… el médico? Pareces médico. Sam, maldita sea, ¿no te dije que el doctor vendría? Ya no se encuentra a muchos así. Sam, me gusta esta chica. ¿Cómo te llamas, tesorito? ¿Abbzug? ¿Qué clase de nombre es ese? No suena americano, en cualquier caso. ¿Quién me ha robado el triciclo? Sam, sigue con la radio. Alarma en todos los puestos. Descripción: tez oscura, grasiento, grano en el culo, cicatriz en el testículo izquierdo. Pantalones caídos. Supuestamente armado y peligroso. Alias Rudolf el Rojo. Alias Herman Smith. ¿Smith? ¿Dónde está ese Seldom Seen? Buscado por robo, asalto a mano armada, secuestro, destrucción de la propiedad privada, sabotaje industrial, agresión, uso ilegal de explosivos, conspiración para interrumpir el comercio interestatal, vuelo a través de fronteras estatales para evitar la

persecución por propósitos inmorales, robo de caballos y rodamiento de rocas. ¿Sam? ¿Estás ahí, Sam? Sam, por Moroni, Nefi, Mormón, Mosíah y Omni, ¿dónde estás? ¿Qué? ¿Qué decía, doctor?

—Cuente hacia atrás desde veinte.

—¿Desde qué?

—Desde veinte.

—¿Veinte? Veinte. Bien. Cuento hacia atrás desde veinte. Sí señor. Por qué no. Veinte. Diecinueve. Dieciocho… diecisiete… dieciséis…



29. Land's End. Sólo queda un hombre

Oscura y ambivalente penumbra del amanecer. El cielo, una masa continua de nubes violetas inmanente a la tormenta. Lo que vieron cuando miraron desde la cima, por encima de Las Aletas hacia Lizard Rock no les gustó un pelo. Un helicóptero nuevo y más grande junto a una hoguera humeante, cuatro camiones, dos tiendas de campaña grandes, sacos de dormir u hombres diseminados por la arena y la piedra, muertos, dormidos o las dos cosas. Pero esa no era la mayor dificultad.

—¿Por qué han tenido que acampar ahí? —dice Hayduke—. Todo ese bonito desierto limpio y vacío y tienen que acampar ahí. ¿Por qué justo ahí?

Debería volver con mi alfalfa y mis melones, piensa Smith. Los

dos. Green River te necesita. Las lluvias están llegando. Los niños echan de menos a su papi. Empezar con la gran casa flotante. El arca de Seldom.

El lucero del alba brilla en el este a través de un hueco entre las nubes. Júpiter Pluvius, planeta de la lluvia, radiante como el cromo en un cielo de marfil, atardecer color lavanda, el crepúsculo de la libertad.

—¿Por qué justo ahí, cielo santo? ¿Justo encima de nuestro puto alijo de comida?

—No lo sé, George —dice—. Mala suerte, creo yo. Tenemos otro arriba, cerca de Frenchy's Spring.

—No vamos en esa dirección. Vamos al Laberinto.

—No sé yo lo del Laberinto, George. Es muy difícil encontrar un camino que baje al Laberinto. Y más difícil aún encontrar una salida. Allí no hay agua permanente. No hay reses. Casi nada que cazar. He estado pensando que quizás deberíamos escalar la cima y caminar hacia el norte hasta Green River.

—Estás loco. Eso deben de ser ochenta millas. Estarán vigilando tu casa día y noche. Intenta volver y te meterán en la cárcel.

Smith mastica una brizna de hierba.

—Puede que sí; y puede que no. Mi señora es muy lista, la condenada. Ella puede dar esquinazo al reverendo Love.

—¿El obispo Love? Ya no van a ser solo él y el equipo. Estará la policía estatal. Quizás el FBI. Puede que la CIA, por lo que yo sé. Tenemos que escondernos un tiempo. Al menos durante el invierno.

Smith está en silencio mientras observan el campamento que hay más abajo, a media milla de distancia. Todavía no hay señal de movimiento ahí abajo. Más allá del campamento y de Lizard Rock están los numerosos cañones sombríos del Laberinto.

—Bueno, George, no lo sé. Podrías ir allí. Si fueras al río lo tendrías fácil. Hay muchos peces en el río Verde, los peces gato; están buenos y normalmente son fáciles de atrapar, y en los cañones de alrededor hay ciervos. No muchos, pero algunos hay. Y caballos salvajes y unos pocos muflones. Y de vez en cuando, por supuesto, habrá una vaca muerta flotando río abajo. Quizás podría mandarte cada cierto tiempo una, junto con una flota de sandías a finales de agosto.

—No has contestado a lo que te he dicho —dice Hayduke.

Smith no responde. Hayduke sigue con lo suyo.

—Si consigo un ciervo al mes sobreviviré. Puedo secar la carne. Y si consigo uno cada dos semanas estaré gordo y feliz como una perdiz. Construiré un ahumadero de pescado. Además, está lo que hay escondido en los alijos; ahí hay alubias como para un mes. No necesitaré ninguna vaca muerta. Una sandía estaría bien, supongo, si quieres mandarme alguna. Pero sería mejor que te quedaras.

Smith sonríe con tristeza.

—George —dice—, yo ya he hecho ese tipo de cosas. Muchas veces. La comida no es el problema.

—Bueno, joder, tampoco me preocupa el invierno. Arreglaré una de esas ruinas de los anasazi o una buena cueva acogedora en la roca, tendré a mano suficientes enebros y pinos piñoneros y estaré preparado para cualquier tormenta de nieve. Cuando esos vigilantes dejen la zona volveré y cogeré mi mochila y mi saco de dormir. No hay de que preocuparse.

—Tampoco es el invierno.

Silencio. Están echados sobre la roca observando al enemigo. Duermen por el día, avanzan por la noche. Pero el hambre aprieta en sus estómagos. Las dos cantimploras están de nuevo vacías. Hayduke, entumecido por las heridas y vendas, con la ropa hecha jirones, sólo conserva su cuchillo, el revólver, el rifle y la cuerda, y unas cuantas cerillas en el bolsillo. Smith está demacrado y cansado, sucio, muerto de hambre, echa de menos su hogar y empieza a sentir que comienza su etapa de madurez.

—Crees que me sentiré solo —dice Hayduke.

—Eso es.

—Crees que no aguantaré la soledad.

—Puede ser muy dura, George.

Una pausa.

—Puede que tengas razón, quizás. Ya veremos. —Hayduke se rasca las picaduras de mosquito de su cuello peludo—. Pero voy a intentarlo. Sabes, es algo que he querido hacer toda mi vida. Me refiero a vivir solo, en la naturaleza. —Da unas palmaditas a la culata del rifle. Toca el mango de su Buck Special—. Creo que estaremos bien. De verdad que creo que estaremos cojonudamente

bien, Seldom. Y algún día, la próxima primavera, iré al río y te haré una visita. O le haré una visita a tu mujer. Tu estarás en la cárcel, claro.

Otra sonrisa lánguida de Smith.

—Siempre serás bienvenido, George. Si no estoy allí tú puedes ayudar con los niños y con las tareas domésticas mientras Susan conduce el tractor. Que siga funcionando aquello.

—Creía que no sacabas nada con el cultivo.

—Soy guía fluvial —dice Smith—. Soy barquero. El rancho es solamente lo que llaman seguridad social. Susan es la granjera, se le da bien. Yo no tengo mano para las plantas. De todos modos quiero volver allí unos días.

—Ellos te estarán esperando.

—Sólo unos cuantos días. Luego quizás cargue uno de los barcos y baje por el río a buscarte. Digamos que en un par de semanas contando desde ahora. Te traeré sandías y los periódicos para que puedas leer todo lo que dicen de ti.

—¿Y qué pasa con tu otra mujer?

—Tengo tres mujeres, tres —dice Smith con orgullo.

—¿Qué pasa con ellas?

Smith se lo piensa.

—Susan es la única a la que quiero ver. —Echa un vistazo al este y ve el amanecer—. Creo que ahora tenemos que refugiarnos, George, y dormir un poco. Nuestros amigos de ahí abajo van a empezar a buscarnos de un momento a otro.

—Estoy tan jodidamente hambriento…

—Tu y yo, los dos, George. Pero ahora tenemos que guarecernos.

—Si hubiera alguna forma de distraer la atención de esos tipos fuera del campamento… Distraerlos sólo unos minutos, colarse allí y desenterrar el alijo…

—Descansemos un poco primero, George, y luego lo pensamos. Esperemos hasta que empiece a llover.

Se retiran a la oscuridad de Las Aletas, a quinientas yardas de distancia, caminando por la roca, sin dejar huellas, y se acuestan bajo una cornisa ancha, ocultos totalmente por bloques de arenisca desprendidos, visibles sólo en caso de examen a poca distancia. Intentan dormir, farfullando y gruñendo, con los estómagos

doloridos, las extremidades débiles y flojas por la carencia de proteínas y las gargantas secas por la sed. Al cabo de un rato pasan a un estado de conciencia crepuscular, medio despiertos, medio dormidos, en el que se agitan entre pequeñas pesadillas y gimen.

Lejos, en la meseta, tres mil pies por encima de ellos, un relámpago azota los pinos piñoneros, seguido del estruendo del trueno que se extiende por los cañones, a través de las nubes, en el pesado silencio del amanecer sin sol. Unas cuantas gotas caen sobre la roca de arenisca más allá del refugio de la cornisa, como motas húmedas que se desvanecen rápidamente al evaporarse en el aire sediento. Por fin, Smith, hecho un ovillo, cae en un profundo sueño.

Hayduke hace planes y fantasea, y no puede dormir. Está demasiado cansado para dormir; demasiado hambriento, enfadado, nervioso y aterrado. Tiene la impresión de que sólo hay un obstáculo entre él y el otoño e invierno salvajes allá en el Laberinto, donde al fin se puede perder, olvidarse de sí mismo para siempre, convertirse en un simple depredador entregado únicamente a sobrevivir y a la limpia, dura y brillante persecución de la caza. Ese mundo supremo, piensa, o más bien sueña, el mundo último de carne, sangre, fuego, agua, roca, madera, sol, viento, cielo, noche, frío, amanecer, calor, vida. Esas breves, rotundas e irreductibles palabras que representan casi todo lo que cree que ha perdido. O que nunca tuvo realmente. ¿Y la soledad? ¿Soledad? ¿Es eso todo lo que tiene que temer?

Pero queda un obstáculo: el campamento enemigo que se encuentra junto a su alijo de víveres en Lizard Rock.

El resplandor de la luz repentina penetra en sus ojos cerrados. Incertidumbre. Después llega el estrépito violento del trueno, un rugido como si se rompieran las entrañas del cielo. Balas de cañón bombardean la piedra. Otro destello de luz blanca azulada chamusca la pared del cañón. Sobresaltado y totalmente despierto, Hayduke espera el estampido mientras cuenta los segundos. Uno… dos…

¡Catapuuuum!

Ese estaba cerca. Dos segundos. A unos dos mil doscientos pies de distancia. Comienza a caer una lluvia constante que brilla como una cortina de cuentas más allá del saliente de la cornisa. Se gira

para mirar a Smith, con la intención de hablarle, pero se contiene.

El viejo Seldom Seen está tumbado de lado, profundamente dormido a pesar del trueno (para él un sonido familiar y quizás relajante), con la cabeza acurrucada sobre el brazo y una sonrisa en su rostro corriente. El hijo de puta está sonriendo. Un sueño bueno, para variar. En ese momento parece tan vulnerable, tan indefenso, feliz y casi humano que Hayduke no puede molestarlo. Piensa: ¿Para qué le voy a despertar? Tenemos que separarnos de todas formas. Y Hayduke odia las despedidas.

Se quita las botas y da la vuelta a sus calcetines grasientos y gastados, acariciando las rozaduras de sus pies. Sin cambio de calcetines, sin polvos para pies, sin baño caliente esos pies tendrán que sostenerse durante unas cuantas horas más hasta que consigamos abrir el alijo. Se vuelve a poner los calcetines y las botas. Más relámpagos, otro redoble de tambor del trueno cayendo en cascada por los barrancos. Hayduke encuentra el efecto temporalmente estimulante. Vigorizante. La lluvia cae, ahora con fuerza, como una cascada y permite una visibilidad de menos de cien pies. Bueno, excelente, precisamente lo que estaban esperando.

Hayduke se abrocha el cinturón de la pistola y la 357 enfundada, se cruza el rifle y la cuerda en la espalda, coge una de las dos cantimploras (vacías) que quedan y se esfuma. Fuera, la lluvia le cae a raudales sobre la cabeza y los hombros, y le chorrea desde la visera de la gorra hasta la punta de la nariz, mientras se obliga a sí mismo a subir corriendo por una cuesta. En la espesa luz gris, brillando de cuando en cuando con deslumbrantes espadas de relámpagos, Las Aletas brillan como peltre viejo, con paredes de plata húmeda de cuatrocientos pies, descomunales entre la neblina, recorridas por ríos de agua.

Emerge del desfiladero un momento y se detiene para mirar un mundo mucho más pequeño que antes, con inquietantes formas de piedra elevándose a través de una manta de lluvia, las paredes de la meseta perdidas más allá de la oscuridad y la misma Lizard Rock que ya no se ve. Pero conoce el camino. Se cala la gorra y corre bajo la tormenta.

Smith no se sorprende cuando se despierta y ve que su compañero se ha ido. No se sorprende, pero le duele un poco. Le

hubiera gustado tener la oportunidad, al menos, de decirle adiós (que Dios te acompañe) o que (a usted le) vaya bien o al menos hasta pronto (por ahora), viejo compañero, hasta que nos volvamos a encontrar. Por el río, quizás. O en Arizona, para poner el broche de oro con la ruptura, eliminación y obliteración de… por supuesto, la presa del embalse del Glen Canyon National Sewage. Nunca llegamos a ocuparnos de eso todos juntos.

Smith se levanta despacio, se toma su tiempo. No tiene ninguna prisa ahora que Hayduke se ha ido. La lluvia cae a cántaros de manera monótona y constante por fuera de la cornisa, y riachuelos de agua entran en la cueva y le empapan el hombro. Fue el agua, no la lluvia ni los relámpagos los que al final le despertaron. Cuando gateaba para buscar suelo seco fue cuando notó la ausencia de Hayduke, junto con sus últimas pertenencias, y se dio cuenta sin sorpresa pero con cierto sentido de pérdida de que él, Smith, era el último que quedaba, desde su punto de vista.

Y, como Hayduke, había aprovechado la lluvia al máximo. Ahora sería capaz de sortear a los Buscadores y Rescatadores, seguir las huellas de *jeep* hasta Golden Stairs, trepar hasta Flint Trail y luego hasta Land's End, Flint Cove y Flint Spring, desde allí darse una caminata de diez millas en llano a través del bosque hasta Frenchy's Spring y encontrar el otro alijo de comida. Todo lo que necesitaba ahora era comida. Un poco de ternera, beicon y alubias, algunas galletas con queso y estaría listo para caminar las sesenta millas hasta llegar a casa en Green River.

Hablando entre dientes, Smith sale del agujero de la roca y levanta la cara hacia la lluvia. Maravilloso. Lluvia dulce y fresca. Muchas gracias a Ti, que estás ahí arriba. Ahueca las manos bajo el caño de agua que cae de la cornisa y bebe. Por Dios, qué bien, aunque también le estimula el apetito. Llena la cantimplora, repuesto pero hambriento, y se marcha por la zona erosionada de piedra donde se juntan las altísimas Aletas, como ha hecho Hayduke. Pero en la salida, donde Hayduke siguió recto hacia Lizard Rock, él gira a la izquierda, dirección oeste y sur, siguiendo una larga curva de roca alrededor de la parte alta del cañón más próximo. Hoy sólo tiene una ligera noción del tiempo, ya que no se ve ningún indicio del sol, pero siente que es por la tarde; los nervios

y músculos le dicen que ha dormido durante horas.

Continúa lloviendo con fuerza. Visibilidad: doscientas yardas. Smith camina dando grandes zancadas por el desierto de roca roja, arena roja, arbustos achaparrados de purshia, enebro, yuca, salvia, coleogyne y otros matorrales, todos ellos dispersos, cada planta separada de las plantas vecinas por diez pasos o más de inevitable roca y arena. Aquí no es posible ocultarse más que en las cornisas, cañadas, aletas y en las profundidades de piedra que se extienden a su izquierda. Tampoco intenta disimular sus huellas; por donde discurre el camino más directo es por la arena y Smith lo toma. Sabe que pronto estará sobre roca sólida, en el carril de Stairs y a través del hueco que conduce a Flint Trail.

Sus largos pasos pronto le llevan a las huellas de *jeep*, que él cruza y recorre en paralelo durante un rato, hasta que la carretera se queda encerrada entre la parte alta de otro cañón sin salida y la pared de la meseta. No tiene elección, Smith camina con decisión por la carretera dejando en la arena húmeda y la arcilla las huellas nítidas de sus grandes pies. No puede evitarlo. La carretera sigue la única ruta posible, por el sendero colonizado por ciervos y muflones veinte mil años antes, por la terraza curvada, y llega a un terreno más amplio en el que abandona la carretera aliviado, con la esperanza de que la lluvia borre sus huellas antes de que pase la siguiente patrulla.

Y si no se borran —piensa—, que no se borren. Smith atraviesa los contornos del terreno hasta un área más elevada, y se dirige hacia el hueco entre dos picos, conocido como Golden Stairs, que es el único camino que existe desde los bancales y que él escala hasta la meseta.

Territorio loco, la mitad perpendicular al resto, gran parte de él inaccesible incluso para un hombre a pie, sencillamente porque está formado por paredes verticales. La tierra de Seldom Seen Smith y la única en la que se siente a gusto, seguro, como en casa.

Un verdadero patriota autóctono, Smith sólo jura lealtad a la tierra que conoce, no a esa maraña de inmuebles, industria y población enjambrada, formada por británicos y europeos desplazados y africanos desubicados, conocida colectivamente como Estados Unidos. Su lealtad desaparece fuera de las fronteras de la

meseta del Colorado.

Ve pasar unos faros por abajo, a través de la lluvia, uno, dos, tres vehículos como un convoy militar que se mueven sigilosamente por la roca mojada, chirrían por el cauce embarrado y desaparecen de su vista al tomar la siguiente curva del bancal. Oye el ruido sordo de un desprendimiento de rocas. Algunas de sus máquinas no van a salir vivas de ahí, piensa mientras sale de su escondite detrás de un enebro y continúa su camino. Dios también hace rodar rocas. Debería hacer rodar más.

Encuentra el sendero y asciende con dificultad, trepando cuatrocientos pies en zigzag hasta el siguiente bancal. Aquí el sendero cruza hacia el noreste y sigue el contorno hasta que se llega a otra fractura en la pared. Trescientos pies más arriba y a una milla de distancia, Smith llega al desfiladero. Debajo está el extremo superior de una cuenca de drenaje conocida con el nombre de Elaterite Basin; ya está a mitad de camino de Flint Trail. Más allá, apenas visible a través de la lluvia, está Bagpipe Butte; más arriba Orange Cliffs, la parte más alta de la elevada meseta, a mil pies de altura y a cinco millas de distancia. El sol resplandece a través de un claro entre las nubes.

Smith descansa un rato. Echa una cabezada. Oye un disparo, lejano, remoto, apenas en el interior del reino de la consciencia. Vuelve la vista atrás, hacia Lizard Rock, el Laberinto. Quizás haya soñado con el sonido: alucinaciones.

La lluvia ha cesado. Más disparos, una descarga de fuego sostenido.

Estás teniendo alucinaciones, se dice a sí mismo. El chico no puede ser tan tonto. Ni siquiera George, ni siquiera él podría ser tan tonto como para meterse en un tiroteo contra todos ellos, quienes quiera que sean, policía estatal, probablemente, los malditos Departamentos del Sheriff de los condados de Wayne, Emery y Grand San Juan al completo, por no mencionar a los agricultores de alubias y vendedores de coches usados del equipo del obispo que queden todavía ahí. No, no puede ser él; ahora tiene que estar abajo, en el Laberinto, despellejando a un ciervo, esos serán los disparos que he oído. Aunque sonaban como a encuentro bélico armado, a decir verdad.

Demasiado tarde para volver. Hayduke quería estar solo. Ahora lo está. Dos helicópteros se dirigen hacia el Laberinto haciendo ruido. Smith se levanta y prosigue a última hora de la tarde. Las nubes de tormenta desaparecen flotando hacia el este. Los rayos del sol se dispersan por el cielo renovado como enormes reflectores. Se arrastra dando los últimos pasos hasta llegar a lo más alto de Flint Trail.

Hambriento, empapado, exhausto, con ampollas en los pies y con frío, Seldom camina pesadamente y pasa por delante de los turistas apiñados en la plataforma del mirador del Servicio de Parques que está en el borde. El Maze Overlook. Cuatro ancianas, que se pasan los prismáticos una y otra vez, miran atentamente a Smith con miedo y desconfianza y luego vuelven al estudio de algo fascinante que tiene lugar alrededor del Laberinto. Observan un enorme circo panorámico de millas de profundidad y anchura. Unos aviones dan vueltas por allí. Fuego rojo, una bruma sinuosa de humo y niebla flota por los cañones, una catarata color bronce retumba llena de lodo por el borde de un barranco de mil pies, mientras rayos de focos celestiales escogen este punto, aquel punto, y el resto se queda entre la oscuridad de las nubes.

Smith ignora a los turistas, sólo quiere alejarse de ese lugar público y llegar a los bosques de pinos lo más rápido posible. Diez millas más hasta Frenchy's Spring y encontrará comida. Su atajo le hace pasar por delante del auto de las señoras y de una mesa sobre la que han dejado una nevera portátil Coleman que contiene ¿pasta para la dentadura postiza? ¿Crema para las hemorroides? ¿Comida, quizás?

Las débiles rodillas de Smith casi le flaquean. Huele la carne. Está cerca de la mesa, dudando, abre la nevera sin poder evitarlo, coge el paquete que está arriba y lo examina. Mira hacia atrás. Dos de las mujeres lo miran boquiabiertas, asombradas, el sol les entra a través de las gafas por un instante y las deslumbra. Se mira en el bolsillo. Una moneda grasienta de veinticinco centavos, no es suficiente. Pero es todo lo que tiene. Deja la moneda sobre la mesa y coge dos paquetes envueltos en papel blanco de estraza manchados de sangre.

Una de las mujeres chilla:

—¡Deja eso donde estaba, ladrón asqueroso!

—Disculpen señoras —dice Smith entre dientes.

Se arrima los paquetes al pecho y sale corriendo hacia el bosque, se le cae uno, continúa pesadamente a través del lodo, las agujas de pino y los charcos, hasta un punto soleado cerca de un pedrusco. Escucha. No hay señal de persecución.

Madre mía, sí que estoy cansado. Se desploma en el suelo y abre el paquete. Dos libras de carne de hamburguesa apestando a proteína. Se lanza a ella como un perro hambriento y se la come cruda. Se la come toda. Mientras la engulle, oye un auto corriendo por la carretera. No se oye nada más, salvo los chillidos de una ardilla y el parloteo a coro de los arrendajos azules entre los pinos piñoneros. Luz de tarde veraniega. Paz. Agotamiento.

Con la barriga llena, Smith se inclina hacia atrás sobre la roca caliente por el sol y cierra los párpados cansados. Un coro de pájaros vespertinos celebra el final de la tormenta; azulejos, arrendajos piñoneros, tordos, sinsontes y cuitlacoches cantan entre los árboles, en el aire de las tierras altas, a siete mil pies sobre el nivel del mar. El sol se hunde entre archipiélagos de nubes, entre las cordilleras del cielo.

Smith se queda dormido. Sus sueños son extraños, agitados. Los sueños, esas raídas y evasivas imitaciones de la realidad. El pobre Smith duerme…

O piensa que duerme. Algún hijo de puta le da patadas en el pie.

—Despierte, señor.

¡Plon, plon, plon, plon!

—¡Despierte!

Smith abre un ojo. Pantalones verde hoja y zapatos lustrosos. Abre el otro ojo. Un joven lozano con los mofletes rosas con sombrero de oso Smokey lo está mirando y sostiene en una mano lo que parece ser un pollo desplumado. Otro joven cercano, armado con una pistola y un gas lacrimógeno, golpea un árbol con una porra mientras observa a Smith con expresión seria. Ambos llevan el uniforme y la placa de los guardas del Servicio de Parques Naturales.

—Levántese.

Smith gime, se incorpora un poco y se sienta contra la piedra. Se

encuentra fatal y tiene un creciente sentimiento de catástrofe que no le ayuda. Se frota los ojos, se mete el meñique en los oídos y vuelve a mirar. Efectivamente, un pollo desplumado. El joven que tiene el pollo colgando delante de él le suena de algo.

—¡Levántese!

Smith busca a tientas su sombrero chambergo aplastado y se lo ajusta a la cabeza. Pero entonces aparece la irritación. No se levanta.

—Amigos, marchaos —dice—, estoy intentando dormir.

—Tengo una denuncia contra usted, señor.

—¿Cuál es la denuncia?

—Las señoras dicen que usted les robó sus hamburguesas y su pollo.

—¿Qué pollo?

—Este pollo.

Smith gira la cabeza un poco y examina el ave sin plumas.

—Nunca lo había visto antes.

—Lo encontramos por el camino. Se le cayó mientras corría.

Smith levanta los ojos del pollo y lee la placa con el nombre del guarda: Edwin P. Abbott, Jr. Ahora recuerda.

—Oye —dice—, ¿no estabas tú en el Parque Nacional Navajo de Arizona hace un par de meses?

—Me trasladaron. También dicen que ha robado dos libras de hamburguesas.

—Eso es verdad.

—Lo admite.

—Sí.

—¿No lo niega?

—No.

Los dos guardas se miran, asienten con la cabeza y vuelven sus ojos graves y serios hacia Smith. El guarda Abbott dice:

—¿Entonces lo confiesa?

—Estaba muerto de hambre —explica Smith— y creo que dejé algo de dinero a las señoras. En cualquier caso, no era mi intención. Ahora, amigos, tengo cosas importantes que hacer y no quiero robar vuestro tiempo; marchaos y dejadme dormir un rato.

—Está usted arrestado, señor. Usted viene con nosotros.

—¿Por qué motivo?

—Por robo y por acampar en una zona no indicada.

—Esta es mi tierra.

—Esto es un Parque Nacional.

—Me refiero a que vivo aquí. Soy de Utah.

—Eso se lo puede explicar al magistrado.

Smith suspira, se da la vuelta y cierra los ojos.

—Está bien, pero dejadme dormir un poquito más. Estoy muy cansado, chicos. Sólo un poco más… —farfulla y se desvanece.

—Levántese.

—Vete a la mierda —susurra entre sueños.

—¡Levántese!

—Zzzzzzzz.

Smith se desploma de costado y se relaja en la esquina cálida y agradable de la roca.

Los guardas miran como Smith duerme y luego se miran el uno al otro.

—¿Por qué no le echo gas a este cabrón? —dice el segundo guarda—, eso lo despertará.

—No, espera un momento. —El guarda Abbott se saca del bolsillo un par de las nuevas esposas desechables de plástico—. Lo esposaremos primero. No vamos a necesitar el gas.

Rápido y con destreza —eso era algo para lo que le habían entrenado bien en la Academia de Entrenamiento de Guardas Horace P. Albright del Servicio de Parques en South Rim, Grand Canyon— rodea las muñecas de Smith con las esposas y las tensa. Smith se revuelve débilmente, gruñendo en sueños, pero no se resiste. Ni siquiera se despierta. Ya no le importa.

El guarda Abbott y su ayudante levantan al prisionero y tiran de él, y va arrastrando las piernas relajadas por el mantillo del suelo a través del bosque hasta la carretera y el auto patrulla. ¿Dónde lo ponemos ahora? Lo colocan recostado entre ellos en medio del asiento de la furgoneta. Smith, mientras sonríe entre sueños y ronca con suavidad, se acurruca contra el hombre de su derecha.

—Un tío difícil —dice el ayudante del guarda.

—No te preocupes.

—¿Qué hemos hecho con el pollo?

—Lo hemos dejado en el bosque.

—¿No lo necesitamos para aportar pruebas?

El guarda Abbott sonríe a su compañero.

—Olvídate del pollo. Aquí sí que tenemos un pollo de verdad. ¿No imaginas quién puede ser este hombre?

El otro, cambiando de postura de manera incómoda bajo el peso muerto de Smith, dice después de un momento:

—Bueno, me lo estaba preguntando. Estaba pensando que podría ser él. Por eso pensé que debíamos echarle gas primero a este cabrón. ¿Quieres decir que tenemos a Rudolf el Rojo?

—Tenemos a Rudolf el Rojo.

El guarda Abbott enciende el motor, coge el micro y comunica por radio la noticia de la captura a su jefe.

—Enhorabuena, Abbott —responde el guarda jefe, entre fuertes interferencias—, pero no habéis cogido a Rudolf el Rojo. Han disparado a Rudolf el Rojo hace una hora. Tenéis a otra persona. Traedlo de todas maneras. Y no olvides tu informe de actividad.

—Sí, señor.

—Mieeeeerda —dice el ayudante.

Están a punto de dar la vuelta cuando un auto de turistas se pone a su lado. La pareja que hay dentro parece nerviosa.

—Oh, guarda —grita la esposa.

—¿Sí, señora? —dice Abbott.

—¿Podría indicarnos, por favor —la mujer sonríe ligeramente avergonzada— dónde están los servicios públicos más cercanos?

—Sí, señora. Los servicios públicos están junto a los aparcamientos en Maze Overlook y hay otros en el mirador de Land’s End. No tienen pérdida.

—Muchísimas gracias.

—De nada.

Los visitantes se alejan conduciendo con cuidado (asfalto húmedo). El guarda Abbott acelera y efectúa un derrape para cambiar de sentido en el que la parte de atrás se desliza por toda la carretera. Trozos de barro salpican los pinos piñoneros del arcén.

—Me gusta este trabajo —dice, mientras se alejan haciendo ruido hacia la oficina central del distrito.

—Sí, a mí también —dice el ayudante del guarda.

—Se presentan muchas oportunidades de ser útil a la gente.

Diez mil millas cuadradas de naturaleza salvaje, imagina Seldom en sus sueños, y ni un orinal donde hacer pis. ¡Servicios públicos! George Hayduke, viejo compañero, ahora sí que te necesitamos. Rudolf el Rojo está muerto.



Deja la moneda sobre la mesa y coge dos paquetes envueltos en papel blanco de estraza manchados de sangre. Una de las mujeres chilla: —¡Deja eso donde estaba, ladrón asqueroso! —Disculpen señoras —dice Smith entre dientes.



30. En el borde del Laberinto. Termina la persecución

Bueno, todo depende del cristal con que se mire, piensa Hayduke mientras camina bajo la lluvia hacia el último punto de observación de Lizard Rock. Si lo miras desde el punto de vista del águila ratonera, la lluvia es una lata. No hay visibilidad, no hay comida. Pero desde mi punto de vista, desde el punto de vista de la guerrilla…

Sólo le quedaba por andar una milla y media, alrededor de la parte alta de una ramificación de barrancos de arenisca: unos pequeños y oscuros cañones, más profundos que anchos, que comenzaban entonces a llevar agua, cargados de cieno marrón-

rojizo, un líquido espumoso, esponjoso y burbujeante, demasiado espeso para beberlo y demasiado fino para caminar sobre él.

Se detuvo detrás de un arbusto (de purshias) enmarañado y húmedo para dejar que pasaran un par de *jeeps*, con sus faros ámbar ardiendo bajo el aguacero. Recuperó el aliento y la fuerza, tomó un nuevo impulso y continuó corriendo por el rastro embarrado que había dejado el *jeep*, rodeando el campamento donde estaba el helicóptero, y se acercó al lugar donde se encontraba el alijo secreto de víveres. Cuando se hicieron visibles a través de la lluvia la tienda, los vehículos y el helicóptero, se agachó sobre las rodillas y codos, gateó otras cincuenta yardas y se detuvo.

Entrecierra los ojos bajo la lluvia desde detrás de un montón de escombros que han caído desde los peñascos de Lizard Rock para estudiar el panorama. Dos hombres armados vestidos con ponchos se encuentran de pie junto a un fuego vigilando una cafetera. Otro asoma la cabeza desde la tienda de campaña militar verde oliva más cercana. El gran helicóptero gris —Departamento de Seguridad Pública, Estado de Utah— reposa sobre sus patines, inservible con tanta lluvia. Departamento de Seguridad Pública, ese es el nombre nuevo y encantador para la Policía Estatal, que suena mucho más a… bueno, a regimiento.

—¿Está listo el café?

—Casi.

—Vale, tráelo cuando esté listo.

La cabeza se mete en la tienda. Hayduke mira hacia la derecha: dos hombres con escopetas están fumando dentro de una de las furgonetas 4x4 del Departamento de Seguridad Pública. Los demás vehículos están vacíos. Mira hacia el talud de Lizard Rock, al revoltijo de broza —era cerca de ese enebro destartalado, ¿verdad?— donde escondieron las provisiones. Comida y agua. *Kit* de primeros auxilios. Calcetines limpios. Y munición, dos cajas llenas; eso se había encargado él de guardarlo para no correr riesgos.

Qué hacer, qué hacer… la misma pregunta de siempre. Ese alijo tan próximo y preciado estaba a su alcance, escondido solamente a unas cien yardas de las tiendas y la hoguera. ¿Qué hacer? Aquí hace falta una distracción. La lluvia repiqueteaba sobre su paciente cabeza, vertiéndose como una cascada por la visera de su gorra.

Podía esperar, por supuesto, esperar a que ellos hicieran algo, a que se fueran y lo dejaran en paz. Pero obviamente ellos no se moverían con ese helicóptero hasta que amainara la lluvia. O podrían dejarlo sin vigilancia; pero así habían ya perdido demasiados helicópteros. Podía volver gateando, colocarse en otro lugar, disparar un par de tiros para atraer su atención, volver dando un rodeo hasta allí y abalanzarse sobre el que se hubiera quedado.

Vuelve arrastrándose sobre la barriga por encima de la arena mojada hasta que no puede vérsele desde el campamento, entonces sube por el talud que está a los pies del precipicio y se refugia bajo el hueco de un saliente. Se sienta allí entre polvo, huesos y cagadas de coyote e intenta pensar qué puede hacer. Debería haber hecho que Smith fuera con él. ¿Cómo? Debería haberse quedado con la mochila sobre la espalda, que es donde debe estar. Nunca debería haber tirado esa mochila. Pero tuvo que hacerlo. Pero no debería haberlo hecho. Pero tuvo que hacerlo. En ese momento parecía la opción correcta. Aunque, tampoco tuvieron oportunidad de volver. No termina de convencerse. Ni de eso ni de casi nada. El hambre en sus piernas y brazos huecos y la cueva con eco de su tripa hacen que todo lo demás parezca irreal, especulativo, relativamente sin importancia. Académico.

Tiene que comer. Provisionalmente se muerde los nudillos. Dios —piensa—, un hombre debería obtener un poco de alimento, algo, simplemente mordisqueándose los dedos. Siempre puedes arreglártelas con una mano si es necesario. Quizás. Con ayuda. Aunque aquí no. Allí abajo tampoco. Mira hacia el Laberinto y ve, a través de la cortina plateada de la lluvia, una desconcertante jungla de roca; cúpulas, lomos de elefante, pozas y cuencas, cortados y esculpidos, divididos por cañones, cañones laterales, afluentes de los cañones laterales, todos ellos serpenteantes como lombrices, con paredes verticales y sin fondo aparente. Qué lío —piensa—. Un hombre se podría perder ahí.

Por el momento está a salvo, aunque muerto de hambre y sin plan alguno. El desfallecido Hayduke se descuelga el rifle, coge el rollo de cuerda del hombro y se tumba a descansar unos minutos, otra vez. Se queda dormido al instante. Los sueños rápidos, irregulares y desagradables le despiertan. Dios, tengo que estar

debilitándome —piensa—. No puedo mantenerme despierto. Vuelve a quedarse dormido.

Se despierta con el sonido de motores que aceleran. La lluvia ha amainado. Quizás eso sea lo que le ha despertado. Tranquilidad seguida de acción. Aturdido y vacilante, Hayduke recoge el rifle y se pone en pie balanceándose. El campamento de la policía se esconde tras la pared de Lizzard Rock. Baja dando tumbos por el talud de materiales sueltos, en el que casi se cae, y alcanza una posición desde donde tiene buena visibilidad.

Ahora puede divisarlos: los hombres, las tiendas, el fuego que arde lentamente, los vehículos y los rotores giratorios del helicóptero. Lo están calentando. Dos hombres están sentados con la puerta lateral de la máquina abierta, comprueban sus armas y fuman. Llevan trajes de camuflaje marrón verdoso, como los cazadores o los soldados de combate. Uno tiene unos prismáticos colgados del cuello. Ambos llevan cascos y, además, a juzgar por sus trajes rígidos y abultados, chalecos antibalas.

Hayduke los examina a través de la mira telescópica de su rifle, la cruz del punto de mira primero sobre uno, luego sobre el otro. Sobre sus rostros: uno necesita un afeitado, tiene los ojos rojos y parece cansado; el otro lleva un bigote espeso, tiene la nariz húmeda, labios finos, cejas pobladas y una mirada acechante e inquieta de cazador. En cualquier momento podría dirigir en esa dirección sus ojos de 5x50, el hijo de puta. Y si lo hace ahí lo tendrá, directo a la frente.

Hayduke baja la mira un poco para leer la etiqueta con el nombre que lleva en el pecho. Hoy en día todos llevan etiquetas con el nombre. Y todos los hombres poseen un número. El nombre es Jim Crumbo y la mano, que agarra lo que parece ser —Hayduke enfoca mejor— una escopeta Browning Mágnum de 3 pulgadas calibre 12 semiautomática (¡qué cabrón!), se mantiene firme como un pilar. Probablemente lleva el número en ese brazalete que tiene en la muñeca y en la insignia forrada de piel del bolsillo izquierdo con cremallera del pecho. Parece un puto oficial.

Oh, esto es de nuevo Vietnam, en todos los aspectos. No falta nada más que la maleza, Westmoreland, las putas y las banderas confederadas. Y yo, el último del Vietcong en la jungla. ¿O soy el

primero? En la jungla de silencio y piedra. Despega, cerdo, ¿a qué estás esperando? Hayduke, impaciente, recorre el campamento con su ojo telescópico, el *voyeur* anarquista, en busca de algo a lo que disparar, de algo que comer.

Menos lluvia. Visibilidad hasta de cinco millas. El piloto aparece en la cabina. Crumbo y su compañero se meten en el helicóptero, cierran las puertas y la máquina se eleva rugiendo entre la llovizna gris-verdosa del aire. Hayduke se agacha entre las rocas mientras observa al piloto del helicóptero por el telescopio. Un rostro pálido detrás del plexiglás. Metálico, con casco, con el micrófono en la boca y una seria mirada de asombro tras el Polaroid antirreflejos. Sobre esa plataforma parece semihumano. Y no parece un amigo.

El helicóptero se funde con la neblina, en dirección sur hacia Las Aletas, y desaparece por el momento. Hayduke vuelve a poner toda su atención en el campamento.

Dos hombres se están yendo en una furgoneta 4x4, y se dirigen por el sendero viscoso hacia Candlestick Spire y Standing Rocks. ¿Se han ido todos? Examina el panorama con atención. Quedan dos vehículos, las tiendas de campaña y el fuego humeante. Parece que no hay humanos. Los demás, quizás se han marchado en una patrulla a pie.

Sin embargo espera, aunque el hambre voraz le pita en los oídos. ¡Dios! ¡Esa mantequilla de cacahuete! ¡Esa cecina! ¡Esas alubias! Espera durante media hora, o eso le parece a él. Nadie a la vista. Ya no puede aguantar más.

Portando el rifle, Hayduke baja por la pendiente del talud hacia el alijo escondido. Se oculta, cuando puede, detrás de piedras desprendidas o bajo los enebros, aunque no hay mucho donde esconderse.

Está a pocas yardas de su objetivo y a cien yardas del campamento cuando —¡Dios mío!— un perro sale dando saltos por la abertura de la tienda más próxima, ladrando como un poseso. Parece un cachorro airedale terrier, negro y canela, mediano. El cachorro divisa a Hayduke de inmediato y sale corriendo hacia él, entonces se detiene a medio camino, vacilante, ladrando y moviendo el muñón del rabo al mismo tiempo, cumpliendo con su deber. Hayduke se pone a maldecir —¡puto perro!— cuando dos

hombres salen de la tienda de campaña con una taza de café en la mano, mirando a su alrededor. Lo ven. Lo han pillado en campo abierto, y Hayduke actúa instintivamente lanzando un disparo desde la cadera que hace añicos la ventana de la camioneta que tiene más cerca. Los hombres regresan al refugio inútil de la tienda de campaña. Donde están sus armas. Y la radio.

Hayduke se retira. El cachorro lo persigue a lo largo de otros cien pasos más y se detiene, mientras sigue ladrando y agitando su ridícula cola.

Hayduke corre hacia las cimas del Laberinto, el primer y único escondite que ve y que se le ocurre. Nunca ha estado ahí antes. No le importa. Malditos perros. Se los deberían comer los coyotes a todos, piensa, mientras corre con pies pesados. Para evitar la cima a la intemperie, corre a través de un grupo de enebros hacia una península de piedra que sobresale, como un índice que señala hacia el corazón del Laberinto. El dedo es largo, de dos millas de distancia, y la zona cubierta es escasa. A mitad de camino hacia el final de la roca vuelve a oír ese sonido, los rotores de un helicóptero que destrozan el aire. Mira hacia atrás, todavía no lo ve. Sigue corriendo, a pesar de que las costillas le crujen de dolor y la garganta le quema por la necesidad de más aire, más espacio, más energía, más amor y más de todo, de todo menos de eso.

Pero es eso, piensa con asombro mientras corre a toda velocidad por la roca brillante y un rayo de sol extraviado cae a través de un claro entre las inquietas nubes y lo sigue como si fuera el foco de Dios (¡por ahí va!), a través de la explanada de piedra, más allá del último árbol, a la izquierda del escenario, bajo las tribunas de los barrancos, hacia el teatro al aire libre del desierto. Hayduke al fin es el único protagonista del espectáculo, el mandamás, solo y desprotegido.

Corre por la roca de arenisca hasta la nariz, el extremo, la punta de la península. Cañones verticales lo rodean por ambos lados, a cien pies de distancia y a unos cuatrocientos o quinientos pies de profundidad, con paredes tan limpias, lisas y rectas como los laterales de lo que Bonnie llama el Vampire State Building.

¿Desesperado? Entonces no hay nada por lo que preocuparse, recuerda mientras jadea como un corredor de maratón en la recta

final. Así es, lo he hecho, me dispararán como a un perro, no se puede salir de aquí, no hay salida, ya ni siquiera tengo mi cuerda —¡olvidé la cuerda!— y la situación es absolutamente desesperada y no hay ni una puta cosa por la que preocuparse y además me quedan seis disparos en el rifle, y cinco más veinte para la 357.

He aquí Hayduke y sus reflexiones, mientras un disparo estalla como un sarpullido de miliaria de altos decibelios en su trasero, mientras regresa el helicóptero, mientras una docena de hombres a pie y otra docena en coches patrulla equipados con radio se detienen, dan la vuelta y acuden hacia allá, y se reúnen todos ellos alrededor de un psicópata exhausto, famélico, aislado, solo, atrapado y acorralado.

Última hora de la tarde. El sol brilla por encima de la masa irregular de nubes de tormenta y los reflectores dorados más naturales actúan sobre la tierra de los cañones, mientras que Hayduke, a quien han visto desde el helicóptero, está desprevenido y tropieza en el extremo final de la roca, se tambalea en el borde y sacude los brazos para mantener el equilibrio.

Mira por encima del borde y ve, quinientos pies más abajo en vertical, una masa espumosa roja y semilíquida de lodo que cae como un torrente por el fondo del cañón, una inundación repentina qué se extiende de pared a pared y que toma la curva a toda velocidad, retumbando bajo el precipicio y rugiendo hacia el oculto río Verde a unas cinco o veinticinco millas (no tiene noción de la distancia). Los cantos rodados chocan y tabletean bajo la crecida, los troncos pasan flotando, los árboles arrancados se elevan entre las olas… Saltar a un río de lava no debe ser mucho peor.

El helicóptero se aproxima trazando un amplio círculo. Hayduke se resbala con una fisura del borde rocoso, una grieta dentada y curva, apenas lo bastante ancha como para que quepa su cuerpo y tan profunda y alabeada que no alcanza a ver el fondo. A un lado hay unas purshias, al otro un enebro joven. No hay nada donde apoyar los pies; se mete en la grieta, con la espalda contra una de las paredes y las rodillas contra la otra, como si fuera una chimenea. Está aprisionado entre la masa de la península y el bloque escindido, sólo los ojos, los brazos y el rifle sobresalen por encima del nivel del suelo. Espera el primer asalto.

¿Asustado? No, joder, no está asustado. Hayduke ha sobrepasado el límite del terror. Después de haberse cagado de miedo, purgado y purificado, está ya demasiado cansado para temer nada y demasiado exhausto para pensar en rendirse. El fétido hedor sube desde la culera de sus vaqueros y la masa tibia, suelta y estructuralmente imperfecta chorrea por la pierna derecha de su pantalón y apenas parece que la haya producido él. Hayduke ha encontrado un reino más simple que se centra en el ocular de su telescopio y que le reduce simplemente a la precisión coordinada entre índice y gatillo, ojo y punto de mira, boca del arma, desviación provocada por el viento y tiempo de espera. Su mente, ahora limpia como sus intestinos y aclarada por el ayuno, está atenta e impaciente.

El helicóptero hace ruido en busca de su presa. Sin pensar, como amaestrado, Hayduke envía su primer disparo hacia la ventana del piloto, y falla accidentalmente el tiro dirigido al rostro. El helicóptero se desvía rápidamente, con furia, y el disparo múltiple provocado por el artillero desde la puerta lateral sacude la arenisca a una distancia de unas diez o veinte yardas de donde está Hayduke. Con la cola del pájaro apuntando hacia él, dispara el segundo tiro hacia la caja de cambios del rotor de cola. El helicóptero, ofendido más que dañado, vuelve renqueando al campamento para llevar a cabo unas pequeñas reparaciones y que la tripulación haga un descanso y tome un café.

Hayduke espera. Los hombres que están en tierra mantienen una distancia de seguridad de seiscientas yardas a lo largo de la península de roca de arenisca y esperan a que lleguen refuerzos y órdenes de campo. Como ve que va a haber un ligero retraso técnico en el proceso, Hayduke encuentra un hueco más seguro en la grieta y se quita los pantalones apestosos. Cree estar dispuesto a morir ese mismo día, pero no está dispuesto a morir sobre su propia mierda. Después de quitárselos (con el rifle colocado sobre la roca frente a su barbilla), su primer pensamiento es tirar los pantalones junto con su suciedad por la pendiente hacia abajo. Pero entonces se le ocurre algo mejor. No tiene otra cosa que hacer en ese momento, de todas maneras. Rompe una pequeña rama de las purshias, con su flores de agradable perfume anaranjado a punto de

producir semillas. La restriega para quitar la porquería de los pantalones. ¿Por qué? En esas circunstancias, ¿por qué, hermano? Bueno, piensa George Hayduke, es una cuestión de dignidad.

Deja que se sequen un rato los pantalones mientras espera el siguiente asalto. En el rifle quedan cuatro disparos: dos para la carga del siguiente helicóptero, dos para lo que quiera que venga después y la 357 cargada para lo último.

No debería durar mucho.

Sam Love llegó tarde a la primera parte de la acción, pero no a la parte divertida. En cualquier caso, no habría habido diferencia. Ya no estaba al mando de nada, ni siquiera de su curiosidad perpleja. Habían transcurrido veinticuatro horas desde que había enviado a su delirante hermano en helicóptero, asistido por Doc y Bonnie, directo a una cama en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital de Moab.

Sam ahora era un mero espectador, un transeúnte y un mirón, y se alegraba por ello. Él y un reportero de Salt Lake City se sentaron en un bloque de piedra y observaron la escena de la batalla. Iluminados por el sol del atardecer, el amplio y rosado proscenio del Laberinto se presentaba ante ellos como un gran escenario, con cumbres rojas, bóvedas púrpura y montañas azules que hacían de telón de fondo. En primer plano, en las candilejas, un chasquido de rifle, ligero pero firme, probaba que donde hay vida hay esperanza. Dos helicópteros y un avión de reconocimiento zumbaban entre bastidores inútilmente, desperdiciando gasoil.

—¿Cuál es el helicóptero que abatió? —preguntó Sam.

—Aquel grande de Seguridad Pública. El que llaman, según creo, un Huey civil. Aunque realmente no lo abatió. Sólo le hizo un rasguño al rotor de cola y agujereó una ventana. Nadie resultó herido, pero han tenido que llevarlo a tierra un rato.

—¿Y dónde esta él, exactamente?

—Allí en ese punto. —El periodista se acerca los prismáticos a los ojos; Sam hace lo mismo—. Está atrincherado en una fisura de la roca, entre esos dos arbustos. A unas quinientas o seiscientas yardas, creo.

Sam enfocó con los prismáticos. Veía las dos matas, casi sin hojas ni ramas, aparentemente despojadas por los disparos de rifle,

pero no veía ninguna señal del fugitivo.

—¿Cómo sabe que sigue ahí?

—Disparó dos tiros hace una hora, cuando intentaron lanzarle granadas. Por un pelo no le da al piloto del otro helicóptero.

Ambos observaban; de cada lado, un poco más abajo y delante, de vez en cuando, salía un disparo de rifle que restallaba como un látigo.

—¿A qué están disparando esos hombres?

—A los arbustos, imagino. Quizás se piensen que con suerte un rebote pueda alcanzarlo. Es una forma de matar el tiempo.

Sin hacer daño a nadie, pensó Sam.

—¿Cuánto tiempo hace que lleva ahí?

El reportero miró su reloj.

—Seis putas horas y media.

—Probablemente se haya quedado sin cartuchos. Sería buena idea atacarle antes de que oscurezca.

El reportero sonrió.

—¿Quiere dirigir usted la ofensiva?

—No.

—Nadie quiere. En esa grieta se encuentra un francotirador respetable. Debe de haber guardado munición para los últimos disparos. Esperarán a que salga.

—Será mejor que no lo pierdan de vista —dijo Sam—. Ese Rudolf tiene un modo de desaparecer de las cimas de los cañones muy divertido. ¿Están seguros de que todavía no ha bajado al Laberinto?

—Han colocado a dos hombres en el cuello volcánico que hay allí, al otro lado del cañón. Está sobre una caída de quinientos pies prácticamente vertical. No es posible descender por esa arenisca tan lisa. Aunque si lo intentara, ellos le verían. Y si se cayera se toparía con la mayor riada que ha habido en Horse Canyon en cuarenta años, según el *sheriff*. Yo diría que su Rudolf está jodido.

—No es mío, gracias. Pero lleva una cuerda larga.

—Ya no. Han encontrado también su cuerda.

Los disparos de rifle continuaban, siempre desde el mismo bando.

—Apuesto a que está sin munición —dijo Sam—. Quizás se

rinda.

—Quizás. Si él fuera un criminal corriente es lo que cabría esperar. Ya debe de tener bastante sed. Pero los chicos de Seguridad Pública dicen que se trata de un verdadero bicho raro.

—Eso no lo dudo.

Sam bajó los prismáticos. Mientras jugueteaba con ellos e imaginaba lo que estaría haciendo allí, oyó un grito cercano. A lo largo de toda la línea de fuego se desencadenó una ráfaga de tiros: una docena o más de rifles disparando a fuego rápido. La trayectoria de las balas convergía en un solo objetivo.

—Dios mío —farfulló Sam.

Se acercó los prismáticos de nuevo y buscó el objeto que concentraba tanto interés. Miró y rápidamente encontró el blanco en la punta, a unos pies de distancia del borde del precipicio, una figura semihumana rígida y torpe que se elevaba de cintura para arriba de lo que parecía ser, desde el ángulo de visión de Love, una masa sólida de roca. Vio la gorra con visera amarilla, una especie de cabeza peluda y enmarañada, los hombros, el pecho y el torso de algo vestido en tela vaquera azul desteñida, exactamente como recordaba la vestimenta que llevaba Rudolf en sus rápidos encuentros anteriores. Los brazos del hombre parecían estar agarrando, o tener atados a su alrededor, un rifle. A esa distancia tan grande, sin embargo, incluso aunque estuviera mirando con los prismáticos, Sam no podía estar seguro, no podía estar absolutamente convencido de su identificación, aunque era más que probable que tratara de la misma persona. Tenía que ser. Pero con una diferencia obvia e importante: estaban destrozándolo delante de sus ojos.

Sam Love había llevado una vida entre algodones en la que principalmente se había preocupado por sus negocios; nunca había sido testigo de la destrucción física de un ser humano. Horrorizado, asqueado y fascinado observó como la figura de Rudolf parecía arrastrarse o deslizarse de costado, la mitad dentro y la mitad fuera (por el amor de Dios, ¿por qué?) de la grieta. Vio como una tormenta de balas lo azotaba. Con el cuerpo rasgado y fragmentado, volaban astillas, harapos, escisiones, y trozos por los aires, los brazos le colgaban como si estuvieran fracturados, el rifle se cayó,

la cabeza se hizo mil pedazos… los restos deshechos de lo que pudiera haber sido, segundos antes, un chico americano vivo, sonriente, cariñoso y viril.

Sam se quedó mirando fijamente. El cuerpo acribillado se agarraba al filo un momento antes del impacto de la lluvia de acero que, como una sucesión de martillazos, le empujó literalmente por el precipicio. Los restos de Rudolf el Rojo cayeron al abismo espumoso del cañón como una bolsa de basura, y desaparecieron para siempre de la vista de los hombres. Y de las mujeres también. (Pues, de hecho, nunca hallaron el cuerpo).

Sam se sintió enfermo. Durante unos cuantos minutos, mientras el reportero y todos los demás corrían hacia delante y gritaban, él pensó (como su hija decía) que iba a echar hasta la rabadilla. Pero no lo hizo; la repulsión visceral pasó, aunque el recuerdo de ese horror empañaría sus sueños durante meses y años. Bebió agua de su cantimplora, comió unas galletas saladas que llevaba en la fiambrera y un minuto después ya se encontraba lo suficientemente bien como para reunirse en el extremo de la roca con la policía, los *sheriffs* de tres condados y sus ayudantes, el superintendente adjunto de un Parque Nacional, dos guardas, tres periodistas y el residuo (cuatro miembros) del equipo de Búsqueda y Rescate de San Juan County.

No encontraron ningún resto de carne y hueso. Pero había un buen rastro de sangre a lo largo de la piedra, que conducía hasta el borde. Encontraron el rifle de Rudolf, las reliquias desvencijadas de lo que un día fue un hermoso Remington 30-06 con mira telescópica, con un cartucho intacto dentro de la cámara. Esto asombró a algunos, mientras que otros examinaban los vestigios destrozados por las balas del arbusto de purshias y del enebro que, durante aquella larga tarde, habían dado al forajido todo el cobijo que podían ofrecer hasta que levantó la cabeza para disparar.

Otros estudiaron la arenisca llena de señales de bala, las manchas parcheadas del fuego y la pólvora a cierta distancia, donde habían explotado las granadas, y tiraron de varias patadas ociosas algunas piedras por la grieta que dividía la parte principal de la punta y su extremo final. Las piedras repiquetearon entre las sombras y desaparecieron mientras golpeaban los escombros

acumulados al fondo durante siglos.

El capitán de la compañía de la policía estatal se comunicó por radio con sus hombres, que estaban en el borde opuesto, y le confirmaron que Rudolf, claramente y sin duda alguna, había caído en el cañón. Dos hombres habían observado toda la trayectoria del cuerpo, lo habían visto hacer carambola contra un peñasco y desaparecer entre las aguas en movimiento de la riada. Además, habían contemplado como las extremidades, desmembradas del cuerpo y todavía vestidas con tela vaquera, subían a la superficie río abajo y desaparecían balanceándose tras la primera curva. El piloto de un helicóptero había intentado, aunque sin éxito, seguir el recorrido de los restos por las cascadas hasta el río.

El capitán recogió el rifle roto y los cartuchos usados. Todos los hombres caminaban despacio, pensativos, sin hablar mucho, hacia el campamento en Lizard Rock.

Todos excepto Sam Love. Fue el último en llegar a la escena de la muerte y también el último en marcharse. Se entretuvo, sin saber por qué, mirando hacia el ruidoso cañón. Perplejo por el sonido y algo asustado —porque sentía la inquietante atracción de las profundidades—, volvió atrás unos cuantos pasos, levantó los ojos y miró hacia las paredes, los cañones y las placas del Laberinto, ese enredo grotesco de piedra dorado bajo el brillo de la puesta de sol. Con el anhelo de distanciarse y un sentido de desapego, miró hacia el norte a las remotas Book Cliffs, a cincuenta millas en línea recta, y hacia el este, a los picos nevados de trece mil pies, más allá de Moab. Finalmente, Sam se dio la vuelta y miró el largo camino por el que él (y Rudolf) habían llegado, pasando Candlestick Spire y Lizard Rock hacia las inexploradas Aletas y las poco conocidas profundidades de las tierras de Standing Rock, todas ellas oscurecidas ahora por la gran sombra azul de Land's End.

El sol se estaba ocultando. Era hora de marcharse. Sam se arrodilló para mirar una vez más dentro de la ranura profunda y oscura de la grieta en la roca. Intentó ver el fondo. Demasiado oscuro, demasiado.

—Rudolf —dijo— ¿estás ahí abajo?

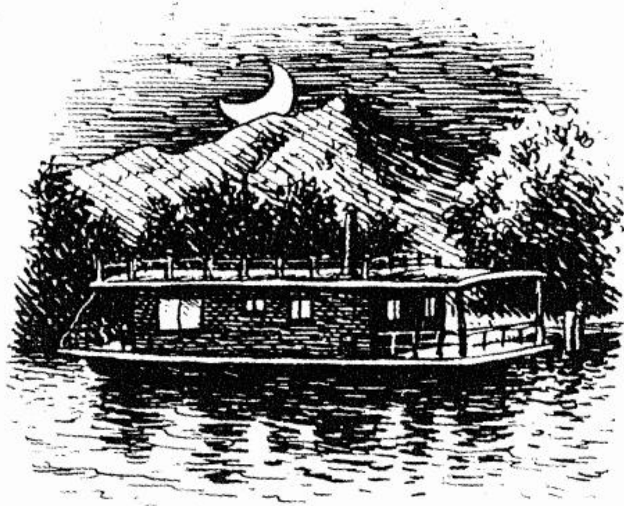
Esperó. No hubo respuesta.

—No puedes engañar a todo el mundo, hijo. No siempre. —

Pausa—. ¿Me oyes?

No hubo más respuesta que el silencio.

Sam esperó un rato más, luego se levantó y se apresuró para alcanzar a sus amigos y vecinos. Tenían un largo camino por delante, pesado y enrevesado, para volver a Blanding por Land's End, Green River y Moab (la ruta más corta, pasando por Hite Marina a través del Colorado estaba cortada temporalmente por lo que el Departamento de Autopistas había identificado como «reparaciones rutinarias del puente»). Pero Sam se encontraba mejor, su estómago estaba más repuesto y sentía el regreso de un apetito casi normal para un hombre sano. Él y el altivo buitre, que se encontraba tan alto que era casi invisible, compartían una misma emoción: era la hora de comer.



Epílogo. Un nuevo comienzo

El proceso legal fue largo y tedioso. Como a Seldom Seen Smith lo habían capturado en Wayne County, lo encerraron primero en la sede de Loa County; al cabo de dos días lo transfirieron a la cárcel de San Juan County en la localidad de Monticello. La señorita Bonnie Abbzug y el doctor A.K. Sarvis lo esperaban allí, en la puerta de al lado, pues sus celdas eran contiguas. Su paciente, el reverendo Love, había salido de su estado crítico y se recuperaba lentamente.

Abbzug, Sarvis y Smith fueron procesados ante el Tribunal de Distrito del Condado por los siguientes delitos: asalto a mano armada, delito grave; agresión, delito menor; obstrucción a la justicia, delito menor; incendio provocado, delito grave; incendio provocado con agravantes, delito grave; y conspiración, delito

grave. La fianza para cada uno de los acusados fue de 20.000 dólares, que Doc pagó puntualmente. Tras unos días de libertad, el Tribunal del Distrito Federal de Phoenix, Arizona, hizo llamar a los tres, que fueron acusados de los siguientes delitos federales: conspiración, incendio provocado e incendio provocado con agravantes, transporte y utilización ilegal de explosivos y fuga de la custodia oficial, todos ellos delitos graves; y resistencia a la detención, delito menor. La fianza se fijó en 25.000 dólares, que Doc pagó.

Después de los meses de demora habituales, el Tribunal Federal renunció a su prioridad y permitió que Utah procesara en primer lugar a los acusados. El caso del Estado de Utah contra Abbzug, Sarvis y Smith se celebró en el Tribunal de Distrito de San Juan County, Monticello, presidido por el magistrado Melvin Frost. El fiscal fue J. Bracken Dingledine (un primo lejano de Alburquerque de nuestro W.W. Dingledine), al que recientemente habían elegido abogado del condado y que era amigo, colega y socio del reverendo Love. Un Love recuperado aunque muy cambiado, por cierto. Sus creencias ya no estaban tan claras y su corazón, bajo cuidados intensivos, se había ablandado.

Para la defensa, Doc contrató a dos abogados. El primero de ellos, un joven licenciado de la Universidad de Derecho de Yale, con buenas relaciones familiares tanto en Arizona como en Utah; el segundo era nativo de San Juan y descendiente de colonizadores mormones, un anciano con éxito, muy estimado y de modales exquisitos, llamado Snow.

La primera táctica de la defensa fue pedir un acuerdo. Los tres acusados estaban dispuestos a declararse culpables de los delitos menores si se retiraban los cargos por los delitos graves. El fiscal rechazó el acuerdo; estaba decidido a seguir adelante con todos los cargos. Dingledine, al igual que el antiguo obispo Love, tenía ambiciones políticas. Los abogados de Doc, por tanto, trabajaron con especial atención con el panel del jurado y consiguieron sentar en la tribuna a dos activistas encubiertos de la organización Sierra Club y a un excéntrico (un jubilado paiute y borrachín del pueblo de Bluff). El juicio comenzó.

Pronto se hizo evidente que la fiscalía no tenía bien agarrado el

caso. No había evidencias claras, como huellas digitales o testigos, que relacionaran, más allá de la duda razonable, a ninguno de los acusados con los delitos. Los materiales incriminatorios que se encontraban en la camioneta de Smith y en el *jeep* de Hayduke no supusieron evidencia alguna, ya que no fue posible encontrar ninguno de los dos vehículos. Smith dijo que le habían robado la camioneta. Aunque el obispo Love (citado y bajo juramento) y cinco de sus compañeros del equipo testificaron que habían visto y perseguido en dos ocasiones diferentes a alguien que conducía la camioneta de Smith, ninguno pudo asegurar a ciencia cierta que hubieran visto al propio Smith o a los otros acusados en ese momento. La prueba más sólida contra los acusados consistía en el hecho de que habían huido del lugar del delito al menos dos veces y, de este modo, habían evadido la justicia y prestado resistencia al arresto. Todos negaron tener cualquier tipo de conocimiento sobre el incidente de las rocas que rodaron al norte de Hite Marina o sobre el tiroteo que tuvo lugar durante la noche en el camino del *jeep* hacia el Laberinto donde, según Doc, él y sus amigos habían acudido para disfrutar de un paseo nocturno a través del campo desde Land's End hasta Lizard Rock. Los abogados de la defensa además señalaron que ninguno de los acusados tenía antecedentes y que dos de ellos habían acudido de manera voluntaria en la ayuda del obispo Love en un momento de máxima urgencia.

Al cabo de tres días, se habían escuchado todos los testimonios y concluyeron las alegaciones. El jurado se retiró para deliberar. No conseguían ponerse de acuerdo. Dos días más de discusión a puerta cerrada no condujeron a ningún veredicto, a pesar de que, como más tarde revelaron los miembros secretos de Sierra Club, ambos habían votado por la culpabilidad para todos los cargos. El jurado se suspendió. Se aplazó la revisión de la causa, que tuvo lugar cuatro meses después.

Los abogados de Doc solicitaron de nuevo el acuerdo. En esta ocasión lo consiguieron. Después de semanas de negociaciones privadas se alcanzó la siguiente solución: Doc comenzó a estudiar seriamente el *Libro de Mormón* y comunicó, a través de sus abogados, que se encontraba preparado para convertirse en miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos

Días; el mismo obispo Love (¡un nuevo hombre!) lo casó con la señorita Abbzug en una ceremonia sencilla al aire libre en el Valle de los Dioses, cerca de Mexican Hat, en la que Seldom Seen fue el padrino, Sam Love hizo de testigo y la hija adolescente de Smith de dama de honor. Los tres acusados se declararon culpables de los delitos menores y del delito grave de conspiración para la destrucción de la propiedad pública.

Esperaron la sentencia, que había sido acordada de antemano con el juez Frost. Llegados a este punto, Abbzug y Smith plantearon nuevas dificultades al retractarse, en el último momento, de la confesión de los delitos argumentando ambos que «alguien tenía que hacerlo», según palabras de Smith.

El encargado del seguimiento de la libertad condicional, asignado al caso para realizar el informe de la sentencia del juez, se encontró con serios problemas. Consultó a Doc, al juez y a los abogados de Doc. Doc asumió total responsabilidad de los actos y las actitudes de sus codefendidos, e insistió en que él era el cabecilla de la conspiración y que, él y solo él, había influido, adoctrinado y engañado intencionadamente a sus jóvenes colegas. Aseguró que les moldearía el cerebro, socializaría sus corazones y los devolvería al camino de Cristo. Además, prometió que no lo volverían a hacer. Aceptó por voluntad propia la sugerencia del juez de ejercer el arte de la medicina durante al menos diez años en la comunidad sudeste de Utah, de menos de cinco mil habitantes. Resuelto. El juez dictó su sentencia.

Abbzug, Sarvis y Smith fueron condenados simultáneamente a una pena de cárcel de no menos de un año y no más de cinco en la prisión estatal de Utah (donde todavía es posible la muerte por pelotón de fusilamiento). Considerando los antecedentes de los acusados y otras circunstancias, quedaron suspendidas las sentencias de prisión, pero se obligó a los tres a permanecer recluidos durante seis meses en la cárcel de San Juan County, además de tener que cumplir cuatro años y medio de libertad condicional, sujeta a su buen comportamiento y al estricto cumplimiento de los acuerdos alcanzados. Por otra parte, Smith fue obligado, de manera independiente, a pagar 299 dólares por hacer rodar las rocas y a restituir a Love la suma completa del valor del

Chevrolet Blazer del obispo, que habían aplastado, y en eso todos estuvieron de acuerdo, había quedado liso como una tabla. Pero el nuevo Love perdonó la deuda.

El Tribunal del Distrito Federal en Phoenix tomó nota de la acción del Séptimo Tribunal del Distrito de Utah y de las recomendaciones del juez Frost y abandonó las acciones contra Abbzug, Sarvis y Smith por los delitos supuestamente cometidos en el estado de Arizona, teniendo en cuenta que el principal sospechoso involucrado en tales sucesos era un varón caucasiano identificado como un tal «Rudolf el Rojo» o «Herman Smith», al que se daba por muerto.

El fiscal del condado Dingledine, a pesar de que en privado había accedido, aunque reticentemente, a esta resolución del asunto, mostró en público síntomas de profunda indignación, como era natural. Alentado por numerosos comunicados de indignación ante la indulgencia de los tribunales, el trato contemplativo dado a los delincuentes y la actitud permisiva de la sociedad en general, el señor Dingledine obtuvo un asiento en el Senado de Utah para un programa de aplicación rigurosa de la ley, expansión del sistema de prisión estatal, subsidios federales para la industria de la minería, finalización del sistema de autopistas del desierto de Utah, disminución de impuestos para las familias numerosas y responsabilidad fiscal en el gobierno. Fue elegido por aplastante mayoría frente a su único oponente, un jubilado paiute cuyo programa político se basaba en un solo punto: la liberalización del peyote.

Hubo otras repercusiones. Los hermanos Love abandonaron el equipo de Búsqueda y Rescate. Al pobre Seldom Seen, ya delincuente convicto, le interpusieron sendas demandas de divorcio su primera mujer y, poco después, la segunda; tan sólo Susan, la chica de Green River, le fue fiel. Cuando Smith recibió tales noticias en la cárcel de San Juan County, intentó quitar hierro a esta nueva tanda de dificultades legales diciendo:

—Bueno, espero que las dos chicas se casen pronto, porque entonces sabré que hay al menos dos hombres que lamentan que me hayan metido en chirona. —Una pausa—. Pero, ¿qué diablos debo hacer ante sus acusaciones de ambigüedad, Doc?

—Arriba el ánimo —dijo Doc—. Cristo es la respuesta.

El doctor Sarvis vendió su casa de Alburquerque. La señora Sarvis y él eligieron la localidad de Green River (1200 habitantes contando a los perros) como su nueva residencia legal. Doc adquirió una casa flotante de sesenta y cinco pies y la amarró al embarcadero situado en la orilla del rancho de heno y sandías de Smith. Bonnie y él se mudaron allí una semana después de haber cumplido sus condenas de cárcel. Bonnie cultivó un jardín flotante de marihuana, que se podía lanzar con facilidad río abajo en caso de necesidad, simplemente desatando un cabo. Doc acudió (durante alrededor de un año) a las reuniones de los miércoles por la noche de la Asociación para el Perfeccionamiento Mutuo y fue a la iglesia todos los domingos (durante un año y medio aproximadamente); intentó incluso llevar la camiseta interior oficial santificada por la regulación mormona, aunque su aspiración real era convertirse en un *jack mormon*, como Seldom. Su mujer rechazó convertirse y prefirió mantener su posición de única judía gentil de Green River. Doc alquiló una consulta en el pueblo, a diez millas de distancia, donde practicaba la medicina con Bonnie. Él era el médico y ella era la que la practicaba. A pesar de que la clientela era pequeña y de que a veces pagaban las facturas con sandías, los servicios de Doc eran muy apreciados. El médico más cercano que podía hacerle la competencia vivía a cincuenta millas, en Moab. Cuando era necesario, aumentaba sus ingresos con trabajos ocasionales de bisturí en Salt Lake, Denver y Alburquerque. A ambos les gustaba la vida en el río y el trabajo en un pueblo pequeño, y disfrutaban de la compañía de sus únicos vecinos, el señor y la señora Seldom Smith. Doc aprendió incluso a manejar la embaladora de heno, a pesar de que se negaba a ponerse cerca del tractor o a conducir un auto. Bonnie y él siempre acudían a la consulta en bicicleta.

Y aquí concluiría felizmente su historia, si no fuera por un único y póstumo detalle (salido de la tierra).

Sucede durante el segundo año de libertad condicional. Cinco personas están sentadas alrededor de una mesa de madera de pino hecha a mano en el salón de primera clase de una casa flotante

grande y cómoda hecha a medida. La hora, las once en punto de la noche. La iluminación de la mesa proviene de dos lámparas de Aladino de combustión de queroseno, silenciosas y tenues colgadas de una viga del techo con dos ganchos de hierro. Las lámparas se balancean ligeramente, de vez en cuando, cuando la casa flotante se mueve suavemente sobre las olas del río. La mesa está cubierta con un tapete verde. Hay fichas de *poker* (siento decirlo), en el centro del tapete y el juego (elección del que reparte) es un *stud* de cinco cartas. Los cinco jugadores son el doctor y la señora Sarvis, el señor y la señora Smith y el encargado del seguimiento de la libertad condicional, un tipo joven llamado Greenspan, que es prácticamente un recién llegado en el Estado de Utah (los recién llegados son siempre bienvenidos en el Estado Colmena, pero se les recomienda nada más entrar que retrasen sus relojes cincuenta años). La conversación es sobre todo de naturaleza práctica y limitada:

—La apuesta está lista. Allá vamos. Diez, no sirve. Siete, es posible. ¡Pareja de dos! Dama, no sirve y… bueno, mirad lo que hay aquí, una pareja de *cowboys*.

—¿Cómo lo haces, Doc?

—Control, amigos, control.

—Quiero decir para que te salga tantas veces.

—Nefi guía mi mano. Que sean diez a los reyes.

—Dios…

—Las veo.

—Las veo.

—No es una partida para un simple funcionario, pero me quedo.

Pausa.

—¿Y tú? —dice Doc.

—Pero, ¿en este juego hay sólo una carta tapada?

—Eso es, amor mío.

—¿Y no hay comodín?

—No.

—Menudo juego aburrido y retorcido.

Smith levanta la vista de la mesa, ha oído algo. Doc lo oye también. No es el viento que viene del río. No son los suaves chirridos del barco. Es otra cosa. Escucha.

—Vale, vale. Estoy, reparte. ¿Qué estáis mirando?

—Claro. Un momento. ¿Seldom?

—Yo me quedo fuera, compañeros. —Smith suelta las cartas, sin mirar el juego.

—Muy bien. La apuesta esta hecha y allá vamos otra vez. —Doc reparte las cartas, de una en una, levantadas, la historia de siempre —. Cuatro, no sirve. El dos de Bonnie, lo siento. Pareja de tres, no sirve. As, no sirve de mucho. Los reyes apuestan diez más.

Escucha, mientras los otros las ven, pasan y las ven. Oye el sonido de… ¿cascos de caballo? ¿El latido de un corazón? No, realmente es el sonido de un caballo. O quizás de dos caballos. Alguien que cabalga por el sendero de tierra entre los campos, bajo las brillantes estrellas de verano, hacia el río, hacia la casa flotante. No va rápido, sino tranquilamente, a ritmo de paseo. El sonido es limpio en el silencio.

La partida continúa. Doc se lleva el bote. La baraja pasa a Greenspan, que mezcla las cartas. Doc mira a Bonnie, que a su vez mira fijamente la mesa con abatimiento. Algo le preocupa a esta chica. Quizás sea por su estado. Tiene que hablar con ella esta noche. La partida ya lleva durando cuatro horas y sólo hemos conseguido seis dólares. Y Greenspan tiene que marcharse en media hora. Así no se puede vivir honradamente. La mira otra vez; quizás sea otra cosa. Esta noche tengo que prestarle atención. Aunque hay cosas, o hay una cosa, de la que él y Bonnie nunca hablan.

El sonido constante de pisadas se acerca, mientras Greespan reparte. Doc mira a Seldom, que le está mirando a él. Seldom de encoge de hombros. En un momento oirán el batir de las herraduras sobre los viejos tablones del embarcadero.

Greenspan mira su reloj. Esta noche tiene que conducir para volver a Price. Setenta millas. El joven agente de la libertad condicional, siempre impecable, lleva puesta su nueva chaqueta de ante, de esas que tienen flecos de montañero y tachuelas de plata.

—Yo abro —dice—. Dos alubias. —Y coloca en la mitad del tapete dos fichas blancas, donde está el bote.

Es el turno de Susan Smith.

—Yo me quedo.

Le toca a Bonnie.

—Te subo dos —dice a la vez que mira su propia mano con

asombro. Bien hecho.

La casa flotante se mueve sobre el agua, las lámparas se balancean levemente. El viento baja por el río acompañando al constante flujo marrón desde Desolation Canyon. Fuera, pequeñas olas alcanzan la línea de flotación y chocan contra casco de contrachapado naval cubierto de Fiberglas. (Doc quiso una casa flotante de adobe, con vigas de pino amarillo de las que poder colgar guirnaldas de pimientos chili rojos, al estilo de Nuevo México. Pero no pudo conseguirla, a ningún precio. Incluso en la armada mexicana, según le dijeron, habían dejado de usar las embarcaciones de adobe, excepto en los submarinos).

Los caballos se han detenido. En lugar del ruido de las herraduras, ahora se oyen pasos humanos con botas de espuelas que tintinean sobre el entarimado. Doc se levanta y deja las cartas en la mesa. Se saca el cigarro.

—¿Qué ocurre? —dice la señora Smith.

—Creo que tengo visita. —Doc siente la necesidad imperiosa de encontrarse con el visitante fuera. Incluso antes de que empiece a llamar a la puerta ya se ha retirado de la mesa—. Perdonad.

Va hacia la puerta, la abre y su gran cuerpo bloquea el paso. Al principio no ve a nadie. Forzando la vista, consigue distinguir una figura alta y delgada que queda fuera de la luz de la lámpara.

—¿Sí? —dice Doc—. ¿Quién es?

—¿Eres Doc Sarvis?

—Sí.

—Hay un amigo tuyo ahí fuera. —La voz del desconocido es suave y grave, pero tiene un tono amenazador—. Necesita atención médica.

—¿Un amigo mío?

—Sí.

Doc vacila. Sus amigos están todos ahí dentro, alrededor de la mesa, mirándolo. Doc se da la vuelta y les dice:

—Todo va bien. Sólo saldré unos minutos. Seguid sin mi.

Cierra la puerta tras de sí y sigue al desconocido, que se ha retirado hacia la orilla del río por el embarcadero. Allí hay un caballo con las riendas colgando hasta el suelo. Cuando sus ojos se acostumbran a la luz de las estrellas, Doc confirma su primera

impresión: un hombre alto pero muy flaco, un completo desconocido, que lleva unos Levi's polvorientos, un sombrero negro y un pañuelo que le cubre la nariz y la boca. El hombre le mira con un solo ojo oscuro. El otro ojo, según advierte Doc, no está.

—¿Quién demonios eres? —dice Doc. Da una calada a su cigarro que hace que la ceniza roja se ilumine en la oscuridad. El símbolo mágico.

—No creo que te interese, Doc. Pero —un movimiento leve bajo su máscara, como si sonriera— hay gente que me llama Kemosabe. Vamos.

—Espera un momento —Doc se ha parado—. ¿Dónde está ese supuesto amigo mío? ¿Dónde está el paciente?

Una pausa. El viento suspira sobre el río.

El desconocido dice:

—¿Crees en los fantasmas, Doc?

El doctor recapacita.

—Creo en los fantasmas que habitan en la mente humana.

—Este no es de esa clase.

—¿No?

—Este es real. Viene de muy lejos.

—Bueno —dice Doc, ligeramente tembloroso—, vamos a verlo. Veamos ese fenómeno. ¿Dónde está?

Otro momento de silencio. El desconocido señala con la cabeza hacia el sendero que discurre por encima de la orilla.

—Estoy aquí arriba, Doc —dice una voz familiar.

Doc siente que se le eriza la piel de la nuca. Mira a través de la oscuridad hacia dónde está la voz y ve la silueta de un segundo jinete que destaca sobre la Vía Láctea, un hombre achaparrado de hombros anchos, fuerte y musculoso, que lleva sombrero y cuya sonrisa brilla incluso bajo la luz de las estrellas.

Dios santo, piensa Doc. Y entonces se da cuenta de que en realidad no está sorprendido, que lleva dos años esperando esa aparición. Suspira. Aquí estamos, una vez más.

—¿George?

—Sí

—¿Eres tú, George?

—Sí, joder. ¿Quién diablos, si no?

Doc vuelve a suspirar.

—Te dispararon hasta hacerte picadillo en Lizard Rock.

—A mí no, a Rudolf.

—¿A Rudolf?

—Era un espantapájaros. Un puto muñeco.

—No lo entiendo.

—Bueno, déjanos pasar, por Dios. Te lo contaré todo. Es una larga historia.

Doc vuelve la vista hacia la casa flotante. A través de las cortinas de la ventana ve a Greenspan y a los demás en la mesa y las cartas en movimiento bajo la luz de la lámpara.

—George, el agente de la libertad condicional está ahí.

—Oh. Vaya, mierda, nos largamos de aquí. No te incordiamos más.

—No, esperad un momento. Es un chico agradable y no quiero ponerle en una situación comprometida. Tenéis que entenderlo. Se marchará en media hora. ¿Por qué no dejáis tú y tu amigo los caballos en el prado y nos esperáis en la casa de Seldom? No hay nadie allí. ¿Sabes dónde está su casa?

—Hemos estado allí hace cinco minutos.

Ambos se miran bajo la luz de las estrellas. Doc no está convencido totalmente.

—George, ¿de verdad eres tú?

—No, soy Ichabod Ignatz. Acércate y examina las heridas.

—Eso es lo que voy a hacer. —Doc sube al terraplén.

El caballo se revuelve, nervioso.

—¡Sooo! Ignorante hijo de puta. Sí. Choca esos cinco, Doc. —Hayduke sonríe como un niño pequeño.

Se dan la mano. Se abrazan. La aparición es igual al viejo Hayduke, maciza y apestosa. No ha mejorado en nada.

—Dios mío… sí que eres tú. —El doctor intenta contener la lágrimas—. ¿Estás bien?

—Sí. Algunas viejas heridas me están dando guerra, eso es todo. Y mi amigo quería conoceros. ¿Cómo está Seldom?

—Está igual que siempre. Sigue trabajando en el plan de la presa.

—Eso está bien. —El caballo da unas cuantas pisadas—. Quieto,

quieto, maldita sea. —Una pausa larga—. ¿Cómo está Bonnie?

—Nos hemos casado.

—Eso he oído. ¿Cómo está?

—Embarazada de cuatro meses.

—No, mierda. —Pausa—. Hay que joderse. Bonnie, preñada. Me podían follar, apalear y tatuar y seguiría sin creer que eso fuera posible.

—Pues ha sucedido.

—¿Y qué va a hacer?

—Va a ser madre.

—Que me parta un rayo. —George sonríe tontamente, con tristeza y alegría, todo al mismo tiempo, como un león al que han liberado—. Eres un viejo pedorro y cachondo. Doc, quiero verla.

—La verás, la verás.

Otra pausa.

—Ahora me llamo Fred Goodsell. Tengo una nueva identidad. —La sonrisa de Hayduke se alarga—. Y un nuevo empleo también. Empiezo a trabajar como vigilante nocturno la semana que viene. Voy a ser un puto ciudadano normal y corriente, Doc, como tú y Seldom y Bonnie. Durante un tiempo.

Doc vuelve a mirar hacia la casa flotante. La puerta delantera se está abriendo. Bonnie permanece bajo la luz, intentando ver fuera.

—Será mejor que vuelva. Espéranos. Quiero verte bien y ver esas heridas. Y Bonnie también querrá. Y Seldom. No te vayas.

—Joder, Doc, estamos cansados y hambrientos. No vamos a ir a ninguna parte esta noche.

Bonnie grita.

—Doc, ¿estás ahí?

—Voy para allá —responde—, un segundo.

Hayduke se ríe entre dientes.

—El viejo Doc… ¿Sabes? Hicisteis un buen trabajo Seldom y tú en aquel puente.

—¿De qué estás hablando?

—Me refiero al puente del Glen Canyon.

—No fuimos nosotros. Aquel día estábamos aquí. Tenemos testigos que pueden demostrarlo —(Gracias a Dios).

—Bueno, pues que me parta un rayo, otra vez —dice Hayduke.

Mueve la cabeza perplejo, mientras sopesa la información.

—¿Has oído eso? —dice a su compañero enmascarado.

El compañero, que ha vuelto a montarse en el caballo, asiente.

—Doc —dice Hayduke—, será mejor que vuelvas con tu esposa antes de que te de un bocado en el culo. Pero, antes hay una cosa que tienes que preguntarme.

—¿Qué? —Doc muerde la pinta de su cigarro, que se ha apagado —. ¿De qué se trata?

—¿No vas a preguntarme dónde es mi trabajo de vigilante nocturno? —Hayduke le sonríe de nuevo.

Ahora le toca a Doc sopesar la pregunta. Brevemente.

—No, George, creo que prefiero no saberlo.

Hayduke se ríe y se vuelve hacia su compañero.

—¿Qué te dije?

Y dice, dirigiéndose a Doc:

—Una vez más tienes razón. Pero puedes adivinarlo, ¿verdad?

—Oh, sí. Sí que puedo.

—A Seldom le gustaría saberlo.

—Se lo puedes contar tú mismo.

—Muy bien. Tú eres el doctor. De acuerdo, os estaremos esperando. Vámonos. —Hayduke se aleja de Doc en su caballo gigante, dándole con los talones. El caballo comienza a trotar y resopla de placer—. Pero no nos hagáis esperar mucho —grita Hayduke, mientras desaparece.

Los dos jinetes se desvanecen por el sendero oscuro, galopando hacia la pradera. Doc se los queda mirando un momento, luego tropieza al bajar por el terraplén, recupera el equilibrio y vuelve caminando despreocupadamente a su hogar flotante mientras da caladas enérgicas a su cigarro apagado.

—¿Cómo va la partida? —grita.

—¿Quién era? —pregunta Bonnie.

—Nadie. ¿Quién reparte?

—Esta es la última mano —dice Greenspan mientras mezcla las cartas.

—¿Entras, Doc?

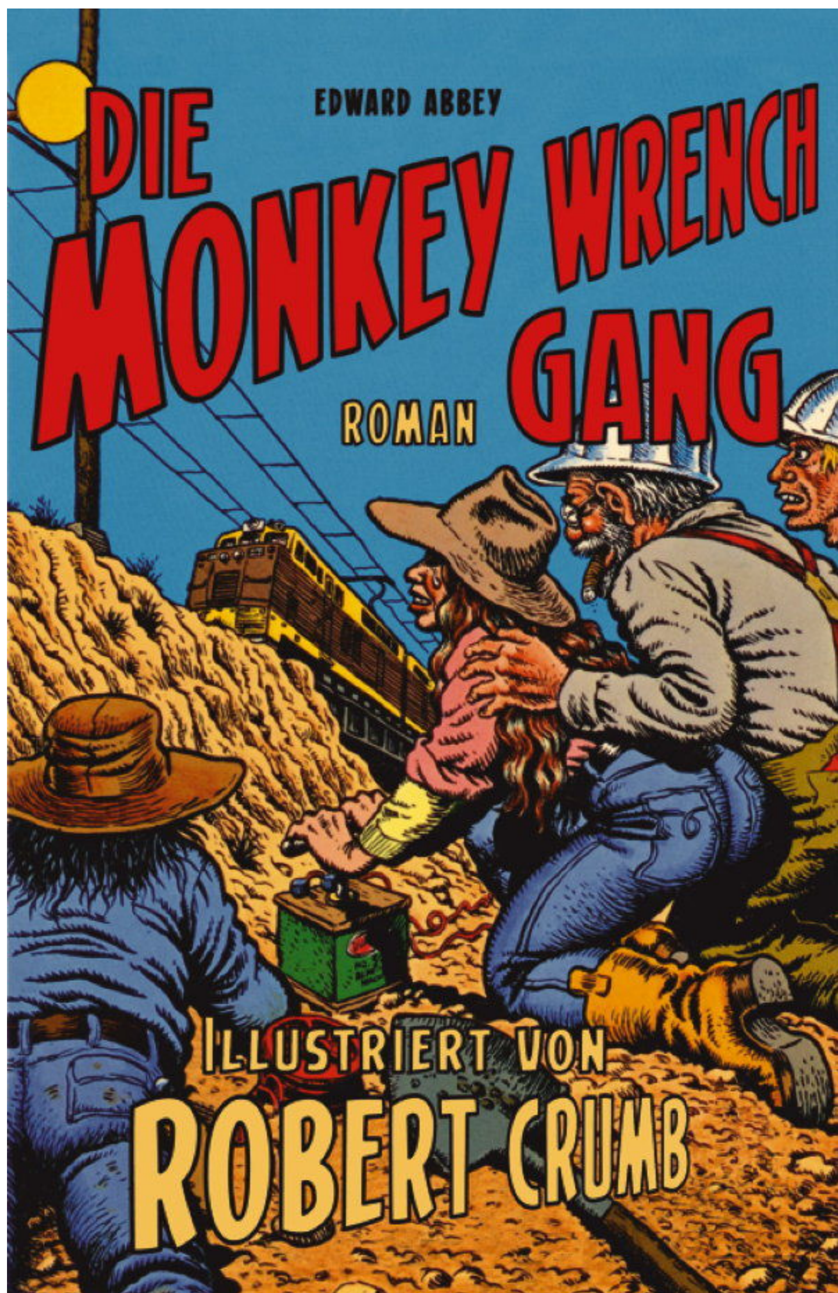
—Reparte —Doc guiña a Bonnie y a Seldom—. Y no olvides cortar… la puta baraja.



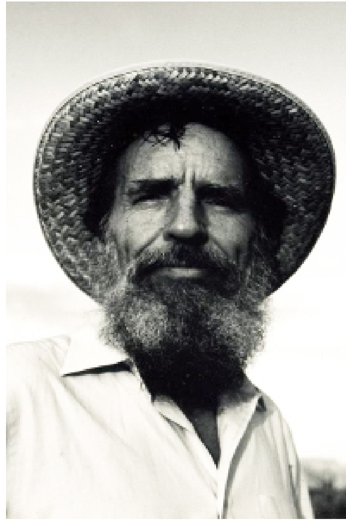
Dios santo, piensa Doc. Y entonces se da cuenta de que en realidad no está sorprendido, que lleva dos años esperando esa aparición. Suspira. Aquí estamos, una vez más.

— FIN —

Este libro se termino de imprimir el
25 de junio de 2012. Tal día como ése,
en 1876, se inició la legendaria batalla
de Litte Big Horn que enfrentó
al teniente coronel Custer y al jefe siux
Tasunka Witko, «Crazy Horse».


EDWARD ABBEY
DIE MONKEY WRENCH GANG
ROMAN
ILLUSTRIERT VON
ROBERT CRUMB





EDWARD ABBEY (Home, Pensilvania [USA], 1927 - Oracle, Arizona [USA], 1989). Desde joven despertó como un naturalista en potencia, y también como un ecologista, siendo ya un adolescente enfadado por las injerencias humanas en los Apalaches. Aficionado a las plantas, al misterio natural y al chamanismo, Abbey empezó una larga carrera de trabajos ocasionales en la minería, la agricultura y la ganadería.

A los 17 años abandona su tierra natal para conocer la América que le fascinaba por las canciones de Wooddy Gurthie y los poemas de Carl Sandburg. Entonces recorre casi todo el oeste de Norteamérica, descubre su mundo natural y sobrenatural, la cultura india. Llevaba la vida típica del hobo —trabajador ocasional vagabundo americano —, llena de aventuras e incidentes, como su detención en Flagstaff, Arizona, por vagancia, que es rememorada en su novela La Banda de la Tenaza.

En esos años vive el final de la guerra mundial sirviendo en el ejército en Italia. Cuando vuelve estudia Filosofía en la Universidad de Nuevo México entre 1951 y 1956, y culmina su licenciatura con una tesis titulada La Anarquia y la Moral de la Violencia, donde concluía entonces, en línea con su admirado Tolstoi, que el

anarquismo era una lucha frontal no contra el ejército y la guerra, sino contra la violencia organizada de los estados. También realiza estudios sobre el cinismo y sobre Diógenes, y destaca su pacifismo individualista.

En 1954 publica su primera novela, *Jonathan Troy*, la historia de un joven anarquista. En 1956 cosecha su primer éxito editorial con *The brave cowboy* —adaptada en 1962 por Kirk Douglas— una historia del oeste que narra el enfrentamiento entre un *cowboy* y el gobierno de los EE.UU. Pero su gran éxito literario será su libro de ensayos *Desert Solitaire*, de 1968, que relata sus años como *ranger* forestal en el Arches National Monument de Utah.

En esos años milita contra el proyecto de la presa de Glen Canyon y de ahí nace su novela *The Monkey Wrench Gang*, publicada en 1975 y que describe las hazañas de una guerrilla de ecologistas, inspirada en numerosos activistas de la vida real. El éxito de este libro le convirtió en un mito de la contracultura y en un pionero de la resistencia activa en Estados Unidos.

Publicó hasta una veintena de libros y murió en 1989 debido a una hemorragia esofágica consecuencia de las complicaciones de una operación quirúrgica que sufrió. Pidió que lo enterraran en un lugar indeterminado del desierto y a día de hoy ya nadie sabe dónde está su tumba.

Notas

[1] M.D., Medical Doctor. (Todas las notas son de los traductores).
<<

[2] En español en el original. <<

[3] *Weltschmerz* es un término acuñado por el romántico alemán Johann Paul Richter para designar la desazón que produce la falta de correspondencia entre el mundo real y el mundo que deseamos o imaginamos. <<

[4] *Schmaltz* es un término de procedencia *yiddish* para denominar la hipersensibilidad artística y musical; e igualmente, una grasa de ave procesada, propia de la gastronomía judía. En este último sentido puede equivaler a «ensalada» o «cacao mental». < <

[5] *Mogen David* es un vino generoso y también la pronunciación *yiddish* de «Magen David», una de las formas de referirse a la Estrella de David. Abbzug es judía. <<

[6] Los *Montagnard Babies* eran los niños de los campesinos de las montañas, a quienes los vietnamitas perseguían y sacrificaban porque sus llantos facilitaban su ubicación al enemigo. Muchos de los que salvaron los norteamericanos fueron enviados a Estados Unidos. En Oakland hay en la actualidad una comunidad de Montagnard Babies. <<

[7] ¡Paz! en vietnamita. < <

[8] *Gook* es un término peyorativo étnico aplicado a los asiáticos del Sudeste, especialmente como enemigos en los frentes de Filipinas, Corea y Vietnam. <<

[9] *Greek*, griego, se utiliza aquí como término peyorativo aplicable a cualquier cosa extraña, ininteligible, que nos «suene a griego». < <

[10] En este párrafo el autor juega con los apellidos de los personajes. *Comb*, significa «peina», el nombre del psiquiatra puede ser traducido como *Calibrador del Mal*, y el del urólogo como *Polla de Cristal*. < <

[11] Juego de palabras. El «hogar dulce hogar» (*home sweet home*) es sustituido aquí por la sílaba esencial del mantra, OM. <<

[12] Histórico sindicalista y moralista estadounidense de origen judío. < <

[13] *Latter-Day Saints*, la Iglesia mormona. < <

[14] En español en el original. < <

[15] En español en el original. < <

[16] En español en el original. <<

[17] En español en el original. < <

[18] Ibíd. < <

[19] Ibíd. <<

[20] Policías, «polis» en francés. < <

[21] Personaje de una canción folk estadounidense grabada en 1963 y popularizada por el grupo “Peter, Paul and Mary”. < <

[22] Ley sobre la esclavitud blanca, promulgada en 1910 en Estados Unidos, según la cual era delito el transporte de mujeres de un estado a otro con «propósitos inmorales». <<

[23] En español en el original. < <

[24] Frase atribuida al colonizador mormón Ebenezer Bryce (1830-1913), con la que describió el cañón que lleva su nombre, hoy Parque Natural de Bryce Canyon. < <

[25] Alusión a la frase «Et ne crains ríen que les dangers», de François Rabelais (1494-1553) en *Gargantúa y Pantagruel*. < <

[26] Referencia a la película de ciencia ficción *Creature from the Black Lagoon* (1954) título que en España se tradujo como «La mujer y el monstruo», dirigida por Jack Arnold. < <

[27] Referencia del autor a la película de animación *Hell-Bent for Election* (1944), dirigida por Charles M. Jones, que tuvo mucha popularidad en Estados Unidos. < <

[28] Antiguo pueblo amerindio desaparecido antes de la llegada de los europeos. < <